BIBLIOTECA DE BOLSILLO

# HELEN NICHOLSON

## *Los templarios*

*Una nueva historia*

Crítica

# HELEN NICHOLSON

## *Los templarios*

Cada año se publican nuevos libros sobre los templarios, con más fantasías que fundamentos históricos. Helen Nicholson, profesora de la Universidad de Cardiff y especialista en el estudio de la Orden del Templo de Salomón, pone a nuestro alcance, en un libro que es a la vez ameno y documentado, los últimos hallazgos de la investigación acerca de los templarios, sus orígenes, su evolución, su organización y vida interna, las riquezas que acumularon, el dramático proceso en que fueron injustamente condenados y los mitos sobre sus misterios y sus tesoros, que comenzaron a aparecer ya en su tiempo. Con lo que demuestra que la verdad histórica puede ser más fascinante que el mito.

**HELEN NICHOLSON es catedrática de Historia en la Universidad de Cardiff. Especializada en las órdenes militares medievales, es miembro de la Sociedad para el Estudio de las Cruzadas y el Oriente Latino, la Sociedad Arturiana y la Sociedad de Historia Eclesiástica. Su última obra publicada es *The Knights Templar on Trial: The Trial of the Templars in the British Isles, 1308-1311* (2009).**

creative commons

SG8040
9 788498 920406

HELEN NICHOLSON

# *Los templarios*

## *Una nueva historia*

Traducción castellana de
Juan Rabasseda-Gascón

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición en TIEMPO DE HISTORIA: febrero de 2006
Primera edición en BIBLIOTECA DE BOLSILLO: enero de 2010

CREATIVE COMMONS

Título original:
*The Knights Templar*

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: Un caballero cruzado, 1793 (óleo sobre tela) de Antonio Canova (1757-1822). Musée des Beaux-Arts, Nantes, France/ Giraudon/The Bridgeman Art Library
Realización: Àtona, S.L.

© Helen Nicholson, 2001
© 2006 de la traducción castellana para España y América
Crítica, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
ISBN: 978-84-9892-040-6
Depósito legal: B-38.282-2009
Impreso en España
2010 – Book-Print (Barcelona)

# Agradecimientos

*Este libro se basa en la asignatura sobre las órdenes militares que impartí a los alumnos del último año del curso de licenciatura de la Escuela de Historia y Arqueología de la Universidad de Cardiff, y en mi actual trabajo de investigación. Mi propia visión ha ido corrigiéndose a lo largo de los años con las aportaciones de mis discípulos. Han sido muchos para poder nombrarlos a todos, pero vaya desde aquí mi más sincero agradecimiento para ellos.*

*La idea original de este libro procede de Christopher Feeney de Sutton Publishing, que se dirigió a mí por primera vez en agosto de 1999 para preguntarme si estaba interesada en escribir un «libro sobre los caballeros templarios para el gran público». Agradezco la oportunidad que me brindó y los consejos y el apoyo que me prestó durante el camino; agradezco también la ayuda de otros muchos colegas que han contribuido generosamente al proyecto. Mis colegas «cruzados» de la Universidad de Cardiff, los catedráticos Peter Edbury y Denys Pringle, y Bill Zajac ofrecieron su apoyo y sus conocimientos. El catedrático Alain Demurger de la Universidad de la Sorbona de París, el doctor Edward Coleman del University College de Dublín, el catedrático Luis García-Guijarro Ramos de la Universidad de Zaragoza, el doctor Anthony Luttrell, actualmente retirado, Zsolt Hunyadi de la Universidad Europea Central de Budapest y el doctor Vít Jesenský me proporcionaron importantes consejos y contactos. El doctor Alan Forey, actualmente retirado, el doctor Jochen Burgtorf de la Akademie der*

*Wissenschaften de Gotinga en el momento de escribir este libro, la doctora Simonetta Cerrini de Génova y el doctor Paul Crawford de la Universidad de Wisconsin-Oshkosh respondieron pacientemente a ciertas cuestiones específicas sobre temas concretos. Otros colegas de Cardiff me han aportado también numerosos consejos e información.*

*También me siento en deuda con Denys Pringle por permitirme reproducir muchas de sus fotografías y diapositivas en estas páginas, y con John Morgan de la Escuela de Historia y Arqueología de la Universidad de Cardiff por la reproducción de algunas de ellas. Debo dar las gracias en particular a otros especialistas que generosamente me han proporcionado más fotografías para este libro, o me han permitido su reproducción: el catedrático Juan Fuguet Sans de Barcelona, Jochen Burgtorf, el doctor Richard Cleave, el doctor Lelja Dobronic de Zagreb, el doctor Francesco Tommasi de Perugia, el catedrático Roger Stalley del Trinity College de Dublín, la doctora Maria Starnawska de Varsovia, Edna y Eliezer Stern del Consejo de Antigüedades de Israel y la doctora Judi Upton-Ward de la Universidad Fatih de Estambul.*

*También estoy especialmente agradecida a las siguientes instituciones que me han proporcionado fotografías e ilustraciones y me han autorizado su reproducción en estas páginas: la AA Photo Library; Albatross, Tel-Aviv-Jaffa, Israel; los Archives Départementales des Bouches du Rhône, Marsella; el Archivo de la Oficina Regional para la Conservación de Brno, República Checa; el Bayerische Hauptstaatsarchiv, Munich; la Bayerische Staatsbibliothek, Munich; la Bibliothèque Nationale, París; la Biblioteca Bodleian de la Universidad de Oxford; la Bridgeman Art Library; la Biblioteca Británica, Londres, y la British Library Picture, Londres; el Master and Fellows of Corpus Christi College de Cambridge; el Museo de Historia de Budapest, la Koninklijke Bibliotheek de La Haya; el Landeshauptarchiv Magdeburg; la National Geographic Society; el Patrimonio Nacional, Madrid; la Public Record Office, Londres; el Staatsarchiv Amberg; el Staatsarchiv Wolfenbüttel; el deán del Cabildo de Westminster; el deán del Cabildo de Worcester.*

*En 1999 el Grupo de Estudios Académicos sobre Israel y Oriente Medio me concedió una beca para financiar los costes del viaje de una*

*visita a Israel, durante el cual tuve la oportunidad de conocer a otros historiadores especializados en las cruzadas y de visitar diversos lugares relacionados con los cruzados, contribuyendo todo ello de forma significativa a la redacción de estas páginas. El catedrático Peter Edbury y Nigel Nicholson tuvieron la amabilidad de leer los borradores de este libro y aportaron sus útiles sugerencias para mejorarlo; los fallos o errores que puedan haber quedado son sólo míos. Nigel Nicholson también dibujó los mapas y las ilustraciones, además de haber tomado muchas de las fotografías; Gawain Nicholson aceptó salir en algunas de ellas. Quisiera dar también las gracias a Simon Nicholson y a Edward y Betty Nicholson por haberme proporcionado algunas ilustraciones.*

*He contraído una gran deuda con especialistas que trabajan en el campo de la historia de las cruzadas. Son demasiados para poder nombrarlos a todos, pero debo hacer una mención especial del asesoramiento y la ayuda del catedrático Norman Housley de la Universidad de Leicester, que fue el encargado de supervisar mi tesis doctoral (1986-1990) sobre las actitudes frente a las órdenes militares durante los siglos XII y XIII. Vaya también mi especial agradecimiento al catedrático Malcolm Barber por todos sus consejos y su apoyo a lo largo de los años. La Sociedad para el Estudio de las Cruzadas y el Oriente Latino ha sido una verdadera mina de oro de información. Las conferencias internacionales cuatrienales sobre órdenes militares, celebradas en Clerkenwell y organizadas por el London Center for the Study of the Crusades bajo los auspicios del catedrático Jonathan Riley-Smith, han supuesto también para mí la oportunidad extraordinaria de conocer a otros compañeros especialistas en el tema y de intercambiar información e ideas. Tuve el honor de publicar las actas de la segunda conferencia, celebrada en 1996; la tercera tuvo lugar en 2000, y la publicación de las actas correrá a cargo de Bill Zajac. El estudio de la órdenes militares históricas no sólo sigue vivo y va por buen camino, sino que el número de especialistas dedicados a él también está aumentando rápidamente por todo el planeta. El presente libro, dirigido al gran público, es sólo un pequeño reflejo del trabajo de muchos expertos que exploran esta materia. Espero que resulte un buen reflejo; de no ser así, la culpa es mía.*

# Introducción
# Una visión general

Este relato sobre los caballeros templarios se basa en lo que nos cuenta acerca de la Orden del Temple el testimonio histórico conservado y en lo que de él han deducido los historiadores profesionales. Esto significa que incluye también mitos relacionados con los templarios que fueron escritos durante la existencia de la orden —durante los siglos XII, XIII y comienzos del XIV—, pero no los mitos actuales acerca de la orden. La historia europea escrita ha convenido desde la época clásica que la historia debe estar basada en fuentes escritas, preferiblemente de testigos de primera mano, pero, de no poder ser así, en fuentes escritas lo más recientemente posible después de sucedidos los hechos. La presente historia de los caballeros templarios seguirá esta antigua convención, de modo que los mitos orales modernos acerca de la Orden del Temple —una supuesta «tradición» que en realidad no fue escrita hasta época reciente— no serán considerados un testimonio histórico.

Estas páginas constituyen una historia «nueva» por dos razones. En primer lugar, porque están basadas en los trabajos académicos más recientes acerca de la Orden del Temple, ya sea en mis propias investigaciones, o en las llevadas a cabo por otros especialistas profesionales dedicados al estudio de la orden. Los especialistas modernos no sólo están encontrando nuevas evidencias sobre los templarios, como, por ejemplo, privilegios en

los archivos y material arqueológico, sino que también están valorando de nuevo antiguos testimonios, como, por ejemplo, crónicas y otros escritos, planteando nuevas cuestiones y llegando a nuevas conclusiones. He intentado incluir en este libro los últimos descubrimientos y teorías en la medida de lo posible, y pido disculpas a mis colegas si he pasado por alto algún aspecto significativo. Doy referencias pormenorizadas en las notas, de modo que el lector pueda ver claramente la procedencia de mi material. En segundo lugar, porque no constituyen una exposición cronológica. Ya hay muchos relatos cronológicos de la historia de los templarios a disposición del público. El presente libro proporcionará un resumen de la historia de la orden, pero mi intención es analizar los hechos en profundidad en lugar de limitarme a contarlos por enésima vez siguiendo el orden en el que tuvieron lugar. Un relato histórico de la Orden del Temple puede llevar a confusión porque implica que los caballeros templarios tuvieron una ascensión y luego una decadencia, que las voces críticas se alzaron con rapidez en su contra y que ciertos acontecimientos fueron fruto de otros anteriores. En realidad, la orden no tuvo una ascensión y una decadencia, las voces críticas en su contra disminuyeron repentinamente a partir de 1250 y los hechos más recientes de su historia no estuvieron relacionados con lo ocurrido anteriormente.

Se ha dicho que los caballeros templarios no fueron algo excepcional y que desde muchos puntos de vista fueron verdaderamente individuos muy corrientes. Esto es cierto, pero también es uno de los factores que hace que sean muy interesantes. Sabemos poquísimas cosas acerca de la gente corriente de los siglos XII, XIII y comienzos del XIV. La mayoría de los hermanos de la Orden del Temple o bien procedían de los estratos inferiores de la caballería o bien no tenían ningún tipo de ascendencia caballeresca; muchos de ellos eran artesanos o individuos que llevaban a cabo labores habituales del campo, como, por ejemplo, el pastoreo de ovejas y reses. De las gentes de esos grupos sociales ha llegado hasta nosotros muy poca información,

pero a través de los testimonios conservados relacionados con los caballeros del Temple podemos hacernos una idea de sus creencias, de sus intereses y de su vida cotidiana. Encontramos gentes que no tuvieron que viajar muy lejos para unirse a una casa religiosa; que permanecieron en la misma zona durante toda su vida, junto a los suyos.[1] Se mantenían fieles a su familia, a sus viejos señores y a su rey, incluso después de unirse a la Orden del Temple, cuando se suponía que debían dejar atrás sus viejos lazos. Eran gente devota, con una fe muy simple basada en Cristo como soberano (con Dios Padre omnipotente como telón de fondo) y la madre y novia de Cristo, la Bendita Virgen María, como patrona y señora de la orden, que la protegía como una reina medieval habría protegido sus órdenes religiosas y a sus caballeros favoritos. Su más anhelado deseo consistía en dejar sus vidas en el campo de batalla en la guerra contra el mal, en la defensa de la Cristiandad contra sus enemigos, al servicio de sus soberanos divinos para así ganarse la recompensa de la vida eterna en el cielo coronados con la aureola del martirio. En su mayoría era gente inculta; los caballeros y escuderos podían leer en su lengua vernácula, pero no en latín. En Inglaterra fueron traducidos al francés coloquial (la lengua de las clases guerreras) diversos textos religiosos considerados apropiados además de una parte del Antiguo Testamento para que los templarios pudieran entenderlos cuando se los leían (la lectura en voz alta era algo habitual en esa época, por lo que probablemente prefirieran escuchar que leer por sí solos). En otros sectores de la orden no se fomentó el aprendizaje: se suponía que los hermanos debían servir a Dios y a Nuestra Señora como soldados y no como eruditos. Cabría conjeturar que uno de los factores que contribuyó a la desaparición de la orden tal vez fuera esa desconfianza hacia la cultura y los libros.

Al margen de las fronteras, la orden en Europa se concentró en reunir dinero para la guerra contra el musulmán, hasta tal punto que mucha gente de la época veía a los templarios más interesados en el dinero que en cualquier otra cosa. A los templa-

rios no les interesaban las mujeres, decían esas personas, sólo el dinero. En nuestros días resulta fácil simpatizar con los templarios y verlos como los desvalidos perseguidos, como los idealistas puros que fueron destruidos por un gobierno autocrático que actuó para satisfacer sus propios intereses. Pero a comienzos del siglo XIV los templarios no eran considerados en Europa unos intrusos, sino que se hallaban en el centro del poder establecido. Eran bien conocidos en la sociedad por sus actividades financieras: cuidaban los erarios de las monarquías de Europa y ofrecían servicios de financiación a nobles, caballeros, mercaderes y escuderos. Como responsables de finanzas eran respetados, aunque también suscitaban la cólera cuando cometían errores. Si pensamos en los templarios como directivos y contables de banca, probablemente nos hagamos una idea mucho más clara del concepto que de ellos tenía la gente en ciudades, como, por ejemplo, Londres y París, a comienzos del siglo XIV.

Es muy difícil estudiar la historia de los templarios sin tener siempre en la mente de uno la suerte final que corrieron los hermanos: fueron detenidos, se les imputaron falsas acusaciones, algunos fueron quemados en la hoguera por retractarse de las confesiones que habían hecho bajo la presión del interrogatorio, incluida la tortura; otros sirvieron durante el resto de sus días en distintas casas monásticas, ya perdida su vocación original de caballeros de Cristo; y hubo otros que regresaron a la vida secular, mientras que las posesiones de la orden fueron entregadas a su rival, la Orden del Hospital de San Juan. Treinta y tantos años después, el papa Clemente VI se quejaría de que los hospitalarios habían hecho muy poco con las tierras de los templarios en la guerra contra el musulmán y que decidía retirárselas y utilizarlas para la creación de una nueva orden militar (como ya se había hecho en Valencia y Portugal). Los hospitalarios no eran los únicos culpables de esa falta de grandes resultados: todavía estaban recuperándose de la crisis financiera derivada de la costosa conquista de Rodas (1306-1309), tenían que reembolsar al rey Felipe IV de Francia los «gastos» ocasionados por las deten-

ciones y los juicios de los templarios y debían hacer frente a los costes legales originados por su intento de recuperar las tierras de los templarios, muchas de las cuales habían vuelto a manos de las familias de los antiguos donantes o habían sido confiscadas por nobles y príncipes. Los hospitalarios consiguieron sobrevivir, pero la suya era una institución reservada. En 1312 no tenían la opinión pública a su favor, pero el papa Clemente V quería conservarlos para que siguieran emprendiendo la defensa de la Cristiandad frente al musulmán, y su sagaz maestre Foulques de Villaret sabía manejar los asuntos de la orden con la suficiente astucia como para ofrecer al rey de Francia muy pocas oportunidades de arremeter contra su orden como había hecho con la del Temple.

Sin embargo, durante prácticamente los doscientos años anteriores a las detenciones de 1307, la Orden del Temple había actuado en Tierra Santa y por toda Europa como una respetable orden religiosa. El desconcierto y la indignación con que la mayoría de los gobernantes seculares de fuera de Francia recibió la orden papal de detener a los templarios a finales de 1307, indican que la detención de la orden supuso toda una sorpresa para casi todo el mundo. Hasta 1307 los templarios fueron una parte habitual y aceptada de la Cristiandad latina, con sus pequeñas casas y encomiendas con capillitas y graneros esparcidas por toda Europa, y con sus imponentes castillos en peligrosas zonas fronterizas: fronteras con los musulmanes en Tierra Santa y en España, y fronteras con cristianos no católicos y con no cristianos en Polonia, Bohemia y Croacia. También disponían de casas fortificadas y castillos en zonas que carecían de una autoridad central fuerte que asegurara la ley y el orden, como, por ejemplo, el sur de Francia e Irlanda. Los templarios, con sus barbas y con sus largas túnicas oscuras y sus capas blancas, con la cruz roja en el lado izquierdo y la capucha oscura que cubría su cabeza, eran personajes habituales en todas las cortes de los reinos católicos de Europa y de los estados cruzados de Tierra Santa (u «Oriente latino»). Sus oficiales o hermanos de servicio,

figuras mucho más habituales que la de los caballeros y vestidos todo de negro, a menudo eran confundidos con los hermanos del Hospital de San Juan, que también iban de negro, pero con una cruz blanca en el manto en lugar de la roja de los templarios. En Alemania y en las regiones del este de Europa, a partir de finales del siglo XII, los caballeros del Temple solían ser confundidos con los de la Orden Teutónica, cuyos caballeros vestían una túnica negra con una capa blanca que llevaba una cruz negra. Cuando no sabía distinguirlos, la gente de la época se refería a todos ellos como «templarios».

Los templarios, según comentaba en broma un autor satírico, eran muy aficionados al dinero —a diferencia de los hospitalarios, que eran muy aficionados a los caballos—, pero eran hombres valientes que estaban siempre dispuestos a morir en nombre de Cristo en el campo de batalla. Cuando se sufrieron derrotas en Oriente, algunos individuos, como, por ejemplo, Matthew Paris, monje y cronista de la abadía de Saint Albans, lamentarían que los templarios y los hospitalarios estuvieran decepcionando a la Cristiandad porque unos guerreros tan buenos habrían podido derrotar a los musulmanes mucho tiempo atrás. Evidentemente no ponían todo su empeño; debían de estar en alianza con los musulmanes; todo el dinero que Occidente les mandaba era malgastado, ¡tal vez se dedicaban simplemente a tirarlo al suelo![2] Comentarios semejantes revelan el desconocimiento que incluso la gente culta tenía de las realidades políticas del Oriente latino, aun cuando los príncipes cristianos de los estados cruzados y las órdenes militares de Oriente emprendían largos viajes para mantener informados a reyes, nobles y autoridades religiosas mediante el envío regular de noticias. No obstante, en el ámbito del día a día, en la Europa católica y en Tierra Santa, los templarios eran respetables hombres religiosos, terratenientes, banqueros, agricultores, comerciantes, ganaderos, etcétera. Podemos entenderlos mucho mejor si no olvidamos esta circunstancia y valoramos la orden basándonos en toda su trayectoria y no simplemente los últimos desastrosos cinco años de su historia.

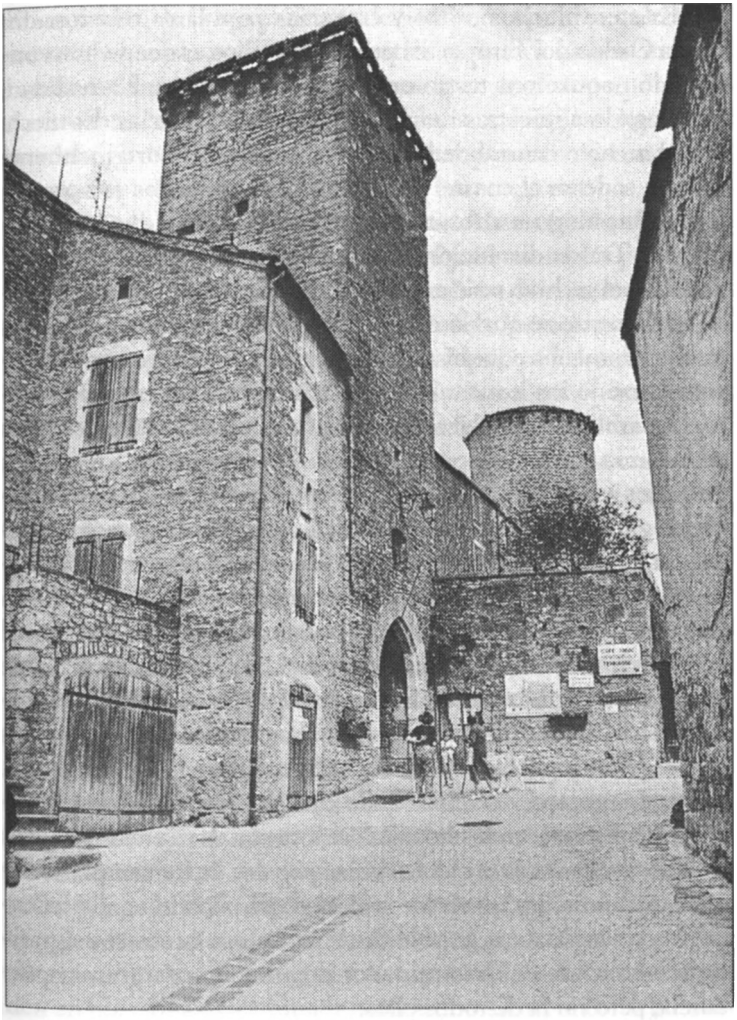


*Lámina I.1. La villa fortificada de Santa Eulalia de Cernon, Aveyron, Francia, antiguo emplazamiento de una encomienda del Temple.*

Existen muchos mitos y creencias populares relacionados con la Orden del Temple. El primero de ellos es que se han conservado poquísimos testimonios de la institución. En realidad, han llegado a nuestras manos numerosas evidencias. Es cierto que el archivo central de la orden se ha perdido: originalmente tuvo su sede en el cuartel general de los templarios primero en Jerusalén, luego en Acre y más tarde (a partir de 1291) en Chipre. Tras la disolución de la orden por el papa Clemente V en 1312, el archivo pasó a manos del Hospital de San Juan. Presumiblemente se quedó en Chipre y fue destruido cuando los turcos otomanos conquistaron la isla en 1571 junto con los documentos de los hospitalarios relacionados con la plaza fuerte. Ese archivo probablemente incluyera todos los fueros de los templarios que les concedían tierras y privilegios en los estados cruzados y en Chipre, además de los privilegios papales de carácter general, sus actas fundacionales, parte de su correspondencia más importante y parte de las actas de donación de Europa (mucha documentación relacionada con el Hospital de San Juan durante los siglos XII, XIII y comienzos del XIV sigue en el archivo de esta orden, actualmente en la Biblioteca Nacional de Malta). La pérdida del archivo central de los templarios significa que no podemos conocer con exactitud cuáles fueron sus propiedades y privilegios en los estados cruzados y en Chipre. Sin embargo, todo lo relacionado con las propiedades y privilegios que disfrutaron los hospitalarios se conserva en los archivos de su orden, mientras que las bulas papales de los templarios se encuentran recogidas en los registros del papado en el Vaticano. En otras palabras, la pérdida de su archivo central ha significado la pérdida de determinados documentos de gran importancia, pero no la de todos ellos.

En lo concerniente a las posesiones de la orden en Europa, buena parte de la documentación sigue en los archivos y museos del viejo continente. Los *privilegios* relacionados con las posesiones de la orden en Inglaterra, por ejemplo, se conservan en el cartulario del Hospital, actualmente en la Biblioteca Británica.

El cartulario de la encomienda de Sandford también se ha conservado y ha sido publicado. En otros cartularios monásticos se conservan más privilegios de la orden en Inglaterra. Diversos documentos emitidos por la chancillería real inglesa a comienzos del siglo XIII relacionados con los templarios se conservan en los registros del Archivo Nacional británico, y muchos de ellos han sido publicados, aunque en su mayoría en forma de calendario. Particularmente los *archivos del gobierno* inglés presentan un buen estado de conservación, y también disponemos de una importante documentación en la península Ibérica, por ejemplo en los archivos de Madrid y Barcelona. Muchos de los documentos del reino de Francia correspondientes a esa época fueron destruidos en el siglo XVIII, aunque se han conservado cartas y privilegios reales y otra documentación relacionada con el aspecto financiero. Además, se conserva mucho material en los archivos locales franceses, y se han publicado numerosos cartularios de encomiendas de ese país.

Sin embargo, los cartularios no pueden decirnos todo lo que queremos saber acerca de los templarios. Nos muestran modelos de patrocinio: quién dio qué a la orden, qué relación mantenían los patronos entre ellos, y en algunos casos, qué esperaban esos patronos a cambio. Raras veces revelan por qué patrocinaron a los templarios, excepto que consideraban la orden un valor altamente espiritual y creían que merecía la pena contar con las plegarias que los hermanos rezaban en su nombre. En algunas ocasiones el privilegio concedido por un donante hace referencia a la defensa de la Cristiandad emprendida por los templarios, aunque se trata de una alusión poco común. Los privilegios nos informan de qué tierras y derechos disfrutaba la orden en una zona determinada, aunque no siempre conseguimos averiguar si verdaderamente pudieron utilizar esas tierras o esos derechos, o si surgió alguien que los reclamara para sí. Son problemas que todo historiador debe afrontar cuando emprende el estudio de cualquier orden religiosa de la Edad Media. Los privilegios suelen incluir información de primera mano, como, por

ejemplo, listas que indican (entre otras cosas) quién vivía en la encomienda de los templarios por aquel entonces y su orden de precedencia, pues el más importante aparece normalmente encabezándolas. También pueden decirnos si ocupaban un cargo determinado. Pero los privilegios no siempre llevan su fecha, aunque suelen indicar donde fueron redactados. En resumen, nos proporcionan algunos testimonios, pero no todo lo que deseamos saber.

En las *crónicas* encontramos otros testimonios de las actividades llevadas a cabo por la orden. Las redactadas entre los siglos XII y XIV recogían acontecimientos recientes y ofrecían un comentario acerca de los mismos. La calidad difiere entre unas y otras. Los cronistas tendían a moralizar sobre el terrible estado en que se veía inmerso el mundo y tenían una visión más bien pesimista de la situación en Tierra Santa y las actividades de las órdenes militares. Los *anales* proporcionaban una exposición de los acontecimientos año por año, pero sin apenas comentarios sobre los mismos. A partir del siglo XII disponemos también de *historias*, que difieren de las crónicas en que se centran en un acontecimiento en concreto (como, por ejemplo, una cruzada) o en un tema determinado (como, por ejemplo, la historia del reino de Jerusalén de Guillermo de Tiro). Éstas pueden ser de la época o prácticamente coetáneos. El sentimiento de felicidad o de pesadumbre que desprenden deriva del hecho de que ofrecen una visión muy personal. El autor siempre tenía un mensaje, y toda evidencia venía interpretada para subrayar dicho mensaje. Ninguna de esas fuentes es «objetiva» en el sentido moderno de la palabra, ni pretendía serlo. La precisión de los autores a la hora de exponer los acontecimientos dependía de la calidad de sus fuentes: si eran testimonios de primera mano o se basaban en información proporcionada por terceros. Demostraremos más adelante que Guillermo de Tiro resulta una fuente poco fiable para las actividades de las órdenes militares con anterioridad a 1165. Como se encontraba en una universidad en Europa entre 1146 y 1165 aproximadamente, lo que nos cuen-

ta acerca del asedio de Ascalón (1153) tuvo que proceder de una información de segunda mano y es probable que le fuera proporcionada por gentes que deseaban exculpar a sus antepasados por no haber podido ayudar a los templarios cuando irrumpieron en la ciudad. Guillermo escribió el relato al menos unos veinte años después de que sucedieran los hechos de Ascalón: si analizamos las fuentes europeas de la época para el asedio, observaremos un relato por completo distinto de lo que ocurrió.

Las historias resultan sumamente interesantes cuando incluyen la propia experiencia del autor en el mundo de los templarios. Podemos encontrar más material relacionado con el Temple en obras de carácter satírico y moralizador que muestran cómo sus autores veían la orden y cómo esperaban que el público se relacionara con ella. Como a menudo el autor pretendía divertir o sorprender, las imágenes de los templarios que sus obras ofrecen suelen ser exageradas, pero permiten al lector moderno saber cuál era el retrato de los templarios que la gente medieval esperaba encontrar. Las opiniones más positivas acerca de los templarios aparecen en los relatos de los peregrinos, en los que los peregrinos a Tierra Santa describían lo que habían visto y lo que los futuros peregrinos iban a encontrarse, y en la literatura de ficción —tanto novelas épicas como libros de caballerías—, en la que los templarios ayudan al héroe en sus batallas contra el musulmán y en algunos casos incluso ayudan al héroe y la heroína en su historia de amor.

También disponemos de algunos testimonios referidos exclusivamente a los templarios. Se ha conservado la Regla de la Orden, donde están incluidas muchas «costumbres» y «valoraciones» que, según se afirma, recogen incidentes reales en el seno de la institución. Aunque incompleta, la pesquisa judicial de 1185 de las posesiones del Temple en Inglaterra nos proporciona mucha información acerca de las propiedades de la orden y de los ingresos con los que se suponía que contaba por aquel entonces. Las actas de los juicios de 1307-1312 son mucho más problemáticas de utilizar porque en regiones de Francia bajo el

control del monarca francés y en regiones gobernadas por los parientes de éste (como, por ejemplo, el reino de Nápoles), las pruebas se obtenían empleando la tortura o la amenaza de tortura. Era un procedimiento normal en aquella época, pues se creía que con la tortura se obligaba a la gente a decir la verdad. En realidad, como han demostrado algunas injusticias jurídicas recientes en el Reino Unido, la tortura y la amenaza de violencia llevan a la víctima a decir lo que cree que su interrogador quiere escuchar. Es evidente que los templarios fueron encarcelados juntos y que entre ellos debieron de llegar a un acuerdo acerca de lo que iban a decir a sus interrogadores; como cada uno de éstos quería escuchar una versión distinta de los hermanos, las confesiones pueden ser divididas en «hornadas» de material similar.[3] El testimonio de los hermanos es mucho más fiable cuando negaban las acusaciones y le decían a su interrogador lo que éste no quería oír. Este testimonio debe de ser fiable porque negar las acusaciones suponía que iban a recibir un trato todavía peor, y ¿quién mentiría, si una mentira conlleva más tortura? El testimonio de los hermanos también resulta fiable en el caso de las regiones donde sabemos que no se utilizaba la tortura (como, por ejemplo, Chipre, zonas de Francia que no estaban sometidas al control del monarca francés, la Corona de Aragón y el reino de Inglaterra). Algunos historiadores, después de leer las «confesiones» de los templarios de Francia, se han preguntado si tal vez habría algo de verdad detrás de las acusaciones lanzadas contra la orden —por ejemplo, que la acusación de que los templarios negaban a Cristo pudiera referirse a una especie de prueba de obediencia durante la ceremonia de admisión—, pero los informes de los juicios celebrados fuera de Francia ofrecen una versión muy distinta de la historia.[4] Allí donde no era utilizada la tortura, los templarios negaban con vehemencia todas las acusaciones, y cuando les comunicaban que los hermanos de Francia habían confesado, respondían que estaban mintiendo. Sólo ocasionalmente se aportaron testimonios de terceras partes, y éstos varían en calidad: en Chipre parecen objetivos, en Francia

solían serlo, pero en Inglaterra eran en su mayoría pura charlatanería popular, el tipo de material que actualmente se conoce como «mitos urbanos». Así pues, los testimonios de los juicios deben ser empleados con suma precaución.

Los testimonios arqueológicos son muy numerosos, pues la orden tenía casas repartidas por toda Europa, así como en Oriente. Algunos restos arqueológicos han sido estudiados, pero buena parte de ellos todavía deben ser investigados. Siete siglos de guerras y «mejoras» han dejado, lógicamente, su huella. Algunas iglesias de los templarios siguen funcionando como centros de culto, por lo que los trabajos de excavación que pueden realizarse son bastante limitados. Pero en determinados lugares —como, por ejemplo, Larzac, en el Languedoc, y Cressing, en Essex— la investigación arqueológica permite aumentar nuestros conocimientos de la Orden del Temple.

En resumen, se ha conservado bastante material acerca de los templarios. La orden dista mucho de ser un misterio. Podría haberse hecho mucho más con los testimonios que han llegado a nuestras manos, pero a medida que vayan siendo publicados los cartularios y los historiadores se atrevan a utilizar distintas formas de evidencias, esta deficiencia irá corrigiéndose.

Existen muchos mitos acerca de los templarios. Por ejemplo, no es cierto que fueron hallados culpables de las acusaciones en 1312; el papa Clemente V declaró en realidad que los cargos no habían sido probados, pero disolvió la orden porque había quedado tan desprestigiada que era imposible que siguiera funcionando. Los templarios no eran monjes, aunque tomaban los tres votos monásticos de pobreza, castidad y obediencia; más bien eran unos individuos religiosos que seguían una regla religiosa de vida y vestían un hábito característico, pero que, a diferencia de los monjes, no vivían enclaustrados, y su propósito consistía no en rezar y librar batallas espirituales, sino en combatir físicamente en defensa de la Cristiandad. Sus casas de Europa no tenían grandes murallas que los aislaran de los intrusos, excepto las de las regiones peligrosas que carecían de un gobierno

central fuerte que mantuviera la ley y el orden (parecían más casas solariegas que monasterios). Los naipes no fueron introducidos por los templarios en Europa; no llegaron al viejo continente hasta finales del siglo XIV, y aparecen citados en las fuentes en la década de 1370, cincuenta años después de la desaparición de la Orden del Temple.[5] No existe prueba alguna de que los templarios poseyeran conocimientos de ciencias, y por supuesto tampoco de magia: la magia medieval era una ciencia sumamente culta, escrita y ejecutada en latín, mientras que los templarios eran en general individuos notablemente incultos (según parece, esta característica se debía a una política deliberada, pues se consideraba que los hermanos cultos podían llegar a resultar problemáticos).

Es cierto que los templarios disponían de naves para el transporte del personal, los peregrinos y los suministros por el Mediterráneo desde Occidente hasta Oriente, y viceversa, pero si nos sirve de guía la situación de los hospitalarios a partir de 1312, éstos no disponían de más de cuatro galeras y unas pocas naves, y si necesitaban más, las alquilaban. Es evidente que no podían dedicarse a explorar el mundo con sus barcos, los cuales, en cualquier caso, no eran lo bastante sólidos para cruzar un océano ni tenían la capacidad suficiente para transportar el agua de poco más de unos cuantos días. La orden disponía de numerosos recursos en tierras, pero siempre iba escasa de capital líquido, que era necesario para invertir en fortificaciones y personal en Oriente. De ahí que sus casas en Occidente fueran siempre muy pequeñas en comparación con las de otras órdenes religiosas (excepto en los lugares donde desempeñaban un importante papel político, como en París, donde el Temple era la oficina del tesoro del rey). Ninguna casa del Temple en Occidente podía compararse en tamaño o riqueza con las grandes casas monásticas como Cîteaux y Clairvaux en lo que es actualmente Francia, o Fountains Abbey y Bury Saint Edmunds Abbey en Inglaterra, por citar sólo unas cuantas. Eso era así porque los citados monasterios existían como centros de oración en un solo lugar,

mientras que las casas de los templarios en Occidente existían para reunir fondos y otros suministros para la guerra en Oriente, donde tenían concentrados todos sus recursos. Los templarios no contribuyeron a la construcción de catedrales o castillos en Occidente, pues apenas tenían dinero suficiente para financiar sus propias fortificaciones en Oriente.

La Orden del Temple no fue una organización particularmente secreta, no más que otras órdenes religiosas de la época, y sin duda no más que las otras dos grandes órdenes religiosas, la del Hospital de San Juan y la de los caballeros teutónicos. Se suponía que en sus ceremonias de admisión no podía haber intrusos, pero eso era algo normal tratándose de una orden religiosa. Las actas de los juicios revelan que, de hecho, en algunas ocasiones a sus ceremonias asistieron intrusos. Como es lógico, se suponía que las reuniones de los capítulos de todas las órdenes religiosas tenían que ser secretas porque la gente de fuera no debía saber los problemas internos de la orden. ¿Qué compañía internacional moderna permitiría que unos intrusos asistieran a sus reuniones de junta directiva sin haber sido invitados? Tal vez los templarios hicieran un hincapié especial en la necesidad de evitar que las personas que no eran miembros de la orden asistiesen a sus reuniones de capítulos, pero no hay evidencia de ello.

No existen testimonios antes de octubre de 1307 de que los templarios fueran particularmente impopulares: si fuera posible llevar a cabo una encuesta entre la población de Europa de entonces para averiguar cuál era la orden religiosa más impopular, es probable que los cistercienses y los frailes rivalizaran para la primera posición, y los caballeros teutónicos ganarían en Polonia. En aquella época el Temple seguía recibiendo donaciones pías y estaba considerada una de las mejores órdenes religiosas. Es cierto que sus operaciones financieras provocaban la irritación de algunos; al igual que es cierto que su fracaso en la defensa de Tierra Santa supuso una gran decepción para la Cristiandad. La orden era vulnerable a los ataques porque tenía una

sola vocación específica en la que podía salir victoriosa o fracasar. Los especialistas modernos consideran que Felipe IV de Francia arremetió contra la Orden del Temple porque necesitaba su dinero y para demostrar que era el rey cristianísimo de Europa. También mandó detener al papa Bonifacio VIII, perseguir a los banqueros judíos y lombardos de Francia, quemar en la hoguera en 1310 a una mujer religiosa, Marguerite Porete, por haber escrito un libro que tres respetables religiosos habían calificado de no hereje, y llevar ante los tribunales al obispo Guichard de Troyes y a los amantes de sus propias nueras. Todas las víctimas de sus ataques fueron acusadas de herejía o brujería y de vicios «contra natura», y sus acciones apuntan hacia una política deliberada contra todo aquel cuya desaparición podía repercutir en beneficio de su situación financiera o hacerlo parecer el «rey cristianísimo» de Europa.

A la hora de considerar la caída de los templarios, debemos preguntarnos si la orden habría podido seguir existiendo después de 1310, aun cuando nunca hubiera habido un juicio. A partir de 1291 su cuartel general (el «convento») fue trasladado a Chipre. En 1306 los hermanos se vieron involucrados en un golpe contra el rey de la isla, Enrique II. Cuando el monarca regresó al poder en 1310 hizo detener y encarcelar a los principales caballeros de la orden. Junto con los demás cabecillas del golpe, todos ellos murieron en prisión en 1316 aproximadamente. Aunque el juicio de la orden en Occidente permitió que las acciones de Enrique II contra los templarios parecieran más justas y aseguró que el papa no interviniera y acudiera al rescate de la orden, los acontecimientos de Chipre podían haber provocado el final de la orden, aun cuando Felipe IV no hubiera empezado los juicios. Los oficiales templarios de Chipre dirigían la orden. Sin sus principales oficiales, la orden no podía seguir operando, hubiera juicio o no. Enrique consiguió acabar también con muchos nobles de la isla, miembros de la poderosa familia Ibelin, y sus parientes no lograron salvarlos. Es difícil de entender cómo el papado, que fue incapaz de salvar a los templarios en Francia,

pudo intervenir para salvarlos en la lejana Chipre, pues a los reyes de Occidente les hubiera encantado apoderarse de las propiedades de los templarios en sus tierras, como hicieron al final en 1307-1308. Si uno de esos poderes cristianos se hubiera opuesto al castigo de los templarios, Enrique habría recurrido simplemente a los mismos métodos de Felipe IV de Francia y habría acusado a los hermanos de herejía.

Al final la Orden del Temple fue disuelta en 1312, dejando así de existir. Es cierto que las nuevas órdenes militares religiosas de la península Ibérica, las órdenes de Cristo y de Montesa, sucedieron a los templarios y heredaron sus posesiones, pero su objetivo era mucho más limitado que el de la orden original, sus operaciones quedaban restringidas a una sola zona y mantenían un estrecho vínculo con el rey, a diferencia de la Orden del Temple que se consideraba, al menos en la teoría, independiente. La Orden del Temple no pudo continuar adelante después de que el papa la dejara sin el reconocimiento eclesiástico y sin sus propiedades. Su estructura organizativa había sido destruida; ya no podía seguir reuniendo dinero ni funcionar como una institución. Y, como he indicado anteriormente, ya no disponía de sus oficiales principales para dirigirla.

Es cierto que determinadas casas de los templarios «resistieron» en aquellas regiones en las que los señores seculares sentían simpatía por la orden y hostilidad a las injerencias de extraños. Por ejemplo, en Brunswick, en lo que es ahora el noroeste de Alemania, Otto von Brunswick, comendador de la casa de los templarios en Supplingenberg y miembro de la alta nobleza, siguió siendo señor secular de Supplingenberg tras la disolución de la orden; sólo a su muerte pasó la encomienda a manos de los hospitalarios.[6] En Mühlen, en un convento de monjas de Renania perteneciente a los templarios, las hermanas protestaron al verse transferidas a la Orden del Hospital y quisieron seguir siendo del Temple.[7] Algunos caballeros templarios optaron por la huida: en 1313 el rey Jaime II de Aragón escribió al obispo Pons de Lleida que el antiguo hermano templario Bernard des

Fons, embajador por aquel entonces del alcalde de la ciudad de Túnez, había llegado a Aragón en una legación. Evidentemente, Bernard había encontrado una nueva carrera entre aquellos a los que originalmente había jurado combatir si se atrevían a atacar a los cristianos, y ahora se dedicaba a su antigua vocación de salvaguardia de la Cristiandad por unos caminos muy distintos. El rey Jaime no dice que Bernard se hubiera convertido al islam, y como los caudillos musulmanes no tenían ningún problema a la hora de dar trabajo a un cristiano, probablemente Bernard seguía profesando su religión de siempre. Sin embargo, ahora era un *antiguo* templario; no podía seguir siendo un caballero de la orden porque el Temple había dejado de existir.[8] Algunos autores han especulado con la posibilidad de que en ciertas regiones apartadas como Escocia, los templarios habrían podido sobrevivir como orden. No obstante, nunca hubo muchos templarios en Escocia ni siquiera durante el período de máximo apogeo del Temple, y las guerras angloescocesas habían mermado todavía más el número de estos caballeros. En 1338 los hospitalarios se lamentaban de haberse quedado sin posesiones en Escocia: todas habían sido destruidas en la guerra.[9] Lo mismo habría sucedido a los templarios. Las conexiones inglesas de los templarios escoceses probablemente hiciera de Escocia el lugar menos apropiado en el que refugiarse en 1312, tras la rebelión y coronación de Robert Bruce en 1306 y la continuación de la guerra contra los ingleses. Las órdenes «templarias» modernas se remontan tan sólo a los movimientos románticos de los siglos XVIII y XIX.

Como el presente libro no va dirigido a especialistas académicos, he intentado utilizar un lenguaje accesible: por ejemplo, «Europa» en lugar de «los reinos cristianos de este lado del mar». He elegido los topónimos que resultarán más familiares al lector, aunque también proporciono formas alternativas que le ayuden a localizar su emplazamiento en un mapa. Todas las tra-

ducciones, excepto las que se indican en las notas, son mías. Este libro no pretende reemplazar las grandes obras especializadas acerca de la orden, escritas por Marie Luise Bulst-Thiele, Alain Demurger, Alan Forey y Malcolm Barber.[10] Quien desee encontrar más información acerca de la orden, deberá buscarla en las obras de estos autores.

# 1

# Los orígenes de la Orden del Temple

Después de que las fuerzas de la primera cruzada conquistaran la ciudad de Jerusalén el viernes, 16 de julio de 1099, y derrotaran a las tropas de refuerzo egipcias que llegaron demasiado tarde para evitar la caída de la ciudad, la mayoría de los cruzados regresó a Europa, llevando con ellos historias de privaciones y peligros, milagros y victorias; hubo quien llevó consigo reliquias santas adquiridas en los viajes, aunque fueron pocos los que obtuvieron alguna riqueza. En el territorio recién conquistado sólo quedó una pequeña parte del ejército, no suficiente para dominar la región. El clérigo Foucher de Chartres, en su calidad de miembro de la primera generación de colonos, escribió que en 1100 únicamente quedaron trescientos caballeros y trescientos soldados de a pie en las proximidades de Jerusalén. Era demasiado poco para proteger el país.[1]

Los cruzados consideraban sus conquistas una parte de la Cristiandad que fue conquistada temporalmente por el Islam, pero que ahora había sido devuelta a sus verdaderos propietarios. Jerusalén, una ciudad amurallada erigida sobre una colina rodeada por los profundos valles de unas montañas de gran altitud, era (y es) centro de las tres grandes religiones «del libro»: el judaísmo, el cristianismo y el islam. Para los judíos, está situada sobre la colina en la que Abraham, padre de la nación, estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac, que fue salvado cuando

Dios envió un carnero para ser sacrificado en su lugar (Génesis 22). También es la primera ciudad conquistada por el rey David, en la que su hijo, Salomón, erigió un gran templo para el único Dios; en su sanctasanctórum fue depositada el Arca de la Alianza, el cofre portátil de madera que guardaba en su interior las tablas de piedra en las que había esculpidas las leyes dadas por Dios a Moisés en el monte Sinaí. Bajo el dominio romano, Jerusalén siguió siendo un símbolo de la nación hebrea: los judíos continuaron viviendo en la ciudad que se había convertido en centro de peregrinación.

Como ciudad en la que Cristo había debatido en el Templo y en la que había predicado, había sido condenado a muerte y había resucitado entre los muertos, Jerusalén era también centro de peregrinación de los cristianos. En 326 la emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande (emperador único entre 324 y 337), llegó a Jerusalén en peregrinación y descubrió los restos de la «Vera Cruz». El Imperio Romano estaba gobernado por aquel entonces por una dinastía cristiana, después de que Constantino se hubiera convertido en 312. En Jerusalén fueron erigidos impresionantes santuarios cristianos en los lugares significativos de la pasión, muerte, sepultura y resurrección de Cristo, con una gran rotonda, la *anastasis*, en el emplazamiento de la supuesta tumba vacía, la iglesia del Santo Sepulcro. Estos lugares estaban emplazados en sus orígenes fuera de la ciudad antigua, pero, tras la revuelta de los judíos contra Roma en 66 d.C., Jerusalén fue destruida en 70 d.C. por los conquistadores romanos. Cuando fue reconstruida, esos lugares formaron el núcleo de la nueva ciudad. Los peregrinos cristianos viajaban a Jerusalén para visitar los Santos Lugares o para asentarse allí de forma permanente. Eso fue relativamente fácil mientras Jerusalén siguió formando parte del Imperio Romano.

El Imperio Romano había sido dividido en Occidente y Oriente bajo el reinado de Diocleciano (284-305) para poder llevar a cabo su administración de una forma más eficaz. Cuando Constantino el Grande se hizo con el control de todo el im-

perio en 324, convirtió la ciudad de Bizancio en su capital y la bautizó con el nombre de Constantinopla. A partir de entonces el Imperio sería gobernado a veces por un único emperador, aunque normalmente serían dos los emperadores, uno en Occidente y otro en Oriente, encargados de su gobierno. En Occidente la administración se fragmentaría, y en la segunda mitad del siglo V el Imperio de Occidente dejaba de ser una realidad política. En 476 su último emperador, Rómulo Augústulo, fue jubilado por el rey de los ostrogodos de Italia, Odoacro. El Imperio de Oriente sobreviviría, gobernado desde Constantinopla. En 614 la ciudad de Jerusalén cayó en manos de los persas durante el reinado del monarca sasánida Cosroes o Khusro II (591-628), que se apoderó de la Vera Cruz. La ciudad y la cruz fueron recuperadas por el emperador bizantino Heraclio (610-641), aunque la primera sucumbió a la fuerza expansiva del islam en 638.

Cuando el califa musulmán Omar I ibn al-Khattab (634-644) llegó a Jerusalén en 638, quedó asombrado por el estado que presentaba el Monte del Templo. Para los musulmanes, es el emplazamiento desde el cual el profeta Mahoma ascendió a los cielos en su «viaje nocturno», y constituye el tercer lugar más sagrado del mundo después de La Meca y Medina en Arabia. Se procedió a su limpieza, y entre 688 y 692 el décimo califa, 'Abd al-Malik ibn Maruan, construyó la Cúpula de la Roca en el centro de aquel lugar. Se trata de una cúpula dorada de plano octogonal. En 709 (o poco después) al-Walid (705-715) mandó erigir en el extremo sur del lugar una pequeña mezquita de planta rectangular. Esta mezquita venía a simbolizar el punto más alejado de La Meca y Medina que había alcanzado el profeta en su viaje nocturno, y pasó a llamarse «al-Aqsa», «la más remota».

Los cristianos continuaron peregrinando a Jerusalén durante el dominio de los musulmanes, cuyos caudillos, en su mayoría, siguiendo las instrucciones del profeta, no tenían ningún inconveniente en que sus súbditos practicaran su religión independientemente de su raza y credo. Pero surgieron algunos pro-

blemas: en 1009 el califa al-Hakim Bi-amr Allah (996-1021) destruyó la iglesia del Santo Sepulcro y persiguió a los no musulmanes. El centro de culto fue reconstruido, y las peregrinaciones siguieron durante todo el siglo XI, pero el viaje a Oriente resultaba cada vez más difícil debido al avance hacia Occidente desde Asia central de los turcos selyúcidas. Hasta entonces buena parte del viaje a Jerusalén podía realizarse por tierra sin abandonar territorio cristiano, pero tras las derrotas sufridas por el Imperio bizantino a manos de los turcos selyúcidas, los peregrinos se verían obligados a recorrer territorios fronterizos. Se hizo indispensable viajar con armas. Ese tipo de problemas fue uno de los factores que impulsaron en 1095 al papa Urbano II a hacer un llamamiento a los soldados europeos de Occidente, lo que daría lugar a la primera cruzada.

Los cruzados reclamaban Jerusalén para la Cristiandad, no sólo porque era el lugar donde Jesús había vivido, muerto y resucitado, sino también porque se sentían los herederos del Imperio Romano. Identificaban muchos de los lugares sagrados del país que habían conquistado con emplazamientos citados en la Biblia. En Jerusalén identificaban la Cúpula de la Roca con el «Templo del Señor» del Nuevo Testamento y la mezquita de al-Aqsa con el «Templo de Salomón», sin darse cuenta de que los edificios originales habían sido destruidos varios siglos atrás. Establecieron señoríos y sus propias administraciones: un rey en Jerusalén, nuevos patriarcas católicos en esa ciudad y en Antioquía junto a los ortodoxos sirios ya existentes y una red de arzobispos y obispos católicos a lo largo y ancho de su nuevo territorio. Surgieron así cuatro grandes señoríos seculares en torno a las principales ciudades: el principado de Antioquía (actualmente Antakya), el condado de Edesa (actualmente Urfa), el condado de Trípoli (actualmente Tarābulus) y el reino de Jerusalén. En la actualidad, los historiadores denominan a esos lugares «los estados cruzados», aunque sus habitantes no eran cruzados. Los colonos y los cruzados originales recibían el nombre de «francos», porque los primeros cruzados procedían de las re-

giones de Europa occidental habitadas o controladas por el pueblo germánico de los francos: Renania, Francia septentrional, central y meridional y la isla de Sicilia. Eran cristianos católicos romanos o «latinos».

El dominio de los francos en sus territorios «reconquistados» sería inestable porque se hallaban en una zona indómita del mundo. Una de las razones de sus victorias, obtenidas con relativa facilidad, en Siria y Palestina la encontramos en la crisis política que atravesaba la región. En el sur el califa fatimí de Egipto, al-Mustansir, había fallecido en 1094, siendo sucedido por su hijo menor, Ahmed, que tomó el título de al-Musta'li (1094-1101). La sucesión fue controvertida, y no todos los chiitas reconocieron al nuevo califa. En el norte había sido asesinado el gran visir (el equivalente a un primer ministro) del imperio selyúcida, y al poco tiempo se produjo la muerte del sultán selyúcida Malikshāh. Fruto de ello sería la disolución de su gran imperio que se extendía desde Asia Menor hasta Persia, y al sur hasta Arabia. A las revueltas y la confusión que siguieron a esas muertes se sumaron las divisiones religiosas surgidas dentro del Islam entre los califas sunníes de Bagdad y los chiitas de Egipto. El califa de Bagdad (líder religioso de los sunníes) moriría también en 1094.

Las diferencias políticas y religiosas en las que se vio sumida la región operaron en beneficio de los cruzados. Durante siglos los sunníes habían librado guerras religiosas contra los chiitas, a los que consideraban herejes. En ocasiones tanto sunníes como chiitas vieron en los cristianos a unos útiles aliados contra sus adversarios islámicos. Un fanático grupo chiita de Siria se haría célebre con el nombre de la «Secta de los Asesinos», eliminando a cualquier figura política, independientemente de su credo, que supusiera una amenaza para ella. Había también diversas comunidades cristianas en la zona, que seguían versiones distintas de la fe cristiana y no reconocían la validez de las demás: los ortodoxos sirios, los armenios, los maronitas, los jacobitas y los nestorianos.

Los líderes de la primera cruzada, mediante una política de alianzas con esos grupos religiosos y haciendo que se enfrentaran unos con otros, habían conseguido que su campaña avanzara con mucha más eficacia que la que hubieran obtenido de haberse valido sólo de su propia fuerza militar. Sin embargo, una vez alcanzado su objetivo y conquistado la ciudad santa de Jerusalén, esas divisiones políticas y religiosas imposibilitaron la paz. Aunque los cruzados podían negociar la paz con un grupo o derrotar a otro en el campo de batalla, seguían habiendo más adversarios preparados para atacar a los nuevos aliados o dispuestos a ayudar al derrotado a volver a librar batalla. Durante los dos siglos siguientes, los colonos cristianos católicos de Oriente tendrían que empuñar las armas y entablar negociaciones para mantener un equilibrio de poder con ellos mismos y sobrevivir. Unas veces lo conseguían, otras no. Pero desde un primer momento se hizo evidente que el territorio recién conquistado necesitaba más personal, tanto para llevar a cabo su colonización como para defenderlo de todas las demás partes interesadas que lo reclamaban como suyo.[2]

Tras la desastrosa campaña de 1101, en la que los ejércitos cristianos fueron aniquilados por los turcos en Asia Menor, Europa occidental no emprendió más expediciones militares internacionales a gran escala a Oriente hasta 1147, cuando se puso en marcha la segunda cruzada. Sin embargo, siguieron llegando todos los años por tierra o por mar grupos de peregrinos a Tierra Santa. A medida que los barcos fueron convirtiéndose en un medio de transporte más seguro, fue aumentando el número de peregrinos que prefería viajar por mar en lugar de utilizar la vía terrestre que cruzaba el Asia Menor ocupada por los turcos. Lo habitual era que los peregrinos emprendieran en primavera su viaje y zarparan de Italia o el sur de Francia, vía Sicilia, Creta, Rodas y Chipre, donde se aprovisionaban de agua y otros suministros (las naves de la época no podían transportar suficiente agua para más de unos pocos días), y siguieran su viaje «avanzando de isla en isla» por el Mediterráneo como habían

hecho con anterioridad los barcos durante siglos, sin distanciarse demasiado de la costa. La última etapa consistía en zarpar desde Chipre rumbo al este hasta divisar el litoral sirio, dirigiéndose entonces hacia el sur, sin alejarse de la costa, hasta alcanzar un lugar conveniente en el que recalar. Ese lugar podía ser Jaffa (llamada también Joppa, la actual Tel-Aviv-Jaffa), que era el puerto más próximo a Jerusalén, aunque poco seguro; Acre (conquistada a su caudillo musulmán en 1104: actualmente Akko), un puerto seguro situado más al norte; Beirut (conquistada en 1110); o el puerto de Tiro en el istmo, unido al continente por una estrecha península (Ṣūr, conquistada en 1124). Independientemente de dónde desembarcaran, los peregrinos debían entonces trasladarse a lo largo de la costa hasta llegar a Jaffa, y luego por caminos internos hasta Jerusalén. Su primera visión de la ciudad santa habría sido una panorámica de la dorada Cúpula de la Roca desde la colina del monasterio de San Samuel, llamada «Montjoie» —«Monte Alegría»— porque suponía la dichosa perspectiva del fin de su viaje.[3] Llegaban a Tierra Santa para poder estar a tiempo en Jerusalén y participar en los servicios religiosos de la Pascua que se celebraban en la iglesia del Santo Sepulcro. Luego visitaban los demás lugares santos, se unían a cualquier campaña militar que estuviera en marcha y zarpaban de nuevo rumbo a la patria a finales de verano, en el mes de septiembre, antes de que comenzara la época de tormentas propia de comienzos del otoño.

Entre los peregrinos llegados a Oriente durante la primera década de la existencia de los nuevos estados cruzados figuraba Hugo, conde de la región nororiental francesa de Champagne. Tras realizar un primer viaje a Oriente en 1104 y regresar a su país en 1105, Hugo volvió de nuevo a Oriente en 1114. Ivo, obispo de Chartres, le escribió, reprendiéndole por haber abandonado a su esposa y ponerse al servicio de las milicias de Cristo (*militiae Christi*) para dedicar su vida a «ese caballería evangélica» (*evangelicam militiam*) «en virtud de la cual dos millares puedan combatir con firmeza a aquel que está dispuesto a ata-

carnos con doscientos mil».[4] Esta alusión bíblica sería utilizada veinte años después por Bernardo, abad de Claraval, cuando escribió acerca de su apoyo a la nueva Orden del Temple, aunque en las palabras de Ivo no se hacía mención alguna a los templarios. Tal vez sólo indicara que Hugo había tomado los votos de los cruzados como parte de su juramento de peregrino, aunque también es probable que hubiera prestado juramento de unirse a una confraternidad o hermandad de caballeros que se habían organizado para proteger los santos lugares de Oriente.

Las hermandades de caballeros pasaron a convertirse en algo habitual en el oeste de Europa durante el siglo XI (esto es, el siglo que precedió a la primera cruzada). Estaban formadas por guerreros de cierto estatus social; no necesariamente nobles, pero sí lo suficientemente ricos como para costearse un equipamiento militar completo: una armadura con cota de malla, un yelmo, un caballo, una espada con su escudo y una lanza. «Hermandad» o «confraternidad» (del latín, *confraternitas*) significa literalmente «congregación o comunidad», un grupo de personas que, en calidad de igualdad, colaboran juntas por un objetivo común. Para las hermandades de caballeros del siglo XI, el objetivo era militar y religioso indistintamente. Se formaron grupos de caballeros para defender iglesias y monasterios del ataque de los bandidos. Algunos caballeros de la primera cruzada también crearon hermandades, y prometieron compartir sus recursos para ayudarse uno a otro durante el viaje. Dichos grupos podían buscar la bendición formal de un sacerdote o carecer de un reconocimiento religioso oficial. Creían, como hacían muchos caballeros, que un caballero debía poner su espada al servicio de Dios, combatir el mal y difundir la voluntad del Señor, por todo lo cual serían recompensados.[5]

Hugo de Champagne no se quedó en Oriente en 1114. Sin embargo, en 1125 abandonó a su esposa y regresó a Oriente para unirse a la Orden del Temple. Este grupo de caballeros, creado con un propósito militar piadoso, había recibido el reconocimiento de la Iglesia en el Concilio de Nablus celebrado en enero de 1120.[6] Según manifiesta el prólogo de la Regla de la

nueva orden, redactado en 1129 en el Concilio de Troyes (en Champagne), ésta recibió el nombre de «los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén», y uno de sus fundadores fue Hugo de Payns.[7] Los especialistas han deducido que este Hugo era uno de los caballeros que tenía a su servicio el conde Hugo de Champagne, al que tal vez acompañara en su viaje a Oriente de 1114, quedándose allí cuando su señor regresó a Francia.

¿Qué fue de la «caballería de Cristo» y la «caballería evangélica» de la que Ivo de Chartres había hecho alusión en 1114? Tal vez Ivo se refiriera sólo a unos votos de cruzados. Si Hugo de Champagne había creado una hermandad de caballeros con la que partir rumbo a Oriente, probablemente ésta se disolviera en cuanto finalizó la expedición. Resulta tentador contemplarla como el principio de la Orden del Temple, pero antes de abrazar esa conclusión es necesario considerar los testimonios relacionados con el comienzo de la orden.

## Los comienzos de la Orden del Temple

La Orden del Temple fue la primera orden militar fundada en el seno de la Iglesia católica, pero los autores del siglo XII no se ponen de acuerdo en cómo empezó. Los propios templarios no escribieron ninguna historia. Esta falta de actividad histórica era poco habitual en las órdenes religiosas, aunque no es de sorprender en una que hacía hincapié en la guerra por encima de cualquier otro objetivo y que disuadía activamente a sus miembros de que emprendieran el camino de la erudición.

El arzobispo Guillermo de Tiro, cuando redactó su historia de los estados cruzados entre 1165 y 1184, escribió que los primeros templarios eran un grupo de caballeros de la nobleza, «dedicados al Señor, religiosos y temerosos de Dios», que se pusieron en manos del patriarca (Warmundo de Picquigny, 1118-1128) para servir a Cristo. Tenían la intención de convertirse en canónigos regulares —esto es, sacerdotes seguidores de una re-

gla religiosa, dispuestos a llevar una vida de comunidad en un convento—, y tomaban los tres votos monásticos de castidad (abstinencia de cualquier tipo de relación sexual), pobreza (carencia de propiedades privadas) y obediencia (a su superior, bajo las órdenes de Dios). Sus líderes fueron Hugo de Pagens (o Payns) y Godofredo de Saint-Omer. Como no disponían de un lugar donde vivir, el rey Balduino II (1118-1131) les cedió su palacio situado en el ala sur del «Templo del Señor» o Cúpula de la Roca (dicho palacio era la mezquita de al-Aqsa, que los cruzados llamaban «Templo de Salomón»), y los canónigos del Templo del Señor les ofrecieron la zona que rodeaba el palacio. El rey y sus nobles y el patriarca y sus prelados pusieron a su disposición unos fondos que podían utilizar para la adquisición de alimentos y ropas. El patriarca y sus prelados les comunicaron que su deber como hombres que habían profesado unos votos religiosos era defender de cualquier peligro las rutas de los peregrinos. Durante los primeros nueve años vistieron ropas similares a las de los caballeros seculares, pero al noveno año de su creación, en el transcurso del Concilio de Troyes (Champagne), les fue concedida una regla religiosa y un hábito blanco (que consistía simplemente de un ligero manto o capa): una vestimenta distintiva que los señalaba como individuos que habían tomado los votos monásticos. El blanco simbolizaba la pureza. Posteriormente el papa Eugenio III (1145-1153) les autorizaría a llevar una cruz roja sobre sus mantos blancos, para demostrar que eran caballeros de Cristo.[8] La cruz roja sobre el color blanco era también símbolo de martirio. Guillermo de Tiro subrayaba la pobreza inicial de los integrantes de la hermandad y el hecho de que su reclutamiento fuera muy lento: escribió que al cabo de nueve años seguían habiendo solamente nueve hermanos. Consideraba a los miembros de la orden hombres de la Iglesia, iguales a los clérigos o frailes regulares que vivían en una comunidad religiosa, y afirmaba que su vocación militar se debía al patriarca y los prelados; en otras palabras, que el concepto de la primera orden militar brotaba de la Iglesia.

¿Podemos establecer como válida la interpretación de Guillermo de Tiro? Autores anteriores, que escribieron en época más próxima a la de la fundación de la orden, cuentan una versión muy distinta. Uno de ellos, Simón, monje de Saint-Bertin (localidad del Artois, próxima a Saint-Omer, en el noreste de Francia), escribió en 1135-1137 aproximadamente que los primeros templarios fueron cruzados que habían decidido permanecer en Tierra Santa en lugar de regresar a la patria después de la primera cruzada:

> Por consejo de los príncipes del ejército de Dios, tomaron los votos del Templo del Señor, acatando la siguiente regla: renunciarían al mundo, abandonarían todos sus bienes personales, se entregarían a una vida de castidad y llevarían una vida en comunidad, vistiendo un sencillo hábito y utilizando las armas únicamente para defender la región de los ataques de los paganos levantiscos cuando fuera necesario.[9]

Simón escribía estas palabras unos quince años después de la creación de la orden. Su versión de ella hace hincapié en su naturaleza religiosa: aunque los primeros miembros habían sido guerreros, habían abandonado su anterior modo de vida y habían tomado los votos de castidad y pobreza. Creía que los nobles seculares del reino de Jerusalén aconsejaron esa transformación, y no hace alusión alguna a la participación del patriarca de Jerusalén.

Desde el monasterio normando de Saint-Évroul, el monje anglonormando Orderico Vitalis (1075-*c.* 1141) escribía en la década de 1120 ó 1130 que el conde Foulques V de Anjou (muerto en 1143) se había unido a los «caballeros del Temple» durante un tiempo cuando fue en peregrinación a Jerusalén en 1120. Tras regresar a Occidente, siguió contribuyendo a la orden con una suma anual de dinero, treinta libras de Anjou, en calidad de subvención. Orderico llama a los templarios *venerandi milites*, caballeros dignos de admiración que deben ser tenidos en gran

*Lámina 1.1. Guillermo de Tiro corrige su historia: iluminación manuscrita de* c. *1291-1295.*

consideración, y escribe que ponían su vida al servicio físico y espiritual de Dios, que desdeñaban todas las cosas terrenales y que diariamente se enfrentaban al martirio.[10] Es evidente que sentía gran admiración por ellos, pero los considera unos caballeros piadosos más que el equivalente de unos monjes.

Orderico no habla de cuándo fue creada la orden, pero su obra demuestra que ésta ya estaba en activo en 1120. Las versiones de la orden dadas por otros autores posteriores se vieron influidas por una breve exposición redactada por Bernardo, monje cisterciense abad de Claraval (muerto en 1153), que posteriormente subiría a los altares. Escrita con anterioridad a 1136 y dirigida a «mi muy apreciado Hugo, caballero de Cristo y maestre de los caballeros de Cristo», la exposición pretende ser una carta de aliento a los hermanos de la Orden del Temple, escrita a petición de Hugo de Payns. La misiva fue redactada en latín, lengua que la mayoría de los templarios desconocían, aunque probablemente Bernardo pretendiese que les fuera leída su traducción. Durante el proceso del que más tarde fue víctima la orden, un hermano declaró haber estado en posesión de una copia de esta carta.[11] La misiva también circuló entre las demás órdenes religiosas y fue copiada en manuscritos propiedad de otros centros religiosos, junto con copias de la versión latina de la Regla del Temple.[12]

Bernardo sentó las bases espirituales de la nueva orden religiosa. Se trataba, según decía, de un nuevo tipo de orden de caballería surgido en la región por donde Cristo había caminado durante su vida terrenal. A diferencia de los caballeros seculares, que se vanagloriaban de su apariencia y para los que su estímulo a la hora de entablar combate eran el orgullo, la irracionalidad, la cólera, el deseo de obtener más honores y mayor gloria o la ambición del poder, los miembros de la nueva orden de caballería vestían con austeridad, llevaban el pelo corto, tenían la piel oscurecida por sus cotas de malla y por el sol, y luchaban por el sencillo motivo de defender a la Cristiandad de sus despiadados enemigos y de acabar con el mal. Bernardo se deleita en elaborados

juegos de palabras; las órdenes de caballería seculares no son una *militia*, sino una *malicia*; un miembro de la nueva hermandad logra su salvación (esto es, la de su alma) cuando muere en combate y logra la salvación de Cristo (esto es, la de la Cristiandad), cuando mata en el campo de batalla. Las heridas mortales que inflige son una victoria de Cristo, y las que recibe son su propia victoria. Bernardo esboza una imagen de los hermanos de la nueva orden viviendo juntos en paz y armonía, como unos tiernos corderitos en casa, más feroces que los leones en el campo de batalla. «Abrigo serias dudas acerca de si deben ser llamados monjes o caballeros; pero tal vez sería más apropiado para mí llamarlos de ambos modos». Los hermanos poseían tanto la benignidad de los monjes como la fortaleza de los caballeros.[13]

Los juegos de palabras y el estilo de Bernardo de Claraval, que van intensificándose a medida que avanzan las estrofas, se combinan para crear un poderoso efecto: la del Temple constituye un nuevo y apasionante avance en el mundo de las órdenes militares, está formada por caballeros que viven como monjes, caballeros que dedican su vida a morir como mártires por el bien de Cristo. La intención religiosa de su epístola aparece desarrollada en la segunda parte, cuando expone el significado espiritual de los Santos Lugares en los que viven, trabajan y que defienden los caballeros. La carta tenía por objeto educar a los hermanos además de alentarlos.

Esta misiva inspiró a diversos autores religiosos que escribieron acerca de la nueva orden a mediados del siglo XII: Anselmo, obispo de Havelburg, en 1145, Otón, obispo de Freising (muerto en 1158), entre 1143 y 1147, y Ricardo de Poitou, monje de la gran abadía de Cluny, en 1153, se inspiraron directa o indirectamente en la obra de Bernardo de Claraval para su descripción de la nueva orden. Ninguno de ellos sabía a ciencia cierta la fecha de su creación: Anselmo la databa en la época de la primera cruzada más o menos, e indica que la había aprobado el papa Urbano II (muerto en 1099); Ricardo de Poitou la databa en el mismo año del fallecimiento del abad Hugo de

Cluny, 1109, y en el año en que Luis VI subió al trono de Francia, 1108; y Otón de Freising la vinculaba a la Querella de las Investiduras, que concluyó en 1122. Su falta de seguridad acerca de cómo se originó la orden pone de manifiesto que en Occidente no se tenía conocimiento de la nueva orden en 1120. Sería al cabo de unos veinticinco años, tras la labor propagandística de Bernardo de Claraval y los acontecimientos de la segunda cruzada (1147-1149), cuando los autores de Occidente empezarían a interesarse en la orden. Ricardo de Poitou, que escribió después de la segunda cruzada, señala: «Algunos dicen que, de no haber sido por ellos, los francos habrían perdido Jerusalén y Palestina mucho tiempo atrás».[14]

Bernardo de Claraval había asistido al Concilio de Troyes en enero de 1129, cuando quedó establecida la Regla de la Orden del Temple y se les concedió un hábito a los hermanos. Jean Michel, el escribano encargado de redactar la Regla latina de la Orden del Temple, manifiesta que actúa por orden de Bernardo de Claraval y del Concilio. Señala, además, que las palabras de Bernardo fueron muy elogiadas por los demás asistentes al Concilio.[15] Esto indica que Bernardo de Claraval desempeñó un papel importantísimo en la redacción de la versión latina de la Regla. Jean Michel escribe que Hugo de Payns explicó ante el Concilio cuáles fueron los inicios de la Orden del Temple y su sistema de vida, y que los delegados del Concilio elogiaron lo que consideraron bueno y beneficioso y descartaron las prácticas que no aprobaban.

La Regla en sí misma no tenía nada de secreta. Los manuscritos en latín de la Regla que se han conservado no pertenecían a los templarios, sino que fueron copiados por otros religiosos que no pertenecieron a la orden. El papa Clemente V poseía también dos copias de la Regla de los templarios traducida al francés. La Regla constituyó la base de otras órdenes militares posteriores, como, por ejemplo, la de los caballeros teutónicos y la de la Hermandad de la Espada de Livonia. Durante el proceso al que fue sometida la orden en Chipre (1310-1311), uno de

los testigos declaró haber leído la Regla y haber quedado impresionado por ella.[16] En resumen, se trataba de un documento público que recibía la aprobación de otros miembros de la sociedad.

Pero, ¿quién era el abad Bernardo de Claraval y por qué tuvo tanto interés en la Orden del Temple? Bernardo de Claraval fue un personaje sumamente influyente en la Iglesia católica durante la primera mitad del siglo XII. Nacido en el seno de una familia noble de Borgoña, en la frontera oriental de Francia, de joven entró en una nueva orden monástica con sede en Cîteaux, en Borgoña. Los cistercienses, llamados así por su casa madre, eran unos monjes radicales que estaban muy en sintonía con la reforma radical religiosa de su época. Vivían con gran sencillez y austeridad, vestían unos simples hábitos blancos de lana en crudo e intentaban apartarse totalmente del mundo exterior. A diferencia de los monasterios tradicionales, los cistercienses no constituían centros independientes, sino que se mantenían unidos mediante un sistema de afiliación (la casa madre y las casas hijas) y anualmente todos los abades de la orden debían viajar al capítulo general en Cîteaux (una especie de reunión de junta de directivos de ámbito internacional). A diferencia de los monasterios tradicionales, los cistercienses no admitían la entrada de niños y mujeres en su orden, aunque los hombres que no fueran de la nobleza podían ingresar en calidad de «hermanos laicos» y ganarse su salvación con el trabajo físico, esto es, en el campo de batalla. Esos paralelismos entre las dos órdenes apuntan hacia la existencia de una estrecha relación entre ambas e indican que Bernardo de Claraval tuvo en realidad una considerable influencia sobre la forma original de la Orden del Temple.

La tradición posterior de los templarios concedía a Bernardo de Claraval y a los cistercienses un papel importante en la fundación de la orden. En julio de 1202, el hermano Felipe de Plessis, maestre del Temple desde 1201 hasta 1209, escribió a Arnoldo I, abad de Cîteaux, acerca de los ataques de los musulmanes, las tormentas de arena, las plagas e incluso el terremoto que había sacudido los estados cruzados de Oriente. Pedía las

plegarias de los cistercienses y añadía: «Y como nuestra Casa se inspiró en su institución en la vuestra y en la de vuestros predecesores, nos sentimos especialmente abocados a amaros y creemos que vosotros os sentiréis abocados de modo similar a amarnos».[17] Durante el proceso de los templarios en Francia algunos hermanos declararon que llevaban cordones de lana alrededor de la cintura, encima de la camisa, siguiendo una orden dada por el bendito Bernardo (esto es, por el abad Bernardo de Claraval).[18] En Poitiers, uno de los hermanos, Giraud Beraud, caballero, creía que el fundador de la orden había sido el bendito Bernardo.[19]

¿Por qué estaba Bernardo tan interesado en la nueva orden? Este punto no está claro. No cabe duda de que era amigo del conde Hugo de Champagne, que a su vez era señor de Hugo de Payns. El conde Hugo se unió a la Orden del Temple en 1125, aunque Bernardo esperaba que ingresara en el Cister. Se conserva una carta del rey Balduino II de Jerusalén (1118-1131) dirigida al abad Bernardo, en la que le pide su apoyo para la nueva orden y en la que se cita el nombre de dos templarios a los que Balduino enviaba a Bernardo: los hermanos Andrés y Gundemar. El primero probablemente fuera un tío templario de Bernardo llamado Andrés: a nuestras manos ha llegado una carta del abad dirigida a su tío en 1152 aproximadamente.[20] Es posible que la carta de Balduino II a Bernardo sea falsa, y que hubiera sido redactada para explicar por qué el abad de Claraval daba su apoyo a la orden. La misiva se refiere a los hermanos como *Fratres Templarii*, pero este término no vuelve a aparecer por ningún lado hasta mediados del siglo XII (en un primer momento los hermanos fueron conocidos como los *milites Templi Salomonis*, «caballeros del Templo de Salomón»). En resumen, Bernardo tal vez favoreciera la orden porque su tío era un hermano, o debido a la amistad que le unía con el conde Hugo o por otras relaciones personales que aún desconocemos.

Sin embargo, el papel desempeñado por Bernardo es posterior a la creación de la orden. Las investigaciones llevadas a cabo

hasta ahora han puesto de relieve que los contemporáneos y casi contemporáneos de la época no estaban seguros de cuándo había empezado a existir la Orden del Temple como tal, ni por qué se había originado, ni de quién era el responsable de su formación. La opinión general era que había sido la iniciativa de un grupo de caballeros en Tierra Santa, que estaban allí como cruzados o como pacíficos peregrinos, y que la orden fue aprobada por el patriarca y/o el rey y/o los señores seculares de la región.

Los autores posteriores escucharon versiones distintas. Walter Map (muerto en 1209 ó 1210), funcionario seglar de la corte del rey Enrique II de Inglaterra (1154-1189), cuenta diversas anécdotas acerca de los primeros días de los templarios. Probablemente las escuchara de Guillermo de Tiro o de sus colegas delegados del reino de Jerusalén en el transcurso del Tercer Concilio de Letrán de 1179. Según Map, «Paganus», un caballero de Borgoña, fue en peregrinación a Jerusalén y, cerca de la ciudad santa, emprendió la defensa de un abrevadero de caballos que estaba siendo atacado por los sarracenos. Para acometer esa tarea fundó la Orden del Temple. Sintiéndose satisfecho con una vestimenta austera y sencillos alimentos, invirtió todo lo que poseía en la compra de sus armas y su caballo, y reclutó a guerreros para su causa valiéndose de la predicación y de su enfoque personal, y de todos los medios a su alcance.[21]

Map veía la orden como la iniciativa de un hombre piadoso, y la aprobaba con fervor. Pero no hay otra versión que coincida con la suya. Su relato es tardío, está escrito en la década de 1180 como muy pronto. En la crónica atribuida a Ernoul y a Bernardo el tesorero de la abadía de Corbie en Francia se conserva una versión aún más tardía de los orígenes de los templarios. Ernoul, según cuenta una versión de su crónica, era un escudero del séquito de Balduino de Ibelin (los Ibelin constituían una de las familias nobles más relevantes del reino de Jerusalén). Según esa crónica, los primeros templarios fueron un grupo de caballeros que habían decidido dedicar su vida al Santo Sepulcro después de la primera cruzada. Se dieron cuenta de que la región necesi-

taba guerreros y se autoinculparon de llevar una vida cómoda y ociosa cuando debían estar trabajando. Así, pues, decidieron, con la autorización del prior del Santo Sepulcro, elegir a un maestre que pudiera conducirlos al campo de batalla cuando fuera necesario. El rey Balduino II aprobó la iniciativa y convocó al patriarca de Jerusalén, a los arzobispos y obispos y a los barones de la región. De esa reunión saldría aprobada la nueva orden. El rey Balduino le concedió tierras, castillos y ciudades y persuadió al prior del Santo Sepulcro de que la relevara de la obediencia que le debía. Los hermanos llevan todavía parte del distintivo del Santo Sepulcro, pues ostentan una cruz escarlata y el signo del Santo Sepulcro es una cruz con dos brazos de ese color. El cronista añade: «Y de ese modo el Hospital lanzó el Temple y le dio su Regla y el patrón llamado patrón *Bauçaut* [pío]». A continuación cuenta que los hermanos pidieron al rey que les concediera el palacio situado frente al Templo del Señor como residencia hasta que pudieran construirse uno, y que el monarca accedió. La orden solía agasajar al rey cuando éste participaba en ceremonias en Jerusalén portando su corona. «Más tarde construyeron una hermosa y lujosa residencia junto al palacio, que fue destruida por los sarracenos cuando tomaron la ciudad... Fue así como los templarios fueron llamados a partir de entonces "templarios"».[22]

Aunque este relato fue escrito después de 1187, cuando los sarracenos conquistaron Jerusalén, la versión que ofrece de los orígenes de la orden resulta convincente. Combina las indicaciones de historias anteriores: que la Orden del Temple fue creada a iniciativa de los propios caballeros, que esos caballeros fueron peregrinos llegados al reino de Jerusalén que se habían establecido en la ciudad y que se dieron cuenta de que la región necesitaba guerreros que la defendieran. La nueva orden obtuvo el reconocimiento tanto del rey como del patriarca. Además, esta versión ayuda a explicar por qué en Occidente los autores a veces se muestran confusos a la hora de establecer la relación existente entre el Hospital de San Juan —fundado en la década de 1060 ó 1070 para cuidar de los peregrinos que enfermaban du-

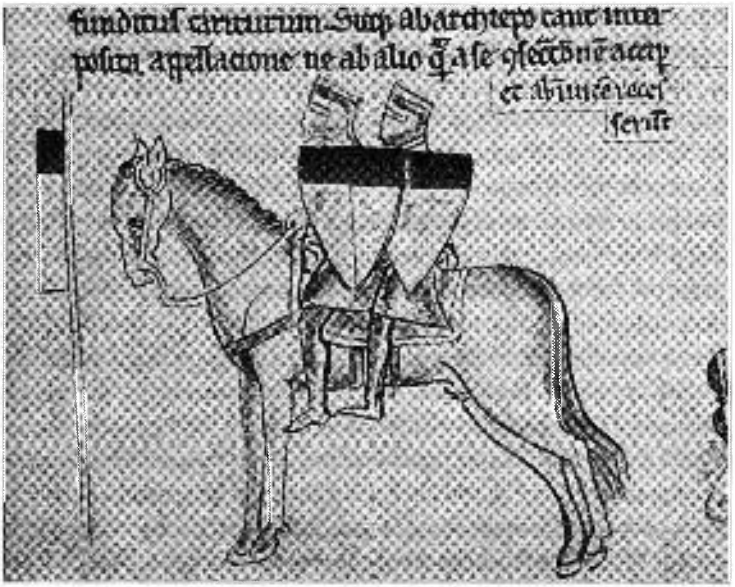


*Lámina 1.2. Dibujo de dos caballeros templarios a lomos de un caballo en el que aparece el estandarte negro y blanco de la orden, realizado por Matthew Paris para ilustrar su* Chronica majora.

rante su viaje a Jerusalén—, la Orden del Temple y los monjes del Santo Sepulcro (los frailes que vivían y trabajaban en el Santo Sepulcro). También explica por qué los hospitalarios y los templarios de Tierra Santa siguieron la liturgia del Santo Sepulcro en los servicios de sus iglesias, y por qué el sello del maestre del Temple llevaba la imagen de la cúpula del Santo Sepulcro. Según Ernoul, en un principio estos tres grupos estuvieron juntos. Los hospitalarios y los templarios empezaron a existir como tales formando parte de la comunidad religiosa establecida en la iglesia del Santo Sepulcro.[23]

El papel que se atribuye al rey Balduino resulta especialmente interesante. Mientras Guillermo de Tiro considera al pa-

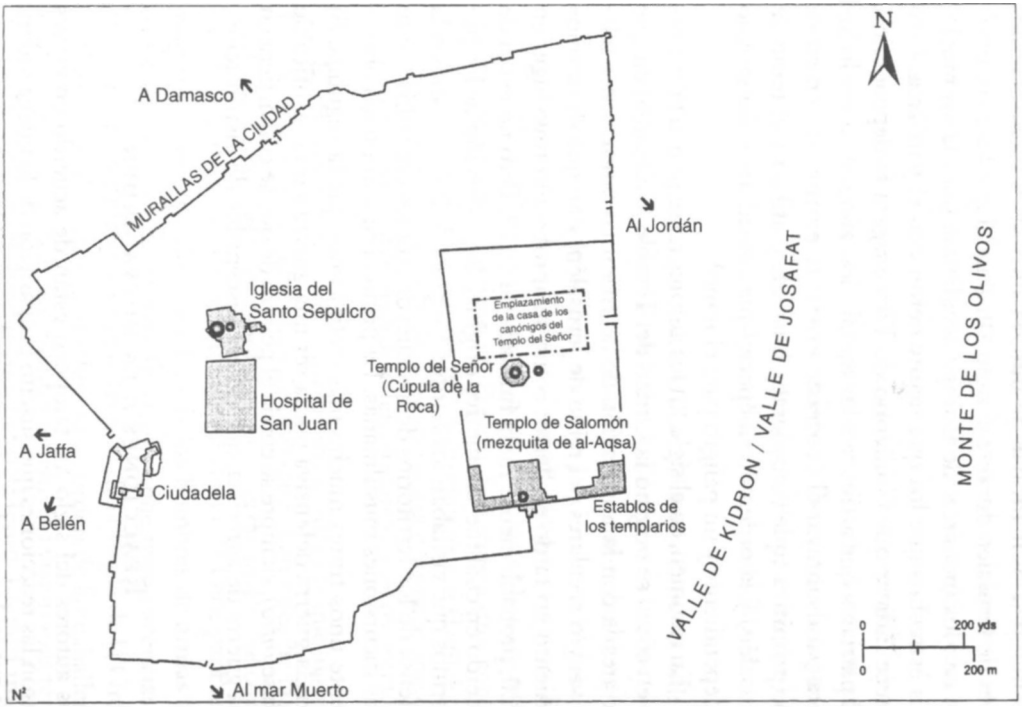



*Figura 1.1. La antigua ciudad de Jerusalén durante la época de los cruzados.*

triarca la figura clave que dio origen a la orden, Ernoul insiste en que fue el rey el primero en dar su apoyo a la nueva institución. Los templarios mantuvieron unos lazos muy estrechos con los reyes de Jerusalén durante el siglo XII, al igual que los mantuvieron con los monarcas de Europa occidental; unos lazos mucho más estrechos que los que mantuvieron con el patriarca. Esto parece indicar que Guillermo de Tiro exagera la dependencia del patriarca que atribuye a los templarios, aunque tal vez lo hiciera para subrayar el contraste existente entre la orden en su fase primitiva (que consideraba humilde y útil para el reino de Jerusalén) y la orden de su época (que consideraba demasiado independiente y un peligro para el reino).

En resumen, en el siglo XII los autores no se ponen de acuerdo en cómo se originó la Orden del Temple. Coinciden en que fue creada con la aprobación de las máximas autoridades religiosas y/o seculares del reino de Jerusalén, y en que su reconocimiento no tardó en llegar: como su aprobación tuvo lugar en 1120, probablemente fuera fundada en 1119. Pero no están de acuerdo en cuál fue su objetivo original: la protección de los peregrinos que visitaban los Santos Lugares de los cristianos o la defensa de los territorios de los nuevos estados cruzados frente a las incursiones musulmanas. La primera función tenía obviamente unos tintes mucho más «religiosos» que la segunda. Si bien la guerra defensiva podía ser una guerra santa justificable (véase *infra*), siempre se corría el peligro de que se convirtiera en una guerra de agresión, que no era susceptible de justificación.

## Reacciones a la nueva orden

Los autores del siglo XII tampoco están de acuerdo en cuáles fueron las reacciones que suscitó la aparición de la nueva orden. Las autoridades eclesiásticas reunidas en el Concilio de Troyes, en enero de 1129, la acogieron con agrado y, cuando Hugo de Payns y sus compañeros viajaron por Europa occidental en

1127-1129, antes de que se reuniera el Concilio en la ciudad de Troyes, las autoridades seculares y religiosas les dieron la bienvenida y les concedieron muchas donaciones.[24] Para realizar una donación se redactaba una carta en presencia del donante, el receptor (Hugo de Payns y/o sus hermanos de la orden) y los notables del lugar. Por aquel entonces esas cartas de donación solían incluir una declaración en la que el donante manifestaba las razones de su concesión. Así pues, una carta de donación emitida en 1130-1131 por Simón, obispo de Noyons, y los canónigos de su catedral pone de manifiesto que daban gracias a Dios por restaurar el orden social perdido, el de los caballeros:

> Pues sabemos que han sido instituidos por Dios tres órdenes en la Iglesia, el orden de los hombres de oración, el de los hombres de armas y el de los que trabajan con las manos. Los demás órdenes estaban en decadencia, mientras que el orden de los hombres de armas había prácticamente desaparecido por completo. Pero Dios Padre y Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, se apiadaron de la Iglesia. Enviando el Espíritu Santo a nuestros corazones, en estos últimos tiempos se ha dignado a reparar el orden perdido. De ese modo en la ciudad santa en la que otrora se originara la Iglesia, el orden perdido de la Iglesia empezó a ser recuperado.[25]

El obispo Simón se refería a los «tres órdenes» que algunos hombres de iglesia calificaban de divisiones naturales de la sociedad.[26] El obispo y sus canónigos manifestaban así que consideraban la nueva orden religiosa un método de Dios para revitalizar a todo un orden social: el de los hombres de armas que entablan combate. Esta manifestación tiene reminiscencias de los términos empleados en la redacción de la Regla de la Orden del Temple: «En esta orden religiosa, el orden de las caballerías florece y renace».[27] Otros donantes tenían una visión más terrenal de la cuestión. Balduino Brochet de Hénin-Liétard manifestaba simplemente lo siguiente:

¡Cómo abundan los caballeros del Templo de Jerusalén cuando se busca la caridad y la gracia digna de alabanza! Cuidan de aquellos que por devoción piadosa visitan asiduamente la santa Jerusalén y el Sepulcro del Señor enfrentándose a los diversos peligros del mar y la tierra. Los mencionados caballeros siempre están dispuestos a conducirlos en su viaje de ida y de vuelta para que puedan llegar sanos y salvos a dichos lugares que están consagrados por la presencia física de nuestro Señor Jesucristo. Su gloriosa fama ha llegado a oídos de mucha gente y se ha difundido ampliamente por todos los rincones de la tierra, haciendo que sean muchos los que les ofrezcan generosamente beneficios, como debe ser.[28]

El propio Balduino cedió todas sus posesiones de Planque, en Flandes, a los templarios.[29] Su carta de donación pone de manifiesto que incluso en sus primeros tiempos la orden era famosa por defender a los peregrinos.

El papado concedió otro tipo de donaciones a la nueva orden: exenciones de la autoridad del clero secular y ciertos derechos que permitirían a la orden utilizar sus recursos exclusivamente para la defensa de Tierra Santa. El papa Inocencio II (1130-1143), cuando emitió una importante bula o carta papal de privilegios para Roberto de Craon (maestre de la Orden del Temple entre 1136 y 1148), declaró:

Nos alabamos a Dios Todopoderoso por vos y en vuestro nombre, pues todo el mundo proclama vuestra orden religiosa y vuestra venerable institución. Aunque erais por naturaleza un hijo de la ira dado a los placeres terrenales, por medio de la gracia inspiradora del Evangelio, a la que no habéis hecho oídos sordos, habéis abandonado la pompa del mundo y vuestras posesiones. Habiéndoos apartado del camino fácil que conduce a la muerte, habéis elegido con humildad el camino angosto que conduce a la vida; y para que podáis ser especialmente considerado parte de la caballería de Dios, elegís llevar siempre sobre el pecho el signo de la cruz portadora de vida, lo cual es digno de alaban-

za. Significa lo siguiente: como verdaderos israelitas y guerreros perfectamente equipados para librar batallas divinas, realmente en llamas con la llama de la caridad, vuestras acciones cumplen con el Evangelio que dice que «Ningún hombre puede tener un amor más grande que éste: entregar la vida por su amigo».[30]

Era la gran bula papal *Omne Datum Optimum*, en virtud de la cual se reconocía la nueva orden y su exención de la Iglesia, debiendo rendir cuentas únicamente al papado.

No todos los autores fueron tan rotundos a la hora de dar su aprobación a la nueva orden. Algunos se mostraron favorables a ella, pero no sabían cómo debían enfocar esa orden religiosa militar. Guigo, prior de La Grande Chartreuse, la casa madre de la orden de los cartujos (cuyos miembros disponían de casas independientes dentro del recinto monástico y vivían una vida de oración y lectura prácticamente en la más absoluta soledad), escribió a Hugo de Payns, «prior de la santa caballería», poco después de que éste regresara a Oriente en 1129. Lamentaba que no hubieran podido reunirse y hablar mientras Hugo estuvo en Francia, y comentaba: «Me ha parecido... que cuando menos podía conversar contigo por carta». A continuación, seguía diciendo:

No sé como puedo alentarte, querido amigo, a entablar batallas y combates físicos, pero deseo al menos aconsejarte acerca de las batallas espirituales, que cada día libro, aunque por ello tampoco estoy mejor preparado para alentarte en este tipo de batallas.[31]

Decía que para poder ganar batallas espirituales una persona debía primero salir triunfante de la batalla librada contra sus propios deseos carnales.

Así pues, mi muy apreciado amigo, debemos tener en primer lugar el control de nosotros mismos para poder atacar a nuestros enemigos externos sin correr peligro; una vez que hayamos purgado nuestras mentes de todo vicio, podremos purgar los territorios de los bárbaros.

Era un buen consejo espiritual, pero de carácter general. Evidentemente, Guigo quería expresar su apoyo a la nueva orden, pero no sabía qué podía resultar más útil a los hermanos. Continúa su carta abordando un problema que estaba particularmente asociado a los caballeros y a los guerreros en general: el orgullo.

> En esta batalla una persona tendrá mayor resistencia y más triunfos gloriosos y abatirá a un mayor número de enemigos bajo la guía y la protección de Dios, cuanto más se esfuerce en ser humilde en todos los sentidos. Pues cuanto más orgulloso quiere sentirse uno, se vuelve más débil y menos capacitado para hacer nada...
>
> Sigamos el camino de la gran humildad para poder alcanzar la gloria de Dios Padre.

Pero nada en su carta parece indicar que Guigo tuviera un conocimiento personal de la orden y sus problemas. Su consejo es positivo y favorable, pero general.

La misiva de Guigo presenta una imagen de los hermanos como compañeros de lucha con los monjes contra el mal, y les pide sus oraciones: «Mis muy queridos, destacados y celebrados hermanos, os deseamos buena salud y que nos recordéis, desde los Santos Lugares donde estáis, en vuestras plegarias».

Un tal Gauchier o Galtier (el equivalente de «Gualterio»), monje cisterciense de la abadía de Claraval, envió una carta a un hermano anónimo de la Orden del Temple en la que expresaba una visión similar, aunque con mayor vehemencia.[32] Pero otros autores religiosos no estaban tan seguros de que una orden religiosa que abrazaba la violencia fuese una orden religiosa como es debido. En 1150 aproximadamente Pedro el Venerable (muerto en 1156), abad del monasterio de Cluny, escribía con muchas expresiones de afecto y elogio al hermano Evrard de Barres (maestre del Temple entre 1149 y 1152) lo siguiente:

> He sentido respeto por vuestra orden desde su institución, y me maravillé y alegré de que fuera creada estando en vida yo, y de

que ilumine el mundo entero como los rayos dorados de una nueva estrella.[33]

A continuación manifiesta que todos los cristianos deben regocijarse de que haya sido creada «una caballería para el Rey eterno, un ejército para el señor de las huestes» con el fin de atacar al diablo y a los enemigos de Cristo, y de que los hermanos de la nueva orden libren tanto batallas espirituales contra las fuerzas del mal como batallas físicas contra los enemigos de carne y hueso. En las primeras desempeñan el papel de los ermitaños y monjes; en las segundas, van más allá de lo que se espera de los religiosos. «Sois monjes por vuestras virtudes, pero caballeros por los métodos que utilizáis». «Ponéis la vida a disposición de vuestros hermanos... sois verdaderos partícipes de ese amor supremo y excelso del que hablaba el Salvador: "Nadie puede tener un amor más grande que éste: entregar la vida por sus amigos"».

Luego ruega al maestre que dispense de sus votos a un noble, Humberto III de Beaujeu (muerto *c.* 1192), que había ingresado en la Orden del Temple hacía un tiempo, pero que ahora había regresado a la región de Cluny y estaba desempeñando un papel relevante en el mantenimiento de la paz por la fuerza de las armas. Sin embargo, los templarios intentaban obligarlo a reincorporarse a la orden. Pedro aduce que es más importante atacar a los cristianos que actúan en contra de su fe que librar batallas contra los paganos que no conocen a Dios. Cluny necesitaba tanto como Tierra Santa ser defendida del mal. Humberto debía ser eximido para que pudiera cumplir con la verdadera llamada que le hacía Dios: mantener la paz de su región natal.

En una carta dirigida al papa Eugenio III, Pedro se expresa en términos algo distintos. Destaca que Humberto había abandonado ilegalmente a su esposa cuando ingresó en los templarios. Y aún más, señala que la Orden del Temple no es más que otro grupo de caballeros. Si Humberto hubiera abandonado una orden monástica y unos votos monásticos, la cuestión sería más

seria; pero simplemente se había limitado a cambiar un tipo de caballería por otro.

> Si se me permite decir lo que muchos de nosotros pensamos: si hubiera abandonado una orden de clérigos, una orden monástica o una orden de ermitaños, o cualquier orden antigua, estaría bien que la censura de la Iglesia lo obligara a regresar a lo que había dejado ilícitamente; pero como lo único que ha hecho es cambiar una caballería por otra, como lo único que ha hecho es utilizar la espada que había desenvainado contra los sarracenos para combatir a los falsos cristianos, que son incluso peores que los propios sarracenos —y, aún más, como, según me he enterado por muchos, y debe ser creído, abandonó a su esposa ilegalmente—, ruego que Vuestra Eminencia considere si debe ser obligado a regresar a la orden o puede permitírsele quedar aquí hasta que la verdad del asunto salga a la luz, y que esta gran investigación de este gran hombre llegue a su conclusión por decisión papal.[34]

Pedro hace dos acusaciones contra la validez espiritual de la orden: la primera, que es una innovación moderna; la segunda, que sólo es una orden de caballería, no una verdadera orden religiosa. Considerando que había escrito al maestre Evrard des Barres, probablemente no tuviera la intención de que sus declaraciones fueran tomadas al pie de la letra; estaba discutiendo un caso en concreto y se manifestaba de forma exagerada con el fin de impactar en la medida de lo posible al papa. Pero no es el único que puso en tela de juicio la validez espiritual de una orden religiosa militar.

Isaac de Étoile (muerto *c.* 1159), filósofo y teólogo cisterciense que fue abad del monasterio de Étoile, cerca de Poitiers, en 1147, redactó un sermón en el que reprendía a sus feligreses por dejarse llevar por el entusiasmo ante cualquier novedad. Por un lado, había nuevas y peligrosas doctrinas. Por otro,

> Ha surgido un nuevo monstruo, cierta nueva caballería, cuya orden —como cierto hombre dice claramente— emana del quin-

to Evangelio [¡porque no emana de los otros cuatro!], pues ha sido establecida para obligar a los infieles a convertirse a la fe cristiana por medio de las lanzas y las porras, y puede despojar libremente a los no cristianos de sus pertenencias y matarlos, además, religiosamente; pero si uno de ellos cae en semejantes actos de pillaje, es calificado de mártir de Cristo.[35]

Isaac continúa señalando que esos guerreros han olvidado que debemos tratar al prójimo como quisiéramos que el prójimo nos tratara, y que su violencia es un mal ejemplo para los demás. No los condena, pero es evidente que abriga serias dudas acerca de su vocación. En realidad, los templarios no fueron creados para convertir a los no cristianos. Sin embargo, la alusión a «cierta nueva caballería» y el hecho de que sus miembros fueran considerados mártires indican que Isaac estaba refiriéndose a los templarios.

Juan de Salisbury (muerto en 1180), amigo de Thomas Becket y posteriormente obispo de Chartres, escribió su *Policraticus* en 1159. Esta obra, una especie de comentario sobre la sociedad de la época, incluye una sección dedicada a las órdenes religiosas. Juan de Salisbury elogia a los templarios por seguir los pasos de los macabeos, los guerreros judíos acaudillados por Judas Macabeo (muerto en 161 a.C.), que en la era anterior a la cristiana defendieron el Templo de los ataques de los paganos. Los templarios daban la vida por sus hermanos; estaban prácticamente solos a la hora de librar batalla por las causas justas. Sin embargo, esto no les permitía usurpar los derechos de los sacerdotes ordenados.[36] El hecho de que fueran soldados de Cristo les concedía cierta posición, pero no era equiparable a la de los sacerdotes.

Con posterioridad a 1187 el clérigo secular Walter Map hizo unas diversas puntualizaciones acerca de la vocación de los templarios. Cristo enseñó a Pedro a perseguir la paz, pero los templarios utilizaban la fuerza; y si bien los apóstoles se ganaron Damasco, Alejandría y buena parte del mundo con la prédica, los

templarios habían perdido esos territorios con la guerra. Map había oído relatos que ponían de manifiesto que los templarios no deseaban la paz ni convertir al musulmán; sólo querían guerrear.[37]

Todas esas opiniones muestran que hubo cierto debate entre los teólogos acerca de la conveniencia de que los cristianos libraran batallas, o si el derramamiento de sangre hacía menos digno a un cristiano a los ojos de Dios. Aunque los cristianos habían combatido desde los albores de la Cristiandad, el Nuevo Testamento era ambiguo a la hora de abordar la cuestión de si debían o no guerrear. Por un lado, Jesús dijo a Simón Pedro que envainara la espada, «pues quien toma la espada, a espada morirá» (Mateo 26 v. 52), aunque en una ocasión Jesús declaró que un centurión romano tenía más fe en Dios que cualquier persona que había conocido, incluso en Israel (Mateo 8 v. 10 y Lucas 7 v. 9). Era evidente que ser un soldado y utilizar la violencia no impedía que un hombre fuera piadoso y del agrado de Dios. El gran autor cristiano Agustín (muerto en 430), obispo de Hipona (la actual Annaba o Bone de Argelia) en el norte de África, condena la guerra en una de sus obras que más influencia ha ejercido, *La ciudad de Dios*, pero reconoce que la violencia ha de ser contrarrestada con la violencia para mantener la paz. Cree que las guerras son justificadas siempre y cuando se libren para imponer la paz.[38] Según el abad Bernardo de Claraval, ése era el tipo de guerras que libraban los templarios, de modo que estaban justificadas.

Agustín, sin embargo, contemplaba la guerra en el contexto del deber impuesto por gracia divina que tenían los emperadores de proteger al pueblo que Dios les había confiado. En su calidad de comandantes supremos del ejército del Imperio, los emperadores romanos tenían la responsabilidad de comenzar y llevar adelante una guerra; los soldados debían limitarse a obedecer sus órdenes. A partir de la conversión de Constantino I en 312 d.C., el emperador, como representante de Dios, luchaba en nombre del Señor. El autor cristiano Lactancio menciona que Constantino ordenó a sus soldados colocar «el signo divino de Dios» en

sus escudos antes de librar la decisiva batalla del puente Milvio contra el pagano Magencio, en la cual obtuvo Constantino la victoria, estableciéndose así como emperador único de Occidente.[39]

Un símbolo cristiano similar aparece en el escudo de un soldado en la representación del séquito del emperador Justiniano del mosaico que se encuentra en uno de los muros del presbiterio de San Vitale en Ravena (546-548). El símbolo en cuestión está formado por la *chi* y la *rho*, las dos primeras letras del nombre de Cristo en griego, superpuesta una encima de la otra. Sobre el escudo simboliza al emperador cristiano que libra guerras para defender a sus súbditos cristianos.[40]

Incluso después de la desintegración del Imperio de Occidente, la protección de su pueblo y el caudillaje de su ejército en el campo de batalla siguieron siendo responsabilidad de los príncipes seculares de Europa occidental. Era una especie de guerra santa, librada en nombre de Dios porque el monarca estaba llevando a cabo el cometido que le había sido asignado por el Señor. Tras la creación en el siglo VIII de los Estados Pontificios en Italia central, el papado también presentó las guerras contra sus vecinos, fueran cristianos o musulmanes, como guerras santas. En la segunda mitad del siglo XI sus actividades bélicas aumentaron, prometiendo a sus soldados el perdón de los pecados siempre y cuando libraran batallas por la causa papal; la propia cruzada fue una evolución de este concepto.[41]

Ya en el siglo XII, el concepto de guerra como actividad religiosa que podía ser un servicio a Dios estaba perfectamente establecido. No obstante, es evidente que algunos eclesiásticos mostraron serias dudas acerca de este concepto, que afectaría al devenir de la nueva Orden del Temple.

A nuestras manos ha llegado una carta, escrita por un hombre que se hace llamar «Hugo Peccator», esto es, «Hugo el Pecador», dirigida a los «caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén». No lleva fecha, y la identidad de este Hugo es incierta. Identificado originalmente como el teólogo Hugo de San Víctor, actualmente son cada vez más los especialistas que creen que

se trata del mismísimo Hugo de Payns, fundador y primer maestre de la Orden del Temple.[42] Escribe empleando un latín sencillo, demasiado simple para un eminente teólogo y, aunque los historiadores creen que los caballeros de la baja nobleza normalmente no sabían leer en latín, Hugo de Payns habría podido recibir alguna educación en la materia y enseñanzas acerca de la Biblia si su familia en un principio hubiera pretendido que siguiese una carrera dentro de la Iglesia. Además, Hugo también habría podido dictar su carta en francés a un escribano profesional que conociera la lengua latina.

La imagen que nos presenta en la misiva es bastante triste: desde el exterior, a los templarios se les reprochaba que su vocación era muy pobre desde el punto de vista espiritual, que a los cristianos les estaba prohibido entablar guerras y que los cristianos no debían odiar a sus enemigos ni hacerse con un botín. Se les decía que si querían servir a Dios y obtener la aprobación divina, tenían que abandonar su orden, humilde y pequeña, y unirse a otra más espiritual dedicada a la oración y a la meditación, esto es, a la «vida contemplativa» seguida tradicionalmente por los monjes. Esos antagonistas de los templarios decían a los comendadores de la orden que, debido a la posición de autoridad que ocupaban, no podían ganarse la salvación, pues el poder terrenal es enemigo del progreso espiritual. Además, los que estaban bajo el mando de otros se resentían por estar en una posición inferior dentro de la orden. Pero una vez más, los hermanos se sentían decepcionados porque, según creían, la Cristiandad se había olvidado de ellos. Afrontaban numerosas fatigas físicas y muchos peligros por defender la Cristiandad, y ni siquiera se les daba las gracias.

Hugo contestaba que, a pesar de su humildad, la orden era necesaria. De no ser por los hermanos del Temple, la Cristiandad estaría a merced de las tormentas que la acechaban. Los hermanos vivían una vida espiritual cuando no estaban en los campos de batalla; ayunaban y rezaban. Tenían una buena razón para odiar, pues detestaban la debilidad, no al género humano;

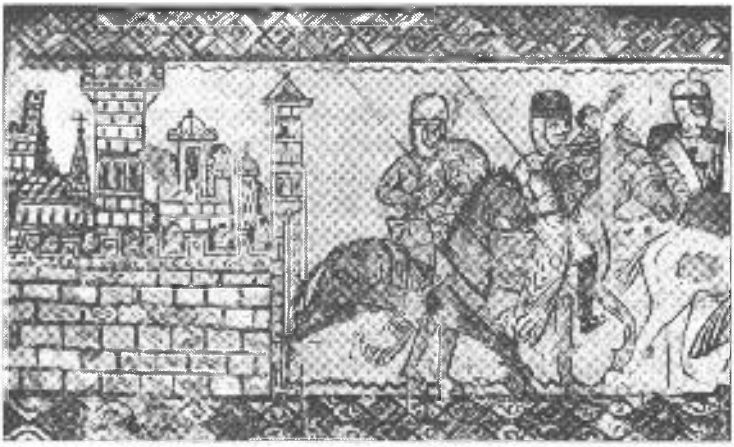


*Lámina 1.3. Imágenes de la guerra santa: caballeros dirigiéndose al campo de batalla. Nótense las cruces rojas de sus mantos y los diversos símbolos que llevan sus escudos. Fresco del siglo XII de la capilla de los templarios en Cressac-sur-Charente, Francia.*

tenían una buena razón para hacerse con un botín, pues era el justo pago por su servicio con las armas. Su orden servía tan bien a Dios como cualquier otra; aunque tenían que trabajar en lugar de quedarse a rezar, era necesario para la supervivencia y la expansión de la Cristiandad que llevaran a cabo su cometido. Debían sentirse satisfechos por su destino, y tanto el hecho de estar al mando como el de recibir órdenes formaban parte de una actitud de humildad y obediencia que les haría acreedores de una recompensa divina. Por último, aunque parecía que la Cristiandad los había olvidado, Dios se acordaba de ellos, y el hecho de que su trabajo fuera llevado a cabo en secreto haría que Dios los premiara con una recompensa todavía mayor.

Hugo valoraba la vida religiosa activa mucho más que la contemplativa. Esta actitud era muy poco común entre los clérigos de la época, en la que la vida contemplativa era considerada el ideal cristiano.

Mirad, hermanos [escribe Hugo], si se supusiera que vosotros debéis buscar una vida de calma y quietud, como decís, no quedaría ninguna orden religiosa en la Iglesia del Señor. Ni siquiera los ermitaños del desierto pudieron escapar al trabajo; tuvieron que trabajar para poder alimentarse, vestirse y cubrir otras necesidades de la vida terrenal. Si nadie arara y sembrara, si nadie recogiera la cosecha y cocinara los alimentos, ¿qué harían los contemplativos? Si los Apóstoles hubieran dicho a Cristo: «Queremos ser libres y llevar una vida de contemplación, no tener que viajar de un lado a otro y trabajar; queremos alejarnos de las protestas y las disputas de la gente»; si los Apóstoles hubieran dicho esto a Cristo, ¿dónde estarían ahora los cristianos?

Esta actitud pone de manifiesto las opiniones de los guerreros seculares del siglo XII, que aparecen expresadas con mayor vehemencia en el celebérrimo poema épico *La Chanson de Roland* «El cantar de Roldán»:

El arzobispo exclamó [al ver que Roldán descuartizaba a los musulmanes]: «Haces bien. Un caballero que lleva armas y va a lomos de un caballo debe actuar así. Tiene que ser feroz y fuerte en la batalla, pues de lo contrario, no vale nada, y sería mejor que se hiciera monje de una de esas iglesias y se dedicara a rezar todo el día por nuestros pecados».[43]

Esta actitud aparece también expresada en los poemas épicos acerca de Guillermo el Chato, señor de Orange, en el sur de Francia, en la historia el duque Guillermo de Toulouse (muerto en 812), especialmente en el titulado *Le moniage Guillaume* o «De cómo Guillermo se hizo monje». Según este relato de humor, escrito a finales del siglo XII, este noble guerrero y azote de los musulmanes decide que debe hacer penitencia por los muchos pecados cometidos y se convierte en monje. El abad del convento en el que ingresa lo manda a comprar pescado y le advierte de que, en el caso de que sea atacado por los bandidos, no tiene que defenderse porque los monjes no puedan hacer uso de la violencia.

Cuando Guillermo oyó esto, enfureció. «Señor», dijo, «las reglas de vuestra orden son demasiado duras. Una orden así podría acabar muy mal; ¡que cargue Dios con el que las impuso! Una orden de caballería es mucho más útil: sus miembros combaten al turco y al pagano, y van al martirio por amor a Dios. A menudo se bautizan con su propia sangre para poder conquistar el Reino de los Justos. Los monjes sólo quieren comer y beber, leer y cantar y dormir y roncar. Están encerrados como las gallinas, engordando, soñando despiertos en sus salterios.»

...Guillermo dijo: «¡Que Dios deshonre a esta orden! ¡Y que Jesús maldiga a su fundador!, pues era un mal hombre y un absoluto cobarde. Una orden de caballería es mucho más útil, pues combate al sarraceno, se apropia de sus territorios y conquista sus ciudades, y convierte a los paganos a nuestra ley. Los monjes sólo quieren estar en la abadía, y comer y beber vino hasta las heces, e irse a dormir cuando han dicho las completas».[44]

Guillermo representa al héroe del siglo XII: un guerrero robusto y fortachón, generoso con sus criados y seguidores, extravagante en la indumentaria y con un enorme apetito. Ninguna de estas características le granjean las simpatías de los austeros monjes, tacaños y amantes de la paz. El autor ve el amor por la paz de los monjes como cobardía, y dice que los caballeros sirven a Dios mejor que los monjes, pues el Señor, más que individuos dedicados a la plegaria, necesita hombres preparados para luchar por Él.

Vistas sus opiniones «caballerescas», Hugo el Pecador, el escritor, probablemente fuera un caballero, y parece razonable llegar a la conclusión de que se trata del mismísimo Hugo de Payns. Su carta no tuvo una gran difusión, pues sólo ha llegado una copia a nuestros días; pero la copia se conserva en un manuscrito que no perteneció a los templarios, lo que indica que la misiva era conocida también fuera de la orden. Pone de manifiesto que los primeros hermanos tuvieron que hacer frente a ciertas críticas virulentas por su interpretación de lo que era el servicio a Dios. La imagen que nos ofrece de la orden en sus al-

bores confirma el relato de Guillermo de Tiro acerca de la humildad que caracterizó sus primeros años de existencia. A mediados del siglo XIII, Matthew Paris (muerto en 1259), cronista de la abadía de Saint Albans, en Inglaterra, expresaría los primeros problemas económicos de la orden en términos muy descriptivos:

> Al principio, aunque eran activos con las armas, eran tan pobres que sólo tenían un caballo para cada dos de ellos. En consecuencia, como muestra de su pobreza inicial y para fomentar la humildad, aparece grabada en su sello la imagen de dos hombres a lomos de un solo caballo.[45]

El recuerdo de la pobreza del Temple en sus orígenes siguió siendo un ejemplo poderoso para sus miembros durante toda la historia de la orden. Es evidente que les recordaba la necesidad de que debían ser humildes, pero también alentaba la creencia de que la orden podía fácilmente caer en la pobreza, y de que había una necesidad constante de acumular y guardar riquezas y de economizar en las cosas pequeñas cuando fuera posible. El miedo a la pobreza y la necesidad de utilizar cuidadosamente los recursos, que impregnan las páginas de los estatutos y costumbres del Temple, dieron lugar a que sus miembros fueran tildados de avariciosos y, en último término, contribuirían a la caída final de la orden.

# 2

# El Oriente latino: defensores de la Santa Iglesia

En 1289 el poeta satírico flamenco Jacquemart Giélée compuso su *Renart le Nouvel* («El nuevo Renart»), donde cuenta cómo Renart, un zorro amoral y sin escrúpulos, se apodera de toda la sociedad, incluida la Iglesia. Al final la fama de Renart llega hasta el reino de Jerusalén, donde el patriarca y los maestres de la Orden del Temple y la Orden del Hospital de San Juan quieren que gobierne sobre ellos para poder derrotar al enemigo. Reunidos ante el tribunal papal para exponer sus respectivos casos, los abogados de las dos órdenes no tardan en entablar un duro debate. El templario declara:

> Exigimos que Renart venga con nosotros por propio derecho. Pues por todos es bien sabido que somos defensores y guerreros de la Santa Iglesia. Tenemos oficiales y caballeros, nos vemos obligados a contratar a muchos mercenarios y a gastar grandes cantidades de oro y plata, todo ello para defender la Santa Iglesia. En numerosos pueblos y ciudades disponemos de casas, propiedades y guarniciones que se encuentran bajo la autoridad de muchos señores poderosos que a menudo nos perjudican gravemente, de modo que tenemos la necesidad de contar con alguien que vele por nosotros y defienda nuestros derechos frente al mundo. Pues si no aumentamos nuestras riquezas y bienes, tendremos muy poca fuerza para mantener a la Santa Iglesia; y nos veremos obligados a retirarnos y abandonar la región de Si-

ria. Entonces el sultán de El Cairo vendrá hasta aquí con una flota. Santo Padre, debéis daros cuenta de que nuestros hombres defienden la Santa Iglesia y la Cristiandad frente al infiel.[1]

Es una buena descripción de la situación que atravesaba la Orden del Temple en 1289, justo antes de que se perdiera definitivamente el reino de Jerusalén en beneficio de los mamelucos de Egipto. La indicación de los hermanos de que, si no se mandaba ayuda, la orden se vería obligada a abandonar Tierra Santa, era una amenaza que en realidad ya habían hecho en numerosas ocasiones a lo largo de los siglos XII y XIII.[2] El hecho de que Giélée incluyera dicha indicación pone de manifiesto que era bien conocida por su público (tan conocida que se había convertido en tema de broma). No obstante, esto no quiere decir que lo que manifestaba el templario de Giélée no fuera cierto. La orden se consideraba, y era considerada por los demás, la defensora de la Cristiandad; si no la única, seguramente la más importante. Era tan prominente en el papel que desempeñaba, que el autor Wolfram von Eschenbach identificaba el castillo del Santo Grial de su novela de caballerías *Parzival* con Jerusalén presentando a los templarios como sus guardianes. Aunque la Orden del Temple recibió las críticas de diversos comentaristas por varios aspectos de sus actividades en Tierra Santa, siguió siendo considerada la principal fuerza militar de la Cristiandad y el grupo con más responsabilidad en la defensa de Tierra Santa, incluso una vez perdidos definitivamente los estados cruzados en 1291.

## La historia de los estados cruzados

La historia de los estados cruzados puede ser dividida convenientemente en tres estadios. En el primer estadio, 1100-1193, el poder musulmán que rodeaba los estados cruzados recuperó su unidad. Bajo caudillos tan sobresalientes como Zangī de

*Lámina 2.1. Un templario expone su caso ante el papa, bajo la atenta mirada del superior de los franciscanos (el hijo de Renart, vestido también con hábito blanco). Miniatura de un manuscrito de la obra* Renart le Nouvel.

Mosul (muerto en 1146), su hijo Nūr al-Dīn (muerto en 1174) y Saladino (muerto en 1193), los ejércitos musulmanes conquistaron definitivamente varios territorios de los estados cruzados. En 1193 tomaron la ciudad de Jerusalén, y el reino de Jerusalén se vio reducido a una estrecha franja costera con capital en el puerto de Acre. En el segundo estadio, 1193-1260, el hermano y los hijos de Saladino se dividieron su imperio. Los ayubíes (llamados así por ser los descendientes del padre de Saladino, Ayyūb), siempre en guerra unos con otros, formaron diversas alianzas con los príncipes cristianos contra otros caudillos musulmanes. Los cristianos «latinos» o católicos romanos de Oriente Medio se aprovecharon de esa situación para recuperar algunos territorios: por ejemplo, la ciudad de Jerusalén pasó a sus manos de nuevo en 1229 en virtud de un tratado con el sultán ayubí egipcio al-Kāmil, y la conservaron hasta 1244. Este período vivió una serie de treguas entre musulmanes y cristianos latinos. Cada una de ellas tuvo una duración de entre cinco a diez años, y todas se alternaron con campañas cruzadas (véase la figura 2.1). Durante las treguas cesaron las hostilidades, y no se produjeron incursiones ni asedios.

El último estadio, 1260-1300, fue testigo de la unificación musulmana por los mamelucos, después de que éstos derrotaran en septiembre de 1260 a los mongoles (guerreros nómadas a caballo procedentes de Asia oriental) en 'Ayn Jālūt, en Galilea. Los mamelucos se habían hecho con el poder en Egipto en 1250 tras efectuar un golpe de estado en palacio. Bajo el sultán Rukn al-Dīn Baibars Bunduqdārī (muerto en 1277) y sus sucesores, los mamelucos continuaron su expansión. Los mongoles constituían una amenaza constante para la hegemonía mameluca en Oriente Medio, y los cristianos latinos tenían la esperanza de poder aprovecharse de esa rivalidad entre las dos fuerzas enemigas para recuperar el territorio, pero sin una ayuda militar importante de Occidente, no consiguieron hacer nada. Como no lograron igualar a los mamelucos en el campo de batalla, se vieron obligados a recurrir a la firma de treguas. En este período se

## Las cruzadas a Tierra Santa, 1095-1291

| | |
|---|---|
| 1096-1099 | Primera cruzada: conquista de Jerusalén. Fundación del reino latino de Jerusalén. |
| 1100-1101 | Expedición complementaria: derrota a manos de los turcos. |
| 1107-1110 | El rey Sigurd de Noruega acude con su ejército a Tierra Santa. |
| 1122-1124 | Expedición veneciana a Tierra Santa. |
| 1144 | Zangī, gobernador de Mosul y Alepo, toma Edesa. |
| 1146 | Muerte de Zangī. |
| 1147-1149 | Segunda cruzada: ataque a Damasco. Fracaso. |
| 1154 | Nūr al-Dīn (hijo de Zangī) conquista Damasco. |
| 1158 | Peregrinación del conde Thierry de Flandes. |
| 1169 | Saladino se convierte en visir de Egipto. |
| 1172 | Peregrinación del duque Enrique el León de Sajonia. |
| 1174 | Muerte de Nūr al-Dīn. Saladino pone sitio a Damasco. |
| 1177 | Peregrinación del conde Felipe de Flandes. |
| 1187 | Saladino conquista Jerusalén. |
| 1189-1192 | Tercera cruzada (para recuperar Jerusalén). Fracasa en su objetivo principal, pero reconquista algunos territorios. |
| 1197-1198 | Cruzada alemana: recuperación de algunos territorios. |
| 1201-1204 | Cuarta cruzada (para socorrer a los cristianos de Tierra Santa). Conquista de Constantinopla. |
| 1217-1221 | Quinta cruzada: ataque contra Egipto. Al principio tiene éxito, pero el ejército queda bloqueado cuando los musulmanes abren las compuertas del Nilo. |
| 1228-1229 | Cruzada del emperador Federico II. Recuperación de Jerusalén en virtud de un tratado. |
| 1239-1240 | Cruzada de Teobaldo, conde de Champaque y rey de Navarra. |
| 1240-1241 | Cruzada del conde Ricardo de Cornualles. Recuperación de algunos territorios tras entablar negociaciones. |
| 1244 | Jerusalén cae definitivamente en poder de los musulmanes. |
| 1249-1254 | Primera cruzada del rey Luis IX de Francia: a Egipto. Al principio tiene éxito, pero es derrotada en al-Manṣūzra en febrero de 1250. Luis se dirige entonces a Tierra Santa y refuerza sus defensas. |
| 1269 | Cruzada de los príncipes de la Corona de Aragón. |
| 1269-1270 | Cruzada frisia. |
| 1270 | Segunda cruzada del rey Luis IX de Francia: a Tunez. Fracaso. |
| 1271-1272 | Cruzada del conde Eduardo de Inglaterra. |
| 1274 | En el Segundo Concilio de Lyon se discuten diversos planes para recuperar Tierra Santa. No se llega a ningún acuerdo. |
| 1291 | Acre es conquistada por al-Ashraf Khalil, sultán de Egipto. Los restantes territorios cristianos latinos de Tierra Santa caen en poder de los musulmanes poco tiempo después. |

No se envían más cruzadas a Tierra Santa, pero Jerusalén seguirá siendo el principal objetivo a largo plazo de cualquier cruzada.

*Figura 2.1. Las cruzadas.*

produjo la retirada progresiva de los cristianos latinos. Al final, la ciudad portuaria de Acre, capital del reino de Jerusalén, cayó en manos del sultán mameluco de Egipto, al-Ashraf Khalil, en mayo de 1291.

La fuerza y la unidad de los poderes musulmanes, o más bien su falta de ambas cosas, fueron los factores más importantes a la hora de determinar el destino final de los estados cruzados. Los acontecimientos internos de esos territorios fueron menos importantes, aunque es cierto que repercutieron en la influencia política de la Orden del Temple, y estuvieron marcados por sucesivas crisis provocadas por la falta de un sucesor adecuado tras el fallecimiento —accidental o por enfermedad— de sus príncipes.

La figura 2.2 ilustra con cuánta frecuencia se produjeron problemas sucesorios en el reino de Jerusalén. Dichos problemas llegaron a convertirse en verdaderas crisis durante la larga enfermedad de Balduino IV (1174-1185), que desde la infancia sufrió de una grave dolencia degenerativa de la piel que ha sido identificada como lepra. A su muerte fue sucedido por su sobrino, Balduino V, un niño que murió en 1186, siendo sucedido por su madre, Sibila, y el esposo de ésta, Guy de Lusignan. Guy de Lusignan era oriundo de la región de Poitou, en Francia occidental, y no era del agrado de parte de la nobleza cristiana latina de los estados cruzados. A la muerte de Sibila y de sus hijas en 1190, Guy de Lusignan fue depuesto, y subió al trono la hermanastra de su esposa, Isabel. Pero primero la nueva reina fue obligada a divorciarse de su marido, Hunfredo de Toron, al que muchos miembros de la nobleza más destacada no querían ver convertido en rey, y a continuación fue casada con una serie de pretendientes que morirían, sin excepción, en curiosos accidentes: su segundo esposo, el marqués Conrado de Montferrato, fue asesinado en la primavera de 1192, el tercero, Enrique de Champagne, murió tras caer desde la ventana de un primer piso en 1197, y el cuarto siguió los pasos de sus predecesores después de que sus alimentos fueran envenenados en 1205, poco antes

del fallecimiento de la propia Isabel. Los que creían en el juicio divino declararían que era el castigo que enviaba Dios a esos hombres por haber contraído matrimonio con una mujer que había sido obligada a separarse de su primer marido legítimo al que, según comentó un testigo de primera mano, había amado con pasión.

La primogénita de Isabel, María, se casó con un noble francés, Jean de Brienne. En 1225 la hija de la pareja, Isabel II de Jerusalén, contrajo matrimonio con el emperador Federico II de Alemania (rey de Alemania entre 1212 y 1250). Este último entonces insistió en que Jean de Brienne debía entregarle el reino de Jerusalén, pues su derecho al trono se limitaba a haber sido el esposo de María, y ésta había fallecido en 1212. La propia Isabel II murió de parto en 1228, dejando un hijo, Conrado. Federico reclamaba el derecho a actuar como regente para su hijo, pero la costumbre del reino de Jerusalén era que el regente fuese la siguiente persona en la línea sucesoria: en ese caso le tocaba a Alicia de Champagne, reina viuda de Chipre (muerta en 1246). Como ni Conrado ni su hijo Conradino viajaron nunca hasta Jerusalén, los hombres influyentes del reino estuvieron divididos acerca de quién tenía más derechos para reclamar el trono y gobernar en su nombre.

A la muerte de Conradino en 1268, el rey de Chipre, en aquel entonces Hugo de Antioquía-Lusignan (monarca entre 1267 y 1284), esperaba heredar el trono de Jerusalén, pero María de Antioquía tenía un parentesco más estrecho. Sin embargo, ni uno ni otra pudieron hacerse con el trono. En 1277 María vendió sus derechos a Carlos, conde de Anjou y rey de Nápoles, que pretendía extender su autoridad al Mediterráneo oriental. Las pretensiones de Carlos al trono de Jerusalén recibieron el apoyo de uno de sus parientes, Guillermo de Beaujeu, maestre de la Orden del Temple (entre 1273 y 1291). Este último no reconocería a ningún rey de Chipre como soberano de Jerusalén mientras Carlos viviera. Sólo a la muerte de Carlos en 1285 pudo el monarca chipriota, por aquel entonces Enrique II

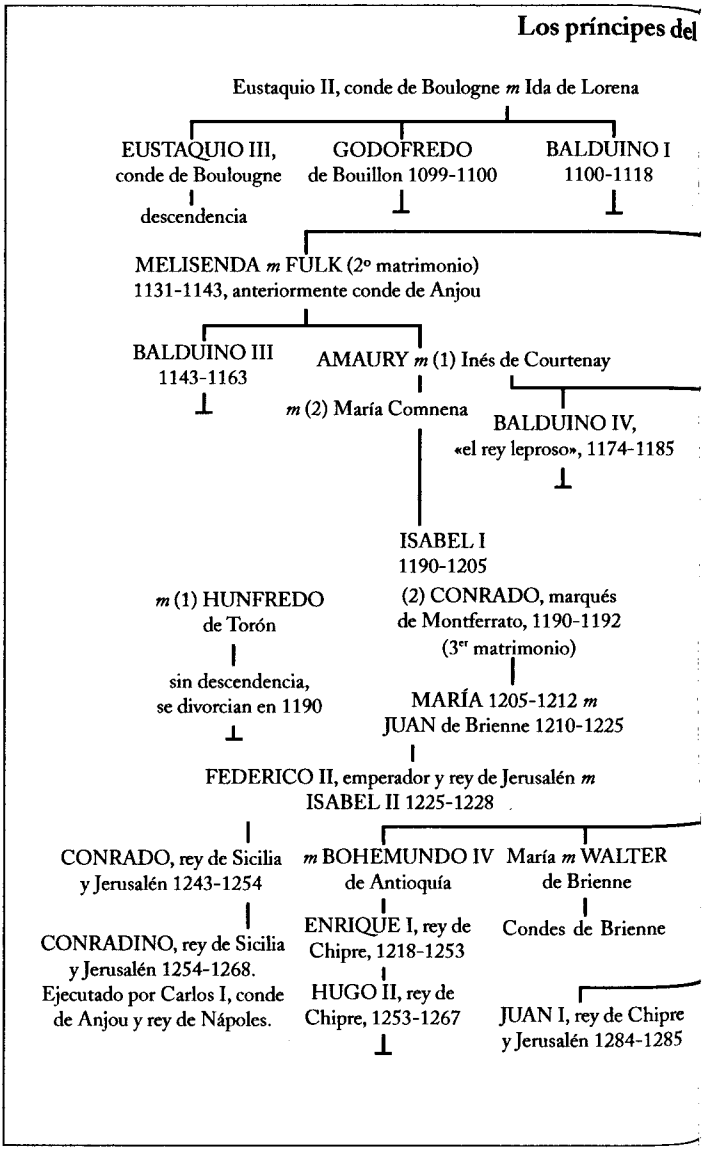
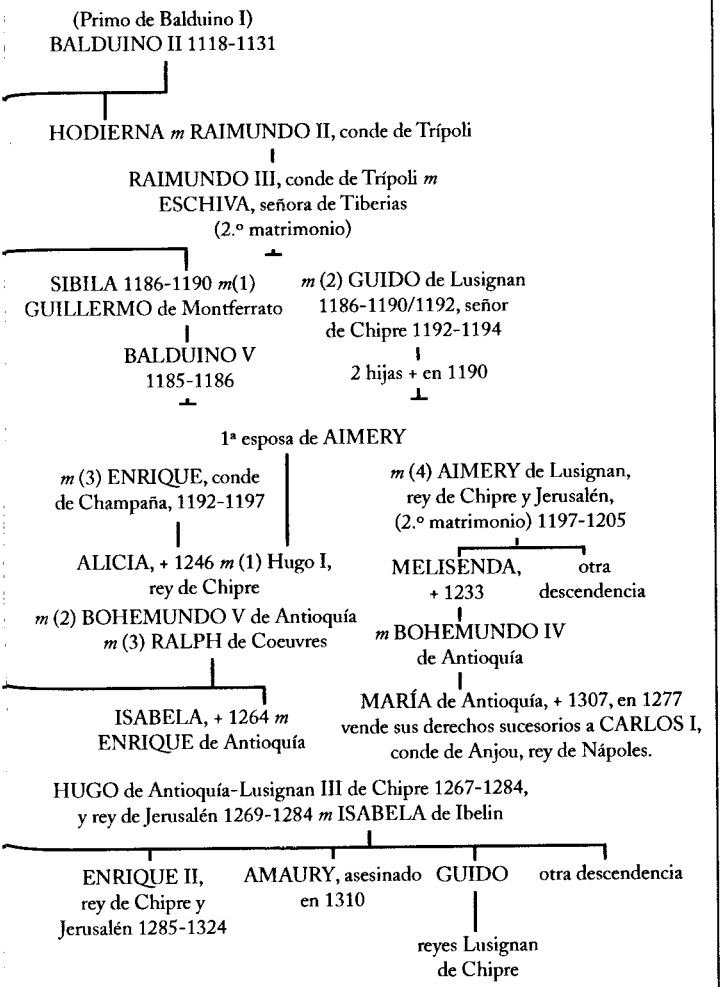



*Figura 2.2. Los príncipes del reino de Jerusalén.*

## reino de Jerusalén



(muerto en 1324) obtener pleno reconocimiento como «rey de Jerusalén» y unificar a su alrededor a la nobleza y los poderes políticos de los estados cruzados. Cuando tuvo lugar la coronación de Enrique como monarca de Jerusalén en 1286, el reino se veía seriamente amenazado por los sultanes mamelucos de Egipto, y el nuevo soberano no pudo impedir la pérdida definitiva del reino en 1291.

Durante las crisis por la sucesión del reino de Jerusalén surgieron diversas facciones que se enfrentaron entre sí para hacerse con el control del reino, bien fuera actuando como regentes, bien dando su apoyo a uno o a más de los pretendientes al trono. La principal y la más influyente de esas facciones fue la nobleza. Los señores del reino tenían un gran poder económico, y su riqueza procedía principalmente del comercio y las rentas que les proporcionaban las ciudades. A finales del siglo XII, la familia más importante era la de los Ibelin. Esta familia se opuso con tenacidad al rey Guy antes de la tercera cruzada y al emperador Federico II durante su cruzada de 1228-1229 y los años de la década siguiente. Sin su apoyo, nadie era capaz de gobernar el reino.

En cambio, la Iglesia de los estados cruzados no se caracterizó por su poder. Contó con pocos líderes notables: el arzobispo Guillermo de Tiro en el siglo XII y Jacques Pantaléon, patriarca de Jerusalén y posteriormente papa con el nombre de Urbano IV (entre 1261-1264), constituyeron toda una excepción. Sin embargo, sí produjo algunas órdenes religiosas nuevas, como la del Santo Sepulcro, la de los frailes carmelitas y las órdenes militares. La Iglesia en los estados cruzados no controlaba grandes señoríos eclesiásticos como hacía la Iglesia en Europa, aunque, al igual que esta última, sus autoridades tenían que reclutar tropas para ayudar en la defensa del reino. Normalmente, las propiedades de la Iglesia en los estados cruzados estaban fortificadas para protegerse de las incursiones de los musulmanes.

Debido a las necesidades militares de los estados cruzados, las órdenes religiosas militares consiguieron ejercer una gran influencia en los asuntos políticos. Además de la del Temple, es-

tablecida oficialmente en 1120, surgieron otras órdenes militares. Poco después de 1120, la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, fundada en el tercer cuarto del siglo XI para cuidar a los peregrinos enfermos que llegaban a la ciudad, empezaron a contratar a mercenarios para encomendarles su protección, y en 1136 el rey Foulques concedió a los hospitalarios el castillo de Beit Jibrin, próximo a Ascalón, para que defendieran específicamente el territorio cristiano latino de las incursiones musulmanas.[3] Durante su proceso de desarrollo, ambas órdenes trabajaron juntas llevando a cabo incursiones en territorio musulmán, efectuando distintas campañas y participando en el Consejo Real. Con el tiempo fueron creándose más órdenes militares, la mayor parte de ellas surgidas de los hospitales de peregrinos, siendo la más importante la de Santa María de los Caballeros Teutónicos (u Orden Teutónica), que empezó como hospital de campo durante el asedio de Acre en 1189-1191 y se convirtió en orden militar en 1198.[4] No obstante, la escasa diferencia que existía entre las actividades de unas y otras órdenes dio lugar a que entraran en conflicto entre ellas por la política y los territorios. Cuando se perdió Tierra Santa, algunos comentaristas de Occidente culparon a las órdenes militares de haber librado guerras entre ellas en lugar de hacerlo contra el musulmán en el campo de batalla.

Las comunas italianas ejercieron cuando menos la misma influencia en los estados cruzados que las órdenes militares. Estaban constituidas por mercaderes procedentes de las ciudades comerciales de Italia, sobre todo de Génova, Venecia y Pisa. Mientras que algunos italianos vivirían en Oriente durante varios años seguidos, muchos otros viajaban a los estados cruzados cada año en primavera y otoño para comprar y vender mercancías; disponían de sus propios barrios en las ciudades portuarias más importantes como Acre y Tiro, donde disfrutaban de diversos privilegios, como, por ejemplo, contar con sus propios tribunales para dirimir sus litigios mercantiles. Los mercaderes fueron vitales para los estados cruzados, pues suponían el vínculo de unión con Europa por medio del cual llegaban los peregri-

nos, los colonos y los avituallamientos, y desarrollaron el comercio que tanto enriqueció a estos territorios. Además, llevaron al reino el poder marítimo que supuso para los cristianos latinos una gran ventaja sobre los musulmanes. Sin embargo, las ciudades-estado italianas eran rivales y a menudo estaban en guerra entre sí, lo que hizo que sus conflictos se extendieran hasta Tierra Santa. Venecia y Pisa solían aliarse contra Génova, lo que empeoraba esas disputas. Además, como comerciaban con los musulmanes, algunos comentaristas europeos protestarían, aduciendo que los intereses de esas ciudades no hacían sino reforzar el poder del enemigo a expensas de los cristianos.

## Los templarios en los estados cruzados

Es difícil establecer cuántos templarios hubo en el Oriente latino (como denominan los historiadores a los territorios de los estados cruzados y el reino de Chipre), pero se ha indicado que las órdenes del Temple y del Hospital de San Juan podían disponer cada una de un ejército de trescientos hermanos sobre el terreno, además de caballeros, oficiales (no caballeros) armados y mercenarios o soldados contratados.[5] Tenían casas de hermanos en las principales ciudades del Oriente latino y feudos, aldeas y fortificaciones que les habían sido concedidos como donación piadosa o que habían adquirido, además de unas cuantas fortalezas que ellos mismos se habían construido.

El impacto que tuvieron los templarios en sus adversarios musulmanes pone de manifiesto su efectividad como guerreros. Los comentaristas musulmanes veían las órdenes militares en general como una amenaza terrible para el Islam. El secretario de Saladino, 'Imād al-Dīn, calificaba a los templarios de rebeldes, demonios y perversos, con sus castillos erigidos en riscos inaccesibles que eran refugio de bestias salvajes. Todas las victorias obtenidas sobre los templarios y sus camaradas en el mal, los hospitalarios, eran motivo de regocijo. Tras la batalla de Hat-

tin el 4 de julio de 1187, cuando las fuerzas de Saladino destruyeron el ejército del reino de Jerusalén y capturaron al rey Guido y a los principales miembros de la nobleza, el sultán egipcio compró todos los prisioneros templarios y hospitalarios y los mandó ejecutar. Los santones y los teólogos musulmanes se pusieron en fila para tener el honor de ajusticiar a uno de aquellos enemigos notables de su fe. 'Imād al-Dīn cuenta que Saladino declaró: «Limpiaré la tierra de esas dos órdenes impuras».[6]

*Los castillos.* Los templarios recibieron sus fortificaciones de Oriente en la década de 1130. Pero éstas no se encontraban en el reino de Jerusalén, sino al norte de los estados cruzados, más allá de Antioquía, en los montes Amanus que separaban Antioquía del estado cristiano de la Armenia cilicia. Entre esos castillos figuraban los de Baghras (llamado Gastón por los francos), Darbsaq, Roche Roussel, Port Bonnel y el misterioso Roche Guillaume, cuyo emplazamiento no ha sido todavía identificado y que probablemente no sea otro que Roche Roussel. Desde esos castillos se defendían los pasos de montaña, no tanto de los musulmanes, sino más bien de los armenios cilicios y los griegos bizantinos. Los templarios controlaban el de Baghras en 1142, cuando el emperador bizantino Juan Comneno invadió la región y atacó Antioquía. Todos esos castillos cayeron en manos de Saladino en 1188. El de Baghras fue ocupado por los armenios cilicios tras la retirada de Saladino, y los templarios tuvieron muchísimos problemas para poder recuperarlo finalmente con la ayuda de Bohemundo IV, príncipe de Antioquía.[7] Más adelante analizaremos esos problemas con mayor detalle. Otros castillos no pudieron ser recuperados.

En el reino de Jerusalén los templarios recibieron el castillo de Latrūn, llamado también Toron des Chevaliers, que según una crónica castellana fue construido por el conde Rodrigo González de Toledo entre 1137 y 1141, mientras el noble se encontraba en Tierra Santa luchando contra los sarracenos. Tras

*Figura 2.3. Tierra Santa durante la época de los cruzados con indicación de las fortificaciones de los templarios y de otros lugares citados en el texto.*

equipar y proveer de guarniciones el castillo, lo cedió a los templarios.[8] Después de la segunda cruzada, en 1149, los hermanos recibieron la fortaleza de Gaza. Estaba situada en la principal vía costera que atravesaba la región de norte a sur y había sido erigida por el rey Balduino III y los nobles del reino de Jerusalén como parte de su estrategia de cercar la ciudad musulmana de Ascalón, que se encontraba en el litoral a unos quince kilómetros al norte de Gaza. El castillo fue confiado a los templarios, que se encargaron de conservarlo y que lo utilizaron como centro no sólo para emprender incursiones en Ascalón, sino también para proteger la frontera sur del reino de Jerusalén con Egipto. Unas décadas más tarde, Guillermo de Tiro escribió en su historia de los estados cruzados que los templarios llevaron a cabo bien su cometido, aunque Gaza sólo fue el último de una serie de castillos erigidos alrededor de Ascalón por los monarcas de Jerusalén.[9] Al parecer, no sería hasta 1149 cuando el rey consideró que la Orden del Temple estaba capacitada para conservar el castillo y defender la frontera, hecho que resulta interesante y que contrasta con la situación que se vivía por aquel entonces en la península Ibérica.

En 1151 el obispo Guillermo I de Tortosa pidió a los templarios que se encargaran de la defensa del castillo de Tortosa para proteger la ciudad de la amenaza de Nūr al-Dīn, que la había tomado en la primavera de 1152 y, tras saquearla, se había retirado. El obispo concedió a los templarios numerosos privilegios en la ciudad: las capillas de la orden quedaron exentas de su autoridad personal y se redujo el importe de los diezmos (la décima parte de todos los beneficios que debía entregarse a la Iglesia). Los templarios debían construir un castillo nuevo para proteger al obispo y a la población de la ciudad.[10] En 1188, al mando del maestre Gérard de Ridefort (1185-1189), los templarios defendieron con éxito su fortaleza de las huestes de Saladino, que tuvieron que retirarse sin poder conquistarla.

En la década de 1160, el castillo de Safed, en Galilea, fue confiado a la orden, pero Saladino lo conquistó en 1188 tras un

fuerte asedio y sangrientas luchas. La orden lo recuperó en 1240 en virtud del tratado firmado por el señor ayubí de Damasco, al-Sālih Ismā'īl, y, en nombre de los cruzados, Teobaldo, rey de Navarra y conde de Champagne, apoyado por los templarios. A petición urgente del obispo de Marsella, que había participado en la cruzada, los templarios emprendieron la restauración del castillo. Con el fin de dar a conocer la reconstrucción y reunir fondos para las obras necesarias, un clérigo escribió el tratado titulado *De constructione castri Saphet* («La construcción del castillo de Safed»). El castillo en cuestión cayó al final en manos de los Baibar en el verano de 1266, y toda la guarnición de templarios que lo defendían fue pasada por la espada.[11]

Desde mediados del siglo XII, los templarios, los hospitalarios y los caballeros teutónicos recibieron o compraron muchos castillos pertenecientes a la nobleza secular de los estados cruzados, que ya no podían mantenerlos ni proveerlos de una guarnición adecuada. Después del saqueo de Sidón por parte de los mongoles en 1260, el señor de esta ciudad cedió su señorío a los templarios, incluido el castillo de Beaufort.[12] La Orden del Temple perdió esta fortificación en 1268 en beneficio de los Baibar, pero conservó Sidón hasta 1291. Sidón fue evacuada sin que se entablara combate alguno tras la pérdida definitiva de Acre. Todas esas donaciones y compras hicieron que las órdenes militares fueran muy poderosas e influyentes en los estados cruzados, aunque también supusieron una importante carga financiera que no pudieron afrontar con sus recursos.

Los templarios también erigieron castillos nuevos. En 1178-1179 participaron en la construcción de una fortaleza en el Vado de Jacob, en el río Jordán, llamada el pequeño castillo. Según Guillermo de Tiro, escribiendo en esta ocasión como testigo de los hechos, el rey Balduino fue quien mandó erigir el castillo y luego lo cedió a los templarios. En la década de 1220, el autor de la primera parte de la crónica atribuida a Ernoul y Bernardo, tesorero de la abadía de Corbie, escribió que fueron los templarios los que habrían decidido que era necesaria la construcción de un

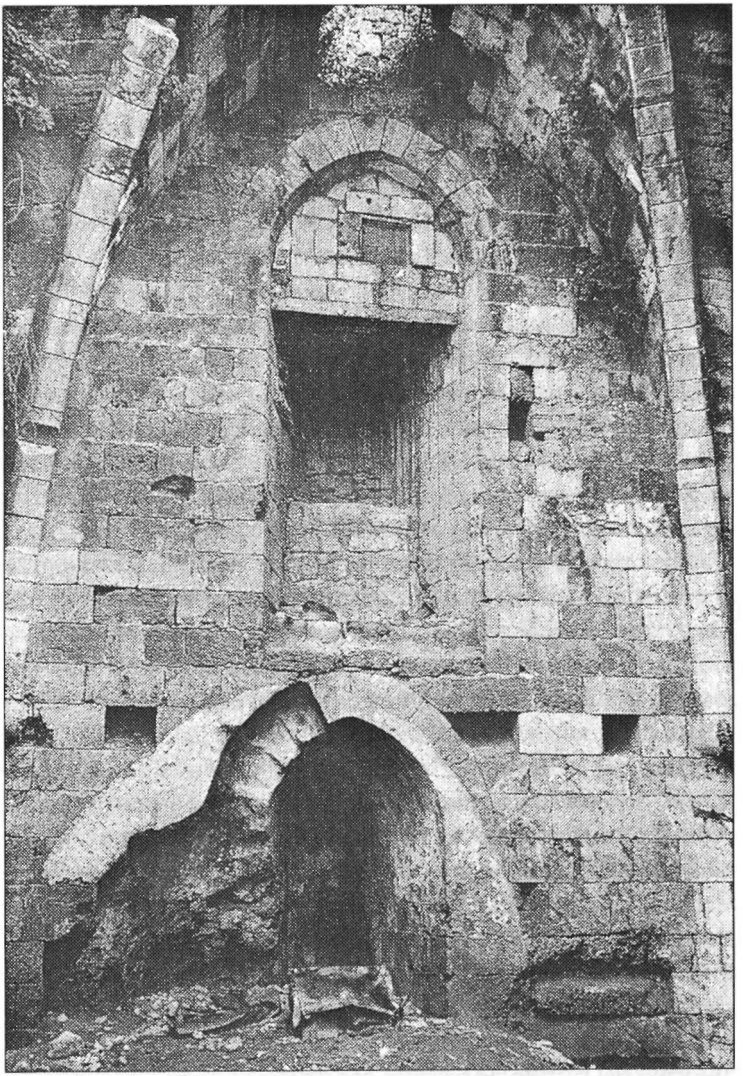


*Lámina 2.2. La capilla de los templarios en la fortaleza de Tortosa antes de las excavaciones.*

castillo en ese emplazamiento. El monarca no podía haberlo erigido porque su tratado de paz con Saladino prohibía la construcción de castillos en la frontera, mientras que los templarios no estaban obligados a acatar tratado alguno. En cualquier caso, las obras del recinto interior de la fortificación pudieron concluirse, pero las de la zona exterior no se habían iniciado todavía cuando en 1179 Saladino atacó el castillo, se adueñó de él, ejecutó a todos los templarios que lo defendían y lo demolió.[13]

Durante la quinta cruzada (1217-1221), los templarios sustituyeron su pequeña torre de vigilancia llamada Le Destroit («El Desfiladero»), situada en 'Atlīt, en el camino de la costa que desde Haifa iba hacia el sur, hasta Cesarea, por una fortificación mayor construida sobre un promontorio cercano. Dicha fortificación recibió el nombre de Chastel Pèlerin en honor de los cruzados (peregrinos) que habían participado en su erección. Para levantarla se reutilizaron las piedras de una arcaica muralla fenicia, y en el curso de las obras fueron halladas grandes cantidades de monedas antiguas que fueron empleadas para financiar el coste de la construcción. Además, los numerosos manantiales que se descubrieron supusieron un importante suministro de agua para el castillo. En 1219 el duque Leopoldo VI de Austria y el conde Ranulfo de Chester (muerto en 1232) realizaron generosas donaciones de dinero para su construcción. Oliverio, maestro de la catedral de Colonia y posteriormente obispo de Paderborn (muerto en 1227), describiría la erección del castillo con todo lujo de detalles en una carta dirigida a sus colegas de Colonia; su misiva fue copiada en los *Grandes Anales de Colonia*, a través de los cuales llegó a la crónica de Roger de Wendover, cronista de la abadía de Saint Albans en Inglaterra. El nuevo obispo de Acre, Jacques de Vitry (1216-*c.* 1228), informó del castillo de reciente construcción al papa Honorio III (1216-1227): estaba gratamente sorprendido por la disposición de los templarios a invertir todas sus riquezas en la erección de la fortaleza y declaraba: «Es una incógnita de dónde las sacan».

Tal vez no se había enterado del hallazgo del tesoro de monedas antiguas. De hecho, las importantes donaciones concedidas por destacados cruzados indican que el grueso del coste de las obras corrió a cargo de los propios cruzados, como correspondía a un castillo que era «suyo».[14]

Los castillos tenían diversas funciones. Eran centros administrativos desde los que se gobernaban los territorios. Para las órdenes militares eran un centro de vida religiosa. Algunos especialistas han observado que la planta concéntrica de este tipo de construcciones que se desarrolló a partir de mediados del siglo XII resultaba particularmente apropiada para las órdenes militares, pues el recinto central podía albergar a los hermanos y su capilla, aislados del resto del mundo, mientras que los recintos exteriores acogían a los mercenarios y a otros seglares. Se ha sugerido incluso que las órdenes militares desarrollaron deliberadamente este tipo de planta concéntrica para poder cumplir con el requisito religioso de la clausura. Otros historiadores, sin embargo, creen que el castillo concéntrico se desarrolló principalmente para contrarrestar los peligros que suponían la nueva maquinaria de asedio empleada por los musulmanes. Esta última hipótesis parece más probable, pues los castillos eran en primer lugar centros militares. Sus dimensiones variaban, e iban desde la simple torre hasta el gran complejo fortificado.

Los castillos de las órdenes militares estaban custodiados por un número reducido de hermanos y un gran ejército formado por mercenarios . En el castillo de los templarios de Safed, en Galilea, había en la década de 1260 cincuenta caballeros de la hermandad, treinta oficiales de la orden armados, cincuenta turcoples (mercenarios nativos ligeramente armados) y trescientos arqueros a sueldo.[15] Las guarniciones acudían al campo de batalla cuando era necesario. Por ejemplo, según la crónica atribuida a Ernoul, el 1 de mayo de 1187 Gérard de Ridefort , maestro de la Orden del Temple entre 1185 y 1189, se llevó prácticamente a toda la guarnición del pequeño castillo de La Fève con el fin de aumentar el número de hombres de su reducido ejército de

templarios y hospitalarios para entablar batalla contra las fuerzas de Saladino en la Fuente del Berro, cerca de Nazaret. Cuando Balian de Ibelin, que seguía a Gérard de Ridefort, llegó a La Fève al cabo de unas horas, quedó sorprendido al ver que no había nadie en el castillo y decidió enviar a su escudero, Ernoul («el que ha escrito este relato»), a investigar; Ernoul sólo encontró a dos inválidos, que no sabían nada de lo ocurrido. Cuando el caballero y su escudero abandonaban el lugar, un hermano templario salió cabalgando del castillo en pos de ellos y los llamó, aunque Ernoul no había advertido su presencia en el castillo. El hermano les informó del desastre sucedido en la Fuente del Berro: el maestre de la Orden del Hospital de San Juan y todos los templarios habían perecido; únicamente habían logrado escapar tres hermanos y el maestre de la Orden del Temple. El relato en su conjunto tiene fuertes tintes novelescos: el castillo misteriosamente vacío, y un caballero que aparece prácticamente de la nada. Tal vez Ernoul exagerara la situación para hacer hincapié en la disparatada estrategia de llevarse a toda la guarnición de un castillo para librar una batalla, dejando la fortaleza totalmente indefensa.[16]

Sin embargo, ni siquiera un castillo bien defendido podía resistir eternamente un asedio firme. El secretario de Saladino, 'Imād al-Dīn, describe exhaustivamente las impresionantes fortificaciones de Baghras: «Erigidas en una cima inexpugnable, levantándose sobre una cumbre inalcanzable, sus cimientos tocan el cielo»; y a continuación explica cómo Saladino instaló su maquinaria de asedio y bombardeó la fortaleza hasta que salió el último comendador y se rindió. Según las costumbres de guerra, el comendador obraba bien al rendirse si sabía que ésta era la única salida que tenía. En términos militares, si no había modo alguno de recibir socorro, era mejor rendirse y salvar la vida de los hermanos y los mercenarios para que pudieran entablar batalla en otra ocasión, que perderlo todo sin beneficiar a la orden y a la Cristiandad, excepto el honor de morir como un mártir.[17] Pero había diversidad de opiniones acerca de cuándo

un comendador debía decidir que no quedaba ninguna esperanza de que llegara socorro alguno. Guillermo de Tiro habla de la furia del rey Amaury de Jerusalén (1163-1174) cuando se enteró de que doce templarios se habían rendido y habían entregado un castillo real del que les había sido encomendada la defensa frente al asedio de los musulmanes y que él había querido salvar. Colgó a los templarios responsables de la pérdida. En 1268 la guarnición de templarios de Baghras se rindió y entregó el castillo al sultán Baibar porque pensaron que no les quedaba otra salida; más tarde tuvieron problemas con la orden por haberse rendido antes de recibir instrucciones en ese sentido y por no haber destruido cuanto había en el castillo, dejando la fortaleza indefensa, antes de abandonarlo.[18]

Desde sus castillos los templarios llevaban a cabo diversas actividades militares: emprendían incursiones en territorio musulmán, o contra sus gentes y propiedades; escoltaban a los peregrinos por las rutas de peregrinación que iban desde las localidades portuarias hasta Jerusalén y el valle del Jordán, y viceversa; desempeñaban un papel castrense en las grandes campañas bélicas capitaneadas por el rey o su representante, y daban consejos militares. Aunque en el condado de Trípoli disfrutaban de importantes privilegios y poseían numerosos territorios, en otras regiones los templarios no gozaron de autonomía. Incluso sus castillos de la avanzada de Amano, entre Antioquía y la Armenia cilicia, se encontraban en un territorio sometido a la autoridad del príncipe de Antioquía. Sin embargo, en el siglo XII y a comienzos del XIII los templarios trabajaron en colaboración con el rey de Jerusalén, o en el norte de los estados cruzados con el príncipe de Antioquía y el conde de Trípoli. Aunque en teoría únicamente estaban sometidos a la autoridad papal en la tierra, en la práctica funcionaban más como una especie de milicia real o feudal.

Las incursiones que los templarios emprendieron contra los musulmanes fueron de carácter tanto ofensivo como defensivo. Su objetivo no consistía en conquistar territorios, sino capturar

animales, personas y todo tipo de botín, susceptibles de ser utilizados o de convertirse en fuente de riqueza (por ejemplo, canjeando a los prisioneros a cambio de dinero). Las incursiones de uno y otro bando eran, y siguen siendo, características de las sociedades fronterizas. El castillo de Gaza fue construido para que los templarios pudieran realizar incursiones contra la ciudad de Ascalón y las caravanas que el califa de Egipto enviaba regularmente para abastecer la ciudad. Fue precisamente en el curso de una de esas incursiones cuando en 1154 los templarios llevaron a cabo una emboscada contra un grupo de acaudalados musulmanes procedentes de Egipto; entre ellos figuraban Rukn al-Dīn 'Abbās y su hijo, Nāsr al-Dīn, que acababan de asesinar al califa al-Zāfir y se habían apropiado de sus posesiones. 'Abbās pereció, y su hijo fue hecho prisionero. Un monje premonstratense de la diócesis de Reims o de Laon, que recogería este hecho en 1155 aproximadamente, calificó a los templarios de instrumento de la justicia divina. Guy de Bazoches, que escribió una crónica a finales del siglo XII, recogió también estos hechos (aunque dando una fecha errónea) e hizo hincapié en la imagen de los templarios como instrumento de la justicia divina añadiendo que los hermanos habían entregado a Nāsr al-Dīn a sus enemigos para que pudiera ser castigado por su participación en el asesinato del califa. Un relato similar lo ofreció Balduino de Ninove ya en la segunda mitad del siglo XIII. Los historiadores musulmanes confirmaron esta versión de los hechos y añadieron que, después de ser entregado, ya en Egipto, Naṣr fue ejecutado, y su cuerpo fue colgado en una cruz de las puertas de la ciudad (el castigo habitual que recibían los traidores).

El hecho de que el cuerpo de Nāsr fuera colgado a una cruz llevó a algunos cristianos de la época a creer que se había convertido al cristianismo en el momento de su muerte. Treinta años después de su ejecución, tanto Guillermo de Tiro desde Oriente como Walter Map desde Occidente escribieron que la conversión de Nāsr se había producido durante su estancia en la prisión de los templarios, pero que éstos lo habían canjeado a los

egipcios por un gran rescate porque preferían el dinero a los conversos. No obstante, en los relatos cristianos o musulmanes de la época no hay ninguna evidencia que apunte hacia la veracidad de dicha conversión.[19]

En 1157 los templarios informaban de una provechosa incursión contra un grupo de musulmanes que celebraban una boda, con el resultado de unos doscientos treinta musulmanes muertos o hechos prisioneros.[20] Se trataba de una incursión a pequeña escala; hubo otras mucho más importantes en las que participaron las fuerzas del rey, de los nobles y/o de otras órdenes militares. Eran empresas arriesgadas. Guillermo de Tiro habla de una incursión contra las fuerzas turcas invasoras cerca de Hebrón en 1139, capitaneada por el maestre del Temple Roberto de Craon en la que un tal Bernardo Vacher portaba el estandarte del rey. El ataque acabó en desastre, y muchos nobles perecieron en él.[21] El cronista de Saint Albans, Matthew Paris, recogería en su *Chronica majora* y en su *Historia Anglorum* cómo en 1237 los templarios y los hospitalarios partieron de Baghras para atacar Darbsaq y, tras caer en una emboscada, fueron descuartizados.[22] En 1260 los templarios de Acre, Safed, Beaufort y Chastel Pèlerin, a las órdenes de su mariscal, Esteban de Sissy, junto con el mariscal del reino de Jerusalén, Juan de Gibelet, y la familia de los Ibelin se lanzaron sobre los turcomanos. Juan de Ibelin, señor de Beirut, Juan de Gibelet, Mateo el Salvaje, comendador del Temple, y otros muchos caballeros y soldados fueron hechos prisioneros, y los templarios perdieron todos sus pertrechos.[23]

Los castillos no sólo fueron centros de ataque, sino también de defensa. Podían convertirse en cobijo para los hermanos y sus arrendatarios cuando el musulmán atacaba las zonas rurales; después de la incursión, podían salir de su refugio y volver a sus casas. Guillermo de Tiro se queja de que cuando las fuerzas de Saladino saquearon la región en 1180, los templarios y los hospitalarios se encerraron en sus fortificaciones y no salieron a librar batalla. Evidentemente, los hermanos consideraron opor-

tuno en ese caso proteger a sus hombres y no arriesgar sus vidas en un ataque contra unas fuerzas abrumadoras.[24]

Los castillos podían convertirse también en lugar de refugio de los aliados de la orden y de los que huían de los musulmanes. Poco antes de 1179 cierto caballero cristiano renegado planeó la captura de un sobrino nieto de Saladino, Shāhanshāh, hijo de Taqī al-Dīn, sobrino de Saladino. Llevó a su prisionero ante los templarios, al castillo de Safed, donde el príncipe musulmán permaneció encarcelado durante años hasta que Saladino pudo liberarlo a cambio de un fuerte rescate y numerosos prisioneros cristianos.[25]

Para los viajeros a Tierra Santa la función más importante de la orden era la de proteger a los peregrinos. Los castillos templarios vigilaban las rutas de peregrinación, y sus soldados proporcionaban la escolta militar necesaria para que los visitantes pudieran viajar por los Santos Lugares. Teodorico, que fue en peregrinación a Tierra Santa en 1162 aproximadamente, cuenta cómo los templarios y los hospitalarios se dedicaban a escoltar a grupos de visitantes hasta el Jordán para que pudieran bañarse en el río sagrado, cuidaban de ellos mientras pasaban la noche en ese valle y protegían a los que atravesaban las llanuras de la región.[26] En 1172 el duque Enrique el León de Sajonia (muerto en 1195) fue a Oriente en peregrinación; fue recibido y agasajado en Jerusalén por el rey Amaury, visitó el Jordán con una escolta militar formada por caballeros templarios, que lo protegieron del ataque musulmán, antes de proseguir su viaje hacia Antioquía, escoltado una vez más por los hermanos del Temple.[27] El noble sajón hizo generosos donativos a la iglesia del Santo Sepulcro, a los templarios y a los hospitalarios.

En ocasiones, los peregrinos y su escolta de templarios se veían atrapados en escaramuzas contra los musulmanes. En 1163 aproximadamente Godofredo Martel, hermano del conde de Angulema, región situada al oeste de Francia, y Hugo le Brun de Lusignan (localidad de Poitou, región situada también al oeste de Francia) se encontraban en peregrinación por Tierra

Santa. Tras visitar los Santos Lugares, se dirigieron hacia el norte, a Antioquía, cuando fueron atacados por Nūr al-Dīn. Los peregrinos y su escolta de templarios, capitaneada por el noble inglés Gilberto de Lacy (que se había unido a la Orden del Temple unos años antes), repelieron el ataque de unos musulmanes, los cuales al final tuvieron que retirarse y huir.[28]

La orden también participó en diversas expediciones militares, y aconsejó la estrategia a seguir. En 1177 Felipe de Alsacia, conde de Flandes (muerto en 1191), llegó a Tierra Santa. Su presencia había sido esperada con ansia por parte de los barones y la Iglesia, pues el rey de Jerusalén, Balduino IV (1174-1185), se encontraba gravemente enfermo. Los nobles del reino abrigaban la esperanza de que el conde, como primer primo de Balduino, aceptara ocupar la regencia. Pero Felipe se negó y partió hacia el norte con un ejército, además de un numeroso contingente de templarios, para poner sitio a la ciudad musulmana de Ḥamā, en Siria septentrional. Como no pudo tomar Ḥamā, decidió poner sitio a Harenc. Cuando esta ciudad ya estaba a punto de caer en sus manos, la guarnición musulmana que la defendía pagó a Felipe para que se retirara.[29] Las fuentes coetáneas de este asedio no hablan de que los templarios participaran en las negociaciones, pero treinta años más tarde Roger (muerto en 1204), antiguo funcionario real y párroco de Howden, en Yorkshire, afirmó que los templarios insistieron para que Felipe aceptara los términos de paz propuestos por los musulmanes. El clérigo señala además que cuando Felipe y el conde de Mandeville (que lo acompañaba) vieron el dinero que los musulmanes habían pagado, se dieron cuenta de que no era nada más que un montón de cobre y latón.

Al contar este relato Roger se hacía eco de una antigua leyenda de hombres codiciosos que habían sido engañados por unos seres sobrenaturales o no cristianos y habían aceptado un oro que al final resulta falso: hay versiones de esta historia en la obra de Gregorio de Tours (*c.* 539-594) y en el *Mabinogion* galés. Pero Roger no habla de retribuciones divinas milagrosas ni

de artes mágicas. Su relato indica que los musulmanes intentaron pasar monedas falsas; tanto musulmanes como cristianos a menudo trataron de pasarse monedas falsas unos a otros. No obstante, las fuentes musulmanas no hacen referencia alguna a la utilización de monedas falsas en el asedio de Harenc. No cabe duda de que Felipe recibió dinero a cambio de levantar el sitio de la ciudad, pero como uno de los principales objetivos de la actividad militar en Oriente en esa época era hacerse con un botín y numerosos prisioneros más que conquistar castillos que no podían defenderse, el conde de Flandes vio cumplido uno de sus principales propósitos al conseguir que los musulmanes le pagaran una importantísima suma de dinero.[30]

*Batallas.* Mientras tanto Saladino había aprovechado la expedición de Felipe al norte para atacar el reino de Jerusalén. Capitaneados por Reinaldo de Châtillon, señor de Transjordania, y el rey Balduino, los francos obtuvieron una victoria decisiva en Montgisard, en la que destacó el papel desempeñado por la caballería de los templarios. Ralph de Diss (en latín, *Diceto*), deán de Londres, relató la versión de los hechos según un testigo ocular de la batalla, probablemente dada por un peregrino tras regresar de Tierra Santa.

> Odón, maestre de los caballeros del Temple, como un Judas Macabeo más, disponía de ochenta y cuatro caballeros de su orden que lo acompañaban. Se lanzó a la batalla con sus hombres, fortalecidos por la señal de la cruz. Cabalgando juntos velozmente, como un solo hombre, cargaron contra el enemigo, sin desviarse ni a la izquierda ni a la derecha. Cuando reconocieron el batallón que estaba al mando de Saladino, se dirigieron valientemente hacia él, lo penetraron de inmediato y, sin dejar de abrirse paso a golpes de espada, pusieron en fuga al musulmán, lo atacaron ferozmente y lo aplastaron. Saldino quedó impresionado y lleno de admiración, viendo como sus hombres iban dispersándose en medio de una gran batalla campal en la que brillaba el

acero de las espadas. Preocupado por su propia seguridad, optó por huir, arrojando su malla para poder correr con mayor velocidad, montado a lomos de un raudo camello, consiguiendo escapar apenas con unos cuantos de sus hombres.[31]

La carga de la caballería constituía en esa época la maniobra militar más aparatosa en una guerra. Aunque las batallas campales eran más bien una excepción a la regla —la guerra consistía normalmente en realizar incursiones en territorio enemigo para saquearlo y en el asedio de fortificaciones—, cuando se libraba una batalla había un sistema de maniobras preestablecido a seguir. Dichas maniobras aparecen descritas en el famoso tratado de Vegecio *De re militari* («Sobre el arte militar») de finales del siglo IV d.C., que se convirtió en el manual por excelencia de guerra en Occidente durante la Edad Media. Vegecio indicaba diversos modos de librar una batalla, pero en el siglo XII los comandantes generalmente utilizaban sólo uno. En primer lugar la artillería abría fuego (la artillería estaba formada por los arqueros; los lanzadores de piedras solían utilizarse únicamente en los asedios a una fortificación), con la finalidad de romper las líneas enemigas. A continuación, cuando la artillería se quedaba sin municiones, cargaba la caballería y se abría paso a través de las líneas enemigas. A la caballería le seguían los soldados de a pie, que pasaban por las armas a los soldados derribados por los caballeros montados. Los caballeros también combatían pie a tierra, pero en una situación de combate el hecho de luchar a lomos de un caballo les proporcionaba las ventajas de la altura y la velocidad. La guerra a caballo requería una gran destreza, un buen entrenamiento y más inversión financiera en caballos y armas. Era, por lo tanto, más prestigiosa.

Las órdenes militares destacaban en el combate a caballo. Estaban integradas por soldados profesionales excelentemente preparados, y sus reglas exigían que sus miembros mantuvieran la formación y combatieran como grupo en nombre de la Cristiandad sin buscar su propia gloria personal. Los relatos acerca

del ejército cruzado antes de que se librara la batalla de Arsūf el 7 de septiembre de 1191 cuentan que su retaguardia, al mando de los hospitalarios, cabalgaba «tan junta que si se arrojaba una manzana en medio de ella no habría caído a tierra sin tocar hombres y caballos».[32] Semejante escuadrón agrupado de forma tan compacta, si seguía manteniendo su formación cerrada al lanzarse a la carga, habría supuesto un impacto demoledor para las líneas enemigas. Un relato escrito en el período comprendido entre 1167 y 1187 por un peregrino a Tierra Santa, titulado *Tractatus de locis et statu sanctae terrae* («Tratado sobre los lugares y el estado de Tierra Santa») incluye una visión conmovedora del papel militar desempeñado por los templarios y su disciplina:

> Hay dos casas religiosas en aquella región de Jerusalén, la del Temple y la del Hospital, que poseen numerosas riquezas gracias a las rentas acumuladas por toda Europa y disfrutan de importantes ingresos y posesiones en la Tierra Prometida. Cuando la Cruz del Señor [el estandarte del reino de Jerusalén] avanza para entablar batalla, esas dos órdenes la escoltan, cada una a un lado: la de los templarios a la derecha y la de los hospitalarios a la izquierda. Los templarios son excelentes caballeros y visten mantos blancos con una cruz roja. Su estandarte bicolor, llamado el «baucant», los precede en la batalla. Entran en combate en orden y sin hacer ruido, son los primeros en desear entablarlo y los más enérgicos de todos; son los primeros en llegar y los últimos en volver, y esperan la orden de su maestre para entrar en acción. Cuando deciden que merece la pena combatir, y suena la trompeta que da la orden de avanzar, entonan piadosamente el siguiente salmo del rey David: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre has de dar gloria» [Salmo 113 v. 9], enristran sus lanzas y cargan contra el enemigo. Como una sola persona, buscan con firmeza las unidades y flancos de la batalla, nunca osan darse por vencidos, o bien consiguen dispersar al enemigo o bien perecen en el intento. Son los últimos en regresar del campo de batalla y lo hacen desde la retaguardia, vigilando y protegiendo a todos los demás. Pero si alguno de ellos gira la espalda al enemi-

go o no actúa con suficiente gallardía, o empuña sus armas contra cristianos, es reprendido con severidad. Se le retira ignominiosamente el manto blanco con la cruz, emblema de la caballería, es expulsado de la comunidad y durante un año come en el suelo sin una servilleta, y si los perros lo incomodan no le está permitido quejarse. Transcurrido el año, si el maestre y los hermanos consideran que ha pagado por su crimen, se le devuelve el rango de caballero con todos los honores. Esos templarios llevan unas duras observancias religiosas: obedecen con humildad, renuncian a todos los bienes personales, comen con frugalidad, visten con sencillez y viven todo el tiempo en tiendas al aire libre.[33]

De forma parecida, Oliverio, maestro de la catedral de Colonia, describe una carga de los templarios durante el asedio de Damieta, en julio de 1219, en el transcurso de la quinta cruzada:

Tras un prolongado asalto [los musulmanes] cruzaron el foso por el lugar donde se encontraban los caballeros templarios, se abrieron paso violentamente a través de las barreras defensivas y provocaron la desbandada de nuestros soldados de a pie, lo que puso en peligro a todo el ejército cristiano. Los caballeros y la caballería francesa intentaron en tres ocasiones hacer que se replegaran al otro lado del foso, pero sus esfuerzos fueron en vano. Los sarracenos que habían atravesado nuestra defensa rompieron las líneas atrincheradas de la caballería y la infantería y ordenaron su ejército. Sus voces se alzaron en tono de mofa, todos sus hombres se prepararon para la persecución, y el miedo empezó a hacer mella entre los cristianos; pero el espíritu que revistió a Gedeón [Jueces 6,11-8,35] levantó a los templarios. El maestre del Temple, con el mariscal y los hermanos que quedaban allí, cargaron contra el enemigo a través de una estrecho paso y valientemente pusieron en fuga al infiel. La Orden Teutónica y los condes y los caballeros de diversas naciones, al ver que la caballería del Temple estaba en peligro, acudieron con presteza en su ayuda cruzando las puertas de las proximidades. De ese modo se consiguió destruir la infantería de los sarracenos y abatir sus escudos, con la excepción de aquellos cuya precipitada huida los salvó de caer

en manos de sus adversarios... Así salvó el Señor a los que tenían depositada su confianza en Él, por medio del arrojo de los templarios y de los que trabajaban con ellos y no dudaban en poner su vida en peligro.[34]

Estos relatos de Ralph de Diss, el peregrino anónimo y Oliverio, el maestro de Colonia, ponen de relieve la importancia de la caballería del Temple en el campo de batalla. En una situación de combate, una pequeña fuerza perfectamente disciplinada, que golpeara las filas enemigas en el momento y el lugar precisos, podía tener un impacto decisivo. En Montgisard y en Damieta las fuerzas cristianas presentaban una notable inferioridad numérica respecto a las enemigas, pero la acción rápida y determinante del maestre de la Orden del Temple las condujo a la victoria. Este tipo de acontecimientos ilustran por qué los generales musulmanes sentían tanto respeto por las órdenes militares.

Los estatutos jerárquicos de la Orden del Temple estipulaban el procedimiento a seguir en las acciones militares. Contienen apartados en los que se especifica «Cómo los hermanos deben instalar el campamento», «Cómo los hermanos deben formar la línea de marcha», «Cómo los hermanos deben formar un escuadrón» y «Cómo los hermanos deben cargar contra el enemigo». El principal oficial militar de la orden era el mariscal. Algunos relatos de la época describen al mariscal como un encargado de asumir el mando en el ámbito militar, pero los estatutos de la orden indican que estaba al mando del ejército. En la práctica, el maestre asumiría normalmente el mando cuando estuviera presente, pero en caso contrario se establecía por escrito que esta responsabilidad recaía sobre el mariscal.

¿Qué sucedía cuando mariscal y maestre estaban en desacuerdo? Una adaptación de época posterior de la crónica atribuida a Ernoul cuenta una discusión entre el maestre del Temple (Gérard de Ridefort ) y el mariscal de la orden (Jakelin de Mailly) antes de que diera inicio la batalla de la Fuente del Berro el 1 de mayo de 1187. Según este autor, el mariscal aconse-

jó al maestre que no atacara, ante lo cual el maestre acusó al mariscal de cobarde; el mariscal respondió que él no era un cobarde y que iba a ver cómo el maestre huiría del campo de batalla mientras él seguiría luchando, que fue en realidad lo que ocurrió. Sin embargo, como prácticamente todos los testigos oculares que pudieron presenciar esta supuesta disputa murieron en el combate que la sucedió, su veracidad siempre se verá empañada por la duda. Los relatos correspondientes a una época más próxima a los hechos no hablan de este enfrentamiento. No obstante, este episodio pone de manifiesto que en ocasiones el maestre y el mariscal no estaban de acuerdo en el campo de batalla, y que cuando esto ocurría la decisión del maestre era la que se imponía.[35] En este caso en concreto, la carga de los cristianos no los condujo a la victoria, al igual que sucedería en Hattin el 4 de julio de ese mismo año. Pero en una situación de combate, como muy bien había indicado el propio Vegecio, muchas cosas deben dejarse en manos de la suerte.

Los estatutos revelan que la carga de la caballería era una característica propia de la táctica militar de la orden y que todo se centraba en ella. No hablan del papel desempeñado por los soldados de a pie y los arqueros que pudieran emplearse, excepto para señalar que los sargentos desarmados podían actuar como creyeran conveniente y retirarse cuando lo consideraran necesario. Los escuderos de la orden estaban allí para ayudar a los caballeros, no para entablar combate pie a tierra.[36] Evidentemente, en las incursiones en territorio musulmán resultaba una gran ventaja disponer de unas fuerzas montadas, pues la velocidad y la maniobrabilidad constituían las llaves del éxito de la empresa. Pero la carga de la caballería no era siempre la mejor táctica a seguir, y los templarios podían desmontar de su caballo, y de hecho así lo hacían, para luchar pie a tierra cuando era necesario.[37] Entonces, ¿por qué ese énfasis en la carga de la caballería? Simplemente porque era la maniobra militar más problemática y debía emplearse con sumo cuidado, organizándola correctamente y con la mayor disciplina para que su im-

pacto fuera el máximo. Las actividades de la infantería y los arqueros estaban mucho más claras y no era necesario establecerlas por escrito.

*Expediciones y cruzadas de los príncipes.* La orden tuvo su máximo impacto militar durante los siglos XII y XIII al servicio de la monarquía. Al menos tres maestres del Temple fueron ministros reales antes de unirse a la orden y convertirse en maestre: Felipe de Milly (1169-1171), Odón de Saint-Amand (1171-1179) y Gérard de Ridefort (1185-1189). Odón fue mayordomo real en 1171, y Gerardo mariscal real en 1179.[38] La orden participó en una expedición del rey contra Damasco en 1129; la expedición de 1139 se llevó a cabo bajo el estandarte del soberano; la orden estuvo presente cuando el rey Balduino III puso sitio a Ascalón en 1153 y también participó en las distintas invasiones de Egipto emprendidas en la década de 1160 por Amaury. Aunque Guillermo de Tiro dice que los templarios se opusieron a la expedición contra Egipto de 1168, los *Anales de Cambrai* de la época, obra de Lambert Wattrelos, cuentan que, no obstante, participaron en ella.[39] A comienzos de julio de 1187, el maestre Gérard de Ridefort capitaneó un contingente templario cuando el rey Guido empleó las fuerzas del reino de Jerusalén para liberar la ciudad de Tiberias, por aquel entonces sitiada por Saladino. Ernoul responsabiliza a Gerardo de haber aconsejado mal a Guido, conduciéndolo inevitablemente a la desastrosa derrota de Hattin. Sin embargo, intenta exculpar al conde Raimundo III de Trípoli (muerto en 1187) de las acusaciones de alta traición y de haber hecho un pacto con Saladino. Otras fuentes contemporáneas o casi contemporáneas señalan al conde Raimundo como el culpable de la derrota de Hattin y no hablan de los consejos dados por Gérard de Ridefort al rey Guido.[40]

La orden trabajó al lado del rey Jean de Brienne durante la quinta cruzada (1217-1221).[41] A partir de 1225 no hubo un monarca presente en el reino de Jerusalén hasta el año 1286. La

orden también trabajó y colaboró con diversos príncipes que capitanearon expediciones cruzadas a lo largo de la historia de los estados de Ultramar.

Los templarios desempeñaron un papel importante en todas las expediciones cruzadas a Tierra Santa. Iban a la vanguardia y a la retaguardia de los ejércitos cruzados para protegerlos mientras marchaban. Este papel fue especialmente significativo durante la tercera cruzada, en el transcurso de la marcha desde Acre hacia Jaffa en el otoño de 1191, cuando los cruzados demostraron su falta de disciplina a la hora de mantener unido el ejército. Los templarios cubrieron la retirada de los cruzados cuando éstos se vieron atrapados por la crecida del Nilo en agosto de 1221, poco antes de que concluyera la quinta cruzada. Incluso durante la cruzada del emperador Federico II, fuerzas templarias y hospitalarias acompañaron al ejército cruzado, aunque se suponía que no debían asociarse con el emperador porque estaba excomulgado.[42] También se brindaron a ayudarle en la nueva fortificación de Jerusalén, pero el soberano declinó la oferta.

Durante las cruzadas las órdenes militares se harían cargo de la defensa de parte del campamento cruzado, protegiéndolo en caso de ataque, como queda patente en el relato de Oliverio, maestro de Colonia, anteriormente citado. Tanto templarios como hospitalarios dieron asesoramiento militar, lo que se hizo especialmente notorio en junio de 1192, durante la tercera cruzada (1189-1192), cuando aconsejaron a Ricardo I de Inglaterra que no siguiera avanzando para tomar Jerusalén, pues si se capturaba la ciudad iba a resultar imposible conservarla.[43] En al-Manṣūra en febrero de 1250, durante la primera cruzada del rey Luis IX de Francia, los templarios y los hospitalarios desaconsejaron que la caballería cargase contra las fuerzas enemigas, pero el conde Roberto de Artois, el hermano pequeño del rey que, según ciertas versiones, los acusó de cobardes, decidió hacer oídos sordos. El resultado supuso un verdadero desastre para la cruzada. Prácticamente nadie logró salir con vida y el propio

conde pereció en la batalla; pero las órdenes militares fueron reivindicadas.[44]

Las órdenes militares proporcionaban artillería, catapultas para lanzar piedras y otras máquinas de asedio: cuando se puso sitio a Acre durante la tercera cruzada, los templarios aportaron una gran catapulta que «abrió unas brechas impresionantes» en las murallas de la ciudad, y cuando le tocó el turno a Damieta, durante la quinta cruzada, los templarios colocaron fortificaciones en una de sus naves, que fue utilizada para atacar las murallas de la ciudad desde el mar. También eran dueños de una de las tres potentísimas catapultas que bombardearon las murallas de la ciudad; había sido un regalo del duque Leopoldo VI de Austria. Las otras dos eran propiedad de los romanos y de la Orden del Hospital de San Juan.[45] Los templarios también prestaron dinero a los príncipes cruzados y proporcionaron una buena suma al rey Luis IX después de que el monarca fuera capturado por el musulmán durante la cruzada a Damieta en 1250.[46] Asimismo, encabezaron diversas negociaciones con los musulmanes, pues los caudillos de esta religión confiaban en ellos.[47] Durante la tercera cruzada compraron la isla de Chipre a Ricardo I, lo que supuso para este monarca una entrada de dinero en efectivo muy necesaria.[48]

*Las críticas*. Como las órdenes militares desempeñaban un papel tan prominente en los ejércitos de los estados cruzados, los comentaristas occidentales les achacaron con facilidad numerosos fracasos. Un primer ejemplo de este tipo de acusaciones lo encontramos en el fiasco de la segunda cruzada.

Odón de Deuil, autor de un relato acerca del viaje del rey Luis VII de Francia a Jerusalén durante la cruzada, elogiaba la disciplina de los templarios y la ayuda que éstos proporcionaron al ejército cruzado a su paso por Asia Menor. No sólo destacaron en este ámbito (empleando, una vez más, la carga de la caballería contra los turcos), sino que también introdujeron la dis-

ciplina y el orden en el ejército cruzado.[49] Cuando la expedición llegó a Tierra Santa, se decidió poner sitio a Damasco para impedir que Nūr al-Dīn se apoderara de la ciudad. Como el asedio iba para largo, los caudillos cristianos decidieron trasladar al ejército sitiador a otra posición, medida que resultó desastrosa por la falta de agua en el nuevo emplazamiento. Al final tuvieron que levantar el sitio.[50]

El fracaso del sitio de Damasco desembocó en una gran controversia. Unos lustros más tarde el arzobispo Guillermo de Tiro escribió que había hablado con muchos individuos que recordaban el asedio y que se dio cuenta de que nadie coincidía en las razones de dicho fracaso. Unos culpaban al conde Thierry de Flandes; otros decían que el enemigo había sobornado a ciertas personas, pero que más tarde, como por un milagro, el dinero recibido resultó que no tenía ningún valor (una versión más de la historia del oro falso). Hasta el propio Guillermo no estaba seguro de lo que había fallado en realidad.[51]

En Occidente en un primer momento se responsabilizó de lo ocurrido a los «hombres de Jerusalén», esto es, a los francos asentados en los estados cruzados.[52] El autor de *Casus monasterii Petrihusensis* culpaba a ciertos «caballeros de Dios».[53] El término podía hacer referencia a cualquier cruzado, pero tal vez aludiera a los templarios y los hospitalarios. El clérigo inglés Juan de Salisbury escribió en 1163 aproximadamente que unos culpaban a los cruzados y otros a los templarios por el fracaso de Damasco, pero el rey de Francia intentó siempre librar de toda responsabilidad a la Orden del Temple. Juan de Wurzburgo, que viajó a Jerusalén a comienzos de la década de 1160, estaba convencido de que los templarios eran los culpables del fracaso de la empresa. La condena más vehemente de las acciones de los templarios en Damasco nos llega de un paisano de Juan, el analista de Wurzburgo, que afirma que los caballeros del Temple traicionaron a los cruzados por dinero, y acusa a los hermanos de codicia, fraude, envidia (presumiblemente de los cruzados occidentales) y orgullo.[54] Esas acusaciones evocan las quejas pre-

sentadas contra la orden por el clero en el Tercer Concilio de Letrán de 1179. Desconocemos la fecha en la que el analista de Wurzburgo compiló su obra, pero probablemente fuera más próxima a 1179 que a 1148.

Diversas versiones afirman que los «hombres de Jerusalén» habían recibido dinero de los musulmanes a cambio de levantar el asedio, dinero que luego resultaría ser moneda falsa, bien debido a una acción milagrosa, bien por el engaño deliberado de los musulmanes.[55] El cronista cisterciense inglés Ralph de Coggeshall (muerto en 1216) dice que el asedio acabó en fracaso porque los templarios fueron sobornados por Nūr al-Dīn para que persuadieran al ejército cruzado de la conveniencia de retirarse.[56] No hace alusión alguna a las monedas falsas, simplemente da a entender que los templarios antepusieron el dinero a la victoria cristiana. Un contemporáneo suyo, Gervasio de Canterbury (muerto en 1210), escribiría que los templarios habían negociado traicioneramente con los damascenos con el pretexto de dirigir el ataque, y que habían aceptado tres vasijas de besantes de oro (la moneda que circulaba en Oriente Medio en aquella época) a cambio de poner fin al asedio de la ciudad. Una vez retirados los cruzados, cuando recibieron el dinero, los templarios vieron que las vasijas no contenían más que cobre, hecho que atribuyeron a un milagro.[57] Gervasio no explica por qué tenía que ser un milagro y no un engaño de los musulmanes, pero es evidente que prefería atribuir a Dios lo sucedido, pues era mucho mejor desde el punto de vista moral y de esta manera encajaba perfectamente con su planteamiento de la historia. La crónica atribuida a Ernoul y Bernardo el tesorero, que asumió la forma en la que ha llegado a nuestros días en la década de 1220, cuenta que los templarios y los hospitalarios recibieron grandes cantidades de monedas falsas a cambio de que los cruzados levantaran el sitio de la ciudad. El autor no explica cuándo o cómo los hermanos descubrieron el engaño. Alberto Milioli, notario de Reggio, incluiría la siguiente versión del episodio en su crónica de los emperadores, redactada entre 1281 y 1286: los tem-

plarios, los hospitalarios y el rey Balduino III de Jerusalén, «incitados por la envidia o corrompidos por el dinero», abandonaron el asedio. Milioli subraya que les estuvo bien empleado que el dinero fuera falso.[58]

Una vez leídos y comparados todos los relatos, sorprende que el más perspicaz de esos historiadores, y el que a menudo es más crítico con los templarios y los hospitalarios, en esta ocasión no dice en ningún momento que las órdenes militares fueran responsables del fracaso del asedio. Hablamos de Guillermo de Tiro. La versión de los hechos de este historiador nunca puede ser descartada a la ligera, y en el caso del sitio de Damasco él mismo duda a la hora de señalar a un culpable. Como no incluye las órdenes militares en su lista de elementos responsables, cabe asumir que no fueron los principales causantes del fracaso del asedio. Juan de Salisbury cuenta también que el rey Luis VII de Francia reiteró una y otra vez que los templarios no tenían culpa de lo ocurrido. Tal vez apoyaran al que dio el fatídico consejo que desembocó en el fracaso del asedio, pero no fueron los principales culpables. En 1148 los templarios y los hospitalarios seguían careciendo además del personal y la influencia en Oriente que pudiera permitir la desastrosa repercusión en el asedio que diversos historiadores de época posterior les atribuyen. El hecho de que distintos autores posteriores consideraran a los templarios, o a los templarios y a los hospitalarios, los principales culpables no refleja sus acciones en 1148, sino las que llevaron a cabo tiempo después, cuando ya se habían convertido en dos de los grupos más poderosos de los estados cruzados.

Guillermo de Tiro, sin embargo, sí criticó a los templarios por sus acciones durante el sitio de Ascalón en 1153. Según este autor, después de que el ejército cristiano a las órdenes del rey Balduino III hubiera asediado la ciudad durante varios meses, los templarios entraron en ella a través de una brecha abierta en las murallas. No permitieron que otros cristianos los siguieran, e incluso impidieron su paso a punta de espada, pues querían quedarse con todo el botín de la ciudad conquistada que habrían

obtenido de haber conseguido tomarla solos. A consecuencia de esta actitud, perecieron todos en el asalto, y los musulmanes colgaron sus cuerpos en las murallas de la ciudad. Así pues, Ascalón no fue conquistada debido a la codicia de los templarios. Sin embargo, los cristianos consiguieron rehacerse, y la ciudad cayó poco después.

Guillermo de Tiro no se encontraba en Tierra Santa cuando tuvieron lugar esos hechos, pero, al igual que para su relato de la segunda cruzada, probablemente investigara lo ocurrido entre los que estuvieron presentes y sus descendientes. Ascalón era una ciudad importante; diversos autores posteriores indican que disponía de cincuenta y tres torres grandes además de otras más pequeñas.[59] Durante un asalto general, los que no hubieran estado justo al lado de los templarios no habrían podido darse cuenta de que los hermanos de la orden habían entrado en la ciudad. Sus versiones se habrían basado en lo que se contara posteriormente, después de que los templarios perecieran en la incursión. Como el rey estaba muy abatido por lo que había sucedido, los demás líderes militares habrían intentado por todos los medios declinar toda responsabilidad por lo ocurrido. Los descendientes de estos últimos, al contar los hechos a Guillermo de Tiro, habrían intentado también por todos los medios declinar cualquier responsabilidad de sus antepasados en la matanza.

Los relatos del asedio escritos en la época ofrecen un retrato muy distinto de los hechos. Las fuentes musulmanas no hablan de la muerte de los templarios, aunque sí lo hacen dos crónicas procedentes de los Países Bajos: una escrita en Anchin, cerca de Douai, y la otra en Affligem, en el ducado de Brabante. Esta última indica que los hechos que en ella se exponen han sido contados por un testigo ocular del asedio. Los dos relatos afirman que, una vez abierta la brecha en las murallas de Ascalón, el maestre de los templarios, Bernard de Trémblay (1152-1153) y sus hombres entraron en la ciudad y se abrieron paso hasta el centro de la población, donde se atrincheraron y opusieron resistencia.

Pero que las calles eran estrechas y las murallas muy elevadas, y que no recibieron la ayuda necesaria de las demás fuerzas cristianas, las cuales no siguieron sus pasos y no se adentraron en la ciudad. Fueron rodeados y aplastados por el enemigo. Sus cadáveres decapitados fueron colgados en las murallas de la ciudad. Al cabo de tres días los cristianos llevaron a cabo un nuevo asalto y tomaron Ascalón.[60]

Estos dos relatos son más fiables que el de Guillermo de Tiro, pues fueron escritos poco después del asedio y se basan en un testigo presencial que no tenía ningún interés en distorsionar lo sucedido. La versión de Guillermo de Tiro fue escrita al menos unos veinte años después de los hechos y se basa en una serie de fuentes que tenían mucho interés en distorsionar la realidad. Lo que en realidad ocurrió en Ascalón es que los templarios lograron adentrarse en la ciudad a través de una brecha abierta en las murallas, pero los demás asaltantes cristianos no se dieron cuenta de ello o se negaron a seguirlos en una muerte probable. Los templarios perecieron, y el rey se enfureció. Los generales del monarca se excusaron diciendo que los hermanos del Temple habían impedido que los siguieran en su incursión, y ésa fue la historia que ellos y sus hijos contaron a Guillermo de Tiro.

No obstante, los templarios fueron bastante inconscientes al decidir entrar en la ciudad sin asegurarse de que el resto del ejército cristiano los seguía. En 1179 el maestre de la Orden del Temple, Odón de Saint Amand, cargó imprudentemente contra el enemigo en la batalla de Marj 'Uyūn y fue hecho prisionero; murió en prisión. En 1187 Saladino derrotó a las órdenes militares en la Fuente del Berro, cerca de Nazaret, después de que el maestre de la Orden del Temple, Gérard de Ridefort, al mando de un pequeño ejército de templarios y hospitalarios, cargara contra las tropas musulmanas; prácticamente todo el ejército cristiano fue aniquilado. El 4 de octubre de 1189 pereció el propio Gérard de Ridefort en un combate contra las fuerzas de Saladino que tuvo lugar a las puertas de la ciudad de Acre después de que los templarios avanzaran y se alejaran demasiado del res-

to del contingente cristiano. Hechos como éste suscitan la cuestión de si los templarios actuaban con un exceso de vehemencia y temeridad en sus tácticas militares.[61]

Es evidente que algunos personajes de la época creían que sí lo hacían. Tras la derrota de Marj 'Uyūn, el monje benedictino Nigel Wireker dijo, a través del protagonista de su obra *Speculum stultorum*, Brunellus el Asno, que no estaba dispuesto a ingresar en la Orden del Temple porque los templarios tenían unas reglas intolerantes y estúpidas y Saladino iba a hacerse correas para sandalias con sus tripas. A comienzos del siglo XIII, el caballero convertido en monje cluniacense Guiot de Provins escribió que sentía una gran admiración por su arrojo, pero que los templarios podían luchar sin su ayuda. Pero estos dos autores eran religiosos, no soldados, e incluso no todos los autores religiosos fueron de su opinión. Bernardo de Claraval y toda una sucesión de papas elogiaron el espíritu de sacrificio y el valor de la orden, declarando que el Temple ponía de manifiesto el amor cristiano en acción. Según escribieron estos hombres de Iglesia, los hermanos estaban dispuestos a dar la vida por la de sus compañeros cristianos. Jacques de Vitry, obispo de Acre, alaba la devoción de la orden y cuenta el episodio del templario que entró en combate mientras confesaba a su caballo *Morel* («Negrito») que ese día iba a conducirlo al paraíso.[62]

Al poner la vida a disposición de la Cristiandad, los templarios estaban siguiendo los pasos del propio Cristo y emulaban a los grandes guerreros cristianos del pasado como Roldán, el sobrino —mitad leyenda, mitad realidad— del emperador Carlomagno (muerto en 814). Según la leyenda, Roldán se negó a pedir ayuda al emperador cuando la retaguardia que capitaneaba fue atacada a traición por los musulmanes, y prefirió morir luchando con honor que vivir sabiendo que su valentía y su firmeza podían quedar en entredicho. Como dice Roldán a propósito de su muerte en la versión del poema épico más antigua que ha llegado a nuestras manos:

Aquí habremos de resistir, por nuestro rey. Es preciso sufrir por él las mayores fatigas, soportar los grandes calores y los grandes fríos, y perder la piel y aun el pelo. ¡Cuiden todos de asestar violentas estocadas, para que no se cante de nosotros afrentosa canción! Mala es la causa de los infieles y con los cristianos está el derecho. ¡Nunca contarán de mí acción que no sea ejemplar! [líneas 1.010-1.016]

¡No plegue al Dios de los cielos ni a sus ángeles que por mi culpa pierda Francia su valer! ¡Antes prefiero la muerte a soportar el escarnio! ¡Cuanto más recios sean nuestros golpes, más habrá de querernos el emperador! [líneas 1.089-1.092]

La historia de Roldán y las de otros héroes cristianos de la época carolingia fueron muy populares entre los que formaban la clase guerrera de los siglos XII y XIII. Con ese tipo de ejemplos a seguir, ¿cómo podían los templarios, en su calidad de soldados de Cristo, hacer otra cosa más que arrojarse con temeridad al combate en situaciones aparentemente imposibles de superar, confiando en que Dios les daría la victoria? Pues en numerosas ocasiones esa temeridad suya a la hora de cargar contra el enemigo supuso una jornada triunfal.

Los francos de los estados cruzados y las órdenes militares en particular dependían de la ayuda de Occidente para su supervivencia. Disponían de numerosos recursos económicos, pero carecían de personal suficiente. Por consiguiente, debían tener muy en cuenta cómo iban a ser valoradas las acciones que emprendían por sus partidarios y los donantes potenciales de Occidente. No podían permitirse parecer poco entusiastas a la hora de atacar a los musulmanes; y cuando, por ejemplo, en junio de 1192 advirtieron a Ricardo I de que no debía seguir el avance hacia Jerusalén, su consejo fue muy criticado por diversos comentaristas occidentales. Durante la cruzada alemana de 1197-1198 los templarios tuvieron con los líderes germánicos ciertas desavenencias que desembocaron en el abandono del asedio de Tibnīn, del cual posteriormente fueron culpados por el cronis-

ta alemán Otón de San Blas (que escribió su obra entre 1209 y 1222).[63]

Sin embargo, a menudo los autores de Occidente no supieron valorar la sutil política de poder de Oriente Medio, las consideraciones estratégicas, la necesidad de treguas o el coste económico que suponía mantener un número tan elevado de soldados preparados y dispuestos a entablar combate y la defensa de tantas fortificaciones. Durante los dos siglos de existencia de los estados cruzados, las órdenes militares, la Iglesia y las autoridades seculares de Oriente intentaron mantener informado a Occidente mediante el envío constante de noticias en forma de misivas dirigidas al papa, a altos cargos eclesiásticos, a reyes y a príncipes. Aunque ciertos registros administrativos conservan unas cuantas, y algunas de ellas fueron copiadas en las crónicas, la mayoría de esas cartas se ha perdido. Los *Anales de Burton* (Burton upon Trent, Inglaterra) contienen una misiva redactada el mes de marzo de 1261 por Tomás Bérard, maestre del Temple entre 1256 y 1273, dirigida al hermano Amadeo, comendador de las casas de la orden en Inglaterra, en la que se explica el peligro que suponía el poder mongol. La orden necesitaba desesperadamente ayuda porque tenía siete castillos que debía proteger y dotar de su correspondiente guarnición, y además tenía encomendada la defensa de la ciudad de Acre. Después de la guerra de San Sabas (véase *infra*), y debido al peligro en el que se veía sumido el reino, Acre se había quedado sin mercaderes en aquellos momentos y, por lo tanto, era imposible obtener un préstamo, pero al mismo tiempo la orden tenía que cuadruplicar los ingresos para poder hacer frente a sus obligaciones militares, y, por si fuera poco, los mercenarios exigían una «prima por peligrosidad». La orden estaba dispuesta a empeñar los cepillos de sus iglesias para hacer frente a sus necesidades financieras si conseguía encontrar a alguien que les prestara el dinero; y el maestre pedía a Amadeo que solicitara con urgencia al rey Enrique III de Inglaterra (1216-1272) un préstamo de diez mil marcos de plata para la orden.[64] Evidentemente Tomás Bé-

rard no sabía que las empresas cruzadas del propio Enrique en Sicilia habían provocado la crisis económica del monarca, que ahora eran los barones de Enrique los encargados de los asuntos financieros del rey y que éste no estaba en condiciones de prestar dinero a nadie. El peligro mongol terminó con la victoria de los mamelucos en 'Ayn Jālūt en septiembre de 1260, pero no tardó en surgir otro todavía peor: el que suponían los ahora todopoderosos mamelucos.

Pero aquellas cartas no siempre cumplían sus objetivos. En Oriente los acontecimientos podían dar rápidamente un vuelco, y a menudo, cuando llegaban las noticias a Occidente, la situación ya se había visto completamente alterada. En 1243 Armand de Périgord, maestre de la Orden del Temple entre 1232 y 1244, informaba a Occidente que, junto con otros territorios, toda Jerusalén había sido recuperada en virtud de un tratado firmado con el sultán de Damasco, y que los cristianos estaban llevando a cabo grandes progresos. Los templarios esperaban construir un castillo cerca de la ciudad santa para proteger las tierras recientemente recuperadas, pero necesitaban ayuda de Occidente. Sin embargo, Matthew Paris, que incluyó esta carta en su *Chronica majora*, indicaba acerbamente que esas buenas noticias no fueron creídas en Occidente porque no se confiaba en los templarios ni en los hospitalarios: se pensaba que no tenían interés alguno en la conquista de los musulmanes y que lo único que pretendían era prolongar la guerra como pretexto para extorsionar dinero. Además, las dos órdenes rivalizaban entre ellas. Los templarios tenían nueve mil feudos en Occidente, y los hospitalarios diecinueve mil (¡cálculos verdaderamente exagerados!), de modo que ambas órdenes podían perfectamente financiar la guerra sin la ayuda de nadie y estaban embaucando a la Cristiandad.

Matthew Paris expresaba su recriminación cuando ya no había remedio; poco después de que se recibiera en Occidente la carta del maestre, llegaron unas noticias nefastas. Al-Sālih Ayyūb, sultán de Egipto, reaccionó a la tregua firmada por los cristianos

latinos y Damasco y decidió defenderse, solicitando la ayuda militar de un ejército de turcos jwarizmíes, acaudillados por el señor de la guerra uzbeko Jalal al-Dīn Menguberdi. El 23 de agosto de 1244 los jwarizmíes tomaron Jerusalén, y el 17 de octubre de ese mismo años las fuerzas combinadas de cristianos latinos y damascenos sufrieron una importante derrota en La Forbie, cerca de Gaza, a manos del ejército formado por jwarizmíes y egipcios. Matthew Paris incluye en su crónica diversas misivas de Oriente en las que se informa de todos esos desastres, entre ellas una carta del emperador Federico II dirigida a su cuñado, el conde Ricardo de Cornualles, caballero cruzado y hermano menor del rey Enrique III, en la que Federico maldice la tregua firmada por los templarios con los damascenos, la cual, según el emperador, había sido la causa de todos los reveses sufridos. Los templarios habían recibido a los musulmanes en su propia casa y habían permitido que celebraran sus ritos supersticiosos bajo su techo. Dios los juzgó por ello y los castigó con la derrota. Federico había empezado una política de alianza con Egipto durante su estancia en Tierra Santa en 1228-1229, y estaba resentido por el cambio de política que había seguido al descalabro de su regente en Oriente en la primavera de 1242. Vista a la luz de los acontecimientos posteriores, sin duda la carta de Armand de Périgord podía haber parecido engañosa, pero en el momento de su redacción fue escrita de buena fe.[65]

No obstante, las quejas que se escucharon por las alianzas de los templarios con los musulmanes no carecían totalmente de fundamento. Era cierto que las órdenes militares mantenían relaciones diplomáticas con caudillos y dignatarios musulmanes en Oriente. Es bien conocida la amistad que unía a los templarios con el caballero y guerrero árabe-sirio Usāmah ibn Munqidh: los hermanos le permitían rezar en una capilla lateral de la mezquita de al-Aqsa cuando visitaba Jerusalén. Pero esa amistad no impidió que los templarios de Gaza estuvieran a punto de acabar con la vida de Usāmah cuando tendieron una emboscada a Rukn al-Dīn ʿAbbās y a su hijo, Nāsr al-Dīn, en 1154: Usāmah forma-

ba parte de la comitiva de 'Abbās, y salvó la vida en el último momento.[66] Esos contactos diplomáticos y el sano respeto por un enemigo formidable constituyeron una parte esencial de la lucha de los templarios en defensa de la Cristiandad en Oriente. Las treguas y las alianzas con los musulmanes permitieron que los estados cruzados pudieran vivir para seguir combatiendo un día más. El hecho de que los autores musulmanes se regocijen siempre en las derrotas de los templarios y los califiquen de enemigos malignos del Islam demuestra que, pese a todas esas alianzas y lazos de amistad, en realidad los templarios nunca dejaron de ser lo que decían que eran: soldados fanáticos de Cristo.

Guillermo de Tiro y Walter Map pensaban que los templarios eran demasiado fanáticos: se negaban a hacer las paces con los musulmanes incluso cuando esto beneficiaba a la Cristiandad. Ambos autores citan el caso de Nāsr al-Dīn como ejemplo de ello; otro caso fue el de la Secta de los Asesinos. Guillermo de Tiro cuenta que en 1173 los templarios impidieron la conversión de los Asesinos chiitas. Uno de los términos de la conversión era que los asesinos dejarían de pagar un tributo anual a la Orden del Temple; y Guillermo de Tiro acusa a los templarios de que prefirieron seguir cobrando el dinero antes que hacer nuevos conversos. En 1911 el historiador Friedrich Lundgreen sugirió que el propio Guillermo de Tiro había participado en las negociaciones del tratado con los Asesinos, y montó en cólera cuando fracasaron.[67] El relato de Guillermo de Tiro de cómo los templarios acabaron con la vida del comisionado de los Asesinos fue ampliamente difundido por diversos cronistas europeos de época posterior, pero ninguna fuente oriental contemporánea o casi contemporánea habla de este episodio. Jacques de Vitry, obispo de Acre, cuenta esa historia, pero no culpa a los templarios del asesinato; dice simplemente que uno de los cristianos encargados de escoltar al enviado de los Asesinos de vuelta a su país lo mató durante el viaje.[68] No se sabe a ciencia cierta qué sucedió realmente en toda esa historia.

*Las disputas*. Las quejas de Matthew Paris en el sentido de que las órdenes militares luchaban entre ellas no están infundadas. Los historiadores modernos señalan que las órdenes solían cooperar entre sí: sin duda era cierto, pero la gente de la época esperaba que cooperaran, de modo que no se hablaba de ello cuando lo hacían. Pero unas órdenes que juraban ponerse al servicio de Cristo no debían competir entre sí ni enfrentarse con otras autoridades por asuntos de política, hecho que, según muchos hombres de la época, sucedía con harta frecuencia y por cualquier pretexto baladí.[69] Por ejemplo, tres relatos históricos escritos a comienzos del siglo XIII acusan al maestre Gérard de Ridefort de enfrentarse al conde Raimundo de Trípoli y provocar la catastrófica derrota de los cristianos en Hattin el 4 de julio de 1187 simplemente por una promesa rota. Cuando Gérard era un caballero al servicio de Raimundo (cuenta la historia), éste había prometido concederle la mano de la primera heredera que estuviese disponible, pero cuando la heredera de Botron tuvo edad para casarse, el conde la vendió a un mercader italiano en lugar de concedérsela a Gérard .[70] Sin embargo, Guy de Bazoches y los escritores históricos anglonormandos, entre ellos Guillermo de Newburgh, Roger de Howden, Ambrosio el trovador y el autor de la segunda versión del *Itinerarium peregrinorum*, culpan al conde de Trípoli y a su tratado con Saladino de los desastres de 1187.[71]

Durante la primera década del siglo XIII, los templarios y los hospitalarios estuvieron enfrentados por la sucesión del principado de Antioquía. A la muerte del príncipe Bohemundo III en 1201, los templarios apoyaron las pretensiones de Bohemundo de Trípoli, segundogénito de Bohemundo III, mientras que los hospitalarios tomaron partido por Raimundo Rupén, el nieto de Bohemundo III, hijo de Raimundo, su primogénito. Raimundo se había casado con Alicia, sobrina del rey León de Armenia (Cilicia), pero había fallecido en 1197. El reino armenio de Cilicia era un estado cristiano independiente del sur de Asia Menor; sus habitantes eran cristianos armenios, no católicos ro-

manos como los europeos occidentales. Su príncipe, León, que había recibido la dignidad real y la corona en 1198 de manos del legado del papa y el canciller de Enrique VI (emperador germánico entre 1190 y 1197), estaba pensando en unificar el reino armenio de Cilicia y el principado de Antioquía en la persona de Raimundo Rupén, que era su propio heredero. Raimundo Rupén había sido reconocido heredero del principado de Antioquía por el legado papal, pero en 1201 todavía no había cumplido los cinco años, por lo que debía nombrarse un regente armenio. Sin embargo, la población del principado no estaba preparada para someterse a la dominación armenia, y apoyó las pretensiones de Bohemundo de Trípoli al título de príncipe de Antioquía.

Los templarios se adhirieron a la causa de Bohemundo de Trípoli contra el reino armenio de Cilicia porque León se había apoderado de algunos de sus castillos de los montes Amanus tras la retirada de Saladino de la región y se negaba a abandonarlos. Los hospitalarios tomaron partido por Raimundo Rupén, quien, con su abuelo León, les concedió territorios y privilegios en el reino armenio de Cilicia. El rey León de Armenia se quejó ante el papa Inocencio III de que los templarios utilizaban armas en su contra, pero el pontífice señaló que su actitud era comprensible, pues el monarca estaba ocupando sus castillos. En 1211 se declaró una guerra abierta entre los templarios y León. Al final, en la primavera de 1213, se negoció una paz en virtud de la cual los templarios recuperaban algunos de sus castillos, aunque el de Baghras no volvería a sus manos hasta 1216, cuando Raimundo Rupén se hizo con el control del principado de Antioquía.

Su éxito fue efímero. Raimundo Rupén se peleó con León y se enemistó con muchos de sus partidarios. En 1219 Bohemundo de Trípoli, sirviéndose de una conspiración, recuperó Antioquía. A la muerte de León ese mismo año, los hospitalarios apoyaron las pretensiones al trono de Cilicia de Raimundo Rupén, pero el joven fue derrotado y hecho prisionero, y murió en prisión. Los hospitalarios seguirían apoyando a los armenios de Cilicia, y los templarios a los príncipes de Antioquía.[72]

Esas disputas, que enfrentaban a cristianos contra cristianos y que a veces daban lugar a alianzas con el enemigo musulmán, perjudicaron notablemente la reputación de las órdenes militares, pero en Occidente se supo muy poco de ellas. Fueron mucho más perjudiciales las disputas políticas que caracterizaron la cruzada del emperador Federico II y el período que la siguió. En 1228-1229, los hospitalarios y los templarios habían intentado colaborar con Federico (en la medida que se podía colaborar con un príncipe cruzado excomulgado). Al parecer, las relaciones de los templarios y Federico se rompieron porque este último, como padre del rey niño Conrado de Jerusalén, trató de imponer la autoridad real apoderándose de una importante plaza fuerte de los templarios, Chastel Pèlerin. Cuando los templarios se negaron a entregarla, Federico puso sitio a la casa que la orden tenía en Acre, pero no consiguió conquistarla.[73] Pese al ataque de Federico, los templarios intentaron mantener la tregua acordada por el emperador. Federico también había confiscado las posesiones de los templarios y los hospitalarios en Sicilia en virtud de su normativa sobre los bienes de manos muertas (que pretendía impedir que las propiedades cayeran en poder de instituciones religiosas exentas del pago de impuestos). El papa Gregorio IX (1227-1241) intentó que llegaran a un acuerdo: las órdenes harían todo lo posible por proteger a la Cristiandad y mantener la tregua, pero Federico debía devolverles sus propiedades sicilianas, que eran fundamentales para ellas. En realidad no se sabe cuando devolvió Federico las propiedades de Sicilia a los templarios y a los hospitalarios, ni si lo llegó a hacer, pero en 1239 las relaciones diplomáticas entre la Orden del Hospital de San Juan y el emperador ya se habían restablecido. Los miembros de la Orden del Temple que vivían en los dominios de Federico colaboraban con él, pero en Tierra Santa las relaciones eran menos cordiales.

Durante las cruzadas de Teobaldo, conde de Champagne y rey de Navarra, y el conde Ricardo de Cornualles en 1239-1242, los hospitalarios fueron partidarios de la política del emperador,

que consistía en mantener la paz con Egipto y seguir haciendo la guerra a Damasco. Los templarios, los *comuni* italianos y muchos barones del reino de Jerusalén preferían la paz con Damasco y la guerra contra Egipto. En 1243 los principales nobles del reino rompieron la tregua con Egipto y firmaron un tratado con Damasco en virtud del cual Jerusalén y otros territorios quedaban en poder de los francos. Al-Sālih Ayyūb, sultán de Egipto, reaccionó solicitando la ayuda de los turcos jwarizmíes, que en 1244 tomaron Jerusalén y derrotaron a los cristianos latinos y los damascenos en La Forbie; el emperador Federico II culpó a los templarios de la derrota por haber abandonado su política.

Entre 1256 y 1258 hubo una guerra civil en Acre. Fue la llamada guerra de San Sabas, que estalló entre los *comuni* italianos de Génova y Venecia por la propiedad de la abadía de San Sabas de Acre. Los hospitalarios tomaron partido por Génova; los templarios por Venecia. No existe testimonio alguno de que las dos órdenes militares acabaran participando en la contienda, pero este episodio no hizo sino acrecentar su fama de eternas rivales. Los genoveses fueron derrotados y expulsados de Acre, de ahí que Tomás Bérard se lamentara en 1260 de que no podía obtener préstamo alguno debido a la ausencia de los mercaderes genoveses.[74]

En 1276 Hugo de Antioquía-Lusignan, rey de Jerusalén y Chipre, abandonaba Acre y se dirigía a Tiro, sin dejar un regente o representante real, por las disputas que había tenido con las órdenes religiosas, los *comuni* y las hermandades de aquel reino ingobernable. Las causa directa de su marcha, según el autor que escribió la continuación de la crónica de Guillermo de Tiro (llamado a veces «Eracles»), fue que el maestre de la Orden del Temple, Guillermo de Beaujeu, había adquirido una aldea o «casal» llamado La Fauconerie a un caballero de Acre sin informar previamente al monarca de la transacción. Al rey no se le debía rendir ningún servicio militar ni homenaje alguno en pago por el casal, pero Hugo consideraba, sin embargo, que habría tenido

que ser informado de la compraventa y habría debido permitírsele dar o no su consentimiento a la transacción. El problema de Hugo era que durante muchos años el reino no había tenido un monarca activo que se encargara de su gobierno y de hacer valer la autoridad real, y de ahí que en el siglo XIII las estructuras de gobierno no se hubieran desarrollado en el reino de Jerusalén como lo habían hecho en los reinos occidentales europeos. En consecuencia, cuando un rey ejercía como tal, carecía de las estructuras y los procedimientos necesarios para imponer su autoridad. Y además Guillermo de Beaujeu y el *comune* de Venecia no reconocían a Hugo como rey y apoyaban las pretensiones a la corona de María de Antioquía. Ésta vendió sus derechos sucesorios a Carlos I de Anjou en 1277. Cuando Hugo abandonó Acre, los templarios y los venecianos no apoyaron ninguno de los intentos llevados a cabo para convencerlo de que regresara, y Guillermo de Beaujeu se puso al servicio de Carlos de Anjou con la esperanza de que éste acudiera a Oriente a reclamar su trono.[75]

Es fácil criticar que Guillermo de Beaujeu se hubiese opuesto a la autoridad del rey de Chipre y hubiera prolongado los problemas de gobierno existentes en el reino de Jerusalén. Sus acciones podían ser interpretadas como puramente egoístas, encaminadas a favorecer a su pariente, Carlos de Anjou, frente a los intereses del reino. Sin embargo, es evidente que a Guillermo de Beaujeu le preocupaba profundamente el reino de Jerusalén. Cuando llegó por primera vez a Acre, en octubre de 1275, en calidad de maestre de la Orden del Temple, escribió una carta al rey Eduardo I de Inglaterra, el cual unos años antes había estado en Tierra Santa en una cruzada y mostraba gran interés por la situación de la región. Guillermo de Beaujeu le decía que no había nada bueno que decir al respecto: el país y sus habitantes estaban desamparados; el sultán de Egipto se encontraba en Damasco a la espera de que regresaran los mongoles, pero los cristianos creían que estaba planeando un nuevo ataque contra ellos. La Orden del Temple atravesaba la peor situación desde su creación, tenía muchísimos gastos y prácticamente ningún in-

greso, y todas sus posesiones habían sido saqueadas por el sultán. Los ingresos de la orden procedentes de Europa no eran suficientes para sostenerla, y el mantenimiento de los castillos y la defensa de Tierra Santa suponían un cuantioso desembolso; Guillermo de Beaujeu temía que la orden no pudiera continuar su obra. Pedía al rey Eduardo que le ayudara para que la orden pudiera seguir adelante hasta la llegada de la cruzada planeada por el papa Gregorio X (1271-1276).[76]

Al final la cruzada planeada por el papa quedó en nada debido a la muerte prematura del pontífice, y Tierra Santa se vio obligada a arreglárselas sola. En esas circunstancias, correspondía a cada líder político de los estados cruzados decidir cuál era la mejor política a seguir. Guillermo de Beaujeu pensaba que su primo Carlos de Anjou tenía la iniciativa, la visión y la energía necesarias para triunfar en Levante: como tío del rey de Francia, gozaba de una gran influencia en la corte de este país; el papa lo apoyaba; era ya rey de Nápoles y Sicilia y ambicionaba convertirse en emperador de Constantinopla. Como rey de Jerusalén, habría sido capaz de reunir el dinero y los soldados necesarios no sólo para defender lo que quedaba, sino para recuperar lo que se había perdido. En cambio, el rey de Chipre carecía de los recursos y la influencia de Carlos de Anjou y su familia. A Guillermo de Beaujeu la elección de Carlos de Anjou para ocupar el trono de Jerusalén debía de parecerle simplemente una cuestión de sentido común.

Sin embargo, otras políticas de Guillermo de Beaujeu no parecen tan razonables en vista de la precariedad de la región. Con su defensa de los derechos de la orden estaba empobreciendo al conjunto del país. Entre 1275 y 1282 los templarios intervinieron en las disputas sucesorias del condado de Trípoli. Bohemundo VI había muerto en 1275, y la regencia la ocupaba su viuda Sibila, hija del rey Hetum I de Armenia (Cilicia) y madre del joven príncipe Bohemundo VII. Sibila nombró ministro principal al obispo Bartolomé de Tortosa, vicario del patriarca Opizo de Antioquía, pero el clero católico latino de Trípoli se

sintió ofendido y menospreciado por ese nombramiento. La oposición fue encabezada por el tío abuelo del joven Bohemundo, Pablo de Segni, obispo de Trípoli, fraile dominicano y cofrade de la Orden del Temple. Otro protagonista en este conflicto fue uno de los vasallos del joven príncipe, Guido II de Gibelet. Tras una discusión con el príncipe, Guido de Gibelet abandonó Trípoli y se dirigió a Acre, donde se convirtió en cofrade templario. El maestre de la Orden del Temple, Guillermo de Beaujeu, se encargó de su caso.

Se declaró una guerra abierta entre las dos facciones del condado de Trípoli, y los templarios estaban en medio del conflicto. Su casa de Trípoli fue arrasada. El maestre puso sitio a la ciudad, destruyó el castillo de Botron e intentó tomar Nefim, donde doce hermanos habían sido hechos prisioneros. Luego regresó a Acre, y los hombres de De Gibelet con la ayuda de treinta caballeros templarios derrotaron a sus adversarios en Trípoli. Se firmó una tregua.

A comienzos de 1278 los templarios intentaron atacar Trípoli por el mar, pero una tormenta hizo fracasar la empresa; Bohemundo VII ocupó la fortaleza que tenían los templarios en una isla próxima a Sidón. En 1279 Guido de Gibelet quiso atacar la ciudad de Trípoli en colaboración con los templarios, pero debido a diversos contratiempos —Guido no supo ver la señal que le indicaba que sus barcos podían aproximarse a la orilla, sus soldados confundieron una estrella brillante con el lucero del alba y emprendieron la retirada porque pensaron que estaba a punto de amanecer, y la simple falta de coordinación— fracasó en sus tres intentos. Guido de Gibelet fue capturado, juzgado y, tras cegarle los ojos, encarcelado.

En 1287 murió Bohemundo VII, y su madre intentó nombrar a Bartolomé de Tortosa regente de su hija Lucía. El pueblo de Trípoli se opuso a ese nombramiento, eligió a su líder entre los miembros de la familia De Gibelet y pidió ayuda a Génova. Las disputas no acabaron hasta que Trípoli cayó en poder del sultán mameluco Qalawūn en marzo de 1289.[77]

En el supuesto de que los estados cruzados hubieran tenido un gobierno firme y hubieran sabido mantener la unidad y evitar las luchas entre las facciones, ¿habrían conseguido sobrevivir? Desde 1240, la Cristiandad de Occidente estaba ocupada en la guerra entre Federico II y el papado y en los intentos de este último por evitar que los partidarios de Federico detentaran poder alguno en Sicilia porque suponían una amenaza para los territorios del papa en Italia. En Inglaterra el rey y sus barones mantenían enfrentamientos desde 1258, y la paz no se vio restaurada plenamente hasta 1267. A la muerte de Federico II en 1250 (e incluso antes de que el emperador falleciera) no había ninguna autoridad en Alemania que tuviera un reconocimiento general. En resumen, Europa tenía sus propios problemas. El papado prefería que se acabaran con las herejías y los enemigos políticos en Europa antes de lanzar una nueva cruzada, pues Dios no la habría apoyado si los cruzados llevaban la mancha del pecado. Durante la década de 1260, las gentes de Tierra Santa tuvieron que limitarse a contemplar con indignación cómo los cruzados europeos se entretenían luchando en las guerras papales en Sicilia mientras sus castillos iban cayendo uno a uno ante el avance inexorable de los Baibar. El poeta templario Ricaut Bonomel se lamentaba en los siguientes versos:

> El papa es muy generoso con las indulgencias que concede
> a Carlos y los franceses frente a los italianos;
> pero obtiene sustanciosos beneficios de nosotros,
> pues por dinero perdona a aquellos que han llevado nuestra cruz;
> y si alguien pretende cambiar Tierra Santa
> por la guerra de Italia,
> nuestro legado se lo permite,
> pues vende a Dios y las indulgencias por moneda contante y sonante.

¡Oh, señores de Francia! Alejandría
os ha hecho más daño que Italia,
pues aquí los turcos nos están invadiendo,
capturando y conquistando, y nos venden por dinero.[78]

Hubo también otros factores cuya conjunción contribuyó al debilitamiento de los estados cristianos latinos de Oriente. Las guerras entre los *comuni* italianos perjudicaron el comercio. Las conquistas de los mongoles en Asia central y sus incursiones en tierras de Mesopotamia provocaron durante la década de 1250 el desvío hacia el norte de las rutas comerciales, de modo que los centros clave de distribución que habían sido una fuente tan importante de ingresos para los estados cruzados perdieron entonces su potencial comercial, con el consiguiente empobrecimiento de los señores del reino. Pero el cambio más importante se produjo con la unificación de los musulmanes bajo el poder de los mamelucos. Al tener que hacer frente a un enemigo unido y sumamente eficiente desde el punto de vista militar, la inferioridad numérica de los francos imposibilitó una resistencia continuada. Lograron sobrevivir gracias a una serie de treguas, pero al final cualquier pretexto serviría para dar al sultán la excusa de que debía barrer al infiel de las puertas de sus dominios.

El 6 de abril de 1291 Acre, la última plaza fuerte importante de los cristianos europeos de Tierra Santa, fue atacada por las tropas del sultán al-Ashraf Khalil. El asedio duró más de un mes, y el 18 de mayo los musulmanes emprendieron el asalto final a la ciudad. Diversos autores de la época cuentan la batalla que se entabló en sus calles. En general, las órdenes militares son objeto de elogio: la Orden Teutónica peleó hasta que cayó su último caballero, y el maestre de la Orden del Temple, Guillermo de Beaujeu, pereció en el combate. Varios comentaristas, cuando hablan de esta batalla final, dicen que su muerte selló el destino del reino cruzado de Jerusalén; de no haber perecido, la ciudad habría podido salvarse.[79] Los habitantes de Acre que consiguieron escapar, huyeron hacia el puerto en busca de naves.

Las órdenes militares ayudaron en su evacuación. Los que se libraron de caer en manos del enemigo se refugiaron en Chipre, que seguía resistiendo a los mamelucos.

A finales del verano de 1291, el cronista de San Pedro, en Erfurt (Alemania), escribía su versión de la defensa de Acre:

> Además, se cuenta que unas siete mil personas se refugiaron en la casa de los templarios [de Acre]. Como estaba erigida en una zona fuerte de la ciudad, con vistas a la playa, y estaba rodeada de buenas murallas, la defendieron durante quizá doce días después de la caída de la ciudad [en poder de los musulmanes]. Pero cuando los templarios y todos los demás que se habían refugiado en ella se dieron cuenta de que no les quedaban más provisiones y de que nadie se las podía hacer llegar, hicieron de la necesidad virtud. Después de confesarse rezaron con devoción y, tras confiar sus almas a Jesucristo, se lanzaron enérgicamente contra los sarracenos y abatieron con firmeza a muchos de sus adversarios. Pero al final perecieron todos a manos de los sarracenos.[80]

Era un final muy apropiado para la gran orden militar: sus últimos hermanos morían en la defensa de la capital del reino. De hecho, el cronista sabía que las fortificaciones templarias de Sidón y Chastel Pèlerin seguían resistiendo tras la caída de Acre, como lo hacían las ciudades de Tiro, Beirut y Tortosa. Tenía la esperanza de que los cristianos consiguieran reunir de nuevo sus tropas para recuperar su reino de Oriente, como habían hecho a raíz de las victorias de Saladino de 1187, cuando Tiro, al mando del marqués Conrado de Montferrato, fue la única ciudad que logró oponer resistencia. Pero en 1187 había tenido problemas con sus comandantes y sus soldados, y el Occidente cristiano pudo enviar tropas de ayuda al mando de príncipes tan poderosos como el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y los soberanos de Francia e Inglaterra, además de otros nobles de menor rango como el duque de Austria y el landgrave de Turingia. En 1291 Inglaterra y Francia estaban a las puertas de la guerra, no había emperador en Alemania y el papa estaba an-

gustiado por la situación de Sicilia, donde el régimen que gozaba de su favor había sido derrocado por una revuelta en 1282 y había sido sustituido por otro apoyado por los reyes de Aragón. Como no tenían esperanzas de que acudieran en su ayuda, las fortificaciones cristianas latinas que quedaban en Oriente no tardaron en rendirse: Tiro en mayo, Sidón y Beirut en julio, Tortosa y Chastel Pèlerin en agosto. Sus guarniciones se retiraron a Chipre, para planear desde allí sus siguientes maniobras e iniciar negociaciones con el fin de emprender una nueva cruzada.

Por su parte, cuando el papa Nicolás IV (1288-1292) se enteró de esas noticias, convocó en 1292 una asamblea de los Consejos Provinciales de la Iglesia para discutir cómo podía recuperarse Tierra Santa. Uno de los temas importantes a tratar era la cuestión de la unificación de las órdenes militares, a las que de ese modo claramente se imputaba la pérdida de Tierra Santa.[81]

## ¿Fueron los templarios un activo para los estados cruzados?

El arzobispo Guillermo de Tiro, que compuso su obra entre 1165, el año de su regreso al reino de Jerusalén tras haber seguido una trayectoria universitaria en Italia, y 1184, el año de su muerte, consideró a los templarios y a los hospitalarios una fuerza de desintegración y anarquía para el reino. Aunque sus inicios habían sido buenos, pensaba que en su época se habían hecho demasiado ricos y orgullosos, y se negaban a obedecer a las autoridades designadas por Dios a las que debían obediencia: el patriarca de Jerusalén y el rey. Cuando cuenta las hazañas que llevaron a cabo a partir de 1150, les quita importancia y minimiza el papel que las órdenes desempeñaron en su consecución, haciendo hincapié en sus fracasos. El desastre de la campaña contra Egipto de 1168 lo imputa exclusivamente a los hospitalarios; y el de las negociaciones con la Secta de los Asesinos a los templarios. Sin embargo, si estudiamos y comparamos la versión de Gui-

llermo con otras fuentes a menudo más contemporáneas, observamos que el retrato de las órdenes militares que nos ofrece no es muy correcto. Si doce templarios desafiaban a su rey, y entregaban rápidamente un castillo, el monarca podía ordenar colgarlos, restaurando así su autoridad; y ni el papa ni la orden podrían haber hecho nada para impedirlo. Su relato acerca de la temeraria codicia de los templarios en Ascalón se basa cuando menos en una interpretación equivocada de los hechos; incluso su relato del homicidio del enviado de la Secta de los Asesinos no es totalmente preciso, a juzgar por la versión ofrecida posteriormente por Jacques de Vitry. Tal vez los templarios se negaran a secundar la campaña contra Egipto de 1168, pero el relato de Lambert Wattrelos no deja lugar a duda de que tuvieron que participar en ella, les gustara o no, porque el rey así lo mandaba. Es evidente que a Guillermo de Tiro no le gustaba Odón de Saint Amand, maestre de la Orden del Temple, pero, según parece, la razón de ese desencuentro debe buscarse en una incompatibilidad de personalidades: en Montgisard Odón demostró su valía al rey de Jerusalén. No cabe duda de que los maestres de la Orden del Temple tenían sus propias estrategias militares, pero al menos tres de ellos habían estado al servicio del rey antes de ocupar su cargo, y difícilmente se habrían opuesto a la voluntad regia de su antiguo señor.

La postura de Guillermo de Tiro frente a los templarios y también frente a los hospitalarios formaba parte del mensaje que quería transmitir en su *Historia*. Escribía para el pueblo del reino de Jerusalén con el fin de difundir entre sus gentes el amor patrio, de mostrarles lo que se había hecho mal y cómo podía ser salvado el reino. Tras su participación en el Tercer Concilio de Letrán en 1179, escribió para los pueblos de la Cristiandad de Occidente, para mostrarles asimismo cómo podía ser salvado el reino de Jerusalén. Demuestra una y otra vez que los cristianos de Occidente —como, por ejemplo, Thierry de Flandes y su hijo Felipe de Alsacia— no entendían el reino y no actuaban a favor de sus verdaderos intereses. Cuando cuenta la infancia y el

reinado de Balduino IV, de quien había sido tutor y era canciller, es consciente de que está escribiendo contra un contexto de preocupación papal en el sentido de que la lepra del rey era indicio de la ira de Dios, de que Dios había abandonado el reino de Jerusalén a los musulmanes y de que sólo la Cristiandad de Occidente podía salvarlo. Los papas pedían a los cristianos de Occidente que brindaran su ayuda a los templarios, a los hospitalarios y a los cruzados en vez de a los nativos del reino. El mensaje de Guillermo era que esa postura era absolutamente descabellada. Los cruzados y las órdenes militares constituían el peor de los peligros para el reino. Los nativos del reino eran los que sabían realmente cómo salvar la región y merecían el apoyo de la Cristiandad de Occidente.[82]

Desde la perspectiva que ofrecen los setecientos años transcurridos desde entonces, las órdenes militares en general, y la del Temple en particular, parecen haber sido beneficiosas para los estados cruzados. Fueron una fuerza militar esencial: con sus incursiones, mantuvieron la presión militar sobre los vecinos musulmanes de los estados cruzados; formaron parte de las fuerzas militares de los estados cruzados cuando los líderes seculares condujeron sus ejércitos a los campos de batalla; protegieron a los peregrinos, que llevaron dinero y personal al reino. La piedad y el poder de la orden y sus magníficos edificios en Jerusalén, y más tarde en Acre, impresionaron profundamente a los peregrinos. Los templarios también desempeñaron un importante papel político, aconsejando al rey de Jerusalén (hasta 1225) o emprendiendo una política en ausencia de un monarca.

Sin embargo, los maestres del Temple y de las demás órdenes militares tuvieron sus propias opiniones acerca de cuál era la mejor política a seguir, y esto sí fue una fuente de problemas para los estados cruzados. Como los nobles seculares y la Iglesia perdieron muchos recursos después de 1250 y fueron incapaces de conservar sus fortificaciones y proteger su territorio, las órdenes militares se encargaron de custodiar casi todas las fortalezas y se convirtieron no sólo en la unidad efectiva más efi-

caz de los estados cruzados, sino prácticamente en la *única* unidad militar de dichos estados. Ése nunca había sido el plan, y se convirtieron —como Guillermo de Tiro había previsto— en una fuerza de desintegración en vez de unidad. No obstante, supieron unirse ante el peligro común, en 1260 contra los mongoles y en 1291 en Acre. Pelearon con arrojo y murieron con honor en la última batalla por Acre, cumpliendo con lo que la Cristiandad latina esperaba de ellos. E incluso una vez perdidos ya los estados cruzados de Tierra Santa, se confiaba en que, después de realizar ciertas reformas necesarias para hacerlas más eficientes, las órdenes militares capitanearan el ejército que habría de reconquistar Tierra Santa.

# 3

# La guerra santa en la península Ibérica y en el este de Europa

Al mismo tiempo que se dedicaba a la defensa de los peregrinos y a librar batallas contra los enemigos de la Cristiandad católica en Oriente Medio, la Orden del Temple también empezaba a verse envuelta en guerras santas en otras fronteras de Europa. En la península Ibérica y en el este de Europa participó en unas guerras santas contra los no cristianos y en la expansión económica de esos territorios. En ese sentido cabe preguntarse si actuó como una orden religiosa de la Iglesia católica que sólo debía rendir cuentas al papado, o si sus funciones fueron las de una especie de milicia al servicio de reyes u obispos, utilizada para cumplir los objetivos —que podían ser religiosos o territoriales— de las autoridades seculares o los príncipes de la Iglesia. El hecho de que los templarios colaboraran con frecuencia con las órdenes militares locales creadas por los príncipes de la región indica que eran utilizados con fines personales, pero como orden religiosa de carácter supranacional, la Orden del Temple ofrecía algunas ventajas por encima de las órdenes militares locales, aunque también suponía ciertos inconvenientes.

La orden fue muy utilizada en la península Ibérica desde los primeros años de su existencia; en Europa oriental no empezó a ser empleada hasta el siglo XIII, y de una forma mucho más limitada.

## La península Ibérica y la «reconquista»[1]

La península Ibérica había formado parte del Imperio Romano y fue convertida al cristianismo en el siglo IV. A comienzos del siglo V fue conquistada por un pueblo ario cristiano, los visigodos. Tras la batalla de Guadalete en 711, los musulmanes conquistaron la mayor parte de la península Ibérica, aunque nunca consiguieron ocupar los territorios del norte. Los príncipes cristianos del norte peninsular y los musulmanes desarrollaron diversos medios de coexistencia: por ejemplo, establecían pactos entre ellos en virtud de los cuales se pagaban unos tributos llamados parias a cambio de mantener la alianza y no ser atacados. El historiador Angus Mackay ha denominado acertadamente este sistema el «negocio de la protección». La situación era parecida a la de Tierra Santa durante los siglos XII y XIII, en la que los señores cristianos latinos se aliaban con los príncipes musulmanes en beneficio mutuo. Al igual que en Tierra Santa, los príncipes cristianos de España también establecieron alianzas con los musulmanes en contra de otros cristianos.

Se dio un alto grado de cooperación entre cristianos y musulmanes dentro de sus respectivas sociedades. En la España musulmana vivían cristianos que habían adoptado costumbres musulmanas sin haberse convertido al islam; esos cristianos recibían el nombre de mozárabes. En la España cristiana, cuando los musulmanes eran derrotados, se les permitía conservar su religión y sus mezquitas. Los conquistadores cristianos lo hacían porque, al igual que ocurría en los estados cruzados, no había suficientes cristianos para repoblar el territorio reconquistado.

Pese al negocio de la protección, la tolerancia y las alianzas, los príncipes cristianos del norte se mostraron firmemente determinados a avanzar hacia el sur y ocupar los territorios que los musulmanes no habían colonizado adecuadamente. Aunque presentaban esos avances ante sus súbditos y ante los cristianos como una expansión religiosa a un territorio que pertenecía a la Cristiandad por propio derecho (de ahí el término «reconquis-

ta»), también pretendían ganar más territorios y riquezas. Fueron varios los factores que permitieron a los príncipes cristianos expandir sus territorios con mayor rapidez.

Como en Oriente, el factor más importante fue la división existente entre los propios musulmanes. Desde 756 la península Ibérica fue independiente del resto del Islam, y en 929 tuvo a su propio califa o líder religioso. Pero a finales del siglo X el poder del califa empezó a derrumbarse, y a partir de 1031 ya no hubo más califas en la península Ibérica. Los territorios musulmanes se dividieron en reinos de taifas, o «estados facciosos», identificados con distintos grupos étnicos, como los bereberes en la costa del sur peninsular. Eran reinos rivales, y no había un frente unido contra el ataque cristiano.

Este vacío de poder atrajo a los príncipes cristianos del norte. En el siglo XI los principales reinos de la península eran León, Castilla y Aragón; además estaban los condados de Portugal y Barcelona. En 1085 Alfonso VI de León y Castilla (muerto en 1109) tomó Toledo, la antigua capital de los visigodos antes de la invasión musulmana. Este hecho supuso un gran golpe de efecto, pues Alfonso pudo declarar que estaba restaurando el imperio visigodo, proclamándose verdadero soberano de toda la península Ibérica, al igual que lo habían sido los reyes visigodos. La conquista redundó en beneficio del prestigio de Castilla porque Toledo poseía una gran biblioteca, y los monarcas de este reino se convirtieron en afamados protectores del saber.

El apoyo del papado también aceleró la «reconquista», pues los pontífices colaboraron en el reclutamiento de soldados para las campañas en tierras españolas. Ha llegado a nuestras manos una carta del papa Alejandro II (1061-1073) en la que se declara que quienes tengan la intención de ir a combatir en España deberán confesar sus pecados, pero no tendrán que cumplir ninguna penitencia porque su viaje a la península Ibérica será su propia penitencia.[2] El pontífice ofrece a los guerreros que vayan a España unos incentivos similares a los que más tarde serían propuestos a los cruzados, aunque no asegura la remisión total

de los pecados. A la península Ibérica llegarían guerreros de Normandía, Aquitania, Borgoña y otros lugares de Francia.

Después de la primera cruzada, el sumo pontífice reconoció la guerra contra el musulmán en España como una cruzada. Los reyes de la península Ibérica se quejaron ante el pontífice de que sus hombres querían ir a las cruzadas de Tierra Santa, pero que los necesitaban en la frontera ibérica para combatir a los moros. En 1100 y 1101, el papa Pascual II (1099-1118) prohibió a los caballeros españoles marchar a las cruzadas mientras los moros siguieran siendo un peligro en la península Ibérica. Declaró asimismo que todo aquel que fuera en una cruzada contra los moros obtendría la misma remisión de los pecados que los que iban a acudían a Jerusalén. Durante las primeras décadas del siglo XII la frontera española pasó a ser reconocida por todos los cristianos de la península Ibérica y del resto de Europa occidental como un escenario de cruzadas.

Sin embargo, los musulmanes de la península no eran una fuerza agónica. Tras la pérdida de Toledo en 1085, el rey moro de Sevilla solicitó la ayuda de los almorávides del norte de África. Los almorávides se adueñaron de la España musulmana, derrotaron a los cristianos y detuvieron durante un tiempo el avance de éstos hacia el sur peninsular. También consiguieron imponer cierta unidad entre los moros de la península. Pero en la década de 1140 empezaron a perder el control, y la España musulmana comenzó a fragmentarse de nuevo. En tiempos de la segunda cruzada se pusieron también en marcha expediciones contra los moros de la península Ibérica apoyadas por cruzados de fuera de España. Fueron reconquistados algunos territorios, destacando la toma de Lisboa en el oeste y la de Tortosa en el este. A finales del siglo XII, los almohades entraron en España desde el norte de África y volvieron a imponer la unidad entre los moros de la península, obligando a los cristianos a tomar posiciones defensivas.

El punto de inflexión se produjo en 1212, cuando las fuerzas musulmanas fueron derrotadas en la batalla de las Navas de

Tolosa por un ejército formado por los distintos reinos cristianos de la península. Los musulmanes perdieron el control de España; y los monarcas cristianos empezaron a avanzar hacia el sur con suma rapidez. En 1300 habían ocupado toda la península ibérica a excepción del reino de Granada, que siguió siendo independiente hasta su conquista por parte de Fernando e Isabel de Aragón y Castilla en 1492.

## Las órdenes militares

Al igual que en los estados cruzados, el concepto de orden militar resultó atractivo a los ojos de los monarcas de la península Ibérica, que carecían de las fuerzas necesarias para defender sus fronteras y, no obstante, debían mantener escaramuzas constantes con el enemigo, como hacían los francos en Oriente. Había dos opciones: poner territorios en manos de las órdenes militares que habían sido establecidas en Oriente, y pedirles a cambio su ayuda en la península Ibérica, o fundar órdenes militares locales.

Los templarios recibieron su primeras tierras en la península entre 1120 y 1140. Las primeras donaciones se produjeron en Portugal. En 1128 la condesa Teresa de Portugal (1097-1128) cedió a la orden el castillo de Soure, que unos años antes había sido reconquistado a los musulmanes y había sido repoblado. Al igual que hacía en Oriente, la orden proveyó sólo una parte de las defensas de la región circundante a la ciudad de Coimbra, mientras que por su parte el hijo y sucesor de la condesa Teresa, Alfonso Henriques, conde de Portugal (1114-1185), construyó el castillo de Leirena de cuya custodia se encargaron sus propias guarniciones. Hasta comienzos de la década de 1140 no hay ninguna prueba de que los templarios emprendieran verdaderas operaciones militares en Portugal; el primer testimonio de la participación de los templarios de Soure en una acción militar data de 1144. En 1147 los templarios de Soure enviaron sus tropas en ayuda del conde Alfonso Henriques para emprender el

*Figura 3.1. La península Ibérica durante los siglos XII y XIII con indicación de las fortificaciones de los templarios y de otros lugares citados en el texto.*

asalto de la ciudad de Santarém, que estaba en poder de los musulmanes. La empresa fue un éxito. Los templarios recibieron las iglesias de Santarém en recompensa por la ayuda prestada. Tras la toma de Lisboa en 1147, la ciudad fue convertida en sede episcopal, y los templos de Santarém pasaron a depender del obispo lisboeta; los templarios fueron compensados con el castillo de Cera, a orillas del Tomar. El maestre de la Orden del Temple en Portugal, Gualdim Pais, fundó allí una ciudad a la que bautizó con el nombre del río; así pues, Tomar se convirtió en el centro de la orden en Portugal, y Cera en uno de los castillos más importantes del reino. También se concedieron a la orden tierras «reconquistadas» para que fueran repobladas y cultivadas. En 1145 los hermanos recibieron el castillo de Longroiva. El arzobispo de Braga les donó un hospital de peregrinos de

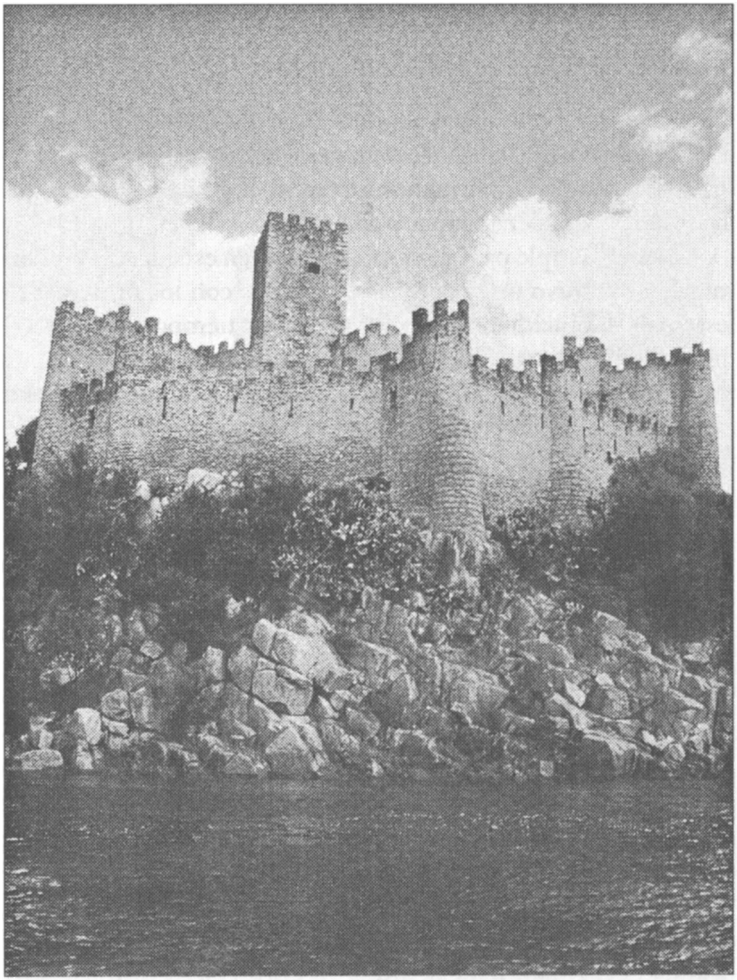


*Lámina 3.1. Castillo de los templarios en Almourol, Portugal.*

su ciudad que había sido fundado por un antecesor suyo; los hermanos debían encargarse del mantenimiento del hospital y del cuidado de los peregrinos. En 1170 Alfonso Henriques cedió a la orden unas tierras situadas al otro lado del Tajo que habían sido reconquistadas recientemente a los musulmanes. Además, concedió a los hermanos un tercio de todas las tierras que la orden consiguiera ocupar y colonizar.

La del Temple pasó a ser una orden bien establecida en Portugal, y mantuvo una estrechas relaciones con los príncipes de este país. Coincidiendo con los primeros tiempos de los templarios en Portugal, el conde Alfonso Henriques se califica a sí mismo de «hermano de vuestra fraternidad», lo que indica que se había convertido en asociado o cofrade de la orden. Esto significaba que, además de protegerla y apoyarla, había decidido realizar donaciones a la orden con regularidad, y que por su parte los hermanos rezarían por él y lo harían partícipe de los beneficios espirituales derivados de las buenas obras que llevaran a cabo. El hijo de Alfonso Henriques, Sancho I (1185-1211), cedió gran cantidad de tierras a los templarios y utilizó el castillo que éstos tenían en Tomar como depósito seguro de sus tesoros. En 1216 el papa Inocencio III (1198-1216) decidió que los castillos de Montémor-o-Velho y Alenquer, por aquel entonces objeto de disputa entre el rey Alfonso II (1211-1223) y dos de sus hermanas, Teresa y Sancha, debían ser puestos en manos de los templarios por considerarlos parte interesada neutral y digna de confianza; la entrega se llevó a cabo en 1123. Los templarios apoyaron a Sancho II (1223-1245) durante la rebelión que, en contra del monarca, encabezó su hermano Alfonso, conde de Boulogne; el maestre de la orden en Portugal, Martín Martins, era amigo de la infancia de Sancho. Pero la rebelión triunfó, Sancho perdió el trono, y más tarde los templarios perdieron diversas tierras por haber apoyado al rey depuesto.[3]

Las donaciones en el este peninsular se produjeron con más lentitud que en el oeste, aunque siguieron un patrón similar. Probablemente ya en 1130 los templarios poseyeran tierras en

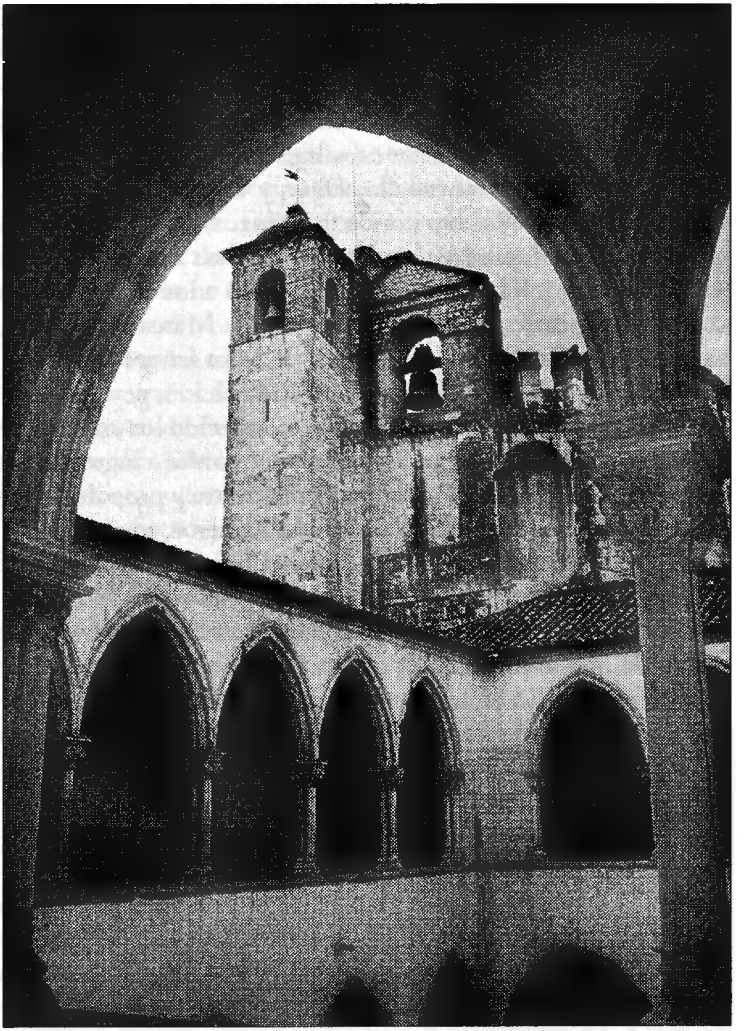


*Lámina 3.2. Tomar, castillo templario que posteriormente se convertiría en el convento central de la Orden de Cristo en Portugal. Vista del claustro, con la capilla al fondo.*

Aragón. En 1131 Ramon Berenguer III, conde de Barcelona y marqués de Provenza, se unió a la Orden del Temple en calidad de asociado o cofrade y le cedió el castillo de Grañena (Granyena) «para la defensa de la Cristiandad, que es el objetivo por el que fue fundada la orden de caballería». A su muerte, dejó en herencia a la orden su caballo, *Danc*, y todas sus armaduras. Otros príncipes de los territorios fronterizos, especialmente los condes de Urgel, también realizaron diversas donaciones. En 1132 Armengol VI, conde de Urgel, cedió a los templarios su castillo de Barbará (Barberà) situado «en la Marca Sarracena», esto es, en la frontera musulmana. En 1134 su señor Ramon Berenguer IV, conde Barcelona, repitió la donación; pero, al parecer, los templarios todavía no habían guarnecido los castillos de Grañena y Barbará. Ramon Berenguer IV también ingresó en la orden durante un año, obedeciendo al maestre y proporcionando el equipamiento de diez hermanos-caballeros, además de suficientes tierras para asegurar su mantenimiento. Veintiséis de sus caballeros juraron asimismo prestar ayuda a la orden.

Ramon Berenguer IV pretendía a todas luces convencer a la orden de que le prestara un apoyo militar activo, pero ésta se mostró remisa. En aquellos momentos la orden ni siquiera poseía castillos en el reino de Jerusalén y carecía de los hombres necesarios para emprender operaciones militares desde las fortalezas de la península Ibérica. A comienzos de la década de 1130 sus propiedades en la península Ibérica eran exclusivamente una fuente de ingresos. Ramon Berenguer IV pudo ejercer más presión sobre los templarios cuando se convirtió en príncipe de Aragón, pero incluso entonces tuvo que esperar hasta 1143 para convencer a la orden de que se comprometiera a emprender acciones militares en la península Ibérica, más o menos por la misma época en que la orden empezó a desarrollar actividades militares en Portugal.[4]

Otros gobernantes realizaron donaciones a sus propias órdenes militares y las órdenes supranacionales. Alfonso I de Aragón (1104-1134) soñaba con ir a las cruzadas de Tierra Santa y

fundó su propia orden militar en Monreal del Campo (1126-1130). Sin embargo, la orden no prosperó, aparentemente por carecer de los recursos necesarios para funcionar con eficacia. En 1131 Alfonso redactó su testamento. No tenía herederos. En sus últimas voluntades legaba su reino al Santo Sepulcro de Jerusalén, a la Orden de San Juan de Jerusalén (el Hospital) y a la Orden del Temple. Tal vez pensara que sólo esas tres órdenes eran capaces de defender el reino. Aunque por entonces la del Santo Sepulcro no fuera una orden militar propiamente dicha, los caballeros estaban asociados con ella, y la Orden del Temple y la del Hospital estuvieron estrechamente vinculadas a ella en los primeros años de su fundación.[5] Por otro lado, el monarca tal vez no pretendiera que esas órdenes combatiesen; quizá las estuviera utilizando como instrumento político.

La historiadora Elena Lourie ha defendido la idea de que a Alfonso le preocupaba la posibilidad de que su hijastro, Alfonso VII de Castilla (1126-1157), se apropiara del trono de Aragón, y decidiera entregar su reino a las órdenes militares que estaban bajo el amparo directo del papa. El rey aragonés sabía que

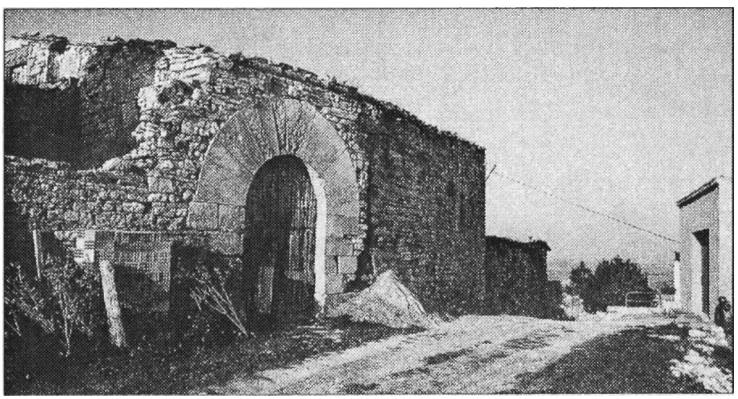


*Lámina 3.3. Castillo de los templarios en Grañena, Lleida, en el reino de Aragón.*

*Lámina 3.4. Casa de los templarios en Barcelona, Cataluña, en el reino de Aragón.*

el sumo pontífice protegería los intereses de las órdenes militares y evitaría que Alfonso VII emprendiera la invasión de Aragón. Y en efecto así fue. Mientras el papa impedía que Alfonso VII entrara en Aragón, el hermano del difunto Alfonso I, Ramiro, salía del monasterio en el que había profesado, se casaba y engendraba una hija, Petronila, que inmediatamente fue prometida en matrimonio a Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, hombre ya mayor. El príncipe catalán asumió el gobierno de Aragón, y Ramiro pudo retirarse de nuevo a su monasterio.[6]

La teoría de Lourie no ha sido ampliamente aceptada, y la mayoría de los historiadores consideran que el testamento de Alfonso debe ser interpretado al pie de la letra. Pero fueran las que fuesen las intenciones de Alfonso, lo cierto es que Ramon Berenguer IV se convirtió en príncipe de Aragón y tuvo que compensar por ello a la Orden del Temple, a la del Hospital y a la del Santo Sepulcro.

Su primera carta para la Orden del Temple intentaba por un lado compensarla y por otro convencerla de que emprendiera actividades militares en Cataluña-Aragón. Ramon Berenguer IV pedía al maestre, Roberto de Craon, que le enviara diez hermanos que sirvieran de punto de partida de una fuerza templaria en Aragón. Él iba a darles todo su apoyo y, además, prometía la cesión de tierras y de colonos y una décima parte de todo lo que conquistara en la península Ibérica. El maestre no aceptó esa propuesta, y las negociaciones continuaron. En 1143 Ramon Berenguer IV promulgó una carta que establecía los términos acordados. Cedía a la Orden del Temple los castillos, entre otros, de Monzón, Montjoy y Barbará, además de otras propiedades; una décima parte de todas sus rentas y el cobro de cien sueldos anuales a Zaragoza; una quinta parte del botín obtenido en todas las expediciones que emprendieran los templarios; una décima parte de todo lo que el príncipe «consiguiera justamente con la ayuda de Dios»; y una quinta parte de la tierra reconquistada a los musulmanes. Asimismo ayudaría a los templarios a construir castillos y fortificaciones para defenderse de los moros, y no fir-

maría tratados ni treguas sin recibir previamente su visto bueno. Además, la orden quedaba exenta de diversas obligaciones.[7]

Este acuerdo marcó el inicio de la participación militar de los templarios en Aragón y coincidió con el comienzo de sus actividades militares documentadas en Portugal. Es evidente que en los primeros años de la década de 1140 la Orden del Temple se había hecho con suficientes propiedades tanto en Occidente como en Oriente y había reclutado los soldados necesarios para poder emprender operaciones militares en dos frentes: el de Tierra Santa y el de la península Ibérica. Por lo general, los hermanos formaban parte del ejército del rey de Aragón en las campañas que éste llevaba a cabo contra los musulmanes. También destacaron como consejeros, aunque esta faceta apenas se cita en las crónicas cristianas o musulmanas. Su importancia no residía en el número de sus fuerzas, que nunca fue elevado, sino en el hecho de que podían movilizarse rápidamente y permanecer en el campo de batalla durante mucho tiempo, a diferencia de los nobles seculares y sus hombres, que regresaban a sus hogares después de un servicio de cuarenta días o debían participar en la recogida de las cosechas.

Ramon Berenguer IV no dejó de favorecer a los templarios. En 1153 les concedió el castillo de Miravet porque consideraba que eran unos guardianes merecedores de toda confianza; también mantuvo su promesa de cederles una quinta parte de los territorios reconquistados. Su sucesor, Alfonso II (1162-1196), fue menos escrupuloso en el cumplimiento del acuerdo de 1143; en vez de territorios reconquistados, entregó a la orden el equivalente en tierras lejos de la frontera. Probablemente considerara que los templarios se estaban haciendo demasiado poderosos en Aragón, y no quiso que acumularan un poder potencialmente independiente en zonas demasiado extensas. No obstante, los templarios podían seguir conquistando tierras por propia iniciativa, de modo que no dejaron de aumentar sus territorios. El sucesor de Alfonso II, Pedro II (1196-1213), fue incluso más cauto a la hora de ceder a la orden nuevos territorios reconquistados, pero reali-

zó diversas concesiones a cambio de ayuda militar.[8] El cambio en el modo de patrocinio no se debió totalmente a la preocupación de la monarquía por el poder excesivo que pudieran acumular los templarios, sino que tuvo más bien que ver con la competencia planteada por otras órdenes militares.

Los hospitalarios empezaron a participar en operaciones militares en la península Ibérica durante la década de 1140; junto con los templarios, pusieron sus tropas a disposición de Ramon Berenguer IV para atacar Tortosa en 1148. En apenas cuarenta años se convirtieron en la orden religiosa más favorecida por la familia real de Aragón.

Templarios y hospitalarios desempeñaron un papel muy significativo en las campañas de Jaime I de Aragón (1213-1276), participando en la conquista de las islas Baleares (Mallorca y Menorca), que estaban en manos del príncipe almohade Abu Yahya, en 1229-1230, y en la del reino de Valencia, concluida en 1238. Sin embargo, los templarios no sacaron el provecho de la ayuda prestada que probablemente esperaban obtener. En 1228 y 1229, antes del ataque a Menorca, las Cortes se reunieron y decidieron que las tierras conquistadas durante esa expedición fueran repartidas según los contingentes aportados por cada grupo. No obstante, los hospitalarios, como indica el propio rey Jaime I, recibieron lo mismo que los templarios pese a haber llegado tarde y no haber participado en el combate.[9]

Según la autobiografía del monarca aragonés, los templarios llevaban a cabo en España las mismas funciones que las que desempeñaban en el Oriente latino y en Portugal, pero además proporcionaban asesoramiento militar, y tropas que podían ser movilizadas con gran rapidez y hacían un buen papel en el campo de batalla. Por consejo del comendador templario de Mallorca (sobrino del comendador de Monzón), el rey Jaime I atacó Menorca.[10] Los maestres de la Orden del Temple y de la Orden del Hospital en Aragón también avalaron un préstamo que el soberano quiso obtener, y templarios y hospitalarios acompañaron al monarca cuando éste partió para las cruzadas en 1269,

aunque se vio obligado a regresar debido a las malas condiciones climáticas reinantes durante la travesía por mar. En ese viaje, la nave de los templarios perdió su timón, y Jaime les envió el de repuesto de su barco, aunque uno de sus consejeros se opuso a esto, alegando que los templarios debían haber llevado su propio timón de repuesto. Los maestres del Temple y del Hospital en Aragón formaban parte de la junta que aconsejó a Jaime regresar a Aragón.[11] No obstante, en la autobiografía de Jaime los hospitalarios se ven más favorecidos que los templarios. El prior del Hospital en Aragón, Hugo de Forcalquier, era amigo personal de Jaime (el monarca había pedido al maestre del Hospital en Oriente que nombrara a Hugo prior en Aragón).[12] El maestre del Temple, en cambio, no mantenía una amistad tan estrecha con Jaime. Cuando el rey quiso convencer a los templarios de que lo avalaran, urdió con Hugo de Forcalquier en secreto un plan para lograr persuadirles.[13] Si bien los maestres de las dos órdenes en Aragón formaban parte del Consejo Privado del soberano, Hugo de Forcalquier podía conversar en privado con Jaime I en calidad de amigo, pero el maestre de la Orden del Temple no.

Jaime I concedió muchos privilegios a los templarios, pero, según parece, tuvo el firme convencimiento de no cederles un papel principal en la defensa del reino, y no cumplió el acuerdo sellado en 1143. A partir de 1244, Aragón dejó de tener fronteras con los musulmanes, y las posibilidades de enriquecerse con la conquista y los botines se vieron notablemente mermadas. Cabría especular si la determinación del monarca de no permitir que los templarios se hicieran demasiado poderosos en Aragón fue fruto o no de haberse criado con ellos en Monzón entre los seis y los nueve años de edad. El relato que ofrece el monarca de esa etapa de su infancia no indica precisamente que la tutela de los templarios lo colmara de felicidad.

A medida que avanzaba el siglo XIII, los reyes de Aragón fueron quejándose más y más de que las órdenes militares no cumplían con sus obligaciones castrenses. Las órdenes iban realmente escasas de dinero debido a las pérdidas sufridas en Tie-

rra Santa y a la caída experimentada por las donaciones piadosas a todas las órdenes religiosas de Europa occidental, y por consiguiente estaban menos preparadas para asumir responsabilidades militares. Sus casas no disponían de muchos recursos. Alan Forey ha indicado que en 1289 la casa de los templarios de Huesca, siguiendo las órdenes del maestre provincial de Aragón, tuvo que prestar tres plaquines, o camisotes, y otras tantas cotas de malla a su casa de Novillas, quedándose tan sólo con cuatro plaquines y siete pares y medio de calzas de malla.[14] Según parece, esta importante casa de la orden, pese a sus obligaciones militares, sólo esperaba armar a siete caballeros y tres sargentos, aunque resulta curioso que guardara una calza suelta.

Pero las órdenes militares no sólo andaban escasas de recursos en España: los reyes también pretendían más cosas de ellas. Querían que les ayudaran a defender su reino de los enemigos cristianos y de los musulmanes. En 1285 un ejército francés invadió Aragón en la cruzada que había sido declarada contra Pedro III de Aragón (1276-1285) por su apoyo a los rebeldes de Sicilia en 1282. En teoría las órdenes militares sólo debían rendir cuentas ante el papa (que había convocado la cruzada), y uno de sus más importantes patrocinadores era el rey de Francia (que la dirigía), pero, a pesar de ello, Pedro III esperaba su apoyo contra los cruzados. La cruzada fracasó, y los franceses se retiraron, pero Pedro III murió al cabo de poco tiempo. Su sucesor, Alfonso III (1285-1327), atacó a los hospitalarios por haber prestado su apoyo al rey de Francia a pesar de la ayuda que en otro tiempo habían recibido de la Corona de Aragón. Jaime II de Aragón (1291-1327) escribió al papa pidiéndole que los templarios utilizaran los recursos que tenían en la península Ibérica para combatir a los moros sin compartirlos con Oriente.[15]

En el resto de la península Ibérica los templarios no alcanzaron la misma prominencia que la que tuvieron en Portugal y Cataluña-Aragón. En Castilla les fue encomendada la fortaleza fronteriza de Calatrava, pero sólo hasta 1158. En 1236 Fernando III de Castilla y León (rey de Castilla entre 1217 y 1252, y de

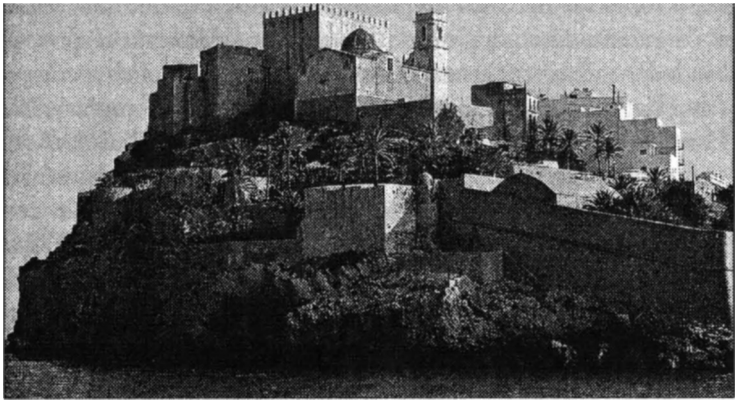


*Lámina 3.5. Castillo de los templarios en Peñíscola, en el reino de Aragón.*

León a partir de 1230) cedió a los templarios el castillo de Capilla situado en el centro-sur de Castilla. En una ilustración del libro sobre el ajedrez, obra de su hijo Alfonso X (1252-1284), aparecen dos templarios jugando al ajedrez, lo que nos da a entender que la presencia de esos caballeros era habitual en la corte castellana (véase la lámina 4.2).[16] La orden tuvo algunas propiedades en el camino de Santiago, entre otras, una fortaleza en Ponferrada. Sin embargo, para sus actividades bélicas, los reyes de Castilla prefirieron servirse de las órdenes militares locales en vez de las supranacionales, en especial la Orden de Calatrava, fundada en 1158 a partir de una confraternidad de caballería que asumió la defensa de la fortaleza fronteriza de Calatrava cuando los templarios la abandonaron; la Orden de Santiago, creada en 1170; y la Orden de San Julián de Pereiro o Alcántara, que fue establecida en León aproximadamente en 1176.

Este tipo de orden militar local podía prestar al monarca el mismo servicio que las órdenes supranacionales: se movilizaban con suma rapidez y podían estar largo tiempo en campaña. Es-

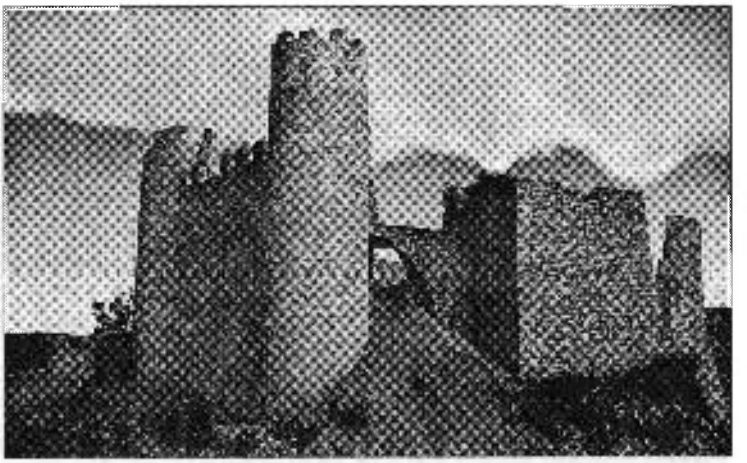


*Lámina 3.6. Castillo de los templarios en Chivert, en el reino de Aragón.*

taban preparadas para guarnecer los castillos y dar asesoramiento militar en los consejos. Como tenían su sede en la península Ibérica, no había peligro de que prescindieran de contingentes importantes para enviarlos a Oriente en ayuda de los cristianos, haciendo dejación de sus responsabilidades en la península (como hicieron los templarios en 1158 al abandonar el castillo de Calatrava) o sufriendo unas pérdidas tan significativas en Oriente que les impidiera colaborar en la causa española. El rey podía controlar la elección del maestre de una orden militar local, aunque en la práctica también podía hacerlo en el caso de los hospitalarios y los templarios. Como esas órdenes españolas dependían del monarca, no habrían desafiado su autoridad ni se habrían aliado con los enemigos de la Corona. Sus lealtades no estaban divididas, a diferencia de lo que ocurrió en Aragón en 1285 con los hospitalarios y los templarios.

Pero las órdenes militares de carácter local tenían dos inconvenientes: disponían únicamente de una pequeña base de re-

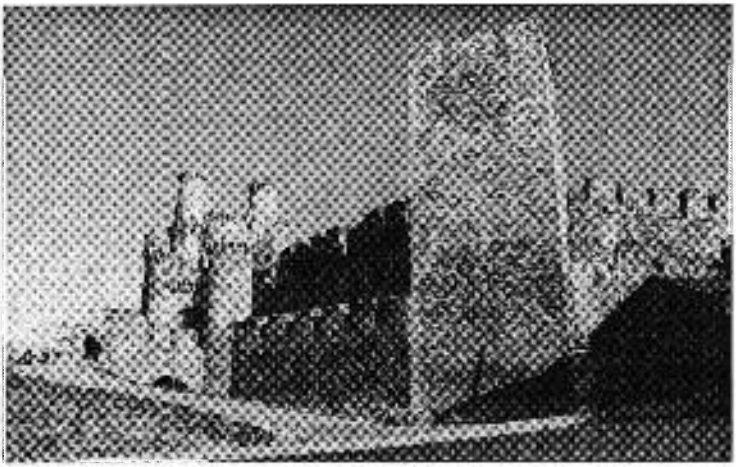


*Lámina 3.7. Castillo de los templarios en Ponferrada, en el reino de León.*

cursos y no estaban capacitadas para actuar con autonomía. Tuvieron que disolverse o fusionarse con otras órdenes debido a su escasez de recursos para llevar adelante sus empresas, y el rey pudo emplearlas para conseguir sus propios objetivos, aunque con ello perjudicase su capacidad de combatir a los musulmanes, pues esta utilización las desviaba de su propósito original. En el siglo XVI las órdenes militares ibéricas se fusionaron con sus respectivas monarquías.

Las órdenes militares fueron mucho más que una fuente de contingentes militares complementarios a disposición de los príncipes de la península Ibérica. Al igual que hicieron en Oriente, los templarios asistieron también a los cruzados procedentes de diversos lugares de Europa que se dirigían por mar a Tierra Santa. Tras ayudar en 1147 a Alfonso Henriques de Portugal en la conquista de Santarém, colaboraron en la toma de Lisboa, que se llevó a cabo con la participación de cruzados ingleses, alemanes, flamencos y de Boulogne que se dirigían a Oriente. Asi-

mismo, en 1147-1148, ayudaron a Alfonso VII de Castilla y a Ramon Berenguer IV, príncipe de Aragón, a conquistar Almería y Tortosa. En Portugal, la llegada en 1217 de caballeros renanos que se dirigían a Tierra Santa para participar en la quinta cruzada permitió que el rey Alfonso II pudiera servirse de ellos para intentar tomar la ciudad de Alcácer do Sal; los templarios y los hospitalarios también aportaron un contingente. El ataque al final resultó un éxito.[17]

Las órdenes militares desempeñaron también un notable papel económico a la hora de impulsar la repoblación y la explotación de las tierras reconquistadas. Además, como sucedió en Oriente y en los demás países de Europa, fueron utilizadas como depositarias de tesoros y les fue confiada la defensa de castillos de gente importante. Por esa razón, se encomendó a los templarios la crianza del pequeño rey Jaime I de Aragón y la defensa de dos castillos portugueses en disputa, el de Montomoro-Velho y el de Alenquer. En 1285 Pedro III de Aragón descubrió unas cartas que ponían de manifiesto que su hermano Jaime, rey de Mallorca, se había conjurado contra él con el rey Felipe III de Francia (1270-1285): las pruebas que acusaban a Jaime de traición fueron halladas en el cofre con el tesoro del monarca mallorquín que había sido depositado en la casa de los templarios de Perpiñán.

La importancia militar y política que supusieron las órdenes militares para los príncipes de la península Ibérica se hizo patente en los acontecimientos de 1274, durante el Segundo Concilio Eclesiástico de Lyon. En el transcurso del mismo, se propuso unificar todas las órdenes militares en una, pero los príncipes ibéricos se opusieron con firmeza, y la propuesta no prosperó. Los príncipes ibéricos arguyeron que una sola orden sería demasiado poderosa y que si se incluían las órdenes militares ibéricas en la nueva orden militar unificada, la cruzada contra los moros en la península Ibérica pasaría a un segundo término en beneficio de la de Tierra Santa. Las mismas objeciones fueron planteadas de nuevo en 1307 tras la detención de los templarios

en Francia; Jaime II de Aragón sospechaba que Felipe IV de Francia (1285-1314) quería hacerse con el control de las posesiones de la Orden del Temple con el fin de ejercer su influencia en las plazas fuertes más importantes de Aragón, y se opuso con vehemencia a la propuesta de que las tierras de los templarios fueran cedidas a los hospitalarios. Los demás reyes de la península Ibérica se hicieron eco de las objeciones planteadas por el monarca aragonés. Cuando la Orden del Temple fue disuelta en 1312 sus propiedades de Portugal y Valencia quedaron exentas del cumplimiento de la orden de cesión y fueron utilizadas posteriormente para la creación de nuevas órdenes militares.

## Las órdenes militares en el este de Europa

Aunque fuera también una región fronteriza, el papel de los templarios en el este de Europa fue algo distinto del que desempeñaron en la península. En el sudeste europeo, el reino católico de Hungría limitaba al sur con los serbios ortodoxos griegos y los búlgaros al este con los cumanos paganos. En el este Bohemia, aunque formaba parte del «Imperio», no era alemana, sino checa, y a partir de 1198 tuvo sus propios reyes, deseosos de hacerse con más territorio en el este en la medida de lo posible. El reino católico de Polonia, cristiano desde el siglo X, se dividió en ducados a comienzos del siglo XIII, y los duques rivalizaban entre ellos para obtener más poder, autoridad y territorios. El reino de Polonia, como una sola entidad, no volvió a instaurarse hasta 1295 y no tuvo de nuevo una monarquía estable hasta 1320.

Toda esa región estaba muy poco poblada y pobremente cultivada en comparación con el resto de Europa. A diferencia de Inglaterra, por ejemplo, donde los bosques primitivos habían sido despejados en 1000 a.C. e incluso los «yermos» eran cuidadosamente administrados por la población local, en el este de Europa había grandes extensiones de bosques, montes y pantanos que nunca habían sido cultivadas por la mano del hombre.

La revolución económica de los siglos XI y XII, con el consiguiente crecimiento de población, provocó una gran necesidad de tierras en el oeste y el centro de Europa, y muchos campesinos pobres especialmente de Alemania trataron de buscarlas en el este. La mayoría de los príncipes de Europa oriental veían con buenos ojos la llegada de esos colonos, pues una tierra cultivada es sinónimo de riqueza. A los colonos alemanes les fueron concedidos los mismos derechos de arriendo que tenían en su país de origen, en general más favorables que los que disfrutaba la población local.

Los príncipes de Europa oriental se dieron cuenta de que la mejor manera de poblar sus tierras deshabitadas era poniéndolas en manos de las órdenes religiosas: tanto las monásticas tradicionales —por ejemplo, benedictinos y cistercienses—, como las de «nuevo estilo» —más radicales y acomodaticias— de los agustinos y las órdenes militares. Esas órdenes religiosas disponían del capital necesario para fundar aldeas y pueblos y podían atraer campesinos del oeste europeo deseosos de arrendar tierras en el este. Para incentivar su traslado a esos arrendatarios se les prometería grandes extensiones de tierra y unos términos contractuales muy atractivos. Cuando la tierra rindiera, el donante original podría exigir un pago anual en concepto de arriendo o una parte de la producción. Viniera o no especificado en la carta de donación algún tipo de contraprestación directa, lo cierto es que los donantes se beneficiarían del aumento del volumen de comercio en la región, pues éste a su vez generaría riqueza en sus tierras.

Por medio de la donación y la colonización, esos donantes esperaban establecer sus dominios y delimitar sus fronteras. Quien cedía tierras a una orden religiosa demostraba en efecto que en primer lugar debía ponerlas en manos de esa institución, la cual le estaría siempre agradecida y lo compensaría con el pago de una renta.

En resumen, la colonización suponía un aumento de prestigio, riquezas y territorio para el propietario de las tierras. Fue la razón principal de la llegada de órdenes religiosas a la región du-

rante la Edad Media, aunque también hubo otra. Además, esas órdenes podían desempeñar un papel decisivo en la conversión de los no cristianos. Toda Europa del este formaba una franja fronteriza con paganos y cristianos ortodoxos griegos y rusos. Merecía la pena integrar la región en el seno de la Europa cristiana católica no sólo por su extensión, sino también por su importancia desde el punto de vista comercial: los grandes ríos del noreste de Europa son verdaderas vías de acceso al interior del territorio euroasiático.

La cuestión de la frontera pagana fue abordada de modo diverso en las distintas zonas del este de Europa. El intento colonizador emprendido por los caballeros teutónicos en el sudeste de Hungría se vio frustrado en la década de 1220 cuando los hermanos fueron considerados una amenaza para la hegemonía húngara en la región.[18] Los cumanos paganos no representaban una amenaza tan grande como los alemanes, y fueron vistos como aliados a los que había que asimilar, más que como enemigos a los que había que combatir. En el noreste de Europa los príncipes ortodoxos rusos preferían imponer tributos, mientras que los cristianos católicos pretendían convertir y/o conquistar.

Las órdenes militares podían desempeñar un papel importante en las campañas misioneras. Podían colaborar con los misioneros (por lo general monjes cistercienses o frailes dominicos y franciscanos), y encargarse de su protección mientras viajaban para predicar por las tierras paganas. También se encargaban de proteger a los nuevos conversos de los ataques de los que seguían siendo paganos. Podían realizar incursiones en territorio pagano para hacer prisioneros y obtener algún que otro botín, «amansando» a la población en lo que cabría calificar de acto preliminar a la tarea pacífica de los misioneros. Los hombres de Iglesia creían que una demostración de la superioridad militar cristiana servía para persuadir a los paganos a convertirse con mayor prontitud. En 1200 el obispo Alberto de Riga, una nueva ciudad comercial situada en la desembocadura del río Duina en Livonia (la actual Letonia), fundo la Orden de los Caballe-

ros de Cristo, o Hermanos de la Espada, para que lo ayudara en su labor de conversión de livonios, letones y estonios. Es evidente que esta orden tuvo un fuerte impacto entre la población pagana local, y consiguió establecer una sólida autoridad territorial antes de ser derrotada definitivamente en 1236 por los lituanos en la batalla de Saule. Al año siguiente se fusionó con la Orden Teutónica. Del mismo modo, en Prusia, el obispo Cristiano, encargado de convertir a la población de la región, fundó una orden militar local, la Orden del Cristo de Dobrin (la ciudad polaca sede de su cuartel general), que colaboró con los misioneros. Esta orden también se fusionaría con la de los teutónicos en la década de 1230. Tanto la de los Caballeros de Cristo como la de Dobrin fueron órdenes que siguieron unas reglas religiosas inspiradas en la Regla del Temple.

El papel de los templarios en la zona fue mucho menos significativo que el que desempeñaron los teutónicos e incluso los hospitalarios. Llegaron al noreste de Europa bastante tarde y no obtuvieron propiedades importantes hasta la década de 1220. Como esa época se corresponde con el inicio de una cruzada activa contra los prusianos paganos, podría afirmarse que los príncipes de la región comenzaron a favorecer a los templarios por su asociación con la guerra santa, aunque no se pidiera a la Orden del Temple que combatiera a los prusianos. Las donaciones de tierras fronterizas fueron llevadas a cabo con la indicación de que se realizaban para contribuir a la guerra que mantenían los hermanos contra el infiel en Tierra Santa, pues los donantes creían que si favorecían a la orden religiosa más estrechamente relacionada con la guerra santa, Dios los ayudaría en su causa.

Sin embargo, hubo regiones del noreste europeo en las que los templarios fueron prácticamente unos desconocidos hasta bien entrada la década de 1220. De hecho, hasta finales del siglo XII, no se tuvo buen conocimiento de ellos ni en el centro ni en el este de Alemania. Pero a medida que los magnates alemanes fueron aumentando su participación en las cruzadas de Tierra Santa y pudieron observar a la orden en acción en los cam-

pos de batalla, fueron encontrando cada vez más de su gusto lo que veían. Los magnates de Turingia y Austria desempeñaron un papel notable en la tercera cruzada de 1189-1192, y el landgrave de Turingia participó en la cruzada germana de 1197-1198, mientras que el duque de Austria y el rey de Hungría destacaron en la quinta cruzada de 1217-1221. A partir de finales del siglo XII, los templarios comenzaron a recibir donaciones muy generosas en el Imperio germánico. Esos dones siguieron produciéndose durante todo el siglo XIII y hasta bien entrado el siglo XIV, cuando las donaciones a las órdenes religiosas en general ya habían dejado de ser un hecho habitual en el oeste de Europa. Así pues, cabría afirmar que las cruzadas fueron el factor decisivo de que los templarios siguieran recibiendo donaciones en los países de lengua germánica, gracias a una mayor participación en ellas de los príncipes alemanes.[19]

Los templarios nunca tuvieron numerosas propiedades en Bohemia y Moravia, donde recibieron muchas más donaciones tanto los hospitalarios como los teutones. Las primeras que se concedieron a los templarios en esas regiones datan de 1230 aproximadamente. Tuvieron una casa en la ciudad de Praga, que fue fundada poco después de 1230, y que disponía de una capilla con una nave circular inspirada en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. En el sur de Moravia tuvieron una encomienda fortificada en Čejkovice —actualmente un castillo barroco construido alrededor de la muralla y la torre templaria— y un castillo en Templštejn, que fue erigido entre 1281 y 1298. Este castillo probablemente fuera construido para defender la región de la amenaza de sus peligrosos vecinos. Los templarios no fueron llevados a Bohemia para combatir. Les fueron concedidas tierras en parte como agradecimiento por su piedad y por la defensa que hacían de la Cristiandad en Oriente, pero también para que animaran a los campesinos a colonizar zonas desérticas, convirtiéndolas en tierras productivas.[20]

Igualmente, los templarios no dispusieron de grandes propiedades en Hungría, aunque recibieron donaciones de tierras

*Figura 3.2. Europa oriental con indicación de las casas del Temple y de otros lugares citados en el texto.*

y casas en ese país al menos desde la década de 1160. El monasterio de San Gregorio de Vrána en Dalmacia (Croacia), que formaba parte del reino de Hungría, fue confirmado como propiedad suya por el papa Alejandro III (1159-1181) en 1169, y en la década siguiente la orden tenía ya tantas propiedades en la región que estableció la «provincia» administrativa de Hungría. El rey Béla III (1172-1196) y sus hijos, Imre I (1196-1204) y Andrés II (1205-1235), concedieron tierras y privilegios a la orden. Esa generosidad con los templarios tenía su origen en el interés de dichos monarcas por las cruzadas: el propio Andrés participó en la quinta cruzada en 1217. Estos reyes también favorecieron a la Orden del Hospital de San Juan, y Andrés fue un generoso patrocinador de la Orden Teutónica.[21]

Las propiedades de los templarios en Hungría central no se han conservado: podemos confirmar que tuvieron dos casas, una en Keresztény (la actual Egyházasfalu) y otra en Esztergom. Se sabe que dispusieron de más casas en Croacia, donde, además de las ruinas de una fortaleza en Vrána, se han conservado algunas iglesias y capillas que pertenecieron a la orden. Las actividades de los templarios en Vrána no recibieron mucha atención por parte de los autores de la época. La *Historia de los obispos de Salónica y Spalato* de Tomás de Spalato (1200-1268) cuenta que en 1203 el rey confió cierta cantidad de plata a los templarios de Vrána. También dice que en 1217 el rey Andrés de Hungría fue a Spalato (la actual Split) y encomendó la defensa del castillo de Kliss a Pons, maestre de la Orden del Temple en el país, porque ninguno de sus nobles estaba preparado para guarnecerlo.

Tomás de Spalato también habla de una acción de los templarios en Croacia en abril de 1241, cuando Hungría sufrió el ataque de los mongoles. Los nobles húngaros, según cuenta ese autor, tardaron demasiado tiempo en prepararse para el combate, y su rey, Béla IV (125-1270), tuvo una actitud negligente. Pero en Sajó, Croacia, el rey Colomán (hermano de Béla), el arzobispo Hugrin y «un tal maestre de los caballeros del Temple» (Jaime de Montreal) pasaron inmediatamente a la acción:

Como correspondía a unos hombres tan activos, no se dejaron llevar por la placidez del sueño como los demás, sino que estuvieron alerta toda la noche sobre las armas. En cuanto oyeron el grito de señal salieron rápidamente del campamento. Entonces, rodeados de estandartes militares y agrupados formando una cuña, galoparon enérgicamente contra el enemigo y combatieron durante un buen rato demostrando su gran valor. Pero como eran muy pocos en comparación con el elevado número de mongoles, que parecían salir a borbotones de la tierra cual langostas, decidieron regresar al campamento después de haber pasado por las armas a más hombres que los que habían perdido.

Tras hacer entrar a los húngaros en acción, nuestros héroes lanzaron un segundo ataque contra el ejército mongol. Tomás de Spalato describe así el episodio:

El arzobispo Hugrin estuvo resistiendo, en medio de la formación más compacta de las tropas enemigas, con tanto valor que sus adversarios escapaban de él lanzando grandes alaridos como si huyeran de un rayo. Del mismo modo, el rey Colomán y el templario con sus caballeros latinos pasaron por las armas a muchos enemigos. Pero al final, incapaces de resistir la embestida de aquella multitud, Colomán y el arzobispo, gravemente heridos, a punto estuvieron de no poder escapar con sus hombres; y el maestre de los templarios y todo el ejército de latinos sucumbieron.[22]

Al igual que en Oriente, cabía acusar a los cristianos latinos de haber actuado imprudentemente a la hora de atacar al enemigo. La retirada de los mongoles aquel mismo año no tuvo nada que ver con la resistencia que pudieran oponer los cristianos. No obstante, el desprecio de Tomás de Spalato ante la cobardía de los nobles húngaros y la falta de diligencia del rey Béla en su calidad de general, pone de manifiesto por qué era tan necesario que hubieran actuado. Los que huían del enemigo o no entablaban combate en el campo de batalla a su debido tiempo

eran tildados de cobardes y perdían para siempre su reputación como militares; y cuando un guerrero perdía su reputación, más le valía morir. Era preferible intentar algún ataque contra el enemigo, aun sabiendo que iba a ser en vano, que quedarse con los brazos cruzados.

Los mongoles también se lanzaron contra Polonia en abril de 1241. Los templarios de este país enviaron una misiva a sus hermanos de Francia solicitando ayuda, y el maestre de la Orden del Temple en Francia, Pons d'Aubon, escribió al rey Luis IX contándole el desastre:

> Han saqueado las tierras que pertenecían al duque Enrique de Polonia [Silesia], al que han asesinado junto con otros muchos barones... han asolado toda la región de Hungría y Bohemia. Disponen de tres ejércitos, que se han dividido; uno está en Hungría, otro en Bohemia y el tercero en Austria... y tememos que lo mismo ocurra en Alemania... Y debéis saber que no tienen piedad de nadie; asesinan a todo el mundo, a pobres y ricos, a los pequeños y a los grandes... y si se les envía un mensajero, los comandantes del ejército le vendan los ojos y lo conducen hasta su señor, el que será, como dicen ellos, señor del mundo. No sitian castillos o plazas fuertes, pero lo destruyen todo... Y debéis saber que, como hemos sido informados por nuestros hermanos que han conseguido huir de sus garras, su ejército es tan numeroso que llega a cubrir una superficie de más de dieciocho leguas de largo por doce de ancho y puede cabalgar en un día la distancia que hay entre París y la ciudad de Chartres.[23]

Los mongoles devastaron las posesiones de los templarios en la región, destruyendo dos de sus «mejores torres» y tres aldeas desprotegidas. Los templarios y los hospitalarios de Polonia formaron parte del ejército del duque Enrique II de la Baja Silesia que combatió contra los mongoles en Liegnitz el día 9 de abril de 1241, y sufrieron una grave derrota. El duque murió en el campo de batalla, y la orden perdió a diversos caballeros y hermanos sargentos, además de quinientos hombres que esta-

ban a su servicio.[24] En esas batallas contra los mongoles la orden combatía para defender sus posesiones, no por la causa de la guerra santa. El príncipe esperaba que, en caso de ataque, todos los terratenientes se unieran a él para proteger su territorio (y los de ellos).

Las tierras de los templarios en Alemania oriental y Polonia formaban parte de la provincia de Alemannia y Sclavonia (Alemania y Eslavonia), que fue establecida en la década de 1220. Unos años antes los templarios habían recibido sus primeras tierras en lo que actualmente es Tempelhof, al sur del Berlín moderno y a orillas del río Oder, y sus proximidades. Estas tierras pertenecían a los margraves de Brandeburgo, la familia de los Ascanier, que siguieron apoyando a la Orden del Temple hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIII.[25]

En la década de 1220, el vecino y rival de los Ascanier, Enrique I de Breslau, miembro de la familia de los Piast y duque de la Baja Silesia (muerto en 1238), hizo generosas donaciones a los benedictinos, los cistercienses, los agustinos y los templarios. En 1226 o 1227 concedió a los templarios Klein Oels (en la actualidad Mała Oleśnica), cerca de Olava, en la Baja Silesia.[26] En 1225 su vecino y rival Władysław Odonicz de la Gran Polonia había donado a los templarios algunas tierras en sus dominios y en 1232 les concedió Quartschen, la actual Chwarszczany, con mil *hufen* (parcelas) y la autorización de fundar una ciudad. Allí los templarios erigieron una casa que se convertiría en una importante encomienda. Además, Odonicz les regaló otras grandes extensiones de tierra dentro de la Gran Polonia, y los obispos de las ciudades vecinas de Lebus y Kammin también realizaron generosas donaciones a la Orden del Temple.[27]

En 1290 los templarios recibieron otra gran extensión de tierra árida en la misma región, regalo del duque Przemysl de la Gran Polonia. A ella trasladaron su encomienda de Kron (la actual Wałcz), fundada en 1249, y la bautizaron con el nombre de Tempelburg (la actual Czaplinek). Los templarios se dedicaron con entusiasmo a colonizar la zona: en 1933 el historiador ale-

mán Helmut Lüpke calculó que antes de 1312 los templarios ya habían fundado la mitad de las localidades que existen actualmente en esa región.[28]

A la muerte de Enrique I de Breslau en 1238, su hijo Enrique II lo sucedió en la Baja Silesia y confirmó las donaciones realizadas por su padre a los templarios. La Orden del Temple había mantenido siempre una buena amistad con el difunto duque y su esposa Eduviges, que a su muerte fue reconocida santa por la Iglesia católica. En su «Vida» oficial se cuenta que un templario caritativo le prestó ayuda en tiempos de necesidad: la duquesa había llevado un cilicio de crines de caballo anudadas atado a su cintura en contacto con la piel a modo de penitencia, pero cuando éste se rompió por el uso no consiguió encontrar un sustituto. Sin embargo, un templario se presentó en la corte y ofreció a la piadosa mujer un saquito que contenía un nuevo cilicio de crines. El obsequio fue recibido por una dama de la duquesa, doña Ana, que, tras abrir el saquito, reprendió al templario por agasajar a una dama con semejante regalo, pero Eduviges la mandó callar, pues el templario, dijo, estaba cumpliendo la voluntad del Señor, y su acción era del agrado de Dios.[29]

La Orden del Temple racibió también otras propiedades en la región, casi todas ellas situadas en las franjas fronterizas dentro del territorio cristiano (entre Brandenberg, Silesia, Pomerania y la Gran Polonia) y en zonas subdesarrolladas. Ninguno de los donantes esperaba en realidad que los templarios combatieran a los paganos o a sus vecinos cristianos en clara expansión. A la orden se le concedió una presencia territorial y simbólica, no militar.

Los templarios no fueron la única orden militar que estuvo presente en la frontera nororiental europea. Los hospitalarios estuvieron en el este alemán y en Polonia desde mediados del siglo XII.[30] Los caballeros teutónicos se establecieron en la región de Kulm (Chełmno), en la frontera polaco-prusiana, a partir de 1230, el mismo año en que el papa Gregorio IX aprobó la carta en virtud de la cual el duque Conrado de Masovia-Cujavia invitaba a la orden a combatir a los prusianos paganos a cambio de

Kulm. Si bien esta orden fue invitada específicamente para colaborar en la defensa de parte de Polonia frente a la amenaza de los prusianos paganos, los hospitalarios, al igual que los templarios, recibieron donaciones de tierras para ayudarles así en su guerra contra los musulmanes de Oriente. Esas donaciones empezaron a ser cada vez menos frecuentes a partir de 1250, cuando, según parece, muchos señores de la región decidieron que las órdenes religiosas ya habían recibido lo suficiente. Los monasterios y la Orden del Temple y la del Hospital de San Juan tuvieron que renovar muchos de los acuerdos de cesión que habían pactado, y se vieron obligados a devolver parte de sus tierras. Las órdenes sufrieron esas pérdidas debido al éxito que habían tenido en la colonización de la región y en el establecimiento de las fronteras; en efecto, ya no era necesaria su presencia. Las donaciones siguieron realizándose en zonas por colonizar cuyas fronteras eran objeto de disputa.[31] Sin embargo, hubo un lugar en el que los templarios fueron invitados a colonizar y fijar fronteras: la ciudad de Łuków, en Polonia.[32]

Los templarios llegaron por primera vez al otro lado del Vístula, más allá del territorio fronterizo «alemán», en 1239. El duque Boleslaw de Cracovia-Sandomir les cedió tres aldeas en esa zona para contribuir a la defensa de Tierra Santa. No se tienen más noticias de las actividades de la orden en Polonia oriental hasta el año 1257, cuando el papa Alejandro IV (1254-1261) encargó al arzobispo de Gniezno (Gnesen) que organizara la creación de un obispado en la ciudad de Łuków cuyo titular debía ser un tal Bartolomé. Ese encargo se hizo a petición del duque de Cracovia, su hermana Salomea y el «maestre de la casa de los caballeros del Temple en Alamannia y Sclavonia», pues el duque había donado el castillo de Łuków al maestre y sus hermanos.

El duque y el tal Bartolomé, un fraile franciscano, habían llevado a cabo diversas actividades en la zona durante un tiempo. Łuków estaba en la frontera con los jatvingios, un pueblo pagano de Lituania. En 1249 la Orden Teutónica había sometido a los prusianos paganos y había impuesto el cristianismo

tras sofocar una rebelión. A continuación había firmado una alianza con Mindaugas, un príncipe lituano, que recibió el bautismo en 1251. La orden confiaba en que Lituania no tardara en seguir a Prusia en su conversión al cristianismo. Algunos príncipes polacos y rusos se aliaron con los caballeros teutónicos con la esperanza de obtener nuevos territorios o una mayor gloria; por ejemplo, en 1253 el príncipe ruso Daniel de Halitsch-Vladimir fue coronado rey en Drohiczyn (en la frontera oriental de Polonia) por el legado papal Otón de Mezzano en recompensa por su apoyo a la Orden Teutónica. Otros nobles esperaban anexionar a su feudo un pedazo del territorio de los jatvingios cuando éste fuera conquistado.

Pero algunos príncipes veían en los caballeros teutónicos a unos rivales más que a unos aliados, probablemente porque estaban en guerra con aliados de la orden. Esperaban conseguir solos una parte de las tierras de los jatvingios, emprendiendo una misión por su cuenta entre los paganos. A comienzos de 1253, los duques Casimiro de Cujavia y Boleslaw de Cracovia-Sandomir comunicaron al papa Inocencio IV (1243-1254) que los paganos cuyas tierras limitaban con las suyas deseaban convertirse al cristianismo, siempre y cuando se garantizara su libertad (pues la Orden Teutónica esclavizaba a los pueblos que convertía) y se les permitiera acogerse al amparo de los dos nobles. El papa quedó entusiasmado ante la perspectiva de una misión pacífica de conversión y autorizó el acuerdo.

Cuando Walter Kuhn estudió los pormenores de este episodio se dio cuenta inmediatamente de que el sumo pontífice no disponía de un mapa. De haber tenido uno, Inocencio IV habría comprobado que la misión de los dos duques abarcaba exactamente la misma región en la que acababa de autorizar que la Orden Teutónica y sus aliados emprendieran una cruzada. Los caballeros teutónicos montaron en cólera ante semejante intrusión en sus «territorios» y expresaron sus quejas al sumo pontífice. El papa, inconsciente de su propia contradicción, declaró que únicamente los caballeros teutónicos tenían derecho a ac-

tuar en esa región. Para su campaña contra los jatvingios, la Orden Teutónica obtuvo dos poderosos aliados, Daniel de Halitsch-Vladimir y el duque Semovit de Mazovia, a los que prometió un tercio de las tierras paganas conquistadas. En 1254 el rey Otakar II de Bohemia también acudió en ayuda de la orden. Llegado este punto, el duque Casimiro abandonó su proyecto de conversión de los paganos.

El duque Boleslaw, sin embargo, no cejó en su empeño. Si no podía actuar en el territorio de los jatvingios, podía perfectamente crear un nuevo obispado en sus dominios desde el que emprender la conversión de aquella tribu pagana. Un maestro franciscano de Praga llamado Bartolomé fue el encargado de dirigir la misión del duque. Pero en 1255 los lituanos, a las órdenes de Mindaugas, atacaron y asolaron la región. La conversión pacífica se convirtió entonces en una cruzada. En otras circunstancias la Orden Teutónica habría asumido el control, pero el duque Boleslaw pidió al papa que autorizara una cruzada polaca, que debía actuar al lado de la alemana, y que todas las tierras conquistadas fuesen para los polacos y no para los alemanes. En agosto de 1255 Alejandro IV aprobó la petición.

La Orden Teutónica vio el peligro que amenazaba a sus ambiciones en la región, pero Alejandro —que, al igual que Inocencio IV, no disponía de un mapa de la frontera polaca— no se dio cuenta de que una vez más habían sido autorizadas dos cruzadas antagónicas en una misma región. Los misioneros polacos se quejaban de que la Orden Teutónica impedía la conversión espontánea. La orden se quejaba de que unos peligrosos adversarios invadían sus derechos. Fue entonces, en febrero de 1257, cuando el papa autorizó la creación del obispado de Łuków, y ya hemos visto que los templarios tenían encomendada la defensa de ese castillo. Es probable que la Orden del Temple ya estuviera establecida en esa fortaleza en 1255-1256, pues solicitaron ayuda cuando los lituanos saquearon el lugar. Tal vez Bartolomé pretendiera que los templarios acogieran bajo su protección a los nuevos conversos y los defendieran de los ata-

ques de los paganos, además de prestar apoyo militar a los misioneros que el franciscano tenía operando sobre el terreno.

En junio de 1257 el vicemaestre de la Orden Teutónica en Prusia presentó una solicitud especial ante el sumo pontífice, que dio todo su apoyo a la orden: nadie podía predicar la cruz en la región ni emprender en ella una guerra santa mas que la Orden Teutónica. Así se puso fin a la misión pacífica y a la cruzada de Łuków, y a partir de entonces no se tienen noticias de los templarios en esa región.

Tanto en la península Ibérica como en el este de Europa los templarios desempeñaron un papel significativo en la colonización de los territorios conquistados o de las zonas despobladas. Con la cesión a los templarios de tierras que les permitían crear un centro de operaciones, los príncipes establecían efectivamente su propia presencia en la región: los templarios serían sus representantes, cuidarían de sus intereses y evitarían que alguien pudiera adueñarse de esos territorios. Los colonos también generaron riqueza, lo cual repercutió en beneficio de todos. En la península Ibérica y, durante un breve período de tiempo, en Polonia oriental, los templarios desempeñaron, además, un papel militar. Como terratenientes y vasallos del duque de Silesia y del rey de Hungría, se unieron al ejército que se puso en marcha para enfrentarse a los mongoles en 1241 y, fieles a sus principios, murieron luchando contra el infiel. Sin embargo, no lucharon —excepto cuando se vieron presionados por el rey de Aragón— contra otros cristianos. Su vocación siguió siendo la defensa de la Cristiandad frente a la amenaza de los no cristianos, y todas sus actividades fueron dirigidas hacia ese fin. No obstante, su presencia en las cortes de los reyes de Portugal, Castilla y Aragón y en la del duque de Silesia pone de manifiesto su importancia política en las cortes de Europa, lo cual veremos con mayor detalle en el capítulo seis.

# 4

# Organización y gobierno de la orden

La organización de la Orden del Temple siguió una línea muy similar a la del Hospital de San Juan y a la Orden Teutónica. Al igual que estas órdenes, estaba gobernada por un maestre que la dirigía desde el cuartel general en Oriente junto con varios grandes oficiales encargados de distintos temas específicos de la administración, que a su vez estaban asistidos por otros oficiales subordinados. Las tierras que poseía la orden en Europa estaban divididas en provincias, de cuyo gobierno se encargaba un comendador provincial que a su vez también disponía de unos oficiales subordinados responsables de la dirección de las distintas casas. Los oficiales de la orden en Oriente se mantenían en contacto con los hermanos de Occidente por medio de un sistema de capítulos generales. Pero como la Orden del Temple apenas estuvo en vigor durante dos siglos, su organización y gobierno nunca llegó a ser tan sofisticado como los de las otras dos órdenes militares de carácter supranacional.

Por ejemplo, a mediados del siglo XIV los hermanos del convento central del Hospital de San Juan fueron divididos con fines administrativos en «lenguas» —divisiones lingüísticas—, de las que se elegían a los grandes oficiales de la orden. Esa misma diferencia lingüística también se produjo entre los templarios, aunque las «lenguas» nunca pasaron a ser divisiones oficiales de la orden. En el siglo XIV, el Hospital de San Juan desarrolló una

costumbre en virtud de la cual ningún hermano que no fuera caballero podía ocupar un cargo superior en la orden. Al parecer, esta costumbre también fue una práctica habitual en la Orden del Temple, pero existen muchas dudas acerca de ella porque no se ha conservado ninguna acta de sus capítulos generales. Es probable que todos esos documentos se guardaran en la casa madre y que se perdieran con el resto del archivo central de los templarios; en cualquier caso, la Orden del Temple fue disuelta antes de que empezara la clasificación y conservación sistemática de ese tipo de documentación.

La elección del maestre de la Orden del Temple era de por vida. Se llevaba a cabo en una asamblea en la que se reunían los oficiales de la orden en Oriente y todo el convento, esto es, los hermanos que vivían en el cuartel general de la orden, cuya sede fue Jerusalén hasta 1187, Acre entre 1191 y 1291 y Chipre a partir de 1291. No se sabe con seguridad si «el convento» era únicamente los hermanos que combatían o si también incluía a los miembros que no hacían uso de armas (los criados y los clérigos).

Los estatutos jerárquicos, redactados antes de 1186, establecían el procedimiento de la elección del maestre.[1] La fecha era fijada por un oficial llamado «el gran comendador», que habría hecho las consultas pertinentes con el mariscal, los comendadores de las regiones de Jerusalén, Antioquía y Trípoli y otros oficiales. Se desprende de los estatutos que era más importante realizar una elección acertada que una elección rápida. Todos los hermanos de Occidente que no podían asistir a la elección debían ayunar y rezar para que Dios iluminara a los electores; también pedían a las demás órdenes religiosas que elevaran sus plegarias en ese sentido. En la asamblea en la que se llevaba a cabo la elección se nombraba a trece electores —ocho hermanos caballeros, cuatro hermanos sargentos y un hermano capellán— mediante un complejo procedimiento cuya finalidad era garantizar la máxima intervención divina en el proceso electoral. Esos trece electores representaban a Cristo (en la figura del hermano capellán) y sus doce discípulos. Debían proceder de distintos países, aunque

nunca se estableciera una división específica de naciones. La elección se llevaba a cabo por mayoría, y era preferible que el nombramiento recayera en un hermano que ya se encontrara en Oriente, en vez de en uno que estuviese en Occidente. Aunque el maestre era elegido de por vida, unos cuantos acabaron dimitiendo de su cargo: Evrard des Barres dimitió y posteriormente ingresó en la Orden del Cister, mientras que Felipe de Milly se reincorporó a la vida secular después de presentar su dimisión.

El maestre era el máximo responsable de la orden, acaudillaba a los hermanos en el campo de batalla cuando estaba presente y era el representante de la orden ante el mundo. Además, era el líder espiritual que Dios había designado para la orden. La Orden del Temple no experimentó las continuas disputas acerca de la constitución de la orden y el papel y la autoridad del maestre que caracterizaron al Hospital de San Juan, bien fuera porque el maestre de los templarios siempre seguía los consejos de sus grandes oficiales y gobernaba según lo establecido, como debe hacer todo líder, bien porque los templarios solían preferir a un maestre que dirigiera la institución desde el frente, como corresponde a un comandante militar.[2]

Los oficiales de las órdenes militares tenían su propio sello para validar los documentos aprobados por la orden. El gran sello del maestre del Temple tenía dos caras; en una aparecía la cúpula circular de la iglesia del Santo Sepulcro, y en la otra, el símbolo propio de la orden: dos caballeros a lomos de un mismo caballo. También había otro sello más pequeño, con una sola cara, que representaba la cúpula circular del Santo Sepulcro. No se trata de la cúpula de la Roca, que es octogonal, ni de la mezquita de al-Aqsa, que es de base rectangular. Las imágenes del sello recordaban a todos los que lo vieran que los templarios defendían el Santo Sepulcro y eran los humildes caballeros de Cristo.

El maestre no gobernaba la orden solo. Los estatutos jerárquicos hablan de los capítulos generales que se celebraban en el cuartel general de la orden o en una de sus casas principales en

Oriente, aunque también podían convocarse en Occidente.[3] Los capítulos generales eran las reuniones que mantenían el maestre, el convento central y los principales oficiales de la orden en Europa. Eran como las cortes que celebraban los príncipes seculares, en las que se hablaba de los asuntos económicos y comerciales y se dirimían las causas legales. En ellos, además de elegirse a los principales oficiales de la orden, de fallarse los casos de disciplina y de tratarse cualquier otra cuestión planteada por el maestre, el convento o los capítulos provinciales, también se decidía qué hermanos dejaban de ser aptos para el servicio activo en Oriente y debían ser «retirados» a Europa occidental.[4] La única documentación existente relativa a las decisiones tomadas en esas reuniones son las referencias que se hacen de ellas en la colección de *retrais*, o resoluciones legales, anexa a la Regla de la orden. También encontramos algunas referencias a los capítulos generales en las actas del proceso de 1307-1312.

No sabemos con seguridad con qué frecuencia se reunían los capítulos generales. Las demás órdenes religiosas que también los celebraban tenían distintas regulaciones en ese sentido: en el caso del Cister eran anuales, y en el caso del Hospital de San Juan su frecuencia era menor. No se ha conservado ninguna normativa relacionada con el procedimiento que debía seguirse en la celebración de los capítulos generales. A juzgar por lo que establece la Regla en materia de capítulos semanales ordinarios y por la práctica de la Orden del Hospital, probablemente comenzaran y concluyeran con una serie de plegarias pronunciadas por el capellán y presididas por el maestre. Los oficiales provinciales entregarían el símbolos de su cargo (el sello) y presentarían sus cuentas. Este informe sería verbal (*auditum*), esto es, escuchado por todos los presentes (o lo que es lo mismo, sus cuentas serían «auditadas»). También se dictaban regulaciones de carácter general.[5]

Las cuestiones relacionadas con el funcionamiento diario de la orden dependían de diversos oficiales administrativos. La dignidad que tenían concedida esos oficiales era el bailiaje (la en-

comienda recibida), y los elegidos recibían el nombre de bailíos (el que ha sido encomendado para algo, o el responsable de ese algo). No eran cargos vitalicios, y la orden no establecía la trayectoria que era preciso seguir para hacerse merecedor de uno de ellos. Los hermanos no tenían que completar un período de servicio preestablecido para desempeñar un cargo: tanto Felipe de Milly, señor de Nablus, como Roberto de Sablé o Sabloel (1191-1193) fueron elegidos maestres muy poco tiempo después de ingresar en la orden.[6] Los títulos de los grandes oficiales de la orden quedan especificados en los estatutos jerárquicos, pero únicamente tenemos documentados el papel que desempeñaron y su estatus relativo hasta 1187. Ante la ausencia de una documentación relacionada con el desarrollo posterior de la orden, resulta muy difícil establecer cuáles eran los oficiales de mayor relevancia, sobre todo porque su importancia relativa fue cambiando con la evolución de la orden. Para complicar más las cosas, algunas figuras prominentes de la orden ocuparon cargos que no encajan con el modelo previsto en los estatutos: el ejemplo más claro lo encontramos en el hermano Godofredo Fulcher, que aparece como «procurador» y «preceptor» o comendador en la década de 1160, y como «comendador de la orden en el extranjero» en la de 1170. Ninguno de esos cargos aparece en los estatutos, aunque no cabe duda de que Godofredo Fulcher fue un oficial de la máxima importancia.[7]

A mediados del siglo XII, los grandes oficiales en Oriente eran, por orden de importancia: el senescal (*dapifer* en latín), el mariscal —el comandante militar, el pañero—, encargado del vestuario y del equipamiento de las casas, y el comendador de la provincia de Jerusalén, que también hacía las veces de tesorero. A finales del siglo XII, el cargo de senescal fue suprimido, y el gran comendador asumió algunas de sus funciones. Todo esto suele llevar a confusión, porque en la orden también había el cargo de otro «gran comendador»: el que era nombrado a la muerte de un maestre para gobernar la orden durante la vacante de poder, encargado también de organizar la elección del

nuevo maestre. La tendencia de la orden a llamar «comendador» (en latín, *preceptor*) a cualquier oficial complica la labor de los historiadores cuando intentan averiguar las estructuras de mando de la orden.[8]

Poco antes de que la orden fuera disuelta, sus principales oficiales en el convento central eran: el mariscal, el comendador de Apulia (sur de Italia), el gran comendador, el comendador de la provincia, el pañero y el turcoplier. Esos son los cargos que corresponden a los oficiales detenidos en Chipre en 1310.[9] El turcoplier fue originalmente un suboficial que dependía del mariscal. Estaba al mando de los turcópolos —los caballeros mercenarios reclutados en Oriente—y los hermanos sargento.

Otro suboficial era el confaloniero (el portador de la bandera), responsable de enarbolar el estandarte de la orden en las batallas. La enseña era «baucant» (bicolor), formada por una sección blanca y otra negra. Las ilustraciones de la época difieren en cuál de las dos secciones era la blanca y cuál la negra. Matthew Paris, el cronista de la abadía de Saint Albans, la presenta con la parte superior negra y la inferior blanca; los frescos realizados por la orden en San Bevignate, Perugia, lo hacen al revés (y con una cruz en la mitad superior blanca). Probablemente esta enseña de San Bevignate fuera la del maestre, y la de Matthew Paris correspondiera al pequeño «confalón bicolor» que enarbolaban el maestre y otros comendadores en el campo de batalla. El estandarte en sí mismo desempeñaba un papel esencial en los combates: representaba el núcleo de las tropas de la orden, el lugar al que los hermanos podían retirarse para volverse a agrupar y cargar de nuevo; representaba la mismísima orden. Su pérdida suponía un desastre espantoso, y los hermanos debían morir antes que permitir su captura.

La orden contaba también con un *procurator* de enfermos, responsable de la enfermería del convento central, donde se atendía a los hermanos ancianos. A diferencia de la Orden del Hospital de San Juan y la Orden Teutónica, la Orden del Temple no disponía de un hospital para peregrinos sin recursos y gente ne-

cesitada en su convento central, aunque los hermanos debían hacer obras de caridad a los pobres, y en Europa la orden era responsable del mantenimiento y la administración de diversos hospicios.

Existen ciertas dudas acerca de la existencia de un capellán principal en el seno de la orden. En el caso del Hospital de San Juan esta figura —el prior del convento— estaba presente en el cuartel general de la orden y tenía autoridad espiritual sobre todos sus clérigos. Era responsable de la salud espiritual de los hermanos y de la conservación de la iglesia conventual de San Juan. La Orden del Temple también disponía de hermanos capellanes, pero los estatutos no hablan de que hubiera un prior encargado de ellos. Sin embargo, durante el proceso de la orden en Chipre, un oficial con el título de *prior de ordine Templi*, «prior de la Orden del Temple», fue sometido a un interrogatorio. Se trataba del hermano Hugo de Bensano. En Chipre se utilizaba el título de «prior» para indicar a un clérigo al cargo de una parroquia, pero al hermano Hugo nunca le fue concedida una parroquia. En cambio, el otro prior que aparece en la documentación del proceso de Chipre, el hermano Esteban de Safed, era «clérigo, prior de la casa de los templarios en Limassol». Es probable que la «parroquia» del hermano Hugo fuera toda la orden, y que desempeñara un cargo similar al del prior del convento de la Orden del Hospital de San Juan.[10]

Las propiedades de la orden en Occidente, esto es, en Europa, se dividían en provincias. El capítulo general podía nombrar a un oficial llamado el «maestre a este lado del mar» o «visitante» para inspeccionar las provincias europeas, aunque todas ellas tenían su propia jerarquía de oficiales. La organización en las provincias de Occidente fue fluida, y cambió a lo largo de la historia de la orden. En el Temple, el oficial al mando de una provincia recibía el nombre de «maestre», «procurador» o «comendador». Las provincias se desarrollaron a medida que la orden fue adquiriendo nuevos territorios en Occidente. En 1143 los templarios tenían una provincia que comprendía «Provenza y

partes de España», pero no hubo ninguna provincia de Alemania hasta la década de 1220.[11] Una de las casas de la provincia era utilizada como sede de la administración provincial, los archivos y la tesorería. En Inglaterra fue la casa de Londres, en el norte de Francia la de París y en Aragón, a finales del siglo XIII, la de Miravet.[12] El maestre provincial disponía de un sello propio para validar los documentos legales. Los sellos de las provincias solían tener un diseño estandarizado: los de la provincia francesa representaban un edificio circular abovedado (la iglesia del Santo Sepulcro), mientras que los de la provincia inglesa mostraban el *agnus Dei*, el cordero de Dios (símbolo de Cristo, que presidía la orden). Los de los maestres provinciales alemanes variaron: a finales del siglo XIII, el sello de Bertram von Esbeck representaba un águila, pero entre 1270 y 1290 el maestre de Alemania tenía un sello con la cabeza de Cristo, similar a las monedas modernas en las que aparece el busto del rey o la reina. Del mismo modo, el prior provincial de la Orden del Hospital de San Juan en Inglaterra tenía un sello que representaba la cabeza de san Juan Bautista. Cuando los sellos tenían anverso y reverso, en este último solía aparecer un símbolo personal del maestre de la provincia, generalmente el escudo de armas de su familia.[13]

La casa principal de una provincia de la Orden del Temple era también el centro de recaudación de todos los pagos o «responsions» que debían abonar las distintas casas provinciales; de allí posteriormente eran enviados al cuartel general de la orden en Oriente. El comendador provincial era el encargado de fijar y recaudar debidamente esos importes, que en teoría debían corresponder a un tercio de los ingresos anuales de cada casa. Como la orden poseía grandes extensiones de tierra, y buena parte de esos ingresos procedía de las rentas, resultaba sumamente difícil establecer con exactitud las ganancias obtenidas. En Inglaterra, en 1185, el maestre provincial, Godofredo Fitz Stephen, inició una investigación de todos los ingresos de la orden en su provincia, los cuales quedaron recogidos en un tomo

encuadernado que fue archivado en el «New Temple» (el cuartel general de los templarios situado a las afueras de la ciudad de Londres). Confiscado por el rey cuando la orden fue disuelta, este volumen se encuentra actualmente en la Public Record Office de Londres. Debería haber sido entregado al prior provincial de los hospitalarios, pero el Hospital de San Juan en Inglaterra nunca consiguió hacerse con toda la documentación inglesa de los templarios.

El maestre de una provincia no tenía que vivir necesariamente en el cuartel general provincial; en el caso de una gran provincia, debía viajar para visitar cada una de las casas, aunque también podía residir en la corte real.

Una vez al año se celebraba en un lugar céntrico un capítulo provincial presidido por el maestre de la provincia, al que estaban obligados a asistir los responsables de todas las casas. Esas asambleas recibían a veces el nombre de «capítulos generales» para diferenciarlas de los capítulos semanales que celebraban las encomiendas. El rey Juan de Inglaterra (1199-1216) regalaba cada año a la orden diez gamos para sus capítulos provinciales celebrados en Pentecostés, a los que su hijo, Enrique III, añadiría un tonel de vino hasta que se produjo un recorte de gastos debido a la crisis económica de finales de la década de 1250.[14] Eduardo I (1272-1307), un monarca cruzado con un sentido muy agudo del valor del dinero, puso fin al donativo de los venados. Además de disfrutar de la buena mesa, el capítulo provincial debatía los casos legales y discutía los problemas de disciplina y las cuestiones relacionadas con la recaudación de dinero y otros asuntos de su competencia. Los temas complejos y difíciles eran remitidos al capítulo general que se reunía en Oriente.

En un ámbito local, la unidad administrativa básica de los templarios de Occidente era la encomienda o *praeceptoria*. Este último es el término latino; el primero significa lo mismo y proviene del francés *commanderie*. La encomienda era el equivalente de una gran propiedad, secular, y sus edificaciones eran muy

parecidas a las de cualquier casa señorial con la excepción de que normalmente incluían una capilla. Por la bula papal *Omne datum optimum*, los templarios recibieron numerosos privilegios y fueron autorizados a tener sus propias capillas, siempre y cuando fueran para uso exclusivo de los hermanos de la orden. En la práctica los miembros asociados y los donadores también utilizaban esas capillas, convirtiéndose al final muchas de ellas en parroquias. Las casas más pequeñas, cuyas dimensiones no permitían la construcción de una capilla y que a veces eran alquiladas a los arrendatarios de parcelas, recibían el nombre de *camerae*, cuyo significado literal es «cámaras».

El comendador de una encomienda era a todos los efectos el señor de la propiedad. Debía cuidar de sus arrendatarios y velar por la paz, el orden y el cumplimiento de la ley, además de controlar el cobro de las rentas (en dinero, en especie o en trabajo). Era responsable de la recaudación del dinero y otros bienes y de hacer llegar la cantidad estipulada al cuartel general provincial.

El comendador era también el encargado de recibir las donaciones que se hicieran a la orden. Todas las encomiendas tenían una caja de caudales en la que eran depositadas las cartas de donación y la documentación legal que demostraban la titularidad de las propiedades de la orden o, en su defecto, copias de los originales formando un libro becerro. Muchas de esas colecciones locales de cartas, llamadas cartularios, han llegado a nuestras manos y se encuentran actualmente en diversos archivos locales, provinciales y nacionales de Europa, aunque el paso de los siglos y las guerras, los incendios y los accidentes han hecho su mella en ellas. Las cartas rara vez revelan los entresijos de la orden. A continuación reproducimos una carta típica, procedente de la casa principal de la orden en Champagne, situada en la ciudad de Provins:

> *Sobre cómo Adán, mariscal del Bendito Esteban de Meldens, dio en limosna a su sierva Marta, hija de Teobaldo, a los hermanos de la Orden del Temple.*

Yo, Adán, mariscal del Beato Esteban de Meldens y canónigo del Beato Quiriaco de Provins, comunico a todo aquel que revise el presente documento que, movido por la piedad, he entregado y cedido a Marta, hija de Teobaldo de Boissac, mi sierva, en perpetuidad a los hermanos de la Orden del Temple, para que a partir de ahora sea su sierva. Y para dar buena cuenta de ello, hago estampar en el presente documento mi sello. Redactado en Meldens en el año 1221 de Nuestro Señor, en el mes de mayo.[15]

Adán no explica con claridad por qué entrega a Marta a los templarios: «movido por la piedad» puede indicar que entregar algo o a alguien a una orden religiosa era un acto piadoso, o también que le movía un sentimiento de piedad por Marta (tal vez su esposo o su prometido ya perteneciera a la orden). Tampoco cuenta qué espera que Marta haga por los templarios. Como las casas religiosas empleaban normalmente a mujeres para ordeñar las vacas y hacer la colada, es probable que Marta fuera a ejercer alguna de esas funciones tan necesarias.[16] Los «siervos» eran personas que carecían de derechos legales plenos y estaban obligados a trabajar sin recibir una compensación económica por ello. En la práctica, como su dueño se encargaba de satisfacer todas sus necesidades, probablemente disfrutaran de una calidad de vida mejor que cualquier trabajador asalariado libre.

A cambio de prestar su apoyo a los caballeros del Señor, los donadores esperaban una recompensa espiritual de Dios para ellos y sus familias. Sus cartas no suelen hablar de la labor de la orden en la defensa de la Cristiandad, y se refieren a los templarios como si éstos fueran simplemente un grupo de hombres piadosos que siguen una regla religiosa como cualquier orden monástica. No obstante, es evidente que los donadores sentían admiración por el modelo espiritual que suponían los templarios, pues de no haber sido así, no les habrían donado sus tierras. Al fin y al cabo, había muchas otras órdenes religiosas, y a nadie le hubiera gustado «malgastar» su patrimonio realizando una donación a una orden de segunda clase. ¡Sólo las órdenes de

primera categoría atraían una buena recompensa de Dios para sus donantes!

En muchas cartas aparece una lista de testigos que estuvieron presentes cuando se llevó a cabo la donación, y que posteriormente podían testificar que la cesión se realizó según lo indicado en el documento. Esos testigos eran miembros del Temple y personas ajenas a la orden. En las casas más grandes se haría constar en las cartas únicamente los nombres de los principales templarios presentes, y los de inferior categoría serían indicados como «otros». Por ejemplo, el 11 de agosto de 1198, en la encomienda de Rourell, Cataluña, un tal Berenguer Durán, que dice ser un asociado de la Orden del Temple, donó una parcela de tierra, en parte cultivada, que se encontraba en Robarroja. La cedía a doña Ermengarda d'Oluja, hermana de la Orden del Temple y por aquel entonces *preceptrix* (comendadora) de la casa de Rourell, y al hermano Raimón de Solsona, al hermano Juan, al hermano Gillermo Escansset, a Titborgs (una mujer) y a los hermanos y hermanas presentes y futuros.[17] Al parecer, la casa de Rourell era muy grande y había en ella muchos hermanos para nombrar en la carta a todos los presentes, pero al menos hubo nueve.

La calidad de vida en una encomienda variaba dependiendo de la zona en que estaba y de su importancia. Excepto en regiones sin leyes en las que reinaba la anarquía, como, por ejemplo, Irlanda y el sur de Francia, las casas no estaban protegidas por una muralla como los monasterios. Cuando estaban situadas lejos de las zonas fronterizas de la Cristiandad, no tenían depósitos de armas, lo que significaba que los hermanos quedaban expuestos a los posibles ataques de sus vecinos violentos. La encomienda no era un lugar donde abundaran las riquezas; en su mayoría eran pequeñas, y todos los recursos que tenían eran enviados a Oriente.[18]

Cuando a partir de octubre de 1307 los templarios comenzaron a ser detenidos, los funcionarios reales elaboraron un inventario de lo que encontraron en cada casa. Las capillas esta-

ban muy bien provistas de objetos de plata y de los libros necesarios para los servicios y el mantenimiento de la vida religiosa: los maestres del Temple se sentían justamente orgullosos de la calidad de la observancia de los principios religiosos de su orden.[19] Pero las casas propiamente dichas no estaban generalmente bien provistas de las comodidades de la vida, incluso en una época como aquélla, que no se caracterizó por la ostentación de mobiliario. El nivel de vida de los templarios era muy parecido al de los campesinos, que eran sus arrendatarios. En el inventario correspondiente a la pequeña casa de Llanmadoc, en la península de Gower, al sur de Gales, no aparece ningún tipo de mueble; tan sólo unos pocos utensilios de cocina y unos cuantos animales de establo, entre ellos dos bueyes muertos.[20] También se encontraron objetos rotos por el suelo. Se suponía que el comendador, tras quedarse con lo imprescindible, debía enviar todos los ingresos sobrantes al maestre provincial para que éste los hiciera llegar a Oriente, en vez de utilizarlos para hacer la vida más confortable a los templarios.

La encomienda era la unidad básica de vida para los miembros de la orden en Europa. Los moradores de las encomiendas eran de distinta condición: unos eran templarios profesos, otros eran asociados o pensionistas de la orden y luego estaban los criados, que podían ser individuos libres contratados o siervos de la gleba. Los profesos eran capellanes, caballeros, sargentos o hermanos sirvientes (armados o no) y hermanas. Habían hecho los tres votos monásticos de pobreza (ningún bien personal), castidad (abstinencia sexual) y obediencia (a Dios por medio del maestre de la orden, su comendador más inmediato y la Regla de la orden). Los miembros asociados no habían hecho estos tres votos.

Los historiadores modernos no han podido establecer con seguridad el aspecto que presentaban en realidad los templarios. Bernardo de Claraval dice que llevaban el pelo corto, pero la barba larga, lo cual se ve confirmado en otros relatos y escritos de la época: una anécdota en el sermón 37 de Jacques de Vitry pone de manifiesto que se afeitaban toda la cabeza. Por mi par-

*Lámina 4.1. Un grupo de templarios vestidos con el hábito blanco se enfrenta a un león en su casa religiosa: procedente de un fresco del muro occidental de la iglesia de los templarios en San Bevignate, Perugia.*

te, no he conseguido encontrar ninguna representación medieval de un templario sin armadura anterior a 1250. El fresco de mediados del siglo XIII que decora la iglesia de la Orden del Temple en San Bevignate (véase la lámina 4.1) muestra a un grupo de barbudos templarios en el interior de un edificio sobre el que se levanta una cruz, vestidos de blanco frente a un león, lo cual parecería indicar que los hermanos-caballeros vestían totalmente de blanco, pero esta hipótesis no se ve confirmada por otras representaciones de la época. En el libro de ajedrez de Alfonso X de Castilla y en la tumba del infante don Felipe que se encuentra en la iglesia de la encomienda del Temple en Villasirga, Palencia, aparecen los templarios igualmente barbudos, con el pelo corto, pero cuidadosamente rizado según el gusto de la época, y la cabeza adornada con el tocado propio de los religiosos. Llevan túnicas largas hasta el tobillo, de color

oscuro, y una capa blanca con una cruz roja a la izquierda a la altura del pecho (véanse las láminas 4.2/4.3). En la ilustración de un manuscrito de *Renart le Nouvel* (de Jacquemart Giélée) aparece representado un templario vestido con una túnica roja y una capa blanca (véase la lámina 2.1). Lleva una cruz blanca en la túnica a la altura del pecho y la gorra característica en la cabeza. En otro manuscrito de esta misma obra aparecen representados los maestres del Temple y del Hospital. Aquí la capa del templario parece más gris azulada que blanca, pero tal vez haya perdido lustre por asociación con Renart el Zorro. La cruz roja es visible sobre el lado izquierdo de la capa. La túnica que cubre la capa es oscura.

Estas ilustraciones muestran que los hermanos-caballeros del Temple no iban totalmente vestidos de blanco, sino que llevaban una túnica larga de color oscuro, y encima una capa blan-

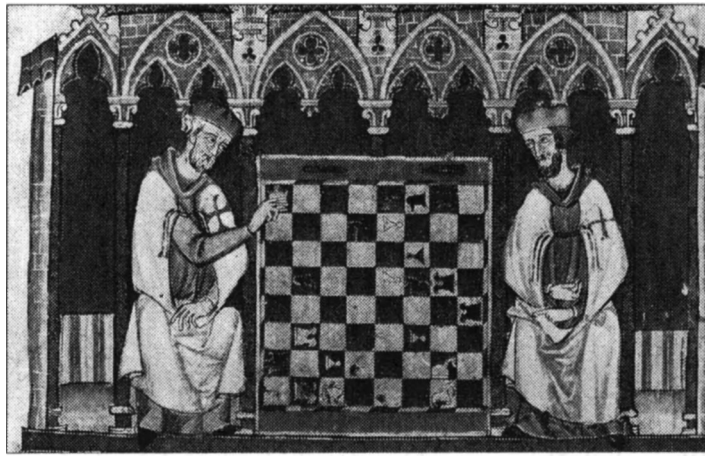


*Lámina 4.2. Dos templarios jugando al ajedrez, procedente de un manuscrito del* Libro de ajedrez, dados y tablas *de Alfonso X el Sabio, rey de Castilla. Ref.: Biblioteca del Monasterio de El Escorial, MS. T. I 6, fol. 25.*

ca. Quizá los hermanos que aparecen vestidos todo de blanco en el fresco de San Sevignate sean los miembros fundadores de la orden, que para llamar nuestra atención han sido distinguidos representándolos con un hábito ligeramente diferente. Ninguna de esas representaciones muestra a otros miembros de la orden, sólo a caballeros.

La mayoría de los individuos que vivían en una encomienda en Occidente nunca entraron en combate contra el musulmán, y tampoco se esperaba que lo hicieran. El papel de los capellanes era ofrecer ayuda espiritual a los miembros de la orden, decir misa y rezar. Los clérigos no debían mancharse las manos de sangre, de modo que se suponía que los capellanes no tenían que hacer uso de las armas. Los sargentos o hermanos sirvientes que no tomaban las armas hacían trabajos manuales de carpintería, herrería y albañilería, además de encargarse del cuidado de los animales. El cometido de los miembros asociados y las hermanas era rezar: la suya era una guerra espiritual, la guerra de todas las personas religiosas.

En virtud de la bula papal *Omne Datum Optimum* de 1139, se permitía que la orden tuviera hermanos clérigos que no dependieran de la autoridad del obispo local. Estos clérigos gozaban de una gran consideración entre los miembros de la orden, cuyos estatutos y *retrais* hacen constantes alusiones a ellos. No era necesario que pertenecieran a una familia de caballeros para ser nombrados capellanes.

Los demás miembros de la orden eran legos, a diferencia de las órdenes monásticas tradicionales en las que la mayoría de los hermanos profesos serían monjes. Los hermanos caballeros eran los más prominentes, aunque su número fuera muy inferior al de los hermanos sargentos. En teoría, eran los únicos que podía ocupar los cargos más importantes de la orden, aunque en la práctica algunos hermanos sargentos también lo hicieron. Jochen Burgtorf, por ejemplo, ha señalado que Pedro de Castellón, tesorero de la orden a comienzos del siglo XIV, era un hermano sargento, no un hermano caballero.[21]

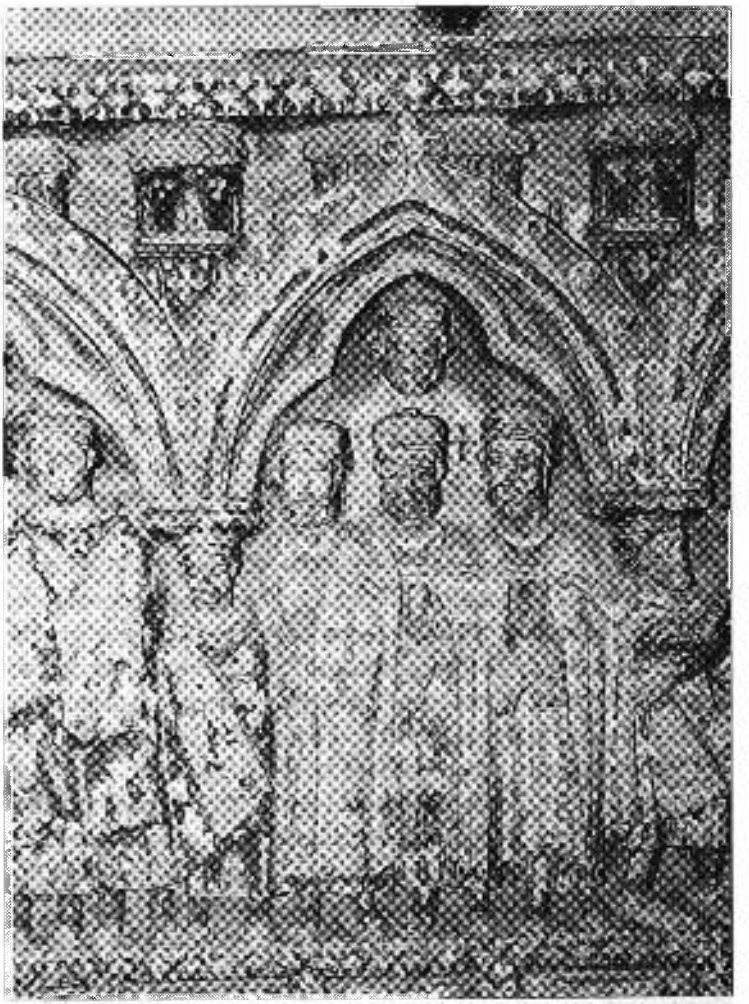


*Lámina 4.3. Grupo de templarios representado en la tumba de don Felipe. Iglesia de la Orden del Temple en la encomienda de Villasirga (Palencia).*

A comienzos del siglo XII, cuando la orden fue creada, la condición de «caballero» no estaba bien definida. Los caballeros eran guerreros profesionales bien adiestrados que combatían invariablemente a lomos de un caballo, perfectamente equipados con sus armas favoritas, la espada y la lanza. Sin embargo, a menudo combatían pie a tierra, utilizando hachas o arcos y flechas. A veces eran, aunque no necesariamente, de noble cuna: la voz latina utilizada en la Edad Media para indicar a un «caballero» era *miles*, que en latín clásico significa simplemente «soldado», e incluso «siervo» a comienzos del medievo.

Pero a lo largo del siglo XII la condición social de los caballeros fue elevándose. Ello fue debido en parte a la dificultad que implicaba por aquel entonces convertirse en un guerrero profesional perfectamente armado: las nuevas técnicas de combate, en especial la carga de caballería con lanza enristrada, requerían largas horas de un entrenamiento que sólo estaba al alcance de quien disponía de tiempo y dinero (los guerreros profesionales o los nobles). Las armaduras de cota de malla se hicieron cada vez más sofisticadas, y por lo tanto más caras; y lo mismo ocurrió con las espadas. Los caballeros también adquirieron una mayor relevancia en el gobierno, especialmente en los de ámbito local: el rey Enrique II de Inglaterra (1154-1189) concedió a los caballeros importantes responsabilidades en la administración de los condados. Paralelamente empezó a desarrollarse una cultura de caballería. Los caballeros estaban sometidos a una presión constante por parte de unas fuerzas hostiles: la Iglesia los atacaba tildándolos de asesinos ignorantes sedientos de sangre (como dice Bernardo de Claraval en su tratado *Sobre la nueva caballería*), y los mercaderes los despreciaban por considerarlos poco prácticos, sin sentido comercial y poco conscientes del valor del dinero.[22]

En consecuencia —aunque sin ser conscientes de ello—, los guerreros desarrollaron su propia cultura de «caballería», *chevalerie* en la lengua francesa común de la época, lo que actualmente se denomina *chivalry* en inglés. Ya a mediados del siglo XII, un

guerrero sólo podía ser investido «caballero» en el curso de una ceremonia especial, en la que depositaba su espada sobre el altar y luego la recogía en señal de que iba a ser un caballero de Dios. Los que se consideraban caballeros tenían su propia recreación de la tradición, basada en los relatos acerca del emperador Carlomagno y Roldán, de Guillermo el Chato de Orange y del rey Arturo. Dichos relatos desarrollaron una cultura de caballería que a menudo era contradictoria e incoherente, aunque tuviera ciertos rasgos comunes. Lo más importante para un caballero era conservar el honor. Un caballero debía ser activo y morir en el campo de batalla, no en la cama. Debía ser un ejemplo de sabiduría, pero a veces era más honorable arriesgar la piel.

En el primer capítulo de este libro hemos señalado que, cuando se creó la Orden del Temple, algunos comentaristas la consideraron representante de lo que una caballería debía ser en realidad: era la forma más perfecta de una caballería. Fuera o no acertada esa observación, lo cierto es que los ideales de la caballería no dejaron de evolucionar después de que se creara la orden, y a comienzos del siglo XIII los caballeros afirmaban que podían servir a Dios como individuos por el simple hecho de ser caballeros y que no necesitaban ingresar en una orden religiosa. El ideal de los templarios de trabajar para Dios en comunidad seguía siendo aceptado como una forma que tenían los caballeros de servir a Dios, pero evidentemente no la única.[23]

Los templarios, más que incidir en el desarrollo de la caballería, se vieron afectados por él. Su imagen fue uno de los aspectos que más sufrió esa influencia. La cultura de la caballería exigía que un caballero tuviera un elevado grado de autoestima. Las personas ajenas a ella lo consideraban un exceso de orgullo. Todas las órdenes militares supranacionales fueron acusadas de exceso de orgullo, un pecado muy propio de la caballería.[24] La política de admisión de caballeros que seguía la orden fue otro de los aspectos que sufrió esa influencia. En el siglo XIII, como convertirse en caballero resultaba cada vez más difícil y oneroso, pocos hombres estaban preparados para ello. Como únicamen-

te los nobles podían afrontar ese gasto, la caballería tenía que ser un signo de nobleza. No todos los caballeros pertenecían a la alta nobleza, pero todos se consideraban miembros de un estrato social superior al de los mercaderes, que se veían obligados a mentir y a engañar para hacer dinero, y al de los clérigos, que nunca se ensuciaban las manos. Durante el siglo XIII, las órdenes militares empezaron a insistir en que únicamente los hijos de caballeros o de hijas de caballeros podían ingresar en la orden en calidad de hermanos caballeros, y las sentencias recogidas en la Regla del Temple hablan del caso de un hermano caballero que fue degradado porque por sus venas no corría sangre de caballero.[25]

Los hombres de condición social inferior ingresaban en las órdenes militares para mejorar en la vida. Los hermanos fueron utilizados a menudo como funcionarios de reyes y papas, y los comendadores y oficiales podían llegar a ejercer un poder y una autoridad notables. Para un joven guerrero perteneciente a una familia no noble de caballeros o a una familia de condición social ligeramente inferior a la de un caballero, estas órdenes suponían una vía de ascensión en la escala social por medio del trabajo constante y la dedicación.[26]

En uno de sus sermones, Jacques de Vitry, obispo de Acre, señala algunos de los problemas que se suscitaban cuando unos hermanos de origen humilde conocían la prosperidad relativa de la Orden del Temple. Cuenta que tuvo noticia de un hermano que, en toda su vida en el mundo exterior, nunca había recostado la cabeza en un cojín, y que cuando ingresó en la orden se acostumbró tanto a dormir con cojín que, una noche en la que se lo quitaron porque tenían que lavar la funda, no dejó descansar a nadie en el convento con sus constantes quejas y lamentos. Otros hermanos que habían pasado miseria y necesidades se volvieron tan orgullosos cuando ingresaron en la orden y les fue asignada alguna tarea menor, que empezaron a faltar el respeto a los caballeros seculares.[27]

Pero también hubo casos a la inversa: hermanos de una condición social superior que mostraban menosprecio por los de

origen más humilde, y los que, aprovechándose de su poder, trataban mal a los que carecían de él. Jacques pedía a sus feligreses que no despreciaran a los hermanos por ser hijos de padres humildes. En noviembre de 1309, el hermano Ponzard de Gizy, comendador de Payns (Aube), en Francia, alegó, como parte de sus acusaciones contra la orden, que los hermanos menores sufrían las represalias de los oficiales.[28] Todas estas actitudes reflejan los conflictos que se vivían en la sociedad de la que procedían los hermanos.

Cuando la orden fue fundada, sus escuderos y criados no podían formar parte de ella. Esta política no tardó en cambiar, y el personal auxiliar fue admitido como miembro de pleno derecho. También se podía ingresar en la orden por un período limitado de tiempo, como hizo el conde Foulques V de Anjou o Ramon Berenguer IV.

Los hermanos sargentos o hermanos sirvientes podían actuar como guerreros o prestar sus servicios sin tomar las armas. Aunque la Regla restringía su acceso a los altos cargos, muchos ejercieron de comendadores y ocuparon puestos subalternos. El grueso de los hermanos lo integraban los sargentos. La Regla establecía que los sargentos y los miembros asociados debían llevar la capa negra (el color tradicional de los hábitos monásticos, símbolo del pecado del hombre), mientras que la blanca (símbolo de pureza) estaba reservada al uso exclusivo de los hermanos caballeros.[29] Si esta norma se puso en práctica, no es de extrañar que la gente de la época soliera confundir las capas negras de los hospitalarios con las también negras de los sargentos del Temple, y no consiguiera distinguir una orden de otra. Los sargentos que no tomaban las armas eran fundamentales para el funcionamiento de la orden, pues mientras que los guerreros eran enviados a Tierra Santa, donde su presencia era siempre necesaria, los sirvientes, como, por ejemplo, los pastores, se quedaban en la patria, en la casa en la que habían entrado originalmente. Se suponía que no tenían que asistir a las reuniones del capítulo provincial, y si estaban al frente de una

*camera* que no disponía de capilla y que estaba ocupada por menos de cuatro hermanos, probablemente tampoco asistieran a ninguna reunión dominical del capítulo. La vida de esos hermanos apenas se diferenciaba de la que llevaban los labriegos de su vecindad.

La Regla de la orden prohibía la admisión de hermanas.[30] Esta restricción tenía sentido en una orden militar, pues la presencia de mujeres en un ejército habría distraído a los hombres y alterado la disciplina. Pero en Occidente, lejos de los frentes de guerra, las consideraciones militares perdían su importancia. La razón que da la Regla cuando establece su exclusión de la orden es que las mujeres pueden desviar a los hermanos de su camino espiritual. Otras órdenes religiosas del siglo XII también tenían esa norma por la misma razón. La Orden del Cister no admitía mujeres, mientras que la Orden Premonstratense las aceptó en un primer momento, pero luego prohibió su admisión. La Regla de la Orden Teutónica establecía que las mujeres no debían ser admitidas porque podían «ablandar» a los hermanos; únicamente cabía su admisión en calidad de «medio hermanas», siempre y cuando vivieran separadas de los hombres.

Sin embargo, en la práctica tanto cistercienses como premonstratenses siguieron admitiendo mujeres con regularidad, mientras que los caballeros teutónicos aceptaban su ingreso como hermanas de pleno derecho, y sus casas a veces estaban adosadas a las de los hermanos varones.[31] De hecho, las órdenes religiosas se veían prácticamente obligadas a aceptar el ingreso de mujeres porque con ellas llegaba el dinero, influencia y otro valioso regalo: el favor y el apoyo de sus familias. Una orden que se negaba a aceptar a la mujer perdía mucho más que lo que ganaba, y ninguna orden religiosa habría estado dispuesta a negar el ingreso a mujeres piadosas que podían mejorar la espiritualidad de su comunidad.

Los templarios tuvieron al menos un convento de monjas. En 1272 el obispo Everardo de Worms cedió a la Orden del Temple la titularidad del convento de Mühlen, y la responsabi-

lidad de su administración y del cuidado de las hermanas que lo habitaban. Cuando la orden fue disuelta, las monjas de Mühlen, *quondam Ordinis Templi* («otrora de la Orden del Temple»), fueron transferidas, muy a su pesar, a la Orden del Hospital.[32] También había mujeres viviendo en encomiendas de hombres. Probablemente hubiera alguna forma de separación en la casa, aunque no disponemos de información al respecto. Se tiene constancia escrita de la presencia de una hermana llamada Adelaida de Wellnheim en la casa de los templarios de Mosbrunnen, en la diócesis de Eichstätt, a comienzos del siglo XIV. Se trata de la antigua esposa del templario Rudiger de Wellnheim. La dama había optado por «residir permanentemente» durante el resto de su vida en la casa del Temple en Mosbrunnen para poder servir mejor a Dios. Sin embargo, debido a su debilidad física, no pudo seguir observando los preceptos de la Regla y fue trasladada a otra residencia.[33] La carta que explica su situación cuenta que Adelaida había vivido en la encomienda antes de que se tomara la decisión de su traslado, y que había seguido todas las normas establecidas por la Regla en calidad de hermana de la orden.

Adelaida ingresó en el Temple como esposa de un hermano de la orden. La Regla permitía que las parejas casadas fueran miembros asociados, pero estipulaba que las mujeres no podían ser hermanas de pleno derecho, ni podían vivir en una casa de la orden.[34] No obstante, los hermanos se saltaron la Regla para satisfacer las necesidades de la orden y de sus donadores. Si bien los especialistas han identificado a algunas parejas cuya asociación a la orden cumplía con los requisitos de la Regla, se tiene constancia de otros acuerdos en virtud de los cuales el miembro superviviente de una pareja, fuera hombre o mujer, ingresaría en la orden a la muerte de su cónyuge.[35]

Los informes de los comisionados papales de 1309-1311 relativos a los templarios de Francia mencionan que un hombre y su esposa ingresaron juntos en la orden. Los testimonios del proceso son muy difíciles de interpretar, porque los interroga-

dores «inducían» a los hermanos a confesarse culpables de ciertas cosas, y si se negaban a ello, eran sometidos a torturas y encarcelados en unas condiciones terribles. Sin embargo, como los hermanos eran conscientes de que si negaban las acusaciones iban a ser castigados por sus interrogadores, puede considerarse la validez de los testimonios que refutan los cargos. Así pues, como uno de esos cargos era que no se permitía a las mujeres ingresar en la orden y que los hermanos tenían prohibido cualquier tipo de contacto con una mujer, todos los testimonios en el sentido de que los hermanos habían tenido contacto con mujeres probablemente fueran fieles a la verdad.

Un tal Raynand Bergeron, hermano sirviente, contó a los comisionados papales que había sido invitado a entrar en la orden por el comendador local, pero que había declinado el ofrecimiento porque no se permitía que su mujer ingresara con él. Al final se autorizó el ingreso de la mujer, pero cuando Raynand llegó a la capilla para ser admitido en la orden, quedó horrorizado al enterarse de que debía hacer un voto solemne de castidad. Tras responder que no estaba dispuesto a ello y que no entraría en la orden a no ser que se le permitiera seguir con su esposa, abandonó inmediatamente la capilla. Sin embargo, el *receptor* —el oficial que debía recibirlo en la orden— y otro hermano salieron en pos de él y le dijeron que era un necio si se negaba a tan alto honor, y al final lo convencieron de que regresara con la promesa de que todo iría bien, y de que su esposa y él serían destinados a la misma casa. El testigo no especifica si su mujer tuvo que pasar por la misma ceremonia de admisión que él, ni cuál era la posición de su esposa en la orden.[36]

Tenemos constancia de otros casos de hombres y mujeres que entraron juntos en la orden gracias a las donaciones que realizaron en el momento de su ingreso. Gombau y Ermengarda d'Oluja se unieron al Temple en calidad de *donats*, una de las formas de asociación a la orden. Gombau era señor del castillo de Vallfogona y dueño de otras propiedades en la provincia de Tarragona. El 31 de diciembre de 1196, él y su esposa cedieron

sus propiedades a la casa del Temple de Barberà y «se entregaron» a la orden, ingresando en ella en calidad de *donats* residentes, tras lo cual perdemos la pista de Gombau, que probablemente murió. Más tarde encontramos a Ermengarda como comendadora de la casa de Rourell, próxima a la de Barberà, en la que vive junta a otras hermanas.[37] No sabemos si Ermengarda desempeñaba todas las funciones propias de un comendador, como, por ejemplo, participar en los capítulos provinciales, o si enviaba a esas reuniones a un representante varón en su lugar, pero lo cierto es que su título de *preceptrix*, comendadora, está fuera de toda duda.

En 1288 Godofredo de Vichier, visitador de la Orden del Temple en Francia, Inglaterra y Alemania, escribía que Adelisa, viuda de Enrique Morsels, «nuestra hermana asociada» (*consoror*), que estaba viviendo (*manens*) en la casa de la orden de Gante, le había solicitado que aceptara al conde Arnolfo de Assche, capellán, para oficiar en la segunda capilla de la casa de Gante que ella había fundado.[38] Como Godofredo de Vichier especifica que Adelisa vivía en esa casa, es probable que la dama hubiera pagado la construcción de una segunda capilla en la que poder recogerse para rezar separada de los hermanos varones.

Aunque Adelisa residía en la encomienda, no era una hermana profesa, sino una asociada. Había distintos tipos de asociación, y los miembros asociados eran llamados de diversas maneras: *familiares*, *conversi* y *conversae*, *confratres* y *consorores*, o *donati* y *donatae*. Los *familiares* («amigos») prometían ingresar en la orden si decidían tomar los hábitos, entregaban a la orden sus bienes, pero quedándose con el dinero necesario para pasar el resto de sus días, y elegían ser enterrados en los conventos de la orden. A cambio la orden les prometía una parte de sus beneficios espirituales y terrenales, y les prestaba ayuda económica en caso de necesidad. El *conversus* y la *conversa* («converso» y «conversa») era el individuo que optaba por una vida religiosa, formulaba votos, aunque no tenía por qué hacer profesión plena de los tres votos monásticos. En cuanto a los *confratres* y *consorores* («cofra-

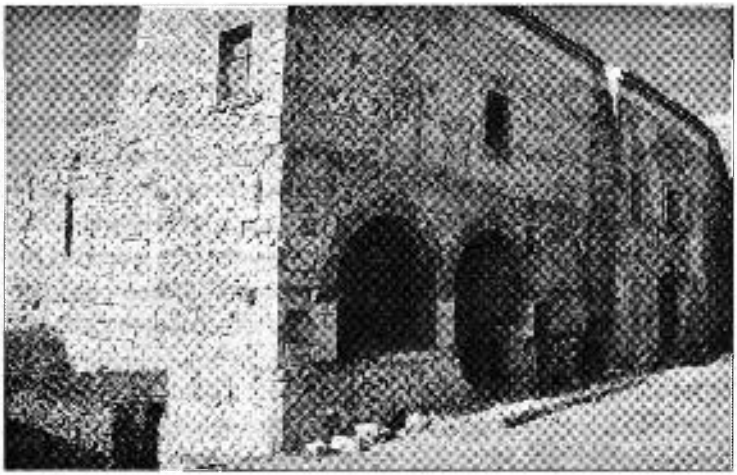


*Lámina 4.4. Castillo de los templarios en la localidad de Barbará (Tarragona).*

des» y «cofradas»), los especialistas han creído en general que, aunque estaban asociados a su casa local (por ejemplo, realizando un pequeño donativo anual a cambio de las plegarias de los hermanos y de una parte de sus buenas obras), seguían viviendo en su propio hogar. Si luego decidían tomar los hábitos, se unirían a la orden a la que estaban asociados, pero en realidad no tenían por qué ingresar en ninguna orden ni en ningún convento. La orden se encargaría de atenderlos en la vejez y de darles sepultura una vez muertos. En efecto, habían acordado la entrega regular de un donativo a una sociedad benéfica seria, a cambio de los servicios propios de un seguro de jubilación y entierro actual. Los *donati* y *donatae* (los *donats*, esto es, los hombres y mujeres que se «daban» o «entregaban») hacían un voto de obediencia al maestre y tenían el firme propósito de ingresar en la orden. A menudo, cuando residían en una casa de la orden, estos asociados vestían un hábito especial, diferente del de los profesos de pleno derecho (tal vez la cruz de su capa tuviera un di-

seño distinto). Los *donats*, dependiendo del grado de su compromiso, no siempre vestían un hábito cuando no vivían en una casa de la orden.[39]

Los templarios tuvieron muchos hombres y mujeres asociados, algunos de ellos tan estrechamente vinculados a la orden que resulta imposible distinguirlos de los profesos de pleno derecho. Es probable que los hermanos y hermanas de Rourell fueran en realidad miembros asociados de la orden, no profesos. Pero si en verdad llevaban una vida religiosa, obedecían la Regla y participaban en los servicios que se celebraban en la iglesia, no cabe duda de que en la práctica no había ninguna diferencia entre ellos y los que habían profesado en la orden. Berengaria de Lorach, cuyo nombre Alan Forey ha encontrado citado en una serie de documentos del siglo XIII relacionados con la casa de los templarios en Barbará, aparece como *donata* (asociada) y como *soror* (hermana profesa); también se la nombra en las listas de testigos de los hermanos de la orden (como si fuera un «hermano» más), y tenemos constancia de que asesoraba al comendador de la casa.[40] El hecho de que actuara como testigo indica que residía en la encomienda, aunque no está claro el papel que desempeñaba en la orden.

Cabe destacar que muchas de las mujeres que aparecen documentadas como hermanas o asociadas de la Orden del Temple estaban en casas de Cataluña. Probablemente este hecho se deba a que ha llegado a nuestras manos muchísima documentación de esa región, y los especialistas la han podido estudiar con detalle; pero en el caso de Inglaterra ha sucedido lo mismo, y en cambio sólo se tiene conocimiento de una asociada de la orden y no hay constancia de hermanas de pleno derecho.[41] Por su parte, en Alemania, donde la documentación de los templarios es escasa, se sabe de un convento de monjas y de una hermana que fueron miembros de la orden. Las mujeres tenían en la península Ibérica unos derechos de propiedad más amplios que en el resto de Europa occidental, por lo cual estaban mejor situadas para fundar conventos y podían disponer de sus propiedades si

decidían ingresar en una orden religiosa; del mismo modo, en buena parte de Alemania, la mujer podía heredar propiedades y utilizarlas como quisiera. Esta posibilidad hizo que las órdenes religiosas en esas regiones las consideraran un objetivo importante al que no debían ignorar. En Inglaterra, en cambio, las mujeres casadas no tenían ningún control sobre sus propios bienes, por lo que no fueron tan bien recibidas.

Las órdenes religiosas y los conventos solían tener a laicos asociados a ellos a modo de «confraternidad», una asociación organizada de hermanos y hermanas espirituales similar a las peñas y los clubes de admiradores modernos.[42] Ha llegado a nuestras manos una carta de donación de la confraternidad de templarios de Metz, en la Alta Lotaringia (la actual Lorena). Datada en enero de 1288, se trata de un acuerdo entre un tal Martín, comendador de la bailía de Lorena, y un grupo de hombres y mujeres en representación de la confraternidad de la Orden del Temple en Metz. La confraternidad cedía una zona de viñedos a los templarios de esa ciudad a cambio de que tuvieran encendida una lamparilla ante una estatua de Nuestra Señora que había en la capilla del convento del Temple en Metz. La llama representaba las plegarias que esas gentes dirigían a Dios por intermediación de la Virgen. La confraternidad también hacía entrega de sesenta *sous* («sueldos») para que los templarios adquirieran una propiedad que les diera rentas y beneficios. La orden debía utilizar esos ingresos para la compra anual de tres *sesters* (una medida considerable) de vino medianamente bueno para el *mayor* y demás miembros de la confraternidad.[43] Probablemente la confraternidad celebrara todos los años un servicio religioso seguido de una comida, en la que sería consumido el vino.

Todos los individuos citados anteriormente fueron, en menor o mayor grado, miembros del Temple, siendo admitidos en la orden en el transcurso de una ceremonia especial. Aunque la Re-

gla de los templarios establecía que los candidatos debían pasar un período de preparación —el noviciado— antes de ser admitidos en la orden como miembros de pleno derecho, lo cierto es que se renunció a esta práctica porque la orden necesitaba reclutar rápidamente personal militar para cubrir sus bajas en Oriente. Lo mismo ocurrió en otras órdenes militares.[44]

La Regla y los estatutos de la orden establecían cómo debía ser la ceremonia de admisión de hermanos.[45] Los templarios fueron acusados en 1307 de celebrar esos ritos en secreto y de noche, pero los testimonios presentados durante su juicio indican que el procedimiento de admisión variaba dependiendo de las costumbres locales. El momento preferido para llevar a cabo esas ceremonias era el amanecer, después de que los candidatos para ingresar en la orden hubieran velado, esto es, hubieran permanecido en la iglesia rezando, toda la noche.[46] A finales del siglo XIII se realizaba la misma ceremonia en el mundo exterior para el nombramiento de nuevos caballeros: se velaba toda la noche y luego se celebraba un oficio que empezaba al amanecer. Presumiblemente, los templarios se limitaban a seguir una práctica común.

Aunque en rigor se trataba de una celebración privada, los parientes y otras personas ajenas a la orden podían asistir a la ceremonia de admisión de un nuevo miembro de la Orden del Temple. El que ingresaba como miembro numerario no podía tener ningún tipo de compromiso o lazo en el exterior: no podía pertenecer a nadie como siervo o como esposo, ni deber un dinero que no pudiera devolver. Se le advertía de que la vida en la orden iba a ser dura, que debería hacer todo lo que le mandaran y que tal vez encontrara que su trabajo era degradante o que estaba por debajo de sus merecimientos. Debía jurar, como cualquier religioso, que iba a llevar una vida de castidad, una vida sin bienes personales y una vida de obediencia al maestre y a la Regla de la orden. Además, juraba trabajar en pro de la conquista de Tierra Santa. Los juramentos se hacían a Dios y a «Santa María Nuestra Señora». El candidato recibía la capa blanca, y se

le comunicaba que siempre debía llevar un cordón atada sobre la camisa en la cintura, por debajo de la túnica, como señal de castidad. Durante el proceso de la orden muchos hermanos contaron que habían tenido que llevar su propia cuerda. Unos pocos dijeron que sus familias se la trajeron, y uno explicó que fue su prometida quien se la proporcionó.[47]

En las encomiendas había también personas que no pertenecían a la orden. Podían ser hombres y mujeres religiosos que no eran miembros de la orden, como, por ejemplo, ermitaños o anacoretas, que vivían una vida de santidad en celdas independientes, aislados del mundo. Ese tipo de personas solían estar vinculadas con alguna casa religiosa. También había criados y criadas. La Regla del Temple prohibía el empleo de mujeres, pero la documentación existente indica que algunas encomiendas contrataron a ordeñadoras, aunque probablemente nunca llegaran a poner un pie en la casa propiamente dicha. En una propiedad de los templarios en Rockley, en Wiltshire (Inglaterra), fue empleada una de esas mujeres, pero fue deber de los arrendatarios contratarla. En 1307 había tres ordeñadoras trabajando en la lechería de la casa de la Orden del Temple en Baugy, Francia.[48] Otro trabajo que rutinariamente llevaban a cabo las mujeres en la Edad Media era lavar la ropa, y las casas religiosas solían emplearlas para este cometido.

Un último grupo de personas que podían estar viviendo en una encomienda del Temple era el formado por gentes que recibían una pensión de la orden, bien porque eran viejos criados de la orden, demasiado ancianos ya para trabajar, o bien porque habían hecho una donación a la orden a cambio de su sustento cuando llegaran a la vejez: esta ayuda venía en forma de alimentos, ropa y dinero, y recibía el nombre de *conroi* o *corroi*. Hombres, mujeres y parejas casadas podían beneficiarse de esas dotaciones. Las personas que las recibían rara vez aparecen citadas en los informes rutinarios de los templarios, pero sí lo hacen en la documentación relacionada con el proceso y disolución de la orden. Tuvieron derecho a recibirlas incluso durante el tiempo

que duró el proceso de investigación de la orden, y cuando las propiedades de los templarios pasaron a manos del Hospital de San Juan en 1312, los hospitalarios tuvieron que asumir esa obligación. Algunos de esos individuos vivían en las casas de la orden, mientras que otros lo hacían en su propio domicilio, pero siempre con la ayuda de la orden.

Esas personas podían ser partidarios entusiastas de la orden, y hacer suculentas donaciones. En la década de 1320, el fraile franciscano Nicolás Bozon escribió un relato acerca de un pensionado templario, un clérigo de parroquia que había sido *procurator* del Temple en Bow, Londres. Este personaje tenía derecho a recibir de la orden alimentos, un criado, un caballo, ropas y una pensión anual, pero en vez de gastar ese dinero en él, lo guardaba y, cuando podía subir hasta Londres, lo entregaba a los templarios. Falleció en la pobreza, pero a su muerte encontraron unas ocho mil libras escondidas en su casa, cantidad que tenía la intención de entregar a la orden en su próxima visita a Londres. Nicolás Bozon cuenta esta historia como un ejemplo de avaricia, pero también ilustra la dedicación con que los admiradores del Temple ayudaban a la orden.[49]

# 5

# La vida religiosa

Las encomiendas del Temple eran lugares bulliciosos, una combinación de granja secular y/o centro industrial y/o comercial, además de llevarse a cabo en ellas diariamente las observancias religiosas de rigor. Una vez a la semana los miembros de la orden de cada casa celebraban su propio capítulo. En los monasterios tradicionales los monjes se reunían todos los días en un cabildo construido específicamente para sus asambleas, pero las casas de los templarios no podían permitirse semejante gasto, y celebraban sus capítulos en el edificio más apropiado del que disponían, con frecuencia la capilla. Las reuniones capitulares semanales empezaban y terminaban con una serie de plegarias dirigidas por el capellán (si la casa contaba con uno), y en ellas se discutía el andamiento de la casa y se trataban las cuestiones relacionadas con las faltas contra la Regla cometidas por los hermanos, imponiendo los pertinentes castigos. Las disciplina de la orden era muy estricta, pero los errores podían ser perdonados, siempre y cuando confluyeran circunstancias atenuantes.

A las asambleas capitulares sólo podían asistir los miembros de la orden, estando vetada la participación de personas ajenas al Temple, lo cual era de práctica común en todas las órdenes religiosas. Era una norma razonable, pues en esas reuniones se trataban asuntos privados de la casa, problemas y malas acciones que podrían haber representado un verdadero escándalo para la

orden de haberse hecho públicos, además de otras cuestiones que sólo interesaban a la orden. Como los capítulos eran verdaderas asambleas de junta directiva, no había ningún motivo para admitir a personas ajenas a la orden o para que éstas quisieran participar en ellos. Del mismo modo que se supone que los directivos de la actualidad no deben comentar con extraños los temas tratados en las juntas de su empresa, se suponía que los asistentes a los capítulos no debían hablar con extraños de las cuestiones tratadas en ellos. El Hospital de San Juan tenía unas normas semejantes que, según parece, fueron introducidas después de que llegaran a oídos del papa Gregorio IX ciertos rumores acerca de diversos escándalos y algunas fechorías cometidas en el seno de la orden. Las órdenes religiosas en general eran conscientes de la necesidad de proteger su reputación, y trataron de impedir que el mundo exterior se enterara de los escándalos y problemas de sus casas, aunque los rumores eran casi imposibles de evitar.[1]

A juzgar por la Regla, ni siquiera los miembros asociados que vivían en una de las casas de la orden podían asistir a las reuniones capitulares que se celebraban cada semana. En la práctica, como representaban una parte importante de la comunidad, resulta extraño que no participaran en esas asambleas, aunque presumiblemente, de haberlo hecho, no habrían podido votar.

Los templarios no sólo siguieron la tradición monástica de celebrar asambleas capitulares, sino que toda su jornada estaba estructurada según la jornada monástica tradicional establecida en la Regla de San Benito del siglo VI. Como se suponía que las casas disponían de una capilla en la que celebrar los servicios, los hermanos debían asistir cada día a todos los oficios divinos («las horas», divididas en prima, tercia, sexta y nona), además de participar en otros servicios. En Oriente o en la península Ibérica, si se encontraban en plena campaña o en un lugar donde no podían asistir a las horas, tenían que rezar el padrenuestro un número establecido de veces.

Los estatutos de la orden especifican los detalles de una jornada de los templarios, empezando por los servicios religiosos

## La jornada monástica según la Regla de San Benito

Así pues, seas quien seas, dirigiéndote apresuradamente a tu casa celestial, debes en primer lugar cumplir, con la ayuda de Cristo, esta breve regla para principiantes.

*Regla de San Benito (siglo VI)*

Monjes y monjas debían conducir una vida de obediencia, silencio, humildad y pobreza. Su jornada alternaba los oficios en la iglesia con el estudio y el trabajo para la comunidad religiosa, en general en los huertos o en la cocina. Las horas de los oficios se calculaban dividiendo las horas diurnas en doce, y las nocturnas en otras tantas. De ese modo en verano las horas diurnas eran más largas que las nocturnas, y en invierno al revés.

| Hora | Oficios en la iglesia | |
|---|---|---|
| *ca.* 2 a.m. en invierno, justo antes de los laudes en verano. | Vigilias nocturnas /Maitines (Oficios nocturnos) | Oficio más corto en verano y más largo en invierno. Tiene una duración de dos horas aproximadamente los domingos y los días festivos. En invierno, después de los oficios nocturnos, debe leerse en silencio hasta los laudes. |
| Primera luz del día | Laudes | |
| *ca.* 6 a.m. | Prima | |
| *ca.* 9 a.m. | Tercia | |
| 12 a.m. | Sexta | En verano va seguido de una comida, para luego acostarse. |
| *ca.* 3 p.m. | Nona | Seguido de una comida en invierno. A continuación, lectura en el claustro. |
| Antes de caer la noche | Vísperas | Seguido de la cena en verano. A continuación, lectura en el claustro. |
| Al anochecer (8 p.m. en verano) | Completas | Silencio después de las completas. Retirarse a la celda para dormir. |

Durante los oficios se cantan himnos, se recitan salmos y se lee la Biblia y las obras de los Padres de la Iglesia (autores cristianos primitivos de gran autoridad), así como lemas para la meditación relacionados con la doctrina de la Biblia.
*Comidas:* Dos al día desde Pascua hasta el 14 de septiembre, excepto en los días de ayuno. Una al día desde el 14 de septiembre hasta Pascua. Esta comida se tomará después de las vísperas durante la cuaresma.
*Horas de sueño:* Desde el anochecer hasta la octava hora nocturna. En verano también se dormirá después del almuerzo del mediodía hasta el oficio de nona.

*Figura 5.1. La jornada monástica según la Regla de San Benito.*

## La jornada de un templario según la Regla del Temple

| Hora | Oficio en la capilla (cuando la casa disponía de una, si no, en una sala) | |
|---|---|---|
| Al anochecer | Maitines en la capilla. | Los hermanos se reúnen para la oración. Después se dirigen a comprobar el estado de los caballos y el equipamiento y hablan con sus escuderos. Se duerme hasta el alba. |
| *ca.* 6 a.m. | Prima. Misa (si no, después de la sexta). | |
| *ca.* 9 a.m. | Tercia. | |
| *ca.* 12 a.m. | Sexta. Misa (en caso. de que no se hubiera celebrado antes). | A continuación, se procede a reparar la armadura y el equipamiento. Hacen las estacas y postes de sus tiendas, o lo que sea menester. Luego se come: el primer turno es el de los caballeros, el segundo el de los sargentos; un clérigo lee en voz alta mientras comen. Se va a la capilla para dar gracias: «Se dirigen a su sitio y hacen lo que Dios les manda lo mejor que pueden». |
| *ca.* 3 p.m. | Nona. Vísperas por los difuntos. | Vigilias por los difuntos. |
| Al crepúsculo | Vísperas. Completas. | A continuación, se cena. A continuación, se toma una bebida. Se procede al examen de caballos y equipos, y se habla con el escudero si es necesario. |
| A la noche | Descanso en el dormitorio. | Los hermanos se retiran a dormir. |

Durante los períodos de ayuno sólo había una comida al día entre las 3 y las 4 p.m. Se comunicaban las órdenes pertinentes a los hermanos antes de iniciar los oficios de las «horas» en la capilla.
Los capítulos se celebraban los domingos y en Navidad, Pascua y Pentecostés. En Europa, lejos de la frontera de mundo cristiano, el cuidado de caballos y equipamientos era reemplazado por otros trabajos necesarios en la casa.

*Figura 5.2. La jornada de un templario según la Regla del Temple.*

a los que debían asistir diariamente (apartados 279-312, 340-365), además de establecer otras disposiciones relativas a la vida cotidiana. El tono de dichos estatutos es monástico y hace hincapié en el silencio y en la obediencia humilde: las órdenes debían llevarse a cabo con las palabras *de par Dieu*, expresión que significa literalmente «por Dios», o como también podríamos decir en castellano, «como si Dios lo mandara» (apartado 313). Los hermanos debían hablar entre ellos en voz baja y con educación (apartados 321, 325). No podían blasfemar (apartado 321), ni participar en juegos de azar (apartado 317), ni emborracharse: los que estaban habitualmente ebrios podían ser expulsados de la orden.[2] Tenían que evitar la compañía femenina: el hermano que era encontrado yaciendo con una mujer podía perder los hábitos, esto es, podía ser expulsado o, cuando menos, marginado de cualquier cargo de responsabilidad en la orden.[3] Todo acto sexual estaba prohibido.

Sin blasfemias, juego, bebida y mujeres, los templarios difícilmente habrían podido ser identificados como caballeros, cuyas vidas estaban asociadas con todas esas cosas. Es evidente que las estrictas normas de la orden debieron suponer una verdadera conmoción para algunos hermanos, y durante el proceso del Temple en Francia un antiguo miembro contó que había dejado la orden porque «era joven y no podía abstenerse del contacto carnal».[4] Otros declararon que los templarios podían disfrutar de una mujer siempre que querían, a pesar de lo que dijera la Regla.[5] No obstante, a diferencia de otras órdenes religiosas, en la historia del Temple no hay escándalos públicos de carácter sexual. Durante el proceso de los templarios en Chipre uno de los testigos hizo una broma que daba a entender que los templarios eran unos mujeriegos, pero fue el único que dijo algo semejante.[6] En la literatura de ficción, los templarios aparecían prestando ayuda a los amantes, pero esta imagen se basaba más en su amor por Dios que el que pudieran profesar por una mujer. No podemos decir que hubo verdaderos escándalos en la Orden del Temple, especialmente si consideramos lo ocurrido,

por ejemplo, en los conventos de frailes y monjas dominicos de Zamora, donde, según parece, los primeros consideraban la casa de sus hermanas de la orden como un nido de mujeres para su goce y disfrute. Nadie escribió una historia relacionada con los templarios como *El hermano Denise*, el escabroso relato del poeta Rutebuef acerca de los frailes franciscanos en el que uno de los clérigos seduce a una joven diciéndole que salvará su alma si se aviene a hacer todo lo que le mande. Los templarios, a diferencia de los caballeros teutónicos, no fueron acusados nunca de violar mujeres sistemáticamente. No hubo quejas de ellos como las manifestadas por el papa Gregorio IX a propósito de la actuación de la Orden del Hospital de San Juan en Oriente en 1238, cuando el sumo pontífice declaró haber oído rumores de que los hospitalarios tenían rameras en sus pueblos. Entre los miembros del Temple tampoco encontramos a ningún personaje como Ramón de Ampurias, prior del Hospital de San Juan en Cataluña, que fue acusado en 1314 de haber intervenido para impedir que dos de sus escuderos pudieran confesarse antes de morir en Rodas y evitar así que hicieran pública las relaciones homosexuales que mantenían con él. Ramón de Ampurias fue acusado también de haber violado a muchas mujeres y de tener numerosos hijos ilegítimos. Al final, tras presentar una fuerte resistencia armada y ser excomulgado por el papa, fue cesado de su cargo.[7] Parece, pues, que los templarios fueron más castos que otros muchos hombres religiosos.

En la Orden del Temple las relaciones sexuales con hombres se castigaban con la expulsión automática. El único caso de sodomía en la orden del que tenemos constancia acabó con el encarcelamiento de dos de los imputados, mientras que el tercero consiguió escapar, refugiándose en zona musulmana. Incluso durante el proceso de la Orden del Temple, cuando se animaba activamente a los hermanos a confesar prácticas de sodomía, fueron muy pocos los que estaban preparados para ello: de todos los testimonios del juicio (en total más de novecientos), sólo he podido identificar tres confesiones de sodomía de las que

puedo plantearme su probable veracidad. Se trata de un número notablemente bajo para una gran organización de ámbito internacional, dado que los hombres de la época consideraban que en las órdenes monásticas tradicionales, como benedictinos y cistercienses, abundaban las prácticas homosexuales.[8]

En resumen, la mayoría de los templarios observaba debidamente la Regla. Muchos hombres de su época los consideraban piadosos. Fue práctica común entre los nobles «entregarse» a la orden poco antes de morir. En sus últimos días de vida podían redimir sus pecados; y la orden se hacía responsable de su enterramiento y recibía parte de sus posesiones o la totalidad de ellas, además del honor de tener entre las tumbas de sus iglesias, la de un noble personaje, lo que garantizaba el apoyo financiero continuado por parte de la familia del difunto. Muchos guerreros ancianos o moribundos se entregaron a la Orden del Temple, entre ellos algunos muy ilustres, como, por ejemplo, Guillermo Marshal, conde de Pembroke (muerto en 1219). En Oriente uno de los nobles más importantes, Juan de Ibelin, señor de Beirut, ingresó en la orden en 1236 cuando estaba a punto de morir, mientras que Garnier l'Aleman (Werner de Egisheim) lo hizo en sus últimos años de vida, en 1233.[9] Muchos donantes regalaron capillas a los templarios para que los sacerdotes de la orden dijeran misa por su alma y la de sus parientes, o para que hubiera siempre en ellas una lamparilla encendida, como la costeada por la confraternidad de Metz para que ardiera delante de la estatua de Nuestra Señora que tenían los templarios, o las pagadas por algunos donantes para que estuvieran encendidas en la capilla de Santa María en la casa de los templarios de Sandford y de Cowley, en Oxfordshire.[10] Esas donaciones se efectuaban porque se creía que los templarios eran piadosos y que sus plegarias y servicios eran del agrado de Dios. Aunque las encomiendas de la orden en Occidente eran generalmente pequeñas y poco impresionantes, sus capillas estaban perfectamente equipadas.

Durante el proceso del Temple en Chipre, los testigos no templarios coincidieron en la devoción de los miembros de la

orden, en que éstos nunca faltaban a misa, asistían a los servicios divinos como corresponde a un buen cristiano y participaban en las vigilias y las procesiones los días de precepto.[11] Durante su proceso en Francia, los hermanos presentaron a los comisionados papales una copia de las oraciones que decían cada día: rezaban, entre otros, a María, a la Estrella del Mar (la Bendita Virgen María), a Cristo, a san Juan Evangelista y a san Jorge. Los comisionados papales hicieron notar la calidad pobre del latín empleado en esas oraciones y dieron las órdenes pertinentes a los notarios para que procedieran a su corrección, pero no se cuestionó la piedad de los hermanos.[12]

Los hermanos tenían fama de ser constantes en la oración. Un monje cisterciense, César de Heisterbach, contemporáneo de Jacques de Vitry y de Oliverio, maestro de Colonia, recoge una anécdota acerca de un grupo de templarios que estaba rezando en su capilla cuando los musulmanes atacaron por sorpresa. El maestre ordenó que siguieran orando, y así lo hicieron. Cuando por fin salieron para hacer frente a los musulmanes, vieron que el infiel ya había sido derrotado. Sucedió que los ángeles habían vencido a los musulmanes mientras los templarios estaban rezando.[13] Entre los miembros de la orden y otras personas próximas a ella circularon otras historias acerca de la piedad de los templarios. Jacques de Vitry cuenta algunas de ellas, poniéndolas como ejemplo de hermanos piadosos del pasado, para guiar o inspirar a los hermanos de su época: por ejemplo, la del hermano que ayunaba tanto que siempre se caía del caballo, la del hermano que suplicaba a su caballo *Morel* (Moreno) que lo condujera al cielo por medio del martirio en el combate contra el infiel, o la del hermano que saltó con su montura por un precipicio para escapar de un grupo de bandidos musulmanes y que milagrosamente vivió para contar la historia, aunque su caballo pereció.[14]

Walter Map, que conocía muchas historias peyorativas acerca de los templarios, los hospitalarios, los papas y los cistercienses, tiene también algunos relatos en los que se pone de ma-

nifiesto que los templarios eran buenos cristianos. Cuenta que un tal Salio, hijo de un emir musulmán, se convirtió al cristianismo e ingresó en el Temple. Cuenta también la historia de un caballero llamado Aimery que, dirigiéndose a un torneo, decidió apartarse del camino para oír misa en una capilla de Nuestra Señora (la Bendita Virgen María). No llegó a tiempo al torneo, pero Nuestra Señora participó en su lugar y ganó el premio en su nombre. Aimery quedó tan maravillado por el portento que ingresó en la Orden del Temple.[15]

La elección de la Orden del Temple por parte de Aimery tiene sentido por cuanto él era un caballero, el milagro estaba relacionado con una actividad militar y Nuestra Señora Santa María era la patrona de los templarios. En muchas cartas de donación que recibió la orden se hace constar que la cesión de los bienes es «a Dios, la Bendita Virgen María y la Orden del Temple»,[16] y son numerosas las casas y las iglesias de la orden que estaban dedicadas a ella, como, por ejemplo, la casa de Richerenches y la iglesia de Silva, en la diócesis de Rodez, donde se dice que ocurrieron muchos milagros.[17] En la ceremonia habitual de admisión debían hacerse promesas «a Dios y a Nuestra Señora Santa María», y a los candidatos se les decía que «hemos sido establecidos en honor de Nuestra Señora».[18] Un simpatizante anónimo, que escribió defendiendo a la orden durante el proceso de Francia, contaba que los hermanos se habían «dedicado en cuerpo y alma al servicio de la gloriosa Virgen María».[19]

Una antigua leyenda, conservada en la *Leyenda áurea* de Jacobo de la Vorágine (1267), vinculaba a María con el Templo de Jerusalén y de ese modo, indirectamente, con la Orden del Temple. Según dicha leyenda, María se había criado en el Templo de Jerusalén; una versión de la misma, no conservada en la obra de la Vorágine, decía que, mientras estuvo viviendo en el Templo, un angel anunció a María que antes de que pasaran tres años regresaría para comunicarle que era la mujer elegida para concebir al hijo de Dios (la Anunciación). Los templarios de Oriente probablemente recogieran y desarrollaran esa tradición, pues un

poema épico de finales del siglo XII, *La Chanson de Jérusalem*, cuenta que la Anunciación tuvo lugar en el Templo de Salomón.[20] Los templarios que fueron interrogados en Occidente durante el proceso de la orden desconocían esa leyenda, aunque seguían considerándose vinculados a María. Durante su testimonio ante los comisionados papales, un hermano llamado Guido Delphini declaró que el cordón de lana que llevaba atado a la cintura como signo de castidad había tocado el pilar de Nazaret desde el que había tenido lugar la Anunciación, mientras que otro hermano, Gerald de Marcial, que prestaba declaración en Poitiers, dijo que su cordón había estado atado alrededor de las jambas de la iglesia de la Bendita Virgen María en Nazaret; algunos hermanos de Inglaterra afirmaron lo mismo a propósito cuando hablaron de sus cordones.[21] Es evidente que todos ellos pensaban que sus cordones tenían un valor mucho más especial porque habían estado en contacto con el lugar donde estuvo la Virgen María en aquella ocasión tan trascendental. En una guía de peregrinos del siglo XIII se habla de una piedra sobre la que descansó María, situada frente a la fortaleza de los templarios de Chastel Pèlerin.[22] Los templarios también divulgaron el milagro del icono de Nuestra Señora de Saïdnaia, en el que rezumaba leche de los pechos de la Virgen; leche que los templarios se encargaban de recoger y distribuir.[23]

La veneración que sentían los templarios por Nuestra Señora les hizo ganarse el respeto de otros cristianos, pues todos los católicos romanos en general la veneraban. La Virgen María era también la patrona del Cister y de la Orden Teutónica; tenía dedicadas numerosas iglesias, y muchos milagros se atribuían a su intervención. Durante los siglos XII y XIII la devoción de los católicos romanos por la Virgen y las santas creció espectacularmente.[24] La gente moderna que no es católica y no está familiarizada con las creencias de esta religión suele encontrar la veneración medieval por la Virgen y los santos difícil de comprender. No pueden distinguir entre «veneración» y «adoración», y creen que los católicos de la Edad Media en realidad adoraban a Nuestra Señora y a

los santos. Algunos llevan su equivocación más allá y piensan que, como adoraban supuestamente a mujeres, tenían que ser paganos.

Los católicos medievales se habrían sentido muy molestos e indignados si alguien los hubiera tildado de «paganos». Probablemente habrían respondido que su veneración por Nuestra Señora y los santos era una forma de respeto, no de adoración. En sus plegarias no se dirigían a Nuestra Señora y a los santos pidiéndoles una ayuda generada por su propio poder, sino que esperaban que intercedieran por ellos ante Dios o que actuaran como conducto del poder del Señor. También veneraban a Nuestra Señora y a los santos porque éstos otrora habían sido personas llanas que vivían en la tierra y eran todo un ejemplo para ellos de cómo debía vivir y actuar un ser humano, además de una inspiración en su vida cotidiana. En los siglos XII y XIII, los hombres y mujeres religiosos se concentraron más y más en la importancia de la humildad y en la flaqueza y la tendencia humana a pecar en comparación con el poder de Dios, y también en la importancia del cuerpo físico de Cristo, recordando que Jesús había sido una persona física que vivió en la tierra. Tradicionalmente, la mujer estaba asociada con la humildad, la flaqueza y las cosas materiales; asociación que se remontaba a la filosofía de la Antigua Grecia. De ahí que la veneración por las santas y la Virgen creciera durante los siglos XII y XIII.[25]

La base de la Orden del Temple era el guerrero, pero el guerrero de los siglos XII y XIII no era un sujeto adecuado para una orden religiosa. Tenía un acusado sentido de la autoestima y estaba más preocupado por su propio honor y su gloria personal que por el éxito de la comunidad. El ejemplo de las santas sería muy saludable para él, pues le recordaría la necesidad de ser humilde y la tendencia a la flaqueza y el pecado propia del género humano. Es cierto que probablemente una santa le resultara más interesante que un santo, pero eso les sucedía a todos los hombres religiosos de la época y no sólo a los templarios.

Los caballeros corrientes del mundo secular también consideraban a las mujeres un ejemplo de como debía actuar un ver-

dadero caballero. Los autores de libros de caballerías de finales del siglo XII presentaban a mujeres nobles enseñando a los caballeros las funciones y el comportamiento propios de su condición. Entre otros muchos ejemplos cabe citar el de Viviana, la dama del lago, que educa al joven Lanzarote, o a la hermana de Perceval que hace lo mismo con Galahad, Perceval y Bors en la *Queste del Saint Graal*. El autor de *Perceforest*, el influyente y célebre libro de caballerías, escribió entre 1335 y 1344 las siguientes líneas:

> Los caballeros y los clérigos tendrían que ser como las doncellas, pues una doncella debe ser honrada y reservada y de pocas palabras, cortés, casta y honorable en sus palabras y en sus actos, gentil, poco severa y compasiva con todas las personas de buena voluntad, feroz, justa e implacable con quien le pide que haga algo que está mal. Y también debe estar en posesión de suficiente belleza y bienes mundanos, y desear adquirir virtudes y hacer obras que sean del agrado de Dios Todopoderoso. Señores míos, el caballero y el clérigo tienen que ser como una doncella en todas esas cosas, si desean alcanzar la perfección en los cometidos que han decidido emprender.[26]

Además de la Virgen María, los templarios veneraban también a otras santas.[27] Eran santas que habían sido martirizadas por paganos después de no haber querido renegar de la fe cristiana, y por lo tanto constituían todo un ejemplo para los templarios. Durante la Edad Media, al igual que en la actualidad, muchos católicos devotos daban una gran importancia a los objetos materiales relacionados con un santo pertenecientes a la época en la que el virtuoso había vivido en la tierra. Se creía que un santo seguía estando presente físicamente en esas cosas que otrora habían estado en contacto con él. Dichas cosas podían ser prendas de ropa, objetos utilizados por el santo o incluso partes de su propio cuerpo. Como habían sido dejadas en la tierra por el santo al morir, recibían el nombre de «reliquias», que significa «lo que queda».

Se creía que un santo podía actuar en la tierra por medio de sus reliquias. Si éstas eran cuidadas adecuadamente, el santo se sentía satisfecho y hacía lo que estuviera en sus manos para ayudar a los propietarios de las reliquias, de modo que todo debía de ir bien para ellos. Pero si eran abandonadas u objeto de malos tratos, el santo se enfadaba y castigaba a sus propietarios.[28] Los templarios se sentían muy orgullosos de conservar con gran esmero las reliquias que poseían.

La Orden del Temple afirmaba tener en Chastel Pèlerin las reliquias de la ilustre santa Eufemia de Calcedonia, martirizada en 303, que habían sido trasladadas milagrosamente hasta Palestina desde Constantinopla[29] (halladas presumiblemente durante el saqueo de Constantinopla en 1204, o cedidas posteriormente a la orden por las tropas victoriosas). Durante el proceso de la orden en Francia un grupo de templarios defendió su institución ante los comisionados papales aduciendo que el cuerpo de santa Eufemia había llegado a Chastel Pèlerin por la gracia de Dios, y que a través de los restos de la santa el Señor había obrado milagros allí; dijeron que las reliquias no habrían estado en manos de los templarios si éstos hubieran sido unos criminales, como tampoco lo habrían hecho las demás reliquias que estaban en manos de la orden.[30] La Orden Teutónica había utilizado una justificación parecida para hacerse con la cabeza de santa Bárbara, arrebatada a los pomeranos en el transcurso de una incursión al castillo de Sartowitz en la década de 1240: la santa, afirmaban, había abandonado deliberadamente su antiguo lugar de reposo para ir con la orden, dando así fe de la elevada espiritualidad de sus miembros.[31]

No se sabe con certeza si la Orden del Temple afirmaba tener todo el cuerpo de santa Eufemia o simplemente la cabeza de la santa; las distintas versiones difieren entre sí. Algunos testigos oculares dijeron que la cabeza estaba guardada en un relicario de plata que en 1307 se encontraba en la iglesia de la casa de los templarios en Nicosia, Chipre.[32] Tras la disolución de la orden, la reliquia pasó al Hospital de San Juan junto con las demás po-

sesiones de los templarios y, según la información que ha llegado a nuestras manos, en 1395 se encontraba en la iglesia de San Juan de Rodas; en el siglo XVII estaba en Malta con las otras reliquias del Hospital de San Juan.[33] Este relicario, como tal, probablemente se encontrara entre los objetos saqueados por las tropas de Napoleón en junio de 1798 y se perdiera al saltar por los aires el buque insignia de la flota napoleónica durante la victoria de Nelson en la batalla del Nilo el 1 de agosto de 1798. Sin embargo, las verdaderas reliquias de santa Eufemia siguen en Constantinopla, la actual Estambul, en la iglesia patriarcal de San Jorge. No sabemos con claridad en qué consistían las reliquias que estuvieron en posesión de la Orden del Temple, pero lo importante aquí es que los templarios *creían* que se trataba de los verdaderos restos de santa Eufemia.

La denominada «cabeza de los templarios» probablemente fuera el cráneo de santa Eufemia. Durante el proceso del Temple en Chipre, el pañero de la orden y dos caballeros declararon que nunca habían oído hablar de la existencia de ídolos en la orden, pero que ésta custodiaba la cabeza de santa Eufemia. Algunos templarios franceses declararon que habían oído decir que la orden tenía una cabeza en Chipre, y es posible que fuera el ídolo que la orden era acusada de venerar.[34] El hermano Guido Delphini declaró lleno de orgullo ante los comisionados papales que el cordón que llevaba atado a la cintura había tocado las reliquias de san Policarpo y de santa Eugenia (la orden guardaba las del santo en nombre del abad del Templo del Señor de Jerusalén, que las había confiado a los templarios para su custodia).[35] Pero las reliquias de san Policarpo no eran propiedad de la orden, y ningún otro templario las menciona. Era la cabeza de santa Eufemia la que la orden estaba tan orgullosa de poseer. Sin embargo, santa Eufemia era una mujer joven, y los templarios fueron acusados en 1307 de venerar la cabeza de un hombre barbudo. Esta curiosa discrepancia entre la devoción de los templarios y los cargos que les fueron imputados la estudiaremos con el proceso de la orden.

Durante el proceso del Temple en Francia hubo otros hermanos que declararon que había una cabeza guardada en la capilla de la casa de París, y que tal vez fuera ése el ídolo en cuestión.[36] No obstante, las investigaciones efectuadas por los comisionados papales revelarían que se trataba también de una cabeza de mujer.[37]

El hermano Guillermo de Arreblay, antiguo limosnero al servicio del rey Felipe IV de Francia, testificó haber visto a menudo una cabeza de plata sobre el altar de los templarios en París, y a los principales oficiales de la orden adorándola. Le habían dicho que se trataba de la cabeza de una de las once mil vírgenes martirizadas con santa Úrsula en Colonia a comienzos del siglo IV, pero que desde que había sido detenido se había dado cuenta de lo equivocado que estaba. Que siempre le había parecido la cabeza de una mujer, pero que ahora se daba cuenta de que la cabeza en realidad tenía dos rostros y barba (¡curiosa confusión!). Los comisionados papales le preguntaron si sería capaz de identificar la cabeza si se la mostraban de nuevo, a lo que el hombre respondió que sí; así pues, se envió a los funcionarios pertinentes a buscar esa cabeza.[38]

Cuando llegó la cabeza, su apariencia coincidía perfectamente con la descripción original. En un gran relicario de plata había el cráneo de una joven envuelto con tela de lino blanco, cubierta con un retal de muselina roja: los dos colores que simbolizaban el martirio. Y para colmo de colmos, había un trozo pequeño de pergamino cosido a la tela que decía: «Cabeza n.º 58».[39] La cabeza de la mártir llevaba su certificado de autenticidad.

Según parece, tras la disolución de la orden, la cabeza de los templarios parisienses pasó a manos del Hospital de San Juan. Se cree que los caballeros teutónicos también tenían la cabeza de una de las once mil vírgenes en su encomienda de la Santísima Trinidad de Venecia.[40] El culto de santa Úrsula y sus doncellas se difundió mucho durante toda la Edad Media, y no es de sorprender que los templarios estuvieran en posesión de algunas de sus reliquias, pues todas las órdenes religiosas deseaban tener ese tipo de objetos para demostrar su piedad y santidad.

Los templarios también sentían una gran devoción por san Jorge, santo que, como ellos, había sido un activo guerrero. Había sufrido con resignación un martirio terrible a manos de los paganos por su fe cristiana. La vida de san Jorge fue para los templarios un modelo a seguir. El santo aparece representado en varios sellos de la orden; había una estatua suya en la capilla del castillo templario de Safed, y, según los documentos que han llegado a nuestras manos, la orden creía que era el protector de dicho castillo; su imagen aparece también en un fresco de la capilla de la orden en Cressac (departamento de Charente), Francia. En diversas anécdotas relacionadas con la actividad militar de los templarios se habla de san Jorge. Una de las oraciones de la orden citadas en las actas del proceso del Temple hace referencia a san Jorge.[41]

Hasta aquí, parece que los templarios fueron un modelo de católicos piadosos de los siglos XII y XIII. Veneraban a los santos, asistían piadosamente a los servicios religiosos y eran constantes en la oración. No obstante, no constituían un modelo de religiosos de una orden monástica, porque no observaban la clausura y tampoco habían recibido una instrucción teológica. La clausura implicaba que todos los miembros de la orden tenían que vivir en un convento cerrado, y no se les permitía salir de él salvo en circunstancias excepcionales. Las órdenes militares no podían llevar una vida de clausura porque sus miembros debían salir de las casas religiosas para ir a la guerra; del mismo modo, las nuevas órdenes de canónigos y posteriormente de frailes tampoco llevaban una vida de clausura porque también salían a trabajar al mundo exterior. El relato de Jocelin de Brakelond acerca de la vida cotidiana a finales del siglo XII en la abadía benedictina de Bury Saint Edmunds, en Suffolk, pone de manifiesto los inconvenientes de la clausura, con sus murmuraciones, cotilleos y envidias, y sus reuniones capitulares acabando en verdaderos alborotos y escándalos.[42] En una casa abierta, en la que se podía entrar y salir, era más difícil que se produjeran disputas entre los distintos miembros, de modo que las relaciones entre

ellos solían ser más armoniosas. Si pensamos de nuevo en el ejemplo de Bury, es fácil comprender por qué muchos individuos de la época preferían realizar donaciones a las nuevas órdenes religiosas que no eran de clausura.

La falta de instrucción era algo más que un simple obstáculo. Las órdenes religiosas eran centros de enseñanza cristiana; de hecho fueron las órdenes religiosas las que se encargaron de preservar el desarrollo cultura entre los siglos V y XI, época en que las escuelas seculares brillaban por su ausencia y la mayoría de los laicos no sabían ni leer ni escribir. Sin embargo, la función de la Orden del Temple consistía en luchar en defensa de la Cristiandad, y sus máximas autoridades no consideraban prioritaria la educación. Los hermanos procedían en su mayoría de las clases guerreras más bajas y, aunque podían leer y escribir en su propia lengua, desconocían el latín, la lengua culta. En efecto, parece que la formación cultural fue un aspecto que se pasó por alto en la orden, pues inducía a que los hermanos pensasen demasiado por ellos mismos y discutieran las órdenes de sus superiores, socavando así la disciplina.[43]

No obstante, sí hubo algunos intentos formativos. La provincia inglesa tomó la iniciativa de producir traducciones de obras religiosas en latín al francés anglonormando, lengua que los hermanos podían entender. Esas traducciones fueron realizadas durante la segunda mitad del siglo XII, al mismo tiempo que el priorato inglés de la Orden del Hospital de San Juan procedía a la traducción de su Regla y sus leyendas al francés anglonormando. La Iglesia católica todavía no se había afianzado y no había emprendido su labor de traducción de obras religiosas (que no empezaría hasta 1230), por lo que seguía aceptándose comúnmente que las obras religiosas fueran traducidas a una «lengua vulgar» siempre y cuando se contara con la autorización correspondiente. El Libro de los Jueces del Antiguo Testamento en latín fue traducido al francés por dos de los principales hermanos de la Orden del Temple en Inglaterra, a saber, Ricardo de Hastings y Osto de Saint-Omer, entre 1150 y 1175.[44]

En él se cuenta cómo los hijos de Israel defendieron la Tierra Prometida que había sido conquistada en el Libro de Josué. Como el papel de los templarios consistía en defender Tierra Santa, que había sido conquistada por la primera cruzada, el paralelismo existente resulta más que obvio. Esa traducción podía ser leída a los templarios en voz alta durante las comidas, como preceptuaba la Regla (apartado 288).

Entre 1161 y 1174 se llevó a cabo la traducción de otras obras al francés anglonormando. El autor de esas traducciones fue un poeta anónimo que trabajó al servicio del hermano Enrique d'Arcy, comendador de Temple Bruer, en Lincolnshire. Entre las obras traducidas figuraban una «Vida de los Padres» (hechos de los primeros cristianos), un relato acerca de la futura llegada del Anticristo, una versión de la famosa historia del descenso de san Pablo a los infiernos y una vida de santa Taide, prostituta convertida, protagonista de una leyenda muy popular en la Edad Media.[45] Algunos de esos relatos resultaban lógicamente atrayentes para los templarios: santa Taide había vivido una vida de pecado antes de convertirse, al igual que también la habrían vivido muchos caballeros seculares antes de su ingreso en la orden (al menos, según lo que cuenta el apartado 49 de Regla). La historia del Anticristo hacía hincapié en la importancia de mantenerse firmes en la fe, a pesar de todas las persecuciones y tentaciones del Anticristo, y prometía una gran recompensa en los cielos a los que siguieran siendo fieles a Cristo hasta el fin de sus días.

El del Anticristo era un relato particularmente importante para los templarios. Algunos hombres de la época interpretaban las cruzadas y la reconquista de los Santos Lugares en un contexto escatológico. Creían que todo ello formaba parte del advenimiento del reino de Cristo. Pero primero había que vencer al Anticristo, cuya llegada —anunciada por los apóstoles (1 Juan 2,18)— sería la señal de que el final del mundo estaba próximo. Algunos autores cristianos identificarían a Mahoma con el Anticristo.[46] Por lo tanto, los templarios, paladines de la Cris-

tiandad frente al Islam, formaban la vanguardia de la guerra contra el Anticristo y necesitaban estar bien informados al respecto.

Las obras producidas para los templarios permiten que nos hagamos una idea de cómo era su fe: llana y simple, sin cuestiones teológicas profundas, como la fe de los caballeros seculares. Los templarios escribían muy poco por sí mismos. Su Regla da la impresión de que fueron unos devotos cristianos católicos. En las cartas que escribieron a Occidente desde Oriente pidiendo ayuda abundan las expresiones de fe, pero normalmente esas misivas habrían sido escritas por un notario oficial, de modo que no son un indicador de primera mano de las creencias de esos caballeros. Se tiene conocimiento de dos poetas templarios: Ricaut Bonomel, que compuso una canción de lamento por las victorias de los Baibar de 1265 en la que se atacaba al papa por dirigir las cruzadas a Sicilia; y Oliverio, que escribió en 1270 aproximadamente con la esperanza de que el rey Jaime I de Aragón acudiera en socorro de Tierra Santa. El lamento del primero, en el sentido de que parecía que Dios apoyaba a los musulmanes en vez de a los cristianos, puede resultar exagerado a los ojos de quien desconozca la situación que atravesaba Oriente en 1265, pero en aquellas circunstancias era perfectamente comprensible. Las dos canciones fomentaban la labor de cruzada y animaban a los que las oían a acudir en ayuda de Tierra Santa.[47]

Sin embargo, hay muy pocos testimonios de escritos templarios. La primera versión de *Itinerarium peregrinorum*, un relato acerca de la tercera cruzada, contiene material que sin duda procedía directamente de los templarios, pero la obra propiamente dicha no fue escrita por ningún miembro de la orden.[48] Es evidente que el autor histórico que en la actualidad conocemos como el «templario de Tiro» no fue un templario: su apelativo moderno deriva del hecho de que fue secretario del maestre Guillermo de Beaujeu. Se han hecho especulaciones sobre el papel de los templarios en el desarrollo de la leyenda del Santo Grial, pero una lectura atenta de esas historias revela que no es así. El

concepto de caballería en las leyendas del Santo Grial difiere mucho del ideal templario: los caballeros del Grial actúan solos, no como parte de una comunidad.[49]

Probablemente, la razón de que ningún templario fuera canonizado por la Iglesia radique en el hincapié que hizo la Orden del Temple en el concepto de comunidad cuyos hermanos debían actuar conjuntamente. Como todos sus miembros tenían que trabajar unidos al servicio de Dios, es posible que la orden intentara evitar la devoción por un hermano en concreto. Si uno era distinguido de ese modo, se habría fomentado el «individualismo» en la búsqueda del martirio y la gloria, destruyéndose así la colaboración y la disciplina, tan esenciales en el campo de batalla. No obstante, algunos hermanos que perecieron combatiendo al musulmán con arrojo fueron «descritos» como mártires, y quizá fueran muy recordados en el seno de la orden. Encontramos dos casos en la primera versión del *Itinerarium peregrinorum*. Según dicha versión, el 1 de mayo de 1187, en la batalla de la Fuente del Berro,

> ocurrió un acontecimiento extraordinario y memorable. Cierto templario —caballero de profesión, oriundo de Touraine, de nombre Jakelin de Mailly— cargó con todo el peso del asalto enemigo haciendo alarde de su sobresaliente coraje. Mientras que el resto de sus compañeros (que, según se calcula, ascendían a quinientos) fueron hechos prisioneros o murieron en el combate, él cargó con todo el peso de la batalla y brilló como un glorioso paladín de la ley de su Dios. Fue rodeado por las tropas enemigas y quedó desamparado de toda ayuda humana, pero cuando vio que miles y miles [de sarracenos] venían corriendo contra él desde todas las direcciones, se reafirmó en su determinación y valientemente presentó batalla: un solo hombre contra todos.
>
> Su loable coraje le hizo ganar el reconocimiento del enemigo. Muchos sentían lástima por él y le pedían con solicitud que se rindiera, pero hizo caso omiso de sus súplicas, pues no tenía miedo de morir por Cristo. Por fin, arrollado más que conquistado por el poder de las lanzas, las piedras y las picas, cayó al suelo y

dichosamente pasó a los cielos con la corona de los mártires, triunfante.

Sin duda alguna fue una muerte feliz en la que no cabía el dolor, en la que la espada de un hombre erigió tan grandísima corona para él con la multitud que yacía a su alrededor. Dulce es la muerte cuando el victorioso yace rodeado de los impíos a los que ha dado muerte con su diestra victoriosa. Y como resulta que el guerrero montaba un caballo blanco y sus armas y armadura eran también de este color, los musulmanes, que sabían que san Jorge lucía ese mismo aspecto en el campo de batalla, se jactaron de que habían acabado con la vida del Caballero de la Resplandeciente Armadura, el protector de los cristianos.[50]

El autor describe a continuación cómo las gentes del lugar se dedicaron a recoger como reliquias partes del cuerpo del hermano Jakelin. Todo el relato está lleno de referencias que serían asociadas con los templarios: la muerte como servicio glorioso a Cristo, la muerte como dicha, los no cristianos como el enemigo, además de una referencia concreta al protector de los cristianos, san Jorge, uno de los santos venerados por los templarios. Es probable que esta historia tuviera su origen en el seno de la orden.

Un relato acerca del martirio de un templario que aparece a continuación en la misma crónica probablemente también tuviera su origen en el seno de la orden. Cuenta que tras derrotar a las tropas del reino de Jerusalén en Hattin el 4 de julio de 1187, Saladino mandó decapitar a todos los templarios, y dice:

Un templario llamado Nicolás logró convencer tan bien a los demás de aceptar la muerte con dicha que todos los otros intentaron colocarse delante de él, aunque Nicolás consiguió ser el primero en obtener la gloria del martirio, un honor que mucho ansiaba. Tampoco faltó el poder milagroso de la gracia divina. Un rayo de luz celestial hizo resplandecer claramente los cuerpos de los santos mártires en el transcurso de las tres noches siguientes, mientras seguían yaciendo en el suelo sin enterrar.[51]

Una vez más, este relato subraya la gloria que suponía morir en nombre de Cristo, y honra al templario que intenta convertirse en mártir. El sacrificio personal por la gloria de Dios probablemente no resulte atrayente para las personas de nuestra época, pero fue el ideal secundado por los caballeros del Temple.

Lejos de los campos de batalla, los templarios llevaban una vida muy parecida a la de las demás órdenes religiosas, y tal era el papel que desempeñaban en la sociedad. La Regla de la orden no les exigía que cuidaran de pobres y enfermos, aunque daban hospitalidad a los viajeros. Fueron responsables de algunos hospicios en Occidente y se dedicaron a hacer obras de caridad tanto a hombres como a mujeres.[52] En las actas del proceso de la orden se recogen dos historias contadas por terceros acerca de la utilización que hicieron algunos monjes templarios de las reliquias que poseía la orden para sanar tanto a hombres como a mujeres.[53] Al igual que otras órdenes religiosas nuevas de los siglos XII y XIII, en concreto la del Cister y la del Hospital de San Juan, los templarios tenían privilegios especiales concedidos por el papa que los protegían de las exigencias de obispos y nobles y les permitían cumplir con su vocación de una manera más efectiva. La concesión de tales privilegios llegó a través de una serie de bulas papales (las órdenes de los sumos pontífices recibían el nombre de «bulas» por el sello papal o *bullum*, que certificaba los documentos) emitidas a partir del año 1139. Dichas bulas dieron a los templarios una gran libertad de acción en sus operaciones, fomentaron el ingreso de nuevos miembros, ayudando a conservarlos en el seno de la orden, y les permitieron hacer acopio de numerosos asociados y donaciones. Sin embargo, también fueron causa de fricción con los obispos. Durante los siglos XI y XII, impulsados por los debates que se entablaban en las nuevas universidades como París y Bolonia, los conceptos de espiritualidad sufrieron una importante transformación.

Los religiosos podían ser regulares, que seguían una regla religiosa (monjes), o seculares, que vivían en el mundo exterior (arzobispos, obispos y sacerdotes). Desde los tiempos del Bajo

Imperio Romano se creía que los monjes eran los mejores cristianos, y que los que deseaban plenamente seguir una vida en Cristo debían abandonar la sociedad y entregarse en cuerpo y alma a la oración y a la vida contemplativa. Como los monjes estaban considerados el ejemplo perfecto de buen cristiano, tenían derecho a autogobernarse y a no tener que sufrir la intromisión de los obispos. Pero desde mediados del siglo XI, debido al interés cada vez mayor por el derecho canónico (las leyes y normas de la Iglesia), esas ideas empezaron a cambiar. Actualmente muchos pensadores religiosos destacados consideran que el concepto más importante es el de la sucesión apostólica. Cristo nombró al apóstol Pedro cabeza de su Iglesia, y desde entonces la autoridad de Cristo se manifiesta en la tierra a través de los sucesores de Pedro como papas de Roma. El papa ordenaba a los arzobispos, y éstos a su vez a los obispos, que eran los encargados de la ordenación de los sacerdotes (de modo que toda la autoridad de la Iglesia emanaba de la del papa, y ésta a su vez de la de Pedro y, en último término, de la de Cristo). De ahí que todos los clérigos, incluidos los monjes, tuvieran que someterse a la autoridad de sus obispos. Las órdenes religiosas que estaban exentas de esta obligación suponían un desafío a este concepto, suscitando así numerosas críticas por parte de clérigos seculares como Guillermo, arzobispo de Tiro, Juan de Salisbury o Walter Map.

En 1179, durante el Tercer Concilio de Letrán, los obispos acusaron a los templarios y a los hospitalarios de no pagar los diezmos ni siquiera cuando estaban obligados a hacerlo; de oficiar servicios en ciudades y pueblos que estaban sometidos a interdicto, permitiendo la asistencia indiscriminada de todo el mundo con el fin de aumentar las colectas; de autorizar que asesinos y prestamistas y otros infractores de la ley ingresaran en su confraternidad y fueran enterrados en un campo santo aun cuando la ley de la Iglesia lo prohibiera; de oficiar servicios más de una vez al año en iglesias sometidas a interdicto con el fin de aumentar las donaciones recibidas, y de mofarse de la autoridad de sus obispos.[54] Todas estas críticas tuvieron su origen en los

*1139: Inocencio II, Omne Datum Optimum*

La orden podrá quedarse con el botín que obtenga de los musulmanes.
Se confirman las donaciones a la orden.
La Regla de vida de la orden bajo la dirección del maestre queda confirmada.
Los hermanos podrán elegir a su maestre libremente, sin que nadie les influya.
Las costumbres y observancias de la orden no podrán ser infringidas ni cambiadas, excepto por el maestre y con el consentimiento del capítulo.
Los hermanos no podrán hacer juramentos de lealtad u homenaje, ni ningún otro tipo de juramento, a nadie fuera de la orden.
El hermano no profeso podrá abandonar la orden y regresar a la vida secular o unirse a otra orden religiosa.
La orden no está obligada a pagar a la Iglesia diezmos de los productos obtenidos en las tierras de su propiedad.
Podrán recibir el derecho de recaudar diezmos como regalos de laicos y del clero, con la autorización previa del obispo o la entidad eclesiástica pertinente.
Pueden acoger en su seno a clérigos y capellanes ordenados según la ley canónica (en la medida en que esto fuera así) para servir en la orden. Deben obtener el consentimiento de los correspondientes obispos, pero si éstos se niegan, el papa puede revocar su decisión.
Pueden echar a esos religiosos si disturban la paz de la orden o de la comunidad, o si su labor resulta inútil, siempre con el consentimiento de los más doctos del capítulo.
Los religiosos que hayan permanecido un año en la casa y reciban la aprobación de los hermanos, podrán profesar en la orden, jurando obediencia al maestre, y continuar su labor en la orden. Tendrán las mismas facilidades y ropas que los hermanos, con la excepción de su vestidura sacerdotal. Se encargaran únicamente del «cuidado de las almas», siempre y cuando así lo exija la orden. No estarán sometidos a la autoridad de nadie ajeno a la orden (por ejemplo, el obispo).
La orden puede ordenar a sus religiosos por cualquier obispo.
Estos religiosos no deberán pedir dinero, a no ser que el maestre así lo disponga.
El papa es el encargado de establecer el procedimiento de admisión de religiosos en la orden.
Los hermanos podrán construir oratorios (capillas privadas) allí donde residan, y podrán asistir a los oficios en ellos, y los que mueran como hermanos de la orden podrán ser enterrados allí.
Allí donde fuere un hermano, tendrá que confesarse con un religioso católico, así como para recibir la extremaunción o cualquier otro sacramento.
Estos privilegios y esta protección papal se hacen extensivos a toda la comunidad y a sus criados.

*1144. Celestino II: Milites Templi*

El papa llama a los templarios «los Nuevos Macabeos en tiempos de gracia», en clara alusión a los sacerdotes guerreros del estado judío en el siglo II a.C.

El papa se dirige a los arzobispos, a los obispos y a otros estamentos del clero. Les dice que los templarios defienden a los peregrinos y son el azote de los enemigos de la Cristiandad.

Insta a los arzobispos, obispos, etcétera a ordenar a sus feligreses que recauden dinero para los templarios. A todos los que ingresen en su confraternidad se les perdonará una séptima parte de la penitencia que se les impusiera.

A su muerte, los miembros de la cofradía tendrán un entierro en la iglesia, a no ser que hayan sido excomulgados personalmente.

Cuando los hermanos tengan el derecho a recibir una colecta de dinero de la cofradía de un pueblo o una ciudad sometidos a interdicto, se abrirán las iglesias del lugar una vez al año y se celebrarán los santos oficios únicamente con ese fin.

*1145: Eugenio III: Milites Dei*

El papa se dirige a los patriarcas, los arzobispos, los obispos y otros estamentos del clero. Les promete que no es su deseo perjudicarlos en sus derechos.

Concede a los templarios permiso para emplear a los religiosos que crean oportuno con el fin atender las necesidades espirituales de la orden. Esos capellanes tienen que haber sido debidamente ordenados y disponer de la autorización de su obispo para servir en la orden.

Los hermanos podrán recibir diezmos y donaciones funerarias en lugares donde tengan una casa. Se les permite la construcción de sus propios oratorios, y enterrar en ellos a los hermanos y a sus criados, al morir.

Pide a los patriarcas, arzobispos y obispos que consagren los oratorios de los hermanos, bendigan sus cementerios y les permitan trabajar en paz.

*Figura 5.3. Privilegios concedidos por el papado a los templarios.*

privilegios concedidos por los papas con el fin de facilitar a la orden el cumplimiento de su vocación con la mayor eficacia. Las disputas y los enfrentamientos entre las órdenes militares y el clero secular fueron constantes a lo largo de su historia, e incluso cuando la Orden del Temple fue disuelta en 1312 los obispos

declararon que nunca aceptaría la cesión de las propiedades de los templarios a la Orden del Hospital de San Juan, a no ser que el papa aboliera los privilegios de esta última.

No obstante, en la vida cotidiana, la relación entre templarios y obispos era normalmente buena, y sabemos de obispos que realizaron donaciones a la Orden del Temple, que ordenaron a monjes de la orden y que se alojaron en las casas de los templarios durante los viajes que emprendieron por su diócesis.[55] En el ámbito local, en el mundo cristiano de Occidente los templarios debieron de ser en su mayoría individuos de la zona que estaban familiarizados con la jerarquía eclesiástica local y deseaban llevarse bien con ella. La estrecha relación existente entre las encomiendas de los templarios de Occidente y sus obispos queda patente en el hecho de que incluso las liturgias utilizadas por la Orden del Temple en sus capillas eran las mismas que las de sus respectivas diócesis; no era una liturgia especial de los templarios impuesta desde instancias superiores.[56]

Algunas iglesias de la orden fueron erigidas siguiendo unas pautas que recordaran los vínculos de los templarios con Oriente. Al igual que la Orden del Hospital de San Juan, y como hicieran muchos antiguos cruzados, el Temple construyó diversas iglesias con naves circulares en clara evocación a la del Santo Sepulcro. Este estilo de arquitectura religiosa entró en franca decadencia a finales del siglo XIII, cuando los templarios mandaron reconstruir su iglesia de Garway, en Herefordshire, y decidieron cambiar su nave circular por otra rectangular, y los templarios hicieron lo mismo con su iglesia de Clerkenwell, al norte de Londres. Pero no todas las iglesias sufrieron esa transformación, y se han conservado algunas con nave circular hasta nuestros días. Se ha indicado que esas modificaciones tal vez fueran reflejo de la pérdida definitiva de Tierra Santa en 1291; no había nada de positivo en seguir recordando al mundo exterior que las órdenes habían fracasado en su objetivo original de defender el Santo Sepulcro.[57] Sin embargo, no todas las iglesias de los templarios y los hospitalarios fueron construidas con nave circular;

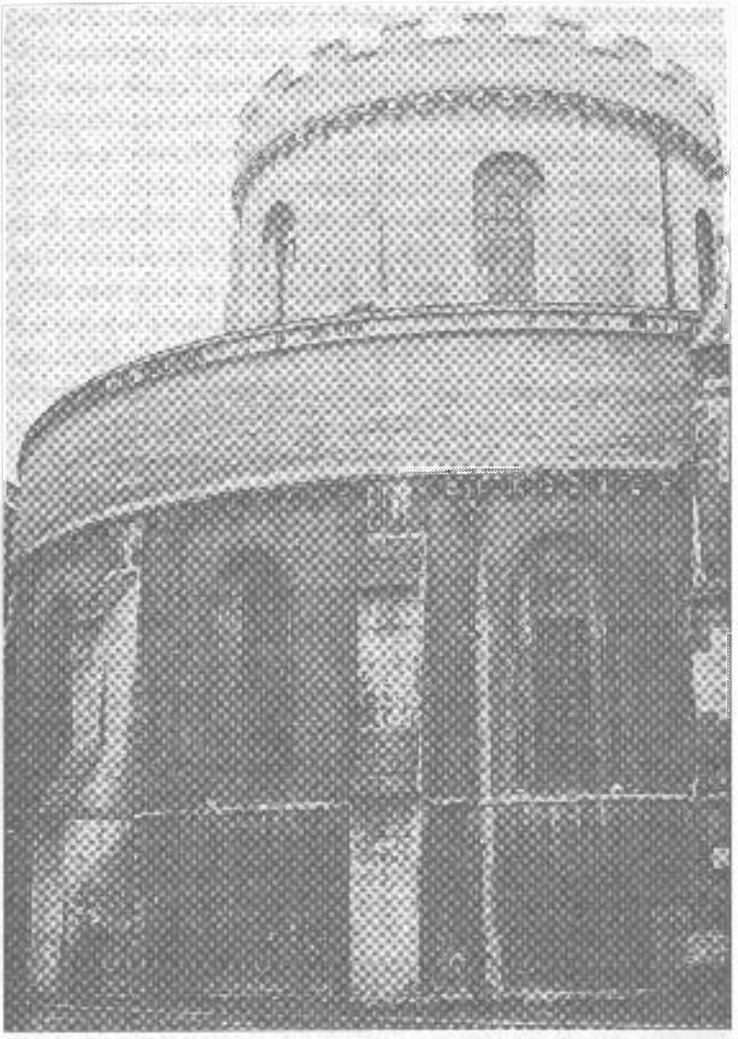


*Lámina 5.1. Nave circular del siglo XII de la iglesia del New Temple de Londres.*

en su mayoría siguieron los estilos locales, incluso en los casos de las edificaciones de obra nueva. Es evidente que esas órdenes no traían a sus propios arquitectos y albañiles, sino que contrataban a trabajadores locales. Como ocurría con la liturgia, las edificaciones de los templarios estaban estrechamente vinculadas al lugar en el que se emplazaban.

¿Cómo se desenvolvía en la práctica la fe religiosa de los templarios? ¿Eran los templarios particularmente devotos por término medio? No cabe la menor duda de que los templarios de Oriente sentían profundamente su vocación y la ponían en práctica en la vida cotidiana. En Occidente, lejos de las fronteras del mundo cristiano, la llamada al martirio y al propio sacrificio por Cristo no tuvo una importancia tan clara y evidente en la vida cotidiana de los hermanos. Las actas del proceso de la orden indican que algunos de ellos eran increíblemente ignorantes acerca de los principios básicos de su vida religiosa. Por ejemplo, muchos no sabían que el cordón que llevaban atado a la cintura era un símbolo de castidad.[58] Uno creía que habría servido para pagar el rescate si caía en manos de los sarracenos.[59] No obstante, la mayoría de los hermanos sabían cuál era su propósito y lo llevaban con orgullo, e incluso a oídos de un hermano llamado Humberto du Puy había llegado la noticia de que el hermano Elías Aymery, en su celo por la castidad, llevaba el cordón atado tan fuertemente alrededor de la cintura, que se había malherido.[60]

La gente de la época consideraba que la orden era una institución piadosa, dado el elevado número de donaciones importantes que recibieron, y es evidente que tuvo muchas oportunidades de observar cómo vivían los hermanos. Nadie se quejaba de que éstos fueran poco piadosos. Durante el proceso de Chipre muchos de los testigos dijeron que habían visto a los hermanos en la iglesia, demostrando su gran devoción en el transcurso de los servicios, y algunos declararon que incluso habían vivido en casas de la orden. En 1251 la reina Margarita de Francia dio a luz a su hijo, el conde de Alençon, en la fortaleza tem-

plaria de Chastel Pèlerin, y Reinaldo de Vichiers, maestre del Temple, fue el padrino de la criatura a pesar de la prohibición que se establecía en la Regla.[61] De modo que las casas de los templarios no estaban cerradas a personas ajenas a la orden, ni siquiera a las mujeres. Algunos hermanos mantuvieron contacto con su familia, pues ésta era la encargada de suministrarle el cordón que debía llevar atado a la cintura. El hermano Esteban de Troyes, que fue interrogado en Poitiers a finales de junio de 1308, dijo que siempre había estado en contacto con su madre, a la que fue a visitar cuando abandonó la orden. Camino de la casa materna, fue detenido y encarcelado por los templarios por haber abandonado ilegalmente la orden, pero su progenitora pagó un rescate de doscientas *livres* (libras) con la condición de que viviera con ella a partir de entonces.[62]

Antes del proceso de 1307-1312, los templarios nunca habían sido acusados de herejía, a diferencia de los hospitalarios, de los que Gregorio IX se enteró que se habían corrompido con prácticas heréticas y que tenían prostitutas en sus pueblos y aldeas. La devoción de los templarios por santa Eufemia da fe de este hecho, pues se considera que la santa posee un gran poder no sólo contra los paganos, sino también contra los herejes, a raíz de su milagrosa condena por herejía durante el Cuarto Concilio Ecuménico de Calcedonia en 451.[63] La elección de Eufemia como patrona por parte de los templarios fue muy apropiada para una orden religiosa fanáticamente ortodoxa y cristiana que hacía frente a los no cristianos.

No hay ninguna prueba de que los templarios participaran en movimientos heréticos en Europa. Aunque poseían grandes extensiones de tierra en el sur de Francia, donde en los siglos XII y XIII la herejía de los cátaros tuvo una amplia difusión, la Orden del Temple no apoyó a la nobleza local durante la cruzada albigense. Un comentarista del lugar, Bernardo Sicart de Marjevols, criticó duramente a los templarios por no haber prestado ayuda a sus antiguos patronos. De hecho, los templarios acompañaron al ejército cruzado y en algunas ocasiones le dio cobijo. No lu-

charon en la cruzada albigense, aunque esto no debería sorprendernos, pues su vocación no les exigía que combatieran a los herejes, y Oriente ya había acabado prácticamente con todos sus recursos.[64]

Templarios y hospitalarios fueron acusados a menudo de estar siempre muy predispuestos a firmar treguas con los musulmanes y de intentar prolongar la guerra en Oriente con el fin de acumular más dinero. Matthew Paris, cronista de la abadía de Saint Albans, formuló esas mismas acusaciones, pero en su relato de la batalla de al-Manṣūra (febrero de 1250) añadió la respuesta de la orden. Esa batalla supuso una terrible derrota, pero la reputación de las órdenes militares salió bien parada porque habían aconsejado al conde Roberto de Artois, comandante de las tropas de vanguardia, que no atacara al enemigo. Su consejo fue pasado por alto, y la batalla se perdió: era evidente que la culpa era del conde, y se reivindicó la inocencia de las órdenes. Matthew Paris —que imagina la probable discusión que se produjo antes del ataque, en la que Roberto de Artois habría acusado a las órdenes militares de traición— pone en boca de los hermanos la siguiente respuesta a la iniciativa del conde:

> ¿Con qué propósito, oh noble conde, recibimos los hábitos religiosos? Evidentemente no para hacer zozobrar la Iglesia de Cristo ni para perder nuestras almas tramando una traición. ¡Que semejante idea esté siempre lejos de nosotros, muy lejos! ¡Que semejante idea esté siempre lejos de cualquier cristiano![65]

Se trata de una respuesta lógica a una acusación contra la devoción religiosa de la orden. ¿Por qué iba a ingresar alguien en una orden religiosa con la intención de condenar su alma a las llamas eternas del infierno? Se entraba en una orden religiosa para salvar el alma según la doctrina de la Iglesia de Cristo. La Orden del Temple estaba considerada una buena orden en la que poder salvar el alma y ganarse un lugar en el cielo. A comienzos del siglo XIV, en una nueva versión del ciclo épico de las

cruzadas, un poeta describiría la reacción del héroe Harpin de Bourges ante la muerte de su esposa con las siguientes palabras:

> El conde Harpin se sentía sumamente disgustado, enojado y abatido por la muerte de su esposa, y tanto odiaba al mundo que se dijo a sí mismo que nunca más en la vida volvería a contraer matrimonio. Harpin el Temible se entregó de cuerpo y alma a la Orden del Temple; pero su arrojo no acabó ahí. Durante el resto de su vida llevó pena y dolor a sarracenos y eslavos.[66]

Incluso después de la pérdida del reino de Jerusalén, el autor de una nueva versión de un célebre poema épico podía seguir presentando la profesión en la Orden del Temple como la mejor forma en la que un caballero valiente y piadoso podía acabar sus días.

# 6

# Los más fieles servidores: al servicio de los reyes de Europa

En su libro acerca de las nimiedades de los cortesanos, Walter Map señala que incluso la pura y virtuosa Orden de Grandmont estaba atrayendo la atención de personajes ilustres, y que los hermanos eran convocados a los consejos reales y que participaban en los asuntos de la Corona.[1] Para Map, esto era un signo de la lamentable decadencia en la que estaba cayendo la espiritualidad de una orden religiosa sumamente piadosa. Sin embargo, como se creía que toda autoridad emanaba de Dios, fue inevitable que todos los príncipes, tanto de la Iglesia como del mundo secular, estuvieran deseosos de tener a su lado a los representantes de Dios en la tierra y que ansiaran conseguir de ellos la aprobación a su gobierno.

Desde los comienzos de los regímenes cristianos, los príncipes se habían asociado con religiosos. Durante el período comprendido entre la caída del Imperio Romano de Occidente y el siglo XI, los monjes y otros hombres de religión fueron particularmente valorados por los príncipes por su cultura y porque se podía confiar en ellos para que ejercieran de funcionarios honrados y trabajadores. Pese a los esfuerzos de algunos soberanos reformistas, como los del emperador Carlomagno en Europa continental o los del rey Alfredo de Wessex en Inglaterra, encaminados a la creación de escuelas con el fin de lograr una sociedad más culta, los monjes y el clero siguieron siendo la piedra angular de la

administración secular (incluso la palabra «clérigo» en inglés, *cleric*, que también deriva del término latino *clericus*, se convertiría en el vocablo habitual para designar al funcionario de menor rango dedicado a copiar y escribir, el *clerk*; y en la Edad Media también serviría en castellano para indicar al hombre sabio y docto, aunque fuera pagano). Con el renacimiento de la cultura y la enseñanza que empezó a producirse en el siglo XI y que siguió hasta bien entrado el siglo XII, todo esto empezó a cambiar: personas que no pertenecían a la Iglesia aprendieron a leer y a escribir, no sólo en su lengua materna, sino también en latín. Esos individuos recibieron el nombre de *literati*, «letrados».

A partir del siglo XII, los *literati* fueron adueñándose poco a poco del gobierno real. A diferencia de los monjes, normalmente no procedían de un buen entorno, y confiaban en el monarca para asegurar su promoción más que para garantizar el poder, la influencia y la riqueza de su propia familia. Esto hizo que resultaran unos servidores leales y dignos de confianza. A veces eran miembros del clero de órdenes inferiores que, como también podían casarse, apenas se diferenciaban de una persona seglar o laica. O a veces eran simplemente laicos, pertenecientes a una familia de caballeros humilde o de clase social inferior. Esos individuos se granjearon la antipatía de la vieja nobleza, que veía como esos hombres iban apropiándose de la autoridad real y acumulaban poder y riquezas, mientras ella perdía la influencia en la corte a pasos agigantados.

Las órdenes militares fueron como una combinación de lo mejor de todos los mundos para los príncipes deseosos de contar con servidores con una apariencia exterior divina y la honestidad de los monjes, sin las relaciones propias de la vida mundana y la lealtad interesada de los nuevos *literati*, y con la destreza militar y la fidelidad tradicional de la clase guerrera. Todas las órdenes militares fueron muy utilizadas por los nobles, los monarcas y los papas en la administración de sus gobiernos. A cambio, éstas recibieron donaciones y protección. Sin embargo, sigue en pie una cuestión: ¿acaso el precio que paga-

ron esas órdenes por el patrocinio de los príncipes fue más alto de lo que recibieron?

## Al servicio de la Corona

Como las órdenes militares desempeñaron un papel tan importante al servicio de príncipes y papas, este aspecto de su historia ha sido estudiado en detalle por diversos especialistas.[2] En las páginas precedentes ya hemos hablado de algunos de los servicios que prestaron los templarios a los reyes de Jerusalén y de la península Ibérica, e incluso a los del este de Europa. En este sentido, su servicio a los príncipes fue principalmente militar, pero en otras regiones de Europa —las islas Británicas, Francia o Italia— normalmente no fue así.

Sus miembros fueron nombrados para ocupar cargos de la máxima confianza: a partir del reinado del papa Alejandro III, aparecen de manera sistemática un templario y un hospitalario como chambelanes pontificios, esto es, los individuos encargados de atender al papa en sus aposentos privados. Esto significa que los dos caballeros estaban constantemente al lado del sumo pontífice y podían hablar con él en privado, tal vez para obtener sus favores. También podían ofrecerle su ayuda: cuando el papa Alejandro III se enfrentó al emperador Federico I Barbarroja (1155-1190) y a una sucesión de «antipapas» o falsos papas nombrados por el emperador, pudo confiar en la lealtad y el consejo de templarios, hospitalarios y cistercienses. De ahí que no nos deba extrañar el hecho de que en 1179, durante el Tercer Concilio de Letrán, el papa hiciera muy poco para apaciguar las críticas que lanzaron las órdenes cuando los obispos se lamentaron amargamente de los privilegios de los templarios y los hospitalarios, en virtud de los cuales quedaban fuera de la jurisdicción de los prelados.

Además de mariscales y porteros de la corte del papa, encontramos a miembros de la Orden del Temple entre los men-

sajeros, los tesoreros y los jueces delegados de la Santa Sede. Los hospitalarios y los caballeros teutónicos desempeñaron también cargos similares. Pero si por algo destacan los servicios que prestaron los templarios a los príncipes, es por el carácter financiero de muchos de ellos. Los caballeros del Temple tuvieron que desarrollar toda una serie de sistemas para manejar grandes sumas de dinero, pues la orden se dedicaba a reunir efectivo en Occidente para poder enviarlo a Oriente. Estos conocimientos financieros, sumados a la naturaleza caritativa de la orden, hizo que sus miembros se convirtieran en candidatos lógicos para puestos como portadores de dinero del papa, limosneros (los funcionarios encargados de dar limosnas a los pobres) y tesoreros. En julio de 1220 un templario y un hospitalario fueron los encargados de llevar hasta Egipto la aportación económica del papa Honorio III a la quinta cruzada: el sumo pontífice así lo ordenó porque no había nadie en quien pudiera tener más confianza.

Los príncipes seculares emplearon a los templarios en puestos parecidos. Guillermo Marshal, conde de Pembroke, nombró a un templario, al hermano Godofredo, su limosnero.[3] En 1177 Enrique II de Inglaterra eligió también como su limosnero al hermano Roger el Templario; y los caballeros del Temple seguirían apareciendo como limosneros del rey de Inglaterra hasta 1255. Los limosneros podían hacer mucho más que distribuir arenques salados entre los necesitados de Londres: durante la guerra del rey Juan con sus barones (1214-1216), este monarca encomendó a su limosnero, el hermano Roger el Templario, la tarea de supervisar el comercio marítimo y recaudar los derechos de flete. En su calidad de limosnero, Roger probablemente estuviera acostumbrado a manejar dinero y a la distribución de bienes y dinero en efectivo, pero el impresionante aumento de sus responsabilidades no deja de poner de manifiesto la falta de hombres de confianza que tuvo el rey durante la guerra. A partir de 1229 el hijo de Juan, Enrique III, contó con un limosnero particularmente influyente, el hermano Godofredo el Templario (presumiblemente no se trata del mismo hombre que había

trabajado al servicio de Guillermo Marshal), que, además de ser nombrado camarero mayor del rey y, por lo tanto, poder controlar el tesoro personal del monarca, también ejerció de principal ministro del gobierno. Matthew Paris lo hace responsable de muchos de los errores de Enrique III, y cuenta que al final fue destituido, pero en realidad el hermano Godofredo se retiró con todos los honores en 1240. Los reyes de Escocia, al igual que los de Francia, también tuvieron como limosneros a miembros de la orden. Por su parte, Jaime II de Aragón nombró limosnero suyo al templario Pedro Peyronet, que también actuó como agente de la Corona.[4]

Los templarios en concreto también ofrecieron diversos servicios financieros a los monarcas. Estos servicios eran de distinta índole, y podían ir desde la concesión de préstamos y la custodia de objetos de valor, hasta la administración del tesoro del rey en países como Francia. Los templarios no eran como un banco en el sentido moderno de la palabra, puesto que sus operaciones financieras fueron simplemente un negocio complementario, fruto de su necesidad de acumular grandes cantidades de dinero en efectivo para transportarlas por el mundo cristiano. El dinero depositado en sus arcas no se acumulaba para volverlo a invertir, sino que permanecía guardado en las cajas fuertes de sus legítimos propietarios junto con el tesoro de la orden, y no se podía acceder a él sin la autorización del titular. En 1148, durante la segunda cruzada, los templarios y los hospitalarios prestaron al rey Luis VII de Francia un dinero sin el cual (como escribiría el propio monarca al abad Suger, nombrado regente de Francia en su ausencia), sus tropas no habrían podido permanecer tanto tiempo en Oriente. En 1250, durante la cruzada de Luis IX, los templarios hicieron posible que el rey tuviera el dinero suficiente para pagar su propio rescate al sultán de Egipto. En un primer momento el tesorero de la orden se negó a conceder el préstamo, pero Jean de Joinville, que se había presentado allí para recoger el dinero, lo amenazó con abrir una de las arcas que tenían depositadas los templarios para su custodia,

y tomar el dinero por la fuerza. El mariscal del Temple llegó en ese preciso momento y le dijo al tesorero que entregara a Jean la llave. En rigor, no debía haberse prestado el dinero en aquellas circunstancias, pero la violenta amenaza de Jean de Joinville permitió que la orden optara por ajustar sus reglas a beneficio del soberano francés.

En 1263 se produjo un episodio parecido en el cuartel general del Temple en Londres, pero en esa ocasión sin la connivencia de los hermanos. El rey Enrique III atravesaba una grave crisis financiera y su gobierno estaba amenazado por los miembros más críticos de la nobleza. El analista del priorato de Dunstable cuenta:

> El 26 de mayo el rey llegó acompañado de la reina [Leonor de Provenza] a la Torre de Londres, mientras que el conde Eduardo [su primogénito, más tarde Eduardo I] se encontraba en el Hospital [de San Juan], en Clerkenwell. Todos ellos andaban escasos de dinero, y no quedaba nadie en Londres que les fiara un penique. Así pues, como al conde Eduardo le desagradaba sumamente encontrarse en una posición tan embarazosa, en día de la festividad de los santos Pedro y Pablo, se reunió con Robert Walrampnum y otros muchos y se dirigió al New Temple cuando sus puertas estaban cerradas. A petición suya se le permitió entrar, y dijo que quería ver las joyas de la reina, su madre. Se hizo venir al custodio del tesoro, y el conde Eduardo entró fraudulentamente en el tesoro del Temple con sus hombres; y hete aquí que abrieron las arcas de ciertos individuos con la ayuda de unos martillos de hierro que habían llevado con ellos, cogieron dinero por valor de unas mil libras y se lo llevaron. Cuando se enteraron de aquel delito, los ciudadanos de Londres se sublevaron contra ellos y contra otros miembros del consejo del rey que se encontraban en la ciudad.[5]

Los templarios habían prestado con frecuencia dinero a Enrique III, especialmente durante los años de crisis de comienzos de su reinado, pero es evidente que en esta ocasión se nega-

ron a hacerlo, siendo el resultado este «atraco a mano armada». La petición inicial de Eduardo de ver las joyas de su madre era perfectamente razonable, en el sentido de que las joyas estaban depositadas en el New Temple para su custodia; los templarios, al estar desarmados, no pudieron oponer resistencia a Eduardo y a sus hombres cuando éstos decidieron recurrir a la fuerza.

En 1232 la orden había tenido más éxito a la hora de reafirmar su independencia. El rey Enrique había degradado a Huberto de Burgh, un alto funcionario del reino encargado de los asuntos judiciales, y había confiscado todas sus propiedades. Según cuenta Roger de Wendover, cronista de la abadía de Saint Albans, Enrique oyó decir que Huberto tenía muchísimo dinero depositado en el New Temple, en Londres, de modo que mandó llamar al maestre del Temple en Inglaterra y quiso saber si eso era cierto. El maestre admitió que era verdad, pero que desconocía la suma depositada. El rey exigió que se le entregara aquel dinero, aduciendo que Huberto lo había malversado del tesoro real, pero los hermanos replicaron que no podían hacer entrega de ninguna cantidad de dinero depositada en su cuartel general sin la autorización expresa de su titular. El rey debía obtener permiso de Huberto para que los templarios le entregaran las llaves de las arcas del funcionario real.[6]

En Inglaterra el tesoro real formaba parte de la casa del rey y era administrado por funcionarios reales; el New Temple ofrecía simplemente un espacio adicional en el que guardar dinero y objetos de valor. Aunque los templarios y los hospitalarios participaron en la recaudación del «diezmo de Saladino» para la tercera cruzada, normalmente no intervenían en la administración de las finanzas de la Corona. En Francia los templarios se encargaron de la tesorería real. El tesorero de la orden en París ejercía también de tesorero del rey. La orden se encargaba de recibir los impuestos y de organizar los pagos a los oficiales y a los soldados de la Corona entre otros. El rey de Francia no establecería su propio tesoro en el Louvre hasta 1295, e incluso entonces siguió utilizando la tesorería del Temple. Es evidente que la

orden era esencial para el buen funcionamiento de la administración de la Corona de Francia.[7]

Además de a los papas, los templarios prestaron regularmente servicio como mensajeros a reyes y a nobles. Como los frailes del siglo XIII y de época posterior, los miembros de las órdenes militares podían ser empleados convenientemente para llevar a cabo misiones secretas porque eran muy discretos. En los caminos siempre había templarios y hospitalarios que predicaban y recogían limosnas de los fieles, y como formaban parte de una orden religiosa parecía poco probable que fueran mensajeros a los que el enemigo podía detener y registrar o incluso encarcelar. En 1170 uno de los corresponsales del arzobispo Thomas Becket advirtió al prelado de que los templarios que le habían traído noticias no eran unos simples y leales religiosos, sino que eran en realidad agentes de su enemigo, el rey Enrique II de Inglaterra.

Los miembros de las órdenes militares también dieron asesoramiento a papas, reyes y príncipes. Los templarios tuvieron permanentemente representantes en la corte papal a partir de la década de 1230, mientras que en Inglaterra los reyes incluyeron en su presupuesto desde el siglo XII los gastos de mantenimiento de un caballero de la orden en la corte, con caballos y criados. Los consejos de las órdenes serían particularmente valiosos en las guerras santas, de modo que encontramos a miembros de las órdenes militares como asesores de estrategia de guerra al servicio de los reyes de Jerusalén, Portugal y Aragón. Los hermanos también dieron asesoramiento en la cuarta cruzada que, aunque no llegó a Tierra Santa, conquistó Constantinopla. En junio de 1205, tras ser coronado como segundo emperador latino a la muerte de su hermano Balduino de Flandes, el nuevo soberano, Enrique, escribió al papa Inocencio III (1198-1216) contándole que los templarios y los hospitalarios de su consejo coincidían en que la conquista de Constantinopla por los cristianos latinos supondría la unidad del mundo cristiano y contribuiría al éxito de la guerra contra los musulmanes en Tierra Santa.[8]

Pero los miembros de la orden también daban consejos relacionados con cuestiones seculares. El rey Enrique II confió en el asesoramiento de los templarios durante la disputa que mantuvo con Thomas Becket, arzobispo de Canterbury. El rey Juan de Inglaterra (1199-1216) hizo constar en su testamento que el maestre de la Orden del Temple en Inglaterra, el hermano Aimery de Saint Maur, había sido uno de aquellos hombres en cuyos consejos confió, además de seguirlos: un elogio digno de tener en cuenta si consideramos los numerosos recelos que suscitó este famoso monarca llamado Juan Sin Tierra. El rey Luis IX hizo un gran uso de los preceptores y los comendadores de la orden en Francia, y tanto deseaba contar con los servicios del hermano Amaury de la Roche, que reclutó las tropas de ayuda para el papa Urbano IV con el fin de forzar a la orden en Oriente a que trasladara a Amaury a su corte. Al principio la orden se negó, y sólo se avino a hacerlo después de que el papa lo pidiera con insistencia. Urbano IV dijo que Luis quería que la encomienda de Francia estuviera bajo la dirección de un hombre en cuya sincera lealtad y rectitud pudiera confiar, y que el rey creía que el hermano Amaury destacaba, además de por sus sabios consejos, por su prudencia innata. Y lo más importante, era un viejo amigo suyo.[9] En 1266 el papa Clemente IV trasladó al hermano Amaury: él y Felipe de Eglis, caballero del Hospital, fueron puestos a disposición del hermano de Luis, Carlos de Anjou, soberano de Nápoles y Sicilia, que solicitó los servicios de estos dos hermanos para gobernar las casas de sus respectivas órdenes en este reino. Carlos pretendía también que lo ayudaran en la guerra que mantenía contra los partidarios de los descendientes de Federico II de Hohenstaufen. Al año siguiente el papa autorizó al hermano Felipe a empuñar las armas contra los enemigos de Carlos, aunque no está claro si también los templarios fueron instados a hacer lo mismo. El hermano Felipe y sus compañeros del Hospital sí lo hicieron, y en consecuencia las propiedades de esta orden en Sicilia sufrieron cuantiosas pérdidas, pero como las de los templarios no se vieron tan perjudicadas, cabe deducir

que el hermano Amaury consiguió mantenerse al margen de la guerra.[10]

El hermano Amaury vuelve a aparecer durante la segunda cruzada de Luis IX a Túnez, en la que tomó parte junto con el hermano Felipe de Eglis. En ella ejerció de comandante, y fue el encargado de abrir las zanjas que rodeaban el campamento cristiano y de inspeccionar a los que protegían a los cavadores. También participó en diversas acciones militares y fue uno de los integrantes del consejo del rey. Advirtió al rey de que el ejército cristiano necesitaba disponer de más tropas antes de empezar el asalto a la ciudad de Túnez y que el monarca debía esperar la llegada de su hermano, el rey Carlos de Nápoles. Al final Carlos llegó cuando Luis se encontraba ya en su lecho de muerte.[11]

Los servicios que prestaron los templarios en Irlanda al rey de Inglaterra ilustran a la perfección la utilidad de la orden en una región donde el monarca disponía de muy pocos administradores dignos de confianza. Templarios y hospitalarios llegaron a Irlanda en la segunda mitad del siglo XII, junto con los colonizadores e invasores anglonormandos, galeses, escoceses y franceses. Recibieron diversas donaciones de propiedades y fundaron una serie de encomiendas.[12] Las órdenes militares aparecen por primera vez en los documentos administrativos de la Corona para Irlanda en septiembre de 1220, año en que el gobierno de Enrique III ordenó al funcionario real de justicia (virrey) de esta isla que depositara el importe de una recaudación en concepto de «ayuda» (una exacción real) con los templarios y los hospitalarios. Las dos órdenes debían hacerlo llegar luego hasta Inglaterra, y se las hacía responsables de ese envío. Este cometido de guardar y velar por sumas de dinero en efectivo fue una de las tareas encomendadas con regularidad a las órdenes militares en Inglaterra.[13]

En 1234 el papel desempeñado por la Orden del Temple incluía otras responsabilidades. Ese año dos templarios actuaron como intermediarios entre los funcionarios del rey en Irlanda y Ricardo Marshal, líder de una rebelión. Convencieron a este úl-

timo de que asistiera a una reunión, pero las negociaciones se rompieron, y el intento pacificador acabó en una batalla en la que Ricardo fue fatalmente herido. Los templarios fracasaron como negociadores, pero demostraron ser unos leales servidores de la Corona, merecedores de toda confianza.[14] Aquel mismo año Enrique III ordenó al arzobispo de Dublín, al funcionario real de justicia de Irlanda (Maurice FitzGerald) y al maestre de los caballeros templarios en la isla que todos los años, después de que el tesorero y los barones del erario hubieran auditado las cuentas de Irlanda, fueran al erario, revisaran las cuentas y enviaran una copia al rey.[15] Encargarse del dinero de la Corona y actuar como negociadores o embajadores de los monarcas fueron tareas habituales de los templarios, y durante la década de 1230 estos caballeros gozaron del favor de Enrique III, tal vez debido a la influencia que ejercía el hermano Godofredo el Templario —limosnero real, consejero y oficial— sobre el rey. En 1236, sin embargo, el maestre del Temple en Irlanda, el hermano Ralph de Southwark, abandonó la orden; Enrique III escribió al funcionario real de justicia de Irlanda, ordenándole que detuviera al desertor si éste aparecía por la isla, y que recibiera al hermano Roger le Waleis (el Galés) como nuevo maestre de la orden.[16]

El hermano Roger le Waleis aparece en 1241 y 1242, con el arzobispo y el archidiácono (que era el tesorero real) de Dublín y Walerand de Gales, auditando las cuentas del funcionario real de justicia, Maurice FitzGerald, y en junio de 1243, 1244 y 1250 como uno de los encargados de supervisar las cuentas del tesorero. A partir de entonces sólo lo encontramos esporádicamente controlando las cuentas del tesorero y del funcionario real de justicia en Irlanda: en 1253, 1270, 1278, 1280 y 1281. En 1301 los templarios participarían en la recaudación de «los nuevos impuestos arancelarios de Waterford».[17]

Es evidente que los templarios eran considerados unos individuos merecedores de toda confianza, particularmente apropiados para encomendarles asuntos de carácter financiero. Sin

embargo, no se les dieron tantas responsabilidades en Irlanda como a los hospitalarios, cuyas principales autoridades ocuparon cargos administrativos, como, por ejemplo, lugarteniente del oficial real de justicia. Todos los cimbrio-normandos y todos los anglonormandos que poseían tierras en Irlanda debían prestar servicio militar cuando fuera necesario defender la región, y todas las casas religiosas de la isla tenían que estar fortificadas frente al posible ataque de la población nativa. De las dos órdenes militares en Irlanda, sin embargo, sería la del Hospital la que asumiría algunas veces el mando militar en la persona de su prior. A los templarios nunca les fue encomendada esta responsabilidad en la isla.

Normalmente, la Orden del Temple no participaba en operaciones militares contra cristianos, puesto que eran contrarios a su vocación y absorbían un gran número de recursos necesarios en Oriente.[18] Pero en la península Ibérica este tipo de servicios resultaban cada vez más difíciles de eludir a finales del siglo XIII. Las órdenes militares recibieron una parte de las tierras conquistadas en «Romania» (la actual Grecia) por la cuarta cruzada en 1205-1210, de modo que se esperó de ellas que dieran el mismo tipo de ayuda militar que prestaban los señores seculares. No se sabe con seguridad hasta qué punto desempeñaron un papel militar activo en la conquista de Grecia, o si las donaciones que les fueron concedidas —tanto a ellas como a otras órdenes religiosas y a la Iglesia— fueron una «ofrenda en prueba de agradecimiento» por el éxito de la empresa. En cualquier caso, muchas de las propiedades del Temple pasaron a manos de la segunda generación de colonos establecidos allí, aunque la orden siguió conservando sus tierras de Morea (Acaya).[19]

En 1298-1299, el rey Eduardo I de Inglaterra hizo un llamamiento a los templarios ingleses para que se unieran a su ejército con el fin de emprender la campaña de Escocia, y el maestre en Inglaterra, Brian de Jay, perdió la vida en la batalla de Falkirk. En el siglo XIV al Hospital de San Juan le resultaría imposible eludir este tipo de servicios para los reyes de Inglaterra y

Francia. Eduardo I también exigió el homenaje de los maestres del Temple en Inglaterra y Escocia, algo que la orden no estaba obligada a hacer en virtud de los privilegios concedidos por el papa. Una vez más, el Hospital de San Juan debería hacer frente a problemas parecidos en el siglo XIV.[20] Esta evolución pone de manifiesto el poder cada vez mayor que ostentaban los monarcas «nacionales» a finales del siglo XIII, lo que comportaba que las órdenes religiosas supranacionales tuvieran que anteponer los intereses de sus soberanos «naturales» a los suyos propios.

No cabe duda de que muchos miembros de las órdenes militares preferían ponerse en primer lugar al servicio de su rey, o combinarlo con los deberes que tenían contraídos con su orden. En 1163-1164, Thierry Galeran, «amigo de confianza» de Luis VII de Francia, ingresó en la Orden del Temple. Había destacado en los servicios prestados al rey al menos desde 1140. En su calidad de templario, solicitó varios favores al monarca para la orden, favores que le fueron concedidos.[21] En 1164 el hermano templario Godofredo Fulcher escribió una carta a Luis VII de Francia, dirigiéndose a él como «mi muy amado señor», en la que lo informaba del cumplimiento de la misión que el rey le había encomendado antes de abandonar Francia rumbo a Oriente:

> No penséis que las instrucciones que con tanta dicha recibí de vuestros labios antes de alejarme de vos se han desvanecido en la mente de este vuestro servidor. Pues me pedisteis que saludara los Santos Lugares en vuestro nombre, y que los visitara todos y os recordara en ellos. No me he olvidado de vuestras palabras. He llevado por todos los Santos Lugares este anillo que me entregasteis y lo he colocado en cada uno de ellos en recuerdo vuestro. Os ruego que, por ello, guardéis y conservéis este anillo en señal de reverencia.[22]

Adjuntaba el anillo a la misiva: Luis podía conservarlo como reliquia, como un recuerdo físico de los Santos Lugares. Incluso en su calidad de oficial templario en Oriente, Godofre-

do Fulcher seguía siendo el vasallo y fiel servidor de su soberano «natural», el rey de Francia.

En resumen, los grandes servicios prestados por los templarios a los reyes, en particular los reyes de Inglaterra y Francia, hicieron que la orden pasara a convertirse prácticamente en un cuerpo de la administración real. En 1244, Enrique III de Inglaterra se encargó de preparar el nombramiento como caballero de Tomás de Curtum, un joven a su servicio que quería ingresar en la Orden del Temple. El rey tuvo que hacer frente a un gasto considerable para poder equipar adecuadamente al muchacho, de modo que parece razonable suponer que esperaba que Tomás siguiera a su servicio incluso después de unirse a los templarios.[23]

## Donaciones a la orden

Los príncipes y los papas no sólo exigieron los servicios de las órdenes militares, sino que también les concedieron numerosas donaciones y su ayuda. La principal motivación que se escondía detrás de una donación religiosa era la esperanza de la salvación.[24] Las donaciones también suponían prestigio social para quien las realizaba; el hecho de que alguien pudiera permitirse conceder una donación ponía de manifiesto su grandeza. Además, proporcionaban al donante influencia sobre quien las recibía. Eran esenciales para la supervivencia de una orden, pero también restringían sus acciones porque la orden debía tener contentos a sus donantes para poder seguir recibiendo su apoyo. Como no podían permitirse ofender a sus donantes, no podían negarse a las peticiones que éstos les hacían, ni siquiera cuando dichas peticiones suponían una merma considerable de sus recursos y suscitaban las críticas de otros.

El apoyo que prestaba la Santa Sede a los templarios se debía al papel desempeñado por la orden en la defensa de la Cristiandad. Las bulas papales comparan a estos caballeros con los macabeos; los templarios aparecen también como los *athletae*

*Christi*, «los paladines de Cristo», o los *pugiles Christi*, «luchadores de Cristo». Representaban el amor de Cristo, pues estaban dispuestos a entregar su vida por sus compañeros cristianos. Varios papas sucesivos confirmaron los privilegios eclesiásticos del Temple y ordenaron a los obispos que velaran por su cumplimiento. Intentaron proteger a la orden de la azarosa violencia endémica de la sociedad de la época, y concedieron a los hermanos el derecho a defenderse en caso de ataque. También intervinieron en algunas causas relacionadas con la orden, y animaron a los templarios a seguir su lucha contra los enemigos de la Cristiandad.

La principal motivación que impulsó a los príncipes seculares a realizar donaciones a las órdenes militares fue su deseo de contribuir a la defensa de la Cristiandad en Oriente. Como las cruzadas eran consideradas una responsabilidad particular de todos los monarcas cristianos, estos reyes recibieron muchas presiones de tipo moral para que dieran su apoyo a las órdenes militares. Para los nobles las cruzadas suponían aumentar su prestigio, además de constituir una parte fundamental de la caballería. Si no podían ir a las cruzadas, tenían que realizar una donación a alguna orden militar; si podían, era recomendable que también lo hicieran porque la orden proporcionaba ayuda práctica a los cruzados en Oriente.

Únicamente podemos conjeturar las razones de que eligieran una u otra orden. La tradición familiar era un factor importante en las donaciones religiosas: los nobles mantenían vínculos con casas religiosas que ya estaban relacionadas con su familia. Criados y vasallos, siguiendo el ejemplo de su señor, solían ofrecer donaciones a esas mismas órdenes. Algunos donantes, especialmente los más humildes que tenían menos recursos para viajar, se decidían por la casa religiosa más próxima que fuera de su agrado. A veces las relaciones familiares y la amistad personal podían convertirse en el factor decisivo que determinaba la elección del donante. Matilde de Boulogne, reina de Inglaterra, cedió la aldea de Cressing, en Essex, a los templarios en

la primavera de 1137. Los tíos de la soberana, Godofredo de Bouillon y Balduino de Edesa, habían sido los dos primeros monarcas del reino de Jerusalén, mientras que su padre, Eustacio, había sido el primero en la línea sucesoria de este reino a la muerte de Balduino en 1118. Matilde tenía fuertes intereses dinásticos en el reino de Jerusalén y quería dar su apoyo a la orden religiosa que ayudaba a defenderlo. En cambio, no realizó donación alguna al Hospital de San Juan. No sabemos qué otros vínculos de su familia con los templarios pudieron motivar su elección de la orden del Temple y no la del Hospital, por lo que sólo cabe hacer conjeturas al respecto; por ejemplo, algunos de los primeros caballeros templarios, como Godofredo de Saint-Omer y Archimbaldo de Saint-Amand, eran oriundos de los Países Bajos y la región de Boulogne. Godofredo en concreto era vasallo de los condes de Boulogne.

Más tarde Matilde cedería a los templarios las aldeas de Witham, en Essex, y Cowley, en Oxfordshire. Todas sus donaciones fueron confirmadas por su esposo, el rey Esteban de Inglaterra, que a su vez era hijo de uno de los principales dirigentes de la primera cruzada.[25] Aunque el predecesor de este monarca, Enrique I de Inglaterra, entregó a Hugo de Payns cierta cantidad de dinero en 1128, permitiéndole, además, recoger donaciones en Inglaterra, fue la generosidad de Matilde la que puso los cimientos de una larga y estrecha colaboración entre la Orden del Temple y los monarcas ingleses.

Las donaciones de los reyes de Inglaterra fueron de índole diversa. Los monarcas prefirieron conceder dinero y privilegios antes que tierras. La orden tenía autorización para talar los bosques reales con el fin de dedicarlos a la agricultura, práctica que normalmente suponía una multa cuantiosa. Enrique II perdonó a los hermanos por haber despejado grandes superficies de sus bosques, como podemos comprobar por el siguiente pasaje:

> Enrique, rey de Inglaterra [etcétera] por la gracia de Dios, saluda. Sépase que concedo, y por esta nuestra carta confirmo,

a los hermanos de la caballería del Temple de Jerusalén el perdón por la deforestación de las tierras enumeradas a continuación, a saber: dos mil acres de tierra en Gales, en Garway [Herefordshire]; cuarenta acres en Shropshire, en la localidad de Botewood [esta aldea ya no existe en la actualidad]; diez acres en Oxfordshire, en la localidad de Merton; cien acres en Northamptonshire, en la localidad de Brandendene; siete acres en Bedfordshire, en la localidad de Sharnbrook; siete7 acres en Huntingdonshire, en la localidad de Ogerstan.

Así pues, es mi deseo y mi orden firme que los hermanos de la caballería del Temple arriba citados se queden con las tierras arriba citadas y las conserven libres y exentas de [cualquier multa por] deforestación. Y prohíbo que se les moleste o se les persiga por este motivo, o que se use violencia contra ellos. Testigo: Ricardo, obispo de Winchester, etcétera.[26]

El perdón por haber deforestado una superficie tan extensa en Garway parece sumamente generoso, pero es probable que Enrique considerara que la presencia de los templarios en la región redundaba en su propio beneficio. Garway se encuentra en la Marca Galesa, una zona que era administrada por un grupo de poderosos nobles que no siempre acataban la autoridad real como deseaba el soberano. Los templarios, en su calidad de leales servidores de Su Majestad, se convertían por esa concesión en señores de la autoridad real en la zona, aunque como estaban desarmados, y la encomienda de Garway no estaba fortificada, difícilmente pudieron desempeñar ese papel.

Los templarios tuvieron muy pocas propiedades en esa zona de Gran Bretaña, donde los hospitalarios estuvieron mucho mejor representados. Tuvieron algunas propiedades en Monmouthshire y Glamorgan. En 1156, en la península de Gower, contaron con una iglesia y una casa solariega en Llanmadoc, donación de la condesa Margarita de Warwick, señora de Gower. También dispusieron de un molino en el puente del castillo de Pembroke y en la aldea de Templeton, en Pembrokeshire. Eran todos territorios muy disputados, por cuya titularidad se habían enfrentado los se-

ñores anglonormandos de la región y los príncipes galeses de Deheubarth. Como ocurriera en Europa oriental, la cesión de tierras que eran objeto de rencillas a las órdenes militares era una manera de establecer las fronteras en litigio y de ganarse el favor de Dios. Pero la mayoría de esas donaciones de tierras del sur de Gales y de la Marca Galesa fueron realizadas a la Orden del Hospital de San Juan. Tal vez se considerara que los templarios estaban muy próximos al rey de Inglaterra, y ni unos (los señores de la Marca) ni otros (los príncipes galeses) deseaban que el monarca inglés ganara en la región más influencia de la necesaria.[27]

Enrique II también concedió a los templarios un marco de plata anual por cada condado de Inglaterra, y la misma cantidad por cada castillo, pueblo y ciudad que generaran al monarca unos ingresos superiores a las cien libras al año. Uno de los arrendatarios (que recibía el nombre de *hospes*) de todos sus distritos quedaba exento del pago de tributos al rey. La orden también recibía cincuenta marcos al año para el mantenimiento de un caballero en Tierra Santa. Los tres venados que Enrique regalaba anualmente a los templarios, pasaron a ser cuatro en tiempos del rey Juan e iban destinados específicamente al capítulo provincial de la orden con motivo de la festividad de Pentecostés. Eduardo I de Inglaterra ratificó la donación de los cincuenta marcos anuales, pero el regalo de los venados dejó de realizarse en 1272, a la muerte de Enrique III.[28]

La orden también recibió diversos privilegios legales, en virtud de los cuales sus arrendatarios no quedaban sometidos en parte a la jurisdicción de la Corona. El 6 de octubre de 1189 Ricardo I concedió a los templarios numerosas exenciones del pago de impuestos que, además, les permitía disfrutar de su propia independencia frente a la jurisdicción real.[29] En virtud de dichas exenciones los templarios podían comerciar más fácilmente en Inglaterra y también podían trasladar sus mercancías hasta los puertos para ser exportadas al extranjero. No tenían que pagar las contribuciones tradicionales, como los derechos de amparo, el impuesto feudal y las tasas por la protección de los cas-

tillos, que habrían mermado notablemente los recursos que necesitaban para la defensa de Tierra Santa. Tampoco perderían recursos teniendo que esperar a los jueces del reino cuando necesitaran que se cumpliera la ley, pues podrían procesar a ladrones y a otros delincuentes menores sin que interviniera la justicia real. Sólo los crímenes importantes, castigados con la horca o la mutilación, tendrían que ser vistos en los tribunales de la Corona.

Durante su cruzada de 1189-1192, Ricardo I colaboró estrechamente con los templarios, pero no fue una relación de igual a igual. Si bien valoraba los consejos militares de los templarios y los hospitalarios, el rey tenía el firme convencimiento de que era él quien estaba al mando y la finalidad de las órdenes consistía en asistirlo. Tras la conquista de Chipre, el monarca vendió la isla a la Orden del Temple, obteniendo así una suma de dinero muy necesaria para su erario. Sin embargo, los templarios fueron incapaces de administrar Chipre e intentaron vendérsela de nuevo a Ricardo, que se negó a devolverles su dinero. El rey cedió entonces la isla a Guy de Lusignan, que probablemente reparara el entuerto o donara a los templarios importantes extensiones de tierra en Chipre.[30] Además, Ricardo dio a los templarios un nuevo maestre, Roberto de Sablé o Sabloel, antiguo almirante y vasallo suyo. Por aquella misma época, la Orden del Hospital de San Juan eligió también a un maestre inglés, Garnier de Nablus. Según ciertos documentos, en el otoño de 1192, cuando regresaba a su reino tras la campaña en Oriente, Ricardo se disfrazó de templario para no caer en manos de sus enemigos, estrategia que no dio los frutos esperados. Esta historia probablemente no sea veraz, pero lo cierto es que el rey tenía a varios templarios en su séquito.[31]

La estrecha colaboración de los templarios con los monarcas ingleses se prolongó durante los reinados de Juan y del hijo de éste, Enrique III. Los clérigos templarios dijeron misas por las almas de ambos monarcas, y en 1231 Enrique y su esposa, la reina Leonor de Provenza, prometieron entregar sus cuerpos difuntos a la orden para que fueran enterrados en la iglesia del

New Temple de Londres. Esto significaba que el New Temple se habría convertido en un mausoleo real y que habría recibido de los herederos del soberano una importante ayuda financiera a largo plazo. La ampliación de la iglesia del New Temple por parte de los templarios no se haría esperar. La orden remodeló el templo con una nueva nave rectangular que seguía los gustos arquitectónicos de la época. Pero en 1246 Enrique cambió de opinión y decidió que él y su esposa fueran enterrados en la actual iglesia de la abadía de Westminster, cuya construcción inició el monarca en 1245 en la sede de una antigua basílica. Durante los años siguientes los templarios fueron perdiendo gradualmente el favor real; seguían siendo una orden privilegiada, pero recibían menos donaciones y cada vez estaban más alejados del monarca. El limosnero real ya no era templario. Los hospitalarios, por su parte, siguieron disfrutando del favor del rey, y desde 1273 hasta 1280 el cargo de tesorero de Inglaterra estuvo en manos de un caballero del Hospital, el hermano José de Chauncey. Pero incluso los hospitalarios recibían más favores que donaciones.[32]

¿Por qué cambió la política de los reyes respecto a los templarios? No es una pregunta fácil de responder. Cambió no sólo en Inglaterra, sino también en Irlanda, donde al prior del Hospital le fueron confiadas importantes responsabilidades administrativas, financieras y militares a finales del siglo XIII, mientras que a los templarios únicamente se les pedía que revisaran las cuentas de la tesorería. Es probable que en la segunda mitad del siglo XIII los hospitalarios de las islas Británicas atrajeran a sus filas a individuos que podían convertirse en administradores capacitados, mientras que los templarios no lo hicieron: la doble vocación militar y hospitalaria de los primeros quizá atrajera a individuos más versátiles que la estricta vocación militar de los segundos. Tal vez los hospitalarios estuvieran más dispuestos a ser empleados como administradores, mientras que los templarios se concentraron con más resolución en la defensa de Tierra Santa. Quizá Enrique III creara su propio modelo de patroci-

nio, emprendiendo la reconstrucción de la abadía de Westminster, y en su afán de desarrollar una imagen de monarca piadoso, tal vez sintiera que ya no era necesario seguir el modelo de patrocinio de sus antepasados. Quizá no tuviera el mismo interés por las cruzadas que sus predecesores; aunque tomó tres veces la cruz, dando a entender que pretendía emprender una cruzada, al final nunca lo hizo.[33] Tal vez cuando el hermano Godofredo el Templario cesó en sus cargos de limosnero y camarero mayor del rey, el vínculo personal de Enrique con los templarios fuera diluyéndose cada vez más, y el monarca dejara de interesarse por la orden. Según parece, Enrique también empezó a ver que la colaboración con las órdenes militares resultaba igual de difícil y obstructiva que la que pudiera mantener con cualquier otra orden religiosa de Inglaterra, y consideró que habían recibido tantos privilegios y propiedades que socavaban su autoridad. Los problemas financieros del monarca también tuvieron mucho que ver con este asunto. El cronista Matthew Paris cuenta que Enrique criticaba a los hospitalarios y a los templarios por sus excesivos privilegios, y que el monarca decía que iba a recuperar lo que sus predecesores les habían concedido porque las órdenes se habían vuelto muy orgullosas. En esta ocasión Matthew Paris se pone del lado de las órdenes militares y en contra del soberano, y cuenta cómo el prior del Hospital en Inglaterra se levantó delante de Enrique y le recordó que sólo seguiría siendo rey si actuaba con justicia.[34]

Aunque a partir de 1240 su relación con el rey de Inglaterra no volvería a ser la misma, los templarios siguieron siendo unos servidores apreciados. Eduardo I puso mucho interés en que el maestre de la orden en Inglaterra le rindiera homenaje y le ofreciera sus servicios militares, al igual que hicieran otros señores seculares y órdenes religiosas; los templarios eran sus fieles vasallos. Su hijo, Eduardo II (1307-1327), valoraba a los templarios por los servicios prestados pasados y presentes. Cuando en noviembre de 1307 el papa Clemente V ordenó a este monarca que procediera a la detención de todos los templarios,

Eduardo replicó: «Los susodichos maestre y hermanos han sido constantes en la pureza de la fe católica y han recibido nuestros elogios y los de todo nuestro reino por su forma de vida y por sus costumbres. Nos no podemos creer en semejantes acusaciones a no ser que se nos ofrezcan más pruebas de ellas». Rogaba al papa que no creyera las mentiras que le habían contado acerca de la orden.[35]

El cambio que sufrió la relación existente entre los templarios y los monarcas ingleses se vio reflejado en ciertos acontecimientos ocurridos en Francia. Los templarios seguirían sirviendo a los reyes franceses hasta las detenciones de 1307, y apoyaron, como los hospitalarios, a Luis IX en sus dos cruzadas. Sin embargo, aunque Felipe II (1180-1223) había legado ciento cincuenta mil marcos de plata a los templarios, los hospitalarios y el rey Juan de Jerusalén en sus últimas voluntades de septiembre de 1222, ni Luis IX ni su hijo, Felipe III, legaron nada al Temple o al Hospital de San Juan en sus testamentos, y se concentraron, en cambio, en llevar a cabo donaciones a otras órdenes monásticas tradicionales como la del Cister, a las nuevas órdenes de frailes, a casas fundadas por los reyes de Francia, como, por ejemplo, La Victoire en Senlis (que conmemoraba la victoria obtenida en Bouvines en 1214), a órdenes laicas como la de las beguinas de París y a hospitales y órdenes religiosas dedicadas a asistir a pobres y huérfanos.[36]

El cambio de actitud de los reyes de Francia hacia las órdenes militares es un reflejo del nuevo ambiente religioso que empezó a respirarse en el siglo XIII y del giro que experimentó la política de la Corona. Uno de los principales motivos de que se realizaran donaciones a órdenes religiosas era ganarse el apoyo de éstas, además de poder influir en ellas, pero como iba creciendo la estabilidad política en el mundo cristiano de Occidente, la necesidad de llevar a cabo ese tipo de donaciones fue disminuyendo. En el siglo XIII los modelos de piedad comenzaron a encuadrarse en un marco personal en lugar de institucional. Los piadosos donantes dejaron de ser tan proclives a favo-

recer una gran orden institucionalizada, y cada vez más tendieron a patrocinar, por ejemplo, un hospicio de su ciudad ò región en el que se atendía a los pobres y enfermos del lugar, o a fundar una capilla de clérigos cantores en beneficio exclusivo de su alma. En consecuencia, a mediados del siglo XIII, las donaciones a órdenes religiosas estaban en franca decadencia.

La política de los reyes consistió también en reducir las donaciones a las órdenes religiosas. Las leyes que pusieron en vigor los monarcas de toda Europa prohibían realizar donaciones en «manos muertas» —esto es, a una institución religiosa— sin obtener previamente la autorización real. Esta medida fue tomada para evitar que las tierras que estaban sujetas al pago de arbitrios reales pasaran a manos de instituciones que estaban exentas del abono de dichos impuestos, causando así la pérdida de importantes ingresos en las arcas de la Corona. En Sicilia, en la década de 1220, Federico II de Hohenstaufen empezó a recuperar antiguas tierras de la corona, anulando viejos privilegios.[37] Ya hemos visto cómo Enrique III empezó a preocuparse por la amenaza que suponían para su autoridad real los privilegios y posesiones de las órdenes religiosas. Su hijo, Eduardo I, sancionó en 1279 la ley de manos muertas en virtud de la cual todo aquel que deseara realizar una donación a una orden religiosa debía, en primer lugar, pedir autorización para hacerlo. La Corona comenzaría entonces una investigación para averiguar hasta qué punto dicha donación podría repercutir negativamente en sus derechos e intereses. La donación sólo podría llevarse a cabo si no perjudicaba esos intereses. Eduardo también abrió una amplia investigación por toda Inglaterra para informarse de quién disfrutaba de los diversos derechos y privilegios de la Corona, y de cómo habían llegado a pasar a otras manos. Los que afirmaban estar en posesión de unos derechos que debían pertenecer al rey tenían que presentar la correspondiente carta de donación, o al menos contar con el testimonio de los jurados locales en el sentido de que esos derechos les pertenecían desde tiempos inmemoriales.[38]

Todos esos cambios provocaron a comienzos del siglo XIV una grave reducción de los ingresos de las órdenes religiosas. Llegaron al mismo tiempo que la inflación, de la que en parte fueron resultado, y esa inflación vino a reducir el valor de las rentas monetarias, lo que animó a los terratenientes a encargarse de la explotación de sus propiedades en lugar de arrendadas, aunque esto comportara un coste superior de los cultivos. Esos cambios fueron causa de muchos problemas para las órdenes militares —cuyos gastos en Oriente aumentaban con la misma velocidad que disminuían las donaciones en Occidente—, las cuales se vieron obligadas a sacar el máximo rendimiento de sus propiedades y privilegios en Occidente para conseguir todos los ingresos que les fuera posible; pero esta actitud haría que recayeran sobre ellas numerosas críticas.

La relación que mantenían las órdenes militares con papas y reyes les acarrearía constantes críticas, en uno y otro sentido. El hecho de que estuvieran al margen de la jurisdicción episcopal encrespaba a los obispos; el privilegio que tenían de excluir a sus propios arrendatarios de ciertos aspectos de la jurisdicción episcopal y de la Corona provocaba todavía más irritación. Los templarios colocaban una cruz en la casa de su arrendatario en cada distrito que estaba exento del pago de tributos reales, y los asociados de la orden que vivían en su propio domicilio colocaban cruces en sus viviendas para indicar que estaban al margen de la jurisdicción episcopal. Los hospitalarios, que disfrutaban también de esos privilegios, hacían lo mismo. Durante el proceso de la Orden del Temple en Inglaterra uno de los cargos imputados a los hermanos que fue objeto de una mayor atención por parte de los testigos no templarios fue que la orden denigraba la cruz, delito que incluía la mala utilización del símbolo de Cristo al colocarlo en casas que no estaban autorizadas para ostentarlo.[39]

La aversión que sentía Matthew Paris por el Temple y el Hospital de San Juan se debía en parte a la relación que mantenían estas órdenes con el rey Enrique III, por quien el cronista

no profesaba admiración alguna y cuya política desaprobaba. Del mismo modo, las críticas que lanzaban Guillermo de Tiro y Walter Map contra las dos órdenes militares en parte tenían su origen en los vínculos que mantenían ambas con el papado y en el hecho de que no tenían por qué someterse a la autoridad de los obispos. Como las órdenes tenían que confiar en esos príncipes para seguir existiendo y contar con su protección, tales críticas fueron imposibles de evitar.

Sin embargo, los papas y los monarcas también lanzaron críticas contra las órdenes militares por faltar a su vocación o no servirlos adecuadamente.[40] Desde los tiempos de Alejandro III, el papado no dejó de amonestar a los hermanos de ambas órdenes por abusar de sus privilegios. En 1207, el papa Inocencio III reprendió a los templarios por abusar de sus privilegios durante los interdictos. Cuando se cerraban todas las iglesias como castigo espiritual a una comunidad, los templarios tenían autorización para oficiar los servicios en sus capillas, pero no podían permitir la entrada de ningún intruso. Podían también abrir una vez al año las iglesias sometidas a interdicto para rezar en ellas y recoger limosnas para Tierra Santa. El problema residía en que admitían la entrada de intrusos en sus capillas y en que abrían las iglesias sancionadas más de una vez al año. También dejaban que cualquiera colectara las limosnas en su nombre, sin comprobar sus credenciales, permitían el ingreso indiscriminado en sus confraternidades, incluso el de delincuentes, asesinos o adúlteros conocidos, y no obedecían las órdenes de los legados pontificios. Las críticas de Inocencio no sólo iban dirigidas a los templarios: se quejaba de los hospitalarios en términos parecidos, y también lanzó graves acusaciones contra los cistercienses. Su deseo era reformar dichas órdenes religiosas porque anhelaba mejorar la espiritualidad de la Iglesia para que ésta pudiera combatir la herejía con mayor eficacia y consiguiera recuperar los Santos Lugares.

A medida que avanzó el siglo XIII los papas fueron preocupándose más por las disputas de las órdenes militares y en cómo

llevaban a cabo la defensa de los Santos Lugares. Gregorio IX se quejaba en marzo de 1238 de que habían llegado a sus oídos noticias de que los templarios no estaban defendiendo eficazmente las rutas de los peregrinos (de hecho se había firmado una tregua por aquella época en virtud de la cual los templarios no podían atacar a los musulmanes). En 1278, el papa Nicolás III (1277-1280) se dirigió por carta a la Orden del Temple, a la del Hospital de San Juan y a la de los caballeros teutónicos. En su misiva les decía que los hermanos, más que todos los otros «hijos de la luz» (cristiànos), tenían que estar firmemente determinados a limpiar Tierra Santa de la contaminación (los musulmanes), pues se les había encomendado muy en especial la defensa de aquella zona. Para que no se les achacara ninguna culpa, los instaba a volver su atención a Dios y a Su tierra. De no hacerlo, él mismo se encargaría de castigarlos. Probablemente el sumo pontífice se estuviera refiriendo a la participación de las órdenes en varias disputas de los estados cruzados, aunque también pasaba por alto las necesidades económicas y de personal de esas instituciones religiosas para poder combatir eficazmente al infiel. El propio papa estaba absorbido por la situación política de Italia y no hacía nada para enviar ningún tipo de ayuda a las órdenes. A diferencia de Gregorio IX, que estaba verdaderamente interesado en promover la causa de los cristianos latinos en Tierra Santa, Nicolás III parece más preocupado por alejar toda crítica de su persona.[41]

Las quejas de Enrique III acerca de los privilegios de los templarios y los hospitalarios de las que tenemos noticia, no son más que un reflejo de las que, según se cuenta, formuló también su tío Ricardo I. Roger de Howden refería que el famoso predicador Fulco de Neuilly reprendió a Ricardo por sus pecados, y le aconsejó casar a sus tres hijas, la soberbia, la avaricia y la lujuria (*luxuria*). El monarca aprovechó con astucia la alegoría y la dirigió contra la Iglesia, aduciendo que podía casar a la soberbia con los templarios, a la avaricia con los cistercienses y a la lujuria con los obispos. En resumen, que la Iglesia pusiera en or-

den su casa antes de criticarlo a él. Como durante su cruzada Ricardo valoró mucho a los templarios por su caballerosidad y sus cualidades militares, resulta curioso verlo aquí calificarlos como miembros del clero, aunque la acusación de soberbia se ajustaba particularmente bien a su condición de caballeros.[42]

También se suscitaban críticas cuando los gobernantes entraban en conflicto unos con otros. Si los templarios eran fieles servidores del papa, del rey de Francia y del rey de Inglaterra, ¿qué debían hacer cuando estos tres poderes se enfrentaban, como ocurrió durante el pontificado de Inocencio III, por ejemplo? Los hermanos decidían qué príncipe debía tener la preeminencia, pero entonces corrían el riesgo de acarrearse las iras de los otros. O podían optar por servir a los tres con la esperanza de preservar su neutralidad. Ésa fue la política adoptada cuando Inocencio III entró en conflicto con Felipe II de Francia y con el rey Juan de Inglaterra. Anteriormente, en otra ocasión, no les salió tan bien la jugada. En 1158, Enrique II de Inglaterra y Luis VII de Francia firmaron una alianza en virtud de la cual acordaron el compromiso matrimonial de Margarita, hija de Luis, todavía una niña de corta edad, y del mayor de los hijos vivos de Enrique, llamado también Enrique, a la sazón de tres años, para que se casaran en cuanto tuvieran edad suficiente. La dote de Margarita (el conjunto de bienes y derechos que debía aportar al matrimonio) sería el Vexin, la zona fronteriza en disputa entre el ducado de Normandía, perteneciente a Enrique (que, además de rey de Inglaterra, era duque de Normandía), y los dominios de Luis. Como era habitual, Margarita fue enviada a vivir con sus futuros suegros. Luis se quedaría con el Vexin hasta que tuviera lugar el casamiento. En 1160 se renegociaron los términos del acuerdo y los castillos fueron entregados a los templarios, considerados neutrales por ambas partes. Sin embargo, a finales de aquel mismo año Enrique celebró la boda de Margarita y su hijo, y los templarios le entregaron los castillos. Luis se vengó expulsando de Francia a los templarios en cuestión: se trataba de los hermanos Osto de Saint-Omer, antiguo

maestre del Temple en Inglaterra, Ricardo de Hastings, que ocupaba este mismo cargo por aquel entonces, y Roberto de Pirou, futuro comendador de Temple Hurst. Roger de Howden explica que los tres caballeros se presentaron ante Enrique, que los recibió con los brazos abiertos y los recompensó. En las crónicas del reinado de Enrique, los hermanos Osto y Ricardo aparecen mencionados a menudo entre los integrantes del séquito real. Aunque se suponía que su orden debía permanecer neutral en las disputas entre los monarcas cristianos, pusieron su lealtad en primer lugar al servicio de su rey «natural».[43]

Al principio, el papado y los distintos monarcas escogieron a los templarios como servidores de confianza debido a su piedad y su dedicación a la causa de la Cristiandad. Pero al ponerse al servicio del pontífice y de los reyes, los recursos de la orden dejaron de destinarse a la defensa de la Cristiandad. Así, por ejemplo, los templarios de Oriente perdieron los servicios del sabio y prudente Amaury de la Roche. Es más, el hecho de servir a los papas y a los reyes hizo que la orden se viera envuelta en asuntos políticos que acarrearon el descrédito de los hermanos. Valga a modo de ejemplo el odio que sentía Matthew Paris por el hermano Godofredo el Templario, servidor de Enrique III de Inglaterra. Y cuanto más se implicaron los templarios en el servicio de papas y reyes, más empañada se vio su imagen de caballeros piadosos y devotos. Los templarios se apoyaron en la protección y el patrocinio de pontífices y reyes, circunstancia que contribuyó al aumento de la riqueza y la influencia de la orden, pero que al final resultaría funesta para ella.

# 7

# Actividades comerciales y económicas

A mediados del siglo XIII un autor de sátiras inglés de lengua francesa anglonormanda describía el conjunto de la sociedad de la época en una obra titulada *Sur les états du monde* («Sobre los estados del mundo»). En ella hacía un repaso del papa, del clero, de los campesinos y por último de las órdenes militares del Temple y del Hospital de San Juan. Acusa al clero de avaricia, simonía (compra de cosas espirituales, temporales e intemporales), nepotismo (amiguismo) e inmoralidad. «¡Si ellos se salvan, entonces yo no estoy perdido!», exclama el poeta (versos 119-120). De los hospitalarios dice que no están interesados en comprar los favores de una mujer, mientras puedan tener sus caballos. Y cuando llega el turno de los templarios, el poeta sólo tenía una cosa que comentar:

> Son hombres muy valientes
> y es evidente que saben velar por sus intereses;
> pero les encanta el dinero.
> Cuando suben los precios
> prefieren vender su trigo
> antes que ofrecérselo a sus dependientes.[1]

En resumen, a los templarios no les interesaban las mujeres, ni ninguna otra cosa aparte del dinero.

Dadas las exigencias financieras a las que estaban sometidos, no es de extrañar que los templarios quisieran acumular todos los fondos que les fuera posible. En el capítulo anterior hemos visto algunos de los problemas concretos a los que tuvo que hacer frente la orden a mediados del siglo XIII: la franca decadencia de las donaciones caritativas y las limitaciones impuestas por la Corona a futuras donaciones. No obstante, los comentaristas de Occidente y Oriente consideraban que la preocupación de templarios y hospitalarios por el dinero era desmesurada y que no se correspondía con sus necesidades reales. Los templarios en particular estaban muy mal vistos: no como individuos simplemente avariciosos, sino como unos verdaderos miserables.

No es de extrañar, pues, que encontremos a estos caballeros haciendo dinero en distintos sectores. Buena parte de su caudal procedía de donaciones caritativas, pero la orden también generaba muchos ingresos por sí misma a través de actividades económicas y comerciales independientes, tanto en Occidente como en Oriente.

Dondequiera que la orden produjese trigo en sus campos, necesitaba molinos para moler el grano, pero los molinos eran también un medio importante de generar dinero: como eran caros de construir y mantener, había relativamente pocos en el siglo XII, y sus propietarios podían pedir sumas elevadas para su utilización. La mayoría de los molinos del siglo XII eran movidos por la fuerza del agua. El molino hidráulico más importante de los templarios se encontraba en Da'uk, a orillas del río Nahr Kurdaneh (o Belus), cuyo cauce iba desde Recordane (Kurdaneh) hasta Acre. Río arriba había otro molino propiedad de los hospitalarios. Hasta hace poco tiempo se creía que las ruinas de un molino de la región correspondían al molino de los hospitalarios, pero a raíz de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por Idan Shadek, del Departamento de Antigüedades de Israel, ha podido saberse que esas ruinas son las del molino de los templarios de Da'uk, mientras que el de los hos-

pitalarios estaba emplazado a unos trescientos ochenta metros del lugar, en dirección este.[2] Ambos eran grandes molinos. Como la superficie del lugar es prácticamente llana, los molinos disponían de norias horizontales para aprovechar al máximo la baja altura de caída del agua, pero incluso así los hermanos tenían problemas para conseguir una altura de caída suficiente. A partir de los primeros años del siglo XIII, las dos órdenes estarían en constante litigio por el abastecimiento de agua de sus molinos.

Los templarios solían cerrar las compuertas para hacer subir el nivel del agua en sus molinos y conseguir así una buena altura de caída, pero esto provocaba inundaciones en los campos de los hospitalarios, impidiendo el funcionamiento de su molino. Para evitar que se produjeran esas inundaciones, los templarios construyeron terraplenes en los terrenos de los hospitalarios, pero el agua seguía subiendo hacia las ruedas del molino de estos últimos. En represalia, los caballeros del Hospital decidirían retener el agua para que no pudiera llegar hasta el molino de los del Temple. Luego, cuando alcanzaran un buen nivel de caída, dejarían ir el agua, que bajaría con fuerza por el caz de los templarios, destrozando las ruedas de su molino. Los hospitalarios también se quejaban de que las compuertas de los canales que los templarios tenían instaladas en el río imposibilitaban el desplazamiento en barca hasta su molino. En consecuencia, decidieron romper esas compuertas para poder utilizar sus barcas.

En 1235, tras un prolongado enfrentamiento legal que llegó hasta la corte del papa, se negoció un acuerdo. Para evitar que las ruedas del molino de los templarios dejaran de funcionar debido a la subida del nivel del agua río abajo, se colocó un indicador al fondo del molino del Hospital, y a los templarios no les estaba permitido subir el nivel del agua por encima de esa señal. A cambio, los caballeros del Hospital tenían derecho a subir el nivel del agua en la represa de su molino para evitar que, al dejarla ir, el caudal dañara las ruedas del molino del Temple. Los hospitalarios debían disponer de dos barcas en el río: una después de pasar las compuertas del canal de los templarios y otra antes

de llegar a él, y tenían que cambiar de barca al llegar a la pequeña presa. Ninguna de las dos órdenes podía impedir el paso de barcas por el río. Pero la disputa no acabaría ahí, y en 1262 tuvo que negociarse otro acuerdo. Los templarios habían estado obstruyendo el paso de las barcas de los hospitalarios, bloqueando el curso del agua y provocando inundaciones, mientras que los hospitalarios se habían dedicado a canalizar el agua del río. Cuando su molino estaba durante un tiempo sin funcionar, los hospitalarios bloqueaban el canal del río para impedir la llegada de agua al molino de los templarios.[3] Esta penosa sucesión de incidentes pone de manifiesto la importancia que tenían los molinos para las dos órdenes, aunque también la falta de respeto que podía haber entre ambas. Fueron episodios lamentables como éstos los que hicieron que las dos principales órdenes militares se ganaran la fama de estar siempre en constante rivalidad.

Como los molinos desempeñaban un papel importantísimo en la agricultura y eran un medio excelente de generar ingresos, aunque su mantenimiento y su funcionamiento resultaran muy costosos, las órdenes religiosas, además de construirlos, recibieron numerosos molinos de sus benefactores. No todos los molinos hidráulicos se servían del agua de los ríos. En la franja costera británica, con sus imponentes subidas y bajadas de marea, se construyeron numerosos molinos de marea durante la Edad Media. La represa de estos molinos se llenaba al subir la marea, y entonces la altura de caída de sus aguas hacía funcionar al molino durante unas cuantas horas. Esa represa tenía que ser muy grande y a veces podía provocar graves obstrucciones en algún canal. El molino de marea que poseían los templarios a orillas del Fleet, cerca del New Temple en el Támesis, al oeste de Londres, fue derruido a comienzos del siglo XIV precisamente por esta razón. Temple Mill se erigía sobre el nivel de las aguas de marea junto al río Lea, al nordeste de Londres. Los templarios también tuvieron un molino de viento en Dunwich, Suffolk, regalo del rey Ricardo I de Inglaterra.[4] Pero hacer funcionar un molino no siempre resultaba rentable, de modo que los templa-

rios a veces los alquilaban a cambio dinero, grano u otros beneficios en especie.

Esos molinos molían el grano producido por la orden y sus arrendatarios. Las tierras propiedad del Temple eran cultivadas en parte directamente por la orden (como *demesne*) y en parte por arrendatarios. El alquiler de tierras suponía el ahorro de los costes de cultivo, pero en una época de inflación como el período comprendido entre finales del siglo XII y comienzos del XIII el valor de las rentas cayó vertiginosamente, de modo que en ocasiones resultaba más efectivo, desde un punto de vista económico, el cultivo directo de la tierra. En zonas en las que los templarios poseían sólo unas cuantas parcelas pequeñas, el cultivo directo no era eficaz desde un punto de vista administrativo, y la orden prefería alquilar esas tierras. En regiones como Essex, donde la orden era propietaria de una gran extensión de tierra, resultaba más efectivo cultivarla directamente.

Las órdenes militares que estaban autorizadas a cobrar diezmos —una décima parte de todo lo producido— solían acumular grandes cantidades de grano de sus arrendatarios, y de nuevo, en este sentido, los templarios no serían una excepción. Los graneros de su encomienda de Cressing, en Essex, todavía siguen en pie y han sido recientemente restaurados. No son los únicos graneros monásticos de la Edad Media que se han conservado, pero están entre los más impresionantes de Gran Bretaña. Sus dimensiones indican que se esperaban sustanciosos ingresos de esa encomienda, aunque en 1309 éstos fueron tan sólo de 43 libras, 16 chelines y 9 peniques, de los que 14 libras y 14 chelines sirvieron para cubrir los gastos, incluidos los correspondientes (1) al mantenimiento de tres capellanes que decían misa por las almas de los donantes, (2) al aprovisionamiento de lamparillas y cirios para la capilla y (3) al valor del pan y el trigo que se daban en caridad a los pobres que acudían a pedir limosna tres veces a la semana.[5] Lo que quedaba probablemente bastara para adquirir un caballo (por ejemplo), pero no un animal particularmente bueno.

Aparte de explotar las que ya eran cultivables, todas las órdenes religiosas participaron en la roturación de nuevas tierras. Disponían de la mano de obra y el dinero suficientes para hacerlo. En consecuencia, a menudo recibían tierras marginales de donantes que no podían trabajarlas por ellos mismos, pero que esperaban recibir a cambio algún tipo de compensación cuando la tierra fuera productiva (o cuando menos, que con ello se mejorara la situación económica local). Ya hemos visto anteriormente este tipo de donaciones a los templarios en la península Ibérica y en el este y el nordeste de Europa. Algunas de esas tierras eran más marginales desde un punto de vista político que agrícola. En Irlanda, los templarios recibieron diversas donaciones de los nuevos colonos cimbrionormandos a finales del siglo XII, y si bien estas tierras no lindaban con los irlandeses nativos, podían ser consideradas una especie de «ofrenda en prueba de agradecimiento» por el éxito de la invasión y colonización británica, a la vez que «marginales» en el sentido de que toda Irlanda era un territorio recién conquistado. En el sur de Gales sería la Orden del Hospital de San Juan la que más se beneficiaría de este tipo de donaciones, aunque la encomienda de los templarios de Garway, en Herefordshire, concuerda perfectamente con este modelo de colonización. Eran tierras que estaban en el mejor momento para ser explotadas, y el hecho de que los templarios limpiaran dos mil acres de bosque indica que se habían puesto manos a la obra con gran entusiasmo.

Los cistercienses fueron los principales beneficiarios de las tierras marginales, que utilizaban para el pastoreo de grandes rebaños. Los templarios normalmente instalaban en esas tierras a colonos para que las trabajaran. A Bruer, en Lincolnshire, llegaron colonos de la región que establecieron un nuevo asentamiento. El hecho de que el lugar ya no exista da fe de la naturaleza marginal de esas tierras.[6] En la península Ibérica los templarios emprendieron una política de colonización mucho más amplia. A continuación, reproducimos la traducción de una carta del Temple emitida en 1151 destinada a los posibles colo-

nizadores de Castelldans, en la Corona de Aragón. Los templarios garantizaban la cesión de tierras a dos individuos que a su vez debían atraer a más colonos.

> En nombre del Dios supremo que es Trino y Uno, amén. Yo, Pedro de Cartila, y yo, Frevol, y yo, Aimery, y yo, Guillermo de Tavernos, y todos nosotros los hermanos juntos entregamos el legado que poseemos en Castelldans, con excepción de nuestra *demesne* [la tierra cultivada directamente por el señor, que no se alquilaba a los arrendatarios], que conservamos, a ti Girbert y a ti Bernad Ferrer; para que la colonicéis en honor de Dios y del Temple, y así es el acuerdo entre nosotros y vosotros: que tú, Girbert, tendrás dos *pareladas*[7] de tierra y una torre con el diezmo y los primeros frutos[8] que pagues, y que tú, Bernad Ferrer, también dos *pareladas* con tu torre, al pagar el diezmo y los primeros frutos. Esto se os concede a vosotros, a vuestros hijos y vuestra descendencia. Pero los colonos que traeréis para colonizar la tierra en honor de Dios y del Temple nos pagarán diezmos y primeros frutos, y por cada *parelada* deberán entregarnos todos los años un jamón de cerdo de doce peniques, cuatro hogazas de pan ácimo y un día de trabajo durante la siembra.

Es muy probable que éstos fueran términos favorables. Las tierras que no eran adecuadas para la agricultura podían utilizarse para el pasto de los ganados. Esto es lo que sucede actualmente en Garway, donde los rebaños de ovejas salpican las verdes laderas del lugar. Los templarios poseían grandes rebaños en Yorkshire y también en la península Ibérica. Ambas regiones fueron importantes zonas de producción lanera durante la Edad Media, pero la producción de lana de los templarios era pequeña en comparación con la de los cistercienses.

Las órdenes religiosas también participaron en la industria: en la extracción de carbón y minerales metálicos, en la fundición de esos metales y en la fabricación de objetos. Los testimonios de que llevaron a cabo ese tipo de funciones en la Edad Media están perfectamente localizados, dependiendo esas funciones de

los materias que estaban disponibles en la región o de la idoneidad de los mismos. En Chastel Pèlerin, junto a la costa de Palestina, los templarios disponían de una salina, donde se destilaba el agua del mar para obtener sal.[9] En la aldea de as-Sumairiya, en el reino de Jerusalén, había una manufactura de vidrio; la aldea pertenecía a los templarios desde 1277.[10] En Occidente, donde la orden estaba relacionada con la producción de lana, participaron lógicamente en la industria textil. El abatanado de los tejidos fue uno de los primeros procesos de manufacturación que conoció la mecanización; en lugar de lavar y golpear los tejidos manualmente, unas enormes mazas de madera impulsadas por un molino hidráulico se encargaban de ello. Los templarios tenían dos molinos de abatanado en 1185, uno de ellos en Yorkshire, en su casa de Newsham, y el otro en Gloucestershire, en la localidad de Barton on Windrush, próxima a Temple Guiting.[11] Al igual que los molinos de grano, esas instalaciones industriales podían ser alquiladas a terceros. En 1246 el rey Enrique III de Inglaterra regaló a los templarios un par de herrerías en Fleet Street, al oeste de la ciudad de Londres. Como la orden debía recibir 18 peniques de renta anual por ellas, es evidente que las dos fraguas estaban alquiladas y que eran terceras personas quienes las trabajaban.[12]

En resumen, el Temple producía aquello que más convenía a la región. Del mismo modo que sus oficios religiosos se adecuaban a la práctica de la diócesis local, el estilo de sus iglesias seguía el estilo local y muchos de sus donantes eran también gentes del lugar, por lo que su producción también se adecuaba a las costumbres locales. A nadie se le ocurriría —al visitar una encomienda del Temple en Europa— que esta orden tenía su sede en Tierra Santa. Pensaría simplemente que se trataba de una comunidad local de religiosos. Por este motivo, a veces la orden construía iglesias de nave circular o decoraba el interior de sus capillas con frescos que representaban a los hermanos combatiendo en Oriente: para recordar a sus miembros y a todo el mundo cuál era la verdadera vocación de la Orden del Temple.

Había otras formas de hacer dinero además de la agricultura y la industria. El período comprendido entre comienzos del siglo XI y comienzos del siglo XIV fue una época de rápida expansión económica y comercial para Europa. Creció la población, grandes extensiones de tierras fueron convertidas en campos de cultivo, se fundaron ciudades y pueblos, comportando todo ello un aumento de las obras de construcción. El comercio experimentó una notable expansión. Esta época de crecimiento fue fruto de diversos factores: una fase de calor y sequedad que vino a cambiar la climatología de toda Europa, el final de las invasiones y una mayor estabilidad política, entre otros. Pero tocó a su fin a comienzos del siglo XIV debido en gran medida al deterioro climático, cuyos efectos ya se dejaron sentir en los primeros años del siglo. Sin embargo, la situación empeoró drásticamente a raíz de un trienio (1315-1318) de fuertes y constantes lluvias, que provocó la pérdida de las cosechas, numerosas enfermedades y la pésima nutrición de toda una generación que sería presa fácil de la peste negra cuando ésta llegara a Europa a finales de la década de 1340. Las causas de este cambio climático se desconocían, y unos atribuyeron el fenómeno al castigo enviado por Dios a los pecadores (*peccatis exigentibus*) —que era también el pretexto que se daba habitualmente para justificar el fracaso de las cruzadas—, y otros a las artimañas de grupos hostiles, como los judíos, los leprosos, los herejes o las brujas.

Durante la época caracterizada por las buenas condiciones climatológicas y la expansión económica y comercial, los templarios ampliaron rápidamente sus operaciones económicas y comerciales para poder financiar los compromisos militares que habían contraído en Oriente. En las zonas rurales consiguieron acumular mucho dinero no sólo gracias a la agricultura, sino también a las rentas y a diversas actividades comerciales. En 1301, por ejemplo, cierta dama llamada Avelina de Provins cedió a la orden cuatro aposentos en Provins debajo de «los Cordeliers», además de otras propiedades que había heredado. Hacía la donación por los numerosos favores que la orden le había

hecho en el pasado, «por propia voluntad, sin que nadie la obligue o la fuerce a hacerlo».[13] Los aposentos serían alquilados, incrementando así las rentas de la orden. La carta de donación no especifica con precisión qué favores había recibido Avelina, pero lo más probable es que la orden le hubiera prestado dinero.

Las órdenes religiosas eran utilizadas por los laicos a modo de depósito seguro de valores, y a todas ellas se les pedían préstamos de dinero en caso de necesidad. Los templarios en particular eran bien conocidos por efectuar este tipo de servicio financiero, por el mismo motivo que los reyes los emplearon como limosneros, tesoreros y portadores de dinero: la orden había desarrollado una serie de sistemas para la recaudación, el depósito en lugar seguro y el transporte de grandes sumas de dinero en efectivo y de otros valores en Occidente para luego hacerlos llegar a Oriente.[14] Sus cuarteles generales de París y Londres fueron muy utilizados por los mercaderes como centro de depósito de sus valores. La seguridad que ofrecían los sistemas empleados por los templarios era notoria, y se da por sentada en el relato de los *Anales de Dunstable* acerca del «atraco a mano armada» que perpetró el conde Eduardo en la casa del Temple, así como en la historia de Roger de Wendover sobre el momento en que los templarios se negaron a entregar al rey el dinero de Huberto de Burgh.

Curiosamente son muy pocas las noticias de quejas del mal uso que hicieron los templarios del dinero depositado en sus casas. La única manifestación en este sentido que he podido encontrar es el amargo relato que hace Jean de Joinville del modo en que los templarios «perdieron» las trescientas sesenta libras que había consignado a un tal hermano Esteban, comendador del palacio del Temple en Acre, poco después de su llegada a Tierra Santa en 1250. Cuando Jean envió a un representante a retirar cuarenta libras, el comendador dijo que no conocía a Jean ni sabía nada de su dinero. Jean de Joinville fue entonces a visitar al hermano Reinaldo de Vichiers, el que fuera mariscal de la orden durante el cautiverio de Luis IX en Egipto y que había permi-

tido a Jean coger el dinero necesario para pagar el rescate del rey. En agradecimiento a la actitud del mariscal en esa ocasión, Luis había utilizado su influencia para que la orden lo eligiera maestre. Jean de Joinville contó lo ocurrido al hermano Reinaldo, pero éste se negó a creer sus palabras.

> Cuando oyó lo que le conté, se exaltó mucho y me dijo: «Señor de Joinville, siento una gran estima por vos. Pero tened por seguro que si no retiráis esta reclamación, mi afecto hacia vos nunca más será el mismo. Pues deseáis que la gente crea que nuestros hermanos son vulgares ladrones». Y yo le contesté que, con la ayuda de Dios, nunca retiraría mi reclamación.[15]

Jean de Joinville pasó cuatro días muy preocupado antes de que el maestre viniera a verle «todo sonriente» y le dijera que había encontrado su dinero. El comendador del palacio había sido trasladado, y el dinero fue devuelto a Jean. Aunque ningún otro hombre de la época manifestó queja alguna en este sentido, la persistencia en acusar a los templarios de codiciosos, probablemente se basara en parte en otros casos semejantes de malversación.

Todas las órdenes religiosas prestaban dinero, pero como los cristianos no tenían permitido el cobro de intereses (la «usura»), se veían obligados a buscar otros métodos para cubrir el coste de los préstamos. Había varios sistemas para hacerlo. En algunos contratos de préstamo procedentes del sur de Francia se incluía una cláusula que estipulaba que en caso de que se produjera una depreciación de la moneda entre el momento en que se concedía el préstamo y la fecha fijada para su devolución, el prestatario debía añadir una cantidad previamente estipulada para compensar al prestamista. Como dicha cantidad debía ser siempre la misma, por mucho que se depreciara la moneda, es probable que tras ella se ocultara el importe correspondiente a los intereses. Análogamente, si se entregaba una parcela de tierra como garantía de un préstamo, podía estipularse en las condiciones del

contrato que el producto de esa tierra no era computable para la liquidación de la deuda.[16] Es probable que algunos tildaran de codiciosos a los templarios por incluir en los contratos de préstamo este tipo de cláusulas, pero los individuos que se lamentan de la orden no dicen que sean concretamente los préstamos la causa de su queja.

Entre los privilegios y exenciones que los templarios recibieron de los príncipes había numerosos derechos relacionados con la actividad comercial. Se les concedió el derecho de celebrar mercados semanales y ferias anuales en muchas de sus encomiendas. Tenían permiso del rey para celebrar ferias anuales en Witham, Essex y en Baldock, Hertfordshire; en 1212-1213 el rey Juan autorizó que abrieran un mercado en su nueva aldea de Wulnesford, en la parroquia de Witham, y el hijo de éste, Enrique III, dio permiso también para la celebración de una feria anual. En 1227 este mismo monarca autorizó, además de otra feria anual (que en 1240 sería trasladada a Wetherby), la celebración todos los martes de un mercado semanal en su aldea de Walshford, perteneciente a la parroquia de Ribston, en Yorkshire. Enrique también cambió el día que había mercado en Temple Bruer, autorizado por Enrique II, de jueves a miércoles, y autorizó la celebración de otra feria anual.[17] Todos esos mercados y ferias constituyeron un núcleo de comercio local, y fueron fuente de cuantiosos ingresos para la orden, procedentes tanto de los que pagaban unos derechos para tomar parte en ellos como del crecimiento económico general que supusieron para la región. El elevado número de concesiones que los templarios obtuvieron en Inglaterra para celebrar mercados y ferias pone de manifiesto que en este país al menos el comercio fue una fuente importante de ingresos para la orden.

Los privilegios comerciales de los templarios podían suscitar a veces alguna disputa, como ocurrió en torno a la década de 1260 en Provins, en la región francesa de Champagne. Los condes de Champagne habían concedido a los templarios el derecho a exigir el pago de un peaje a los productos que entraban en Provins.

Según los mercaderes de Provins, la orden hacía un uso abusivo de este privilegio. La carta que reproducimos a continuación fue escrita en francés vulgar y el tono de sus palabras es de total desesperación.

Éstas son las quejas de los ciudadanos de Provins acerca del trato que reciben de los templarios, contrario a los usos y costumbres de Provins. (Dirigida a Teobaldo, conde de Champagne.)

Señor, os contamos las malas acciones de las que hemos sido víctimas porque vos sois nuestro señor en la tierra al que tenemos que recurrir, pues no podemos recurrir a nadie más que a vos. Así pues, señor, os rogamos por amor de Dios que nos ayudéis para que podamos vivir bajo vuestra autoridad del mismo modo que nosotros y los nuestros hemos vivido bajo la de vuestros predecesores en el pasado.

Señor, las libertades de Provins son tales que a cambio del pago de un penique los martes, cuando se celebra el mercado en Provins, los ciudadanos están exentos de pagar peaje de todo lo que compran y venden relacionado con la pañería en cualquier lugar de Provins donde compren o vendan.

Señor, estamos acostumbrados y tenemos derecho a pesar la lana; todo aquel que pueda, y así lo desea, puede pesar en su casa, pesar con libertad, sin que nadie se oponga a ello. Los encargados de pesar la lana son nombrados por los ciudadanos de Provins y están bajo juramento; y si los ciudadanos perciben que los están estafando, destituyen a los pesadores y colocan a otros en su lugar.

Señor, lo que es más, durante las tres ferias que se celebran en Provins, esto es, la feria de mayo, la de San Ayoul y la de San Martín, estamos exentos del pago de tonelaje [impuesto sobre el peso de productos] en los siete primeros días de cada una de dichas ferias.

Señor, lo que es más, gozamos de las siguientes libertades: si compramos lana en alguna abadía, y nos ha sido entregada y la transportamos por nuestra cuenta y riesgo, no pagamos peaje. Pero hemos sido obligados a hacerlo, señor, de modo que debemos deciros que desde entonces no hemos podido traer lana de las abadías, pues la llevan a Chalons y a otros lugares, señor, y con

ello hemos sufrido cuantiosas pérdidas. Las gentes de las abadías nos explican por qué: porque cuando venden su lana a Provins, lana que sigue estando en sus abadías o que todavía no ha sido esquilada, no están obligados al pago de tonelaje, ni de pesaje, ni de ningún otro impuesto, pues nunca lo han hecho, y por esta razón llevan su lana a otros lugares, y han abandonado el comercio de Provins porque se les obliga a pagar pesaje y tonelaje.

Señor, nos hemos quejado de esto varias veces, y el conde Lorant ha recibido la orden de investigar la situación, y creemos, señor, que ésta ya ha sido realizada, y que si no se ha descubierto nada, os rogamos que ordenéis que se abra otra. Señor, como ha sido por vuestro requerimiento que ahora os informamos, os rogamos encarecidamente [que así lo hagáis], pues vos sois nuestro señor supremo, y no podemos recurrir a nadie más que a vos.

Señor, sabemos bien que si supierais el gran perjuicio que sufrís aquí con la pérdida de rentas de vuestros hornos, vuestros molinos, vuestros talleres textiles y de todas las demás fábricas que tenéis en Provins, y el gran perjuicio que vuestros ciudadanos sufren, que también revierte sobre vos, pues lo que poseen vuestros ciudadanos es también vuestro, y ellos no pueden sufrir perjuicios sin que éstos repercutan sobre vos. Señor, incluso la lana que solían traer los mercaderes ya no llega, y la poca que traen es tan cara que no nos queda margen de beneficio, por lo que la industria pañera de la ciudad está en franca decadencia debido a la falta de mercaderes de lana procedentes de las abadías, los cuales no vienen porque no pueden disfrutar de las costumbres a las que están habituados.

Señor, hemos tenido las libertades de las que hablamos desde tiempos inmemoriales, y las hemos disfrutado en paz, y nuestro señor, vuestro padre, al que Dios tenga en la Gloria, las corroboró en sus fueros. Señor, por amor de Dios, ayudadnos, pues hemos estado sufriendo esta situación diariamente durante nueve años o más, sin dejar de sufrir pérdidas en nuestros negocios.[18]

En este caso, si los templarios hacían un uso abusivo de sus privilegios que estaba deteriorando el comercio, como afirman los ciudadanos de Provins, también perjudicaban de hecho sus propios intereses a largo plazo. Si se destruía el comercio de la

lana en Provins, los templarios acabarían perdiendo dinero. Esperemos que el conde de Champagne pudiera convencerlos de lo equivocado de su actuación; lamentablemente ignoramos cómo terminó esta queja.

Cuando los templarios habían acumulado suficiente dinero en Occidente, tenían que hacerlo llegar a Oriente. Se ha producido algún debate entre los especialistas acerca de si hubo realmente transferencias de moneda, pero la versión más reciente afirma que la moneda era transportada desde Occidente hacia Oriente. Esto significa que los templarios necesitaron barcos para transportar las monedas, además de los productos agrícolas, caballos y el personal, a Oriente. También ofrecieron un servicio de transporte seguro a los peregrinos; más seguro y económico que el que pudiera ofrecer un transportista comercial.[19] Probablemente utilizaran embarcaciones pesadas de transporte en lugar de barcos de guerra. Buena parte de los testimonios que han llegado a nuestras manos relacionados con el comercio marítimo de los templarios proceden de importantes informes portuarios y de la documentación de la Corona autorizando la exportación de productos. En La Rochelle, en la costa occidental de Francia, durante el siglo XII los templarios recibieron varios viñedos y se dedicaron a la producción de vino para su propio consumo y para la exportación; aunque el cartulario de su convento se ha perdido, la documentación del puerto de La Rochelle revela que los templarios exportaban vino por mar.[20] No se trataba de una flota de barcos en el sentido moderno: una vez más, probablemente fueran naves de transporte, no de guerra, y es posible que, en vez de ser de su propiedad, los templarios las alquilaran en la medida de sus necesidades.

Los estatutos jerárquicos que se adjuntaban a la Regla del Temple, datados en el siglo XII, antes del año 1187, hablan de los barcos de la orden en Acre (apartado 119), pero no especifican el número de barcos del que se disponía. A partir de 1312 el Hospital de San Juan tuvo una participación muy activa en batallas navales, contando con un almirante al mando de sus

operaciones marítimas, pero sólo tenía cuatro galeras (barcos de guerra), además de otras embarcaciones. Es muy poco probable que los templarios tuvieran más galeras que los hospitalarios. Las embarcaciones habrían resultado muy pequeñas para los parámetros actuales, de calado poco profundo y con una velocidad de navegación reducida para poder resistir el oleaje y los vientos del océano abierto, adecuadas sólo para ser utilizadas en las aguas relativamente poco profundas de la cuenca mediterránea. Además, no podían transportar agua suficiente para largos trayectos sin escala.

Aunque a partir del siglo XII la navegación y los conocimientos marítimos mejoraron con suma rapidez, en esa época los marinos europeos no podían aventurarse a emprender largos viajes. Los viajes comerciales que los mercaderes británicos y escandinavos realizaron regularmente hasta las colonias vikingas de Groenlandia se efectuaban «saltando» de isla en isla por el Atlántico norte a través de una ruta bien conocida. En 1291 los hermanos Vivaldi de Génova emprendieron su viaje por la costa de África, pero nunca más se volvió a saber de ellos. Sin embargo, los avances marítimos siguieron adelante, impulsados por la esperanza de encontrar nuevas fuentes de comercio y oro, y por la voluntad de convertir al cristianismo a los paganos y obtener honores y gloria. En la década de 1330, los marinos de Europa occidental disponían de barcos que estaban preparados para cruzar el estrecho de Gibraltar y girar al sur, siguiendo su ruta con la ayuda de las corrientes y los vientos. Fue entonces cuando se volvieron a descubrir las islas Canarias y se trazó su mapa (el mundo de la Antigüedad ya las había conocido, pero se perdió su pista).[21] No obstante, todos esos avances llegaron demasiado tarde para que pudieran afectar a los templarios; aunque hubiera querido, a finales del siglo XIII a la orden no le quedaban recursos en reserva para poder utilizarlos en la exploración del Atlántico, y en la década de 1330 el Temple ya había sido disuelto.

Las primeras referencias de naves templarias fuera del reino de Jerusalén datan de comienzos del siglo XIII, cuando operaban

en Constantinopla y en la bahía de Vizcaya. En 1224, Enrique III de Inglaterra alquiló a la orden una nave, *La Gran Nave*, y a su capitán, el hermano Tomás del Temple de España, para utilizarlos en sus guerras de Francia. Más tarde compró la embarcación al maestre del Temple en España por doscientos marcos, y se la quedó.[22] Presumiblemente, si podían prescindir de ésta, los templarios en España dispusieran de unas cuantas naves. Como hemos indicado anteriormente en el relato de su frustrada cruzada, los templarios de la Corona de Aragón acompañaban a Jaime I cuando el rey zarpó rumbo a Oriente, pero el timón de su nave se rompió, y no disponían de uno de repuesto, lo que no indica precisamente que contaran con una gran experiencia naval o que hubieran realizado grandes inversiones en este sentido.

Roger de Flor, fundador del célebre ejército de mercenarios catalanes que aterrorizaron el Egeo a comienzos del siglo XIV, comenzó su carrera trabajando en una nave del Temple capitaneada por un sargento de la orden llamado el hermano Vassayll de Marsella. Cuando tuvo veinte años, el maestre «le concedió la capa», como dice Ramon Muntaner, biógrafo de Roger de Flor, y lo nombró hermano sargento. Poco tiempo después los templarios compraron a los genoveses una gran embarcación, «la más grande de la época», llamada *Falcon*. Al hermano Roger se le encomendó el gobierno de la nave. En este barco el futuro mercenario hizo mucho dinero para la orden: Muntaner no especifica cómo, y tal vez debamos preguntarnos si no lo hizo empleando el mismo tipo de piratería contra los musulmanes y los que comerciaban con ellos, como, por ejemplo, el Hospital de San Juan, que más tarde practicaría en el Mediterráneo. Roger de Flor también participó en la evacuación de Acre en mayo de 1291. Sin embargo, después de la derrota fue acusado de haberse quedado con una gran suma de dinero obtenida durante la evacuación. Ramon Muntaner cuenta que «el maestre le quitó todo lo que llevaba, y luego quiso colgarlo». Es probable que éste fuera el veredicto del capítulo: que Roger fuera desprovisto de su hábito y que luego muriera en la horca como castigo.

Cuando se enteró de la sentencia, Roger abandonó el *Falcon* en Marsella, pidió un préstamo, adquirió su propia nave y fue a ofrecer sus servicios a varios príncipes seculares.[23]

El hecho de que el gran navío español de los templarios fuera provisto también de su propio capitán, el hermano Tomás, que siguió al frente de la embarcación después de su compra por Enrique III, indica que ésta era la forma habitual de organización de los barcos del Temple. Teóricamente pertenecían a la orden, pero eran gestionados como unidades independientes al mando de hermanos que fueran marinos experimentados. Cuando no eran utilizados por la orden —por ejemplo para el transporte de peregrinos o de mercancías—, navegaban en corso o realizaban otras actividades comerciales. Ése era el método habitual de organizar la navegación durante la Edad Media. Las embarcaciones eran propiedad de su capitán, que además iba al frente de ellas, y eran arrendadas a terceros cuando era necesario. Reyes y gobernantes en general no disponían de una «armada permanente» como tal, pues los barcos resultaban caros de mantener y por bien mantenidos que estuvieran, duraban pocos años.

Aparte de aterrorizar a las embarcaciones enemigas, las naves de los templarios aparecen representadas en la documentación que se ha conservado transportando peregrinos, grano, personal y equipamiento militar del Mediterráneo occidental a Oriente. Obtener permiso para zarpar de un puerto de la Europa occidental no siempre resultaba fácil. Podía ser necesario el pago de onerosos derechos de anclaje, y a los navieros locales no les gustaba la competencia de los forasteros. En tiempos de guerra, los príncipes normalmente cerraban sus puertos y prohibían todo tipo de exportaciones ultramarinas, empezando por las que los templarios enviaban a Oriente. Los caballeros se veían entonces obligados a entablar negociaciones con el fin de obtener permiso para exportar los suministros esenciales.[24] Los testimonios conservados indican que los templarios embarcaron regularmente en el puerto de Marsella personas, dinero en metálico y mercancías desde por lo menos 1216. El hermano Vassayll,

que instruyó al hermano Roger de Flor en el arte de la navegación, era natural de Marsella. Los templarios emprendían sus travesías también desde Sicilia y desde otros puntos del sur de Italia, especialmente desde finales de la década de 1260, cuando la zona quedó bajo el control de Carlos I de Anjou y sus sucesores. Fue ésa la época en la que el hermano Vassayll llegó a Brindisi y conoció al joven Roger de Flor.

El relato que ofrece Ramon Muntaner del repentino abandono de la orden del Temple por parte del hermano Roger nos recuerda la otra cara de las actividades económicas y comerciales de los templarios. La orden se dedicaba a conseguir la mayor cantidad posible de dinero en Occidente con el fin de sufragar la defensa de Oriente. Semejantes actividades darían lugar a veces a disgustos y penalidades en Occidente, siempre que la orden intentara sacar provecho de sus exenciones y privilegios. Serían también la causa de que la orden adoptara una línea sumamente dura contra cualquier hermano acusado de concusión o de malversación de recursos. El robo era castigado con la expulsión de la orden a perpetuidad.[25] Se consideraba robo, por ejemplo, romper una llave o una cerradura, abandonar la casa o llevarse cualquier cosa que perteneciera a la orden (se especificaban algunas excepciones) y la apropiación indebida de cualquier bien de la misma con la finalidad que fuera. Los hermanos perdían el hábito y eran encarcelados y cargados de cadenas si cedían cualquier propiedad de la orden sin permiso, robaban a alguien fuera de la casa, u ocasionaban alguna pérdida a ésta, incluso por el simple hecho de romper una cerradura. Entre los ejemplos de pérdidas ocasionadas a la casa está el caso de un hermano que arrojó una maza contra un pájaro, pero no le acertó y la maza cayó a un río; o el de otro que causó daño a un caballo que había sido dejado al cuidado de la orden mientras estaba enfermo; o el de otro que estaba probando una espada (lo que habitualmente comportaba golpearla contra algún objeto duro, como, por ejemplo, un yunque) y la rompió; o el de otro que levantó un juego de copas de cristal y rompió una, perdió los

estribos y se puso a romper el resto mientras gritaba: «¡No puedo dar gracias a Dios ni a Su Santísima Madre por lo que me ha pasado!».[26] De todos ellos, en realidad sólo perdió los hábitos el hermano que causó daño al caballo, aunque no fue cargado de cadenas.

Una de las razones del rigor de la disciplina de la orden era causar a las personas ajenas a ella la impresión de que era sincera en su determinación de servir a Dios y a Su Santísima Madre. De los casos citados anteriormente, sólo el hermano cuya acción causó un daño a una persona ajena a la orden perdió el hábito; los demás fueron disculpados. Pero como las actas de los capítulos eran secretas, los profanos sólo tenían conocimiento de que un hermano había perdido el hábito, y no llegaban a saber que otros habían sido disculpados.

Los hermanos que robaban, golpeaban o causaban cualquier daño a los ajenos a la orden eran castigados con gran severidad. Tres templarios de Antioquía que mataron a unos mercaderes cristianos fueron condenados a ser flagelados por las calles de Trípoli, Tiro y Acre, con el fin de restablecer la confianza pública en la disciplina de la orden. Finalmente fueron encarcelados en Chastel Pèlerin, donde murieron.[27] El hermano Gilberto de Ogerstan, que robó parte del diezmo de Saladino recaudado en Inglaterra en 1188, fue cargado de cadenas y desapareció en las cárceles de la orden. Roger de Howden comenta que nadie supo lo que había sido de él.[28] En 1301 Walter le Bachelor, maestre del Temple en Irlanda, fue acusado de robar a la orden. Al tratarse de un personaje destacado de la vida pública irlandesa, su fechoría causó un tremendo escándalo, pero lo que sucedió después sería todavía más escandaloso. Le quitaron los hábitos y fue encarcelado en el New Temple, en Londres, donde murió. Corrieron rumores de que había muerto de hambre. La orden ni siquiera se molestó en enterrar su cadáver en el cementerio, alegando que había sido excomulgado (apartado oficialmente de la comunión de los fieles y del uso de los sacramentos) al morir.[29] Es evidente que una disciplina tan rígida impresionara a la Cris-

tiandad, pero, según parece, de hecho conmocionó a las gentes de la época. La suerte que corrió Walter le Bachelor fue uno de los escándalos que se imputaron a la orden durante su proceso en Inglaterra. En una época en la que las creencias religiosas hacían cada vez más hincapié en la misericordia de Dios, la humanidad de Cristo y la bondadosa intervención de Su Madre, la Virgen María, la disciplina severa y aparentemente inmisericorde de la Orden del Temple parecía a los ojos del mundo exterior no sólo inhumana, sino incluso impía.

# 8

# El proceso de los templarios y sus consecuencias

## Después de perder Tierra Santa

La pérdida de Acre en mayo de 1291 supuso un duro golpe psicológico para los templarios. La orden había perdido su cuartel general de Tierra Santa, buena parte de sus hombres y de sus pertrechos militares, además de numerosas fortalezas estratégicas en las que había invertido todos sus recursos de los últimos ciento cincuenta años años. Sólo su cuartel general de Acre representaba muchísimo dinero y mano de obra invertida, el legado del poder militar y económico que la orden había tenido en Oriente. Situado en el extremo occidental de la ciudad, cerca del puerto, sus grandes murallas miraban hacia los peregrinos que llegaban por mar de Occidente. El antiguo secretario del maestre Guillermo de Beaujeu describía el complejo con las siguientes palabras:

> ... el sector mejor fortificado de la ciudad, que abarcaba una amplia zona a orillas del mar, como un castillo, pues en su entrada había una torre elevada y poderosa provista de anchas murallas de más de ocho metros de espesor, y en cada esquina de la torre había un torreón, y en lo alto de cada torreón un pasante en forma de león, enorme y dorado. Los cuatro leones, el oro y la mano de obra costaron mil quinientos besantes sarracenos [la moneda

de mayor circulación en los estados cruzados], y el conjunto constituía una noble panorámica que admirar. Había otra puerta en el otro extremo, próxima al camino de Pisa, con otra torre, y cerca de esta torre, en el camino de Santa Ana, se levantaba un noble palacio que pertenecía al maestre. Allí, encima del convento de monjas de Santa Ana, se erigía otra torre de gran altura provista de campanas y de una iglesia igualmente noble. Había otra torre antiquísima junto al mar, construida por Saladino un siglo antes, en la que los templarios guardaban sus tesoros. Estaba situada prácticamente en las aguas, y las olas rompían en sus muros. Además, había otras muchas casas muy nobles en el recinto, de las que ahora no voy a hablar.[1]

Debido a las subidas del nivel del agua que se produjeron a lo largo del siglo XIV, buena parte del recinto templario de Acre se encuentra actualmente sumergido en el mar, aunque hay algunas ruinas accesibles que están en proceso de excavación.

La orden perdió también a su principal personal militar en la caída de Acre. El maestre, Guillermo de Beaujeu, pereció en el combate. El mariscal, Pedro de Sevrey, estuvo al mando de la defensa del reducto templario durante los últimos días de asedio y fue ejecutado por los musulmanes cuando salió a negociar con el sultán con la promesa de que se le concedía un salvoconducto. La mayoría de los hermanos perecieron en la última batalla o en la defensa final de su fortaleza en Acre.

Sólo un pequeño grupo de templarios consiguieron sobrevivir a la caída de Acre, aunque lograron evacuar parte de sus riquezas depositadas en la tesorería del recinto. Las preciosas posesiones que guardaban en las fortalezas que seguían en sus manos permanecían todavía a salvo, como, por ejemplo, la reliquia de santa Eufemia que estaba en Chastel Pèlerin. Pero perdieron todo lo demás. Los hermanos estaban tan desolados que, por lo que sabemos, ni siquiera enviaron a Oriente un mensaje para informar de lo ocurrido. Tras los desastres de 1187, el gran comendador Terricus (Thierry) había escrito a Occidente para comunicar a las principales autoridades cuál era la situación que

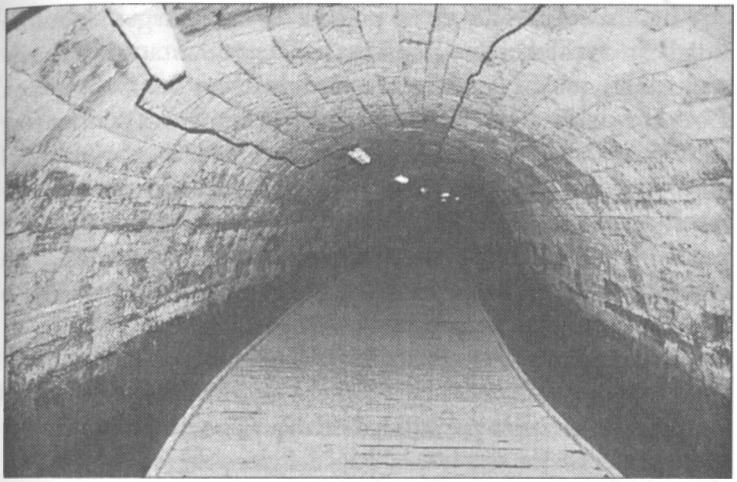


*Lámina 8.1. El «túnel de los templarios». Iba desde el recinto de los templarios en Acre hasta el puerto situado al otro lado de la ciudad. Formaba parte de un complejo sistema subterráneo de alcantarillado. Fotografía: Howard Smithline.*

se vivía en Oriente, pero en 1291, aunque el maestre del Hospital de San Juan, Juan de Villiers, envío noticias de lo ocurrido a sus hermanos de Occidente, de los templarios no se conserva ningún comunicado en este sentido. En mayo de 1291 el remanente que seguía en Acre se retiró en primer lugar a su castillo de Sidón, donde el gran comendador, Teobaldo Gaudin, fue elegido maestre de la orden. Tras la evacuación de Sidón, el convento se retiró a Chipre, donde los hospitalarios ya habían establecido su cuartel general. El emplazamiento de Chipre hacía de la isla una cabeza de puente idónea para atacar las costas de Siria y Palestina, y la convertía en un excelente puerto de partida para una nueva cruzada. La Orden Teutónica se instaló en Venecia, a medio camino entre sus dos frentes cruzados: el nordeste de Europa y Tierra Santa.

Las órdenes militares no podían dar una imagen de inutilidad. En su calidad de defensoras de Tierra Santa, eran las primeras a las que cabía achacar la pérdida de los Santos Lugares. Los papas instaron también a las órdenes militares a permanecer activas en Oriente (aunque ahora en el oriente insular, no en el continental). La Santa Sede deseaba que el mundo viera que estaba haciendo algo para recuperar Tierra Santa, en parte porque estaba verdaderamente preocupada en este sentido y en parte para silenciar cualquier crítica por su fracaso en el envío de ayuda a Oriente y dirigir a los posibles cruzados a Sicilia.

En agosto de 1291, el papa Nicolás IV convocó la reunión de los consejos provinciales para febrero de 1292 con la finalidad de que se evaluara la posibilidad de recuperar los Santos Lugares. Esos consejos eran asambleas del clero de todas las archidiócesis. El sumo pontífice sugirió que se discutieran diversos problemas específicos, entre otros la cuestión de la conveniencia de unificar las órdenes militares. Dada la influencia de las indicaciones de los papas, no es de extrañar que los consejos provinciales abogaran por la unificación y por que se tomaran medidas que garantizaran un uso más eficaz de los recursos de las órdenes. No obstante, no se pudo hacer nada porque Nicolás IV murió en marzo de ese año, antes de que las decisiones conciliares llegaran a Roma.

Nicolás IV ordenó también a los maestres del Temple y del Hospital la organización de una flota, y en enero de 1291 autorizó que las órdenes utilizaran sus navíos para ayudar a los armenios. En 1293 templarios y venecianos equiparon seis galeras en Venecia que debían acudir a Chipre para proteger la isla del infiel: había cuatro naves venecianas y dos templarias. Si damos por sentado que éste fue el número máximo de embarcaciones que los templarios consiguieron reunir para un proyecto tan importante como ése, una flota de dos naves no resulta precisamente impresionante. De camino a Oriente, en julio de 1293, las galeras encontraron siete naves genovesas. Como venecianos y genoveses estaban en guerra, los genoveses las atacaron y las

capturaron e hicieron prisioneros a trescientos de sus hombres. Así acabó aquella expedición, aunque las operaciones navales siguieron adelante. La importancia cada vez mayor que tenía el poder naval para templarios y hospitalarios queda patente en el hecho de que los primeros almirantes que se conocen de las dos órdenes aparecen en los documentos correspondientes a finales del siglo XIII y comienzos del XIV: 1299 en el caso de los hospitalarios, y 1301 en el de los templarios.[2]

Teobaldo Gaudin no causó buena impresión a los hombres de su época, aunque probablemente fuera ya un anciano cuando fue elegido: había estado activo en la orden desde 1260 como poco. Murió en abril de 1292.[3] Jacques de Molay lo sustituyó. Deseoso de hacer algo positivo para la recuperación de Tierra Santa, en 1294 Jacques de Molay viajó a Occidente para encontrarse con el papa, Bonifacio VIII (1294-1303), con el fin de discutir la posibilidad de una nueva cruzada. El sumo pontífice le concedió de ciertos privilegios (para reunir más dinero) y escribió al rey Eduardo I de Inglaterra solicitándole que permitiera a la orden exportar los suministros necesarios para Chipre. Carlos II de Nápoles (hijo de Carlos de Anjou) también permitió la exportación de material a Chipre. Luego Jacques de Molay fue a Francia y a Inglaterra en busca de apoyo para emprender una cruzada. No obstante, ninguno de los dos monarcas quiso comprometerse a llevar a cabo semejante empresa en un futuro próximo. Eduardo I de Inglaterra, que ya había participado en las cruzadas, había tomado de nuevo la cruz con la intención de partir rumbo a Oriente en 1294. Pero como Felipe IV de Francia había invadido sus territorios de Aquitania, la defensa de esas tierras era ahora prioritaria para el monarca inglés. Jacques de Molay regresó a Oriente con promesas y privilegios, pero sin una ayuda militar real y sin la esperanza de que se emprendiera de inmediato una cruzada.[4]

Mientras tanto, el papa Bonifacio VIII seguía ocupado con los asuntos de Europa, especialmente con la cuestión de Sicilia, donde Carlos II de Anjou y sus aliados papales, en un intento

por recuperar la isla, no habían conseguido expulsar al monarca aragonés. Tras la revuelta de las Vísperas Sicilianas de 1282, la isla había quedado primero bajo el gobierno del rey Pedro III de Aragón, luego bajo el de su segundogénito, Jaime (el futuro Jaime II de Aragón), y a continuación, desde 1295, bajo el del hermano menor de Jaime, Federico. Si bien los aragoneses no eran los monarcas que había elegido el papa para gobernar Sicilia, era evidente que difícilmente podía conseguirse su expulsión, y no había la menor duda de que eran preferibles a los Hohenstaufen sobre los que Carlos I de Anjou había logrado imponerse originalmente. Al final se llegó a un acuerdo con el Tratado de Caltabellotta (1302), que puso fin a las hostilidades y en virtud del cual Federico entregaría Sicilia a Carlos II o a su sucesor y sería recompensado con otro reino, como, por ejemplo, Chipre o Cerdeña. La tregua seguiría en pie, pero el tratado no se cumplió.

El papado tenía también otros problemas en Italia. Bonifacio VIII pertenecía a la familia de los Caetani y favorecía a sus parientes. La poderosa familia Colonna era rival de los Caetani, y no veía con buenos ojos el trato de favor que dispensaba el papa a sus enemigos. El resultado fue un enfrentamiento armado entre Bonifacio VIII y los Colonna; una guerra que tendría también una vertiente dialéctica en la que el sumo pontífice sería acusado de herejía y de haber asesinado a su predecesor, Celestino V (elegido papa y obligado a abdicar en 1294).

Además de las pugnas que mantuvo con sus enemigos políticos de Italia, Bonifacio VIII se vio involucrado en una disputa con el rey Felipe IV de Francia por los derechos del soberano a exigir el pago de tributos al clero francés. En virtud de una bula de 1296, Bonifacio prohibió a los príncipes seculares imponer el pago de tributos a la Iglesia sin su autorización. Felipe se vengó y prohibió al clero francés enviar dinero a Roma. El rey de Francia también apoyó a los Colonna en Italia contra Bonifacio; el papa se negó a que Felipe castigara al obispo de Pamiers, que había conjurado contra el monarca. Los dos bandos se enzarzaron en una guerra de propaganda, pero los ministros

de Felipe fueron mejores que el sumo pontífice. Bonifacio VIII fue acusado de herejía, de comprar cargos de la Iglesia (simonía) y de no ser un verdadero papa porque había sido elegido mediante engaños; de que tenía al mismo demonio como consejero, de que guardaba imágenes de plata de su persona en iglesias, de sodomía y de que no creía que los franceses tuvieran alma. El artífice de todas esas acusaciones fue el nuevo consejero de Felipe IV, Guillaume de Nogaret.

Bonifacio estaba a punto de excomulgar al rey francés cuando Guillaume de Nogaret y el enemigo del pontífice, Sciarra Colonna, se presentaron en la corte papal, en Anagni, con un ejército y lo detuvieron. El papa fue liberado por los ciudadanos de Anagni, pero murió de conmoción poco después.[5]

La crisis dejó a la Iglesia en Italia profundamente dividida. El sucesor del papa Bonifacio, Benedicto XI (1303-1304), intentó reconciliar a todas las partes, pero sólo viviría ocho meses. Hasta la primavera de 1305 no se elegiría al siguiente papa, Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, que tomó el nombre de Clemente V (1305-1314).[6] El nuevo pontífice no estaba relacionado con ninguna de las familias en pugna del centro de Italia. En su calidad de arzobispo de Burdeos, su señor feudal era el rey de Inglaterra, de modo que resultaba una elección acertada a los ojos de la facción antifrancesa de la Iglesia, pero no dejaba de ser francés, por lo que Felipe IV y sus partidarios lo aceptarían sin reticencias. Clemente no era un hombre sano y heredó un papado que había perdido su prestigio y poder en el trascurso de las últimas décadas debido a su participación en las guerras de facciones y en la pugna por Sicilia y a su ineptitud a la hora de prestar ayuda a los cristianos latinos en Oriente. La situación política de Roma estaba tan caldeada que ni siquiera se atrevió a elegir esta ciudad como sede de su pontificado. Felipe IV le ofreció un refugio en Francia que Clemente aceptó. En 1309 estableció su gobierno en Aviñón (en Francia, pero no en territorio controlado directamente por el rey), que siguió siendo la sede del papado hasta 1378.

Si bien el papado se mostraría incapaz de ayudar a los refugiados en Oriente, aparecería un atisbo de esperanza de recuperar los Santos Lugares en la persona del ilkan mongol de Persia.[7] Cuando los mongoles empezaron a irrumpir en Europa en 1241, el pánico se adueñó de la Cristiandad de Occidente, pero en 1280 las altas jerarquías de la Iglesia consideraban a los mongoles potenciales conversos al cristianismo, además de aliados contra los musulmanes. El ilkan mongol también veía en los cristianos latinos a unos aliados en potencia contra los mamelucos de Egipto. A finales de 1299 el ilkan Ghazan de Persia —convertido al islam desde hacía poco tiempo— escribió al rey Enrique II de Chipre y a los maestres del Hospital y del Temple, pidiéndoles ayuda para la campaña militar que pensaba lanzar en Palestina contra los mamelucos. El ilkan invadió Palestina, pero cuando llegaron los refuerzos cristianos latinos ya se había retirado a Persia. El rey de Chipre y los maestres de las órdenes militares pensaron entonces poder unirse a las tropas de Ghazan a finales de 1300, pero el ilkan no regresó hasta febrero de 1301, cuando las fuerzas cristianas latinas ya habían saqueado la costa de Siria y se habían retirado. Los templarios conservarían una base en la isla de Arwad (llamada también Ruwad, la antigua Arados) frente a Tortosa (Tartus) hasta octubre de 1302 ó 1303, cuando la isla fue reconquistada por los mamelucos; el rey de Chipre y los maestres del Temple y el Hospital intentaron reunir tropas de refuerzo para salvar la isla, pero lo consiguieron demasiado tarde.

Se ha sugerido que probablemente los templarios pretendieran establecer a largo plazo un centro de operaciones en Arwad con la intención de trasladar allí su cuartel general de Chipre. El problema residía en que Arwad es demasiado pequeña para ser autosuficiente y en que estaba muy cerca de la costa dominada por los mamelucos, los cuales, además, controlaban el mar. A raíz de la pérdida de Arwad, Jacques de Molay perdió la confianza en las pequeñas expediciones de avanzadilla y se concentró en intentar poner en marcha una gran cruzada. En 1304

hizo venir hasta Chipre al maestre del Temple en Inglaterra, Guillermo de la More, para hablar sobre las posibilidades de emprender una nueva cruzada. Guillermo zarpó con una carta de recomendación de Eduardo I, en la que el monarca inglés pedía a Jacques de Molay que le enviara información detallada de la situación en Oriente.[8] Eduardo seguía abrigando esperanzas de emprender una cruzada, pero la revuelta capitaneada por Robert Bruce que estalló en Escocia a comienzos de 1306 impidió su partida: primero tenía que apaciguar el ánimo de los escoceses. Felipe IV de Francia, siguiendo la tradición de su familia, también se mostró entusiasta ante la idea de lanzar una nueva cruzada: desde los tiempos de Luis VII, todos sus antepasados habían participado en cruzadas en uno u otro lugar. Pero sólo pensaba participar si se aceptaban sus condiciones, a saber, que desempeñara un papel destacado en la cruzada y que Francia ocupara un lugar privilegiado en la expedición. Esas pretensiones ofendieron a los cruzados en potencia de la península Ibérica, a los ingleses, los alemanes y los italianos, dificultando además la organización de la empresa.

Como centro de operaciones, Chipre era más secular que Arwad, pero los templarios y los hospitalarios no podían hacer llegar a la isla los recursos necesarios para apoyar al numeroso contingente de fuerzas imprescindible para llevar a cabo incursiones en Tierra Santa. El régimen de Enrique II estaba a la defensiva, pues el monarca se veía amenazado no sólo por Federico de Sicilia (que debía recibir el reino de Chipre en virtud del Tratado de Caltabellotta), sino también por sus propios hermanos y vasallos, que lo consideraban un incompetente. Temía el poder y la influencia de las órdenes militares, y decidió poner coto a sus operaciones en la isla. Con anterioridad, durante un breve período de tiempo, los templarios habían sido los dueños de Chipre, donde ahora disponían de extensas propiedades. Eran aliados del rey de Aragón, hermano de Federico de Sicilia, y además mantenían relaciones amistosas con Carlos II de Nápoles, que también tenía pretensiones sobre Chipre. ¿Y si los tem-

plarios apoyaban una invasión en Chipre con el fin de poder utilizar la isla como centro de operaciones para una nueva cruzada? Las sospechas del monarca chipriota no eran infundadas: en 1306 los templarios apoyaron a su hermano, Amaury, cuando, tras contar con la adhesión de muchos nobles de la isla, éste derrocó a Enrique y asumió el gobierno.[9]

Mientras tanto, en Occidente, varios comentaristas habían comenzado a escribir tratados acerca de cómo podía recuperarse Tierra Santa. Parte de estos escritos fueron preparados para el Segundo Concilio de Lyon de 1274, pero la mayoría apareció tras la pérdida de Acre en 1291. Resulta difícil establecer la seriedad de los planes que proponían, y algunos de ellos parecían muy poco prácticos. Sin embargo, otorgaban a las órdenes un papel decisivo: debían dirigir la reconquista y servir de ejército permanente en las tierras recuperadas. Para llevar a cabo todos esos planes tenían que abordarse dos problemas, a saber, cómo evitar la rivalidad entre las órdenes y qué hacer con Tierra Santa después de su reconquista. La conclusión general era que las órdenes militares debían ser unificadas, y que el maestre de la orden resultante tenía que ser el soberano del nuevo reino de Jerusalén cuando éste fuera reconquistado. Algunos autores sugirieron que ese maestre tenía que ser un rey o el hijo de un monarca de Occidente.[10]

En 1306 el papa Clemente V convocó a los maestres del Temple y del Hospital a su corte en Poitiers, en el reino de Francia, para que manifestaran su opinión acerca de la nueva cruzada y la posible unificación de las órdenes. Jacques de Molay se opuso a la idea de la unificación. Dijo que la rivalidad existente entre las órdenes había hecho que ambas compitieran siempre por defender mejor a la Cristiandad, de modo que era beneficiosa. En las cruzadas, una orden se había encargado de la vanguardia, y la otra había protegido la retaguardia. La unificación de las órdenes suscitaría sólo resentimientos, porque muchos oficiales perderían sus cargos para evitar una duplicidad. En cuanto a una nueva cruzada, Jacques de Molay no confiaba en las pequeñas

expediciones; quería una gran campaña militar. Además, sabía perfectamente que las expediciones estaban condenadas al fracaso si no contaban con un apoyo sustancial de Occidente.

Los comentarios del maestre del Hospital, Foulques de Villaret, acerca de una posible unificación no han llegado a nuestras manos, pero en la propuesta que presentó para la nueva cruzada se da por hecho que las tres órdenes militares, a saber, la del Temple, la del Hospital y la Orden Teutónica, seguirían funcionando como entidades independientes. Foulques de Villaret propuso que se llevara a cabo una pequeña expedición, seguida de otra mucho mayor, idea que después quiso poner en práctica. Organizó, con apoyo genovés, una pequeña expedición para la conquista de Rodas. La empresa fue un triunfo, pero la gran expedición que debía seguirla nunca llegó a materializarse.[11]

Los planes para unificar las órdenes militares no se desarrollaron según lo previsto (aunque al final la unificación tuvo lugar cuando la Orden del Temple fue disuelta y sus propiedades cedidas al Hospital). Sin embargo, aunque quedaran en agua de borrajas, esos planes sirvieron para demostrar que la Cristiandad de Occidente seguía teniendo un buen concepto de las órdenes militares, aun cuando hubieran fracasado en su defensa de Tierra Santa. Las órdenes necesitaban unas cuantas reformas, pero no eran un caso perdido; todavía podían hacer mucho por la Cristiandad y cumplir con su supuesta vocación. Incluso después de 1291, las órdenes militares en general, y la del Temple en particular, seguían estando bien consideradas en Occidente. Tenían sus detractores, como siempre, pero desde 1250 se habían mostrado *menos* críticos con sus actividades. Esto se debía a que otras órdenes religiosas, en particular los frailes, se habían hecho más impopulares de lo que llegaron a ser nunca las órdenes militares. Además, como desde la década de 1250 parecía que la situación en Oriente era prácticamente insalvable, mientras que en Europa se producía una serie de acontecimientos so-

brecogedores y emocionantes, muchos comentaristas se dedicaban a escribir acerca de lo que ocurría más cerca de su patria e ignoraban lo que estaba sucediendo en Oriente, de modo que no hablaban de las órdenes militares.

Aunque las órdenes militares tuvieran que asumir su parte de culpa por la pérdida de la ciudad de Acre en 1291, no fueron las únicas responsables; los comentaristas también acusaron al papa por no haber prestado todo su apoyo, el rey de Chipre por su negligente liderazgo y a los ciudadanos de Acre por considerarlos pecadores (ésta era una acusación general a la que se recurría cada vez que los cristianos eran derrotados por los musulmanes). Las órdenes militares seguían desempeñando un papel positivo en la literatura de ficción, aunque éste viniera dictado por ciertas convenciones, pero no habría sido así si los autores y el público no hubieran tenido un buen concepto de ellas. «Los templarios» continuaron apareciendo en las versiones de la leyenda del Santo Grial basadas en el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach: este autor escribió en la primera década del siglo XIII, y su obra se hizo tan popular que los autores alemanes siguieron adaptándola y desarrollándola a lo largo de toda la Edad Media. En su versión del relato, los templarios aparecen como los defensores del castillo del Grial y la *Salva Terra*, la Tierra Santa en la que se está emplazado el castillo del Grial, indicando que éste representa Jerusalén, la ciudad santa custodiada por los verdaderos templarios. Otros autores que escribieron acerca del Grial no hablan de los templarios, aunque estos caballeros siguieron apareciendo como personajes buenos de la historia en otras obras de literatura de ficción a lo largo de toda la Edad Media. A finales del siglo XIII y comienzos del XIV, algunos especialistas señalaron que los templarios «solían ser los mejores caballeros, aunque ahora estén en franca decadencia», pero sus consideraciones no vienen sino a demostrar que, pese a su sentimiento de decepción, algunos hombres de la época querían seguir teniendo un buen concepto de ellos. En resumen, si bien unos cuantos autores se quejaban de que los templarios

y otras órdenes militares se habían alejado de su vocación y ya no tenían ningún sentido, la mayoría de los comentaristas guardaba una buena opinión de ellos.[12]

Así pues, fue para casi todo el mundo como un jarro de agua fría cuando, al amanecer del 13 de octubre de 1307, los hermanos templarios de Francia fueron detenidos por sorpresa por orden del rey Felipe IV. Los caballeros fueron encarcelados y sometidos a interrogatorio por diversos cargos.

## Los cargos imputados a los templarios

La inocencia de los templarios de los cargos que en 1307-1308 les fueron imputados quedó establecida en la obra del historiador norteamericano Henry Charles Lea, publicada en 1889. En la actualidad, los especialistas ven esas acusaciones como un ejercicio de propaganda política.[13] Los «errores de fe» fueron cuidadosamente elaborados. Todos se basaban en los mitos populares acerca de los herejes y los magos, pero algunos fueron también invenciones maliciosas sutiles relacionadas con las verdaderas prácticas de la orden.

Las acusaciones de realizar besos obscenos, de adorar a un gato, de practicar activamente la homosexualidad, de negar a Cristo, de deshonrar la misa, de participar en cultos blasfemos vestidos con la ropa de diario y de excesivo secretismo, formaban todas ellas parte de un conjunto de creencias medievales relacionadas con las religiones heréticas.[14] Herejía es todo aquello que no se ajusta a las creencias aceptadas por la sociedad; para la Cristiandad de Occidente de la Edad Media, una herejía consistía en cualquier creencia condenada por la Iglesia. Los cristianos devotos temían las herejías porque estaban ocultas (pues nadie puede saber con seguridad cuáles son las creencias de otra persona) y consideraban que, si no se acababa con ellas, acarrearían la destrucción de la sociedad. O bien Dios castigaría a los cristianos por no haber acabado con los herejes, o bien directa-

*Errores de creencia*

Los templarios negaban a Cristo cuando ingresaban en la orden o poco tiempo después. Escupían en la cruz y la profanaban.

Intercambiaban besos obscenos en la ceremonia de ingreso en la orden.

Realizaban otros actos dudosos en esas ceremonias: se les obligaba a jurar que nunca abandonarían la orden, las ceremonias eran secretas y los hermanos instaban a practicar la sodomía.

Debían jurar no contar nunca lo que se había dicho en la ceremonia.

Adoraban a un gato.

No creía en la misa ni en los demás sacramentos de la Iglesia. Sus sacerdotes no pronunciaban las palabras de consagración durante la misa (de modo que cualquier donación entregada para que se dijera una misa por el alma del donante había sido en vano).

Se les decía que el maestre, el visitador y el comendador (que eran seglares) podían absolverlos de los pecados (la absolución era una competencia exclusiva de los sacerdotes debidamente ordenados).

Practicaban actos de sodomía.

Sólo se les permitía confesar sus pecados a un hermano de la orden.

No corregían estos errores, de los que se decía que eran «de observación general durante mucho tiempo», o una «vieja costumbre».

*Errores de práctica*

La orden no practicaba la caridad como debía, ni tampoco la hospitalidad.

Los hermanos no consideraban que fuera pecado la adquisición por medios legales o ilegales de propiedades que pertenecían a terceros.

No consideraban que fuera pecado intentar aumentar como les fuera posible los beneficios de la orden.

El perjurio no era considerado pecado si se cometía para obtener beneficios para la orden.

*Otras pruebas interesantes presentadas contra la orden*

Los hermanos celebraban los capítulos en secreto, de noche.

Muchos hermanos abandonaron la orden, «por los muchos errores y obscenidades que se cometían» en su seno.

Habían estallado numerosos escándalos por todas esas cosas.

Este resumen se basa en la traducción de los cargos que fueron imputados a la Orden del Temple realizada por Malcolm Barber para su libro *The Trial of the Templars*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, pp. 248-252.

*Figura 8.1. Breve lista de las acusaciones formuladas contra los templarios.*

mente los herejes acabarían destruyendo la sociedad, pues no eran temerosos de Dios y, por lo tanto, no respetaban a las autoridades a las que el Señor había dado su beneplácito. A partir del siglo XI, los hombres de iglesia empezaron a escribir comparando la herejía con una lepra que destruía lentamente a la Cristiandad o como un cáncer que la devoraba desde dentro, y a los herejes con una especie de langostas que devoraban todo lo bueno que había en la sociedad o con los escorpiones que pican a sus víctimas cuando menos lo esperan y acaban con su vida. El miedo a las herejías propio de la Edad Media puede ser asociado al miedo que en el siglo XX provocó el comunismo en los Estados Unidos de los años cincuenta y al temor que suscitó el satanismo en la Gran Bretaña de los años noventa: a menudo irracional y exagerado, desembocando en la desgracia y la miseria de muchos individuos totalmente inocentes que fueron acusados en falso.

La preocupación por las herejías creció vertiginosamente a partir del siglo XI. No cabe la menor duda de que corrían más herejías por aquel entonces. La sociedad estaba adquiriendo estabilidad y pujanza económica, y la cultura una mayor difusión, de modo que la población en su conjunto estaba más preparada y capacitada para pensar por sí misma y llegar a sus propias conclusiones en materias como la religión. La Iglesia no había conseguido responder a las numerosas demandas que planteaban el aumento de la población y el crecimiento de las ciudades, de modo que la gente comenzó a buscar apoyo moral allí donde lo encontrara; y a través del movimiento de reforma de la segunda mitad del siglo XI y las primeras décadas del XII, la misma Iglesia fomentó que la sociedad laica pusiera en tela de juicio el modo de vida de sus sacerdotes y esperara mucho más de ellos. Además, las autoridades de la Cristiandad occidental estaban más al acecho de las herejías. A medida que las monarquías mejoraron su organización y fueron desarrollándose los sistemas administrativos, los soberanos se mostraron más firmemente decididos a poner en vigor un sistema único de creencias.

Hubo muchas modalidades distintas de herejía en la Edad Media, empezando por los cátaros dualistas, que creían en dos dioses (uno bueno y otro malo), y acabando por los valdenses evangélicos, que creían que todos los cristianos tenían la obligación impuesta por Cristo de salir a predicar el Evangelio por el mundo. Muchos individuos piadosos fueron acusados de herejía, de hecho algunos pensaban que la mejor manera de poder identificar a los herejes era buscándolos entre las gentes que demostraban una gran devoción. Una característica que compartían todos los herejes era el entusiasmo por sus creencias y la convicción de que sólo ellos estaban en lo cierto.

Varias órdenes religiosas fueron acusadas de herejía: en 1238 el papa Gregorio IX acusó a los hospitalarios de tener a herejes entre ellos, ordenando que se reformaran. En el Concilio de Vienne de 1312 el decreto *Ad Nostrum* condenaba las creencias que, según se decía, profesaban beguinas y begardos (unos grupos de mujeres y hombres laicos que no contaban con una Regla autorizada y que no siempre vivían en casas organizadas); el Concilio consideró necesario condenar a los begardos en su conjunto, pero decidió no clausurar las casas organizadas, siempre y cuando estuvieran sometidas a una autoridad eclesiástica reconocida. El papa Juan XXII (1316-1334) condenó a los franciscanos espirituales, una rama de los frailes franciscanos que pretendía seguir la doctrina original de san Francisco de absoluta pobreza. El problema residía en que esos grupos suponían un desafío a las normas de la autoridad eclesiástica, aun cuando sus verdaderas creencias fueran ortodoxas en otros aspectos. La represión podía ser dura, y algunos espirituales que se negaron a acatar la decisión papal murieron quemados en la hoguera.[15] La Orden Teutónica en Livonia fue acusada de herejía por sus enemigos políticos en una serie de advertencias que éstos presentaron ante el sumo pontífice en 1298, 1300 y 1305: entre otros cargos fueron acusados de atacar a la Iglesia, de incinerar a los muertos (una práctica pagana) y de poner fin a la vida de los hermanos heridos. Los caballeros teutónicos se defendieron y presentaron

diversas contraacusaciones, pero la orden en Livonia fue excomulgada y el papa mandó que se abriera una investigación. Sin embargo, no pudo probarse nada, y los cargos fueron retirados; los aliados de la orden que había en la corte papal eran demasiado poderosos para permitir que se fuera adelante con el proceso, a diferencia de sus enemigos, que eran demasiado débiles.[16] En una palabra, no había nada de extraordinario en el hecho de que una orden religiosa fuera acusada de herejía.

Una vez que un individuo era acusado de herejía, se tenía que abrir por fuerza una investigación a no ser que se demostrara que el acusador era enemigo personal del inculpado. Era muy difícil encontrar a alguien dispuesto a defenderlo o a declarar en su favor, porque cualquiera que defendiera a un hereje fácilmente podía ser acusado también de herejía. La responsabilidad de investigar ese tipo de acusaciones recaía sobre el obispo local, que estaba facultado para nombrar un investigador si así lo deseaba; pero a partir de la década de 1230 el papa también nombraría a veces investigadores encargados de averiguar las posibles herejías que se daban en una región concreta y de ponerles solución.[17] Tradicionalmente, el juicio por ordalía había sido utilizado para averiguar la verdad en el curso de las investigaciones, pero como requería siempre la intervención divina (por ejemplo, si el acusado era arrojado al agua, tenía que quedar sumergido para demostrar su inocencia), a finales del siglo XII los juristas canónicos comenzaron a dejar de verlo con buenos ojos. En 1215, en el transcurso del Cuarto Concilio de Letrán, se decidió poner fin a esta práctica. ¿Cómo podría entonces un investigador descubrir la verdad? La respuesta es sencilla: se creía que al infligir dolor a un individuo durante el interrogatorio, se conseguía que la persona en cuestión dijera la verdad. Nadie pensó que cuando se hace uso de la tortura es muy probable que el maltratado confiese lo que el interrogador quiere oír. Los errores judiciales que se produjeron en Gran Bretaña en la década de 1970, como en los casos de los cuatro de Guildford y los seis de Birmingham, demuestran que ni siquie-

ra es necesario recurrir al uso de la tortura para convencer a un inocente de que confiese un crimen como se le exige.

El papa Inocencio IV autorizó en 1252 el empleo de tortura en los casos de herejía. No siempre se recurrió a ella, pues con frecuencia la amenaza de tortura bastaba para conseguir la confesión deseada.

A los acusados de herejía que confesaban y se arrepentían se les imponía una penitencia y luego se les absolvía. A los que se creía que eran culpables, pero se negaban a confesar, se les consideraba «renitentes», esto es, que se resistían obcecadamente a admitir su delito, y tenían que ser condenados a muerte. Como la Iglesia no podía derramar sangre, eran entregados a las autoridades seculares. El castigo tradicional impuesto a los disidentes religiosos, anterior al propio derecho romano y que se remontaba a los tiempos de los reinos de Oriente Medio del Antiguo Testamento (véase Daniel 3), era la muerte en la hoguera.

De los herejes que confesaban, pero luego se arrepentían de su confesión, se decía que habían vuelto a su pecado. Eran entregados a las autoridades seculares para ser quemados en la hoguera. Los que sólo confesaban en parte, o se sospechaba que no estaban totalmente arrepentidos, eran condenados a cadena perpetua.[18]

Como era prácticamente imposible escapar a una acusación de herejía una vez presentada, un medio bastante seguro de garantizar la rápida caída de un adversario político era acusarlo de herejía. Ese tipo de imputaciones fueron en aumento durante el siglo XIII, y es evidente que los cargos presentados contra los templarios encajan a la perfección en este modelo.

En otra esfera, las acusaciones de las que fueron objeto los templarios se basaban en ciertas creencias medievales relacionadas con la magia. Hasta el siglo XI, la Iglesia no se había tomado muy en serio las prácticas de brujería y magia: sólo cuando murió el paganismo activo en Europa occidental, la brujería pasó a ser considerada un asunto más grave que el mero conjunto de una serie de prácticas supersticiosas en las que caían las

mujeres ilusas. Podía resultar un peligro, pero no representaba una grave amenaza para el conjunto de la sociedad. Sin embargo, con el descubrimiento de los textos científicos clásicos griegos y árabes en la biblioteca de Toledo (conquistada en 1085 por Alfonso VI de León y Castilla), se cambió de opinión. Pues de esa antigua ciencia formaban también parte los textos mágicos, basados en las matemáticas y el estudio de los planetas y las estrellas y en las cualidades innatas de ciertas plantas, piedras y animales. Esos textos afirmaban que habían sido escritos por antiguos filósofos, profetas, científicos e incluso dioses, como, por ejemplo, Hermes, Aristóteles, Moisés, Sócrates, Platón y Ptolomeo. Prometían que a través del conocimiento del cielo y la tierra —y la correcta aplicación de ese conocimiento— era posible controlar los acontecimientos al antojo de cada uno. Por supuesto no se trataba de una mera superstición, sino de una ciencia potencialmente perjudicial. Y aunque no fuera una ciencia seria, merecía que fuera tenida en consideración; así pues, la magia pasó a integrarse en la esfera de lo posible, lo probable y lo extremadamente peligroso. Todos los reyes tuvieron la necesidad de conocer mejor esa ciencia, y los cortesanos la utilizaron para intentar aumentar su poder e influencia. Pero si bien los magos afirmaban que sólo podían efectuar su trabajo por medio del poder y la ayuda de Dios, el conjunto de la Iglesia no estaba tan convencido de ello. La magia relacionada con el control de los espíritus de las estrellas y otros poderes ocultos podía convertirse fácilmente en una forma de culto al demonio.[19]

Han llegado a nuestras manos numerosos libros de magia y esoterismo medieval del siglo XII: obras inspiradas (o que decían estar inspiradas) en la ciencia astrológica tradicional de Persia y Grecia, como las *Cyranides* y los *Secreta Secretorum*, un compendio de magia astral, nigromancia, conjuros y filosofía en el que se incluye la *Picatrix* (traducida del árabe al castellano para Alfonso X el Sabio, y posteriormente al latín), en textos mágicos, como el *Ars Notoria*, que ofrece una serie de imágenes mágicas que aseguran permitir que el estudiante ocioso consiga aprender

las siete artes liberales con gran rapidez, y en manuales de nigromancia. Todos esos libros se habrían guardado en secreto, sin que aparecieran en el catálogo de los propietarios de una biblioteca, pasando silenciosamente de una mano a otra gracias a un entramado de amistades. Todos hacen hincapié en la importancia del secretismo, en la necesidad de que no caigan en poder de los no iniciados, en el estudio constante y, por último, en un modo de vida caracterizado por el comportamiento piadoso y austero. Como dice el autor de la *Picatrix* en las primeras páginas de su obra: «Para alabanza y gloria de nuestro Dios supremo y omnipotente cuyas cualidades pueden revelar los secretos de las ciencias [*scientorum*, que también significa «todas las formas de conocimiento»] a los predestinados por él». Explica que «debes saber que es imposible adquirir el conocimiento del secreto que pretendemos revelar en el presente libro hasta que no se haya aprendido a adquirirlo. Y quienquiera que pretenda aprender el modo de adquirirlo debe profundizar en el estudio de las ciencias siguiendo el orden adecuado, pues sólo se llega al conocimiento del secreto a través de la sabiduría y del estudio de las ciencias en el orden adecuado. Además, hay una gran pureza en ese secreto, que será de gran ayuda para ti».[20] A continuación, habla de la nigromancia.

Secretismo, estudio y pureza: ¡todo en un mismo libro! Las acusaciones presentadas contra los templarios insinuaban que probablemente la Regla de la orden fuera ese libro. Las operaciones llevadas a cabo por los templarios en Oriente significaban que habían mantenido frecuentes contactos diplomáticos con los musulmanes. Algunos caballeros incluso habrían podido aprender árabe; la orden utilizaba a secretarios y también a espías que sabían esa lengua. Para los hombres cultos de Occidente, el árabe servía básicamente para leer textos mágicos en esa lengua. Es probable que creyeran incluso que la Regla del Temple era en realidad la traducción de un texto mágico árabe, como afirmaban ser muchos libros de magia. El hecho de que los templarios prefirieran que los intrusos no leyesen la Regla —y en realidad

en los estatutos se indicaba que hacerlo podía resultar perjudicial (apartado 326)—, no hizo más que favorecer esta hipótesis. Sin embargo, muchos individuos que no pertenecían a la orden conocían la Regla: uno de los testigos presentados durante el proceso de Chipre la había leído y dijo que no había nada de malo en ella; el papa Clemente V tenía dos copias, la Orden Teutónica la seguía y numerosas órdenes religiosas tenían ejemplares de ella. Todos ellos sabían que no se trataba de un texto mágico. Pero para los que no tenían ninguna relación con el Temple, los cargos apuntaban claramente a que la orden estaba en realidad involucrada en prácticas de magia.

La acusación de que los templarios veneraban una cabeza también venía a corroborar las sospechas de magia. Malcolm Barber ha mostrado que las pruebas relacionadas con el culto de esa supuesta cabeza que fueron presentadas durante el juicio tienen su origen en el folclore medieval, y que nada apunta a la existencia real de una cabeza barbuda como la que se describe en las actas del proceso.[21] Es bien cierto que los que forjaron las acusaciones contra los templarios probablemente pensaran en una cabeza barbuda específica. Dos maestres del Temple en Alemania tuvieron representada en sus sellos una cabeza de Cristo: Cristo era el soberano de la orden, de modo que parece razonable que su cabeza apareciera representada en el sello. Pero en general la orden solía utilizar únicamente la imagen del *agnus dei*, el cordero de Dios, para representar la figura de Cristo, y en toda la iconografía de los templarios que ha llegado a nuestras manos no encontramos ninguna cabeza barbuda, ni de Cristo ni de nadie... ¡A no ser que los templarios veneraran sus propios rostros barbudos! Los caballeros hospitalarios sí veneraban una cabeza barbuda, la de san Juan Bautista, que aparece representada en diversos sellos ingleses de la orden. También la encontramos en numerosas muestras iconográficas de la orden en Gran Bretaña, por ejemplo, en una pintura medieval que representa una cabeza barbuda que actualmente puede admirarse en la iglesia de Templecombe, en Somerset (Templecombe pasó a

ser una encomienda del Hospital tras la disolución de la Orden del Temple).[22] Probablemente la acusación de que los templarios veneraban una cabeza barbuda fuera concebida para confundir a los individuos ajenos a la orden, conocedores de que los hospitalarios veneraban una cabeza barbuda, pero que con frecuencia confundían a estos caballeros con los del Temple.

Sin embargo, esta acusación de venerar una cabeza barbuda parece también un forma de evocación de los textos mágicos de la época. *Picatrix*, en particular, da instrucciones de cómo utilizar una cabeza humana con fines mágicos. Una vez más, la acusación implicaba que los templarios se dedicaban a las artes mágicas.

La acusación de venerar un ídolo —del que se decía que tenía grandes poderes— también recuerda el retrato convencional que se hacía de los musulmanes en los escritos de la Europa occidental de los siglos XII, XIII y XIV. Contaban que los musulmanes adoraban los ídolos de Mahoma, Júpiter, Apolo y otros dioses. También decían que blasfemaban contra Cristo, escupían en la cruz y la deshonraban de múltiples maneras: las mismas acusaciones de las que fueron víctima los templarios. Por ejemplo, en sus relatos del asedio de Acre de 1189-1191, Ambrosio el trovador y el autor del *Itinerarium Peregrinorum* cuentan cómo un soldado musulmán subió a las murallas de la ciudad, golpeó un crucifijo, lo zarandeó «haciendo movimientos obscenos, imitando acciones sucias y pecaminosas y gritando blasfemias y palabras impías contra nuestra religión», y al final orinó sobre él. Llegado este punto uno de los cristianos le disparó con su ballesta en la ingle, y el sarraceno cayó muerto.[23]

Así pues, los templarios fueron acusados de comportarse como los musulmanes, pero como el *estereotipo* de los musulmanes. Los musulmanes de verdad no blasfemaban contra Cristo o Su Madre, la Virgen María, pues el islam considera a Jesús un gran profeta, 'Isā («¡Bendito sea!») y reconoce la virginidad de Su Madre. El islam prohíbe el uso de imágenes de animales y de personas en los cultos, de modo que los musulmanes carecen de ídolos. Las acusaciones lanzadas contra los templarios no indi-

can que éstos adoptaran prácticas musulmanas, pues esas imputaciones no representan en absoluto la verdadera práctica de los seguidores de Mahoma. Los templarios fueron acusados de haberse convertido en el estereotipo mítico del musulmán propio de la ficción.

¿Por qué iba un grupo a adoptar una serie de prácticas absolutamente míticas, sobre todo teniendo en cuenta que sabía a la perfección cómo era un musulmán de verdad (pues había tenido contactos frecuentes con él en Oriente) y que, según la creencia cristiana, dichas prácticas habrían supuesto su condenación? Como se cuenta que los templarios y los hospitalarios replicaron al conde Roberto de Artois en al-Manṣūra en 1250:

> ¿Con qué propósito, oh noble conde, recibimos los hábitos religiosos? Evidentemente no para hacer zozobrar la Iglesia de Cristo ni para perder nuestras almas tramando una traición. ¡Que semejante idea esté siempre lejos de nosotros, muy lejos! ¡Que semejante idea esté siempre lejos de cualquier cristiano![24]

La acusación de que los templarios se comportaban como musulmanes no tenía lógica alguna: de haberse «contaminado» con creencias musulmanas, los templarios habrían comenzado a actuar como verdaderos sarracenos, leyendo el Corán y adorando a Alá en lugar de Cristo; pero no fueron acusados de esto. Se les acusó de haberse convertido en musulmanes de cuentos de hadas. Como muchos textos mágicos eran obra de autores musulmanes o habían sido traducidos al árabe por musulmanes, este hecho corroboraba la acusación de que los templarios se dedicaban a practicar las artes mágicas.

Durante la Edad Media, hubo muchos magos famosos en activo, la mayoría de ellos relacionados con una orden religiosa o investidos del orden sacerdotal. Muchos príncipes, empezando por los papas, recurrieron a los magos, pero ninguno de éstos fue miembro del Temple. La única noticia que se tiene de la participación de un templario en prácticas mágicas, data de des-

pués de la disolución de la orden, cuando uno de sus viejos caballeros aparece como nigromante al servicio de un cardenal de la Iglesia. Como la orden había sido disuelta, el antiguo templario se aprovechaba de la nueva oportunidad que le habían ofrecido; pero no debió de tener mucho éxito en su nuevo empleo porque, según parece, fracasó en producir lo que deseaba su cliente.[25]

La magia medieval era una ciencia extremadamente culta, recogida en libros escritos casi siempre en latín, la lengua de la erudición, concebida para ser leída en privado, no en voz alta. Algunos libros estaban escritos en lengua vernácula, pero el latín resultaba más conveniente para una amplia distribución y para mantener esos textos mágicos fuera del alcance de los neófitos en la materia. Como hemos comprobado, los templarios no eran especialmente cultos. Pocos sabían leer en latín; los libros producidos para la orden estaban escritos en lengua vernácula y concebidos para ser leídos en voz alta a un grupo de personas. De ahí la imposibilidad de que los templarios tuvieran conocimientos de magia, y menos aún de que la practicaran.

El grupo más famoso por su relación con la magia durante la Edad Media fue el de los clérigos seculares. Para un clérigo pobre, instruido y con pocos ingresos probablemente fuera una gran tentación «cobrar» por sus conocimientos de latín y sacarse un sobresueldo con los feligreses más crédulos, ejecutando simples trucos de magia y elaborando «pociones y elixires».

El otro grupo que tuvo un interés particular en la magia fue el de los *literati*, los funcionarios instruidos que suponían la columna vertebral de la administración real. Incluso tal vez jugaran a ser magos. En 1315, Enguerrand de Marigny, antiguo chambelán y consejero de Felipe IV de Francia, fue ahorcado por emplear artes de magia por medio de imágenes contra el hijo y heredero de Felipe, Luis X, y el sobrino de Felipe, Carlos de Valois.[26] En los *literati* estaba integrado el grupo social de donde procedían los ministros de Felipe IV que formularon las acusaciones contra los templarios. En una palabra, los templarios fueron acusados en falso de llevar a cabo prácticas dudosas

a las que en realidad se dedicaban precisamente sus propios acusadores en los ratos de ocio.

A partir de mediados del siglo XIII, se recurrió cada vez más a las acusaciones de magia y de herejía para atacar a los políticos rivales. Como era habitual, una acompañaba a la otra, pues la magia era considerada una forma de herejía. Las acusaciones de magia quizá resultaran más creíbles que las de herejía, porque la mayoría de los cortesanos seguramente habrían estado relacionados con ella en un momento u otro de su vida, aunque sólo fuera por el mero hecho de pedir una predicción astrológica.

A comienzos del siglo XIV, Walter Langton, obispo de Lichfield y tesorero de Enrique I de Inglaterra, fue acusado por un tal Juan Lovetot de diversos delitos, entre otros el de rendir homenaje al diablo. Las acusaciones de Juan Lovetot estaban motivadas por una serie de agravios personales. La acusación no llegó demasiado lejos porque el rey se negó a apoyarla, pero ilustra cómo cada vez se hizo más habitual acusar a los adversarios políticos de blasfemia y crímenes parecidos simplemente como parte de un proceso judicial.[27] En el famoso proceso de hechicería de Kilkenny celebrado en 1324, en el que uno de los acusados fue quemado en la hoguera por brujo, los cargos originales fueron presentados con el fin de obtener una parte en una herencia que estaba en litigio.[28] Durante el reinado de Felipe IV de Francia y sus hijos, se presentaron acusaciones políticas de este tipo contra el papa Bonifacio VIII, contra el obispo Guichard de Troyes, y contra Enguerrand de Marigny.[29]

En una palabra, los cargos presentados contra los templarios los acusaban de herejía y magia, y eran habituales en los procesos políticos de la época. Si el caso llegaba a juzgarse, se aplicarían las normas habituales en los procesos de herejía; los hermanos no tendrían demasiadas esperanzas de limpiar su nombre, y la única opción real que les habría quedado habría sido confesar con rapidez su culpabilidad con el fin de salvar sus vidas. En Francia eso fue exactamente lo que sucedió.

Como los cargos contra los templarios no tenían fundamento en la crítica anterior y eran a todas luces acusaciones «tópicas», ¿por qué los creyó la gente? La respuesta a esta pregunta es doble. En primer lugar, prácticamente nadie fuera de los dominios del rey de Francia creyó *de hecho* en ellos. Y en segundo lugar, dentro de Francia dichos cargos se basaron cuidadosamente en las verdaderas actividades de los templarios.

La acusación de que los templarios veneraban una cabeza era cierta, pues la orden veneraba efectivamente las cabezas de por lo menos dos mártires, santa Eufemia y una de las vírgenes de santa Úrsula, la primera en Oriente y la segunda en París. Estas reliquias eran bien conocidas, podían ser contempladas a menudo y estaban plenamente atestiguadas. La veneración de las reliquias de los santos era un elemento habitual de las prácticas ortodoxas de los católicos romanos, y todas las órdenes religiosas veneraban alguna reliquia. Pero los templarios no fueron acusados de venerar la cabeza de santa Eufemia, pues eso no era ningún delito. Las acusaciones mezclaban la conocida veneración de las reliquias de los santos por los templarios con la conocida veneración de la cabeza con barba de san Juan Bautista por los hospitalarios, para crear la misteriosa «cabeza de los templarios» que tanto confundía a los hombres de la época y que a tantos comentaristas ha inducido a error desde entonces. Al hacerlo, cualquiera que formulara la acusación se estaría burlando también del culto a las reliquias, que empezaba a ser objeto de críticas por parte de las personas más cultas.[30] Los templarios eran muy devotos de las reliquias y estaban muy orgullosos de su devoción; presumiblemente, quien formulara la acusación considerara absurda esa devoción y pensara que se basaba en la ignorancia.

La acusación de que los templarios no honraban la misa golpeó a la orden en un punto muy sensible. Los ingresos de los templarios y el apoyo que les prestaban sus patronos dependían en buena medida de que sus sacerdotes celebraran misas por las almas de los donantes y sus familiares. La orden estaba muy or-

gullosa de los servicios religiosos que celebraba en sus capillas: Jacques de Molay declaró en 1308 ante los comisionados pontificios que no conocía ninguna orden que tuviera una ornamentación mejor o más hermosa o que dispusiera de mejores reliquias y de todo lo necesario para el culto divino, o cuyos sacerdotes y clérigos celebraran mejor el servicio divino. Un testigo secular en el proceso de Chipre, Parseval de Mar, le dio la razón: las capillas de los templarios estaban mejor decoradas que las de cualquier otra orden religiosa.[31]

Las acusaciones negaban rotundamente todo aquello de que los templarios eran los que estaban más orgullosos de servir a Dios. Decían que los templarios no habían defendido a la Cristiandad de los musulmanes, sino que habían adoptado las creencias y prácticas de estos últimos. Sus hermosas capillas, su devoción durante los santos oficios y los cuidados que dedicaban a las reliquias no eran más que una farsa.

Las acusaciones también se burlaban de los hermanos. Eran famosos por su desconocimiento de la teología. Algunos de ellos no habrían sabido qué diferencia había entre la absolución dada por un capellán de los pecados cometidos contra Dios y el perdón dado por un maestre de las faltas cometidas contra la Regla. La acusación de que se les enseñaba que el maestre, el visitador y el comendador podía absolverlos de sus pecados, totalmente inconsistente desde el punto de vista teológico, refleja la ignorancia de los hermanos. La acusación de que veneraban una cabeza barbuda era una mofa de sus barbas; a comienzos del siglo XIV la barba no estaba de moda. La acusación de que se les decía cuando ingresaban en la orden que podían entregarse a las prácticas de sodomía, pone en ridículo la castidad de los hermanos. La lectura atenta de las actas del proceso revela que en realidad se decía a los hermanos que si había escasez de camas —por ejemplo, cuando andaban por los caminos—, tal vez tuvieran que compartir la suya con otro hermano.[32]

Por último, debemos plantearnos la siguiente cuestión: ¿acaso le gustaban los gatos a Jacques de Molay? Seriamente, es im-

posible saber hasta qué punto las acusaciones lanzadas contra los templarios no eran más que un reflejo de algunas situaciones personales. Los hermanos quedaron absolutamente desconcertados ante aquella acusación de adorar a un gato. Algunos dijeron que habían visto entrar gatos en las ceremonias de recepción o en las reuniones capitulares en varias ocasiones: a veces era un gato blanco, otras negro o pardo. Las encomiendas de los templarios eran también centros agrícolas con grandes almacenes en los que se depositaba el grano y otros comestibles, de modo que probablemente el gato o los gatos de la casa habrían sido miembros importantes de la comunidad, pues libraban de ratas y ratones los graneros. Es cierto que la acusación de adorar a un gato era una de las que con más frecuencia se lanzaba contra los herejes, pero sería interesante saber si también reflejaba una situación concreta que se daba en la orden cuando tuvo lugar el proceso.[33]

En resumen, las acusaciones fueron concebidas con astucia para poner en evidencia los puntos más débiles de los templarios, para socavar los más fuertes y para que los hermanos no pudieran escapar a ellas. ¿Quién, pues, las maquinó?

Las acusaciones originales de 1307 fueron orquestadas por un tal Esquiu de Floyran, natural de Béziers, prior de Montfaucon. En enero de 1308, escribió a Jaime II de Aragón con gran regocijo, informando al monarca que sus acusaciones contra los templarios, que Jaime se había negado a creer, habían sido tomadas seriamente por Felipe IV de Francia. Esquiu había lanzado cuatro acusaciones: que los templarios negaban a Cristo cuando ingresaban en la orden y escupían en la cruz; que en la ceremonia de recepción se les decía que podían mantener relaciones sexuales entre ellos porque no podían hacerlo con mujeres; que besaban a quien les daba la bienvenida al final de la columna vertebral, en el ombligo y en la boca, y que adoraban un ídolo. Ahora añadía que los dones entregados a los templarios eran ofrecidos a los demonios y no a Dios. Según Esquiu, en un principio Jaime no había creído en sus acusaciones, pero había dicho que si podía demostrarlas le daría tres mil libras. Esquiu

consideraba que las confesiones de los templarios obtenidas bajo tortura en Francia a finales de 1307 constituían una prueba, y escribía al monarca aragonés reclamando el pago del dinero.[34]

Las imputaciones concebidas originalmente por Esquiu encajaban con el modelo de acusación de culto al diablo lanzada contra grandes figuras políticas de la época, como, por ejemplo, el papa Bonifacio VIII y Walter Langton. Al igual que las denuncias contra estos dos personajes, seguramente los cargos presentados por Esquiu estuvieran motivados por alguna afrenta personal que no tenía nada que ver con las acusaciones. Del mismo modo que Eduardo I de Inglaterra rechazó los cargos contra Walter Langton, Jaime II había rechazado los cargos presentados contra los templarios. El hecho de que Felipe IV y sus ministros se los tomaran en serio indica que tenían sus propias razones para arremeter contra los templarios. Los especialistas consideran que la versión final de las acusaciones «elaborada» contra la Orden del Temple fue concebida por Guillaume de Nogaret, el mismo que dirigió el ataque del monarca francés contra el papa Bonifacio VIII y que siguió utilizando acusaciones similares para arremeter contra Guichard, obispo de Troyes. Nogaret sabía perfectamente cómo presentar los cargos y obtener el efecto deseado.[35]

En el siglo XIX el especialista francés Jules Michelet sugirió que en realidad las acusaciones relacionadas con la negación de Cristo y otros abusos cometidos durante la ceremonia de ingreso en la orden de los hermanos probablemente tuvieran algo que ver con una prueba de obediencia. Michelet y otros especialistas posteriores suponían que a los hermanos se les pedía que negaran a Cristo bien para asegurarse de que iban a obedecer cuanto se les mandara, bien porque, en el caso de que fueran capturados, los musulmanes los obligarían a negar a Cristo, de modo que este acto en el transcurso de la ceremonia de recepción estaba concebido para prepararlos ante una eventualidad como ésa.[36]

Esta teoría se basa en los testimonios de dos templarios durante el proceso. Pero no resiste al examen riguroso. Si los tem-

plarios tenían la intención de poner a prueba la obediencia de los nuevos hermanos, fácilmente habrían encontrado otra forma de comprobarla sin tener que recurrir a la negación del mismísimo objetivo de la orden: el servicio a Cristo.

Si los templarios querían comprobar la resistencia de sus hermanos a cualquier presión encaminada a obtener su negación de Cristo, es evidente que, utilizando esos métodos, aquellos que aceptaran negarlo no habrían sido admitidos en la orden. Sin embargo, los hermanos que se confesaron culpables de este cargo dieron a entender que, para entrar en la orden, tanto daba negar a Cristo como negarse a hacerlo. En efecto, parecían desconcertados ante el hecho de que se les acusara de negar a Cristo. De haber habido alguna verdad en esta acusación, habría habido algún razonamiento relacionado con esta negación; y de haber habido algún razonamiento, al menos uno de los oficiales que habían admitido el ingreso de hermanos en la orden habría sabido cuál era. Pero, aunque varios testigos en Francia ofrecieron explicaciones, éstas nunca fueron iguales; y nadie intentó defender esta supuesta práctica. Lejos de las zonas que estaban bajo el control directo del rey de Francia y de sus parientes, allí donde no se recurrió a la tortura, prácticamente nadie se confesó culpable de nada. El hermano Imbert Blanc, comendador de Auvernia, se encontraba en Inglaterra cuando se produjeron las detenciones y prestó declaración sin que se utilizara la tortura. Volviendo a Francia, muchos hermanos del Temple dijeron haber sido admitidos en la orden por Imbert, quien había insistido en que negaran a Cristo, etcétera. Imbert habría podido salvarse fácilmente de haber explicado el motivo que se ocultaba tras este acto, de haber sido cierto. Pero negó haber admitido a nadie realizando semejantes actos: sólo había procedido a aceptar la entrada de nuevos hermanos siguiendo la ceremonia establecida por las normas de la orden. Su negativa a confesarse culpable de los abusos que sus hermanos en Francia le habían imputado supuso su condena a cadena perpetua como hereje no confeso.[37] La conclusión lógica es que decía la verdad;

no se produjeron abusos, y no había recibido a ningún hermano sin seguir el procedimiento establecido.

Debemos señalar que durante el proceso no se hizo ningún esfuerzo verdadero encaminado a descubrir la verdad que se ocultaba tras los cargos, o la situación real de la orden. El objetivo de un juicio por herejía era demostrar los cargos de herejía, no averiguar la verdad. Así pues, sólo los hermanos de la orden fueron detenidos: las monjas de Mühlen y de otros conventos femeninos del Temple, los asociados que vivían en las casas de la orden y los criados no fueron arrestados. Es cierto que las acusaciones sólo iban dirigidas contra los hermanos, pero las hermanas, los asociados y los criados habrían sabido que sucedía en las casas de la orden y habrían podido prestar declaración. Es evidente que los investigadores no querían oír esos testimonios, pues estaban seguros de que no habrían sustentado sus acusaciones.

En el proceso de Francia apenas hubo testimonios de terceras partes. En el de Chipre estos testigos fueron escuchados exhaustivamente y su opinión fue unánime: las imputaciones eran del todo falsas. En Francia, algunos individuos ajenos a la orden prestaron declaración: unos a favor y otros en contra. En Inglaterra, donde los hermanos se negaron a confesarse culpables de nada, se escucharon muchos testimonios de terceras partes. Esto produjo una serie de historias fantásticas muy parecidas a las de una película de terror del siglo XX o a las de tono picante del tipo de las británicas *Carry On*, tan de moda entre los años cincuenta y setenta. Todos esos testimonios constituyen una prueba apasionante de la tradición del humor y el terror ingleses, pero no sirvieron para condenar a los templarios: los relatos eran vagos, sin nombres ni fechas, y los individuos con los que estaban relacionados nunca fueron llamados a declarar para corroborarlos. Un fraile contó la historia de unos templarios que vivían en la casa de «cierta matrona» —mujer madura y casada— de York. Ella se presentó a recoger la ropa sucia de uno de los caballeros para lavarla, y vio que el templario tenía escondidos los calzoncillos en la letrina. Al tirar de ellos, vio que

llevaban una cruz.[38] Con esa historia se pretendía demostrar que los templarios deshonraban la cruz poniéndola en sus calzoncillos; los cínicos probablemente añadieran que, como los templarios eran famosos por poner cruces en todas sus pertenencias (para indicar que estaban exentos del pago de diezmos y de ciertos impuestos seculares), ¿por qué no iban a llevarla también en los calzoncillos? Pero la dama en cuestión nunca apareció para confirmar esta historia.

Sí se presentó una dama para prestar declaración. Se llamaba Inés *Cacocaca* o *Lovecata* (*Lovechat* en inglés, que viene a significar la alcahueta del lugar) y afirmó ser amiga de uno de los criados de los templarios. Según el hermano Juan de Berci, de los frailes menores, el criado del comendador de la casa de los templarios en Londres había hablado con Inés acerca de un individuo que había logrado infiltrarse en uno de los capítulos secretos de la orden. Los investigadores dieron con Inés y obtuvieron su versión de los hechos. La mujer dijo que un tal Roberto, el «muchacho» del hermano Juan de Moun, por aquel entonces comendador del New Temple en Londres, le había contado cómo un tal Walter, criado de la orden, había conseguido oír lo que se hablaba en una reunión capitular. Inés también había contado al hermano Juan de Berci que los templarios abusaban unos de otros, y cuando prestó declaración lo confirmó y añadió que cierto caballero templario había intentado sodomizar a su criado, de modo que el joven lo abandonó.[39] ¿Dónde estaba Walter? ¿Por qué no fue llamado a prestar declaración?: probablemente porque toda la historia fuera una mera invención.

## El desarrollo del proceso

Las acusaciones, pues, eran falsas. Sin embargo, los 138 templarios de París detenidos el 13 de octubre de 1307 y posteriormente interrogados, menos cuatro, se confesaron culpables en

parte, cuando no en la totalidad, de los cargos que se les imputaban.[40] El motivo de este hecho lo explica un autor de la época:

> Fueron detenidos sin previo aviso, de manera repentina, contra derecho, y sin que hubiera sentencia dictada contra ellos. Fueron vergonzosa e ignominiosamente encarcelados con una saña feroz, zaheridos con insultos y con las más graves amenazas, y se les infligieron varios tipos de tortura, obligándoseles a morir o a declarar mentiras absurdas de las que no tenían ningún conocimiento, siendo entregados inicuamente a sus enemigos, que por medio de esos tormentos los obligan a reconocer un catálogo de faltas viles, repugnantes y falaces, que no pueden ser concebidas por oído humano y que no cabrían en el corazón de una persona. Pero cuando los hermanos se niegan a declarar esas mentiras, aunque no sepan absolutamente nada de ellas, los tormentos de los esbirros que los presionan a diario los obligan a admitir las mentiras, diciéndoles que deben recitarlas ante los jacobinos [los dominicos encargados de los interrogatorios] y declarar que son ciertas, si quieren conservar la vida y obtener la generosa gracia del rey.[41]

Según este amigo anónimo de la orden, que escribía en París a comienzos de 1308, 36 hermanos de la capital prefirieron morir bajo la tortura antes que confesar, y también perecieron muchos en otros lugares de Francia. Afirmaba que esos hermanos eran mártires y habían alcanzado su recompensa en el cielo. Pero los dominicos y demás personajes implicados en los interrogatorios se negaron a escuchar las protestas de los hermanos en el sentido de que todas las acusaciones eran falsas, y siguieron torturándolos hasta que confesaran o murieran.

> Es más, si no dicen esas cosas, no sólo antes, sino después de ser torturados, permanecen siempre en mazmorras oscuras, sin más que el pan de la aflicción y el agua de la pena, en invierno con un frío lacerante, yaciendo entre suspiros y pesar en el suelo, sin paja ni mantas. En medio de la noche, para que su terror sea mayor, unas veces uno y otras otro, son llevados de celda en celda.

A los que mueren torturados por los investigadores, los entierran en secreto en la cuadra o en el huerto, por temor a que aquellos actos horribles y brutales lleguen a oídos del rey, pues han dicho y dicen a Su Majestad que los dichos hermanos no confesaban sus crímenes bajo tortura, sino espontáneamente.

Todo aquel que se viene abajo víctima de las torturas y declara las mentiras que los esbirros y los jacobinos quieren que digan, pese a que debería ser castigado por mentir aunque no quisiera hacerlo, es hecho subir a las cámaras en las que es copiosamente provisto de todo lo necesario, para que persevere en sus mentiras. Les advierten constantemente con amenazas, o con palabras duras o halagadoras. Es más, cierto monje —o mejor dicho un endemoniado— recorre incesantemente las cámaras en todo momento, día y noche, tentando a los hermanos y lanzando advertencias de lo que va a ocurrirles. Y si descubre que alguno se ha arrepentido de las dichas mentiras, lo manda de inmediato otra vez abajo, a soportar las dichas aflicciones y penalidades.

¿Qué más se puede decir? En una palabra, declaro que la lengua humana no puede expresar los castigos, las aflicciones, las miserias, los insultos, y todo tipo de crueles torturas que han sufrido los dichos inocentes en el espacio de tres meses desde el día de su detención, pues día y noche no han cesado de oírse sollozos y gemidos en las celdas, ni los gritos y el rechinar de dientes durante sus torturas. ¿Qué tiene de extraño que digan lo que quieren sus torturadores, si la verdad mata y las mentiras los liberan de la muerte?[42]

Este autor hace un comentario muy significativo en el sentido de que el rey no sabía lo que estaba pasándoles a los templarios: los interrogadores le decían que habían confesado espontáneamente, dando así a Felipe una falsa impresión de la culpabilidad de la orden. Los especialistas discrepan en lo relativo a si Felipe creía o no en la verdad de las acusaciones. El autor citado indica que las había creído, pero que había sido engañado por sus consejeros.

El jueves 27 de noviembre de 1309, Ponzard de Gizy, comendador de Payns, fue interrogado por los comisionados pon-

tificios. Ponzard describía sus experiencias a raíz de las detenciones:

> Le preguntaron si había sido torturado alguna vez, y respondió que sí. Tres meses antes de su confesión en presencia del señor obispo de París, con las manos atadas a la espalda con tanta fuerza que la sangre corría por sus uñas, en cierto foso en el que sólo podía dar un paso, protestando y asegurando que si lo sometían de nuevo a la tortura negaría todo lo que había dicho y diría lo que le mandaran decir. Por algún tiempo había estado dispuesto a que le cortaran la cabeza, o a sufrir la hoguera o el agua hirviendo en honor de la dicha orden, pero ahora que había sufrido la pena de prisión durante los dos últimos años, ya no era capaz de soportar unas torturas tan largas, como lo había sido antes.
>
> ... Y como el mismo hermano Ponzard dijo que temía que las condiciones de su encarcelamiento se agravaran por haberse aprestado a defender la dicha orden, suplicó que se aseguraran de que no se agravaran esas condiciones por lo que había dicho, y los dichos señores comisionados dijeron al dicho preboste de Poitou y a Juan de Gamville que no le hicieran daño de ningún modo por haberse aprestado a defender la dicha orden. Ellos contestaron que no le harían más daño por eso.[43]

De ese modo, la confesión de los templarios de Francia se debió a la tortura o al temor a la tortura, en la certeza de que, en el momento en que confesaran —aunque su confesión no fuera más que una sarta de mentiras—, su angustia cesaría y recibirían buenos cuidados. Tenían también miedo a desdecirse de sus confesiones por temor a que las torturas comenzaran de nuevo.

El papa Clemente V se enfureció al enterarse de que Felipe había detenido a los templarios sin consultarle. Sólo el pontífice tenía potestad para autorizar el arresto de una orden religiosa. Afirmaba que había tenido noticia de los rumores que corrían contra la orden y que había planeado emprender una investigación, pero como no hizo nada, este aserto resulta dudoso. En cualquier caso, el 22 de noviembre de 1307 envió cartas a to-

dos los reyes de la Cristiandad católica ordenándoles detener e interrogar a los templarios.

Ningún monarca de la Cristiandad occidental estaba en condiciones de negarse a obedecer al papa o de oponerse a Felipe IV de Francia. El rey de Nápoles era Carlos II, un primo hermano de Felipe que ya había sido destronado en una ocasión, y estaba dispuesto a complacer sus deseos. Los reyes de Aragón y de Inglaterra eran enemigos del soberano francés y no confiaban en los motivos alegados para detener a los hermanos; además, hacían un uso muy amplio de los caballeros del Temple en la administración de sus reinos, y se negaron a obedecer. Pero ninguno de estos reyes podía desafiar abiertamente a Felipe IV y al papa. Eduardo I de Inglaterra, cruzado y patrono de los templarios, había fallecido el 7 de julio de 1307 y su hijo y heredero, Eduardo II, tenía ante sí numerosos problemas a los que atender: escasez de dinero, una guerra en Escocia, y una nobleza levantisca que deseaba una parte de la riqueza y la autoridad real. Jaime II de Aragón era un gran rey, pero ya tenía sus propios problemas con la nobleza y temía el poder militar de los franceses en su frontera septentrional. Ambos monarcas, pues, adoptaron una actitud dilatoria.

Alemania estaba fragmentada, y ningún príncipe tenía un control general. Sicilia estaba gobernada por Federico de Aragón, hermano menor de Jaime II, que no tenía el menor interés en detener a los templarios, pero no era lo bastante fuerte como para desafiar al papa. Chipre era gobernado por el usurpador Amaury de Lusignan. Éste no deseaba detener a los templarios porque contaba con su apoyo; al mismo tiempo no podía permitirse el lujo de contrariar al papa porque su posición política era débil. Así pues, Amaury intentó encarcelar a los hermanos, pero éstos se negaron a dejarse arrestar. Tras un breve enfrentamiento en mayo de 1308, se produjo la rendición de los templarios. Fueron confinados en sus posesiones, pero no fueron encarcelados en toda regla.[44] El proceso propiamente dicho no daría comienzo hasta mayo de 1310 ó 1311.

El papa Clemente V exigió que en Francia el expediente fuera trasladado a las autoridades eclesiásticas. En ese momento Jacques de Molay y los demás altos dignatarios de la orden en Francia se retractaron de sus confesiones, alegando que las habían hecho por temor a ser torturados. Clemente no estaba convencido de la culpabilidad de la orden, y en febrero de 1308 suspendió el juicio.

Felipe empezó a movilizar contra la orden lo que ahora llamamos la «opinión pública», igual que lo había hecho contra el papa Bonifacio VIII. Sostenía que no había tenido más remedio que detener a los templarios.[45] Dirigió siete preguntas a los doctores (especialistas eruditos) de la Universidad de París acerca de la legitimidad de su acción. He aquí algunas de ellas: ¿podía un príncipe secular actuar por su cuenta cuando la herejía era manifiesta? Como se había demostrado la culpabilidad de la orden, ¿podía tener derecho a detener a sus miembros? ¿No eran en realidad los templarios una orden de caballeros, y no de monjes, de modo que estaban bajo la jurisdicción del rey, y no de la Iglesia?

Los doctores dieron su contestación el 25 de marzo de 1308. Declararon que la orden era una institución religiosa y, por lo tanto, no estaba bajo la jurisdicción del rey. Pero a la luz de las confesiones de los templarios, declaraban tener la firme convicción de que todos los miembros de la orden eran herejes o culpables de herejía. Esto bastaba para justificar la acción emprendida por el soberano.

Al mismo tiempo empezaron a circular por Francia una serie de libelos anónimos acusando al papa de nepotismo (abuso consistente en colmar de prebendas y dinero a sus parientes) y de favorecer la herejía (esto es, a los templarios).

Sophia Menache ha sostenido que en las primeras fases del proceso de los templarios Felipe IV logró en gran medida persuadir a sus súbditos de que la orden era culpable, aunque los nobles y los obispos no quedaran plenamente convencidos. Fuera de Francia, sin embargo, Felipe no tuvo tanto éxito.[46] En cualquier caso, no habría sido posible detener el proceso, pues, aparte de que

Felipe deseaba su continuación, los hermanos de Francia se habían confesado culpables de todos los cargos, por mucho que esas confesiones hubieran sido arrancadas utilizando la tortura.

A comienzos de mayo de 1308, Felipe convocó a los representantes de los tres estamentos de su reino —clero, nobleza y burguesía— a celebrar un *parlement* en Tours. Los representantes fueron en compañía del rey a entrevistarse con el papa en Poitiers y a presionarlo para que continuara el proceso. En julio de 1308, Clemente cedió y redactó un documento para que continuara el proceso bajo la supervisión de los obispos, como era de rigor en los casos de herejía. Convocó asimismo un concilio general que debía celebrarse en 1310 en Vienne, en el sur de Francia, para decidir cuál debía ser el fin de la orden.

La segunda oleada de investigaciones, bajo la supervisión de los obispos, dio comienzo en 1309. El papa nombró asimismo una comisión pontificia encargada de estudiar si la orden era culpable o no; la primera reunión de esta comisión tuvo lugar en noviembre de 1309. Pero los templarios eran reacios a defender la orden por las razones expuestas por Ponzard de Gizy: temían que se endurecieran las condiciones de su encarcelamiento, o sufrir cualquier otro tipo de intimidación. Jacques de Molay se avino finalmente a defender a la orden, pero declaró que necesitaba asesores legales, ya que carecía de instrucción suficiente en materia de leyes para actuar solo y precisaba que se le tradujera la documentación al francés, porque no sabía leer en latín. Luego se retractó de lo dicho y anunció que sólo testificaría ante el papa. Es posible que sus carceleros le presionaran para que no defendiera a su propia orden.

En febrero de 1310, se presentaron quince hermanos dispuestos a defender la orden. No tardaron en unirse a ellos otros, hasta que por fin no menos de seiscientos hermanos se pusieron de acuerdo para emprender su defensa. Sin embargo, la mayoría de ellos se habían confesado previamente culpables de los cargos que ahora pretendían negar, y por consiguiente eran herejes relapsos. El castigo destinado a los relapsos era la muerte

en la hoguera. El 12 de mayo de 1310, Felipe de Marigny, arzobispo de Sens y hermano de Enguerrand de Marigny, consejero de Felipe, mandó quemar en la hoguera como relapsos a cincuenta y cuatro hermanos del Temple que se habían mostrado dispuestos a defender la orden. Los templarios siguieron declarando que eran inocentes al tiempo que eran quemados en la hoguera, y la gente que contempló el espectáculo quedó a la vez impresionada y sorprendida.

Otros hermanos que emprendieron la defensa de la orden también fueron quemados en otras ciudades de Francia, y de ese modo se puso fin a la defensa. Los cabecillas del movimiento en favor de la defensa de la orden eran los hermanos capellanes Reinaldo de Provins y Pedro de Bolonia, que poseían alguna instrucción en materia de leyes; desaparecieron sin que nunca se supiera lo que había sido de ellos. Sus carceleros adujeron que se habían fugado, pero como no volvió a tenerse noticia de ellos, probablemente fueran asesinados por sus guardianes.

Los ocho comisionados pontificios de París intentaron seguir adelante con el proceso, pero los testigos se contradecían unos a otros y cambiaban sus declaraciones. La comisión se disolvió el 26 de mayo de 1311 y sus descubrimientos fueron remitidos al Concilio de Vienne, pospuesto por Clemente V e inaugurado finalmente el 16 de octubre de 1311.

La mayoría de los asistentes al Concilio deseaban escuchar todo lo relacionado con el caso del Temple de la manera apropiada. Pero Clemente tenía miedo de Felipe IV, que no estaba dispuesto a permitir que la orden quedara absuelta. El grupo de templarios que se presentó en el Concilio dispuestos a defender la orden fue arrestado y nunca se supo lo que fue de ellos. Felipe IV convocó a los representantes de los tres estados de Francia a reunirse en parlamento en Lyon en marzo de 1312, y el 20 de ese mismo mes entró en Vienne al frente de su ejército. El 22 de marzo el papa publicó la bula *Vox in Excelso* en la que afirmaba que, pese a no haberse probado la culpabilidad de la orden, ésta había quedado tan desacreditada que no podía se-

guir existiendo. Por consiguiente disolvía la orden del Temple «no por medio de sentencia, sino como medida cautelar y por decisión apostólica»: una forma política de decir que la orden no era culpable, pero que a él no le quedaba otra opción. La bula fue leída en el Concilio el día 3 de abril: se levantó entonces un ujier y prohibió hablar a todo el mundo, bajo pena de excomunión. Los delegados presentes en el Concilio, muchos de los cuales no creían que los templarios fueran culpables, montaron en cólera: habían abrigado la esperanza de poder debatir el caso y ahora resultaba que no se permitía el debate. Lo cierto es que no fue posible celebrar debate alguno: Felipe IV y su ejército no lo hubieran consentido.

El 6 de mayo de 1312, Clemente V proclamó a través de una bula que los hermanos del Temple que hubieran sido declarados inocentes (como ocurriera en Inglaterra en la diócesis de York), o que hubieran confesado su culpabilidad y se hubieran reconciliado con la Iglesia, recibirían una pensión y podrían vivir en las antiguas casas de la orden o en algún monasterio. Sus votos monásticos seguirían siendo válidos, y no se les permitiría volver a la vida secular. Los hermanos que constara que eran culpables, pero que no habían confesado su culpabilidad, y los relapsos, serían juzgados.

En esta última categoría se hallaban incluidos cuatro de los principales oficiales de la orden en Francia, a la sazón encarcelados en París: el maestre Jacques de Molay, el comendador de Normandía, Godofredo de Charney, el comendador de Aquitania y Poitou, Godofredo de Gonneville, y el comendador de la Île-de-France y visitador, Hugo Pairaud. (El comendador de Auvernia se hallaba en Inglaterra.) A finales de diciembre de 1313, el papa nombró una comisión para que los juzgara. Jacques de Molay intentó defender a la orden, y quedó sorprendido al escuchar la sentencia final el 18 de marzo de 1314: los cuatro hermanos fueron condenados a cadena perpetua por relapsos. Jacques de Molay y Godofredo de Charney protestaron sonoramente y fueron quemados en la hoguera por renitentes esa misma noche.

La crónica atribuida a Godofredo de París, partidario de Felipe IV, contiene un relato de la muerte del maestre. En esta obra, escrita poco después de que tuvieran lugar los acontecimientos, el autor afirma haber presenciado lo que cuenta, aunque en realidad su relato no es del todo exacto, pues no menciona a Godofredo de Charney. En cambio, habla de «dos hermanos» que estaban con el maestre. En cualquier caso, su versión debe de reflejar las historias que circulaban por París en la época en que fue compuesta la crónica, hacia 1316, dos años después de la muerte del maestre y al poco tiempo del fallecimiento de Felipe IV y de Clemente V. El siguiente extracto comienza en el momento en que Jacques de Molay es conducido a la isla en la que va a ser quemado:

> El maestre rectificó al cardenal y le dijo que creía en Nuestro Señor y que no había cristiano mejor ni más leal que él; y que si por casualidad había algún hermano que fuera malo en la orden, cosa que bien podía ser, pues a menudo había oído decir que hay gente mala por doquier. Pero no conocía cosa alguna en la orden que no viniera dictada por la buena fe y la ley cristiana. No estaba dispuesto a abandonar la orden, sino a sufrir la muerte allí mismo por Dios y por la justicia y el derecho. No había entre los presentes nadie tan duro de corazón que no se santiguara varias veces [movido por compasión] al oírle hablar de su orden de aquel modo.
>
> Al ver la hoguera dispuesta, el maestre se quitó las vestiduras. Digo lo que vi: estaba allí de pie en camisa, contento y de buen humor. No temblaba, por más que lo empujaran y que lo arrastraran. Lo cogieron de los brazos para atarlo al palo; no se opuso y se mostró feliz y alegre. Ataron sus manos con una cuerda, pero primero les dijo: «Señores, al menos dejadme unir las manos un instante y orar a Dios, pues éste es el momento y la ocasión de rezar. Veo aquí mi sentencia, el lugar en el que voy a morir dentro de poco; Dios sabe que mi muerte es injusta y un pecado. Pues bien, dentro de poco muchos males caerán sobre los que nos han condenado a muerte; Dios vengará nuestra muerte».

*Lámina 8.2. La ejecución de los templarios en la hoguera en París.*

«Señores», dijo, «debéis saber, sin mayor discusión, que todos los que han actuado contra nosotros sufrirán por lo que nos han hecho. Deseo morir en esta creencia. He aquí mi fe: y os ruego que volváis mi rostro hacia la iglesia de Nuestra Señora, de la que nació Nuestro Señor.»

Su petición fue atendida. Murió de esta guisa y se enfrentó a la muerte con tanta dulzura que todo el mundo quedó asombrado.

El autor concluye su relato en un tono de perplejidad: «Hay un gran debate en el mundo sobre todo esto, pero yo no sé qué decir al respecto. Unos hablan movidos por la envidia, y otros por otros motivos; yo no sé quién dice la verdad y quién miente». Y termina diciendo: «Podéis engañar a la Iglesia, pero no podéis engañar a Dios. No digo más. Sacad vuestras propias conclusiones».[47]

Como ni siquiera sus propios partidarios estaban seguros de si los templarios eran realmente culpables o no, no puede decirse que Felipe IV de Francia se saliera con la suya. Era un extraño caso de herejía, en el que ni uno solo de los que se declararon culpables tuvo posibilidad de defender sus creencias, y muchos prefirieron morir antes que admitir que habían creído en ella. Sin embargo, en el curso del proceso celebrado en Francia quedó patente que Felipe estaba decidido a conseguir la condena de los templarios por todos los medios, y sigue abierta la cuestión de por qué estaba tan decidido a que así fuera.[48] Malcolm Barber ha llamado la atención sobre sus graves dificultades financieras y la forma en que todo individuo y todo grupo que se opusiera a su política financiera o cuya desaparición pudiera mejorar su situación financiera, fueron acusados de herejía y eliminados, como ocurrió, por ejemplo, con los judíos y los templarios. Fuera de Francia y de los países que se encontraban bajo la influencia francesa, los contemporáneos de los hechos, en su mayoría, se mostraron persuadidos de que Felipe arremetió contra los templarios con el fin de apoderarse de sus bienes. Los

hermanos poseían, desde luego, muchísimas tierras, aunque siempre andaban cortos de numerario.

Algunos estudiosos han sostenido que como Felipe IV era un hombre muy piadoso, no habría arremetido contra los templarios si no hubieran sido culpables de herejía. Pero hasta el rey más piadoso puede cometer crímenes contra la Iglesia en nombre de la piedad: Enrique VIII de Inglaterra, que escindió la Iglesia inglesa de la Iglesia católica romana, era un hombre muy piadoso que escribió libros de teología y un tratado en el que condenaba la obra del reformador Martín Lutero.

Es indudable que Felipe IV era muy religioso y descendía de una larga estirpe de monarcas piadosos. Su abuelo Luis IX había sido canonizado en 1295, durante el reinado del propio Felipe. Los reyes de Francia se calificaban a sí mismos y eran calificados por sus vecinos de «reyes cristianísimos» desde el siglo XII, pero Felipe y sus ministros hicieron especial hincapié en esta faceta de la monarquía.[49] Como rey cristianísimo, su obligación era acabar con todos los infieles (por ejemplo, expulsando de Francia a los judíos en 1306) y erradicar la herejía de allí donde se encontrara.

La monarquía de Felipe IV estuvo siempre amenazada: por el rey de Inglaterra, Eduardo I, en Aquitania (y por el hecho de que Eduardo dirigiera una cruzada y Felipe no); por los reyes de Aragón y sus hermanos en Sicilia y en la frontera del sur; en Flandes, donde su ejército sufrió en 1302 una amarga derrota a manos de la infantería flamenca en Courtrai; y por el papa, en la persona de Bonifacio VIII, que negó al monarca el derecho a cobrar impuestos a su propio clero. Además fue aquélla una época en la que toda la sociedad de la Europa occidental se sintió amenazada. La Cristiandad occidental había perdido Tierra Santa; el clima se estaba deteriorando y las cosechas se perdían; las gentes se preguntaban si acaso no estaría Dios irritado con ellas, si no serían acaso víctima de algún acto maléfico de magia, o si no sería que había ciertos grupos dispuestos a destruir la sociedad.[50] Frente a aquel ambiente de temor e incertidumbre, el

rey debía demostrar que era en efecto el rey cristianísimo, capaz de hacer frente a todos esos peligros. Por consiguiente, no es de extrañar que Felipe y sus ministros reaccionaran violentamente ante el menor indicio de herejía. Cabría sospechar incluso que aprovecharon cualquier pretexto para arremeter contra las personas vulnerables acusándolas de herejía, con el fin de reforzar la imagen del monarca como «rey cristianísimo».

Un ejemplo de esta actitud sería el caso de Marguerite Porete, mujer seglar originaria del nordeste de Francia, que escribió un libro llamado *Espejo de las almas sencillas*. Era un estudio de la relación existente entre el alma humana y Dios. Como estaba escrito en la lengua vernácula y no en latín, la lengua oficial de la teología, y como Marguerite no pertenecía a ninguna orden religiosa, su libro habría de levantar sospechas de herejía. Por eso, buscando su aprobación, se lo envió a tres autoridades religiosas distintas: a un fraile franciscano llamado Juan de Quaregnon (en Hainaut), a un monje, llamado Dom Frank, de la abadía de Villiers (en Brabante), y a Godofredo des Fontaines, maestro de teología de la Universidad de París. Todos le dieron su aprobación declarando que contenía buena doctrina católica. Pero en 1306 el libro fue condenado por herético y quemado en la hoguera por Guy de Colmieu, obispo de Cambrai, que ordenó a Marguerite que no siguiera divulgando sus ideas y sus escritos.

Marguerite, sin embargo, creía que Cristo la había autorizado a decir a otros cristianos lo que había aprendido acerca del amor existente entre Dios y los humanos. Envió entonces su libro a Juan, obispo de Châlons-sur-Marne, pidiendo su aprobación; y continuó haciéndolo circular entre los profanos. Fue detenida por el siguiente obispo de Cambrai, Felipe de Marigny (más tarde arzobispo de Sens, el mismo que en mayo de 1310 mandaría quemar en la hoguera como relapsos a cincuenta y cuatro templarios), y a finales de 1308 se hallaba presa en París mientras era investigada bajo la acusación de herejía. El dominico Guillermo de París, inquisidor, se ocupó de su caso; al mismo tiempo, se ocupaba también de la investigación del caso de

los templarios. Marguerite negó con firmeza que fuera hereje y se negó a responder a ninguna pregunta. Su libro fue examinado y condenado como herético, y en mayo de 1310 ella misma fue condenada como relapsa, con el pretexto de que en 1306 había prometido no volver a predicar su libro nunca más, cosa que ella negó. Fue entregada al brazo secular y quemada en la hoguera con su libro el 1 de junio de 1310.

La obra siguió circulando y fue traducida a diversas lenguas europeas, entre ellas al latín, al italiano y al inglés medieval (*middle english*). Se conocen numerosos manuscritos de esas traducciones, lo que indica que fue muy leída. En 1927 el libro fue publicado con el correspondiente sello *ut imprimatur*, que significa que la Iglesia católica romana lo había aprobado como material de lectura recomendable para los buenos católicos. Nadie se dio cuenta de que era el mismo libro que había sido quemado en la hoguera en 1310 hasta que en 1946 Romana Guarnieri demostró que, en efecto, se trataba de la obra de Marguerite Porete. En los últimos años, ha llamado favorablemente la atención de numerosos especialistas y han aparecido varias traducciones modernas.[51]

En una palabra, el libro de Marguerite Porete no era herético, pero el régimen de Felipe IV lo interpretó como tal. ¿Por qué motivo? ¿Porque el monarca debía seguir demostrando que era el «rey cristianísimo» acabando con la herejía? Un rey cuya administración era capaz de quemar a una mujer inocente por escribir un buen libro católico, de detener al papa para subrayar su supremacía sobre la Iglesia y al obispo de Troyes con falsas acusaciones, no era un gobernante que se arredrara ante la eventualidad de meter en la cárcel a una orden religiosa si tenía interés en hacerlo.

El interés más evidente de Felipe IV por los templarios eran sus tierras, pues tierras equivalían a riqueza y Felipe necesitaba dinero con urgencia. Pero sus contemporáneos veían también otro motivo. La idea que Felipe IV tenía de sí mismo como «rey cristianísimo» comportaba algo más que mantener simplemen-

te la Iglesia francesa libre de herejías. Deseaba además lanzar una nueva cruzada. La reacción de Jaime II de Aragón ante la detención de los templarios por Felipe fue pensar que se trataba de una estratagema del monarca francés para ponerse al frente de la cruzada.[52] Tanto a sus oídos como a los de sus ministros habían llegado informes de que Felipe deseaba utilizar las posesiones de los templarios para crear una nueva orden militar que emprendiera la reconquista de Tierra Santa ya fuera bajo sus órdenes o al mando de uno de sus hijos. El temor de Jaime era que de ese modo las numerosas fortalezas importantes que los templarios poseían en Aragón cayeran en manos de los franceses, y que Felipe IV consiguiera lo que su padre, Felipe III, no había podido hacer en su cruzada contra Aragón de 1285. En efecto, aquello habría significado la ruina de Aragón. Por este motivo, Jaime se opuso a la abolición de la orden; después, cuando se dio cuenta de que ésta no podía salvarse, se decidió a quedarse él mismo con sus posesiones. Al final accedió a que el Hospital recibiera los bienes que tenía el Temple en Aragón únicamente con la condición de que las fortalezas que poseían templarios y hospitalarios en Valencia, por entonces región fronteriza, fueran entregadas a una nueva orden militar controlada por él.

Con la seguridad que da una distancia de siete siglos los temores de Jaime II pueden parecer ridículos, pero él conocía a Felipe IV mejor que nosotros. Este monarca era heredero de una larga tradición de cruzadas capitaneadas por reyes franceses. Su abuelo, Luis IX, había encabezado dos cruzadas; él, ninguna. ¿Qué puede haber más razonable que pensar que él mismo planeara ponerse al frente de la mayor orden militar y llevarla a la victoria?

El proceso del Temple puede verse también como una consecuencia de la pugna de Felipe con el papado. Al acabar con una de las órdenes religiosas exentas del pago de tributos, que estaba bajo la jurisdicción directa de la Santa Sede, el monarca francés demostraba que el papado ya no era independiente. La Santa Sede se hallaba ahora bajo el control del rey de Francia.

He aquí algunos otros motivos que sugieren los hombres de la época. Algunos dijeron que Jacques de Molay y Felipe IV habían tenido una disputa por dinero.[53] Las acusaciones lanzadas contra los templarios quizá reflejen también el desdén que sentían los ministros de Felipe IV por los caballeros del Temple, hombres anticuados y poco cultos, que seguían ocupando numerosos cargos en la hacienda real; el proceso habría sido, pues, una forma bastante violenta de quitar de en medio el «antiguo régimen».

Evidentemente, la Orden del Temple era vulnerable a los ataques; había fracasado en su vocación fundamental, la defensa de Tierra Santa. Los demás procesos por hechicería y herejía de la época inspirados por motivaciones políticas demuestran que había mucha gente dispuesta a utilizar estas acusaciones con el fin de acabar con posibles rivales o para enriquecerse. Las tres grandes órdenes militares fueron en alguna medida objeto de ataques. El Temple era la más vulnerable, por cuanto había sido la que más había destacado en la defensa de Tierra Santa. La explicación más sencilla del ataque de Felipe IV contra los templarios es que deseaba sus riquezas, pero otras motivaciones —su piedad, los planes de cruzada, el papado y la antipatía de sus ministros por el «antiguo régimen»— también contribuyeron a convencerle de la conveniencia de tomar en serio las acusaciones de Esquiu de Floyran en 1307.

Fuera de Francia el proceso siguió un rumbo bastante distinto.[54] En Inglaterra, Eduardo II no dio crédito a las acusaciones, pero en enero de 1308 se vio obligado a autorizar la detención de los templarios porque necesitaba el apoyo del papa para su guerra de Escocia. Los hermanos fueron bien tratados y no se recurrió a la tortura. Ningún caballero confesó su culpabilidad. Los investigadores de la herejía, enviados de Francia por el papa, presionaron a Eduardo para que les permitiera emplear la tortura con el fin de obligar a los hermanos a confesar, pero incluso cuando Eduardo dio por fin su beneplácito en diciembre de 1309, no

hubo nadie dispuesto a torturar a los templarios. Se consiguieron al menos tres confesiones en Londres. En la diócesis de York no se empleó la tortura y ningún hermano confesó su culpabilidad. Los templarios recibieron permiso para jurar su inocencia.

En Alemania, el arzobispo de Magdeburgo era hostil a los templarios y puso sitio a uno de sus castillos, pero el obispo de Halberstadt, aliado de la orden, lo excomulgó y los hermanos lograron escapar. En Maguncia, un grupo de templarios armados irrumpió en mayo de 1310 en el consejo provincial declarándose dispuestos a defender la orden, y los nobles que los acompañaban respaldaron la inocencia de los hermanos. Los templarios fueron liberados. En la Marca de Brandeburgo, el margrave se apropió de los bienes del Temple, pero dejó que los comendadores permanecieran en sus cargos como oficiales a sus órdenes.

En Italia, los procedimientos variaron de un lugar a otro. En el reino de Nápoles se utilizó la tortura —el rey Carlos II era pariente de Felipe IV— y algunos hermanos se confesaron culpables. El arzobispo de Ravena, favorable a la orden, no recurrió a la tortura y declaró inocentes a los hermanos. En Venecia, la república se hizo cargo de la investigación y los caballeros ni siquiera fueron detenidos. En Florencia, donde, según se dice, no se empleó el tormento, de trece hermanos seis confesaron su culpabilidad y otros siete no.

En Aragón, los templarios se refugiaron en sus castillos, apelaron al rey y al papa y se declararon inocentes. A Jaime II le preocupaba la suerte que pudieran correr los castillos y les puso sitio. Las fortalezas fueron tomadas y los templarios encarcelados. Se empleó la tortura en algunos casos, pero ningún hermano se confesó culpable de los cargos imputados. En 1312 el Concilio de Tarragona los liberó a todos y les concedió pensiones. En Castilla y Portugal ningún templario se confesó culpable.

La mayoría de los altos oficiales de la orden y el convento central seguían en Chipre. Si el rey de Chipre hubiera apoyado a la orden, al papa le habría resultado muy difícil disolverla. Sin

embargo, el proceso se interrumpió cuando el usurpador Amaury de Lusignan fue asesinado en junio de 1310. El rey Enrique II volvió al poder y encarceló a los templarios en Famagusta, no tanto en cumplimiento de las órdenes del papa, sino porque los hermanos habían apoyado a Amaury. En 1311 se descubrió una trama que pretendía arrebatar el trono a Enrique, entregárselo al hijo mayor de Amaury, liberar a los partidarios de éste, y poner al hermano Ayme d'Oselier, mariscal del Temple, al frente del gobierno. El rey Enrique desterró a algunos conjurados y condenó a los cuatro cabecillas de la trama a morir ahogados. El hermano Ayme, otros muchos templarios y algunos destacados adversarios de Enrique fueron encarcelados en el castillo de Kyrenia, donde murieron en 1316 ó 1317.[55] Aunque el proceso proporcionó a Enrique el pretexto para acabar con la orden, probablemente habría acabado con ella de cualquier forma, por considerarla un peligroso rival político.

No se sabe qué fue de los templarios de Morea (Acaya, Grecia), Croacia, Hungría, Austria, Bohemia y Polonia.

## Consecuencias del proceso

Tras anunciar la disolución de la orden del Temple, el 2 de mayo de 1312 Clemente V entregó en la bula *Ad Providum* a la Orden del Hospital todos los bienes de los templarios, a excepción de los existentes en la península Ibérica. El Hospital debía compensar a Felipe IV por los gastos acarreados por la detención y el interrogatorio de los templarios.

A Felipe IV probablemente no le gustara mucho la decisión, que también fue acogida entre abucheos y gritos de protesta en el Concilio de Vienne. Los representantes acreditados en él acusaron a los hospitalarios de malas acciones (*mali*) y de vicios (*vizi*), y de gastar sus riquezas en grandes salones y palacios y no en la guerra contra el infiel. Los representantes aragoneses dijeron que los caballeros del Hospital eran culpables de

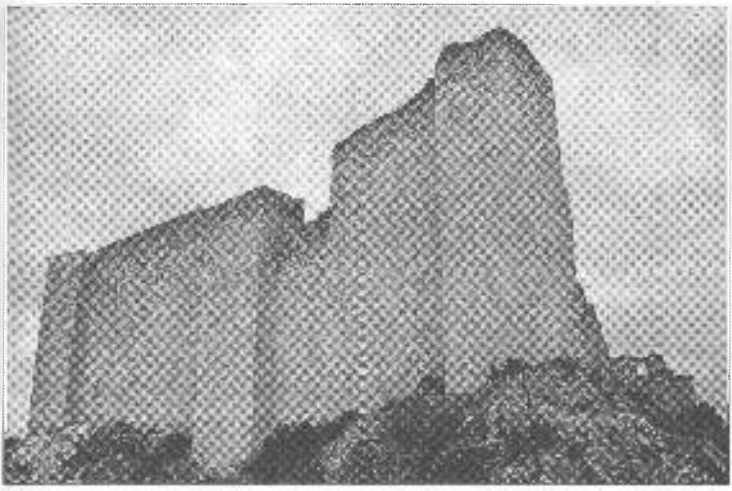


*Lámina 8.3. El castillo de los templarios en Miravet, Tarragona, en la Corona de Aragón, en el que resistieron los caballeros de la orden hasta finales de 1308.*

fraude y que no tenían la menor intención de llevar a cabo una cruzada en Oriente porque sólo deseaban conquistar la isla de Rodas, que era una isla griega y, por lo tanto, ya era cristiana.

El 6 de mayo el Concilio publicó numerosas ordenanzas relativas a la Orden del Hospital: todos sus privilegios quedaban suspendidos salvo la exención de la jurisdicción de los obispos, y se la conminaba a enviar a todos sus miembros a Oriente, dejando sólo a unos cuantos hermanos en Occidente con el cometido de administrar sus tierras. Las capillas y parroquias que poseían en Occidente debían ser entregadas a los obispos de la zona a la que correspondieran. Sólo cuando lo hiciera podría el Hospital de San Juan recibir las tierras de los templarios. Felipe IV se mostró de acuerdo con esta decisión.

Pero no sucedió nada de eso. Felipe IV y Clemente V murieron en 1314, antes de que se emprendiera la reforma de la Or-

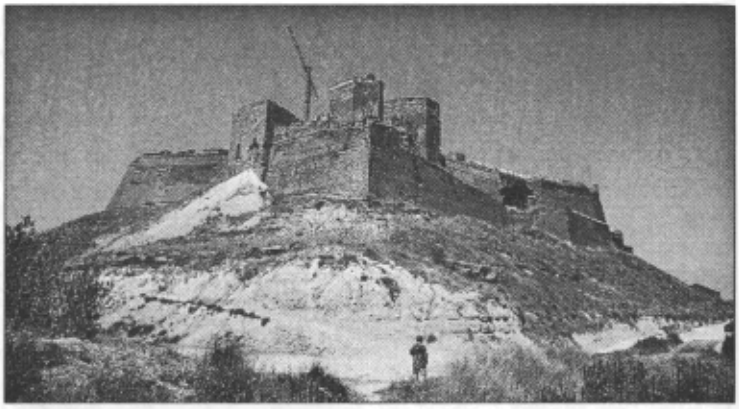


*Lámina 8.4. El castillo de los templarios en Monzón, Huesca, en la Corona de Aragón, en el que resistieron los caballeros de la orden hasta mayo de 1309.*

den del Hospital. Cuando en 1316 fue elegido el siguiente papa, Juan XXII, quiso emprender la reforma de la situación financiera del Hospital, pero no hizo nada respecto a las quejas vertidas contra la orden en 1312.[56]

Juan XXII intentó asegurar que las propiedades de los templarios existentes fuera de la península Ibérica pasaran a los hospitalarios. En Chipre ya se había llevado a cabo el traspaso: en noviembre de 1312 habían recibido no sólo las tierras de los templarios, sino también su tesoro, empezando por las reliquias, que se llevaron a Rodas. El archivo central del Temple se quedó en Chipre, donde probablemente permaneciera hasta la pérdida de la isla a manos de los turcos otomanos en 1571. Las reliquias de los templarios, sin embargo, fueron a parar con el Hospital a Malta en 1530, y allí permanecieron hasta que la orden fue expulsada de la isla por Napoleón en 1798, cuando fueron robadas por los soldados franceses o abandonadas por los hermanos.

En otros lugares, el traspaso de las propiedades del Temple a la Orden del Hospital fue desigual. En Inglaterra los bienes de

los templarios habían sido confiscadas por el rey Eduardo II o por las familias nobles que las habían donado originalmente a la orden. Eduardo utilizó esas tierras para recompensar a sus amigos y para financiar sus campañas en Escocia, mostrándose muy reacio a entregárselas al Hospital. Las disputas legales se prolongaron durante años, y algunas tierras no fueron entregadas nunca a los hospitalarios. En Alemania algunas tierras fueron a parar al Hospital, pero muchas revirtieron a las familias de los primitivos donantes.[57]

El papa resolvió también el problema de las propiedades de los templarios en la península Ibérica. En 1317 aprobó la creación de dos nuevas órdenes militares: en Portugal, la Orden de Cristo, que debía recibir las tierras que poseían los templarios en el país, y en Valencia (en el reino de Aragón), la Orden de Montesa, que debía recibir las tierras de templarios y hospitalarios. En compensación, estos últimos debían recibir las tierras pertenecientes hasta entonces a los templarios existentes en el resto del reino de Aragón. Tanto Portugal como Valencia eran territorios fronterizos en los que una orden militar todavía podía desempeñar un papel activo contra los musulmanes. Ninguna de estas órdenes, sin embargo, sería una buena sustitución del Temple. Aunque eran órdenes religiosas, eran también instituciones reales, y su función consistía en servir a sus respectivos reyes, además de servir a Dios.

La Orden de Montesa fue creada en realidad en julio de 1319, cuando Jaime II de Aragón le cedió el castillo de Montesa. Se le dieron además otras propiedades. La orden encontró algunas dificultades iniciales: hubo algunas disputas en torno a qué propiedades poseía, y su primer maestre, el hermano Guillem de Eril, cayó enfermo y murió a los pocos meses de su elección. La orden, sin embargo, sobrevivió y pasó a prestar un servicio leal al rey. Participó en la conquista de Cerdeña y apoyó al monarca durante las guerras civiles. La orden portuguesa de Cristo, creada por el rey Diniz en 1319, desempeñó papeles del mismo estilo. Desde el siglo XV participó también en las expe-

diciones y en las actividades misioneras de los príncipes y exploradores portugueses. El príncipe Enrique el Navegante se convirtió en administrador de la orden en 1420 y utilizó la institución y sus rentas para su política de exploración y colonización, que presentaba como operaciones de cruzada y de misión. En 1455 el papa Nicolás V (1447-1455) concedió a la orden poder, dominio y jurisdicción espiritual sobre todas las tierras de Ultramar a partir del cabo Bojador, por toda Guinea y la costa meridional de África hasta las Indias: se refería a las Indias Orientales, pero luego se interpretaría que aludía a las Indias Occidentales. El explorador Vasco da Gama era miembro de la Orden de Cristo.[58]

La Orden del Temple no fue destruida por haber sobrevivido a la finalidad para la que había sido creada, porque estuviera corrompida ni porque estuviera en decadencia. La pérdida de Acre en 1291 supuso un duro golpe para la orden, pero no tardó en empezar a reconstruirse y a reorganizarse. El nombramiento de un almirante en 1301 indica que, como el Hospital de San Juan, la orden empezaba a contemplar el desarrollo de la guerra naval. Jacques de Molay se dedicó activamente a hacer campaña en pro de una nueva cruzada, y ése es el motivo de que estuviera en Francia en 1307. Jacques estaba convencido de que sólo una gran expedición militar capitaneada por los reyes y por la alta nobleza de Europa tenía posibilidad de obtener ganancias militares significativas en Oriente, y no estaba dispuesto a transigir con menos. Al contribuir al derrocamiento del rey Enrique II de Chipre en 1306, la orden logró disponer también de un príncipe en Chipre (Amaury de Lusignan) que la apoyara, y de una isla estratégicamente situada susceptible de ser utilizada como base. Como de costumbre, la orden depositó su confianza en reyes y príncipes. Si la hubieran apoyado, como esperaba Jacques de Molay, la orden habría podido sobrevivir y continuar con su actividad militar en Oriente, como hizo el Hospital de San Juan. Pero en Occidente, esos reyes y príncipes no fueron capa-

ces de salvar la orden (como ocurrió en Inglaterra y Aragón) o decidieron que salían más beneficiados arremetiendo contra ella que apoyándola (como sucedió en Francia); y en Chipre, el asesinato de Amaury de Lusignan dejó a la orden sin protector y expuesta a la cólera del rey Enrique II, repuesto en el trono.

El convento central de los templarios en Chipre fue destruido por el rey Enrique en 1310, en venganza por el apoyo prestado por la orden a Amaury. El Temple no podía seguir funcionando sin sus principales oficiales. Con proceso o sin proceso, una vez que Enrique II de Chipre destruyó su centro de operaciones, la orden habría dejado de existir en Oriente al margen de lo que sucediera en Occidente. En cierto modo, el proceso de los templarios fue irrelevante. Fue su participación en los asuntos políticos de Chipre a comienzos del siglo XIV lo que provocó directamente la destrucción de la orden.

El Hospital de San Juan, en cambio, obró por cuenta propia. Foulques de Villaret, maestre de la orden, apostó por llevar a cabo una pequeña campaña para conquistar Rodas, donde su orden pudiera seguir existiendo al margen de los sobresaltos políticos de Chipre. Convenció al papa Clemente V de que entregara a los hospitalarios las tierras del Temple y logró sobrevivir a los intentos del Concilio de Vienne de reformar su orden. Los proyectos de Foulques eran menos ambiciosos, pero dependían menos de las esperanzas depositadas en reyes y príncipes, y en las grandes potencias políticas que tenían sus propios planes. Los templarios habían estado siempre cerca de los reyes. Había sido el rey de Jerusalén, Balduino II, el que había donado a los primeros «Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jersualén» su palacio y los había convertido en caballeros del Temple. Fueron también los reyes de la Cristiandad los que provocaron el fin de la orden.

# 9

# Conclusión
# El mito de los templarios

El impacto del proceso de los templarios varió de una zona a otra. En la Marca de Brandeburgo, donde no fue detenido ningún caballero de la orden, las personas que no estuvieran relacionadas directamente con el proceso no habrían notado el menor cambio. En las zonas en las que se produjo el arresto de caballeros del Temple, como las tierras de la orden pasaron a custodia del rey y los pensionistas y otros acreedores se quedaron sin cobrar, los extraños desde luego tuvieron que notar el cambio. No se sabe la suerte que corrieron muchos hermanos; en Alemania y el este de Europa hubo muchos que no fueron detenidos, y se desconoce lo que fue de ellos con posterioridad. Algunas tierras pasaron a manos del Hospital de San Juan, pero otras no. En Francia, cualquier caballero de la orden que lograra escapar a la detención, era perseguido y encarcelado; en Inglaterra, el *sheriff* de York no se dio demasiada prisa ni siquiera en encerrar a los integrantes de la orden. Como para un caballero resultaba deshonroso darse a la fuga, la mayoría de los templarios se quedaron donde estaban y no huyeron. De todas maneras, el hermano Bernardo de Fons se refugió en Túnez y se convirtió en embajador del príncipe musulmán de esta ciudad; es posible que otros hicieran lo mismo.[1]

Algunos templarios permanecieron cautivos de los musulmanes en Oriente, tras ser capturados durante la caída definiti-

va de Acre o en Arwad. El clérigo alemán Ludolfo de Sudheim encontró a dos de esos cautivos ex templarios durante su peregrinación a Tierra Santa hacia 1340.[2] Otros se fueron a vivir a otras casas de religión de Occidente, recibiendo una pensión diaria para su sustento.[3] Otros cuantos emprendieron nuevas carreras, como sucedió con el nigromante templario fracasado del que hemos hablado en el capítulo anterior. En definitiva, el fin de la orden del Temple fue bastante desigual.

Las opiniones de los contemporáneos acerca de la caída de la orden son muy variadas, dependiendo de su localización geográfica: los habitantes de las regiones controladas por el rey de Francia o sus parientes o por príncipes a su servicio apoyaron el proceso; otros, en cambio, lo condenaron.[4] Las opiniones no se suavizaron con el paso del tiempo, y a finales del siglo XIV el cronista de Saint Albans Tomás de Walsingham seguía condenando el proceso.[5] Los bienes de los templarios continuaron siendo llamados «el Temple» incluso mucho después de que pasaran a manos del Hospital de San Juan.[6] Los autores de obras de ficción acabaron confundiendo la relación que existía entre las dos órdenes: Joanot Martorell, que escribió su gran novela *Tirant lo Blanc* hacia 1460, creía que el Hospital de San Juan había sido fundado después de que la Orden del Temple pereciera a manos de los musulmanes, y que el Hospital había reconstruido el Templo de Salomón en Rodas.[7]

Los templarios siguieron apareciendo en la literatura de ficción a lo largo de la Edad Media, aunque desempeñando habitualmente papeles pacíficos, y no luchando contra los musulmanes; quizá porque el público no estaba completamente seguro de cuál había sido el papel de los caballeros de la orden en Tierra Santa. Continuaron apareciendo como defensores del castillo del Grial en las obras alemanas escritas en la tradición del *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, pero no en otros relatos del Grial.[8] Su imagen en la literatura de ficción sería casi invariablemente buena: eran hombres santos, dedicados al servicio de Dios.

De la caída de los templarios cabía extraer obviamente diversas lecciones de moral: la fortuna rige todas las cosas del mundo; con cuánta rapidez pueden perder los grandes el favor; o cómo se enriquecieron y se volvieron orgullosos los pobres caballeros de Cristo, y de ese modo encontraron la ruina.[9] Los comentaristas no tardaron en emitir tales juicios siempre que lo creyeron apropiado. En efecto, en la naturaleza humana está intentar encontrar alguna explicación razonable de la repentina e inesperada ruina de los templarios en un momento en el que todavía eran una orden religiosa activa y piadosa. Desde la Edad Media hasta la actualidad, los historiadores han desarrollado un «modelo» de la ascensión y caída de los templarios: los ideales puros de los primeros caballeros se contaminaron cuando la orden se enriqueció y se metió en política; la orden se volvió corrupta, avariciosa y cada vez más impopular, y mientras tanto Occidente perdía interés por las cruzadas; de ese modo, cuando Felipe IV de Francia arremetió contra la orden para quedarse con su dinero, nadie la defendió y el Temple se vino abajo. Este «modelo» ha tenido mucha aceptación a pesar del hecho indiscutible de que es falso, pues ofrece una explicación cómoda y sencilla de la caída de la orden, por lo demás injusta e inexplicable.

La acusación de hechicería vertida contra los templarios no volvería a aparecer de nuevo hasta el siglo XVI en la obra de Enrique Cornelio Agripa, en la que este autor mencionaba de pasada a los templarios diciendo que era un grupo que había sido exterminado tras ser acusado de hechicería.[10] Agripa era desde luego un hombre que sabía lo que significaba una acusación de ese tipo. Sus contemporáneos señalaron la supuesta relación de los templarios con la magia, pero no hicieron demasiado caso de ella como no fuera para «probar» su culpabilidad. Hasta el siglo XVIII, con el desarrollo de las sociedades secretas como los francmasones, la Orden del Temple no llamó la atención del profano culto de clase alta como ejemplo de sociedad secreta que había sido aniquilada debido a sus conocimientos esotéricos. Al principio, los francmasones no se atribuyeron ningún

parentesco con los templarios: fueron los masones alemanes los que hacia 1760 introdujeron la idea de que los templarios debían de haber poseído una ciencia secreta y poderes mágicos, aprendidos mientras habían sido dueños del llamado Templo de Salomón en Jerusalén. Este conocimiento y esos poderes, decían, habían sido transmitidos a lo largo de una línea de sucesión secreta hasta los masones de la época.[11]

Las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX fueron un período en el que muchos seglares de clase media alta «descubrieron» ciertas verdades misteriosas acerca de su pasado medieval o antiguo que conferían una autenticidad histórica espuria a sus intereses y actividades. Es la época en la que se crearon los «neodruidas» galeses y en la que se inventó la falda escocesa con los colores de los clanes. La «prueba» de los colores propios de los clanes escoceses apareció de manera misteriosa y volvió a desaparecer cuando un estudioso intentó verificar su autenticidad. Gran parte de la moderna tradición histórica británica se basa en los «descubrimientos» —en realidad invenciones— de esta época.[12] ¿Qué cosa podía ser más conveniente que «descubrir» que los templarios, desaparecidos hacía tanto tiempo, habían sido francmasones? Esos descubrimientos no sólo afectaron a las clases alta y media alta. Encontramos movimientos a favor de la sobriedad de comienzos del siglo XIX que se llamaban a sí mismos «los Buenos Templarios», basándose en el mito de que los verdaderos caballeros del Temple sólo bebían leche agria; pero téngase en cuenta que aquellos partidarios de la renuncia a las bebidas alcohólicas estaban deseosos de identificarse a sí mismos con los templarios *buenos*.

El movimiento romántico de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX sintió una auténtica fascinación por todo lo medieval. El mito de los templarios se desarrolló como un elemento más de este movimiento, pero su imagen de los templarios fue a menudo mala.[13] Las representaciones negativas de los caballeros del Temple en las novelas de Walter Scott *Ivanhoe* (1819) y *El talismán* (1825) son bien conocidas; en ellas el no-

velista utilizó el mito moderno de los templarios como sociedad secreta combinado con el «modelo» tradicional de la decadencia de la orden para crear a unos malvados tan amenazadores como fascinantes. Podemos encontrar otra descripción siniestra de los templarios en la novela gótica *Phantastes* (1858), de George Macdonald, cuyo protagonista, transportado al «país de las hadas», se encuentra de repente en un claro del bosque de forma misteriosamente rectangular, cercado de tejos, en el que hay «tres filas de hombres vestidos con túnicas blancas, de pie, en actitud solemne, cada uno de los cuales tiene una espada al costado, aunque el resto de su atuendo y su porte eran más propios de clérigos que de soldados». El autor llama a este lugar «templo». En un extremo hay una plataforma, con un trono en el que está sentado un «personaje de aspecto majestuoso»; resulta que se trata de un ídolo de madera. Un joven y una doncella son conducidos a lo alto de la plataforma y se les hace pasar por una puerta; suponemos que van a asistir a algún feliz rito mistérico, pero luego nos enteramos de que los han matado. El protagonista destroza el ídolo de madera, en cuyo interior descubre que hay una bestia enorme que devora a los jóvenes que le ofrecen en sacrificio; el protagonista mata a la fiera, pero a su vez muere a manos de los sacerdotes del hábito blanco armados con espadas. En ningún momento se utiliza la palabra «templario», pero los paralelismos con los hermanos del Temple y las acusaciones lanzadas contra ellos son evidentes: caballeros vestidos de blanco que además son religiosos, actúan en un templo, y adoran un ídolo que acarrea la muerte de los jóvenes iniciados.[14] Al comienzo de la novela vemos al protagonista leyendo un relato acerca de un joven nigromante que posee una copia de las obras de magia de Cornelio Agripa.

Scott y Macdonald denigraron a los templarios con el fin de lograr un efecto literario, pero algunos autores desarrollaron deliberadamente el mito de los templarios con fines políticos o religiosos, fabricando incluso pruebas materiales al objeto de «demostrar» sus argumentos. Los francmasones alemanes afir-

maban que los templarios eran una sociedad secreta poseedora de conocimientos esotéricos, y que fueron exterminados a causa de dichos conocimientos, que Felipe IV deseaba obtener.[15] En 1796, Charles Louis Cadet de Cassicour presentó a los templarios como integrantes de una conspiración secreta, oculta tras la Revolución Francesa y la ejecución del rey Luis XVI, en venganza por la muerte de Jacques de Molay acontecida en 1314.[16] Estos autores seguían el ejemplo de los que habían inventado los cargos lanzados originalmente contra los templarios, y proyectaban sus propias fantasías e intereses sobre sus víctimas. El más influyente de estos escritores con fines histórico-religiosos fue Joseph von Hammer Purgstall, que en 1818 publicó una obra titulada *El misterio de Baphomet revelado.* Hammer deseaba desacreditar a los francmasones y arremetía contra los «masones templarios» con el fin de echar por tierra todo el movimiento. Sostenía, utilizando testimonios arqueológicos falsificados por eruditos anteriores y testimonios literarios como los relatos del Grial, que los caballeros del Temple eran gnósticos y que la «cabeza de los templarios» era un ídolo gnóstico llamado Baphomet. No tenía en cuenta que los gnósticos no tenían ídolos y que Baphomet es simplemente la palabra utilizada en francés antiguo para designar a Mahoma. Su idea del gnosticismo se basaba en los ataques contra los gnósticos compuestos por autores cristianos primitivos como Orígenes, que llegó a acusarlos de depravación sexual. De ese modo, la analogía que establecía Von Hammer entre los gnósticos y los templarios era cierta en un sentido, pero sólo en uno: ambos habían sido víctimas de las «consabidas» acusaciones falsas de inmoralidad. Los gnósticos no adoraban nada que tuviera forma material: creían que el mundo físico es una invención del mal, mientras que Dios es incorpóreo y pertenece al reino de la luz, más allá de las esferas de la existencia física. Sus teorías eran tan radicales que suscitaron el odio de paganos y cristianos, que los acusaron exactamente de los mismos crímenes que se lanzarían luego contra los herejes de la Edad Media. La religión gnós-

tica no podía estar más lejos de los templarios, que eran católicos ortodoxos.[17]

El filón de pseudohistoria descubierto por Von Hammer tuvo muchos seguidores y está en la base del mito moderno de los templarios. El mito, en efecto, ha seguido desarrollándose. Un añadido que data de después de la segunda guerra mundial es la leyenda de que la orden poseía una inmensa flota que descubrió el Nuevo Mundo y transportó ingentes cantidades de plata con la que se construyó la catedral de Chartres. Cualquiera que posea unos mínimos conocimientos de la orden podría preguntarse cómo es que los templarios, si poseían tanta plata, no la utilizaron para reunir soldados con los que combatir en Tierra Santa, recuperar los Santos Lugares y ganarse la gratitud de la Cristiandad.[18]

Hammer relacionó el mito de los templarios con la leyenda del Santo Grial, sosteniendo que ésta representaba los misterios del gnosticismo.[19] El hecho de que Wolfram von Eschenbach introdujera a los «templarios» en su relato del Grial llevó a Von Hammer y sus seguidores a creer que los caballeros del Temple (que no entendían lo que eran) debían de estar profundamente vinculados con la leyenda del Grial (que tampoco entendían muy bien lo que era). Los templarios aparecen citados por su nombre únicamente en la versión de Wolfram von Eschenbach y sus secuelas, pero su ausencia en otras obras no hizo sino incitar en los estudiosos el deseo de encontrar supuestas influencias ocultas del Temple en toda la saga del Santo Grial. En 1888, Alfred Nutt sugirió que la presencia de la cabeza cortada en el *Peredur* galés, que algunos especialistas consideran la versión más próxima al relato original, implicaba la existencia de una relación entre el Grial y los templarios. La cabeza del Grial, sostenía el autor, debía de ser la famosa «cabeza de los templarios», el ídolo que los hermanos eran acusados de adorar. (Nótese que Nutt no conocía la diferencia entre veneración, que es la acusación de la que fueron objeto los hermanos, y adoración.) Ponía asimismo en relación la cabeza del Grial con

la cabeza de san Juan Bautista, pero curiosamente no incluía también en su teoría al Hospital de San Juan. Quizá lo disuadiera el hecho de que la Orden del Hospital existía aún y habría podido emprender acciones legales por difamación contra él.

La gran especialista en literatura Jessie Weston, de comienzos del siglo XIX, creía que la relación entre las leyendas del Grial y los templarios estaba indudablemente probada, pero no sabía con seguridad cuál era en realidad. Su obra provocó una gran irritación en otros especialistas en la literatura artúrica, especialmente en John Douglas Bruce, pero carecían de suficientes conocimientos acerca de los templarios y el contexto histórico de la leyenda del Grial para refutarla. Las teorías de Jessie Weston siguen siendo muy populares en la actualidad y su obra ha sido reeditada con frecuencia; no obstante, en realidad estaba equivocada en todo lo que se refiere a los templarios y el Grial.

No existe relación directa entre las leyendas del Grial y los templarios. Los orígenes de las leyendas del Grial son difíciles de rastrear, pero como también eran desconocidos para los escritores franceses y alemanes que produjeron la mayoría de los relatos medievales sobre este tema, resultan irrelevantes para este estudio. Los relatos del Grial escritos en la Europa occidental durante la Edad Media fueron compuestos para un público de caballeros y a veces incluso por caballeros. Trazaban la senda por la que los caballeros podían llegar hasta Dios por sí mismos, sin apenas ayuda de la Iglesia institucionalizada. Todos los héroes de las leyendas del Grial son caballeros, y todos son de alta cuna. Las mujeres sólo aparecen para guiar a los caballeros en su camino, como hacen la tía y la hermana de Perceval en la *Queste del Saint Graal*, o para llevarlos por el mal camino, como hace Ginebra con Lanzarote también en la *Queste*. El mensaje de las leyendas del Grial es que los caballeros tienen que encontrar a Dios (a diferencia de la mayoría de sus mujeres, que ya lo han encontrado), y que *pueden* encontrarlo por sí mismos, a través de una búsqueda personal y actuando como deben hacerlo los caballeros.

La Orden del Temple ofrecía a los caballeros una vía completamente distinta para encontrar a Dios. Los templarios debían comprometerse con una orden religiosa y hacer voto de obediencia prometiendo acatar las órdenes de su superior sin rechistar, vivir sin mantener relaciones sexuales y sin poseer riquezas personales, y probablemente morir en combate contra los musulmanes. Las leyendas del Grial permiten a los caballeros encontrar a Dios sin tener que sacrificar su independencia de acción, sin tener que obedecer a nadie ni renunciar a sus riquezas. Además, los musulmanes pueden también encontrar el Grial; tienen que convertirse al cristianismo para poder verlo, pero pueden salir más airosos en la búsqueda que muchos cristianos. Esta situación no concuerda con el ideal de los templarios de luchar contra los musulmanes y matarlos como enemigos de Cristo.

El símbolo de la cruz roja sobre el escudo blanco, que aparece a menudo en los relatos del Grial, era en la Edad Media un símbolo habitual del martirio. Los templarios llevaban una cruz roja sobre fondo blanco, pero lo mismo hacían otros religiosos. Los caballeros que aparecen en los relatos del Grial portando una cruz roja son caballeros o mártires de Cristo, no templarios. Los caballeros del Temple aparecen sólo en la versión de Wolfram von Eschenbach, y en ella llevan el símbolo del amor eterno, la tórtola, y no la cruz del martirio. Wolfram incluyó a los templarios en su obra por una razón muy concreta: para demostrar que su castillo del Grial era Jerusalén, guardada por los templarios. Los motivos de que quisiera hacer algo semejante deben de reflejar los intereses del mecenas que le encargó componer su *Parzival*, y los acontecimientos políticos ocurridos en el momento en el que escribió su obra: el conflicto entre Felipe de Suabia y Otón de Brunswick por el trono imperial.

Desde finales del siglo XIX la supuesta participación de los templarios en la leyenda del Grial ha venido a reforzar la hipotética relación de la orden con las sociedades secretas y el conocimiento esotérico. Las sociedades secretas de clase media alta como la Orden Hermética del Alba Dorada y los ocultistas

notorios como Aleister Crowley subrayaron el papel de los templarios como supuestos portadores del conocimiento mágico y de la verdad oculta.[20] Este principio se ha convertido en la actualidad en mandamiento sagrado para los ocultistas modernos y los neopaganos. En curioso contraste con ellos, otros escritores modernos sostienen que los templarios eran unos «supercristianos» que tenían un conocimiento secreto de Dios y combatían el mal.

Recientemente, el supuesto conocimiento secreto de los templarios se ha asociado con la Sábana Santa de Turín, la reliquia conservada en la catedral de la capital piamontesa que algunos creen que es el sudario de Cristo. En 1978, se sugirió la idea de que este lienzo, que muestra una imagen de la cabeza de Cristo, tal vez fuera la famosa «cabeza de los templarios». Unos análisis científicos modernos, publicados en 1989, han venido a datar la Sábana Santa en el siglo XIV, probablemente entre 1320 y 1340, con posterioridad por tanto a la disolución de los templarios. Los testimonios históricos indican que la sábana fue pintada en el siglo XIV a modo de icono o imagen de Cristo. Sólo con posterioridad se pensó que era la verdadera Sábana Santa.[21] No obstante, los meros hechos no pueden poner fin a la especulación moderna. La idea de que el supuesto ídolo de los templarios era en realidad la mismísima cabeza de Cristo ha arraigado mucho últimamente y cabe esperar que en los próximos años aparezcan nuevas obras de «historia» de ficción siguiendo estas mismas líneas.

Los autores han pasado por alto el hecho de que la «cabeza de los templarios» que la orden tenía en su cuartel general era en realidad la cabeza de santa Eufemia, y que el pañero de la orden declaró específicamente que así era: «Nunca ha conocido ni conoce ídolos o cabezas de ídolos en la dicha orden; pero dijo que en la orden está la cabeza de santa Eufemia».[22]

Los «descubrimientos» modernos acerca de los templarios son en realidad una modalidad de literatura fantástica, con menos fundamento en acontecimientos históricos reales que la ma-

yoría de las novelas históricas. A diferencia de los novelistas del siglo XIX, como Walter Scott y George Macdonald, los creadores de estos mitos modernos afirman que sus obras son verdadera historia y que se basan en una investigación histórica exhaustiva. En este sentido, sus obras se parecen a los relatos y poemas épicos medievales, cuyos autores afirmaban basarse en manuscritos latinos o incluso griegos encontrados en las bibliotecas de los monasterios, cuando en realidad se lo habían inventado todo. Pero mientras que los especialistas en literatura opinan en general que la sociedad medieval era consciente de que esos relatos y epopeyas eran en realidad invenciones, muchos lectores actuales creen que la moderna literatura fantástica acerca de los templarios es verdad.

Un fruto de esa moderna literatura fantástica acerca de los templarios son los juegos de ordenador en los que aparecen los caballeros del Temple luchando contra el mal o como portadores de conocimientos esotéricos. Para esos juegos, como para las novelas de Alejandro Dumas padre (muerto en 1870), la historia es una percha muy útil en la que colgar una buena idea.

Los templarios han servido también de inspiración para muchos otros productos modernos. Allí donde existiera una encomienda del Temple, la palabra «templario» puede utilizarse para vender cualquier producto local, desde un queso hasta un vino. Esta insistencia en los productos gastronómicos resulta curiosa en una orden que nunca se destacó por su excesiva afición a la comida y la bebida.

Desde que se desarrolló el movimiento masónico de finales del siglo XVIII, se han producido también muchos intentos de recrear la vida de los templarios. Evidentemente, la orden original no puede ser recreada: sus tierras se han perdido y su vocación resultaría bastante fuera de lugar en la sociedad moderna. Aparte de los francmasones alemanes, en el siglo XIX se fundó una orden neotemplaria francesa que acabó extinguiéndose, lo mismo que le ocurrió a la orden neotemplaria de Inglaterra.[23] En la actualidad existen otras órdenes de ese estilo. No todas

ellas han sido sólo una excusa para que los miembros de la clase alta se disfracen y jueguen a ser caballeros. Algunas de las nuevas «órdenes del Temple» llevan a cabo obras de caridad, como los Buenos Templarios del movimiento en pro de la sobriedad; otras tienen una faceta religiosa y pueden ser definidas como «masónicas», ofreciendo a sus miembros nuevas ideas acerca de la naturaleza divina o lo que sea. Otras, en cambio, son una tapadera para actividades delictivas. Actualmente estas nuevas «órdenes templarias» son objeto de estudio académico en sí mismas. Constituye un extraño tributo a la constante atracción de esta orden religiosa ordinaria —cuya existencia duró menos de dos siglos y a la cual no se ha vuelto a ver desde hace casi setecientos años— el hecho de que no sólo la institución original, sino incluso el mito de la orden o las «falsas» órdenes modernas que llevan su nombre se hayan convertido en un capítulo de la historia con mayúsculas.

# Lista de abreviaturas

| | |
|---|---|
| *AOL* | *Archives de l'Orient Latin*, publiés sous le patronage de la Société de l'Orient Latin, 2 vols., París, 1881-1884. |
| BEFAR | Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome. |
| *CH* | *Cartulaire général de l'Ordre des Hospitaliers de Saint-Jean de Jérusalem, 1100-1310*, Joseph Delaville de Roulx, ed. 4 vols., París, 1894-1906. |
| *CT* | *Cartulaire général de l'Ordre du Temple, ¿1119?-1150. Recueil des chartes et des bulles relatives... l'ordre du Temple*, le marquis d'Albon, ed., Librairie ancienne Honoré Champion, París, 1913. |
| «Eracles» | «L'Estoire de Eracles Empereur et la Conqueste de la Terre d'Outremer», en *RHC Occid*, 1.2, Imprimerie Royale, París, 1859. |
| *MGH* | *Monumenta Germaniae Historica*, G. H. Pertz *et al.*, eds., Hannover, Weimar, Stuttgart y Colonia, 19.265 y ss. |
| *MGH SS* | *Monumenta Germaniae Historica Scriptores*, G. H. Pertz *et al.*, eds., 32 vols. en folio, Hannover, 1826-1934. |
| *MO*, 1 | *The Military Orders: Fighting for the Faith and Caring for the Sick*, Malcolm Barber, ed., Ashgate, Aldershot, 1994. |
| *MO*, 2 | *The Military Orders*, vol. 2: *Welfare and Warfare*, Helen Nicholson, ed., Ashgate, Aldershot, 1998. |
| *Papsttum* | *Papsttum und Untergang des Templerordens*, Heinrich Finke, ed., 2 vols., Aschendorffschen Buchhandlung, Münster, 1907. |

| | |
|---|---|
| *PL* | *Patrologia Latina: Patrologus Cursus Completus. Series Latina*, J. P. Migne (217 vols. y 4 vols. de índices, París, 1844-1864). |
| PPTS | Palestine Pilgrims' Text Society. |
| *Procès* | *Le procès des Templiers*, Jules Michelet, ed., Documents inédits sur l'histoire de France , 2 vols., París, 1841-1851, reimp. Éditions du CTHS, París, 1987. |
| *Règle* | *La Règle du Temple*, H. De Curzon, ed., Librairie Renouard, París, 1886. |
| *RHC* | *Recueil des Historiens des Croisades*, pub. L'Academie des Inscriptions et de Belles-Lettres, 16 vols., Imprimerie Royale, París, 1841-1906; reimp. Hants, Gregg Publishing, Farnborough, 1967, y Ann Arbor, UMI, Michigan, 2000. |
| *RHC Or* | *Historiens orientaux*, 5 vols., Imprimerie royale, París, 1872-1906. |
| *RHGF* | *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, Bouquet *et al.*, ed., nueva edición de Leopold Delisle, 24 vols., Imprimerie Royale, París, 1878. |
| *ROL* | *Revue de l'Orient Latin*, 12 vols., París, 1893-1911; reimp. Culture et Civilisation, Bruselas, 1964. |
| *RRH* | *Regesta Regni Hierosolymitani and Additamentum*, Reinhold Röhricht, ed., Innsbruck, 1893-1904; reimp. B. Franklin, Nueva York, 1960. |
| RS | Rolls Series. |
| SATF | Société des Anciens Textes Françaises. |
| SHF | Société de l'Histoire de France. |
| WT | Guillaume de Tyr, *Chronique*, R. B. C. Huygens, ed., Corpus Christianorum, Continuatio Mediaeualis, 63, 63A, Brepols, Turnholt, 1986. |

# Notas

## Introducción: una visión general

1. Anne Gilmour-Bryson, *The Trial of the Templars in the Papal State and in the Abruzzi*, Biblioteca Apostólica Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1982, pp. 38, 142 y 184.

2. Para la situación de Oriente Medio cuando tuvo lugar la llegada de los cristianos a finales del siglo XI, véanse Carole Hillenbrand, «The First Crusade: the Muslim Perspective», en *The First Crusade: Origins and Impact*, Jonathan Phillips, ed., Manchester University Press, Manchester, 1997, pp. 130-142; y Carole Hillebrand, *The Crusades: Islamic Perspectives*, Edimburgh University Press, Edimburgo, 1998.

3. *Procès des Templiers d'Auvergne, 1309-1311*, Roger Sève y Anne-Marie Chagny-Sève, eds., Éditions de CTHS, París, 1986, pp. 54-55.

4. Para este tema, véanse Peter Partner, *The Murdered Magicians: The Templars and their Myth*, Oxford University Press, Oxford, 1981, pp. 153-155; y Alan Forey, *The Military Orders From the Twelfth to the Early Fourteenth Centuries*, Macmillan, Basingstoke, 1992, pp. 231-233.

5. Ronald Decker, Thierry Depaulis y Michael Dummett, *A Wicked Pack of Cards: The Origin of the Occult Tarot*, Duckworth Press, Londres, 1996, p. IX. El «tarot de los arcanos mayores» no apareció hasta finales del siglo XVIII, cuatrocientos años después de la desaparición de los templarios.

6. Marie Luise Bulst-Thiele, *Sacrae domus militiae Templi Hierosolymitani magistri: Untersuchungen zur Geschichte des Templerordens 1118/9-1314* , Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1974, p. 377.

7. Michael Schüpferling, *Der Tempelherren-orden in Deutschland. Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde*, Doctor J. Kirsch, Bamberg, 1915, pp. 33-34, nota 4; Francesco Tommasi, «Uomini e donne negli ordini militari di Terrasanta: Per il problema delle case doppie e miste negli ordini giovannita, templare e teutonico (secc. XII-XIV)», en *Doppelkloster und andere Formen der symbiose mannlicher und weiblicher Religiosen in Mittelalter*, Kaspar Elm y Michel Parisse, eds., *Berliner historische Studien* 28 (1992), pp. 177-202: aquí p. 195, nota 76, citando *Jean XXII (1316-1334): Lettres communes*, G. Mollat, ed., BEFAR, 3.ª serie, París, 1904-1947, vol. 1 bis, n.º 18845.

8. *Papsstum*, vol. 2, pp. 226-227, n.º 121.

9. *The Knights Hospitallers in England: Being the Report of Prior Philip de Thame to the General Master Elyan de Villanova for AD 1338*, L. B. Larking y J. M. Kemble, eds., Camden Society, 1.ª serie n.º 65, 1857, p. 129.

10. Bulst-Thiele, *Sacrae Domus*; Alain Demurger, *Vie el mort de l'ordre du Temple, 1120-1314*, Éditions du Seuil, París, 1985, 1989, 1993, etcétera; Forey, *The Military Orders*; Malcolm Barber, *The New Knighthood: A History of the Order of the Temple*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

## 1

## Los orígenes de la Orden del Temple

1. Para la primera cruzada y sus integrantes, véanse: Jonathan Riley-Smith, *The First Crusade and the Idea of Crusading*, Athlone Press, Londres, 1986; *idem*, *The First Crusaders, 1095-1131*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997; y John France, *Victory in the East: A Military History of the First Crusade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

2. Para la situación que se vivía en Oriente Medio cuando tuvo lugar la llegada de los cristianos a finales del siglo XI, véanse: Carole Hillenbrand, «The First Crusade: the Muslim Perspective», en *The*

*First Crusade: Origins and Impact*, Jonathan Phillips, ed., Manchester University Press, Manchester, 1997, pp. 130-142; y Carole Hillenbrand, *The Crusades: Islamic Perspectives*, Edimburgh University Press, Edimburgo, 1998.

3. La autora ha podido comprobar personalmente que todavía es posible divisar la dorada Cúpula de la Roca desde el tejado de la iglesia de Montjoie. Es necesario tener muy buena vista o estar en posesión de unos prismáticos.

4. Ivo, obispo de Chartres, «Epistolae», n.° 245 en *PL*, vol. 162, cols. 251-253. Para Hugo, conde de Champagne, véanse Malcolm Barber, «The Origins of the Order of the Temple», *Studia Monastica*, 12 (1970), pp. 219-240; publicado también en su *Crusaders and Heretics, 12th-14th Centuries*, Variorum, Aldershot, 1995, I; Demurger, *Vie et Mort de l'ordre du Temple*, pp. 22-27; Simonetta Cerrini, «Le fondateur de l'ordre du Temple à ses frères: Hughes de Payns et le Sermo Christi militibus», en *Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard – Crusade Studies in Honour of Jean Richard*, Michel Balard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith, eds., Ashgate, Aldershot, 2001, pp. 99-110.

5. Para las hermandades de caballeros, véase Alan Forey, «The Emergence of the Military Orders in the Twelfth Century», *Journal of Ecclesiastical History*, 36 (1985), pp. 175-195: aquí p. 189; publicado también en su *Military Orders and Crusades*, Variorum, Aldershot, 1994, I. Para una hermandad en concreto, véase Marcus Bull, «The Confraternity of La Sauve-Majeure: a Foreshadowing of the Military Order?», en *MO*, 1, pp. 313-319. Para la piedad de los caballeros específicamente, véase Maurice Keen, *Chivalry*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1984, pp. 51-63.

6. Ésa fue la conclusión de Rudolf Hiestand, «Kardinalbischof Matthäus von Albano, das Konzil von Troyes und dei Entstehung des Templerordens», *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, 99 (1988), pp. 295-325; a la que también llegó Barber, *The New Knighthood*, pp. 9-10; y Demurger, *Vie et mort de l'ordre du Temple*, p. 24.

7. Para las versiones en francés y latín de la Regla, véase *Règle*, apartados 7 y 8. Hay una nueva edición en preparación a cargo de la doctora Simonetta Cerrini. Para una traducción al inglés del texto francés, véase J. M. Upton-Ward, *The Rule of the Templars: The French*

*Text of the Rule of the Order of the Temple*, Boydell and Brewer, Woodbridge, 1992.

8. WT, vol. 1, pp. 553-554, libro 1, cap. 7.

9. Simón de Saint-Bertin, «Gesta abbatum Sancti Bertini Sithensium», O. Holder-Egger, ed., en *MGH SS*, vol. 13, p. 649.

10. *The Ecclesiastical History of Orderic Vitalis*, editado y traducido por Marjorie Chibnall, 6 vols., Oxford University Press, Oxford, 1969-1980, vol. 6, pp. 308-310, libro 12, cap. 29.

11. Forey, «Literacy and Learning», p. 195; *Procès*, vol. 1, p. 389.

12. Simonetta Cerrini, «A New Edition of the Latin and French Rule of the Temple», en *MO*, 2, pp. 207-215: aquí pp. 208-211.

13. Bernardo de Claraval, «Liber ad milites Templi de laude novae militiae», en *Opera*, Jean Leclercq y H. M. Rohais, eds., 8 vols., Editiones Cistercienses, Roma, 1957-1977, vol. 3, pp. 205-239. Existe la siguiente traducción al inglés: «In Praise of the New Knighthood», trad. de Conrad Greenia, en *The Works of Bernard of Clairvaux*, vol. 7: *Treatises III*, Cistercian Publications, Kalamazoo, Michigan, 1977, pp. 127-167.

14. Anselmo, obispo de Havelburg, «Dialogus» para el papa Eugenio III, en *PL*, vol. 188, col. 1156; Otón de Freising, «Chronicon», R. Wilmans, ed., *MGH SS*, vol. 20, pp. 252-253; «Ex Ricardi Pictaviensis chronica», G. Waitz, ed., *MGH SS*, vol. 26, p. 80.

15. *Règle*, apartados 5-6.

16. Cerrini, «A New Edition», pp. 208-211; Eric Christiansen, *The Northern Crusades: The Baltic and the Catholic Frontier, 1100-1525*, Macmillan, Basingstoke, 1980, pp. 74-75; Inocencio III, «Registers», en *PL*, vols. 214-216, aquí vol. 216, cols. 325-326, año 13, n.° 141. El proceso de los templarios en Chipre está traducido al inglés en *The Trial of the Templars in Cyprus: A Complete English Edition*, trad. de Anne Gilmour-Bryson, Brill, Leiden, 1998, aquí p. 72.

17. Carta publicada por Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 360-362.

18. *Procès*, vol. 1, pp. 603, 613 y 615, vol. 2, pp. 228 y 232.

19. *Der Untergang des Templerordens mit urkundlichen und kritischen Beiträgen*, Konrad Schottmüller, ed., 2 vols., Berlín, 1887, reimp. Vaduz, Liechtenstein, 1991, vol. 2, p. 67.

20. Bernardo de Claraval, «Epistolae», en *PL*, vol. 182, cols. 493-494: carta 277. Traducidas al inglés en *The Letters of Bernard*

*of Clairvaux*, Bruno Scott James, ed., Stroud, Sutton, 1998, carta 410.

21. Walter Map, *De nugis curialium*, edición y traducción de M. R. James, C. N. L. Brooke y R. A. B. Mynors, Oxford University Press, Oxford, 1983, p. 54.

22. *Chronique d'Ernoul et de Bernard le trésorier*, L. de Mas Latrie, SHF, ed., J. Renouard, París, 1871), pp. 7-8.

23. Véase Anthony Luttrell, «The Earliest Templars», en *Autour de la première croisade. Actes du colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East: Clermont-Ferrand, 22-25 juin 1995*, Michel Balard, ed., Publications de la Sorbonne, París, 1996, pp. 193-202. Para los hospitalarios, véase Jonathan Riley-Smith, *The Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus: c. 1050-1310*, Macmillan, Londres, 1967.

24. Para las fechas y el éxito de su misión, véase Barber, *New Knighthood*, pp. 12-14.

25. *CT*, n.° 31.

26. Georges Duby, *The Three Orders: Feudal Society Imagined* trad. ing. de Arthur Goldhammer; con prólogo de Thomas N. Bisson, University of Chicago Press, 1980.

27. *Règle*, apartado 2.

28. *CT*, n.° 4.

29. Barber, «The Origins of the Order of the Temple», p. 227.

30. *Papsturkunden für Templer und Johanniter, Archivberichte und Texte*, Rudolf Hiestand, ed., Abhandungen der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, phil.-hist. Klasse, dritte Folge, n.° 77, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1972, n.° 3.

31. *Lettres des Premiers Chartreux*, 1: *S. Bruno, Guigues, S. Anthelme*, «A Carthusian», ed. Sources Chrétiennes, 88, Éditions du Cerf, París, 1962, n.° 2, pp. 154-161.

32. Carta sobre la amistad espiritual redactada por Nicolás de Claraval en nombre del hermano Gauchier, dirigida a cierto caballero del Temple, en Nicolás de Claraval, «Epistolae», *PL*, vol. 196, cols. 1616-1617.

33. *The Letters of Peter the Venerable*, Giles Constable, ed., 2 vols., Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1967, vol. 1, pp. 407-409: n.° 172. Aquí p. 407.

34. *The Letters of Peter the Venerable*, vol. 1, pp. 410-413: n.º 173, aquí p. 411.

35. Isaac de Stella, «Sermones», n.º 48: *PL*, vol. 194, cols. 1853-6A, aquí 1854 BC. Para Isaac, véase también Benjamin Z. Kedar, *Crusade and Mission: European Approaches Toward the Muslims*, Princeton University Press, Princeton, 1984, pp. 104-106.

36. Juan de Salisbury, *Policraticus*, C. C. I. Webb, ed., Clarendon Press, Oxford, 1909, vol. 2, p. 193, líneas 4-5, libro 7, cap. 21.

37. Walter Map, *De nugis*, pp. 59-67.

38. *Augustine: Political Writings*, trad. ing. de Michael W. Tkacz y Douglas Kries, introducción de E. L. Fortin, Hackett, Indianápolis, 1994, pp. 219-220 y 221-229.

39. Lactancio, *De mortibus persecutorum*, J. L. Creed, ed., Oxford Early Christian Texts, Clarendon Press, Oxford, 1984, 44.4-6, pp. 64-65. Ésta es la primera referencia que se hace de Constantino enarbolando el signo de la cruz en esa batalla (p. 119, nota).

40. Por ejemplo, en un mural de Lullingstone, en Kent: Robert Milburn, *Early Christian Art and Architecture*, Scolar, Aldershot, 1988, p. 16.

41. Jean Flori, *Idéologie du Glaive: Préhistoire de la chevalerie*, Librairie Droz, Ginebra, 1983; John Gilchrist, «The Papacy and War Against "the Saracens"», en *International History Review*, 10 (1988), pp. 174-197; Ian Robinson, «Pope Gregory VII and the Soldiers of Christ», *History*, 58 (1973), pp. 169-192.

42. Cerrini, «Le fondateur de l'ordre du Temple à ses frères»; Dominic Selwood, «*Quid autem dubitaverunt*: the Saint, the Sinner, the Temple and a Possible Chronology», en *Autour de la première croisade*, Balard, ed., pp. 221-230. Para el texto, véanse Jean Leclercq, «Un document sur les débuts des Templiers», *Revue de l'Histoire Ecclesiastique*, 52 (1957), pp. 86-89; y C. Schlafert, «Lettre inédite de Hugues de Saint-Victor aux Chevaliers du Temple», *Revue d'Ascetique et de Mystique*, 34 (1958), pp. 275-299.

43. *La Chanson de Roland*, F. Whitehead, ed., Blackwell, Oxford, 1942, líneas 1.877-1.882.

44. *Les deux rédactions en vers du moniage Guillaume, chansons de geste du XII^e siècle*, W. Cloetta, ed., vol. 1, SATF, Firmin Didot, París, 1906, líneas 9 y 14.

45. Matthew Paris, *Historia Anglorum, sive... Historia minor, item... Abbreviatio chronicorum Angliae*, Frederic Madden, ed., RS 44, 3 vols., Longman, Londres, 1866-1869, vol. 1, p. 223.

## 2

## El Oriente latino: defensores de la Santa Iglesia

1. Jacquemart Gièlèe, *Renart le Nouvel*, H. Roussel, ed., SATF, A. & J. Picard, París, 1961, versos 7.555-7.579.

2. *Chronique d'Ernoul*, p. 161 (1187); *Die Reiste Innocenz' III*, Ohmar Hagaender y Anton Haidacher, eds., 2 vols. en 4, Verlag der Österreichishen Akademie der Wissenschaften, Graz y Colonia, 1964-1968, Verlag der Österreichishen Akademie der Wissenschaften, Roma y Viena, 1979-1983, vol. 3 n.° 247 (1199); Inocencio III, «Registers», *PL*, vol. 216, col. 566, año 12, n.° 45 (1209); *Anales de Burton* en *Annales monastici*, H. L. Luard, ed., RS 36, 5 vols., Longman, Londres, 1864-1869, vol. 1, p. 494 (1260); C. Kohler y C. V. Langlois, «Lettres inédits concernant les croisades (1275-1307)», *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 52 (1891), pp. 45-63, n.° 1.

3. Alan Forey, «The Militarisation of the Hospital of St. John», *Studia Monastica*, 26 (1984), pp. 75-89; publicado también en su obra *Military Orders and Crusades*, Ashgate, Aldershot, 1994, IX; Rudolf Hiestand, «Die Anfänge der Johanniter», *Die geistlichen Ritterordern Europas*, Josef Fleckenstein y Manfred Hellmann, eds., Vorträge und Forschungen 26, Jan Thorbecke Verlag, Sigmaringen, 1980, pp. 31-80; Luis García-Guijarro Ramos, «La militarización de la Orden del Hospital: líneas para un debate», en *Ordens militares: Guerra, religião, podar et cultura – Actas do III Encontra sobre ordens militares*, 2, Edições Colibri, Lisboa, 1999, pp. 293-302. WT, vol. 2, p. 661; libro 14, cap. 22.

4. Véase Forey, *The Military Orders*, pp. 19-23.

5. Forey, *The Military Orders*, pp. 68-69 y 79. Para las actividades militares en Oriente de las órdenes militares, véase también Alan Demurger, «Templiers et Hospitaliers dans les combats de Terre Sainte», en *Le combatant au Moyen Âge*, Société des Historiens Mé-

diévistes de l'Enseignement Supérieur Public, SHMES, París, 1991, pp. 77-96.

6. 'Imād al-Dīn al-Isfahāni, *Conquête de la Syrie et de la Palestine par Saladin (al-Fath al-qussî fî l-fath al-qudsî)*, trad. de Henri Massé, Paul Geuthner, París, 1972, pp. 30, 36, 41 y 141-142.

7. A. W. Lawrence, «The Castle of Baghras», pp. 34-84, y J. S. C. Riley-Smith, «The Templars and the Teutonic Knights in Cilician Armenia», pp. 92-117, en *The Cilician Kingdom of Armenia*, T. S. R. Boase, ed., Scottish Academic Press, Edimburgo, 1978.

8. Denys Pringle, «Templar Castles between Jaffa and Jerusalem», *MO*, 2, pp. 89-109, aquí pp. 94-95.

9. WT, vol. 2, pp. 775-776, libro 17, cap. 12; pp. 659-661, libro 14, cap. 22; pp. 706-709, libro 15, caps. 24-25.

10. Jonathan Riley-Smith, «The Templars and the Castle of Tortosa in Syria: An Unknown Document Concerning the Acquisition of the Fortress», *English Historical Review*, 84 (1969), pp. 278-288.

11. Para el castillo de Safed, véanse Hugh Kennedy, *Crusader Castles*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 128-129; Denys Pringle, «Reconstructing the Castle of Safed», *Palestine Exploration Quarterly*, 117 (1985), pp. 139-148; y Peter Jackson, «The Crusades of 1239-1241 and their Aftermath», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 50 (1987), pp. 32-60, aquí p. 42; para la «De constructione», véanse R. B. C. Huygens, «Un nouveau texte du traité "De constructione castri Saphet"», *Studi Medievali*, 4.1 (1965), pp. 355-387; y Kennedy, *Crusader Castles*, pp. 190-198. Para Baibars, véase Peter Thorau, *The Lion of Egypt: Sultan Baibars I*, trad. ing. de Peter M. Holt, Longman, Londres y Nueva York, 1992.

12. La situación se expone en Hans Eberhard Mayer, *The Crusades*, trad. ing. de John Gillingham, 2.ª edición, Oxford University Press, Oxford, 1988, pp. 278-279.

13. WT, vol. 2, pp. 996-998 y 1.000-1.003; libro 21, caps. 25 (26), 27 (28)-29 (30); *Chronique d'Ernoul*, pp. 51-54.

14. Oliverio, maestro de Colonia, «Cartas», en *Die Schriften des Kölner Domscholasters, späteren Bischofs von Paderborn und Kardinelbischofs von S. Sabina, Oliverus*, H. Hoogeweg, ed., BLVS 202, Litterar. Verein, Tubinga, 1894, pp. 290-291, «Historia Damiatina», en *ibid.*, p. 207; «Annales Coloniensies maximi», Karl Pertz, ed., *MGH SS*,

vol. 17, p. 832; Roger of Wendover, *Flores historiarum*, H. G. Hewlett, ed., RS 84, 3 vols., Longman, Londres, 1886-1889, vol. 2, pp. 206-207; *Lettres de Jacques de Vitry (1160/1170-1240), éveque de Saint-Jean d'Acre*, R. B. C. Huygens, ed., Leiden, Brill, 1960, n.° 3, p. 99; Jacques de Vitry, *Lettres de la cinquième croisade*, Brepols, Turnhout, 1998, p. 82, n.° 3, líneas 47-53; Kennedy, *Crusader Castles*, pp. 124-125.

15. Forey, *The Military Orders*, p. 69.

16. *Chronique d'Ernoul*, p. 149; *La continuation de Guillaume de Tyr* (1184-1197), M. R. Morgan, ed., Paul Geuthner, París, 1982, pp. 40-41, sección 27: aparece traducido al inglés en Peter Edbury, *The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in Translation*, Scolar, Aldershot, 1986. Para la Fuente del Berro, véase Denys Pringle, «The Spring of the Cresson in Crusading History», en *Dei gesta per Francos*, Balard *et al.*, eds., pp. 231-240.

17. 'Imād al-Dīn, pp. 142-144.

18. WT, vol. 2, p. 879, libro 19, cap. 11; Joseph Delaville le Roulx, «Un nouveau manuscrit de la règle du Temple», *Annuaire-Bulletin de la Société de l'Histoire de France*, 26 (1889), pp. 185-214, aquí pp. 209-211; Judi Upton-Ward, «The Surrender of Gaston and the Rule of the Templars», en *MO*, 1, pp. 179-188.

19. «Continuatio Praemonstratensis», D. L. Bethmann, ed., *MGH SS*, vol. 6, pp. 455-456; Guy de Bazoches, «Cronosgraphia», Bibliothèque Nationale, París, m.s. lat. 4998, fol. 63r. Estoy en deuda con el profesor Benjamin Kedar por haberme proporcionado una copia del manuscrito de Guy de Bazoches, cuya versión aparece también citada en Aubrey des Trois Fontaines, P. Scheffer-Boichorst, ed., *MGH SS*, vol. 23, p. 846; véase también Balduino de Ninove, «Chronicon», O. Holder-Egger, ed., *MGH SS*, vol. 25, p. 534. Para las fuentes musulmanas, véanse: Isma'īl Abu'l-Fidā, *al-Mukhtasar fi akhbār al-bashar*, en «Resumé de l'histoire des Croisades tiré des annales d'Abu'l-Feda», *RHC Or*, vol. 1, pp. 30-31; Ibn al-Athir, en «Extrait du Kamel-Altevarykh», *RHC Or*, vol. 1, p. 495; *An Arab-Syrian Gentleman and Warrior in the Period of the Crusades: Memoirs of Usāmah ibn Munqidh*, trad. ing. de Philip K. Hitti, Nueva York, 1929; repr. Princeton University Press, Princeton, 1987, pp. 44-54; compárese con WT, vol. 2, pp. 822-823, libro 18, cap. 9; y Walter Map, *De nugis*, pp. 62-66.

20. Papa Adriano IV, «Lettres», *RGHF*, vol. 15, p. 682.

21. WT, vol. 2, pp. 682-684, libro 15, cap. 6; Barber, *New Knighthood*, p. 35.

22. Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 3, pp. 404-406; *Historia anglorum*, vol. 2, p. 399; *Abbreviatio*, vol. 3, p. 274; cf. Barber, *New Knighthood*, p. 232.

23. Probablemente fuera este incidente la causa de que Esteban de Sissy perdiera el favor del papa Urbano IV, antiguo patriarca de Jerusalén, en 1262, aunque no es seguro que fuese así. Esteban perdió su cargo y tuvo que hacer penitencia, pero posteriormente recuperó su puesto en la orden y fue comendador de Apulia y Sicilia a comienzos de la década de 1270: Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 240-245.

24. WT, vol. 2, p. 1.008, libro 22, cap. 2.

25. Abū Shamah, «Le Livre des Deux Jardins», *RHC Or*, vols. 4-5, aquí vol. 4, p. 185; Robert of Torigny, *Chronicle*, en *Chronicles of the Reign of Stephen, Henry II and Richard I*, R. Howlett, ed., RS 82, 4 vols., Longman, Londres, 1884-1889, vol. 4, p. 288. Para algunas versiones posteriores de este episodio, véanse: *Chronique d'Ernoul*, pp. 255-256; y *Continuation de Guillaume de Tyr*, pp. 58-59, sección 46, p. 86, sección 75. Véanse asimismo Peter W. Edbury, «The Lyons *Eracles* and the Old French Continuations of William of Tyre», en *Montjoie: Studies in Crusade History in Honour of Hans Eberhard Mayer*, Benjamin Z. Kedar, Jonathan Riley-Smith y Rudolph Hiestand, eds., Ashgate, Aldershot, 1997, pp. 139-153; y Helen Nicholson, *Templars, Hospitallers, and Teutonic Knights: Images of the Military Orders, 1121-1291*, Leicester University Press, Leicester, 1993.

26. «Theoderich's Description of the Holy Places», trad. ing. Aubrey Stewart, PPTS 5, Londres, 1891, pp. 45-49, 59, 60 y 64, caps. 28, 29, 30, 39, 40 y 44; Theodoricus, *Libellus de locis sanctis*, M. L. y W. Bulst, eds., Winter, Heidelberg, 1976, pp. 35-37, 43, 44 y 46; *Jerusalem Pilgrimage, 1099-1185*, ed. y trad. ing. John Wilkinson con Joyce Hill y W. F. Ryan, Hakluyt Society, 2.ª serie, 167 (1988), pp. 303-305 y 310-312.

27. Einar Joranson, «The Palestine Pilgrimage of Henry the Lion», en *Medieval and Historiographical Essays in Honour of James Westfall Thompson*, James Lea Cate y Eugene N. Anderson, eds., Chicago University Press, Chicago, 1938; repr. Port Washington, Kennikat Press, Nueva York, 1966, pp. 146-225.

28. WT, vol. 2, pp. 873-874, libro 19, cap. 8.

29. Para Balduino IV, véase en este caso Bernard Hamilton, *The Leper King and his Heirs: Baldwin IV and the Crusader Kingdom of Jerusalem*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000; véanse también Bernard Hamilton, «The Elephant of Christ: Reynald of Châtillon», en *Religious Motivation: Biographical and Sociological Problems for the Church Historians*, Derek Baker, ed., *Studies in Church History*, 15, 1978, pp. 97-108: aquí p. 100 y nota 24; WT, vol. 2, pp. 979-996, libro 21, cap. 13 (14)-24 (25); y Abū l-Fidā, «Annals», en *RHC Or*, vol. 1, p. 48; y Ralph de Diss, «Ymagines historiarum», en *The Historical Works of Master Ralph of Diceto*, William Stubbs, ed., RS 68, 2 vols., Longman, Londres, 1876, vol. 1, pp. 423-424.

30. Roger de Howden, *Gesta Henrici Secundi*, William Stubbs, ed., RS 49, 2 vols., Longman, Londres, 1867, vol. 1, pp. 130-131 y nota 10; Roger de Howden, *Chronica*, William Stubbs, ed., RS 51, 4 vols., Longman, Londres, 1868-1871, vol. 2, pp. 131-132. Para versiones anteriores del mito del oro encantado, véanse, por ejemplo, Gregorio de Tours, *Histoire des Francs*, Henri Omont y Gaston Collon, eds., 2 vols., Alphonse Picard et fils, París, 1886-1893, vol. 1, pp. 133-134, libro 4, cap. 42: trad. ing. de Lewis Thorpe bajo el título *The History of the Franks*, Penguin, Harmondsworth, 1974, p. 238; y «Math, Son of Mathonwy», en *The Mabinogion*, trad. ing. Jeffrey Gantz, Penguin, Harmondsworth, 1976, p. 101. Para los musulmanes y las monedas falsas, véanse Leslie Brubaker y John Haldon, *Byzantium in the Iconoclast Era (ca. 680-850): The Sources. An Annotated Survey*, Ashgate, Aldershot, 2001, p. 304, citando A. Müller, ed., *Ibn abī Usaibī'a, kitāb 'uyūn al-anbā', fi tabaqāh al-atibbā (The Book of the Sources of Information about the Categories of Doctors*, 3 vols., El Cairo-Königsberg, 1882-1884, vol. 1, p. 313; y *The Life of Alonso de Contreras, Knight of the Military Order of St. John, Native of Madrid, Written by Himself (1582 to 1633)*, trad. ing. Catherine Alison Phillips, prol. David Hannay, Jonathan Cape, Londres, 1926, p. 60. *Vida, nacimiento, padres y crianza del capitán Alonso de Contreras, natural de Madrid, caballero del Orden de San Juan, comendador de una de sus comiendas en Castilla, escrita por él mismo*(*http://es.geocities.com/capitancontreras/contreras.pdf*) publicada en 1900 bajo el título *Vida del capitán Alonso de Contreras*.

31. Ralph de Diss, «Ymagines historiarum», pp. 423-424.

32. *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, William Stubbs, ed., vol. 2 de sus *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I*, RS 38, Longman, Londres, 1864, libro 4, cap. 17, p. 261; el pasaje correspondiente aparece en Ambrosio, *Estoire de la guerre sainte*, Gaston Paris, ed., Imprimerie Nationale, París, 1897), líneas 6122-6210; *Chronicle of the Third Crusade*, trad. ing. Helen Nicholson, Ashgate, Aldershot, 1997, p. 246.

33. Benjamin Z. Kedar, «The *Tractatus de locis et statu sancte terrae ierosolimitanae*», en *The Crusades and Their Sources: Essays Presented to Bernard Hamilton*, John France y William G. Zajac, eds., Ashgate, Aldershot, 1998, pp. 111-133: aquí pp. 127-128. Encontramos también una traducción en *Anonymous Pilgrim V,2 in Anonymous Pilgrims I-VIII (11th and 12th Centuries)*, trad. ing. Aubrey Stewart, PPTS 6, Londres, 1894, pp. 29-30.

34. Oliverio, «Historia Damatina», pp. 209-211.

35. *Continuation de Guillaume de Tyr*, p. 39, sección 25; *RHC Historiens Occidentaux*, vol. 2, p. 40.

36. *Règle*, apartados 148-168, 172; véase asimismo Matthew Bennett, «*La règle du Temple* as a Military Manual on How to Deliver a Cavalry Charge», en *Studies in Medieval History Presented to R. Allen Brown*, Christopher Harper-Bill *et al.*, eds., Boydell and Brewer, Woodbridge, 1989, publicado también en *The Rule of the Templars*, trad. ing. de Upton-Ward, pp. 175-188.

37. Véase, por ejemplo, *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 4, cap. 30, pp. 291-292; pasaje correspondiente en Ambrosio, *Estoire*, líneas 7233-7366; *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 269-270.

38. Odón: *RRH*, n.$^{os}$ 465 y 487, pp. 122, 128; Gerardo: *RRH*, n.$^{os}$ 587 y 588, pp. 156-157.

39. Helen Nicholson, «Before William of Tyre: European Reports of the Military Orders' Deeds in the East, 1150-1185», en *MO*, 2, pp. 111-118: aquí 116.

40. *Chronique d'Ernoul*, pp. 158-161; *La continuation de Guillaume de Tyre*, pp. 43-46, secciones 30-34: trad. ing. en Edbury, *The Conquest of Jerusalem*. Para las fuentes que acusan a Raimundo de Trípoli de alta traición, véanse: Guy de Bazoches, «Cronosgraphia», fol. 63v.; Guillermo de Newburgh, «Historia rerum anglicanum», en *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II and Richard I*, R. Howlett, ed.,

vol. 1, p. 258; Roger de Howden, *Gesta*, vol. 2, p. 11; Roger de Howden, *Chronica*, vol. 2, pp. 319-320; Ambrosio, *Estoire*, líneas 2.447-2.49 y 2.512-2.521; *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 1, cap. 5, pp. 13-14; trad ing. en *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 31-32, y nota 26.

41. Por ejemplo, «Fragmentum de captione Damiatae», en *Quinti belli sacri scriptores minores*, Reinhold Röhricht, ed., Société de l'Orient Latin, n.° 162, J.-G. Fick, Ginebra, 1879, pp. 185, 188 y 198; *MGH Epistolae III: epistoli saeculi XIII et regestis Pontificum Romanorum selecti*, G. H. Pertz y Karl Rodenburg, eds., 3 vols., Weidmann, Berlín, 1883-1884, vol. 1, n.° 80, p. 60; Oliverio, «Historia Damiatina», pp. 176, 215; «Cartas», pp. 291-292.

42. Para los templarios durante la segunda cruzada, véanse especialmente: *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 4, caps. 10-24, pp. 250-282; pasaje correspondiente en Ambrosio, *Estoire*, líneas 5.731-5.940; *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 237-262. Para la quinta cruzada, véase Oliverio, «Historia Damiatina», pp. 271-274. Para la cruzada del emperador Federico, véase «Eracles», p. 373.

43. *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 6, caps. 1-2 y 7, pp. 381-382 y 393-394; pasaje correspondiente en Ambrosio, *Estoire*, líneas 10.137-10.266; *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 336-337 y 344-345; *cf.* Roger de Howden, *Chronica*, vol 3, p. 183; Ralph de Coggeshall, *Chronicon anglicanum*, J. Stevenson, ed., RS 66, Longman, Londres, 1875, pp. 38-39.

44. Barber, *New Knighthood*, pp. 149-150; véanse asimismo: Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 5, pp. 148-154; «Du bon William Longespee», Simon Lloyd, ed., en «William Longespee II: The Making of an English Crusadinh Hero», *Nottingham Medieval Studies*, 35 (1991), pp. 41-70 y 36 (1992), pp. 79-125; «Rothelin», *RHC Occ*, 2, pp. 604-606; *Récits d'un Ménestrel de Reims du treizième siècle*, N. de Wailly, ed., SHF, Librairie Renouard, París, 1876, pp. 196-198, secciones 381-383; Jean de Joinville, *La vie de Saint Louis: le témoignage de Jehan, seigneur de Joinville. Text du XIVe siècle*, Noël Lynn Corbett, ed., Naaman, Sherbrooke, Quebec, 1977, p. 127, secciones 218-219. Aparece una traducción en Joinville y Villehardouin, *Chronicles of the Crusades*, trad. ing. de M. R. B. Shaw, Penguin, Harmondsworth, 1963, pp. 218-219.

45. *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 3, cap. 7, p. 218; pasaje correspondiente en Ambrosio, *Estoire*, líneas 4.741-4.808; *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 209; Oliverio, «Historia Damiatina», pp. 181 y 194; «Fragmentum de captione Damiatae», pp. 177-178.

46. Joinville, *La vie de Saint Louis*, pp. 161-163, secciones 381-385.

47. 'Imād al-Dīn, p. 329; en contraste con Joinville, *La vie de Saint Louis*, p. 190, secciones 511-514, donde la disponibilidad de los templarios a entablar negociaciones con el sultán de Damasco alarmó a Luis.

48. Peter Edbury, «The Templars in Cyprus», en *MO*, 1, pp. 189-195: aquí pp. 189-190.

49. Odón de Deuil, *De profectione Ludovici VII in orientem*, Virginia G. Berry, ed., W. W. Norton, Nueva York, 1948, pp. 124-128 y 134.

50. Alan Forey, «The Failure of the Siege of Damascus», *Journal of Medieval History*, 10 (1984), pp. 13-24.

51. WT, vol. 2, pp. 768-769, libro 17, cap. 7. Para la cruzada, véase Giles Constable, «The Second Crusade As Seen by Contemporaries», *Traditio*, 9 (1953), pp. 213-279.

52. *Annales Casinensis*, G. H. Pertz, ed., *MGH SS*, vol. 19, p. 310; *Annales Colonienses maximi*, K. Pertz, ed., *MGH SS*, vol. 17, p. 761; Gerhoh de Reichersberg, *De investigatione Antichristi* (escrito en 1160-1162), E. Sackur, ed., *MGH Libelli de lite*, vol. 3, p. 377.

53. *Casus monasterii Petrihusensis*, O. Abel y L. Weiland, eds., *MGH SS*, vol. 20, p. 674.

54. Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis*, Marjorie Chibnall, ed., Nelson, Edimburgo, 1956), p. 55; Juande Wurzburgo, «Descriptio Terrae Sanctae», en *PL*, vol. 155, col. 1087; «Annales Herbipolenses», G. H. Pertz, ed., *MGH SS*, vol. 16, p. 7.

55. Gerhoh de Reichersberg, *De investigatione*, p. 377; Miguel el Sirio, *Le chronique de Michel le Syrien, patriarche Jacobite d'Antioche, 1166-1199*, J. B. Chabot, ed., 4 vols., París, 1899-1910; reimp. Culture et Civilisation, Bruselas, 1963, vol. 3, p. 276; *The Chronography of Gregory Abūl Faraj (1225-1286), the Son of Aaron, the Hebrew Physician, Commonly Known As Bar Hebraeus, Being the First Part of His History of the World*, E. A. W. Budge, ed., 2 vols., Londres, 1932, reimp., APA, Amsterdam, 1976, vol. 1, p. 274.

56. Ralph de Coggeshall, *Chronicon*, p. 12.

57. Gervasio de Canterbury, *Historical Works*, William Stubbs, ed., RS 73, 2 vols., Longman, Londres, 1879-1890, vol. 1, pp. 137-138.

58. *Chronique d'Ernoul*, pp. 12-13; Alberto Milioli, *Liber de temporibus et aetatibus et cronica imperatorum*, O. Holder-Egger, ed., *MGH SS*, vol. 31, pp. 639-640.

59. *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 5, cap. 6, pp. 316-317; véanse también los pasajes correspondientes en Ambrosio, *Estoire*, líneas 7967-8096; y en *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 288-289.

60. *Sigebert auctarium Aquicinense*, D. L. C. Bethmann, ed., *MGH SS*, vol. 6, p. 396; *Sigebert auctarium Affligemiense*, D. L. C. Bethmann, ed., *MGH SS*, vol. 6, p. 401.

61. WT, vol. 2, pp. 1.001-1.002, libro 21, cap. 28 (29); *Libellus de expugnatione Terrae Sanctae per Saladinum*, en Ralph de Coggeshall, *Chronicon anglicanum*, pp. 209-266: aquí 211-216; *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 1, caps. 2, 29, pp. 7-9, 70; *Das Itinerarium Peregrinorum. Eine zeitgenössische englische Chronik zum dritten Kreuzzug in ursprünglicher Gestalt*, Hans Eberhard Mayer, ed., Anton Hiersemann, Stuttgart, 1962, p. 248, línea 6-p. 249, línea 20-p. 313, línea 31-p. 314, línea 3; *Chronicle of the Third Crusade*, p. 79.

62. Nigel Wireker, *Speculum stultorum*, John H. Mozeley y Robert R. Rayno, eds., California University Press, Berkeley y Los Ángeles, 1960, líneas 2051-2068: aquí 2059-2068; Guiot de Provins, «La Bible», en *Les oeuvres de Guiot de Provins, poète lyrique et satirique*, John Orr, ed., MUP, Manchester, 1915, líneas 1695-1739: aquí líneas 1785-1788. En cuanto a los elogios, véanse el análisis en mi obra *Love, War and the Grail: Templars, Hospitallers and Teutonic Knights in Medieval Epic and Romance, 1150-1500*, Brill, Leiden, 2001, especialmente pp. 49-57; y Jacques de Vitry, «Sermones», en *Analecta novissima spicilegii solesmensis: altera continuatio 2, Tusculana*, J. B. Pitra, ed., Roger et Chernowitz, París, 1888, Sermón 38, p. 420.

63. Otón de San Blas, «Continuatio Sanblasiana», R. Williams, ed., *MGH SS*, vol. 20, p. 327.

64. *Annals of Burton*, pp. 491-495.

65. Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 4, pp. 288-343; Jackson, «The Crusades of 1239-1241 and Their Aftermath»; Marie Lui-

se Bulst-Thiele, «Zur Geschichte der Ritterorden und des Königsreichs Jerusalem im 13 Jahrhundert bis zur Schlacht bei La Forbie am 17 Okt. 1244», en *Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters*, 22 (1966), pp. 197-226; Joshua Prawer, «Military Orders and Crusader Politics in the Second Half of the XIIIth Century», en *Die geistlichen Ritterorden Europas*, Fleckenstein y Hellmann, eds., pp. 217-229.

66. *An Arab-Syrian Gentleman and Warrior*, pp. 163-164 y 53.

67. WT, vol. 2, pp. 953-955, libro 20, caps. 29-30; Friedrich Lundgreen, *Wilhelm von Tyrus und der Templerordern*, Emil Emering, Berlín, 1911, p. 150.

68. Jacques de Vitry, «Historia orientalis», en *Gesta Dei per Francos*, J. Bolgars, ed., 3 vols., Wechelianis apud heredes L. Aubrii, Hannover, 1611, vol. 1, 2.ª parte, p. 1.063, libro 3, cap. 14.

69. Para este punto, véase mi obra *Templars, Hospitallers*, p. 130 y notas 9, 10 y 11.

70. Para este episodio, véase mi artículo «Knights and Lovers: The Military Orders in the Romantic Literature of the Thirteenth Century», en *MO*, 1, pp. 340-345: aquí p. 342; y véase también mi obra *Love, War and the Grail*, p. 46.

71. Guy de Bazoches, *Cronosgraphia*, fol. 63v.; Guillermo de Newburgh, *Historia rerum anglicanum*, vol. 1, p. 258; Roger de Howden, *Gesta*, vol. 2, p. 11; Roger de Howden, *Chronica*, vol. 2, pp. 319-320; Ambrosio, *Estoire*, líneas 2.447-2.449, 2.512-2.521; *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro 1, cap. 5, pp. 13-14; traducido en *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 31-32, y nota 26.

72. T. S. R. Boase, «The History of the Kingdom», en su obra *The Cilician Kingdom of Armenia*, pp. 1-33; Riley-Smith, «The Templars and Teutonic Knights in Cilician Armenia», *ibid.*, pp. 92-117.

73. *Chronique d'Ernoul*, p. 462.

74. Peter Jackson, «The Crisis in the Holy Land in 1260», *English Historical Review*, 95 (1980), pp. 481-513; Peter Jackson, «The End of Hohenstaufen Rule in Syria», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, 59 (1986), pp. 20-36; Peter M. Holt, «Mamluk-Frankish Diplomatic Relations in the Reign of Baybars (685-76/1260-77)», *Nottingham Medieval Studies*, 32 (1988), pp. 180-198; Peter W. Edbury, «The Disputed Regency of the Kingdom of Jerusalem, 164-6 and 1268», *Camden Miscellany*, 27, Camden, 4.ª serie, 22, 1979, pp. 1-

47; reproducido en su libro *Kingdoms of the Crusaders*, Ashgate, Aldershot, 1999, V.

75. «Eracles», p. 474; Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 263-266.

76. C. Kohler y C. V. Langlois, «Lettres inédits concernant les croisades (1275-1307)», *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 52 (1891), pp. 45-63: aquí pp. 55 y ss.; *RRH*, n.° 1404, p. 364.

77. Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 267-271; L. de Mas Latrie, *Histoire de l'Île de Chypre sous le règne des princes de la maison de Lusignan*, 3 vols., Imprimerie Impériale, París, 1852-1861, vol. 3, pp. 662-668; Bernard Hamilton, *The Latin Church in the Crusader States: The Secular Church*, Variorum, Londres, 1980, pp. 237-240.

78. Traducción de la edición de Antoine de Bastard, «La colère et la douleur d'un templier en Terre Sainte: <*Ir'e dolors s'es dins mon cor asseza*>», *Revue des Langues Romaines*, 81 (1974), pp. 333-373, aquí p. 357, líneas 33-34.

79. Nicholson, *Templars, Hospitallers*, p. 127.

80. «Cronica S. Petri Erfordiensis moderna», O. Holder-Egger, ed., *MGH SS*, vol. 30, pp. 424-425.

81. Para la pérdida de Acre y sus consecuencias, véase Silvia Schein, *Fideles Crucis: The Papacy, the West, and the Recovery of the Holy Land, 1274-1314*, Oxford University Press, Oxford, 1991, esp. pp. 74-76 y 114-128.

82. Para este punto, véase Peter W. Edbury y John Rowe, *William of Tyre: Historian of the Latin East*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 61-65, 123-127 y 163-164; R. H. C. Davis, «William of Tyre», en *Relations between East and West in the Middle Ages*, Derek Baker, ed., Edinburgh University Press, Edimburgo, 1987, pp. 64-76.

## 3

## La guerra santa en la península Ibérica y en el este de Europa

1. Para lo que se expone a continuación, véanse: Angus Mackay, *Spain in the Middle Ages: From Frontier to Empire, 1000-1500*,

Macmillan, Basingstoke, 1977; Alan Forey, «The Military Orders and the Spanish Reconquest in the Twelfth and Thirteenth Centuries», en *Traditio*, 40 (1984), pp. 197-234; reimpr. en su libro *Military Orders and Crusades*, V; Alan Forey, *The Templars in the Corona de Aragón*, Oxford University Press, Londres, 1973.

2. Marcus Bull, *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade*, Oxford University Press, Oxford, 1993, pp. 72-78, indica que probablemente esta carta no tenga relación alguna con la campaña de Barbastro y que ha sido interpretada erróneamente por los historiadores.

3. Henry Livermore, *A History of Portugal*, Cambridge University Press, Cambridge, 1947, pp. 62, 74-81, 85, 97-99, 108, 113 y 132; Alan Forey, *The Military Orders*, p. 23; Barber, *New Knighthood*, pp. 32-34; Alan Forey, «Military Orders and Spanish Reconquest», 199; *CT*, n.os 10, 11 y 381, además de n.os 19, 24 y 363.

4. Alan Forey, *The Templars in the Corona de Aragón*, pp. 9-17; *The Military Orders*, p. 23; *CT*, n.os 33, 38, 47, 72, 145 y 314.

5. Luttrell, «Earliest Templars»; Anthony Luttrell, «The Earliest Hospitallers», en *Montjoie*, Kedar *et al.*, eds., pp. 37-54; Kaspar Elm, «Kanoniker und Ritten vom Heiligen Grab. Ein Beitrag zur Entstehung und Frühgeschichte der palästinensischen Ritterorden», en su libro *Umbilicus Mundi: Beiträge zur Geschichte Jerusalems, der Kreuzzüge, des Kapitels vom Hlg. Grab in Jerusalem und der Ritterorden*, Sint Kruis, Brujas, 1998, pp. 63-105; reimp. de *Die geistlichen Ritterorden Europas*, Fleckenstein y Helmann, eds., pp. 141-169.

6. Elena Lourie, «The Confraternity of Belchite, the Ribat and the Temple», en *Viator*, 13 (1982), pp. 159-176, reimp. en su libro *Crusade and Colonisation*, Variorum, Aldershot, 1990. Para la tesis contraria, véanse: Forey, *Emergence of the Military Order*, y Bull, *The Confraternity of La Sauve-Majeure*. Para una visión general, véase Barber, *New Knighthood*, pp. 26-32.

7. *CT*, n.º 314; Alan Forey, *The Templars in the Corona de Aragón*, pp. 21-23.

8. Alan Forey, *The Templars in the Corona de Aragón*, pp. 26-31.

9. Alan Forey, *The Templars in the Corona de Aragón*, pp. 31-33; Jaime I, *Crònica o llibre dels faits*, Ferran Soldevila, ed., Edicions 62, Barcelona, 1988, capítulos 95-97; trad. al inglés por John Forster con

el título de *The Chronicle of James I of Aragon*, 2 vols., Chapman and Hall, Londres, 1883, 1, pp. 183-187.

10. *Chronicle of James I*, cap. 117, pp. 210-211.

11. *Ibid.*, pp. 603-604.

12. *Ibid.*, cap. 95, pp. 183-184.

13. *Ibid.*, pp. 266-267.

14. Alan Forey, *The Templars in the Corona de Aragón*, p. 140.

15. *CH*, n.º 4007. Para la ayuda prestada por templarios y hospitalarios a Pedro III ante el ataque de los cruzados en 1285, véase Bernat Desclot, *Crònica*, Miquel Coll i Alentorn, ed., Editorial Barcino, Barcelona, 1949, cap. 19; traducida al inglés como Bernat Desclot, *Chronicle of the Reign of King Pedro III of Aragon, AD 1276-1285*, F. L Critchlow, ed., Princeton University Press, Princeton, 1928, p. 139. Véase asimismo Alan Forey, *The Templars in the Corona de Aragón*, pp. 134-141.

16. Madrid, Biblioteca del Monasterio de El Escorial, ms. T.I.6, *Libro de los juegos de ajedrez, dados y tablas*, escrito por orden de Alfonso X, fol. 25.

17. Giles Constable, «The Second Crusade as Seen by Contemporaries», p. 233; Livermore, *History of Portugal*, pp. 113-114.

18. Para los caballeros teutónicos, véanse: Eric Christiansen, *The Northern Crusades*, Macmillan, Basingstoke, 1980; Penguin, Harmondsworth, 1997; William Urban, *The Baltic Crusade*, Northern Illinois University Press, De Kalb, 1975; 2.ª edición, Lithuanian Research and Studies Center, Chicago, 1995; y los artículos a propósito de la orden en *MO*, 1 y *MO*, 2.

19. Para las donaciones que recibieron los templarios en Alemania, véanse Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 211 y 74; Schüpferling, *Der Tempelherren-orden in Deutschland*, especialmente pp. 240-241.

20. Libor Jan y Vít Jesenský, «Hospitaller and Templar Commanderies in Bohemia and Moravia: Their Structure and Architectural Forms», en *MO*, 2, pp. 235-249: aquí pp. 238-243; Libor Jan, «Böhmische und mährische Adelige als Förderer und Mitglieder der Geistlichen Ritterorden», presentado en la conferencia «Expanding the Frontiers of Medieval Latin Christianity: The Crusades and the Military Orders», 26-28 de febrero de 1999, Universidad Europea Central, Budapest, para ser publicado en *Expanding the Frontiers of*

*Medieval Latin Christianity: The Crusades and the Military Orders*, József Laszlovsky y Zsolt Hunyadi, eds., Universidad Europea Central, Budapest (próxima aparición).

21. En lo concerniente a los datos que expongo acerca de los templarios en Hungría, quiero expresar mi más sentido agradecimiento a Zsolt Hunyadi de Szeged, Hungría; a Balázs Stossek, de la Universidad József Attila, Hungría; y a Lelja Dobroníc de Zagreb, Croacia. Véanse Lelja Dobroníc, *Viteški redovi Templarii i Ivanovci u Hrvatsjoi*, Krscanska sadasnjost, Zagreb, 1984; Balázs Stossek, «Maisons et possessions des Templiers en Hongrie», presentado en la conferencia «Expanding the Frontiers of Medieval Latin Christianity: The Crusades and the Military Orders», 26-28 de febrero de 1999, Universidad Europea Central, Budapest; Zsolt Hunyadi, «The Knights of St. John in the Medieval Kingdom of Hungary: Houses, Personnel, Particular Activity up to c. 1400», presentado en la misma conferencia. Estos artículos serán publicados en las actas de la conferencia, *Expanding the Frontiers of Medieval Latin Christianity: The Crusades and the Military Orders*, József Laszlovsky y Zsolt Hunyadi, eds., Universidad Europea Central, Budapest (próxima aparición).

22. «Ex Thomas historia pontificum Salonitanorum et Spalatinorum», L. von Heineman, ed., *MGH SS*, vol. 29, pp. 577, 578 y 587. Para los acontecimientos de 1241, véanse: Peter Jackson, «The Crusade Against the Mongols (1241)», *Journal of Ecclesiastical History*, 42 (1991), pp. 1-18; y Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, p. 213.

23. «Ex historiae regum Franciae continuatione Parisiensi», O. Holder-Egger, ed., *MGH SS*, vol. 26, pp. 604-605. Una legua equivale a cuatro kilómetros.

24. Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, p. 212.

25. Walter Kuhn, «Kirchliche Siedlung als Grenzschutz 1200 bis 1250 (am Beispiel des mittleren Oderraumes)», *Ostdeutsche Wissenschaft: Jahrbuch des Ostdeutschen Kulturrates*, 9 (1962), pp. 6-55: aquí p. 18; Karl Borchardt, «The Hospitallers in Pomerania: Between the Priories of Bohemia and *Alamania*», en *MO*, 2, pp. 295-306: aquí p. 300.

26. Maria Starnawska, «Crusade Orders on Polish Lands during the Middle Ages. Adaptation in a Peripheral Environment», *Quaestiones Medii Aevi Novi*, 2 (1997), pp. 121-142: aquí p. 129; Schüpfer-

ling, *Der Tempelherren-orden in Deutschland*, p. 241; Barber, *New Knighthood*, p. 249.

27. Para este punto, véanse Kuhn, «Kirchliche Siedlung», pp. 12-15, 21 y 28-29; y Nicholson, *Templars, Hospitallers*, p. 52.

28. Helmut Lüpke, *Untersuchungen zur Geschichte des Templerordens im Gebiet der norostdeutschen Kolonisation. Inaugural Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde genehmigt von der Philosophischen Fakultät der Friedrich-Wilhelms-Universität zu Berlin*, Bernburg, 1933, pp. 12-15; *idem*, «Das Land Tempelburg. Ein historische-geographische Untersuchung», *Baltische Studien*, 35 (1933), pp. 43-97; Kuhn, «Kirchliche Siedlung», pp. 30-32.

29. *Acta sanctorum quotquot toto orbe coluntur: vel a catholicis scriptoribus celebrantur quae ex latinis graecis, aliarumque gentium antiquis monumentis*, Joannes Bollandus y Godefridus Henschenius, eds., 2.ª edición, Joanne Carnandet, ed., 70 vols. y suplemento, Bruselas, París y Roma, 1863 y ss.), Octubre VIII, p. 232E.

30. Boleslaw B. Szczesniak, *The Knights Hospitallers in Poland and Lithuania*, Mouton, La Haya y París, 1969, pp. 15-16.

31 Kuhn, «Kirchliche Siedlung», pp. 46-54.

32 Para los templarios y la ciudad de Łuków, véanse: Walter Kuhn, «Ritterorden als Grenzhüter des Abendlandes gegen das östliche Heidentum», *Ostdeutsche Wissenschaft*, 6 (1959), pp. 7-70: aquí pp. 42-52; y Starnawska, «Crusade Orders».

## 4

## Organización y gobierno de la orden

1. *Règle*, apartados 198-223.

2. Para el papel que desempeñaba el maestre en la orden y sus potestades, véase Barber, *New Knighthood*, pp. 187-188; véase asimismo Jochen Burgtorf, «"Li maistre ou cil qui tenra so leuc", – Die Leitung des Templerordens in Abewesenheit des Meisters», en *Studien und Quellen zur Geschichte des Papsttums und der Kreuzzüge*, Rudolf Hiestand, ed., Lang, Frankfurt, 2001, próxima aparición. Se trata de la traducción alemana de su ponencia titulada «... the one who takes

the Master's pace»: The Order of the Temple's Central Government in the Absence of the Master», leída en el Congreso Internacional de Estudios Medievales celebrado en la Universidad de Leeds, Leeds, en julio de 1998. Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a Jochen Burgtorf por haberme permitido leer el texto de su ponencia y su artículo inédito que cito en el texto.

3. Agradezco a Jochen Burgtorf su información acerca del lugar donde se reunían los capítulos generales del Temple. Los detalles se exponen en su disertación, de próxima aparición, «Führungsstrukturen und Funktionsträger in der Zentrale der Johanniter und Templer von den Anfängen bis zum frühen 14. Jahrhundert» (Estructuras de jerarquía y funcionarios en el cuartel general de las órdenes del Hospital y del Temple desde sus inicios hasta comienzos del siglo XIV), Heinrich-Heine Universität, Düsseldorf.

4. *Règle*, apartados 88, 93, 562, 569, 585, 606, 616, 634; y véase *The Rule of the Templars*, trad. ing. de Upton-Ward, p. 142, nota 546.2 (hay trad. cast.: *El código templario. Texto íntegro de la Regla de la Orden del Temple*, Martínez Roca, Barcelona, 2000).

5. Para las actas de los capítulos generales de la Orden del Hospital, véanse: Riley-Smith, *Knights of St. John*, pp. 286-290; Charles Tipton, «The 1330 Chapter General of the Knights Hospitallers at Montpellier», *Traditio*, 24 (1968), pp. 293-308; Jürgen Sarnowsky, «The Oligarchy at Work. The Chapters General of the Hospitallers in the XVth Century (1421-1522)», en *Autour de la première croisade*, Balard, ed., pp. 267-276. Para los capítulos generales de los templarios que establecían normativas, véase *Procès des Templiers d'Auvergne*, p. 120; para las ordenanzas aprobadas y redactadas por el Gran Cabildo, véanse Bodleian Library Oxford, MS. Bodley 454, fols. 64v, 66v; y David Wilkins, *Concilia magnae Britanniae et Hiberniae*, vol. 2, Londres, 1737, pp. 360-361 (omite el segundo punto).

6. Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 81-82: Felipe de Milly ingresó en la orden en 1164-1165 y fue elegido maestre en 1169; para Roberto de Sablé, véanse pp. 125-126.

7. Édouard Rey, «Geoffroy Fulcher, grand-commandeur du Temple 1151-1170», *Revue de Champagne et de Brie*, año 19, 2.ª serie, 6 (1894), pp. 259-269; véase asimismo Barber, *New Knighthood*, pp. 189-190.

8. Para lo expuesto a continuación, véanse: *Règle*, apartados 99-137, 169-179, 190-221; Jochen Burgtorf, «"Li maistre ou cil qui tenra so leuc", – Die Leitung des Templerordens in Abewesenheit des Meisters»; Jochen Burgtorf, «Leadership Structures in the Orders of the Hospital and Temple (Twelfth to Early Fourteenth Centuries) – Select Aspects», presentado en la conferencia «Expanding the Frontiers of Medieval Latin Christianity: The Crusades and the Military Orders», 26-28 de febrero de 1999, Universidad Europea Central, Budapest, para ser publicado en *Expanding the Frontiers of Medieval Latin Christianity: The Crusades and the Military Orders*, József Laszlovzsky y Zsolt Hunyadi, eds., Universidad Europea Central, Budapest (próxima aparición); y Jochen Burgtorf, «Wind Beneath the Wings: Subordinate Headquarters Officials in the Hospital and Temple from the Twelfth to the Early Fourteenth Centuries», en *MO*, 2, pp. 217-224.

9. «Chronique d'Amadi», en *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, R. De Mas Latrie, ed., 2 vols., París, 1891-1893, vol. 1, p. 360.

10. *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, pp. 176, 191, 263 y 323; *Trial of the Templars in Cyprus*, pp. 93, 116, 213, 288. Sobre la cuestión del empleo del término «prior» para indicar a un clérigo a cargo de una parroquia en Chipre, véase Jean Richard, *Chypre sous les Lusignans. Documents chypriotes des archives du Vatican (XIV^e et XV^e siècles*, P. Geuthner, París, 1962, p. 93 y nota 8.

11. Alan Forey, *The Military Orders*, p. 149; Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, p. 211.

12. Alan Forey, *The Military Orders*, p. 155.

13. Para los sellos de la Orden del Temple, véase Alan Forey, *Templars in the Corona de Aragón*, pp. 453-454 y notas 4 y 5; este autor también cita a J. Menéndez Pidal, *Catálogo de sellos españoles de la Edad Media: Archivo Histórico Nacional: sección sigilografía*, Madrid, 1929, p. 182. Véase asimismo Paul de Saint-Hilaire, *Les Sceaux des Tepliers et leurs symboles*, Pardès, Puiseaux, 1991: pero algunas referencias que hace Saint-Hilaire son incorrectas, pues incluye el sello de Thierry de Nussa (p. 100), que en realidad no era templario, sino prior de la Orden del Hospital en Inglaterra. Véase también Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 369-379, 415-419. En cuanto al Hospital de San Juan, véase E. J. King, *The Seals of the Order of St. John of Jerusalem*, Methuen, Londres, 1932.

14. Helen Nicholson, «The Military Orders and the Kings of England in the Twelfth and Thirteenth Centuries», en *From Clermont to Jerusalem: The Crusades and Crusader Societies, 1095-1500*, Alan V. Murray, ed., Brepols, Turnhout, 1998, pp. 203-218: aquí 208.

15. Victor Carrière, *Histoire et Cartulaire de Templiers de Provins*, Librairie Champion, París, 1919, n.° 11, p. 49.

16. A propósito de las lavanderas, véanse P. J. Goldberg, *Women, Work and Lifecycle in a Medieval Economy: Women in York and Yorkshire c. 1300-1520*, Oxford University Press, Oxford, 1992, p. 135; P. J. Goldberg, «Women's Work, Women's Role in the Late Medieval North», en *Profit, Piety and the Professions*, M. A. Hicks, ed., Alan Sutton, Gloucester, 1990, pp. 34-50: aquí 47; Henrietta Leyser, *Medieval Women: A Social History of Women in England 450-1500*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1995, p. 151. En cuanto a las ordeñadoras, véase *infra*.

17. Archivo Histórico de la Archidiócesis de Tarragona, Cartularios A-B, fol. 177r: publicado por Francesco Tommasi, «Uomini e donne negli ordini militari», p. 201. He sido informada por el profesor Juan Fuguet Sans de que la palabra «preceptrix» aparece perfecta y claramente escrita en la carta. Le estoy muy agradecida por haberme aclarado este punto.

18. Para la arquitectura de las encomiendas de la Orden del Temple, véanse: Roberta Gilchrist, *Contempation and Action: The Other Monasticism*, Leicester University Press, Londres, 1995, pp. 69-105; Pál Ritoók, «The Architecture of the Knights Templars in England», en *MO*, 1, pp. 167-178; y Jan y Jesenský, «Hospitaler and Templar Commanderies» y las obras citadas en este artículo.

19. Véase la carta de Tomás Bérard a Amadeo en los Anales de Burton, en la que confirma que los objetos de plata de las iglesias son la posesión más valiosa de la orden (pp. 491-495); véase asimismo el testimonio de Jacques de Molay ante los comisionados papales, 28 de noviembre de 1309, en *Le dossier de l'affaire des Templiers*, Georges Lizerand, ed., Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1923, p. 166.

20. William Rees, «The Templar Manor of Llanmadoc», *Bulletin of the Board of Celtic Studies*, 13, parte III (1949), pp. 144-145.

21. Burgtorf, «Leadership Structures». Para la proporción del número de sargentos en la orden respecto al de los caballeros, véase

Alan Forey, «Recruitment to the Military Orders (Twelfth to Fourteenth Centuries)», *Viator*, 17 (1986), pp. 139-171: aquí pp. 144-145; reimp. en su libro *Military Orders and Crusades*, II.

22. Un buen ejemplo lo encontramos en «The Childhood of Vivien»: *Les enfances Vivien*, Magali Rouguier, ed., Librairie Droz, Ginebra, 1997, a partir de la línea 531.

23. Malcolm Barber, «The Social Context of the Templars», *Transactions of the Royal Historical Society*, 34 (1984), pp. 27-46, reimp. en su libro *Crusaders and Heretics*, VIII; Maurice Keen, *Chivalry*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1984, pp. 44-63; Nicholson, *Love, War and the Grail*, pp. 5-7, 204-219 y 222-226.

24. Nicholson, *Templars, Hospitallers*, pp. 29-30, 43, 48, 50 y 71-74.

25. *Règle*, apartado 586. Podemos encontrar un útil resumen acerca del desarrollo de la caballería en Inglaterra en, por ejemplo, Peter Cross, *The Knight in Medieval England, 1000-1400*, Alan Sutton, Stroud, 1993, pp. 1-99.

26. Dieter Wojtecki, *Studien zur Personengeschichte des Deutschen Ordens im 13 Jahrhundert*, Quellen und Studien zur Geschichte des östlichen Europas, Manfred Hellmann, ed., 3, F. Steiner, Wiesbaden, 1971, pp. 78-80 y 88-91; Forey, «Recruitment».

27. Jacques de Vitry, Sermón 37, p. 410.

28. Jacques de Vitry, Sermón 37, p. 407; *Le dossier de l'affaire des Templiers*, pp. 160-162.

29. *Règle*, apartados 17 y 68.

30. *Règle*, apartado 56 de la Regla latina; véanse asimismo los apartados 70-72 de la Regla francesa.

31. María Echániz Sans, *Las mujeres de la Orden Militar de Santiago en la Edad Media*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1992; Constance H. Berman, «Were There Twelfth-Century Cistercian Nuns?», *Church History*, 68 (1999), pp. 824-864; Sally Thompson, «The Problem of the Cistercian Nuns in the Twelfth and Early Thirteenth Centuries», en *Medieval Women*, Derek Baker, ed., *Studies in Church History: Subsidia*, 1 (1978), pp. 227-252; John B. Freed, «Urban Development and the "cura monialium" in Thirteenth-Century Germany», *Viator*, 3 (1972), pp. 311-326; Carol Neel, «The Origins of the Beguines», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 14 (1989), pp. 321-341. Para la Orden Teutónica, véase *Die Statuten des*

*Deutschen Ordens nach den ältesten Handschriften*, Max Perlbach, ed., M. Niemayer, Halle a. S., 1890, p. 52, n.° 31; véanse también pp. 131, 132. Udo Arnold, «Die Frau im Deutschen Orden», en *Stationen Einer Hochschullaufbahn: Festschrift für Annette Kuhn zum 65. Geburtstag*, Udo Arnold, Peter Meyers y Uta C. Schmidt, eds., Edition Ebersbach, Dortmund, 1999, pp. 261-276: aquí pp. 254-255. Agradezco desde estas páginas al doctor Kark Borchardt que me haya proporcionado una copia de este artículo. Véase asimismo Johannes Adriaan Mol, *De Friese Huizen van de Duitse Order: Nes, Steenkerk en Schoten en hun plaats in het middeleeuse Friese kloosterlandscap*, Fryske Akademy, Ljouwert, 1991, pp. 68-76. Doy las gracias desde estas páginas al doctor Mol por haberme proporcionado una copia de la traducción al alemán de este libro (de próxima aparición).

32. Carta publicada por Schüpferling, *Der Tempelherren-orden in Deutschland*, p. 33-34, nota 4; Tommasi, «Uomini e donne negli ordini militari», p. 195, nota 76, en la que se cita *Lettres communes des papes d'Avignon... Jean XXII (1316-1334)*, n.° 18845.

33. Schüpferling, *Der Tempelherren-orden in Deutschland*, pp. 61-62.

34. *Règle*, 68, apartado 69 (apartado 55 de la Regla latina).

35. Pueden verse algunos ejemplos en Alan Forey, «Women and the Military Orders in the Twelfth and Thirteenth Centuries», *Studia Monastica*, 29 (1987), pp. 63-92: aquí pp. 65-66; reimp. en su libro *Military Orders and Crusades*, IV; Barber, *New Knighthood*, pp. 261-262 y nota 120; y Tommasi, «Uomini e donne negli ordini militari», pp. 183-184.

36. *Procès*, vol. 1, pp. 591-594.

37. Tommasi, «Uomini e donne negli ordini militari», pp. 201-202 (aquí p. 201), con comentario en pp. 200-201.

38. Carta publicada en «Documents relatifs aux croisades», en *Le Chevalier au Cygne et Godefroid de Bouillon, poëme historique publié por la première fois avec de nouvelles recherches sur les légendes qui ont rapport à la Belgique, un travail et des documents sur les croisades*, Le Baron de Reiffenberg, ed., 3 vols., M. Hayez, Bruselas, 1846-1854, vol. 1, p. 429, n.° 9.

39. Para la definición habitual, véase: Riley-Smith, *Knights of St. John*, pp. 242-246 (en este caso para la Orden del Hospital, pero son términos comunes). Véanse también Elisabeth Magnou, «Oblature,

classe chevaleresque et servage dans les maisons méridionales du Temple au XII siècle», *Annales du Midi*, 73 (1961), pp. 377-397; y María Echániz Sans, *Las mujeres de la Orden Militar de Santiago*, p. 53. Dominic Selwood dice, y yo coincido con ella, que el «rígido sistema de clasificación adoptado» aquí «impone un orden en lo que era, por su naturaleza, flexible, y ensombrece la naturaleza individual de los acuerdos» (*Knights of the Cloister: Templars and Hospitallers in Central-Southern Occitania 1100-1300*, Boydell and Brewer, Woodbridge, 1999, pp. 117-122: aquí nota 148. Sobre este problema también habla Tommasi, «Uomini e donne negli ordini militari», p. 188.

40. Las pruebas las presenta Alan Forey, «Women and the Military Orders», p. 66 y nota 17.

41. Entre 1189 y 1193 una tal Juana, esposa de Ricardo, caballero de Chalfield, en Wiltshire, decidió «dedicarse de cuerpo y alma por medio de la gracia de Dios a la Regla del Temple» en edad avanzada (*Records of the Templars in England in the Twelfth Century: The Inquest of 1185 with Illustrative Charters and Documents*, Beatrice A. Lees, ed., Oxford University Press, Londres, 1935, p. 210).

42. Para las confraternidades de una casa religiosa tradicional, véanse Giles Constable, «The *Liber Memorialis* of Remiremont», *Speculum*, 47 (1972), pp. 261-277; e Hiro Tsurushima, «The Confraternity of Rochester Cathedral Priory About 1100», *Anglo-Norman Studies*, 14 (1992), pp. 313-337. Agradezco al doctor Bill Aird estas referencias.

43. H. von Hammerstein, «Der Besitz der Tempelherren in Lothringen», *Jahrbuch des Gesellschaft für lotharingische Geschichte uns Altertumskunde*, 7, parte 1 (1895), pp. 1-29, aquí p. 19, n.º 38.

44. Alan Forey, «Novitiate and Instruction in the Military Orders in the Twelfth and Thirteenth Centuries», *Speculum*, 61 (1986), pp. 1-17; reimp. en su libro *Military Orders and Crusades*, III.

45. *Règle*, apartados 657-686.

46. Provincia irlandesa, Oxford, Bodleian, MS. Bodley 454, fols. 143r, 145r, 146r, 147v y 149r; para Francia, véase Barber, *New Knighthood*, p. 303.

47. Para los hermanos que tuvieron que comprarse su propio cordón, véase *Procès*, vol. 1, pp. 340, 442, 478 y 544, vol. 2, p. 475; para los que fueron sus familiares (especialmente sus propias hermanas)

quienes se la proporcionaron, véase *ibid.*, vol. 1, pp. 299-300, 314 y 352; para el caso de la prometida, véase *ibid.*, vol. 1, p. 294.

48. *Records of the Templars*, pp. 56-57; *Dossier de l'affaire des Templiers*, p. 54: «*A la daerie a trois baasses*». Para Baugy, véase también Alan Forey, «Women and the Military Orders», p. 69.

49. *Les contes moralisés de Nicole Bozon, Frère Mineur*, Lucy Toulmin Smith y Paul Meyer, eds., SATF, Firmin Didot, París, 1998, pp. 181-182.

## 5

## La vida religiosa

1. *Règle*, apartado 558; véanse también apartados 225, 326, 418 y 550; para la Orden del Hospital de San Juan, véase *CH*, n.os 2.213.82 y 2.186. Los problemas que había a la hora de mantener en secreto lo sucedido en un monasterio quedan perfectamente ilustrados en el incendio de la abadía de Bury Saint Edmunds en 1198: aunque los monjes hicieron todo lo posible por ocultarlo, los peregrinos que llegaron a la mañana siguiente ya se habían enterado de lo sucedido (Jocelin de Brakelond, *Chronicle of the Abbey of Bury St. Edmunds*, trad. ing. de Diana Greenway y Jane Sayers, Oxford University Press, Oxford, 1989, p. 96).

2. «Nouveau manuscrit de la règle du Temple», p. 196, apartado 7.

3. *Règle*, apartados 236, 452, 594 y 625.

4. *Papsttum*, vol. 2, p. 330: hermano Juan de Villiers.

5. *Procès*, vol. 1, pp. 76, 259, 326; *Papsttum*, vol. 2, p. 337.

6. *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, p. 390.

7. Helen Nicholson, «Knights and Lovers: The Military Orders in the Romantic Literature of the Thirteenth Century» en *MO*, 1, pp. 340-345; *ibid.*, *Love, War and the Grail*, pp. 43, 45-57 y 63; Peter Linehan, *The Ladies of Zamora*, Manchester University Press, Manchester, 1997; *CH*, n.° 2186; «De Frere Denise», en *Nouveau recueil complet des fabliaux*, Willem Noomen, ed., vol. 4, Van Gorcum, Assen/Maastricht, 1991), n.° 56, pp. 1-23; Christiansen, *The Nor-*

*thern Crusades* (1980), pp. 84-85; Anthony Luttrell, «Gli ospitalieri di San Giovanni di Gerusalemme dal continente alle isole», en *Acri, 1291: La fine della presenza degli ordini militari in Terra Santa ed i nuovi orientamenti nel XIV secolo*, Francesco Tommasi, ed., Quattroemme, Perugia, 1996, pp. 75-91: aquí p. 83; reimp. en su obra *The Hospitaller State on Rhodes and its Western Provinces, 1306-1462*, Ashgate, Aldershot, 1999, II; Anthony Luttrell, «Hospitaller Life in Aragon», en *God and Man in Medieval Spain. Essays in Honour of J. R. L. Highfield*, D. W Lomax y D. Mackenzie, eds., Aris and Phillips, Warminster, 1989, pp. 97-115: aquí p. 111; reimp. en su libro *Hospitallers of Rhodes and their Mediterranean World*, Variorum, Aldershot, 1992, XV.

8. *Règle*, apartado 573. Se trata del único caso conocido por algunos testigos del proceso: *Procès*, vol. 1, pp. 196 y 386-387. Para un estudio de las pruebas sobre esta materia, véase Anne Gilmour-Bryson, «Sodomy and the Knight Templars», *Journal of he History of Sexuality*, 7 (1996), pp. 151-183. Para las tres confesiones que, desde mi punto de vista, cuentan probablemente la verdad, véase *Procès*, vol. 2, p. 286; *Procès des templiers d'Auvergne*, pp. 148 y 215. Barber indica en su artículo «The Trial of the Templars Revisited» (*MO*, 2, pp. 329-342: aquí p. 338, nota 35), que en las declaraciones hechas en París en octubre y noviembre de 1307 únicamente tres templarios (de un total de 138) fueron acusados de sodomía (*Procès*, vol. 2, pp. 290 y 294); el primer caso en cuestión fue el del maestre de la orden, y probablemente estuviera motivado por cierto resentimiento del hermano acusador hacia la persona del maestre en lugar de hechos reales; el segundo caso estaba relacionado con las vagas actividades de dos hermanos (cuyos nombres se dan) «en cierta noche». Para la práctica habitual de actos homosexuales en el seno de las órdenes benedictina y cisterciense, véase Juan de Salisbury, *Policraticus*, vol. 2, p. 199, libro 7, cap. 21, 695 c-d, y la nota de la línea 21: el autor esta valorando las actividades de los cistercienses y los cluniacenses relacionadas con la colecta de las limosnas. Véase también Walter Map, *De nugis*, p. 80, para monjes cistercienses que tenían relaciones sexuales con muchachos; para actos de sodomía en la abadía benedictina de Bury Saint Edmunds, véase P. L. Heywroth, «Jocelin of Brakelond, Abbot Sason, and the Case of William the Sacrist», en *Middle English Studies Presented to Norman Davies in Honour of his Seventieth Birthday*, Douglas

Gray y E. G. Stanley, eds., Clarendon Press, Oxford, 1983, pp. 175-194. Para la susceptibilidad de los monjes ante la presencia de jóvenes apuestos, véase, por ejemplo, las experiencias de santa Eufrosina disfrazada de hombre («La vie de Sainte Euphrosine», Raymond T. Hill, ed., *Romanic Review*, 10 [1919] pp. 159-169 y 191-232: aquí pp. 205-206, líneas 564-583). Encontramos abundante bibliografía sobre este tema en V. A. Kolve, «Ganymede / Son of Getron: Medieval Monasticism and the Drama of Same-Sex Desire», *Speculum*, 73 (1998), pp. 1.014-1.067.

9. Barber, *New Knighthood*, pp. 215-216; Peter W. Edbury, *John of Ibelin and the Kingdom of Jerusalem*, Boydell and Brewer, Woodbridge, 1997, pp. 39-40, 50-51, 64.

10. Por ejemplo, para misas por el rey Juan de Inglaterra, véase *Register of Walter Gray, Lord Archbishop of York*, James Raine, ed., Surtees Society, 56 (Durham, 1872), p. 24, n.º 115; para misas por el rey Enrique III de Inglaterrra, véase *Calendar of the Charter Rolls Preserved in the Public Record Office, 1226-1516*, 6 vols., HMSO, Londres, 1903-1927, 1226-1257, p. 135; para la lamparilla de Metz, véase el capítulo 4, nota 43. Para Sandford y Cowley, véase *The Sandford Cartulary*, Agnes M. Leys, ed., The Oxfordshire Record Society, 19 y 22, 2 vols., Oxford, 1938 y 1940, vol. 1, pp. 56-59, 61-62, 86, 90-91 y 105, n.os 74-76, 81, 120, 125 y 146.

11. *Trial of the Templars in Cyprus*, pp. 55-74 y 409-436.

12. *Procès*, vol. 1, pp. 120-124.

13. *Caesarii Heisterbachensis monachi Cisterciensis Dialogus miracolorum*, Joseph Strange, ed., 2 vols., H. Lempertz, Colonia, Bonn y Bruselas, 1851, vol. 2, p. 119.

14. Jacques de Vitry, «Sermones», Sermón 37, pp. 412-413; Sermón 38, p. 420.

15. Walter Map, *De nugis*, pp. 374-376 y 58-60.

16. Para las primeras cartas de donación a María, véase *CT*, n.os 45, 95, 119, 120, 124, 145 y 139, etcétera.

17. *Cartulaire de la commanderie de Richerenches de l'ordre du Temple (1136-1214)*, le Marquis de Ripert-Monclar, ed., Aviñón, 1907, pp. 70, 71, 183, 184 y 202, n.os 67, 69, 206-207 y 227; *Les registres de Nicholas IV*, Ernest Langlois, ed., BEFAR, París, 1905, n.º 897. Para la situación en el centro y sur de Occitania, véase Selwood, *Knights of*

*the Cloister*, p. 210: «The Temple dedicated all its churches to the Blessed Virgin» («El Temple dedicó todas sus iglesias a la Virgen Bendita»).

18. *Règle*, apartados 675-677, 685; y véase *Procès*, vol. 1, p. 558; vol. 2, p. 173.

19. «Lametacio quedam pro Templariis», C. R. Cheney, ed., en su artículo «The Downfall of the Templars and a Letter in their Defence», en *ibid.*, *Medieval Texts and Studies*, Clarendon Press, Oxford, 1973, pp. 314-327, aquí p. 326. Fue previamente publicado en *Medieval Miscellany Presented to Eugène Vinaver*, F. Whitehead, A. H. Diverres y F. H. Sutcliffe, eds., Manchester University Press, Manchester, 1965).

20. Para la crianza de María en el templo, véase el «Protoevangelium of James», *New Testament Apocrypha*, edición revisada, Wilhelm Schneemelcher, ed., trad. ing. R. McL. Wilson, ed., 2 vols., Kentucky y Cambridge, James Clarke, Louisville, 1991, vol. 1, pp. 429-430; este hecho se dio a conocer a los cristianos de Europa occidental a través del evangelio latino de «pseudo-Mateo» (*ibid.*, pp. 422-424 y 457-458), de donde pasó a la leyenda áurea en el relato «De annunciatione dominica» (n.° 51, traducido como «The Annunciation», en Jacobo de Vorágine, *The Golden Legend: Readings on the Saints*, trad. ing. de William Granger Ryan, 2 vols., Princeton University Press, Princeton, 1993, vol. 1, p. 197. Para la leyenda de que María fue advertida acerca de la anunciación mientras vivía en el templo, véase «The Questions of Bartholomew», *New Testament Apocrypha*, vol. 1, pp. 544-545. Para la Anunciación según la *Chanson de Jérusalem*, véase: *The Old French Crusade Cycle, vol. VI: La Chanson de Jérusalem*, Nigel Thorpe, ed., University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama, 1991, línea 7.681.

21. *Procès*, vol. 1, p. 419; *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, p. 65; «Deminutio laboris examinantium processus contra ordinem Templi in Anglia, quasi per modum rubricarum», en *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, pp. 78-102, en p. 93; *Annales Londonienses*, William Stubbs, ed., en *Chronicles of the Reigns of Edward I and Edward II*, RS 76, 2 vols., Longman, Londres, 1882, vol. 1, pp. 180-198: aquí p. 195; MS. Bodley 454, fols. 106r, 135r, 139r; Wilkins, *Concilia*, pp. 366, 373 (omite el tercer testimonio).

22. «Philippi descriptio Terrae Sanctae», en W. A. Neumann, «Drei mittelalterliche Pilgerschriften III», *Oesterreichische Vierteljahresshrift für katholische Theologie*, 11 (1872), p. 76.

23. Véanse las versiones de estos milagros ofrecidas por Thietmar y Guido de Chat en P. Devos, ed., «Les premières versions occidentales de la légende de Saïdnaia», *Analecta Bollandiana*, 65 (1947), pp. 255-256, 258 y 273. Para Saïdnaia, véase ahora Bernard Hamilton, «Our Lady of Saidnaiya: an Orthodox Shrine Revered by Muslim and Knights Templar at the Time of the Crusades», en *The Holy Land, Holy Lands, and Christian History: Studies in Church History*, 36 (2001).

24. Caroline Walker Bynum, «... And Woman His Humanity», en su libro *Fragmentation and Redemption: Essays on Gender and the Human Body in Medieval Religion*, Nueva York, 1992, pp. 151-179: aquí pp. 152-153; y véase la nota a pie de página en *ibid.*, p. 357, n.° 5.

25. Para la cuestión de las virtudes «femeninas» aplicadas a hombres, especialmente a los religiosos, véanse Caroline Walker Bynum, *Jesus as Mother: Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*, Berkeley, 1982, pp. 128, 138 y 259-262; Bynum, *Fragmentation*, pp. 35-37, 108-109, 156, 165-166, 171, 175-179 y 218; y Joan Ferrante, *Woman as Image in Medieval Literature: From the Twelfth Century to Dante*, Nueva York, 1975, reimp. Labyrinth Press, Durham, Carolina del Norte, 1985, pp. 45, 69, 107 y 127.

26. Citado por L.-F. Flutre, «Études sur le Roman de Perceforest», *Romania*, 88 (1967), p. 500. No existe una edición moderna completa de *Perceforest*. Para una lista de ediciones y estudios, véase mi libro *Love, War and the Grail*, pp. 147-150 y especialmente la nota 99. Para Viviana («Ninianne»), véanse *Lancelot do Lac: The Non-Cyclic Old French Prose Romance*, Elspeth Kennedy, ed., 2 vols., Clarendon Press, Oxford, 1980, vol. 1, pp. 141-147; y *Lancelot, roman en prose du XIII^e siècle*, Alexandre Micha, ed., 9 vols., Librairie Droz, Ginebra, 1978-1983, vol. 7, pp. 245-258, sección XXI^a, partes 7-22. Para la hermana de Perceval, véase *La Queste del Saint Graal, roman du XIII^e siècle*, Albert Pauphilet, ed., Champion Editeur, París, 1980, pp. 201-210 y 226-228: o véase la trad. ing. de Pauline Matarasso (Penguin, Harmondsworth, 1969).

27. Para este punto, véase mi artículo «The Head of St. Euphemia: Templar Devotion to Female Saints», en *Gendering the Crusades*,

Susan B. Edgington y Sarah Lambert, eds., University of Wales Press, Cardiff, 2001 (de próxima aparición).

28. Para un análisis resumido de la actitud de los católicos medievales con las reliquias de los santos, véase Bernard Hamilton, *Religion in the Medieval West*, Edward Arnold, Londres, 1986, pp. 126-128. En cuanto a la importancia de las reliquias para las instituciones religiosas, véase, por ejemplo, Patrick J. Geary, *Furta sacra: Thefts of Relics in the Central Middle Ages*, Princeton University Press, Princeton, 1978; Debra J. Birch, «Selling the Saints: Competition among Pilgrimage Centres in the Twelfth Century», *Medieval History*, 2.2 (1992), pp. 20-24; Patrick J. Geary, *Living with the Dead in the Middl Ages*, Cornell University Press, Ithaca, 1994, pp. 163-176 y 194-218.

29. «Philippi descriptio», p. 76.

30. *Procès*, vol. 1, pp. 143-144.

31. Peter von Dusburg, *Chronik des Preussenlandes*, Klaus Scholtz y Dieter Wojtecki, eds., Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1984, pp. 138-140, sección 36.

32. *Procès*, vol. 1, pp. 143-144; *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, pp. 136 (para el emplazamieno de la cabeza), 209, 210 y 215; *Trial of the Templars in Cyprus*, pp. 140, 141 y 149. *Procès*, vol. 1, p. 419, habla simplemente de las «reliquias» de santa Eufemia.

33. Francesco Tommasi, «I Templari ed il culto delle reliquie», en *I Templari: mito e storia. Atti del convegno internazionale di studi alla mangione Templare di Poggibonsi-Siena*, Giovanni Minnucci y Franca Sardi, eds., Casa Editrice A. G. Viti-Riccucci, Singalunga-Siena, 1989, pp. 191-210: aquí p. 209; *Acta sanctorum*, sept. V (16 de septiembre), p. 262.

34. *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, pp. 209, 210 y 215, y véase también p. 129; *Procès*, vol. 2, pp. 240 y 249; *Papsttum*, vol. 2, p. 355; véanse asimismo los testimonios de varios templarios que habían tenido noticia desde que fueron detenidos de vagos informes acerca de un ídolo que se encontraba en Ultramar: *Procès des Templiers d'Auvergne*, pp. 115, 123, 126, 132, 134, 137, 140, 148, 151, 153, 162-163, 164, 166, 169, 178, 182, 185, 188, 194-196, 199, 207-209, 211, 213, 215 y 217. Para el supuesto culto de la cabeza por parte de los templarios, véase Malcolm Barber, «The Templars and the

Turin Shroud», *Catholic Historical Review*, 68 (1982), pp. 206-225: aquí 214-222; reimp. en Barber, *Crusaders and Heretics*, VI; véase también Barber, *New Knighthood*, pp. 306-307, para un resumen de sus argumentos.

35. *Procès*, vol. 1, p. 419; véanse también las declaraciones de los templarios en *Procès des Templiers d'Auvergne*, pp. 115, 123, 132, 140, 148, 151, 162, 169, 185, 194 y 207, en las que los hermanos confiesan haber oído que sus cordones habían tocado el misterioso ídolo de Ultramar.

36. *Procès*, vol. 1, pp. 254 y 502, vol. 2, pp. 192, 364 y 367; véase asimismo vol. 1, p. 399; *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, p. 59, tal vez haga referencia a una reunión capitular celebrada en París; *ibid.*, vol. 2, p. 19, alude vagamente a una «cabeza sagrada» de la que había tenido noticia este hermano; *ibid.*, vol. 2, p. 30, describe la reproducción de una cabeza que había sobre un altar, como era habitual en el caso de los relicarios; *ibid.*, vol. 2, p. 50, describe una cabeza blanca y, de nuevo, hace una descripción confusa de un relicario de plata; en *Papsttum*, vol. 2, p. 355, el hermano Esteban de Troyes declara haber visto una cabeza en el capítulo de París, aunque dice que se trataba de la cabeza de Hugo de Payns.

37. *Procès*, vol. 2, p. 218.

38. *Procès*, vol. 1, p. 502.

39. *Et erat ibi quedam cedula consuta in qua erat scriptum caput LVIIIm: Procès*, vol. 2, p. 218.

40. Tommasi, «I Templari ed il culto», p. 207.

41. El sello muestra un caballero a lomos de un caballo portando un escudo con una cruz: probablemente se trate de san Jorge. Véase Forey, *Templars in the Corona de Aragón*, p. 453 y notas 4 y 5, y su cita de Menéndez Pidal, *Catálogo de sellos españoles de la Edad Media*, p. 182; véase asimismo Paul de Saint-Hilaire, *Les Sceaux des Templiers*, pp. 95 y 115; y véase el sello de Roustan de Comps en Marsella, Archives Départementales des Bouches-du-Rhône, la cour des Comptes de Provence, B319. Para Safed, véase Denys Pringle, «Reconstructing the castle of Safed», *Palestine Exploration Quarterly*, 117 (1985), pp. 139-148: aquí p. 148, citando a Ibn al-Fūrat, *Ayyubids, Mamluks and Crusaders. Selections from the Tārīk al-Duwal wa'l-Mulūk of Ibn l-Fūrat*, texto y trad. ing. de U. y M. C. Lyons, introducción de Jona-

than Riley-Smith, 2 vols., Heffer, Cambridge, 1971, vol. 2, p. 105; para Cressac véase Paul Deschamps y Marc Thibaut, *La peinture murale en France: le Haut Moyen Âge et l'époque romane*, Librairie Plon, París, 1951, pp. 132-136; para algunas anécdotas relacionadas con la orden y san Jorge, véanse *Das Itinerarium Peregrinorum*, Mayer, ed., p. 249; *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, libro I, cap. 2, p. 7; y *Quinti belli sacri scriptores minores*, pp. 99-100, 130-131 y 157; para la plegaria, véase *Procès*, vol. 1, pp. 120-124. Para otros testimonios de la veneración por san Jorge que profesaban los templarios, véase Barber, *New Knighthood*, pp. 202 y 271.

42. Jocelin de Brakelond, *Chronicle*, especialmente p. 104; véase también Jane Sayers, «Violence in the Medieval Cloister», *Journal of Ecclesiastical History*, 41 (1990), pp. 533-542.

43. Alan Forey, «Literacy and Learning in the Military Orders during the Twelfth and Thirteenth Centuries», *MO*, 2, pp. 185-206, aquí p. 206.

44. *Le livre des Juges. Les cinq textes de la version française faite au XII siècle pour les chevaliers du Temple*, le Marquis d'Albon, ed., Société des Bibliophiles Lyonnois, Lyon, 1913.

45. Paul Meyer, «Notice sur le manuscrit Fr. 24862 de la Bibliothèque Nationale contenant divers ouvrages composés on écrits en Angleterre», *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Nationale et autres bibliothèques publiés par l'Académie des inscriptions et de belles-lettres*, 35 (1896), pp. 131-168; R. C. D. Perman, «Henri d'Arci. The Shorter Works», en *Studies in Medieval French Presented to Alfred Ewert in Honour of his Seventieth Birthday*, E. A. Francis, ed., Clarendon Press, Oxford, 1961, pp. 279-321; véase también M. Dominica Legge, *Anglo-Norman literature and its Background*, Clarendon Press, Oxford, 1963, pp. 191-192.

46. Para el contexto escatológico de las cruzadas, véase especialmente Norman Cohn, *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Millenarians and Mystical Anarchists of the Middle Ages*, Secker and Warburg, Londres, 1957, y ediciones posteriores, pp. 61-76. Para el Anticristo y los musulmanes, véase también John V. Tolan, «Muslims as Pagan Idolators in Chronicles of the First Crusade», en *Western Views of Islam in Medieval and Early Modern Europe: Perception of Other*, David R. Blanks y Michael Frasseto, eds., St. Martin's Press,

Nueva York, 1999, pp. 97-117. Doy las gracias a John Tolan por haberme proporcionado una copia de su artículo.

47. Para Ricaut Bonomel, véase Antoine de Bastard, «La colère et la douleur d'un templier en Terre Sainte», pp. 333-373; para el hermano Oliverio el Templario, «Estat aurai lonc temps en pessamen», véase *Choix des poésies originales des troubadours*, M. Raynouard, ed., 6 vols., F. Didot, París, 1816-1821, vol. 5, p. 272.

48. Hannes Möhring, «Eine Chronik aus der Zeit des dritten Kreuzzuges: das sogennante *Itinerarium Peregrinorum I*', *Innsbrucker Historische Studien*, 5 (1982), pp. 149-162; *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 7-9.

49. Nicholson, *Love, War and the Grail*, pp. 102-183.

50. Tomado de mi traducción de *Chronicle of the Third Crusade*, pp. 25-35, libro I, cap. 2.

51. *Ibid.*, p. 34, libro I, cap. 5.

52. *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, p. 134 (actas de Brindisi), pp. 259, 265, 273, 292, 333, 336, 337, 340, 391 y 392 (actas de Chipre).

53. *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, pp. 392-393; *Procès*, vol. 1, p. 647.

54. *CH*, n.° 560

55. Nicholson, *Templars, Hospitallers*, p. 53.

56. Cristina Dondi, «Manoscritti liturgici dei templari e degli ospedalieri: le nuove prospettive aperte dal sacramentario templare di Modena (Biblioteca Capitolare O. II. 13)», en *I Templari, la guerra e la santità*, Simonetta Cerrini, ed., Il Cerchio, Rímini, 2000, pp. 85-131.

57. Gilchrist, *Contemplation and Action*, p. 94. Además de las iglesias de nave redonda que cita esta autora, los templarios tuvieron iglesias de nave circular en sus casas de París y Praga, y una capilla circular en Chastel Pèlerin ('Atlīt).

58. Por ejemplo, *Procès*, vol. 1, pp. 299-300, 314, 318, 323, 594; *Procès des Templiers d'Auvergne*, pp. 116, 120, 123, 129, 132, 137, 140, 148, 151, 153, 162, 166, 169, 177, 182, 185, 194, 196, 202, 209, 211, 213, 215, 217 y 219.

59. *Procès*, vol. 1, p. 219.

60. *Procès*, vol. 1, p. 267.

61. Joinville, *La vie de Saint Louis*, p. 190, sección 514; véase también Barber, *New Knighthood*, p. 214 y p. 372, nota 117; para la prohibición de la Regla a apadrinar a un niño, véase *Règle*, apartado 72.

62. *Papsttum*, vol. 2, p. 336.

63. En cuanto a mi información acerca del culto actual de santa Eufemia en la Iglesia ortodoxa griega, estoy en deuda con el trabajo de investigación de la doctora Judith Upton-Ward de la Universidad Fatih, Estambul. Véase asimismo el artículo sobre santa Eufemia de los *Acta Sanctorum*, sept. V (16 de septiembre), así como su liturgia en: ΗΑΓΙΑ ΕΝΔΟΞΟΣ ΜΕΓΑΛΟΜΑΡΤΥΣ ΚΑΙ ΠΑΝΕΥΦΗΜΟΣ ΕΥΦΗΜΙΑ, Εκδοσεισ «Τερτιοσ» (Katerine, «ΤΕΡΤΙΟΣ», 1997), pp. 30-31.

64. Nicholson, *Templars, Hospitallers*, pp. 71 y 77; Selwood, *Knights of the Cloister*, pp. 43-47.

65. Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 5, p. 149-150.

66. *Old French Crusade Cycles, VIII: The London-Turin Version*, Peter R. Grillo, ed., University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1994, líneas 13442-13448; y véase también mi *Love, War and the Grail*, p. 45 y pp. 43-64 para el contexto literario.

## 6

## Los más fieles servidores: al servicio de los reyes de Europa

1. Walter Map, *De nugis*, p. 114.

2. Véanse, por ejemplo, Marie Luise Bulst-Thiele, «Templer in königlichen und päpstlichen Diensten» en *Festschrift Percy Ernst Schramm*, Peter Classen y Peter Scheibert, eds., 2 vols., F. Steiner, Wiesbaden, 1964, vol. 1, pp. 289-308; Léopold Delisle, «Mémoire sur les opérations financières des Templiers», *Mémoires de l'Institut National de France, Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 33, 2 (1889); Alain Demurger, «Trésor des Templiers, trésor du roi. Mise au point sur les opérations financières des Templiers», *Pouvoir et Gestion: cinquièmes rencontres, 29 et 30 novembre 1996*, París, 1996, pp. 73-85; Thomas W. Parker, *The Knights Templars in England*, University of Arizona Press,

Tucson, 1963; Jules Piquet, *Des banquiers au Moyen Âge: Les Templiers. Étude sur leur opérations financières*, Librairie Hachette, París, 1939; Agnes Sandys «The Financial and Administrative Importance of the London Temple in the Thirteenth Century», en *Essays in Medieval History Presented to Thomas Frederick Tout*, A. G. Little y F. M. Powicke, eds., Manchester University Press, Manchester, 1925, pp. 147-162; Nicholson, *Templars, Hospitallers*, pp. 15-34; Nicholson, «The Military Orders and the Kings of England»; y Clarence Perkins, «The Knights Templars in the British Isles», *English Historical Review*, 25 (1910), pp. 209-230; véase también *Records of the Templars*, p. LVIII. La información que se da a continuación se basa en estas fuentes.

3. *L'histoire de Guillaume le Maréchal, comte de Striguil et de Pembroke*, Paul Meyer, ed., SHF, 3 vols., Librairie Renouard, París, 1891-1901, líneas 18.317-18.320.

4. Véase el material citado en la nota 2 de este capítulo, y Robert I. Burns, *The Crusader Kingdom of Valencia: Reconstruction on a Thirteenth Century Frontier*, 2 vols., Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1967, vol. 1, p. 194.

5. *Anales de Dunstable*, en *Annales monastici*, vol. 3, p. 222.

6. Roger de Wendover, *Flores historiarum*, vol. 3, p. 41; Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 3, pp. 232-233.

7. Para un resumen sobre este punto, véase Barber, *New Knighthood*, pp. 296-297.

8. Inocencio III, «Registres», *PL*, vol. 215, col. 708, año 8, n.° 131.

9. *Les registres d'Urbain IV (1261-1264)*, Jean Guiraud, ed., BEFAR, París, 1900-1929, n.$^{os}$ 760, 765 y 771.

10. *CH*, n.$^{os}$ 3221, 3228; Nicholson, *Templars, Hospitallers*, pp. 32-33.

11. «Chronique de Primat, traduite par Jean du Vignay», en *RGHF*, vol. 23, pp. 50-51 y 54-55.

12. La obra racomendada para los templarios en Irlanda sigue siendo Herbert Wood, «The Templars in Ireland», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 26C, n.° 14 (julio de 1907), pp. 327-377; el manual al uso para los hospitalarios es Caesar Litton Falkiner, «The Hospital of St. John of Jerusalem in Ireland», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 26C, n.° 12 (marzo de 1907), pp. 275-317. Para las donaciones a los templarios, véanse Aubrey Gwynn y R. N. Hadcock,

*Medieval Religious Houses in Ireland*, Longman, Londres, 1970, pp. 329-331 y 342; *Calendar of Documents Relating to Ireland, Preserved in Her Majesty's Public Record Office*, Londres, H. S. Sweetman, ed., 5 vols., HMSO, Londres, 1875-1876, [a partir de ahora *CDRI*], vol. 1, p. 13, n.° 83; y W. E. Wightman, *The Lacy Family in England and Normandy, 1066-1194*, Oxford University Press, Oxford, 1966, pp. 82, 189 y 207.

13. *CDRI*, vol. 1, pp. 147-148, n.° 966.

14. Para los templarios y Ricardo Marshal, véanse Roger de Wendover, *Flores historiarum*, vol. 2, pp. 80-83; y Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 3, pp. 274-276.

15. *CDRI*, vol. 1, pp. 320-321, n.os 2157, 2161.

16. *CDRI*, vol. 1, p. 336, n.° 2264.

17. *CDRI*, vol. 1, p. 381, n.° 2556, pp. 391-392, n.° 2623, p. 403, n.° 2703, p. 458, n.° 3071; *CDRI*, vol. 2, p. 36, n.° 238, p. 40, n.° 266; *CDRI*, vol. 3, p. 143, n.° 881, pp. 282-283, n.° 1485, 1489, p. 345, n.° 1678, p. 397, n.° 1846; *CDRI*, vol. 4, p. 376, n.° 825.

18. Para esta cuestión, véase Alan Forey, «The Military Orders and Holy War against Christians in the Thirteenth Century», *English Historical Review*, 104 (1989), pp. 1-24; reimp. en su libro *Military Orders and Crusades*, VII.

19. Peter Lock, «The Military Orders in Mainland Greece», en *MO*, 1, pp. 333-339.

20. Para Falkirk y Eduardo I, véase Parker, *The Knights Templars in England*, p. 48

21. *Études sur les actes de Louis VII*, Achille Luchaire, ed., A. Picard, París, 1885, pp. 254-255, n.° 485, pp. 259-260, n.° 504, pp. 291-292, n.° 608, p. 305, n.° 652. Para Therry antes de que ingresara en la Orden del Temple, véanse n.os 50, 54, 55, 57, 200, 270, 277, 278, 279, 286, 289, 296, 303, 339 y 340. Véanse también *Records of the Templars*, p. 214; cartas de Suger, abad de Saint-Denis, en *RGHF*, vol. 15, p. 524, n.° 109.

22. Diversas misivas de Luis VII desde Tierra Santa, en *RGHF*, vol. 16, p. 38, n.° 124; *RRH*, n.° 398.

23. *Close Rolls of the Reign of Henry III Preserved in the Public Record Office, HMSO*, Londres, 1902-1938, 1242-1247, p. 311.

24. Para los señores laicos y las órdenes religiosas en general, véanse, por ejemplo, C. B. Bouchard, *Sword. Miter and Cloister: Nobi-*

*lity and the Church in Burgundy, 980-1198*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1987; y Emma Mason, «Timeo Barones et Donna Ferentes», en *Religious Motivation: Biographical and Sociological Problems for the Church Historians*, Derek Baker, ed., *Studies in Church History*, 15 (1978), pp. 61-75.

25. *Regesta regum Anglo-Normannorum 1066-1154*, vol. 3: *1135-1154*, H. W. C. Davis, H. A. Cronne y R. H. C. Davis, eds., Clarendon Press, Oxford, 1968, pp. 310-314, n.os 843-853; *Records of the Templars*, pp. XXXIX-XL.

26. *Records of the Templars*, pp. 142-143.

27. William Rees, *History of the Order of St. John of Jerusalem in Wales and on the Welsh Border, Including an Account of the Templars*, Western Mail and Echo, Cardiff, 1947, pp. 31-32 y 51-53.

28. *Records of the Templars*, pp. 140-142; Perkins, «Knights Templars in the British Isles», p. 216; Nicholson, «Military Orders and Kings of England», pp. 207-209.

29. *Records of Templars*, pp. 139-140

30. Peter W. Edbury, «The Templars in Cyprus», *MO*, 1, pp. 189-195: aquí pp. 189-191.

31. Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, p. 125; *Chronique d'Ernoul*, pp. 296-297; Ralph de Coggeshall, *Chronicon*, p. 54.

32. Nicholson, «Military Orders and Kings of Englans», pp. 205-209.

33. Alan Forey, «The Crusading Vows of the English King Henry III», *Durham University Journal*, 65 (1973), pp. 229-247; reimp. en su libro *Military Orders and Crusades*, XIII. Para la política de cruzada de la monarquía inglesa, véase también Simon Lloyd, *English Society and the Crusades, 1216-1307*, Oxford University Press, Oxford, 1988; Christopher Tyerman, *England and the Crusades, 1095-1588*, Chicago University Press, Chicago y Londres, 1988.

34. Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 5, p. 339.

35. *Foedera, conventiones, literae et cuiusque generis acta publica inter reges Angliae et alios quos in imperatores, reges, pontifices, principes, vel communitates...*, Thomas Rymer, ed., 20 vols., A. & J. Churchill, Londres, 1704-1735, vol. 2.1, p. 20.

36. *Recueil des actes de Philippe Auguste, roi de France, vol. 4: Années du règne XXXVII à XLIV (1er novembre 1215 – 14 juillet 1223)*,

Charles Samaran y Michael Nortier, eds., Imprimerie Nationale, París, 1979, pp. 471-472; *Layettes du trésor des chartes*, Alexander Teulet *et al.*, eds., 5 vols., Archives Nationales, París, 1863-1909, vol. 4, p. 419, n.° 5638; *Spicilegium sive collectio veterum aliquot scriptorum qui in Galliae Bibliothecis delituerant*, Luke d'Achery, ed., vol. 3, Montalant, París, 1723; reimp. Gregg Press, Farnborough, 1967-1968, pp. 691-692. Un marco equivale a dos tercios de libra.

37. *Historia diplomatica Fridericii Secundi*, J. L. A. Huillard-Bréholles, ed., 6 vols. en 11, Henricus Plon, París, 1852-1861, reimp., Turín, 1963, vol. 4.1, pp. 227-229.

38. Para un resumen de este tema, véase Maurice Powicke, *The Thirteenth Century, 1216-1307*, 2.ª edición, Oxford University Press, Oxford, 1962, pp. 325, 358 y 376-377.

39. «Deminutio laboris examinantium processus», pp. 81-83.

40. Para este punto, véase Nicholson, *Templars, Hospitallers*, pp. 29-31.

41. *Les registres de Grégoire IX*, Lucien Auvray, ed., 2 vols., París, 1896-1907, n.° 4129; *Les registres de Nicolas III (1277-1280)*, J. Gay y Suzanne Vitte, eds., BEFAR, París, 1898-1938, n.° 167; *CH*, n.° 3674.

42. Roger de Howden, *Chronica*, vol. 4, pp. 76-77.

43. W. L. Warren, *Henry II*, Methuen, Londres, 1973, pp. 72, 88 y 90; Roger de Howden, *Chronica*, vol. 1, p. 218; *Records of the Templars*, pp. LI-LIV y nota 273 en p. LIII.

## 7

## Actividades comerciales y económicas

1. «Sur les états du monde», *Anglo-Norman Political Songs*, Isabel S. T. Aspin, ed., Anglo-Norman Texts, 11, Blackwell, Oxford, 1953, p. 123, verso 24.

2. Este informe se basa en la información proporcionada por Idan Shaked en un comunicado de fecha 14 de noviembre de 2000. Le estoy profundamente agradecida por esa información. Véase su artículo en hebreo, «Identifying the Medieval Flour Mills at Doq and Recordane», en *Cathedra*, 98 (2000), pp. 61-72. También estoy pro-

fundamente agradecida al profesor Denys Pringle por haberme remitido al artículo de Idan Shaked.

3. *CH*, n.os 2117 y 3045; Riley-Smith, *Knights of St. John*, p. 446; Denys Pringle, *Secular Buildings in the Crusader Kingdom of Jerusalem: An Archaeological Gazetteer*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, p. 47, n.º 85, y pp. 62-64, n.º 133.

4. Geoffrey Day, *Tide Mills in England and Wales*, Friends of Woodbridge Tide Mill, Woodbridge, 1994, pp. 10-11 y 20; Richard Holt, *The Mills of Medieval England*, Blackwell, Oxford, 1988, p. 173; *Records of the Templars*, pp. XXII, 135 y 449.

5. P. M. Ryan, «Cressing Temple: Its History from Documentary Sources», en *Cressing Temple: A Templar and Hospitaller Manor in Essex*, D. D. Andrews, ed., Essex County Council Planning, Chelmsford, 1993, pp. 11-24; véase asimismo Tim Robey, «The Archaeology of Cressing Temple», en *ibid.*, pp. 37-50; y para otros graneros medievales, véase Dave Stenning, «The Cressing Barns and the Early Development of Barns in South-East England», en *ibid.*, pp. 51-75.

6. *Records of the Templars*, pp. CLXXXII-CLXXXIII.

7. Una parcela de tierra que podía ser arada por una yunta de bueyes en un día. En teoría, el equivalente a un acre inglés.

8. Un impuesto que se pagaba a la Iglesia por la cosecha.

9. Pringle, *Secular Buildings*, p. 24, n.º 22, p. 26, n.º 28.

10. Pringle, *Secular Buildings*, p. 96, n.º 208.

11. Holt, *Mills*, p. 153.

12. *Records of the Templars*, pp. 167-168.

13. Victor Carrière, *L'histoire et cartulaire des Templiers de Provins*, Champion, París, 1919, n.º 160, pp. 168-171.

14. Para las operaciones financieras de los templarios, véanse, por ejemplo: Delisle, «Mémoire sur les opérations financières des Templiers»; Demurger, «Trésor des Templiers, trésor du roi»; D. M. Metcalf, «The Templars as Bankers and Monetary Transfers between East and West in the Twelfth Century», en *Coinage in the Latin East: The Fourth Oxford Symposium on Coinage and Monetary History*, Peter W. Edbury y D. M. Metcalf, eds., British Archaeological Reports, International Series, 77 (1980), pp. 1-17; Piquet, *Des banquiers au Moyen Âge: Les Templiers*; Sandys, «The Financial and Administrative Importance of the London Temple»; Parker, *The Knights Templars*

*in England*; y Clarence Perkins, «The Knights Templars in the British Isles», *English Historical Review*, 25 (1910), pp. 209-230.

15. Joinville, *La vie de Saint Louis*, pp. 168-169. Véase también la traducción al inglés de M. R. B. Shaw, Joinville y Villehardouin, *Chronicles of the Crusades*, p. 267.

16. Véanse, por ejemplo, préstamos de los templarios en *Les plus anciennes chartes en langue Provençale*, Clovis Brunel, ed., 2 vols., A. Picard, París, 1926-1952, n.° 103 y 125.

17. *Rotuli chartarum in Turri Londinensi asservati*, Thomas Duffus Hardy, ed., vol. 1.1, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1837, pp. 2b, 3, 188; *Calendar of the Charter Rolls Preserved in the Public Record Office*, vol. 1, Londres, HMSO, 1903, pp. 5, 8, 22 y 255; *Records of the Templars*, p. 254.

18. Carrière, *L'histoire et cartulaire des Templiers de Provins*, pp. 152-154, n.° 148.

19. Para todo esto, véanse Malcolm Barber, «Supplying the Crusader States: The Role of the Templars», en *The Horns of Hattin*, Benjamin Z. Kedar, ed., Yad Izak Ben-Zvi y Aldershot, Variorum, Jerusalén, 1992, pp. 314-326; reimp. en su libro *Crusaders and Heretics*, XII; y Metcalf, «The Templars as Bankers».

20. Las actividades marítimas de los templarios en La Rochelle han sido estudiadas recientemente por Jean-Claude Bonnin en su artículo «Les Templiers et la Mer, l'exemple de La Rochelle», leído en la conferencia «La Commanderie, institution des ordres militaires dans l'Occident médieval», celebrada en Sainte-Eulalie de Cernon, los días 13-15 de octubre de 2000. Las actas de este congreso serán publicadas por el Conservatoire Larzac Templier et Hospitalier, Millau, Francia.

21. Para la exploración naval de esta época, véase Felipe Fernández-Armesto, *Before Columbus: Exploration and Colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*, Macmillan, Basingstoke, 1987 especialmente pp. 152-153. Véase también J. R. S. Phillips, *The Medieval Expansion of Europe*, Oxford University Press, Oxford, 1988, 1998, partes II y III; y para Groenlandia, véase Kirsten A. Seaver, *The Frozen Echo: Greenland and the Exploration of North America ca. 1000-1500*, Stanford University Press, Stanford, California, 1996.

22. Barber, «Supplying the Crusader States», p. 324; Nicholson, «Military Orders and the Kings of England», pp. 212-214.

23. Ramon Muntaner, *Chronicle*, cap. 194. Existen diversas ediciones de esta crónica. Una de las más recientes es Ramon Muntaner, *Crònica*, Marina Gustà, ed., 3.ª edición, Edicions 62, Barcelona, 1989. Para una trad. ing., véase Lady Goodenough, *Chronicle of Muntaner*, vol. 2, Hakluyt Society, 2.ª serie, 50 (1920), pp. 466-469.

24. Los testimonios aparecen convenientemente expuestos y resumidos en Barber, «Supplying the Crusader States», pp. 324-326.

25. *Règle*, apartado 423.

26 *Règle*, apartados 598, 600 y 604-609. El hermano que aparece en el apartado 608 exclamó: «Mau gre en eust Dieu et sa mere».

27. *Règle*, apartados 553-554.

28. Roger de Howden, *Gesta*, vol. 2, pp. 47-48; Roger de Howden, *Chronica*, vol. 2, p. 354.

29. Wood, «Templars in Ireland», p. 333.

## 8

## El proceso de los templarios y sus consecuencias

1. «Le Templier de Tyr», en *Les gestes des Chyprois, recueil de chroniques françaises écrites en Orient en XIII et XIV siècles*, G. Raynaud, ed., Société de l'Orient Latin, París, 1887; reimp. Osnabrück, 1968, p. 253; *Cronica del Templare di Tiro*, L. Minervina, ed., Liguori, Nápoles, 2000, pp. 220, 222.

2. Peter Edbury, *The Kingdom of Cyprus and the Crusades, 1191-1374*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 103, nota 8.

3. Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 291-294.

4. Para Jacques de Molay, véanse: Bulst-Thiele, *Sacrae domus*, pp. 294-359; Malcolm Barber, «James of Molay, the Last Grand Master of the Temple», *Studia Monastica*, 14 (1972), pp. 91-124, reimp. en su libro *Crusaders and Heretics*, II; y Barber, *New Knighthood*, pp. 290-295.

5. Norman Cohn, *Europe's Inner Demons: The Demonization of Christians in Medieval Christendom*, Chatto and Heinemann, Lon-

dres, 1975, Pimlico, 1993, pp. 118-123; Elizabeth Hallam, *Capetian France, 987-1328*, Longman, Londres, 1980, pp. 313-317; Malcolm Barber, *The Two cities: Medieval Europe 1050-1320*, Routledge, Londres, 1992), pp. 114-116.

6. Para el papa Clemente V, véase Sophia Menache, *Pope Clement V*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

7. Silvia Schein, «*Gesta Dei per Mongolos* 1300. The Genesis of a Non-Event», *English Historical Review*, 94 (1979), pp. 805-819.

8. *Calendar of the Close Rolls Preserved in the Public Record Office, Edward I*, vol. 5, *AD 1302-1307*, HMSO, Londres, 1908, p. 208: carta de Eduardo I a Jacques de Molay, fechada en Stirling el 13 de mayo de 1304.

9. Para la situación de Chipre, véase Edbury, *Cyprus and the Crusades*, pp. 107-117 y p. 121, nota 76.

10. Alan Forey, «The Military Orders in the Crusading Proposals of the Late Thirteenth and Early Fourteenth Centuries», *Traditio*, 36 (1980), pp. 317-345, y en su libro *Military Orders and Crusades*, VIII; Silvia Schein, *Fideles crucis: The Papacy, the West, and the Recovery of the Holy Land*, Oxford University Press, Oxford, 1991; Schein, «The Templars: The Regular Army of the Holy Land and Spearhead of the Army of its Reconquest», en *I Templari: Mito e Storia*, Minnucci y Sardi, eds., pp. 15-25; Silvia Schein, «The Future Regnum Hierusalem; a Chapter in Medieval State Planning», *Journal of Medieval History*, 10 (1984), pp. 95-105

11. Los comentarios de Jacques fueron escritos en latín. Aparecen publicados en una traducción francesa en *Dossier de l'affaire des Templiers*, pp. 2-15. El plan concebido por Foulques está traducido por Norman Housley, *Documents on the Later Crusades, 1274-1580*, Macmillan, Basingstoke, 1996, pp. 40-47. Véase asimismo Alain Demurger, «Les ordres militaires et la croisade au début du XIV$^{e}$ siècle: Quelques remarques sur les traités de croisade de Jacques de Molay et de Foulques de Villaret», en *Dei gesta per Francos*, Balard *et al.*, eds., pp. 117-128.

12. Schein, *Fideles crucis*, pp. 112-139; Nicholson, *Templars, Hospitallers*, pp. 71-74; *ibid.*, *Love, War and the Grail*, pp. 78-87 y 106-107.

13. Henry Charles Lea, *A History of the Inquisition in the Middle Ages*, 3 vols., Macmillan, Nueva York, 1887-1889 y reimp., vol. 3,

especialmente p. 334. Véase también Kaspar Elm, «Der Templerprozess, 1307-1312», reimp. en su libro *Umbilicus Mundi*, pp. 507-527: aquí p. 509 (procedente de *Macht und Recht. Grosse Prozesse in der Geschichte*, A. Demandt, ed., Munich, 1990, pp. 81-101 y 297-299). Este artículo ha sido también traducido y publicado en *Los grandes procesos. Derecho y poder en la historia*, A. Demandt, ed., Barcelona, 1993, pp. 77-96; *A történelem nagy perei. Törveny és hatalom*, Budapest, 1993, pp. 97-128; y en *Acri 1291*, Tommasi, ed., pp. 213-225. Véanse asimismo Malcolm Barber, «Propaganda in the Middle Ages: The Charges Against the Templars», *Nottingham Medieval Studies*, 17 (1973), pp. 42-57; y Malcolm Barber, «The Trial of the Templars Revisited», en *MO*, 2, pp. 329-342. Para el curso del proceso, véanse Demurger, *Vie et mort de l'ordre du Temple*, pp. 289-352; Marie Luise Bulst-Thiele, «Der Prozess gegen den Templerorden», en *Die geistlichen Ritterorden Europas*, Fleckenstein y Hellmann, eds., pp. 375-402; y Malcolm Barber, *The Trial of the Templars*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

14. Barber, «Propaganda in the Middle Ages», aquí p. 57.

15. Véase Malcolm Lambert, *Medieval Heresy: Popular Movements from the Gregorian Reform to the Reformation*, 2.ª edn., Blackwells, Oxford, 1992, aquí pp. 186-188 y 208-212. Para las acusaciones lanzadas por Gregorio IX contra el Hospital de San Juan, véase *CH*, n.° 2186.

16. Norman Housley, *The Avignon Papacy and the Crusades, 1305-1378*, Oxford University Press, Oxford, 1986, pp. 267-271.

17. H. A. Kelly, «Inquisition and the Prosecution of Heresy: Misconceptions and Abuses», *Church History*, 58 (1989), pp. 439-451; Richard Kieckhefer, «The Office of Inquisition and Medieval Heresy: The Transition from Personal to Institutional Jurisdiction», *Journal of Ecclesiastical History*, 46 (1995), pp. 36-61.

18. Bernard Hamilton, *The Albigensian Crusade*, Historical Association Pamphlet, G. 85, Historical Association, Londres, 1974, pp. 25-27.

19. Para la aparición de la magia medieval, su papel en la sociedad y la persecución de la que fue objeto, véanse: Cohn, *Europe's Inner Demons*; Richard Kieckhefer, *Magic in the Middle Ages*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989. Para algunos textos mágicos

medievales y el estudio de los mismos, véanse *Picatrix: The Latin Version of the Ghāyat Al-Hakīm*, David Pingree, ed., Warburg Institute, Londres, 1986; *Textes latins et vieux français relatifs aux Cyranides*, Louis Delatte, ed., Lieja y París, 1942; Richard Kieckhefer, *Forbidden Rites: A Necromancer's Manual of the Fifteenth Century*, Sutton Publishing, Stroud, 1997; y *Conjuring Spirits: Texts and Traditions of Medieval Ritual Magic*, Claire Fanger, ed., Sutton Publishing, Stroud, 1998.

20. *Picatrix*, pp. 1 y 4.

21. Barber, «Propaganda», pp. 51-54; Barber, «The Templars and the Turin Shroud».

22. Gilchrist, *Contemplation and Action*, pp. 95-96; Jonathan Riley-Smith, *Hospitallers: The History of the Order of St. John*, Hambleton Press, Londres y Río Grande, 1999, p. 53.

23. Ambrosio, *Estoire*, versos 3701-3730; *Chronicle of the Third Crusade*, libro I, cap. 56, pp. 110-111. Véanse también: Tolan, «Muslims as Pagan Idolators»; C. Meredith Jones, «The Conventional Saracen of the *Chanson de Geste*», *Speculum*, 17 (1942), pp. 201-225; y Matthew Bennet, «First Crusaders' Images of Muslims: The Influence of Vernacular Poetry?», *Forum for Modern Language Studies*, 22.2 (1986), pp. 101-122.

24. Matthew Paris, *Chronica majora*, vol. 5, pp. 149-150.

25. Véase Kieckhefer, *Forbidden Rites*, p. 187.

26. Richard Kieckhefer, *European Witch Trials: Their Foundations in Popular and Learned Culture, 1300-1500*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1976, pp. 12, 109.

27. A. Beardwood, *The Trial of Walter Langton, Bishop of Lichtfield*, Transactions of the American Philosophical Society, New Series, 54, parte 3, Filadelfia, 1964, pp. 7-8; Kieckhefer, *European Witch Trials*, pp. 13 y 108.

28. A. Neary, «The Origins and Character of the Kilkenny Witchcraft Case of 1324», *Proceedings of the Royal Irish Academy Section C*, 83 (1983), pp. 333-350; Kieckhefer, *European Witch Trials*, pp. 13-14 y 111.

29. Cohn, *Europe's Inner Demons*, pp. 118-130; Kieckhefer, *European Witch Trials*, p. 12.

30. Patrick Geary ha señalado que a partir del siglo XI los cultos pasaron de la veneración de un cuerpo a la devoción a una estatua o

una pintura o a la hostia consagrada, y que la piedad se apartó de los cultos localizados centrados en las reliquias de un santo local y se convirtió en «una forma más amplia y más individualista de veneración» (Geary, *Living with the Dead*, pp. 175-176). La implicación de las acusaciones vertidas contra los templarios en el sentido de que es idolatría venerar el cráneo de una santa parece reflejar, en efecto, ese cambio en la piedad. Para un análisis del papel de los *literati* en las acusaciones, véase Barber, «Trial of the Templars Revisited», pp. 340-342.

31. Testimonio de Jacques de Molay ante los comisionados pontificios, 28 de noviembre de 1309, en *Dossier de l'affaire des Templiers*, p. 166; véase asimismo la carta de Tomás Bérard a Amadeo en los Anales de Burton, en la que dice que la patena de la orden era su bien más preciado: pp. 491-495; *Untergang des Templerordens*, ed. Schottmüller, vol. 2, p. 160; *Trial of the Templars on Cyprus*, p. 67.

32. Gilmour-Bryson, «Sodomy and the Knights Templar», pp. 179 y 180; *Procès*, vol. 1, pp. 242, 250, 317, 333, 345-346, 354 y 567, vol. 2, p. 178.

33. Para algunos de los gatos citados durante el proceso, véase *Papsttum*, vol. 2, pp. 344 (gato pardo), 345, 347 (gato negro), 349 (gato pardo), 350, 351 (gato blanco), 352-355, 357 (gato negro), 361, 362 (gato negro). Se trata de un conjunto de confesiones procedentes de los archivos del Vaticano. En las declaraciones prestadas en el juicio de Auvernia, sólo se habla de un gato que entró caminando en un capítulo (*Procès des Templiers d'Auvergne*, p. 56 y n.° 11). El editor subraya que «no hay duda de que el animal se había perdido».

34. *Papsttum*, vol. 2, pp. 83-85, n.° 57.

35. Cohn, *Europe's Inner Demons*, pp. 123-130; Barber, «The Trial of the Templars Revisited», pp. 339-340.

36. Para un análisis de estas teorías, véanse Partner, *The Murdered Magicians*, pp. 153-155; y Alan Forey, *The Military Orders*, pp. 231-233.

37. *Procès des Templiers d'Auvergne*, pp. 89, 245-263.

38. *Untergang des Templerordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, pp. 81-83.

39. Bodleian Library, Oxford, MS. Bodley 454, fol. 98r. Se conservan cuatro versiones del proceso de Inglaterra. El «Deminutio Laboris examinantium processus contra ordinem Templi in Anglia,

quasi per modum rubricarum», publicado por Schottmüller es un resumen sin fecha del juicio en Inglaterra de los templarios que actualmente se encuentra en los Archivos Vaticanos.; los *Annales Londonienses*, William Stubbs, ed. en *Chronicles of the Reigns of Edward I and Edward II*, RS 76, 2 vols., Longman, Londres, 1882, vol. 1, pp. 180-198, contienen otro resumen del proceso inglés, más tardío que la «Deminutio». La transcripción completa del proceso que tuvo lugar en la provincia de Inglaterra se conserva en la Bodleian Library, Oxford, en MS Bodley 454. Fue publicada de forma resumida por David Wilkins, *Concilia magnae Britanniae et Hiberniae*, Londres, 1737, vol. 2, pp. 328-401; para una valoración de la edición de Wilkin y sus numerosas omisiones y recortes, véase Clarence Perkins, «The Trial of the Knights Templars in England», *English Historical Review*, 24 (1909), pp. 432-447, aquí p. 435 nota 28, p. 436 nota 31, p. 437 nota 38, p. 440 nota 51. Otra versión de esos testimonios se encuentra en la Biblioteca Británica de Londres, ms. Cotton Julius B. XII, fols. 67r-82r. El «Deminutio» contiene testimonios cuya transcripción no es completa: Perkins, «Trial», 437 nota 51. Los *Annales Londonienses* contienen otros testimonios que no aparecen en ninguno de estos manuscritos: véanse las siguientes notas de Stubb al texto: p. 180 nota 1, p. 185 nota 1, y Perkins, «Trial», p. 437 nota 51.

40. Para el proceso en Francia, véase Demurger, *Vie et mort du Temple*, pp. 298-322.

41. C. R. Cheney, «The Downfall of the Templars and a Letter in their Defence», p. 323.

42. *Ibid.*, pp. 323-325.

43. *Dossier de l'affaire des Templiers*, pp. 154-163.

44. Edbury, *Kingdom of Cyprus*, p. 121.

45. Malcolm Barber, «The World Picture of Philip the Fair», *Journal of Medieval History*, 8 (1982), pp. 13-27; artículo reproducido en su libro *Crusaders and Heretics*, VII.

46. Sophia Menache, «Contemporary Attitudes Concerning the Templars' Affair: Propaganda's Fiasco?», *Journal of Medieval History*, 8 (1982), pp. 135-147.

47. *La chronique métrique attribuée à Geoffroy de Paris*, ed. Armel Diverrès, Société d'Édition Les Belles Lettres, París, 1956, versos 5.691-5.740, 5.758-5.762 y 5.767-5.770.

48. Para un repaso de las posibles motivaciones de Felipe IV, véase Barber, *New Knighthood*, pp. 295-301; Barber, «Trial of the Templars Revisited»; Forey, *The Military Orders*, pp. 235-239.

49. Schein, *Fideles crucis*, p. 145 y nota 10.

50. Véase, por ejemplo, Malcolm Barber, «Lepers, Jews and Moslems: the Plot to Overthrow Christendom in 1321», *History*, 66 (1981), 1-17; reproducido en su libro *Crusaders and Heretics*, V.

51. Robert Lerner, *The Heresy of the Free Spirit in the Later Middle Ages*, Notre Dame University Press, Notre Dame y Londres, 1972, pp. 71-78. Para el texto, véase Marguerite Porete, *Le mirouer des simples ames*, ed. Romana Guarnieri, Corpus Christianorum Continuatio Medievalis, 69, Brepols, Turnholt, 1986. Traducciones al inglés de la obra de Marguerite Porete que son accesibles: Marguerite Porete, *The Mirror of Simple Souls*, trad. Ellen L. Babinsky, Paulist Press, Nueva York, 1993); trad. Charles Crawford, con introd. de Anne L. Barstow, Crossroad, Nueva York, 1990; y trad. Edmund Colledge, J. C. Marler y Judith Grant, Notre Dame University Press, Notre Dame y Londres, 1999. Existe también un fragmento en Peter Dronke, *Women Writers of the Middle Ages: a Critical Study of Texts from Perpetua (d. 203) to Marguerite Porete (d. 1310)*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984. Para algunos estudios, véanse también, por ejemplo: Lambert, *Medieval Heresy*, pp. 181-188, especialmente p. 184; Robert Lerner, «The Angel of Philadelphia in the reign of Philip the Fair: The Case of Guiard de Cressonart», en *Order and Innovation in the Middle Ages: Essays in Honour of Joseph R. Strayer*, eds. William Jordan *et al.*, Princeton University Press, Princeton, 1976; Michael G. Sargent, «The Annihilation of Marguerite Porete», *Viator*, 28 (1997), pp. 253-279.

52. *Papsttum*, vol. 2, pp. 89-90, n.° 60, p. 51, n.° 34, pp. 116-119, n.° 75.

53. Para todo esto, véase Barber, *New Knighthood*, p. 289.

54. Lo que sigue se basa principalmente en Bulst-Thiele, «Das Prozess».

55. Edbury, *Kingdom of Cyprus*, pp. 125, 129-130 y 136; *Chronique d'Amadi*, pp. 360, 395, 397-398. Para el juicio de los templarios en Chipre, véase asimismo Loredana Imperio, *Il tramonto dei Templari. Il processo di Cipro: uomini e vicende dell'Ordine nei suoi ultimi*

*anni di vita*, Edizioni Penne & Papiri, Latina, 1992; *Trial of the Templars in Cyprus*; Bulst-Thiele, «Das Prozess», p. 393.

56. Anthony Luttrell, «Gli Ospitalieri e l'eredità dei Templari, 1305-1378», en *I Templari: Mito e Storia*, eds. Minnucci y Sardi, pp. 67-86; artículo reproducido en su libro *The Hospitallers of Rhodes and their Mediterranean World*, III; resumido por Barber en *The New Knighthood*, p. 309.

57. Clarence Perkins, «The Wealth of the Templars in England and the disposition of it after their dissolution», *American Historical Review*, 15 (1910), pp. 252-263; Schüpferling, *Der Tempelherren-Orden in Deutschland*, pp. 240-241.

58. Luis García-Guijarro Ramos, «Los orígenes de la Orden de Montesa», en *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (s. XII-XVIII)*, Casa de Velázquez, Madrid, 1989, pp. 69-83; E. Guinot Rodríguez, «La fundación de la Orden Militar de Santa María de Montesa», *Saitabi*, 35 (1985), pp. 75-86. Estoy en deuda con el profesor Luis García-Guijarro Ramos por proporcionarme copias de los citados artículos. Para alguna información sobre la orden de Cristo en inglés, véase, por ejemplo, P. E. Russell, «Prince Henry the Navigator», *Diamente*, 11 (1960), pp. 3-30: para lo que aquí nos interesa pp. 13, 14, 16 y 21; artículo reproducido en su libro *Portugal, Spain and the African Atlantic, 1343-1490: Chivalry and Crusade from John of Gaunt to Henry the Navigator*, Variorum, Aldershot, 1995, XI; *idem*, «Prince Henry the Navigator and the Necessary End», *Studies in the Portuguese Discoveries I. Proceedings of the First Colloquium of the Centre for the Study of Portuguese Discoveries*, eds. T. F. Earle y S. Parkinson, Aris and Phillips Ltd., Warminster, 1992, pp. 1-15: para lo que aquí nos interesa, pp. 4 y 6; artículo reproducido en su libro *Portugal, Spain and the African Atlantic*, XVII; Paula Pinto Costa y António Pestana de Vasconcelos, «Christ, Santiago and Avis: an Approach to the Rules of the Portuguese Military Orders in the Late Middle Ages», *MO*, 2, pp. 251-257. Véase asimismo Fernández-Armesto, *Before Columbus*, p. 187.

# 9

## Conclusión: el mito de los templarios

1. *Papsttum*, vol. 2, pp. 226-227, n.° 121.

2. Barber, *New Knighthood*, p. 1.

3. Rosalind Hill, «Fourpenny retirement: the Yorkshire Templars in the fourteenth century», en *The Church and Wealth*, W. J. Sheils y Diane Wood, eds., *Studies in Church History*, 24 (1987), pp. 123-128.

4. Para un estudio, véase Ansgar Konrad Wildermann, *Die Beurteilung des Templerprozesses bis zum 17. Jahrhundert*, Universität Freiburg, Friburgo, 1971.

5. *Chronica monasterii S. Albani, Thomas Walsingham, quondam monachi S. Albani, Historia anglicana*, Henry Thomas Riley, ed., RS 28, 2 vols., Longman, Londres, 1863-1864, vol. 1, p. 127.

6. Nicholson, *Love, War and the Grail*, pp. 231-232; Selwood, *Knights of the Cloister*, p. 5 y nota 13.

7. Joanot Martorell, Martí Joan de Galba, *Tirant lo Blanc*, Martí de Riquer y Maria Josepa Gallofré, 2.ª edición, 2 vols., Edicions 62, Barcelona, 1985, cap. 98, vol. 1, pp. 159-160. Para una traducción inglesa, véase David H. Rosenthal, *Tirant lo Blanc*, Macmillan, Londres, 1984.

8. Nichols, *Love, War and the Grail*, pp. 102-183.

9. Para todo lo que sigue, véanse Barber, *New Knighthood*, pp. 314-334; y Partner, *Murdered Magicians*.

10. Partner, *Murdered Magicians*, pp. 91-94.

11. *Ibid.*, pp. 110-134.

12. *The Invention of Tradition*, Eric Hobsbawm y Terence Ranger, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, especialmente pp. 15-41 y 43-100.

13. Partner, *Murdered Magicians*, pp. 156-168; Barber, *New Knighthood*, pp. 323-330.

14. George Macdonald, *Phantasies and Lilith*, C. S. Lewis, Victor Gollanz, Londres, 1962, pp. 173-175.

15. Barber, *New Knighthood*, pp. 317-323.

16. *Ibid.*, p. 318.

17. Partner, *Murdered Magicians*, pp. 140-152. Para el gnosticismo y las reacciones paganas y cristianas frente a él, véase Hans Jones, *The Gnostic Religion: the Message of the Alien God and the Beginnings of Christianity*, 2.ª edición, Beacon Press, Boston, 1963, pp. 253-254, 262-265 y 266-283.

18. Partner, *Murdered Magicians*, p. 175.

19. *Ibid.*, p. 141. Para todo lo que viene a continuación, véase mi obra *Love, War and the Grail*, pp. 102-183.

20. Partner, *Murdered Magicians*, pp. 170-172.

21. Barber, «The Templars and the Turin Shroud»; Richard W. Kaeuper y Elspeth Kennedy, *The Book of Chivalry of Geoffroi de Charny: Text, Context and Translation*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1996, pp. 39-41.

22. *Untergang des Templeordens*, Schottmüller, ed., vol. 2, p. 209 (Juan de la Ville).

23. Partner, *Murdered Magicians*, pp. 110-136, 145-149; Elizabeth Siberry, «Victorian Perceptions of the Military Orders», en *MO*, 1, pp. 365-372: para el punto en cuestión, véanse pp. 366-368.

# Bibliografía recomendada

Las referencias completas sobre las fuentes utilizadas en este libro se encuentran en las notas. La siguiente bibliografía contiene principalmente trabajos escritos en inglés.

## General


Barber, Malcolm, *The Trial of the Templars*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978 (hay trad. cast., *El juicio de los tamplarios*, Editorial Complutense, Madrid, 1999).

—, *The New Knighthood: A History fo the Order of the Temple*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994 (hay trad. cast., *Templarios: la nueva caballería*, Martínez Roca, Barcelona, 2001).

—, *Crusaders and Heretics, 12th-14th Centuries*, Variorum, Aldershot, 1995.

Bulst-Thiele, Marie Luise, *Sacrae domus militiae Templi Hierosolymitani magistri: Untersuchungen zur Geschichte des Templerordens 1118/9-1314*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1974.

Demurger, Alain, *Vie et mort de l'ordre du Temple, 1120-1314*, Éditions du Seuil, París, 1985, 1989, 1993, etc. (hay trad. cast., *Auge y caída de los templarios, 1118-1314*, Martínez Roca, Barcelona, 2000[6]).

—, *Jacques de Molay: le crépuscule des templiers*, Payot, París, 2002.

Forey, Alan J., *The Military Orders From the Twelfth to the Early Fourteenth Centuries*, Macmillan, Basingstoke, 1992.

—, *Military Orders and Crusades*, Variorum, Aldershot, 1994.
Nicholson, Helen, *Templars, Hospitallers and Teutonic Knights: Images of the Military Orders, 1128-1291*, Leicester University Press, Leicester, 1993.
—, *Love, War and the Grail: Templars, Hospitallers and Teutonic in Medieval Epic and Romance, 1150-1500*, Brill, Leiden, 2000.
Partner, Peter, *The Knights Templars and their Myth*, Destiny Books, Rochester, VT, 1990.

## Los templarios en el Oriente latino

Boase, T. S. R., *The Cilician Kingdom of Armenia*, Scottish Academic Press, Edinburgo y Londres, 1978.
Johns, C. N., *Pilgrim's Castle ('Atlit), David's Tower (Jerusalem) and Qal'at ar-Rabal ('Ajlun)*, edición de Denys Pringle, Ashgate, Aldershot, 1997.
Kennedy, Hugh, *Crusader Castles*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.
Marshall, Christopher, *Warfare in the Latin East, 1192-1291*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
Smail, R. C., *Crusading Warfare, 1097-1193*, la segunda edición contiene una introducción bibliográfica de Christopher Marshall, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

## Los templarios en Occidente

Forey, Alan J., *The Templars in the Corona de Aragón*, Oxford University Press, Oxford, 1973.
—, *The Fall of the Templars in the Crown of Aragon*, Ashgate, Aldershot, 2001.
Gerrard, Christopher, *Paisaje y señorío: La casa conventual de Ambel (Zaragoza)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2003.
Gooder, Eileen A., *Temple Balsall: the Warwickshire preceptory of the Templars and their fate*, Phillimore, Chichester, 1995.

Mayes, Philip, *Excavations at a Templar Preceptory, South Witham, Lincolnshire 1965-67*, Maney Publishing, Leeds, 2002.
Parker, Thomas W., *The Knights Templars in England*, University of Arizona Press, Tucson, 1963.
Selwood, Dominic, *Knights of the Cloister: Templars and Hospitallers in Central-Southern Occitania c. 1100- c.1300*, Boydell Press, Woodbridge, 1999).

## Principales fuentes primarias traducidas al inglés

*Chronicle of the Third Crusade: A Translation of the Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, traducción de Helen J. Nicholson, Ashgate, Aldershot, 1997.
*Crusader Syria in the Thirteenth Century: The Rothelin Continuation of the History of William of Tyre with part of the Eracles or Acre Text*, traducción de Janet Shirley, Ashgate, Aldershot, 1999.
*The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in Translation*, traducción de Peter W. Edbury, Ashgate, Aldershot, 1996.
Jean de Joinville, en Joinville y Villehardouin, *Chronicles of the Crusades*, traducción de M. R. B. Shaw, Penguin, Harmondsworth, 1963.
*Jerusalem Pilgrimage 1099-1185*, edición de John Wilkinson, J. Hill y W. F. Ryan, Hakluyt Society, 2.ª serie, 167, 1988.
Matthew Paris, *Matthew Paris's English history, from the year 1235 to 1273*, traducción del latín por J. A. Giles, 3 vols., G. Bell, Londres, 1889-1893 (traducción de la *Chronica majora* desde 1235 hasta el final, y su continuación).
—, *The Flowers of History, especially such as relate to the affairs of Britain. From the beginning of the world to the year 1307: collected by Matthew of Westminster*, traducción del original de C. D. Yonge, 2 vols., Henry G. Bohn, Londres, 1853 (traducción de *Flores Historiarum* de Matthew Paris, y su continuación).
Odo de Deuil, abat de Saint-Denis, *De profectione Ludovici VII in orientem: The journey of Louis VII to the East*, edición y traducción de Virginia G. Berry, W. W. Norton, Nueva York, 1965.

Oliver de Paderborn, «The capture of Damietta», en *Christian society and the Crusades, 1198-1229: sources in translation, including «The capture of Damietta» by Oliverr of Paderborn*, traducción de John J. Gavigan, edición de Edward Peters, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1971.

Roger de Wendover, *Flowers of history: comprising the History of England ... formerly ascribed to Matthew Paris*, traducción del latin de J. A. Giles, 2 vols., Bohn, Londres, 1849 (traducción de *Flores historiarum* de Roger de Wendover).

*The Catalan Rule of the Templars: Barcelona, Archivo de la Corona de Aragón, Cartas Reales, MS 3344: Edition and Translation*, edición y traducción de Judi Upton-Ward, Boydell, Woodbridge, 2003.

*The Rule of the Templars: the French Text of the Rule of the Order of the Temple*, traducción de J. M. Upton-Ward, Boydell and Brewer, Woodbridge, 1992.

*The Templars: Selected sources*, traducción de Malcolm Barber y Keith Bate, Manchester University Press, Manchester y Nueva York, 2002.

*The Trial of the Templars in Cyprus: A Complete English Edition*, traducción de Anne Gilmour-Bryson, Brill, Leiden, 1998.

Usāmah ibn Munqidh, «Memoirs», en *An Arab-Syrian Gentleman and Warrior in the Period of the Crusades: Memoirs of Usāmah ibn-Munqidh*, traducción de Philip K. Hitti, Princeton University Press, reimp. en Princeton, 1987.

Walter Map, *De nugis curialium*, edición y traducción de M. R. James, C. N. L Brooke y R. A. B. Mynors, Oxford University Press, Oxford, 1983.

William, arsobispo de Tyre, *A History of Deeds Done Beyond the Sea*, traducción de E. A. Babcock y A. C. Krey, 2 vols., Octagon Books, Nueva York, 1976.

## Colecciones de ensayos sobre las cruzadas y las órdenes militares

*Autour de la première croisade. Actes du colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East: Clermont-Ferrand, 22-25 juin*

*1995*, edición de Michel Balard, Publicaciones de la Sorbona, París, 1996.

*Dei gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard-Crusade Studies in Honour of Jean Richard*, edición de Michel Balard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith, Ashgate, Aldershot, 2001.

*The Horns of Hattin*, edición de Benjamin Z. Kedar, Variorum, Jerusalén, Yad Izhak Ben-Zvi, y Londres, 1992.

*The Second Crusade and the Cistercians*, edición de Michael Gervers, St. Martin's Press, Nueva York, 1992.

*The Military Orders: Fighting for the Faith and Caring for the Sick*, edición de Malcolm Barber, Ashgate, Aldershot, 1994.

*The Military Orders*, segundo volumen: *Welfare and Warfare*, edición de Helen Nicholson, Ashgate, Aldershot, 1998.

# Índice alfabético


'Abd al-Malik ibn Maruan, califa, 33
Abu Yahya, príncipe almohade, 141
Acre, 37, 72, 77, 82, 89, 100, 105, 108, 115, 120-121, 124-125, 269, 277-278, 288, 298, 330; cuartel general del Temple en, 18, 164; túnel de los templarios en, *279*
Adelaida de Wellnheim, hermana, 185
admisiones de los templarios, ceremonias de, 25, 190-191
Agripa, Enrique Cornelio, 335, 337
Agustín, obispo de Hipona, 60; *La ciudad de Dios*, 60
agustinos, orden religiosa de los, 149, 157
Aimery de Saint Maur, hermano, 235
Alba Dorada, Orden Hermética del, 341
Alberto, obispo de Riga, 150
Alcántara o de San Julián de Pereiro, Orden de, 144
Alejandro II, papa, 129
Alejandro III, papa, 154, 229, 251
Alejandro IV, papa, 159, 161
Alemania, 16, 119, 151, 157, 329, 333
Alençon, conde de, 222
Alenquer (Portugal), castillo de, 147
Alfonso I, rey de Aragón, 136-137, 139
Alfonso II, rey de Aragón, 140
Alfonso III, rey de Aragón, 143
Alfonso VI, rey de León y Castilla, 129, 295
Alfonso VII, rey de Castilla y León, 137, 139, 147
Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León, 144, 176, 295; *Libro de ajedrez, dados y tablas*, *177*
Alfonso I Henriques, conde de Portugal, 131, 146
Alfredo, rey de Wessex, 227
Alicia de Champagne, reina viuda de Chipre, 73
al-Manṣūra, batalla de (1250), 224
Almería, conquista de, 147
almohades, 130

almorávides, 130
Almourol (Portugal), castillo de, *133*
Amadeo, comendador del Temple, 108
Amano, castillo de, 87
Amaury, rey de Jerusalén, 87, 98
Amaury de la Roche, hermano, 235, 236, 254
Amaury de Lusignan, usurpador de Chipre, 312, 326, 330-331
Ambrosio el trovador, 112, 298
Andrés, tío templario de Bernardo, 47
Andrés II, rey de Hungría, 154
Anselmo, obispo de Freising, 44
Anticristo, importancia para los templarios, 212-213
Antioquía, principado de, 34, 79, 112-113
Aragón, reino de, 22, 129, 136-143, 145, 325, 329, 331
Archimbaldo de Saint-Amand, 242
archivo central de los templarios, 18, 328
Armand de Périgord, maestre del Temple, 109-110
Armengol VI, conde de Urgel, 136
Armenia cilicia, 79
armenios, 35, 112-113, 280
Arnoldo I, abad de Cîteaux, 46
Arnolfo de Assche, conde, 187
*Ars notoria*, libro de textos mágicos, 295
Arsūf, batalla de, 94
Arturo, rey, 181
Ascalón, ciudad musulmana, 81, 88; asedio de (1153), 21, 98, 103-105, 123
Ascanier, familia de los, 157
Asesinos, Secta de los, grupo chiita, 35, 111, 122
Ashraf Khalil, al-, sultán mameluco, 72, 120
Aubon, Pons d', maestre del Temple, 154, 156
Augústulo, Rómulo, emperador de Occidente, 33
Austria, 152
Avelina de Provins, 263-264
Ayme d'Oselier, mariscal del Temple, 326
Aymery, Elías, hermano, 222
'Ayn Jālūt, batalla de (1260), 109

Baghras, castillo de, 79, 86-87, 113
Baibar, sultán, 87, 119, 213
bailiaje (encomienda recibida), 166-167
Balduino II, rey de Jerusalén, 40, 47, 49, 50, 84, 331
Balduino III, rey de Jerusalén, 81, 98, 103
Balduino IV, rey de Jerusalén, 72, 91, 124
Balduino V, rey de Jerusalén, 72
Balduino Brochet de Hénin-Liétard, 53-54
Balduino de Edesa, 242
Balduino de Flandes, 234
Balduino de Ninove, 88
Baleares, islas, 141
Balian de Ibelin, 86
Bárbara, santa, reliquias de, 207
Barbará (Barberà), castillo de, 136, 139, *188*, 189
Barber, Malcolm, 297, 319
Barcelona, casa de los templarios en, *138*
Barcelona, condado de, 129

barcos de los templarios, 24, 36-37, 100, 269-272, 280
Bartolomé de Tortosa, vicario del patriarca Opizo, 116, 118
Beaufort, castillo de, 82, 89
Becket, Thomas, arzobispo de Canterbury, 59, 234-235
Beirut, 37, 121-122
Beit Jibrin, castillo de, 77
Béla III, rey de Hungría, 154
Béla IV, rey de Hungría, 154
benedictinos, orden religiosa de los, 149, 157
Benedicto XI, papa, 283
Bérard, Tomás, maestre, 108-109, 115
Beraud, Giraud, caballero, 47
Bergeron, Raynand, hermano sirviente, 186
Bernard de Trémblay, maestre, 104
Bernardo, abad de Claraval, 38, 43-46, 47, 106, 175, 180
Bernardo de Fons, hermano, 333
Bertram von Esbeck, 170
Biblia, 62, 211-212
Biblioteca Británica, 18
Biblioteca Nacional de Malta, 18
Blanc, Imbert, comendador de Auvernia, 306
Bohemia, 15, 148, 152
Bohemundo III, príncipe de Antioquía, 112
Bohemundo IV, príncipe de Antioquía, 79, 112
Bohemundo VI, príncipe de Antioquía y Trípoli, 117
Bohemundo VII, príncipe de Antioquía y Trípoli, 117-118
Boleslaw, duque de Cracovia-Sandomir, 159, 160-161
Bonifacio VIII, papa, 26, 281-283, 301, 305, 313, 320
Bonomel, Ricaut, poeta templario, 119-120, 213
Botron, castillo de, 118
Bozon, Nicolás, franciscano, 193
Braga, arzobispo de, 132
Brian de Jay, maestre, 238
Bruce, John Douglas, 340
Bruce, Robert, 28, 285
brujería, prácticas de, 294
Brunswick, Otto von, comendador en Supplingenberg, 27
Burgtorf, Jochen, 178
Burton, anales de, 108
Bury Saint Edmunds, en Suffolk, abadía benedictina de, 24, 210-211

caballería, cargas de, por los templarios, 92-93, 97-98, 99, 100, 180
Caballeros de Cristo, Orden de los (Hermanos de la Espada), 150-151
Caballeros Teutónicos, Orden de los, *véase* Teutónica, Orden
Cadet de Cassicour, Charles Louis, 338
Caetani, familia, 282
Calatrava, castillo de, 143, 145
Calcedonia, Cuarto Concilio Ecuménico de (451), 223
Caltabellotta, Tratado de (1302), 282
Canarias, islas, 270
Capilla (Castilla), castillo de, 144
capillas de los templarios, 15, *63*, 201, 220, 251, 303, 327
capítulos generales, 171
capítulos provinciales, 171

Carlomagno, emperador, 106, 181, 227
Carlos I, conde de Anjou y rey de Nápoles, 73, 116-117, 235-236, 273, 282
Carlos II, conde de Anjou y rey de Nápoles, 281, 285, 312, 325
carmelitas, orden de los frailes, 76
cartujos, orden de los, 55
cartularios, 172
Casimiro, duque de Cujavia, 160
Castelldans, colonización de tierras en, 260-261
castidad, voto de, 23, 40, 186, 191, 192, 222, 303
Castilla, reino de, 129, 143-145, 325
castillos de los templarios, 15, 79-92
cátaros dualistas, 292
Čejkovice, encomienda fortificada de, 152
Celestino II, papa: *Milites Templi*, 219
Celestino V, papa, 282
Cera (Portugal), castillo de, 132
César de Heisterbach, monje cisterciense, 202
Champagne, condes de, 266, 269
*Chanson de Jérusalem, La*, poema épico, 204
*Chanson de Roland, La*, 64, 106-107
Chastel Pèlerin, fortificación, 84, 89, 114, 121-122, 204, 207, 223, 262, 278
chiitas, 35
Chipre, 22, 100, 121, 199, 222, 245, 279, 285-286, 325
Chipre, cuartel general de los templarios en, 18, 26, 164, 328, 331
Chivert (Xivert), castillo de los templarios en, *145*
Cilicia, reino armenio de, 112
Cister, Orden del, 46-47, 149, 150, 157, 165-166, 184, 204, 216, 248
Cîteaux, monasterio de, 24, 46
Clairvaux, monasterio de, 24
Clemente IV, papa, 235
Clemente V, papa, 15, 18, 23, 45, 247, 283, 286, 297, 311, 313-314, 316, 317, 326-327; bula *Ad Providum*, 326; bula *Vox in Excelso*, 315
Clemente VI, papa, 14
Coimbra, 131
Colomán, rey, hermano de Béla, 154-155
colonización, política de, 260-261
Colonna, familia, 282
Colonna, Sciarra, 283
*comuni* italianos, 120
Concilio de Nablus (1120), 38
Conradino, rey de Sicilia y Jerusalén, 73
Conrado, duque de Masovia-Cujavia, 158
Conrado, rey de Sicilia y Jerusalén, hijo de Isabel II de Jerusalén, 73
Conrado de Montferrato, segundo esposo de Isabel de Jerusalén, 72, 121
*conroi*, donaciones, 192-193
Constantino I el Grande, emperador, 32-33, 60-61
Constantinopla, 33
conversos, 111, 150, 151, 160, 161
Corán, 299
Corbie, abadía de, 48
Cosroes (o Khusro II), rey persa, 33

Cowley, casa de los templarios de, 201
Cressac-sur-Charente, capilla de, *63*
Cressing, en Essex, 23
Cristiano, obispo en Riga, 151
cristianos ortodoxos griegos, 150
Cristo de Dobrin, Orden del, 151
Cristo, orden militar de, 27, 329-330
críticas a la Orden del Temple, 68, 100-111, 217, 219, 250
Croacia, 15, 154
Crowley, Aleister, 342
cruzadas, *71*, 99; primera cruzada, 31, 41, 44, 48, 130; segunda cruzada (1147-1149), 36, 45, 100, 104, 231; tercera cruzada (1189-1192), 76, 99, 100, 152, 213, 233; cruzada alemana (1197-1198), 152; cuarta cruzada, 234; cruzada de los albigenses, 224; quinta cruzada (1217-1221), 84, 95, 100, 152, 154; cruzada de Ricardo de Cornualles, 245; primera cruzada de Luis IX de Francia, 99, 248; segunda cruzada de Luis IX de Francia, 231, 248; cruzada contra Aragón (1285), 143
cultura, y los templarios, 24
cumanos paganos, 150
*Cyranides*, libro de magia, 295

Da'uk, templarios de, 256
Damasco, 98, 115; asedio de, 101-103
Damieta, asedio de (1219), 95-96, 100
Daniel de Halitsch-Vladimir, príncipe ruso, 160, 161
Darbsaq, castillo de, 79, 89
Delphini, Guido, hermano, 204, 208
diezmos, pago de, 217, 259, 308
Dīn 'Abbās , Rukn al-, 88, 110
Dīn Menguberdi, Jalal al-, señor de la guerra uzbeko, 110
Dīn, Nāsr al-, 88, 110-111
Diniz, rey de Portugal, 329
Diocleciano, emperador, 32
disciplina entre los templarios, 273-275
disolución de la Orden del Temple (1312), 18, 26, 27, 148, 164, 219-220, 316, 326
disputas entre las órdenes militares, 112-118
dominicos, frailes, 150, 309-310
donaciones a los templarios, 53-54, 82, 84, 90, 131, 134, 136-137, 140-141, 151, 152, 157, 159, 186, 190, 192-193, 201, 240-254, 249, 304, 331
Dumas padre, Alejandro, 343

Edesa, condado de, 34
Eduardo I, rey de Inglaterra, 116-117, 171, 238, 239, 244, 247, 249, 281, 285, 305, 312, 320
Eduardo II, rey de Inglaterra, 247, 312, 324, 329
educación en la Orden del Temple, 211
Eduviges, esposa de Enrique I de Breslau, 158
Egipto, 70, 98, 115, 122, 230
Elena, emperatriz, 32
encomienda, unidad básica administrativa del Temple, 171-174, 192, 195, 304

Enguerrand de Marigny, 300, 301
Enrique d'Arcy, comendador, 212
Enrique de Champagne, tercer marido de Isabel de Jerusalén, 72
Enrique el León, duque de Sajonia, 90
Enrique el Navegante, príncipe de Portugal, 330
Enrique I, rey de Inglaterra, 301
Enrique II, rey de Chipre y Jerusalén, 26, 73, 76, 284, 285-286, 326, 331
Enrique II, rey de Inglaterra, 48, 180, 230, 234-235, 242, 244, 253, 330
Enrique III, rey de Inglaterra, 108-109, 171, 230, 231, 232-233, 237, 240, 244, 246-247, 249, 250, 252, 254, 262, 266, 271, 272
Enrique VI, emperador germánico, 113
Enrique VIII, rey de Inglaterra, 320
Enrique I de Breslau, 157, 158
Enrique II, duque de la Baja Silesia, 156, 158
Ermengarda d'Oluja, 186-187
Ernoul, cronista, 48, 50, 52, 82, 85-86, 96, 98, 102
Eschenbach, Wolfram von: *Parzival*, 68, 288, 334, 339, 341
Escocia, 28, 285, 312, 324
Espada, Hermanos de la, *véase* Caballeros de Cristo, Orden de los
España, 15, 128-130
Esquiu de Floyran, prior de Montfaucon, 304-305, 324
estados cruzados: Iglesia en los, 76; templarios en los, 78-92, 122-125; fin de los, 119-122
estandartes de los templarios, 89, 94
estatutos jerárquicos del Temple, 164-166
Esteban, rey de Inglaterra, 242
Esteban de Safed, hermano, 169
Esteban de Sissy, mariscal, 89
Esteban de Troyes, hermano, 223
Esztergom (Hungría), casa templaria en, 154
Eufemia de Calcedonia, santa, reliquias de, 207-208, 223, 278, 302, 342
Eugenia, santa, reliquias de, 208
Eugenio III, papa, 40, 57; *Milites Dei*, *219*
Europa oriental, órdenes militares en, 148-162; casas del Temple en, 152, *153*, 154
Everardo, obispo de Worms, 184
Evrard de Barres, maestre del Temple, 56-58, 165

Federico de Aragón, rey de Sicilia, 282, 312
Federico I Barbarroja, emperador, 229
Federico II, emperador, 73, 76, 99, 110, 114, 115, 119, 249
Felipe, infante don, 176
Felipe de Alsacia, conde de Flandes, 91-92, 123
Felipe de Eglis, caballero del Hospital, 235-236
Felipe de Marigny, arzobispo de Sens, 315, 321
Felipe de Milly, maestre, 98, 165, 167
Felipe de Plessis, maestre del Temple, 46
Felipe II, rey de Francia, 248, 253

Felipe III, rey de Francia, 147, 248, 323
Felipe IV, rey de Francia, 14, 26, 27, 148, 209, 281, 282-283. 285, 289, 301, 304-305, 310, 312, 313-316, 317, 319-320, 322-327, 338
Fernando el Católico, rey, 131
Fernando III, rey de Castilla y León, 143-144
Fève, castillo de La, 85
finanzas de los templarios, 108, 142-143
Fitz Stephen, Godofredo, maestre provincial, 170
Florencia, 325
Fons, Bernard des, templario, 27-28
Forbie, batalla de La, cerca de Gaza, 110, 115
Forey, Alan, 143
Foucher de Chartres, clérigo, 31
Foulques de Villaret, maestre del Hospital, 287, 331
Foulques V de Anjou, conde, 41, 183
Fountains Abbey (Inglaterra), monasterio de, 24
Francia, 15, 22, 35, 121, 156, 170, 285, 301, 309, 311, 333
Francisco, san, 292
francmasones, 335-336, 337-338
francos, 34-35, 92, 101, 107, 120, 131
Frank, Dom, monje, 321
Fuente del Berro, en Nazaret, batalla de la, 86, 96, 105, 214-215
Fulcher, Godofredo, hermano, 167, 239-240
Fulco de Neuilly, predicador, 252
Galeran, Thierry, 239
Gama, Vasco da, explorador, 330
Garnier l'Aleman (Werner de Egisheim), 201
Gauchier, monje cisterciense, 56
Gaudin, Teobaldo, comendador, 279, 281
Gaza, fortaleza de, 81, 88
Génova, 77-78, 115
Gérard de Ridefort, maestre, 81, 85-86, 96, 98, 105, 112
Gervasio de Canterbury, 102
Ghazan, ilkan de Persia, 284
Giélée, Jacquemart, poeta: *Renart le Nouvel*, 67-68, *69*, 177
Gilberto de Lacy, noble inglés, 91
Gilberto de Ogerstan, hermano, 274
gnósticos, 339
Godofredo, limosnero de Guillermo Marshal, 230
Godofredo de Bouillon, 242
Godofredo de Charney, comendador de Aquitania y Poitou, 316-317
Godofredo de París, cronista, 317
Godofredo de Saint-Omer, 40, 242
Godofredo de Vichier, visitador del Temple, 187
Godofredo des Fontaines, maestro de teología, 321
Godofredo el Templario, limosnero de Enrique III de Inglaterra, 230-231, 237, 247, 254
González de Toledo, Rodrigo, conde, 79
Granada, reino de, 131
Grande Chartreuse, La, monasterio cartujo de, 55
Grandmont, Orden de, 227

graneros de los templarios, 15
Grañena (Granyena), castillo de, 136, *137*
Gregorio de Tours, obispo, 91
Gregorio IX, papa, 114, 159, 196, 200, 223, 252, 292
Gregorio X, papa, 117
Grial, leyenda del Santo, 213-214, 288, 334, 338-340
Guadalete, batalla de (711), 128
Guarnieri, Romana, 322
guerra santa: en la península Ibérica, 127, 128-131; en Europa oriental, 127
Guichard, obispo de Troyes, 26, 301, 305
Guido, rey de Jerusalén, 76, 79, 98
Guido de Gibelet, 118
Guigo, prior de La Grande Chartreuse, 55-56
Guillaume de Nogaret, consejero de Felipe IV de Francia, 283, 305
Guillem de Eril, maestre de Montesa, 329
Guillermo, arzobispo de Tiro, 20-21, 39, 40-41, *42*, 48, 50, 52, 66, 76, 81, 82, 87, 88, 89, 98, 101, 103, 104-105, 111, 115, 122-125, 217, 251; *Historia*, 123
Guillermo de Arreblay, hermano, 209
Guillermo de Beaujeu, maestre, 73, 115-118, 120, 213, 277-278
Guillermo de la More, maestre, 285
Guillermo de Newburgh, escritor, 112
Guillermo de París, inquisidor y dominico, 321
Guillermo el Chato, señor de Orange, 64, 181
Guillermo I de Tortosa, obispo, 81
Guillermo, duque de Toulouse, 64-65
Guiot de Provins, monje cluniacense, 106
Gundemar, templario, 47
Guy de Bazoches, 88, 112
Guy de Colmieu, obispo de Cambrai, 321
Guy de Lusignan, rey de Jerusalén, 72, 245

Hakim Bi-amr Allah, al-, califa, 34
Halberstadt, obispo de, 325
Ḥamā, en Siria, 91
Hammer Purgstall, Joseph von, 338-339; *El misterio de Baphomet revelado*, 338
Harenc, asedio de, 91, 92
Hattin, batalla de (1187), 78-79, 97, 98, 112, 215
Heraclio, emperador bizantino, 33
herejía, acusaciones de, 223, 289, 291-294, 301, 307, 313, 319, 324
hermanas de los templarios, 27
Hermandad de la Espada de Livonia, 45
Hetum I, rey de Armenia (Cilicia), 117
homosexuales, prácticas, en las órdenes religiosas, 201, 289, 303
Honorio III, papa, 84, 230
Hospital de San Juan de Jerusalén, Orden del, 14, 16, 18, 25, 49, 67, 77, 78, 82, 86, 94, 109, 114, 137, 139, 141, 154, 159, 163, 165, 166, 169, 170-171, 193, 196, 200, 209, 216, 220, 238, 244, 252, 257, 269, 271, 287, 327-328, 331, 333, 340

Huberto de Burgh, funcionario judicial, 233, 264
Huesca, casa de los templarios de, 143
Hugo, abad de Cluny, 45
Hugo, conde de Champagne, 37-39, 47
Hugo de Antioquía-Lusignan, rey de Jerusalén y Chipre, 73, 115
Hugo de Bensano, hermano, 169
Hugo de Forcalquier, prior hospitalario en Aragón, 142
Hugo de Payns, (o Pagens), 39, 40, 43, 45, 47, 52, 55, 62-63, 65, 242
Hugo de San Víctor, teólogo, 61; *véase también* Hugo de Payns
Hugo le Brun de Lusignan, 90
Hugrin, arzobispo, 154-155
Humberto du Puy, hermano, 222
Humberto III de Beaujeu, 57
Hunfredo de Toron, primer esposo de Isabel de Jerusalén, 72
Hungría, reino católico de, 148, 152

Ibelin, familia, 26, 76, 89
Ibelin, Juan de, señor de Beirut, 201
'Imād al-Dīn, secretario de Saladino, 78-79, 86
Imre I, rey de Hungría, 154
Inglaterra, 18-19, 22-23, 119, 121, 170, 328-329, 331, 333, 343
Inocencio II, papa, 54; bula *Omne Datum Optimum*, 55, 172, 178, *218*
Inocencio III, papa, 113, 234, 251, 253
Inocencio IV, papa, 160, 161, 294
Irlanda, 15, 238, 260
Isaac de Étoile, filósofo y teólogo cisterciense, 58-59
Isabel la Católica, reina, 131
Isabel I, reina de Jerusalén, 72-73
Isabel II, reina de Jerusalén, 73
islam, 33
*Itinerarium peregrinorum*, relato sobre la tercera cruzada, 213-214, 298
Ivo, obispo de Chartres, 37

jacobitas, 35
Jacobo de Vorágine: *Leyenda áurea*, 203
Jacques de Molay, comendador, 281, 284, 286-287, 303, 313, 314, 316, 317, 319, 324, 330, 338
Jacques de Vitry, obispo de Acre, 84, 106, 111, 123, 175, 182-183, 202
Jaime de Montreal, maestre del Temple, 154
Jaime I, rey de Aragón, 141-142, 147, 213, 271
Jaime II, rey de Aragón, 27-28, 148, 231, 282, 304, 312, 323, 325, 329
Jaime II, rey de Mallorca, 147
Jakelin de Mailly, mariscal, 96, 214-215
jatvingios, pueblo pagano de Lituania, 159-161
Jean de Joinville, 231-232, 264-265
Jean Michel, escribano, 45
Jerusalén, 31-32, *51*, 70, 110; cuartel general del Temple en, 18, 164; Cúpula de la Roca, 33, 34, 37, 40, 165; mezquita de al-Aqsa, 33, 34, 40, 110, 165; San-

to Sepulcro, iglesia del, 32, 34, 37, 49, 50, 90, 152, 165, 170, 220
Jerusalén, reino de, 70-73, *74-75*, 76, 98, 116
Jordán, río, 90
Jorge, san, devoción templaria por, 210, 215
jornada de un templario, *198*
José de Chauncey, hermano, 246
Juan, obispo de Châlons-sur-Marne, 321
Juan, rey de Inglaterra (Juan Sin Tierra), 171, 235, 253, 266
Juan Bautista, san, reliquia de, 302, 340
Juan Comneno, emperador bizantino, 79
Juan de Berci, hermano, 308
Juan de Brienne, rey de Jerusalén, 73, 98, 248
Juan de Gibelet, mariscal de Jerusalén, 89
Juan de Moun, hermano, 308
Juan de Quaregnon, franciscano, 321
Juan de Salisbury, clérigo, 59, 101, 103, 217; *Policraticus*, 59
Juan de Villiers, maestre del Hospital, 279
Juan de Wurzburg, 101-102
Juan XXII, papa, 292, 328
Judas Macabeo, 59
judíos, expulsión de Francia de los, 320
juicios contra los templarios, 15, 21, 23, 26, 45-46, 47, 147-148, 201-202, 307, 308-330; cargos imputados a los templarios, 200, 217-218, 223, 289-308; uso de torturas, 22, 293, 309-311, 313, 314, 324-325
Justiniano, emperador, 61
jwarizmíes, turcos, 110

Kāmil, al-, sultán ayubí egipcio, 70
Keresztény (Hungría), casa templaria en, 154
Kilkenny, proceso de hechicería de (1324), 301
Kliss, castillo de, 154
Kuhn, Walter, 160
Kulm, caballeros teutónicos en, 158-159
Kyrenia, castillo de, 326

Lactancio, autor cristiano, 60
Langton, Walter, obispo de Lichfield, 301, 305
Larzac, en el Languedoc, 23
Latrūn, castillo de, 79
Lea, Henry Charles, historiador, 289
Leirena (Portugal), castillo de, 131
León, reino de, 129
León, rey de Armenia (Cilicia), 112-113
Leopoldo VI, duque de Austria, 84, 100
Letrán: Tercer Concilio de (1179), 48, 102, 123, 217, 229; Cuarto Concilio de (1215), 293
Liegnitz, victoria mongol en (1241), 156
Lisboa, conquista cristiana de (1147), 130, 132, 146
*literati*, funcionarios instruidos, 228, 300
Lituania, 160
Longroiva (Portugal), castillo de, 132
Lourie, Elena, historiadora, 137, 139

Lovetot, Juan, 301
Ludolfo de Sudheim, clérigo alemán, 334
Luis VI, rey de Francia, 45
Luis VII, rey de Francia, 100, 103, 231, 239, 253, 285
Luis IX, rey de Francia, 100, 235, 236, 248, 264, 320, 323
Luis X, rey de Francia, 300
Luis XVI, rey de Francia, 338
Łuków (Polonia), 159, 161-162
Lundgreen, Friedrich, historiador, 111
Lüpke, Helmut, historiador, 158
Lutero, Martín, 320
Lyon, Segundo Concilio Eclesiástico de (1274), 147, 286

Macdonald, George, 343; *Phantastes*, 337
Mackay, Agnus, historiador, 128
Magdeburgo, arzobispo de, 325
Magencio, pagano, 61
magia, prácticas de, 294, 295, 297-298, 299-301
Mahoma, profeta, 33, 299
Malikshāh, sultán selyúcida, 35
Mallorca, isla de, 141
Malta, isla de, 328
mamelucos, sultanes de Egipto, 68, 70, 76, 109, 120
manos muertas, ley de, 249
Map, Walter, 48, 59-60, 88, 111, 202, 217, 227, 251
Margarita, condesa de Warwick, 243
Margarita, hija de Luis VII de Francia, 253
Margarita, reina de Francia, 222
María, hija de Isabel I de Jerusalén, 73
María, Virgen, patrona de los templarios, 203-205, 206
María de Antioquía, 73, 116
Marj 'Uyūn, batalla de (1179), 105-106
maronitas, 35
Marshal, Ricardo, 236-237
Martel, Godofredo, 90
martirio, 43, 206, 214, 215, 222, 309, 341
Martorell, Joanot: *Tirant lo Blanc*, 334
masónico, movimiento, 343
Mateo el Salvaje, 89
Matilde de Boulogne, reina de Inglaterra, 241
Menache, Sophia, 313
Menorca, isla de, 141
mercaderes, y los estados cruzados, 77-78
mercados y ferias, derechos sobre, 266
Mesopotamia, 120
Michelet, Jules, historiador, 305
Milioli, Alberto, notario de Reggio, 102
Mindaugas, príncipe lituano, 160
Miravet (Tarragona), castillo del Temple en, 140, 170, *327*
misioneros, órdenes militares y los, 150
mitos y creencias de los templarios, 18, 24
molinos hidráulicos de los templarios, 256-258, 262
mongoles, 70, 82, 108-109, 120, 154, 155-157
Monreal del Campo, 137
Monte del Templo, 33
Montémoro-Velho (Portugal), castillo de, 146

Montesa, castillo de, 329
Montesa, orden militar de, 27, 329
Montgisard, 123
Montjoy, castillo de, 139
Monzón, castillo de, 139, *328*
Moravia, 152
Mühlen, convento de monjas de, 27, 184-185, 307
mujeres y la Orden del Temple, 184-188, 192
Munqidh, Usāmah ibn, caballero árabe-sirio, 110
Muntaner, Ramon, cronista, 271, 273
Musta'li, al-, califa de Egipto, 35
Mustansir, al-, califa fatimí de Egipto, 35
musulmanes, y los templarios, 76, 78

Nablus, Concilio de (1120), 38
Nápoles, reino de, 22
Navas de Tolosa, batalla de las (1212), 130-131
Nefim, asedio de, 118
nestorianos, 35
New Temple, iglesia del, en Londres, *221*, 232-233, 246, 258, 274, 308
Nicolás III, papa, 252
Nicolás IV, papa, 122, 280
Nicolás V, papa, 330
Nūr al-Dīn, caudillo musulmán, 70, 81, 91, 101-102
Nutt, Alfred, 339

obediencia, voto de, 23, 40, 191
obispos, relaciones con los templarios, 53, 220
Odoacro, rey de los ostrogodos, 33
Odón de Deuil, 100
Odón de Saint Amand, maestre, 92, 98, 105, 123
Oliverio, maestro de la catedral de Colonia, 84, 95-96, 99, 202, 213
Omar I ibn al-Khattab, califa, 33
Opizo, patriarca de Antioquía, 117
Orderico Vitalis, monje, 41, 43
organización y gobierno del Temple, 163-193
orígenes de la Orden del Temple, 31-52
ortodoxos sirios, 35
Osto de Saint-Omer, hermano, 211, 253-254
Otakar II, rey de Bohemia, 161
Otón de Freising, 45
Otón de Mezzano, legado papal, 160
Otón de San Blas, cronista alemán, 108

Pablo de Segni, obispo de Trípoli, 118
Pairaud, Hugo, visitador, 316
Pais, Gualdim, maestre del Temple, 132
Pantaléon, Jacques, patriarca de Jerusalén, 76; *véase también* Urbano IV, papa
papado, 18, 27, 119, 124, 129, 251, 282-283 ; privilegios concedidos a los templarios, 54, *218-219*
Paris, Matthew, monje y cronista, 16, 66, 112, 168, 224, 231, 247, 250, 254; *Chronica majora*, *50*, 89, 109, 110; *Historia Anglorum*, 89
Parseval de Mar, 303
Pascual II, papa, 130
Pedro, apóstol, 217

Pedro de Bolonia, hermano capellán, 315
Pedro de Castellón, tesorero del Temple, 178
Pedro de Sevrey, mariscal, 278
Pedro el Venerable, abad de Cluny, 56
Pedro II, rey de Aragón, 140
Pedro III, rey de Aragón, 143, 147, 282
Pembroke, Guillermo Marshal, conde de, 201, 230, 243
península Ibérica, templarios en la, 129-132, *132*, 136-137, 140-141, 146-147
Peñíscola, castillo de los templarios en, *144*
*Perceforest*, libro de caballerías, 206
peregrinos a Tierra Santa, 21, 32, 33-34, 36-37, 54, 77-78, 90, 124
peste negra, epidemia de, 263
Petronila, esposa de Ramón Berenguer IV, 139
Peyronet, Pedro, limosnero de Jaime II de Aragón, 231
*Picatrix*, libro de magia astral, 295, 296, 298
piedad de los templarios, 124
Pisa, 77-78
pobreza de los templarios, voto de, 23, 40, 66, 191
Policarpo, reliquias de san, 208
Polonia, 15, 25, 148, 156, 157
Ponferrada, castillo de, 144, *146*
Pons, obispo de Lérida, 27
Ponzard de Gizy, comendador de Payns, 183, 310-311, 314
Porete, Marguerite, hereje, 26, 322; *Espejo de las almas sencillas*, 321
Port Bonnel, castillo de, 79
Portugal, 129, 131, 136, 141, 325, 329
Premonstratense, Orden, 184
propiedades del Temple, 21, 78, 109, 124, 140-141, 148, 154, 157-158, 259, 328-329
provincias de los templarios, 169-170
Provins, mercaderes de, 266-268
Prusia, 151, 158-159, 160
Przemysl, duque de la Gran Polonia, 157

Qalawūn, sultán mameluco, 118
Querella de las Investiduras, 45

Raimundo Rupén, nieto de Bohemundo III de Antioquía, 112-113
Raimundo III, conde de Trípoli, 98, 112
Ralph de Coggeshall, cronista cisterciense, 102
Ralph de Diss, deán de Londres, 92, 96
Ralph de Southwark, hermano, 237
Ramiro, padre de Petronila, 139
Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, 136
Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón, 136, 140, 139, 141, 147, 183
Ramón de Ampurias, prior del Hospital en Cataluña, 200
Ranulfo, conde de Chester, 84
Ravena, arzobispo de, 325
Regla de la Orden del Temple, 21, 38-39, 45-46, 53, 151, 166, 175,

182, 183, 185, 192, 195, *198*, 201, 213, 216, 269, 296-297
Regla de San Benito, 196, *197*
Reinaldo de Châtillon, señor de Transjordania, 92
Reinaldo de Provins, hermano capellán, 315
Reinaldo de Vichiers, maestre del Temple, 223, 264-265
Reípoli, condado de, 34
reliquias, y la Orden del Temple, 206-209, 216, 302, 328
Renania, 35
«responsions», recaudación de las casas provinciales, 170
Ricardo, conde de Cornualles, 110, 114
Ricardo de Hastings, maestre, 211, 254
Ricardo de Poitou, monje de Cluny, 44, 45
Ricardo I, rey de Inglaterra, 99-100, 107, 244, 252-253, 258
Roberto, conde de Artois, 99, 224, 299
Roberto de Craon, maestre, 54-55, 89, 139
Roberto de Pirou, comendador, 254
Roberto de Sablé, maestre, 167, 245
Roche Guillaume, castillo de, 79
Roche Roussel, castillo de, 79
Rochelle, La, producción de vino en, 269
Rodas, conquista de, 14, 287, 327, 331
Roger, párroco de Howden, 91-92
Roger de Flor, comandante, 271-273
Roger de Howden, escritor, 112, 252, 254, 274
Roger de Wendower, cronista, 84, 233, 264
Roger el Templario, hermano, 230
Roger le Waleis, hermano, 237
Roldán, sobrino de Carlomagno, 106-107, 181
romano, imperio, 32-33, 34
Rourell, encomienda de, 174, 189
Rukn al-Dīn Baibars Bunduqdārī, sultán, 70
Rutebuef, poeta: *El hermano Denise*, 200

Sábana Santa de Turín, 342
Safed, castillo de, en Galilea, 81-82, 85, 89, 90, 210
Saint Albans (Inglaterra), abadía de, 16, 66, 84
Saint-Évroul, monasterio normando de, 41
Sajó (Croacia), 154
Saladino, sultán egipcio, 70, 79, 81, 84, 86, 89, 92-93, 98, 105, 112, 121, 215, 274
Sālih Ayyūb, al-, sultán de Egipto, 109, 115
Sālih Ismā'īl, al-, señor ayubí de Damasco, 82
San Gregorio de Vrána en Dalmacia, monasterio de, 154
San Sabas, abadía de Acre, 115
San Sabas, guerra de, 108
San Sevignate (Perugia), iglesia del Temple de, 168, *176*, 178
Sandford, cartulario de la encomienda de, 19
Sandford, casa de los templarios de, 201
Santa Eulalia de Cernon, en Aveyron, *17*

Santa María de los Caballeros Teutónicos, orden militar de, *véase* Caballeros Teutónicos
Santarém (Portugal), 132, 146
Santiago, Orden de, 144
Santo Sepulcro de Jerusalén, orden del, 76, 137, 139
Saule, batalla de, 151
Scott, Walter, 337, 343; *Ivanhoe*, 336; *El talismán*, 336
*Secreta Secretorum*, compendio de magia astral, 295
sellos de la Orden del Temple, 165, 170, 210, 297
Semovit, duque de Mazovia, 161
servicios financieros a los monarcas, 231-232
Shadek, Idan, 256
Shāhanshāh, sobrino nieto de Saladino, 90
Sibila, madre de Balduino V de Jerusalén, 72
Sibila, regente de Trípoli, madre de Bohemundo VII, 117
Sicart de Marjevols, Bernardo, 223
Sicilia, isla de, 35, 119, 122, 281-282, 312
Sidón, fortificación de, 121-122
Sidón, saqueo de, 82
Simón, monje de Saint-Bertin, 41
Simón, obispo de Noyons, 53
Soure (Portugal), castillo de, 131
Suger, abad, 231
sunníes, 35
*Sur les états du monde*, obra satírica inglesa, 255

Tarragona, Concilio de (1312), 325
Tempelburg, encomienda de, 157
Templecombe, en Somerset, 297-298
Templštejn, castillo de, 152
Teobaldo, rey de Navarra y conde de Champagne, 82, 114, 267
Teodorico, 90
Teresa, condesa de Portugal, 131
Terricus (Thierry), comendador, 278
tesoros de los templarios, 147
Teutónica, Orden, 16, 25, 45, 77, 82, 95, 120, 150, 151, 154, 158-162, 163, 184, 204, 209, 252, 279, 287, 292, 297
Thierry, conde de Flandes, 101, 123
Tiberias, asedio de, 98
Tibnīn, asedio de, 107
Tierra Santa, 15, *80*
tierras de la Orden del Temple, 259-260, 333
Tiro: ciudad de, 121-122; puerto de, 37, 77
Toledo: biblioteca de, 295; toma cristiana de (1085), 129, 130
Tomar (Portugal), centro del Temple en, 132
Tomás de Curtum, 240
Tomás de Spalato: «Historia de los obispos de Salónica y Spalato», 154, 155
Tomás de Walsingham, cronista, 334
Tortosa (Cataluña), 141, 147
Tortosa, castillo de, 81, *83*
Tortosa, ciudad de, 121-122
*Tractatus de locis et statu sanctae terrae*, 94-95
Trípoli, condado de, 87, 117-118
Troyes, Concilio de (1129), 39, 40, 52-53

turcos jwarizmíes, 110, 115
Turingia, 152

unificación de las órdenes militares, 280, 287
Urbano II, papa, 34, 44
Urbano IV, papa, 76, 235
Urgel, condado de, 136
Úrsula, santa, 209, 302
usura (cobro de intereses), prohibición de la, 265

Vacher, Bernardo, 89
Vado de Jacob, fortaleza en el, 82, 84
valdenses evangélicos, 292
Valencia, reino de, 141, 329
Vassayll de Marsella, hermano, 271, 272-273
Vegecio, 97; *De re militari*, 93
Venecia, 77-78, 115, 325
Vera Cruz, 33
vestimentas de los templarios, 15, 40, 177, 183
Vienne, Concilio de (1312), 292, 314, 315, 326, 331; decreto *Ad Nostrum*, 292
Villaret, Foulques de, maestre, 15
Villasirpa (Palencia), encomienda del Temple en, 176, *179*
Villiers, abadía de, en Brabante, 321
visigodos, 128
Vísperas Sicilianas, revuelta de las (1282), 282
Vivaldi, hermanos genoveses, 270
Vrána, fortaleza templaria en, 154

Walid, al-, califa, 33
Walter le Bachelor, maestre del Temple, 274-275
Warmundo de Picquigny, 39
Wattrelos, Lambert, cronista, 123; *Anales de Cambrai*, 98
Westminster, abadía de, 246, 247
Weston, Jessie, 340
Wireker, Nigel, monje benedictino: *Speculum stultorum*, 106
Władysław Odonicz de la Gran Polonia, 157

Zāfir, al-, califa, 88
Zangī de Mosul, caudillo musulmán, 68, 70

# Índice de figuras

1.1. La antigua ciudad de Jerusalén durante la época de los cruzados ..... 51
2.1. Las cruzadas ..... 71
2.2. Los príncipes del reino de Jerusalén ..... 74
2.3. Tierra Santa durante la época de los cruzados con indicación de las fortificaciones de los templarios y de otros lugares citados en el texto ..... 80
3.1. La península Ibérica durante los siglos XII y XIII con indicación de las fortificaciones de los templarios y de otros lugares citados en el texto ..... 132
3.2. Europa oriental con indicación de las casas del Temple y de otros lugares citados en el texto ..... 153
5.1. La jornada monástica según la Regla de San Benito .. 197
5.2. La jornada de un templario según la Regla del Temple ..... 198
5.3. Privilegios concedidos por el papado a los templarios .. 219
8.1. Breve lista de las acusaciones formuladas contra los templarios ..... 290

En la figura 3.2 aparece una guía de los símbolos utilizados en los mapas.

# Índice de láminas

I.1. La villa fortificada de Santa Eulalia de Cernon, Aveyron, Francia, antiguo emplazamiento de una encomienda del Temple. (Copyright: Juan Fuguet Sans.) ..... 17

1.1. Guillermo de Tiro corrige su historia: iluminación manuscrita de *c.* 1291-1295. Ref.: París, BN MS. Fr. 2631, fol. 1. (Copyright: Bibliothèque Nationale de France, París.) ..... 42

1.2. Matthew Paris. Dibujo de dos caballeros templarios a lomos de un caballo en el que aparece el estandarte negro y blanco de la orden. Procedente de su *Chronica majora*, Corpus Christi College MS. 26, p. 220. (Copyright: the Master and Fellows of Corpus Christi College, Cambridge.) ..... 50

1.3. Imágenes de la guerra santa: caballeros dirigiéndose al campo de batalla. Fresco del siglo XII de la capilla de los templarios en Cressac-sur-Charente, Francia. Fotografía de M. Debès. *Hurault phot.*, reproducida en *La peinture murale en France: le Haut Moyen Âge et l'époque romane* de Paul Deschamps y Marc Thibout: Collection Arts et Historia, Éditions d'histoire et d'art, Librairie Plon, París, 1951, p. 136, lámina LXVI (1). ..... 63

2.1. Un templario expone su caso ante el papa, bajo la atenta mirada del superior de los franciscanos (el hijo de Renart). Miniatura de un manuscrito de la obra *Renart le Nouvel.*

Ref.: Bibliothèque Nationale MS. Fr. 25566, f. 173. (copyright: Bibliothèque Nationale de France, París.) ..... 69
2.2. La capilla de los templarios en la fortaleza de Tortosa antes de las excavaciones. (Copyright: Denys Pringle.)... 83
3.1. Castillo de los templarios en Almourol, Portugal. (Copyright: Juan Fuguet Sans.)..... 133
3.2. Tomar, castillo templario que posteriormente se convertiría en el convento central de la Orden de Cristo en Portugal. Vista del claustro, con la capilla al fondo. (Copyright: Juan Fuguet Sans.)..... 135
3.3. Castillo de los templarios en Grañena, Lleida, en el reino de Aragón. (Copyright: Juan Fuguet Sans.)..... 137
3.4. Casa de los templarios en Barcelona, Cataluña, en el reino de Aragón. (Copyright: Juan Fuguet Sans.)..... 138
3.5. Castillo de los templarios en Peñíscola, en el reino de Aragón. (Copyright: Juan Fuguet Sans.)..... 144
3.6. Castillo de los templarios en Chivert (Xivert), en el reino de Aragón. (Copyright: Juan Fuguet Sans.) ..... 145
3.7. Castillo de los templarios en Ponferrada, en el reino de León. (Copyright: Juan Fuguet Sans.)..... 146
4.1. Un grupo de templarios vestidos con el hábito blanco se enfrenta a un león en su casa religiosa: procedente de un fresco del muro occidental de la iglesia de los templarios en San Bevignate, Perugia. (Copyright: Francesco Tommasi.)..... 176
4.2. Dos templarios jugando al ajedrez, procedente de un manuscrito del *Libro de ajedrez, dados y tablas* de Alfonso X el Sabio, rey de Castilla. Ref.: Biblioteca del Monasterio de El Escorial, MS. T. I 6, fol. 25. (Copyright: Patrimonio Nacional, España.) ..... 177
4.3. Grupo de templarios representado en la tumba de don Felipe. Iglesia de la Orden del Temple en la encomienda de Villasirga (Palencia). (Copyright: Juan Fuguet Sans.) ... 179
4.4. Castillo de los templarios en la localidad de Barberà (Tarragona). (Copyright: Juan Fuguet Sans.) ..... 188
5.1. Nave circular del siglo XII de la iglesia del New Temple de Londres. (Copyright: Nigel Nicholson.) ..... 221

8.1. El «túnel de los templarios», parte de un complejo sistema subterráneo de alcantarillado de la ciudad cruzada de Acre. Fotografía: Howard Smithline. (Copyright: cortesía de la Dirección de Antigüedades de Israel.) ..... 279
8.2. La ejecución de los templarios en la hoguera en París. Ref.: BL MS. Royal 20. C. VII, f. 48. (Copyright: The British Library.) ..... 318
8.3. El castillo de los templarios en Miravet, Tarragona, en la Corona de Aragón. (Copyright: Juan Fuguet Sans.) .... 327
8.4. El castillo de los templarios en Monzón, Huesca, en la corona de Aragón. (Copyright: Juan Fuguet Sans.) .... 328

# Índice

*Agradecimientos* ..... 7
Introducción: una visión general ..... 11

1. Los orígenes de la Orden del Temple. ..... 31
2. El Oriente latino: defensores de la Santa Iglesia .. 67
3. La guerra santa en la península Ibérica y en el este de Europa. ..... 127
4. Organización y gobierno de la orden ..... 163
5. La vida religiosa ..... 195
6. Los más fieles servidores: al servicio de los reyes de Europa ..... 227
7. Actividades comerciales y económicas ..... 255
8. El proceso de los templarios y sus consecuencias .. 277
9. Conclusión: el mito de los templarios ..... 333

*Lista de abreviaturas*. ..... 345
*Notas* ..... 347
*Bibliografía recomendada* ..... 401
*Índice alfabético* ..... 407
*Índice de figuras* ..... 423
*Índice de láminas* ..... 425